

Sandrone Dazieri

No está solo



Lectulandia

Un niño desaparece a las afueras de Roma. La madre es encontrada muerta y los investigadores creen responsable al marido de la mujer. Sin embargo, cuando Colomba Caselli llega a la escena del crimen se da cuenta de que algo no cuadra. Colomba tiene treinta años, es guapa, atlética y dura. Formó parte del Departamento de Homicidios de Roma, pero desde hace meses es incapaz de superar lo que llama «el Desastre», hasta que este caso vuelve a llevarla a la acción. Para resolverlo contará con un colaborador tan eficaz como peculiar.

Dante Torre, un joven genio cuya capacidad de deducción solo es igualada por sus paranoias. Él también es un superviviente: fue secuestrado durante once años en un silo por un hombre que se hacía llamar «El Padre». Ahora tiene pánico a los espacios cerrados y ha hecho de su habilidad para encontrar a personas desaparecidas su trabajo. En la búsqueda de la verdad, Colomba y Dante deberán enfrentarse a su mayor pesadilla ante un caso de ramificaciones insospechadas.

Lectulandia

Sandrone Dazieri

No está solo

ePub r1.0
turolero 10.06.15

Título original: *Uccidi il padre*
Sandrone Dazieri, 2014
Traducción: Xavier González Rovira
Diseño de cubierta: Susanna Tosatti

Editor digital: tuolero
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Olga, que ha resistido

Este libro es una obra de ficción. Los personajes y lugares mencionados son fruto de la fantasía del autor y tienen como objetivo conferir veracidad al relato. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas, vivas o desaparecidas, es absolutamente casual.

Sandrone Dazieri

No está solo



A small, stylized signature or logo consisting of two intertwined, flowing lines that resemble the letters 'se' or a similar monogram.

I. Antes

El mundo es una pared curvada de cemento gris. El mundo tiene sonidos amortiguados y ecos. El mundo es un círculo que de ancho mide dos veces sus brazos extendidos. Lo primero que el muchacho aprendió en este mundo circular fueron sus nuevos nombres. Tiene dos. Hijo es el nombre que prefiere. Tiene derecho al mismo cuando hace las cosas correctas, cuando obedece, cuando sus pensamientos son límpidos y rápidos. En caso contrario, su nombre es Bestia. Cuando se llama Bestia, el muchacho es castigado. Cuando se llama Bestia, el mundo circular apesta.

Si Hijo no quiere convertirse en Bestia, tiene que recordar el lugar correcto de las cosas que le han sido encomendadas y cuidar de ellas. El cubo para sus necesidades tiene que estar siempre colgado en la viga, a la espera de ser vaciado. La jarra para el agua tiene que estar siempre en el centro de la mesa. La cama tiene que estar siempre hecha y limpia, con la manta bien remetida. La bandeja de la comida tiene que estar siempre junto a la portezuela.

La portezuela es el centro del mundo circular. El muchacho la teme y la venera igual que a una divinidad caprichosa. La portezuela puede abrirse de repente, o permanecer cerrada durante días. La portezuela puede dejar que entre comida, ropa limpia y mantas, libros y lápices, o bien administrar castigos.

El error es castigado siempre. Para los errores pequeños está el hambre. Para los errores más grandes, el frío o el calor atroz. En una ocasión tuvo tanto calor que dejó de sudar. Cayó sobre el cemento pensando que iba a morir. Fue perdonado con un chorro de agua fría. Era Hijo de nuevo. Podía beber de nuevo y limpiar el cubo, que zumbaba por las moscas. El castigo es duro en el mundo circular. Implacable y certero.

Eso es lo que siempre había creído hasta que descubrió que el mundo circular es imperfecto. El mundo circular tiene una grieta. Larga como su índice, la grieta se abrió en la pared, justo donde la viga con el cubo se engasta en el cemento.

El muchacho no se atrevió a mirarla de cerca durante semanas. Sabía que estaba ahí, presionaba en los límites de su conciencia, le quemaba igual que el fuego. El muchacho sabía que mirar la grieta era Algo Prohibido, porque en el mundo circular todo lo que no ha sido explícitamente permitido está prohibido. Pero una noche el muchacho cedió ante sí mismo. Transgredió por primera vez desde hacía mucho tiempo, ese tiempo siempre igual de su mundo circular. Lo hizo con prudencia, con lentitud, estudiando sus movimientos. Se levantó de la cama y fingió que se caía.

Estúpida Bestia. Bestia inútil. Hizo ver que tenía que apoyarse en el muro para sujetarse y puso solo por un instante su ojo izquierdo en contacto con la grieta. No vio nada, tan solo la oscuridad, pero la enormidad de ese gesto suyo lo hizo sudar de miedo durante horas. Durante horas estuvo esperando el castigo y el dolor. Esperó el frío y el hambre. Pero nada ocurrió. Fue una sorpresa extraordinaria. En esas horas de espera, luego convertidas en una noche insomne y un día febril, el muchacho comprendió que no todo lo que hace es visto. No todo lo que hace es valorado y

juzgado. No todo lo que hace es premiado o castigado. Se sintió perdido y solo, como no se sentía desde los primeros días del mundo circular, cuando todavía era fuerte el recuerdo de Antes, cuando las paredes no existían y tenía otro nombre, distinto a Bestia o Hijo. El muchacho sintió que sus certezas se quebraban y por eso se atrevió a mirar de nuevo. La segunda vez mantuvo su ojo pegado a la grieta casi durante todo un segundo. La tercera vez, durante el tiempo de una respiración. Y vio. Vio el verde. Vio el azul. Vio una nube que parecía un cerdo. Vio el tejado rojo de una casa.

Ahora el muchacho sigue mirando, en vilo, de puntillas, las manos extendidas sobre el cemento frío para sujetarse. Hay algo que se mueve ahí afuera, en una luz que el muchacho imagina que es la del amanecer. Es una silueta oscura, que va haciéndose más grande a medida que se aproxima. De repente el muchacho se da cuenta de que está cometiendo el error más grave, la transgresión más imperdonable.

El hombre que camina por el césped es el Padre, y él está mirándolo. Como si hubiera escuchado sus pensamientos, el Padre acelera el paso. Está yendo a por él.

Y lleva un cuchillo en la mano.

II. El círculo de piedra

El horror empezó a las cinco de la tarde de un sábado a principios de septiembre, con un hombre en pantalón corto que agitaba sus brazos intentando detener a los coches. El hombre llevaba una camiseta en la cabeza para protegerse del sol y calzaba un par de chanclas destrozadas.

Mientras estacionaba la patrulla en el arcén de la provincial, el agente veterano miraba al hombre del pantalón corto, que clasificó como un «perturbado». Tras diecisiete años de servicio y unos cuantos cientos de borrachos o personas desequilibradas, calmados por las buenas o por las malas, a los perturbados sabía identificarlos con un vistazo. Y ese tipo lo era sin duda alguna.

Los dos agentes bajaron del coche y el hombre del pantalón corto se acurrucó farfullando algo. Estaba agotado y deshidratado, y el agente joven le dio un poco de agua de la botellita que llevaba en la puerta, ignorando la mirada de asco de su compañero.

En ese momento las palabras del hombre del pantalón corto se hicieron comprensibles.

—He perdido a mi mujer —dijo—. Y a mi hijo.

Se llamaba Stefano Maugeri y esa mañana había ido a hacer un *pícnic* con la familia unos kilómetros más arriba, en los Pratoní del Vivaro. Habían comido pronto y él se había echado una siesta acunado por la brisa. Al despertar, su esposa y su hijo ya no estaban allí.

Durante tres horas se había movido en círculos, buscando sin resultado, hasta encontrarse caminando por el arcén de la provincial, al borde de la insolación y completamente perdido. El agente veterano, cuyas convicciones empezaban a tambalearse, le preguntó por qué motivo no había llamado a su mujer con el móvil, y Maugeri contestó que lo había hecho, obteniendo tan solo que saltara el contestador hasta que su teléfono se quedó sin batería.

El veterano miró a Maugeri con algo menos de escepticismo. Había visto una buena colección de esposas que desaparecían llevándose a sus hijos cuando estaba en el servicio de emergencias, aunque ninguna de ellas hubiera abandonado a su marido en medio del campo. Por lo menos, no vivo.

Los agentes llevaron a Maugeri hasta el punto de partida. No había nadie. Los otros campistas habían regresado a sus casas y su Bravo gris permanecía solitario en la carreterita, a poca distancia de un mantel magenta con restos de comida y un muñeco de Ben 10, un joven héroe con el poder de transformarse en diferentes

monstruos alienígenas.

Ben 10 en ese momento podría haberse convertido en una especie de enorme moscón y haber sobrevolado los Pratoní, en busca de los desaparecidos, pero los dos policías optaron por llamar al centro de operaciones y dar la alarma, poniendo en marcha una de las más espectaculares operaciones de búsqueda presenciadas en los Pratoní en los últimos años.

Fue entonces cuando entró en juego Colomba. Aquel iba a ser su primer día de trabajo tras un largo permiso, e iba a ser, sin duda alguna, uno de los peores.

Algo más vieja en apariencia, por el contorno de sus ojos verdes, que sus treinta y dos años, Colomba no pasaba desapercibida con su cuerpo musculoso, de anchas espaldas, y su rostro de pómulos altos y fuertes. El rostro de una guerrera, dijo en cierta ocasión un amante suyo, que montaba a caballo a pelo y cortaba la cabeza de sus enemigos con la cimitarra. Ella se había reído, antes de saltar encima de él y de montarlo, hasta dejarlo sin aliento. Ahora, sin embargo, se sentía más víctima que guerrera, sentada en el borde de la bañera, con el móvil en la mano, mirando en la pantalla el nombre parpadeante de Alfredo Rovere. Era el mando principal de la Brigada Móvil de Roma, formalmente aún su jefe y su mentor, y llamaba por tercera vez en tres minutos; ella no le había contestado ni una sola.

Colomba seguía en albornoz tras la ducha, con un retraso ya monstruoso para la cena con los amigos a la que al final había aceptado asistir. Desde que saliera del hospital, la mayor parte del tiempo lo había pasado sola. Sacaba muy poco la nariz fuera de casa; salía sobre todo por las mañanas, a menudo al amanecer, cuando se ponía el chándal e iba a correr a lo largo del Tíber, que discurría por debajo de las ventanas de su apartamento, a dos pasos del Vaticano.

Correr a lo largo del terraplén suponía un ejercicio de atención, porque además de los baches tenía que evitar los excrementos de los perros y las ratas que surgían de los montones de basura en putrefacción, pero a Colomba aquello no le molestaba, como tampoco le molestaban los humos de los tubos de escape de los coches que pasaban sobre su cabeza. Se trataba de Roma, y le gustaba precisamente porque era sucia y malvada, aunque los turistas nunca iban a darse cuenta. Tras la carrera, Colomba hacía la compra en días alternos en el súper de la esquina que regentaban dos cingaleses, y el sábado se iba hasta el puesto de la plaza Cavour, donde renovaba sus provisiones de libros usados que leía durante la semana, mezclando clásicos, novela negra y novelitas rosas, sin acabar casi ninguno de ellos. Se perdía con las tramas demasiado intrincadas y se aburría en las que eran demasiado sencillas. No era capaz de concentrarse en nada de nada. A veces tenía la impresión de que todo se le resbalaba.

Aparte de los comerciantes, Colomba pasaba días enteros sin dirigirle la palabra a ningún alma viva. Estaba su madre, es cierto, pero a ella podía escucharla sin abrir la boca, y también los amigos y los compañeros que de tanto en tanto aún la llamaban por teléfono. En los escasos momentos en que se dedicaba a la autoconciencia, Colomba sabía que estaba exagerando. Porque no se trataba de que estuviera bien a

solas, una práctica que siempre se le había dado bien, sino de que se sentía indiferente al resto del mundo. Sabía que era culpa de lo que le había ocurrido, culpa del Desastre, pero por mucho que se esforzaba no era capaz de agujerear esa película invisible que la separaba del resto de la humanidad. Era también por esto por lo que Colomba se había obligado a aceptar la invitación de esa noche, pero hasta tal punto a disgusto que todavía estaba allí decidiendo qué iba a ponerse, cuando sus amigos irían ya por la tercera copa.

Esperó a que dejara de sonar, luego empezó a cepillarse de nuevo el pelo. En el hospital se lo habían dejado cortísimo, pero ahora ya le había crecido hasta casi su largura normal. Mientras Colomba se daba cuenta de que le habían salido canas, la llamaron por el interfono. Se quedó con el cepillo en la mano unos segundos, con la esperanza de haberse equivocado, pero volvieron a llamar. Fue a mirar por la ventana: había un coche patrulla aparcado delante de su casa. *Joder*, pensó mientras cogía el teléfono y llamaba a Rovere.

Este contestó a la primera señal.

—Ha llegado la patrulla —dijo él a modo de saludo.

—Coño, sí —dijo Colomba.

—Quería decírtelo, pero no contestabas al teléfono.

—Estaba en la ducha. Y voy con retraso para ir a una cena. Así que lo siento, pero dígale al compañero que se vuelva por donde ha venido.

—¿Y no quieres saber por qué lo he enviado hasta ahí?

—No.

—Pues de todas maneras te lo voy a decir. Necesito que vengas a echar un vistazo a los Pratoní del Vivaro.

—¿Y qué hay allí?

—No quiero estropearle la sorpresa.

—Ya me ha dado una.

—La que te espera es más interesante.

Colomba resopló.

—Doctor..., estoy en excedencia. Tal vez no se acuerda.

El tono de Rovere se volvió serio.

—¿Te he pedido algo alguna vez durante este periodo?

—No, nunca —admitió Colomba.

—¿He hecho algo para que te incorporaras antes de tiempo, o para convencerte de que te quedaras?

—No.

—Por tanto, no puedes negarme un favor.

—Y una mierda, claro que puedo hacerlo.

—Te necesito de verdad, Colomba.

Por su tono se dio cuenta de que era cierto. Se quedó en silencio durante unos segundos. Se sentía acorralada.

—¿De verdad es necesario? —preguntó después.

—Obviamente.

—Y no quiere decirme de qué se trata.

—No quiero predisponerte.

—Muy amable por su parte.

—¿Entonces, sí o no?

Es la última vez, pensó Colomba.

—De acuerdo. Pero dígale al compañero que deje de llamar por el interfono.

Rovere colgó y Colomba se quedó unos instantes mirando el teléfono, luego avisó a su resignado anfitrión de que no iba a ir a cenar, recibió quejas poco convencidas, y se puso unos tejanos y una sudadera de los Angry Birds. Era ropa que Colomba nunca habría llevado estando de servicio y la eligió con premeditación.

Cogió las llaves del mueble de la entrada y con un gesto automático comprobó si llevaba la pistolera prendida del cinturón. Sus dedos solo encontraron el vacío. Se acordó con un relámpago de que la pistola estaba en la armería desde el día de su ingreso, pero la sensación fue desagradabilísima, como tropezar en un escalón que no existe; por un instante retrocedió a la última vez que había hecho el gesto de coger el arma, y la emoción fue el punto de partida de un ataque.

De inmediato los pulmones se le cerraron y la habitación se llenó de sombras en rápido movimiento. Sombras que *gritaban* deslizándose a lo largo de las paredes y de los suelos, sombras en las cuales ella no podía fijar la vista. Quedaban siempre más allá del campo visual, perceptibles tan solo con el rabillo del ojo. Colomba sabía que no eran reales, pero al mismo tiempo las percibía con cada fibra de su cuerpo. Tenía miedo. Un terror ciego, absoluto, que le cortaba la respiración y la estaba asfixiando. Buscó a tientas el pico del mueble y lo golpeó a propósito con el dorso de la mano. El dolor estalló en sus dedos y ascendió por el brazo como una descarga eléctrica, pero se desvaneció demasiado pronto. Golpeó otra vez, y otra más, hasta que la piel de un nudillo se laceró y la descarga le puso en marcha de nuevo los pulmones, igual que un desfibrilador con un corazón infartado. Jadeó tragando una enorme bocanada de aire, luego empezó a respirar de nuevo con regularidad. Las sombras desaparecieron, el miedo se disolvió en sudor helado sobre la nuca.

Estaba viva, estaba viva. Siguió repitiéndoselo durante cinco minutos, arrodillada en el suelo, hasta que pareció que la frase tenía sentido.

Sentada en el suelo, Colomba controló la respiración durante otros cinco minutos. Habían pasado días desde el último ataque de pánico, *semanas*. Habían empezado inmediatamente después de recibir el alta en el hospital. Le habían dicho que podía ocurrir —era más bien frecuente después de lo que le había pasado—, pero cuando le hablaron de ello había pensado que consistirían en algunos temblores e insomnio. En cambio, el primero fue como un terremoto que la había sacudido con violencia y el segundo todavía fue más fuerte. Había perdido el conocimiento por falta de oxígeno, convencida de que se estaba muriendo. Los ataques se habían hecho frecuentes, hasta tres o cuatro veces al día. Podía bastar un ruido o un olor para provocarlos, como el olor a humo.

El psicólogo del hospital le había dejado un número para que lo llamara, si necesitaba apoyo. Mejor dicho, le había rogado que lo hiciera. Pero Colomba no había hablado ni con él ni con nadie de lo que le estaba ocurriendo. Se había abierto camino en un mundo de hombres, muchos de los cuales habrían preferido verla llevando un café en lugar de una pistola, y había aprendido a ocultar debilidades y problemas a todos. Y además, en alguna parte de su interior, creía que se lo merecía. Un castigo por el Desastre.

Mientras se ponía una tirita en el nudillo herido, pensó en llamar de nuevo a Rovere y mandarlo al infierno, pero no se vio con fuerzas. Iba a reducir ese encuentro al mínimo, justo a lo que imponían las buenas maneras, luego regresaría a casa y expediría la carta de dimisión que tenía en un cajón de la cocina. Ya pensaría luego en qué hacer con el resto de su vida, con la esperanza de no convertirse en uno de esos compañeros suyos jubilados que seguían paseándose por las inmediaciones de la comisaría, para sentir que aún formaban parte de la familia.

Fuera se había desatado una tormenta que parecía estar sacudiendo al mundo. Colomba se puso un impermeable encima de la sudadera y bajó.

El coche patrulla lo conducía un muchacho que salió bajo la lluvia para el saludo correspondiente:

—Agente Massimo Alberti, doctora Caselli.

—Métete dentro, que te vas a empapar —dijo ella, sentándose al lado del conductor. Algunos vecinos, protegidos con paraguas, miraban la escena con curiosidad. Se había mudado a ese edificio hacía poco, y no todos sabían cuál era su trabajo. Tal vez nadie, teniendo en cuenta las pocas palabras que intercambiaba con la gente.

El coche patrulla fue para Colomba como el aroma de casa: el reflejo de las luces de emergencia sobre el parabrisas, la frecuencia de la radio, las fotos de los fugitivos pegadas en el parasol eran como caras familiares alejadas desde hacía mucho tiempo. *¿De verdad estás preparada para renunciar?*, se preguntó. No, no lo estaba. Pero no podía obrar de otro modo.

Alberti encendió la sirena y se puso en marcha.

Colomba resopló.

—Apágala —dijo—. No tenemos prisa.

—Tengo orden de ir lo más rápido posible, doctora —respondió Alberti, pero obedeció.

Era un jovencito de unos veinticinco años, de piel clara, con marcas de pecas. Desprendía un olor a loción para el afeitado que ella encontró agradable, aunque quedaba fuera de lugar a esas horas. Tal vez Alberti llevaba un frasco consigo y se había rociado para quedar bien con ella. También el uniforme estaba demasiado bien puesto y limpio.

—¿Eres nuevo? —le preguntó.

—Terminé el curso hace un mes, doctora, tras un año de servicio voluntario. Vengo de Nápoles.

—Empezaste tarde.

—Si no llego a sacarme la oposición el año pasado, ya habría sido demasiado tarde. Lo logré por los pelos.

—Que tengas suerte.

—Doctora, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Venga.

—¿Cómo se puede ingresar en la Brigada Móvil?

Colomba hizo una mueca. Casi todos los agentes de patrulla querían entrar en la Brigada Móvil.

—Se entra por designación. Haces la petición a tu superior y asistes a un curso de Policía Judicial. Pero si consigues entrar, acuérdate de que no es tan divertido como te imaginas. Tienes que olvidarte del reloj.

—¿Puedo preguntarle cómo lo hizo usted?

—Tras las oposiciones en Milán, trabajé dos años en una comisaría, luego en Antidroga, en Palermo. Cuando el doctor Rovere se trasladó a Roma hace cuatro años, me vine con él como su segundo.

—En Homicidios.

—Voy a darte un consejo: no la llares Homicidios si no quieres que todo el mundo te vea como un pingüino —«pingüino» era como llamaban a los agentes novatos—. Eso es en las películas de la tele. Es la sección tercera de la Brigada Móvil, ¿okey?

—Perdóneme, doctora —dijo Alberti. Cuando se sonrojó las pecas se hicieron más evidentes.

Colomba estaba harta de hablar de sí misma.

—¿Cómo es posible que te manden por ahí solo?

—Normalmente hago el turno con un compañero veterano, pero me he presentado como voluntario para las pesquisas, doctora. Fuimos mi compañero y yo los que encontramos a Maugeri, hoy, en la provincial.

—Ten en cuenta que no tengo ni puta idea de lo que me estás hablando.

Alberti obedeció, y Colomba se enteró del asunto de los campistas desaparecidos y del tipo del pantalón corto.

—La verdad es que no he hecho ninguna pesquisa. Fui al domicilio y luego me quedé de guardia —concluyó Alberti.

—¿A casa de la familia?

—Sí. Si la mujer se ha escapado, no se ha llevado nada.

—¿Qué dicen los vecinos?

—Nada útil, doctora, aunque sí un montón de chismes —dijo Alberti, y sonrió de nuevo. El hecho de que no se esforzara por mantener una expresión granítica, como acostumbraban a hacer los pingüinos, era un punto a su favor.

A su pesar, también sonrió Colomba y casi le hizo daño la cara por la falta de costumbre.

—¿Adónde vamos?

—La investigación se coordina desde el centro hípico del Vivaro. Estamos nosotros, los carabineros, los bomberos y Protección Civil. Y un montón de gente que lo que hace, sobre todo, es liarla. Se ha corrido la voz.

—Eso siempre ocurre —dijo Colomba, descontenta.

—Ha habido algo de movimiento hará unas tres horas. He visto que salían dos Defender hacia el Monte Cavo con oficiales y un magistrado. El juez De Angelis. ¿Lo conoce?

—Sí —y no le gustaba. El juez instructor Franco de Angelis siempre estaba contento cuando acababa saliendo en los periódicos. Le quedaban un par de años para jubilarse y todo el mundo decía que apuntaba hacia el Consejo Superior de la Magistratura y que haría lo que fuera para llegar hasta allí.

—¿Qué distancia hay desde el Monte Cavo hasta donde estaban haciendo el *pícnic*?

—Dos kilómetros a través de los bosques, unos diez por carretera. ¿Quiere ver el informe? En el salpicadero están las hojas impresas.

Colomba las cogió. Contenían también dos fotos de los desaparecidos sacadas del Facebook. Lucia Balestri tenía el pelo negro y rizado, treinta y nueve años mal llevados. El niño era gordito, con gafas de culo de botella. Había sido fotografiado detrás del pupitre del colegio y no miraba al objetivo. Seis años y medio. Se llamaba Luca.

—Si han acabado en el Monte Cavo, han dado una buena caminata, su madre y él. Y nadie los ha visto, ¿me equivoco?

—Eso es lo que sé.

La lluvia comenzó a arreciar de nuevo y el tráfico aminoró la marcha de golpe, aunque con las luces de emergencia hendían los coches igual que Moisés las aguas, y llegaron a la salida de Velletri en media hora. Colomba empezó a ver un guirigay de coches de servicio y furgonetas de Protección Civil, que se convirtieron en una masa compacta al llegar al recinto del centro hípico. Era un conjunto de edificios de una planta, de aspecto abandonado, construidos alrededor de una pista para el trote.

A paso de hombre recorrieron la provincial obstruida por patrullas, coches particulares, autobuses de carabineros, ambulancias y cisternas de los bomberos. Había también unidades móviles de dos televisiones, con la antena por satélite en el techo, y una cocina de campo con ruedas de la que ascendía un humo denso. *Tan solo faltan las barracas de feria y los puestos de tiro al blanco*, pensó Colomba.

Alberti estacionó tras una autocaravana.

—Hemos llegado, doctora —dijo—. El doctor Rovere la espera en la sala de operaciones.

—¿Tú ya has estado allí? —preguntó Colomba.

—Sí, doctora.

—Entonces acompáñame y así tardo menos.

Alberti echó el freno de mano y le abrió camino entre los edificios que parecían desiertos. Colomba oyó el relincho de los caballos del otro lado de las paredes y confió en no encontrarse frente a ninguno que se desbocara por la tormenta. Su meta era uno de los chalés, ante el que hacían guardia dos agentes uniformados que saludaron a Alberti con un gesto y la ignoraron a ella, tomándola por una civil.

—Espera aquí —dijo ella y, sin llamar, entró por una puerta donde había un papel que rezaba: POLICÍA DE ESTADO-NO ENTRAR SIN ANUNCIARSE.

La habitación era un viejo archivo con muebles clasificadores de metal colocados a lo largo de las paredes. Media docena de agentes de policía uniformados o de paisano se sentaban en cuatro grandes escritorios centrales, telefoneando o hablando por radio. Colomba localizó a Alfredo Rovere, delante de un mapa desplegado sobre uno de los escritorios. Era un hombre de baja estatura, sobre los sesenta años, con escaso pelo canoso peinado cuidadosamente hacia atrás. Colomba se fijó en que llevaba los zapatos y los pantalones embarrados hasta la mitad de la pierna.

El agente que estaba sentado junto a la entrada levantó la vista y la reconoció.

—¡Doctora Caselli! —exclamó mientras se ponía en pie. Colomba no se acordaba de su nombre, tan solo del acrónimo Argo 03 que utilizaba cuando le tocaba turno en la central de operaciones. Todos los presentes la observaron, interrumpiendo por un instante sus conversaciones.

Colomba se esforzó por sonreír e hizo un gesto con la mano, invitando a todo el mundo a continuar con su trabajo.

—Sigan, por favor.

Argo le estrechó la mano.

—¿Cómo está, doctora? La hemos echado de menos.

—Pues yo a vosotros no —fingió que bromeaba ella.

Argo volvió al teléfono y rápidamente el sonido de las conversaciones se reanudó. Por lo que iban diciendo, Colomba entendió que habían instalado puestos de control a lo largo de la provincial. Qué raro. No eran procedimientos habituales en caso de desaparición.

Rovere había llegado hasta su altura. Le estrechó amablemente los hombros, mirándola a los ojos. Su aliento olía a cigarrillo.

—Te veo bien, Colomba. De verdad.

—Gracias, doctor —respondió ella, mientras pensaba que, por el contrario, a él lo veía envejecido y cansado. Tenía ojeras y la barba crecida—. ¿Qué está pasando?

—¿Sientes curiosidad?

—Ni pizca. Pero ya que estoy aquí...

—Dentro de un rato verás —dijo él cogiéndola por un brazo y llevándola hasta la puerta—. Vamos a buscar un coche.

—El mío espera en la entrada.

—No, necesitamos un *jeep*.

Salieron, y Alberti, que estaba apoyado en la pared, se puso firme de un salto.

—¿Aún estás aquí?

—Le he dicho yo que se quedara —dijo Colomba—. Tenía la esperanza de regresar pronto.

—¿Sabes conducir un todoterreno? —preguntó Rovere a Alberti.

—Sí, doctor.

—Ve a la entrada y consigue uno, te esperamos aquí —ordenó Rovere.

Alberti salió corriendo. Rovere se había encendido un cigarrillo en las mismas narices del cartel que lo prohibía.

—¿Vamos al Monte Cavo? —preguntó Colomba.

—Yo intento no decirte las cosas y sin embargo tú te enteras de todas formas —respondió él.

—¿Qué creía, que no iba a hablar con el conductor?

—Me habría gustado.

—¿Y qué hay allí?

—Ya lo verás por ti misma.

Un Defender se acercó marcha atrás por el patio, esquivando por un pelo una moto de la Policía de Carreteras.

—Ya era hora —Rovere tomó del brazo a Colomba para llevarla fuera.

Ella se soltó.

—¿Tenemos prisa?

—Sí, dentro de una hora, o incluso menos, allí no seremos bien recibidos.

—¿Por qué?

—Apuesto a que eso lo deducirás tú sola.

Rovere le abrió la portezuela. Colomba no subió.

—Estoy pensando seriamente en volverme para casa, doctor —dijo—. Las adivinanzas no me gustaban ni siquiera de pequeña.

—Mentirosa. Habrías trabajado en otro oficio.

—Esa es mi intención.

Él suspiró.

—¿Estás decidida de verdad?

—No podría estarlo más.

—Ya hablaremos luego. Venga, sube.

Colomba se deslizó resignada en el asiento de atrás.

—Muy bien —dijo Rovere, y se sentó delante.

Siguiendo las indicaciones de Rovere, del centro hípico salieron hasta la provincial del Vivaro y recorrieron algo menos de cinco kilómetros, para luego tomar el camino de los Lagos hasta la estatal por Rocca di Papa. Superaron las últimas casas y un restaurante donde un grupito de agentes tomaba café y fumaba bajo la pérgola. Parecía que los civiles se habían vuelto todos a sus madrigueras y tan solo quedaran uniformes y coches militares. Recorrieron otro kilómetro y embocaron la carretera que subía al Monte Cavo.

Cuando se detuvieron, estaban solos. Más allá de los árboles al final del sendero, Colomba pudo entrever la luz de los focos rompiendo la oscuridad.

—A partir de aquí tenemos que ir a pie, el sendero es demasiado estrecho —dijo Rovere. Abrió el maletero y cogió dos linternas Maglite.

—¿Tengo que ir buscando notitas escondidas?

—Qué bien nos iría si de vez en cuando nos dejaran pistas tan fáciles, ¿verdad? —dijo Rovere pasándole una linterna.

—¿Pistas de qué?

—Un poco de calma.

Enfilaron el sendero, protegido por árboles a ambos lados, con ramas que se entrelazaban formando una especie de pasillo verde. El silencio era casi total, ahora que había dejado de llover, y se notaba el olor a humedad y a hojas podridas que Colomba asociaba con las setas, cuando iba de niña a buscarlas con un tío suyo, muerto ya hacía años. No era capaz de recordar si alguna vez las habían encontrado.

Rovere se encendió otro cigarrillo, a pesar de que ya le costaba algo de trabajo respirar debido al esfuerzo de la caminata.

—Esta es la Via Sacra —dijo.

—¿O sea? —preguntó Colomba.

—Es un camino que llevaba a un templo romano. ¿Ves? Todavía se encuentra la pavimentación original —dijo Rovere señalando con el haz de la linterna losas de basalto gris consumido por el tiempo—. Una de las patrullas de búsqueda fue por este sendero hace tres horas y lo recorrió hasta el mirador.

—¿Qué mirador?

Rovere apuntó la linterna hacia la hilera de árboles que había delante de ellos.

—Allí detrás.

Colomba agachó la cabeza y pasó por entre una maraña de ramas, descubriendo una amplia terraza de roca delimitada por una barandilla de metal. El mirador se asomaba a un calvero que quedaba diez metros más abajo, en el centro del cual surgía una arboleda de pinos y encinas. Entre el camino y los árboles había aparcados dos Defender y un furgón que la policía utilizaba para el transporte de material técnico. Se oía el borboteo del generador diésel de los focos y el eco de unas voces.

Rovere se colocó a su lado, jadeando igual que una locomotora.

—La patrulla se detuvo aquí. Fue una casualidad que las vieran.

Colomba disparó la linterna hacia el borde, siguiendo las indicaciones de Rovere.

Se veía un reflejo claro sobre una roca solitaria en el límite de la oscuridad, algo que al principio le pareció una bolsa de plástico enredada en un arbusto. Apuntando con el haz de luz se dio cuenta de que se trataba de un par de zapatillas de deporte blancas y azules, que rotaban lentamente sobre sí mismas colgadas del arbusto. Incluso a esa distancia se percató de que era un veintinueve o un treinta, como mucho, las de un niño.

—¿El niño se cayó por aquí? —preguntó Colomba.

—Mira mejor.

Colomba lo hizo y reparó en que las zapatillas no estaban enredadas en el arbusto, habían sido anudadas con los cordones. Se dio la vuelta para mirar a Rovere.

—Alguien las ha colocado ahí.

—Sí. Y esto empujó a la patrulla a bajar. Pasa por aquí —le dijo mostrándole el camino—. Pero ten cuidado, porque es empinado. Un compañero se ha torcido el tobillo.

Rovere la precedió y Colomba lo siguió, intrigada a su pesar. ¿Quién habría colocado ahí las zapatillas? ¿Y por qué?

Un repentino golpe de viento le salpicó la cara con gotas de lluvia y Colomba se sobresaltó, mientras los pulmones se le cerraban. *Por hoy ya está bien de crisis, ¿vale?*, se dijo. *Cuando vuelva a casa me provocho una bien grande y a lo mejor hasta lloro un rato más. Pero ahora no, por favor.* ¿Con quién estaba hablando?, eso no lo sabía. Sabía tan solo que la atmósfera de ese lugar empezaba a tensarle los nervios y quería marcharse de allí lo antes posible. Superaron la hilera de los árboles, y se encontraron con un terraplén escarpado, donde se enmarañaban matorrales y zarzas, punteado por gruesas rocas colocadas en semicírculo. Alrededor de una de ellas se hallaban agrupadas unas diez personas, entre las cuales estaban Franco de Angelis y el subcomisario Marco Santini, del Servicio Móvil de Investigación. Dos tipos con mono blanco fotografiaban algo en la base del peñasco que Colomba no lograba ver. En la pechera llevaban la sigla de la Unidad de Análisis de Crímenes Violentos, y Colomba, de golpe, lo entendió todo, aunque en el fondo siempre lo hubiera sabido. Ella no se ocupaba de desaparecidos, ella se ocupaba de personas asesinadas. Se

acercó. El peñasco proyectó una sombra oscura y cortante sobre una forma acurrucada en el suelo. *Por favor, que no sea el niño*, pensó Colomba. Su invocación no quedó sin ser escuchada.

El cadáver era el de la madre.

Había sido decapitada.

El cadáver yacía boca abajo, con las piernas dobladas y un brazo debajo del cuerpo. El otro brazo estaba extendido horizontalmente, la palma vuelta hacia arriba. El cuello terminaba con un corte que destellaba violáceo a la luz de los faros, con el blanco del hueso brillando húmedo. La cabeza estaba a un metro de distancia, apoyada sobre una mejilla, con el rostro vuelto hacia el cuerpo.

Colomba levantó los ojos del cadáver y descubrió que los demás estaban mirándola a ella.

Santini parecía cabreado. Era un hombre atlético que rondaba los cincuenta, con unos finos bigotes.

—¿A ti quién te ha invitado?

—Yo —respondió Rovere.

—Perdone, ¿y por qué motivo?

—Se está poniendo al día profesionalmente.

Santini levantó los brazos al cielo y se alejó.

Colomba estrechó la mano al juez.

—Bien, bien —dijo él, con aire distraído. Se alejó casi de inmediato con una excusa, arrastrando tras de sí a Rovere. A distancia, Colomba pudo ver que discutían en voz baja.

El resto de los presentes, entre los que había quienes la conocían de vista o habían oído hablar de ella, se quedó mirándola hasta que Mario Tirelli la salvó apareciendo de entre las sombras. Era un médico forense, un hombre alto y seco con un sombrero de pescador. Masticaba un trozo de regaliz: siempre llevaba alguna raíz en una pitillera de plata tan vieja como él.

—¿Cómo estás? —le preguntó estrechándole la mano entre las dos suyas, que estaban gélidas—. Te he echado mucho de menos.

—Yo también a ti —dijo Colomba, sincera—. Aún estoy en excedencia, no te entusiasmes demasiado.

—Y, entonces, ¿qué estás haciendo aquí, en todo el meollo?

—Por lo visto, a Rovere le parecía importante. Pero será mejor que me digas tú qué hacen *ellos* aquí.

—¿Hablas del SIC o de la UCV?

—De los dos. Tendrían que ocuparse del crimen organizado o de asesinos en serie. Y aquí solo hay un cadáver.

—Técnicamente, pueden ocuparse hasta de los gatos extraviados si los

magistrados los implican.

—Y De Angelis es amigo de Santini.

—Y de buena gana se cubren las espaldas el uno al otro. Obviamente, Santini no podía fiarse de la Policía Científica y ha echado de aquí a esos payasos del mono blanco. Si encuentra algo, se llevará todo el mérito y no tendrá que compartirlo.

—¿Y si no lo logra?

—Pues os echará la culpa a vosotros.

—Vaya mierda.

—Lo de siempre. Tendrías que descansar en vez de venirte aquí para pisarla.

—Y tú también. ¿No te habías jubilado?

Tirelli sonrió.

—De hecho, *trabajo* como asesor. No me gusta estar en casa leyendo novela negra y no sé hacer crucigramas —Tirelli era viudo y no tenía hijos: moriría con el bisturí en la mano—. ¿Quieres que te explique lo de la mujer o finges que no te importa nada?

—Venga.

—Decapitación por arma blanca con hoja semicurva. El asesino ha dado por lo menos cuatro o cinco tajos para separar la cabeza del tronco entre la segunda y la tercera C. El primero ha resultado presumiblemente el mortal, justo por debajo del occipital, mientras ella estaba de pie.

—Por detrás.

—Sí, a juzgar por la dirección del corte. Muerta en aproximadamente un minuto, pérdida de conciencia inmediata. Ha sucedido hoy por la tarde, a juzgar por el rígor, pero con la lluvia y todo lo demás resulta difícil calcular la hora exacta. Entre la una y las seis de la tarde, diría yo. Ya verás como esos de la UCV darán hasta el segundo exacto —añadió con sarcasmo.

—No hay señales de que se haya defendido —dijo Colomba—. Se fiaba del asesino, en caso contrario se habría dado la vuelta por lo menos tres cuartos antes del golpe.

—La ha cogido por sorpresa y ha acabado de decapitarla en el suelo.

Aprovechando que Santini y los demás se habían alejado del cadáver, Colomba retrocedió para echar un vistazo al cuerpo. Lo hizo mecánicamente, casi sin darse cuenta. Tirelli la siguió.

—La ropa no se la han quitado y vuelto a poner —dijo Colomba—. Nada de violencia sexual post mórtem.

—Lo mismo opino yo.

Ella miró la cabeza de cerca. Los ojos estaban intactos.

—No hay signos de penetración en boca ni orejas.

—Gracias a Dios...

—¿El niño estaba presente?

—No se sabe. Aún no lo han encontrado.

—¿Se lo ha llevado el asesino?

—Es lo más probable.

Colomba negó con la cabeza. No le gustaba cuando había niños de por medio. Volvió a mirar la escena del crimen.

—No tiene nada que ver con el sexo. Y no se ha ensañado con el cuerpo.

—¿Cortarle la cabeza no es ensañamiento?

—No tiene otras marcas encima. Ni siquiera un cardenal.

—Tal vez le resultara suficiente hacer lo que ha hecho —dijo Tirelli.

Antes de que Colomba pudiera responderle, el técnico que estaba entre los matorrales se levantó.

—¡Eh! ¡Aquí! —gritó.

Se movieron todos en esa dirección, incluida Colomba, una vez más víctima de sus automatismos. El técnico sacó un hocino de debajo del matorral, sujetándolo por la hoja con los dedos enguantados. Santini se agachó para examinarlo de cerca.

—Hay pequeñas muescas que podrían haber sido provocadas por el hueso.

—Tendrías futuro como afilador —dijo Colomba.

Santini tensó la mandíbula.

—¿Aún estás aquí?

—No, es que tienes alucinaciones.

—Me conformo con que no toques nada, que aquí no queremos tus líos.

Colomba sintió que la sangre se le subía a las mejillas. Dio un paso adelante, apretando los puños.

—Repíteme eso, gilipollas.

El técnico con el hocino levantó una mano.

—Vamos a ver, ¿estamos en un colegio o qué?

—Es ella la que está mal de la cabeza —dijo Santini—. ¿No lo ves?

Tirelli puso una mano sobre el brazo de Colomba.

—No vale la pena —le susurró.

Ella vació los pulmones con un largo suspiro.

—Vete a tomar por culo, Santini. Haz tu trabajo y actúa como si yo no estuviera.

Santini meditó una respuesta hiriente, pero no se le ocurrió. Señaló el hocino a Tirelli.

—Doctor, ¿podría ser?

—Podría ser.

El técnico pasó un copo de algodón sobre la hoja. El algodón se volvió azul oscuro: sangre. Lo colocó en una bolsa y etiquetó el paquete. En el laboratorio compararían más tarde los restos de sangre con el ADN de la víctima, pero según Colomba, las posibilidades de que estuvieran equivocándose eran casi inexistentes. Tirelli siguió al técnico, mientras que Santini acudió al aviso de un agente uniformado y desapareció hacia el camino de acceso. Colomba se quedó sola delante del matorral. Mientras estaba meditando sobre si regresar al coche y mandarlo todo al

diablo, de los árboles que había cerca de ella llegó un roce, luego la luz de los focos se reflejó sobre el rostro pálido y sudado de Alberti. Se estaba limpiando los labios con un pañuelo de papel.

Colomba comprendió que se había alejado para vomitar y se arrepintió de haberlo dejado solo.

—¿Estás bien?

Él asintió.

—Sí, doctora —dijo, aunque con un tono de voz que dejaba entender todo lo contrario—. He tenido que...

—Lo imagino. No te preocupes. Son cosas que pasan. ¿Es el primer cadáver que ves?

Alberti movió la cabeza.

—No. Pero nunca así... ¿A usted cuántos meses le costó acostumbrarse?

Antes de que Colomba pudiera contestarle, Rovere la llamó.

—Ven, que te estás perdiendo la última parte del espectáculo.

Colomba dio una palmada a Alberti.

—Quédate aquí tranquilo —alcanzó a su exjefe junto a uno de los peñascos más alejados del cadáver, que desde allí no se veía—. ¿Qué espectáculo?

El grupo de investigadores había vuelto junto a la muerta y parecía estar esperando algo. Sobre todo De Angelis, que sonreía nerviosamente al vacío.

—Está llegando el marido —dijo Rovere.

Unos segundos después el motor de un todoterreno se apagó al otro lado de la hilera de árboles, Santini reapareció junto a dos agentes uniformados y un hombre que vestía tan solo unos pantaloncitos y una camiseta sucia, y que miraba a su alrededor desorientado.

Stefano Maugeri. Por lo excitado que estaba, Colomba dedujo que desde que su mujer desapareciera no se había movido de la zona de la investigación.

—Pero ¿cómo son tan idiotas como para traerlo aquí? —dijo—. El reconocimiento podría hacerlo en el depósito de cadáveres, cuando la hubieran arreglado.

—No es el reconocimiento lo que les interesa —respondió Rovere.

Llevado por Santini y los dos agentes, Maugeri llegó hasta el menhir. Colomba vio que titubeaba y se paraba un instante.

—¿Qué hay ahí detrás? —oyó que preguntaba.

No se lo han dicho, por Dios, pensó Colomba.

Santini invitó a Maugeri a proseguir, pero como un animal que oliera el cuchillo del carnicero, se plantó.

—No, yo no sigo adelante si no me dicen qué hay ahí. Yo no voy. Me niego.

—Es su esposa, señor Maugeri —dijo Santini mirándolo fijamente.

Maugeri movió la cabeza mientras la certidumbre se iba abriendo camino en él.

—No... —miró a su alrededor, aún más perdido. Luego hizo los últimos metros a

la carrera y fue detenido por los agentes que rodeaban el cuerpo. Colomba giró la cara cuando el hombre empezó a llorar.

—Volvamos —dijo Rovere unos minutos antes de las once. A Maugeri se lo habían llevado sujetándolo de los brazos y en ese momento estaban metiendo el cuerpo de la mujer dentro de una bolsa de la funeraria. Colomba, Rovere y Alberti alcanzaron el coche siguiendo el sendero que habían recorrido antes.

A bordo del *jeep* en movimiento Colomba fue la primera en romper el silencio.

—Ha sido una putada —murmuró.

—Pero sabes por qué lo han hecho, ¿verdad? —preguntó Rovere.

—No hace falta ser ningún genio —dijo Colomba. Empezaba a dolerle la cabeza y hacía meses que no se sentía tan cansada—. Confiaban en una confesión relámpago.

Rovere le dio unos toques a Alberti en el hombro.

—Párate aquí.

Habían llegado al restaurante que habían visto cuando subían. Bajo la pérgola estaba ahora únicamente el encargado, que andaba metiendo dentro sillas y mesas.

—Te apetece un café, ¿verdad, Colomba? —preguntó Rovere—. O a lo mejor preferirías comer algo.

—Un café está bien —mintió ella.

Lo que de verdad quería era volver a su casa y olvidarse de todo. Retomar el libro que había dejado abierto sobre la mesa del salón —una vieja edición de *Maestro-Don Gesualdo* de Verga— y acabarse la botella de Primitivo que tenía en la nevera. Cosas normales, que no apestaban a sangre y barro.

El encargado los dejó entrar, aunque estaba cerrado. El suyo era un viejo restaurante que olía a lejía y a vino rancio, con bancos y mesas de madera. Hacía más frío dentro que fuera, Colomba pensó que para estar a primeros de septiembre el verano parecía quedar ya lejos. Ni siquiera daba la impresión de que estuvieran cerca de Roma.

Se sentaron a una mesita próxima a la cristalera. Rovere había pedido un café americano y fue girando la taza entre sus manos sin dejar de mirar a Colomba, aunque sin verla realmente.

—¿Por qué piensan que ha sido el marido? —preguntó ella.

—En primer lugar —respondió Rovere—, nadie ha visto a Maugeri con su esposa y su hijo en los Pratoni. Todos los que se han presentado a declarar dicen que lo vieron siempre solo.

—Es más fácil acordarse de un padre que busca desesperadamente a su mujer y

sus hijos que a una familia haciendo *pícnic*.

—Exacto. Pero los testigos, por ahora, van en una única dirección —se iba dando golpecitos en los labios con el mango de la cucharilla—. En segundo lugar, en el maletero del coche había sangre.

—Tirelli dice que la mujer fue asesinada allí —objetó Colomba—. Y, por regla general, no suele hablar al tuntún.

—La sangre era del niño. Pocos restos, lavados de mala manera. El padre no se lo explica.

—¿Y qué más? —preguntó Colomba.

—Maugeri maltrataba a su mujer. Tres partes en la comisaría de la zona por los gritos. Ella estuvo ingresada hace un mes con el tabique nasal roto. Dijo que había resbalado en la cocina.

Colomba notaba cómo le iba aumentando el dolor de cabeza. Cuanto más hablaba de esa historia más le parecía que se le iba pegando encima.

—Todo cuadra. ¿Por qué coño estoy aquí?

—Piénsalo un momento. La mujer no tenía señal alguna de haberse defendido.

La cabeza de Colomba se aclaró un poco.

—Sabía que el marido era un maltratador. En cambio le dio la espalda y no intentó huir... —Colomba se lo pensó unos instantes, luego negó—. Resulta extraño, estoy de acuerdo con usted, pero no basta para exculparlo. Puede haber mil explicaciones.

—¿Con cuántos asesinos que podríamos definir como psicópatas o sociópatas has tenido relación, Colomba? —preguntó Rovere.

—Alguno —minimizó ella.

—¿Cuántos de ellos, que hubieran asesinado a un familiar, han acabado confesando al final?

—Algunos no lo han hecho nunca —dijo Colomba.

—Pero ¿había algo en ellos que te decía que eran culpables, incluso cuando se empeñaban en negarlo?

Colomba asintió de mala gana.

—Mentir es difícil. Pero las sensaciones no quedan nada bien en los informes.

—Y no sirven delante de un tribunal... Pero sus reacciones no son del todo naturales. Dicen algo equivocado, hacen alguna broma cuando tendrían que estar llorando. O lloran cuando tendrían que cabrearse. Incluso quienes han reprimido en su inconsciente ese acto homicida dejan ver algunos vacíos —hizo una pausa—. ¿Has notado algo semejante en Maugeri cuando ha visto a su esposa muerta?

Colomba se masajeó las sienes. ¿Qué estaba pasando?

—No, pero aún no he hablado con él. Solo lo he visto agitándose en el barro.

—Yo asistí al primer interrogatorio, cuando todavía no se sabía nada. No mentía.

—Está bien. Entonces es el hombre equivocado. Tarde o temprano Santini y De Angelis se darán cuenta y encontrarán al correcto.

Rovere la observaba casi con codicia.

—¿Y el niño?

—¿Usted cree que está vivo? —preguntó Colomba.

—Creo que hay una posibilidad. Si el padre es inocente, al niño se lo ha llevado el asesino. Y para la sangre en el maletero del padre hay otra explicación.

—A menos que se haya caído en algún pozo mientras huía.

—Ya lo habríamos encontrado. ¿Cómo de lejos puede llegar un niño descalzo por aquí?

—De todas formas, Santini estará buscándolo —dijo Colomba—. No es completamente gilipollas.

—Santini y De Angelis ya tienen su explicación. ¿Y cuántas posibilidades hay de que tomen en consideración nuevos elementos que no concuerden? Quiero decir de inmediato, no dentro de una semana o de un mes.

—Muy pocas —admitió ella.

—¿Y qué habrá sido del niño, mientras tanto?

—¿Y a usted qué le importa?

Rovere hizo una mueca.

—No soy un robot.

—Pero tampoco un ingenuo —Colomba se inclinó hacia él—. Ha llegado a ser jefe de la Móvil porque es un buen poli, pero también porque sabe moverse. Y meter las narices en la investigación de alguien *no* es moverse bien.

—Yo no he dicho en ningún momento que vaya a ser yo quien meta las narices —dijo Rovere.

Colomba dio un manotazo en la mesa.

—¡Coño! ¿Es a mí a quien quiere echar a los leones?

—Sí —respondió Rovere sin dejar traslucir ninguna emoción.

Colomba había discutido muchas veces en el pasado con Rovere. Alguna vez incluso se habían peleado, con una buena dosis de gritos y portazos. Pero nunca se había sentido tratada de esa forma.

—Podía haberme ahorrado este viaje.

—Tú has dicho que quieres dimitir; por tanto, no tienes nada que perder. Y podrías hacer una buena acción respecto a ese niño.

Colomba era incapaz de seguir sentada. Se levantó de golpe y le dio la espalda. Al otro lado de la cristalera vio a Alberti, apoyado en el Defender, bostezando hasta descoyuntarse la mandíbula.

—Me lo debes, Colomba —dijo luego Rovere.

—¿Por qué se empeña tanto en hacerme algo así?

Rovere suspiró.

—¿Sabes quién está al frente del SIC?

—Scotti. Si sigue estando él.

—Se jubila el año próximo. ¿Y sabes quién está en primera fila para ese puesto?

—No hay nada que me resbale tanto.

—Santini. ¿Y sabes quién estaba antes de él?

Colomba se dio la vuelta aturdida.

—¿Usted?

—Yo. Di un pequeño salto hacia atrás después de lo que te ocurrió. Si fuera alguien que vale de verdad, lo aceptaría. Pero Santini no es la persona apropiada para ese cargo.

—Tengo que joder a Santini por usted —dijo Colomba, disgustada. Le parecía estar viendo cómo Rovere se transformaba ante sus ojos, mostrando un rostro que no solo no había visto nunca antes, sino que ni siquiera imaginaba que pudiera tener—. Por su carrera.

—Si las cosas salen bien, salvarás a un niño. No te olvides de eso.

—Si aún está vivo y no ha muerto mientras tanto.

—La culpa, en tal caso, será de quien se haya equivocado en las pesquisas.

—De Angelis verá con malos ojos mi injerencia.

—En condiciones normales, podría hacer que te suspendieran o trasladarte. Pero en tu situación, si no violas la ley, no tiene armas en tu contra. En caso necesario, puedes decir que ha sido una iniciativa tuya personal porque no tragas a Santini, y la cosa acaba ahí.

Colomba se sentó de nuevo y se dejó caer contra el respaldo. Estaba disgustada consigo misma y con su jefe. Pero había algo en lo que Rovere tenía razón: se lo debía. Se lo debía porque había sido el único en cuyos ojos no vio nunca la sombra de la sospecha, ni una señal de desconfianza después del Desastre, tan solo malestar.

—¿Y actúo como si fuera un civil? —preguntó.

—Sigues teniendo la identificación, enséñala cuando sea necesario. Pero no levantes demasiada polvareda: si necesitas alguna cosa, ven a verme.

—¿Y si encuentro algo?

—Haré que le llegue discretamente a De Angelis.

—En cuanto a De Angelis le dé en la nariz que está apostando al caballo equivocado...

—Cambiaré de caballo —concluyó Rovere.

Colomba se tocó una sien dolorida.

—Pero es imposible. Yo sola no puedo lograrlo.

Rovere titubeó, pero Colomba se dio cuenta de que tenía ya una respuesta y que solo estaba fingiendo. *Lo ha preparado todo para utilizarme en su miserable guerra*, pensó.

—Hay alguien que podría echarte una mano —dijo Rovere—. Alguien a quien, si fueras un policía al que le importa su carrera, no tendrías ni que acercarte siquiera, y tampoco dejaría él que te acercaras. Pero en tu caso...

—¿Quién?

Rovere se encendió un cigarrillo.

—¿Has oído alguna vez hablar del niño del silo?

III. Antes

La joven pareja de la mesa central es la que habla en voz más alta. No están acostumbrados al lujo y han escogido cenar allí para celebrar su primer aniversario de boda. Ella mira las otras mesas, busca a algún famoso, él intenta no pensar demasiado en la cuenta estratosférica que le llegará. Sabía que iba a doler lo suyo, el restaurante está en el último piso de una boutique que ellos no se atreven a pisar (en realidad, ella sí; siempre va a ver las nuevas colecciones), aunque no que dolería tanto como ha visto luego en el menú. Pero no quiere pedirle a su mujer que se contenga a la hora de elegir, no después de que ella haya estado esperando esta velada durante toda la semana, buscando la combinación apropiada entre sus prendas de Zara compradas en las rebajas.

Él tiene veintisiete años, ella veintinueve.

A pocos metros de ellos, un ciudadano alemán come en solitario un sushi mixto. Lee la edición americana de *El coleccionista de huesos*. Está un poco irritado al descubrir que su inglés ha empeorado en los últimos años. La novela le cuesta, aunque se la haya leído ya en la traducción alemana. Dirige una empresa de microcomponentes, y ha tenido pocas ocasiones en que ejercitarse. Piensa que tendría que empezar a recibir clases particulares, aunque la mera idea lo deprima. Se siente demasiado viejo para volver a la escuela y sospecha que su memoria ya no es lo que era. Adora el sushi y cena allí una vez por semana, generalmente solo.

Tiene sesenta años recién cumplidos.

En la gran mesa redonda que hay junto a la ventana levemente oscurecida por las cortinas blancas de algodón crudo, se sientan un DJ con su chica, su agente y el propietario de una discoteca de la periferia. Escuchan al camarero, quien se informa acerca de posibles alergias antes de explicar el menú. El DJ está a punto de contestar «soy alérgico al pescado crudo», sin saber que este chiste lo oye el camarero una vez al día, más o menos, y que a estas alturas ya ni siquiera sonríe. El DJ es el excantante de un grupo juvenil que colocó una canción en el Top Ten tres años atrás. Hace unos doscientos bolos al año en los principales locales nocturnos. Los discos ya no se venden, ese es el trabajo del futuro.

La chica que le sujeta esa mano ensortijada como la de la Virgen de Lourdes (todo en el look del DJ es un poco excesivo, incluidos el tatuaje tribal en la nuca y el pelo teñido) tiene la esperanza de que esta vez él se quede para el fin de semana o que le pida que lo acompañe. No es su novia, sino aquella a la que llama por teléfono cuando tiene un bolo en la ciudad, pero ella sabe que existe una sintonía auténtica entre ellos. Lo nota por debajo de su piel. Después de haber hecho el amor en su hotel, esa tarde él se le ha abierto igual que un niño. Ha reído y bromeado. ¿Lo habría hecho si se tratara de un polvo ocasional? Incluso le ha confesado que dentro de poco cambiará a su agente por otro más competente y menos sentimental. Una noticia muy confidencial, ¿verdad?

El agente en cuestión no es del todo ingenuo y ha intuido lo que le espera. Mientras sueña con un cigarrillo, intenta recordar desesperadamente el título de la

película donde Woody Allen desempeña su mismo oficio y es del que siempre se deshacen los artistas. Desde hace un mes el DJ se muestra más bien esquivo respecto a sus proyectos futuros y esto, joder, es un claro síntoma. Está meditando dejarlo tirado, precisamente ahora, que empezaba a tener una pizca de éxito personal. Gracias a su trabajo, gracias al millón de llamadas telefónicas que ha hecho, a las veces que ha suplicado y amenazado para hacer que tuviera más espacio. ¿Quién consiguió que estuviera en los MTV European Awards, eh? ¿O quién ha hecho que tuviera un espacio fijo en la radio? El agente ha decidido que después del espectáculo charlará del tema con el DJ, aunque el pensamiento de lo que va a tener que escuchar le quita el apetito.

El dueño de la discoteca no participa mucho en la conversación, que, por lo demás, es un monólogo del artista sobre las nuevas tendencias de la música que él mismo ha anticipado, y tan solo espera que esa cena acabe pronto. Por lo que a él respecta, piensa que el mejor disco de la historia es *The Dark Side of the Moon* y que todos los DJ de este mundo juntos no tienen ni una migaja de la clase de la vieja guardia del rock. Pero son cosas que uno no puede decirle a quien acaba de contratar, pagándole dos mil euros en negro, para que le llene el local. Mientras tanto sonrío a la chica y pienso que la verdad es que está buena, la tía, con un físico de modelo y esa expresión ingenua. Uno se la imagina haciendo guarradas, con esa carita. Cuando el DJ desaparezca, la llamará para proponerle que trabaje como imagen de su local. «Puede ser una buena ocasión para abrirse camino en el mundo del espectáculo, no me digas que no lo has pensado nunca. Confía en mí».

El DJ tiene veintinueve años; el agente, treinta y nueve; el propietario de la discoteca, cincuenta; la chica, diecisiete; el camarero, veintidós.

En la mesa más cercana a la entrada una pareja de ancianos espera el postre: helado de té verde para él y un surtido de pequeñas pastitas de soja y judías para ella, que no ha comido casi nada de los platos precedentes. Han sido los primeros en sentarse en la sala, cuando aún estaba vacía y silenciosa. El marido ha preguntado más de una vez si había algo que no marchaba, pero ella ha sonreído y ha contestado: «Todo bien, es que esta noche no tengo apetito». Viven juntos desde hace casi medio siglo. Él hizo su carrera como funcionario del Estado hasta que se jubiló, ella crio a dos hijos varones que solo se dejan ver en las fiestas señaladas. Ella ha soportado ocasionales infidelidades, a estas alturas lejanas y semiolvidadas; él, sus momentos de fragilidad emocional, cuando ella no es capaz de levantarse de la cama y mantiene las persianas bajadas para no ver la luz del sol. El tiempo ha erosionado las diferencias y las aristas, los ha compenetrado y hecho dependientes el uno de la otra. Por eso, ahora, ella no sabe cómo decirle que los resultados de los análisis no son tranquilizadores, que muestran sin lugar a dudas una masa tumoral entre los senos frontales. Lo que le da más miedo no es la muerte, sino dejar al otro solo. Se pregunta cómo podrá seguir adelante sin ella.

Él tiene setenta y dos años. Ella, sesenta y cinco.

A dos mesas de distancia, otra de esas redondas, se sientan cuatro chicas albanesas y un hombre de perfil griego. Las chicas son modelos y el hombre es el acompañante de la agencia. Cenar con ellas forma parte de su trabajo, antes de los desfiles importantes. Las atiende, las ayuda, sobre todo las vigila para evitar que hagan tonterías. Por eso les ha conseguido un gramo de coca y ahora las chicas pican desganas en sus platos. A él las drogas no le gustan. No las toma, y llevaría al paredón a todos los camellos. Pero sabe que impedir que las chicas las consuman es inútil. Si no se las proporcionara él, las conseguirían con esos tipos que estacionan delante del apartotel con los Cayenne y las bolsitas preparadas. Si las encerrara en la habitación, se escaparían por la ventana con tal de llegar hasta ellos. Siempre van a malearse por ahí. Llegan a las pruebas con ojeras y la cara hinchada. La coca hace que no sientan hambre ni miedo a no ser lo bastante guapas o lo bastante buenas. Les dará otro gramo antes de despedirse de ellas, espera que sea suficiente.

La conversación en la mesa es fragmentaria: las chicas hablan un inglés exiguo, en compensación, se ríen bastante. En albanés se preguntan si él será gay o querrá llevarse a la cama a alguna de ellas. Ambas opciones son erróneas. Él no es gay, lo que ocurre es que las modelos no le gustan. Las encuentra aburridas, estúpidas, y le supone un esfuerzo diferenciar una de otra. Incluso lo entristecen.

Él tiene treinta y cinco años; dos de las chicas, diecinueve; otra, dieciocho; otra, veinte.

El maître guía por la sala a cuatro japoneses. Representan a una empresa de entre las que más venden en Occidente en las tiendas oriental style y han pasado esta semana reuniéndose con los mayoristas locales. Una experiencia que encuentran bastante humillante. Parece que nadie quiera nada que se aparte del estereotipo, de los tatamis blancos, de los futones en madera de cedro, de las lámparas en papel de arroz.

Muchos se disgustan al descubrir que su empresa no fabrica katanas para colgar de la pared, o que en Japón ya no quedan samuráis. Uno de los cuatro, el más joven, piensa que el día que cambie de trabajo enviará una fotografía de su casa a todos los clientes. Está decorada al modo occidental, aparte de una mesa regalo de sus suegros. Ni siquiera tiene una PlayStation.

Al día siguiente tienen el avión para Tokio y la comida japonesa no entraba en sus planes. Pero el director del centro comercial los ha invitado a cenar y no han podido negarse. Habrían preferido un local divertido, donde aflojarse las corbatas y reír, y beber vino. Sin embargo, las cosas han salido así, tendrán que resignarse.

Tienen cincuenta, cuarenta y cinco, cuarenta y treinta y seis años. El maître, cincuenta y cinco.

La mujer de espaldas a la pared sigue mirando la puerta de entrada. Cuando pasa alguien por delante de ella mueve la cabeza para no perder el contacto. No ha hablado nada desde que está sentada, no ha tocado el agua, no ha leído el menú del

día. Mira y nada más, con una mano sobre las rodillas y la otra abierta sobre el mantel. Al camarero que le ha preguntado si quería pedir algo le ha respondido que está esperando a alguien, posando los ojos sobre él solo por un instante. En esos ojos el camarero no se ha visto reflejado. La mirada de ella lo ha atravesado como si fuera aire, como si no existiera. Ha pensado que no le gustaría estar en el pellejo de la persona que llega con retraso. Esa mujer no parece dispuesta a perdonarla.

Ella tiene treinta y un años; el camarero, veintinueve.

Y mientras la mujer de ojos fríos se levanta de golpe, mientras el DJ está a punto de hacer su chiste, mientras el cliente alemán está a punto de pasar la página cien de su novela, mientras la esposa joven está a punto de elegir el menú degustación de veinte platos, mientras la comitiva de los japoneses rechaza probar el sake, mientras una de las modelos está a punto de levantarse y de volver al lavabo para meterse la última raya...

El tiempo se detiene.

IV. Viejos amigos

El hombre con la cazadora de piel había vuelto. Estaba apoyado en la esquina habitual de la Via Tiburtina Antica, desplazando nerviosamente el peso de un pie al otro. Dante Torre lo observó desde el cristal de su terraza, seis pisos más arriba, intentando en vano captar su mirada. Sabía que el hombre de la cazadora esperaría una hora más, hasta las doce y media, cuando la afluencia de las madres delante de la escuela empezara a aumentar, para luego ir retrocediendo un paso cada vez. En el momento de la apertura de las puertas estaría por lo menos a veinte metros de los otros padres que estaban esperando, miraría por un instante el grupo de colegiales que se lanzaban escaleras abajo para que los abrazaran, los cogieran de la mano y los llevaran de regreso a sus casas. Luego el hombre de la cazadora desaparecería tras las murallas antiguas y no volvería a aparecer hasta al cabo de dos o tres días, a la misma hora. Mientras esperaba se fumaría cuatro cigarrillos por lo menos, aunque en caso de que tuviera todavía uno en la boca al abrirse las puertas, lo apagaría inmediatamente.

Lo único que había cambiado desde que dos semanas antes Dante se fijara en él había sido la ropa. El hombre había pasado de la camiseta a una cazadora de imitación piel, tipo motorista, con una cabeza de oso grabada en la espalda. Dante la había googleadado, y había descubierto que era el logo de una firma china de bajo coste.

Lo miró por un instante.

—¿Cuánto rato vas a esperar aún? —dijo en voz baja.

Rodó en la cama hasta encontrarse con el rostro vuelto hacia la claraboya: una pequeña mancha de agua sobre el cristal dibujaba encima de él una calavera, con burbujas en lugar de ojos y un pliegue en la parte central trazando una nariz. Se arrastró sobre el colchón hasta hacer coincidir el reflejo sobre su rostro. Le quedaba perfectamente, pero la ilusión se rompió cuando una gota cayó desde el canalón y golpeó la mancha. Dante se estremeció y se subió la manta hasta la barbilla. Pronto tendría que poner en marcha la pequeña estufa catalítica que estaba desmontada en un rincón. Era el único sistema para mantener a una temperatura decente la terraza, que había hecho cerrar con una jaula de cristal, para transformarla en su habitación-estudio. El resto del apartamento había sido desventrado, sin ninguna consideración por la estética. Habían desaparecido algunas paredes medianeras y las ventanas habían sido ensanchadas hasta ocupar casi por completo las paredes. Solo unas ligeras cortinas de algodón, color blanco crema, escondían el caos del interior.

Una bicicleta estaba apoyada en la mesa del comedor, repleta de libros,

periódicos, clasificadores y carpetas, que proseguían por el suelo en pilas tambaleantes, algunas de ellas caídas en una eclosión de fotos e impresos. La única parte ordenada, mejor dicho, lustrosa, era la cocina, situada en una esquina de la habitación central. Los fogones y los utensilios colgantes eran de acero, como la encimera, y la hacían parecer un quirófano, con docenas de aparatos eléctricos alineados. Encima del horno microondas había un portátil cargándose.

Dante tenía un ordenador de sobremesa en la terraza, con una pantalla de treinta pulgadas, y otro portátil en la habitación de invitados, aunque nunca había dormido nadie allí y la cama era un colchón desnudo. Esa habitación la utilizaba para apilar sus «cajas del tiempo», que habían llenado el espacio hasta tal punto que resultaba imposible abrir la ventana. Dante ya no entraba allí. Arrastraba hacia él las cajas, enganchándolas con una de esas barras que se utilizan para colgar la ropa en las tiendas, y luego las hacía deslizarse de nuevo hasta su sitio y se quedaba echado en el suelo del cuarto de baño.

Se estremeció de nuevo.

A menudo le daba vueltas a la idea de trasladarse a países cálidos, donde podría dormir bajo las estrellas. En barco, naturalmente. Era incapaz de imaginarse en el interior del tubo de metal sellado de un avión, solo algo mayor que un ataúd con alas. Pero sabía que lejos del mundo que conocía iba a estropearse igual que una planta abandonada en la oscuridad.

Cada vez que percibía la aproximación del invierno, se arrepentía, no obstante, de su decisión. En invierno desaparecían los restaurantes al aire libre, los ya escasos recintos abiertos para cine y conciertos, los coches descapotables. En invierno lo que más le gustaba quedaba encerrado en cajas herméticas, donde no podía entrar sin sufrir. El mundo se hacía angosto y asfixiante.

Dante cogió un cigarrillo del paquete y lo encendió haciendo saltar el encendedor con la mano mala, luego volvió a mirar abajo, abriendo una rendija entre los cristales. Con el viento que olía a lluvia llegaron los sonidos de la calle y los de la radio de un vecino. Echó un último vistazo al hombre de la cazadora, que seguía en su esquina, luego dejó vagar su mirada por los tejados de San Lorenzo. Una de las zonas más hermosas de Roma, y además a Dante no le molestaba el estrépito de los locales. Rara vez se dormía antes del amanecer y los sonidos de la vida le ponían de buen humor.

El hombre de la cazadora había retrocedido un paso más. Dante rodó por fin fuera de las sábanas y se dio una ducha. Se movía con agilidad y gracia, silenciosamente. Con casi un metro noventa de estatura, delgado, parecía una estatua etrusca. En albornoz y goteando se tomó su dosis matinal de píldoras y gotas, basando la prescripción en su termómetro interior, luego encendió la cafetera exprés y el móvil, el cual recibió inmediatamente un sms. Era del abogado Roberto Minutillo. El mensaje decía tan solo: «Míralo por favor».

Dante suspiró. Minutillo le había presentado un caso una semana atrás, y le había pedido su opinión. Dante no había encontrado aún ganas para mirarlo y lo había

dejado una semana en el limbo, fingiendo para sí mismo que no se acordaba. Ahora, no obstante, ya le tocaba. Suspirando aún, refrescó el escritorio del ordenador, leyó por encima los documentos que el abogado le había enviado, intentando no morir de aburrimiento, y luego puso en marcha el vídeo adjunto.

La escena era la de una habitación de colores pastel, con una mesa en el centro. Al fondo se intuían grandes cubos de plástico de colores y un oso de peluche. A la mesa se sentaba una niña de seis años, con un vestido rosa a cuadros, frente a una mujer de unos cincuenta que le sonreía desde detrás de las gafas. La niña estaba dibujando algo con un lápiz naranja.

Otra mujer estaba detrás de la niña y solo era visible de cuello para abajo, mantenía las manos sobre los hombros de la pequeña. La mujer con gafas era una psicóloga del Tribunal de Menores y la que carecía de cabeza, la madre de la niña. Dante hizo avanzar rápido el vídeo, saltándose las primeras preguntas de la psicóloga y las primeras respuestas de la niña. Luego miró con atención el resto. En el minuto 4:06 lo detuvo, echó para atrás y puso el vídeo a pantalla completa.

La psicóloga se inclinó sonriente hacia la niña, que seguía dibujando.

—Puedes decírmelo. Puedes fiarte de mí.

La niña detuvo el movimiento del lápiz un instante.

—Ha sido papá —dijo.

Dante paró el vídeo dando un golpe a la barra espaciadora, volvió al minuto 4:06, luego lo puso de nuevo a cámara lenta, sin audio. Se concentró en las manos de la madre. Las vio desplazarse, apretar ligeramente los hombros de la niña. Dante hizo desaparecer el vídeo y se quedó unos instantes mirando su propio reflejo. Notaba el sudor helado resbalándole por la espalda. *Hecho*, pensó. Podía haber sido más difícil. Envió un sms a Minutillo, luego se levantó para echar en la cafetera exprés una mezcla de arábico panameño. El teléfono sonó cuando iba por la segunda tacita.

—Hola, abogado —dijo Dante, sin mirar siquiera el número en la pantalla. El retrogusto del café en la lengua era una sinfonía de ácido y dulce, con notas de chocolate.

—¿Te has quedado meditando durante toda la semana y ahora me respondes solo con un «no»? —dijo el otro.

—Dile a tu cliente que se busque a otro si pretende arruinar a su exmarido — Dante vació la segunda tacita—. La niña no ha sufrido abusos.

—¿Estás seguro?

—Sí —Dante miró a la calle: el hombre de la cazadora casi había desaparecido de su campo visual. Otros veinte minutos más y se habría alejado.

—La niña cuenta que el padre la molestaba sexualmente.

—¿Es necesario que hablemos ahora del tema? —dijo Dante.

—Sí, hasta que me convenzas.

Dante resopló.

—¿La niña tiene evidencias físicas de abusos?

—No. Pero los relatos son detallados. Y todos los que la han escuchado están convencidos de que dice la verdad.

Dante limpió la taza y la colocó de nuevo bajo el pitorro, haciendo que saliera el tercer café. Usaba la cafeína para controlar las benzodiazepinas.

—No sabe mentir. Y esto no lo digo yo. Lo dicen De Young, Von Klitzing, Haugaard, Elterman y Ehrenberg, Ackerman, Kane y Piaget —enumeró con voz calmada.

—Psicólogos y psiquiatras. Los conozco. Para convertirse en abogado se estudia...

—Entonces deberías saber que los niños de la edad de la hija de tu *no* cliente tienen una única forma para diferenciar la verdad de las mentiras. La verdad es la que los padres aprueban. Las mentiras, las que los enojan. Y son capaces de recordar cosas que no han visto nunca, basta con que se les pida de la manera apropiada. En los años ochenta, Stephen J. Ceci...

—Este no me suena.

—También es psicólogo, profesor de la Cornell University, y estudia la validez de los testimonios de los menores. En un estudio, Ceci pidió a un grupo de niños que se concentraran y recordaran *aquella* vez en que se hirieron en un dedo que se quedó pillado en una trampa para ratones. A ninguno de los niños les había pasado nunca, pero al ser preguntados en las semanas siguientes, se acordaban de aquello casi todos, y añadían detalles. Que el dedo había sangrado, que el ratón se había escapado... ¿Quieres que prosiga?

—No. ¿Y la madre se lo habría soplado?

—Se puede ver en el vídeo.

—Solo se ven las manos.

—Manos que presionan los hombros de la niña antes de la respuesta que acusa al padre. Y luego se relajan y la acarician. Primero *tensión*, luego *premio*. La niña se da cuenta de que lo está haciendo bien y prosigue. La perita no es que tenga una venda, tiene una tira de beicon delante de los ojos. Me corrijo, una loncha de tofu, dado que es vegetariana, como la madre.

—¿Cómo puedes saber que es vegetariana? —preguntó Minutillo, sinceramente sorprendido.

—En el vídeo se ve su bolso, uno de esos modelos fabricados por una empresa vegana que usa cuero vegetal en vez de piel. *Cruelty free*. Es difícil saber siquiera que existe si no estás metido en el ajo, como yo.

—Estás jugando a adivinar.

—La niña tiene una dieta sin carne. El padre lo ha incluido como argumento en su reclamación de la custodia, definiendo la dieta vegetariana como una crueldad hacia la niña, aunque obviamente eso es una chorrada. Estaba entre los documentos que me enviaste.

—¿Y te los has leído?

—Lo necesario. Así que, ¿ok? ¿Puedo enviarte la factura?

—¿Por diez minutos de trabajo?

—Serán los diez minutos más caros de tu vida.

Llamaron a la puerta. Dante se despidió del abogado y se acercó en silencio hacia la mirilla.

En el rellano vio a una mujer de unos treinta años, con la expresión seria. Llevaba unos tejanos ajustados y una chaqueta clara que reposaba sobre sus hombros de nadadora. Parecía lo bastante fuerte como para doblar una barra de acero. Dante se estremeció. No sabía quién era esa mujer, pero de algo estaba seguro: traía problemas.

Para evitar visitas sorpresa, Dante había puesto el apartamento a nombre de Minutillo y comunicaba la dirección a pocas personas, y seleccionadísimas. Lo decidió así cuando el padre de un chico desaparecido se plantó bajo la terraza de su viejo apartamento gritando y llorando.

La mujer colocó un ojo verde en la mirilla y Dante comprendió que había percibido su sombra moviéndose detrás de la puerta...

—Señor Torre —dijo—. Soy la subcomisaria Caselli. Necesito hablar con usted.

Tenía una voz levemente ronca, que Dante habría encontrado sexy si no hubiera sido de la pasma. Puso la cadena y abrió una rendija.

Colomba lo miró, luego sacó la identificación y se la puso delante de las narices.

—Buenos días.

—¿Puedo verla mejor? —preguntó Dante.

Colomba se encogió de hombros.

—Por supuesto.

Dante la cogió con la mano buena y fingió examinarla de cerca. No tenía talento alguno para identificar documentos falsificados, pero no era eso lo que le interesaba. Quería ver cómo reaccionaba Colomba. Ella no se mostró preocupada ante ese examen. Muy probablemente era lo que decía que era. Dante le devolvió la identificación.

—¿He hecho algo malo? —preguntó.

—No, pero necesito unos minutos de su tiempo.

—¿Para qué?

—Preferiría hablar del tema dentro de casa —respondió Colomba, paciente.

—Pero no estoy obligado, ¿verdad? Podría sencillamente decirle que no y usted no podría hacer nada. No tiraría la puerta abajo.

—No, en absoluto —Colomba sonrió y Dante se quedó aturdido al ver cómo su rostro cambiaba al perder por un instante toda su dureza. Aunque fuera falsa, era de todas formas una hermosa sonrisa—. Pero en su lugar yo tendría curiosidad por saber qué es lo que quiero.

—Yo creo que, en mi lugar, usted ni siquiera habría contestado al timbre —dijo Dante.

Colomba se puso rígida y Dante se dio cuenta de que había tocado un punto doloroso. Lo había hecho a propósito, pero extrañamente se sintió culpable. Para alejar esa sensación se metió la mano mala en el bolsillo y la dejó entrar.

Colomba se esforzó para no cambiar de expresión al ver el caos del apartamento, pero no lo consiguió.

Dante se movió en dirección a la cocina zigzagueando entre los libros.

—Voy a hacerle un café, ¿quiere? —dijo.

—Gracias.

Le señaló la mesa de la zona diurna.

—Libere una silla y tome asiento. ¿Cómo lo prefiere? ¿Rotundo, suave, aromático...?

—Por regla general lo tomo soluble, cualquiera me parece bien.

—Haré ver que no lo he oído.

Para hacerse perdonar la rudeza de poco antes, Dante añadió a la mezcla un puñado de Kopi Luwak de tueste claro. Los granos eran recolectados después de que la civeta de las palmeras indonesias se comiera las bayas y expeliera las semillas parcialmente digeridas. Los expertos lo consideraban el café más bueno del mundo por su retrogusto afrutado y la ausencia de amargura, y era sin duda alguna el más caro y el más difícil de conseguir. Él hacía que se lo enviaran por correo, como casi todo.

—No sé si normalmente lo toma con azúcar, pero este no lo necesita —dijo cerrando la tapa de la cafetera que ponía en marcha el molinillo.

—Señor Torre... —dijo Colomba, tensa.

Dante se dio la vuelta. Colomba se había quedado de pie en el centro de la habitación, siguiendo sus movimientos igual que un ave de presa los de un roedor.

—¿Hay algo que no marcha? —preguntó Dante.

Colomba asintió. Sus ojos se habían endurecido como canicas y parecían aún más verdes.

—¿Le importaría sacar la mano izquierda del bolsillo, por favor?

—¿Perdone?

—Me he fijado en que la ha mantenido en el bolsillo desde que he entrado. Incluso cuando la necesitaba. Por ejemplo, para abrir la lata de café.

Era verdad, naturalmente. Dante mantenía la mano mala escondida cuando estaba con alguien, un gesto que era incapaz de impedir.

El lenguaje corporal de Colomba manifestaba ahora un peligro inminente. Había adelantado de forma instintiva un pie y mantenía los brazos ligeramente flexionados. La mano derecha aferraba el asa del bolso, como si estuviera preparada para tirárselo a la cara.

—Por favor —repitió.

—Como quiera —dijo Dante levantando la mano mala para que ella pudiera verla bien. Era un amasijo de tejidos cicatrizados. Solo pulgar e índice funcionaban, mientras que los otros dedos estaban cerrados, eran mucho más pequeños de lo normal y carecían de uñas.

Colomba había visto una mano parecida en un delincuente habitual que había

sufrido un percance con el rodillo de la plancha de una lavandería industrial.

—Perdóneme —dijo apartando la mirada—. Hoy me he despertado demasiado nerviosa.

—No pasa nada.

Acostumbrado a leer los más leves signos en sus interlocutores, Dante comprendía que el nerviosismo de Colomba era cualquier cosa menos pasajero. Había sido víctima de algo. ¿Una violación, un accidente durante el servicio? *Interesante*, pensó. Volvió a bregar con las tacitas. Con el albornoz negro demasiado grande y el pelo claro echado hacia atrás, húmedo después de la ducha, a Colomba le recordaba mucho a David Bowie en una vieja película de ciencia ficción.

El olor a café se extendió por la habitación. Dante se sentó delante de Colomba con dos tacitas de diseño moderno. *Para acabar de rematar la faena podría rompérselas*, pensó ella, pero consiguió llevarse el café a la boca sin provocar más daños. Notaba como si se le fuera la cabeza y se sentía terriblemente expuesta. Hasta hacía dos días había evitado incluso a los amigos más íntimos y ahora intercambiaba cumplidos en casa de un extraño.

—Qué bueno —mintió. Era demasiado ligero para su gusto.

—Se lo agradezco —respondió Dante, con media sonrisa—. No me avergüenzo de mi pobre mano —para demostrárselo se la movió delante de la cara: las cicatrices en el dorso formaban una retícula espesísima—. Acostumbro a esconderla solo para evitar responder a las preguntas que provoca. Aunque la mayor parte de la gente es demasiado amable y educada como para hacerlas. O bien ya sabe qué fue lo que me pasó y no necesita preguntar —sonrió de nuevo—. Usted forma parte de una tercera categoría —los ojos de Dante brillaron—. ¿Qué sabe sobre mí?

—¿Me está interrogando? ¿O es que le gusta el tema?

Dante sonrió. Tenía unos dientes blanquísimos.

—Digamos que sirve para ahorrarnos tiempo.

Colomba pensó que tras la metedura de pata no podía negarse.

—Usted es de Cremona. Nació en 1972. En noviembre de 1978, a la edad de seis años, mientras estaba jugando solo en el solar en obras que había detrás del edificio donde vivía, fue raptado por uno o varios desconocidos. Usted no fue capaz de reconstruir lo sucedido y nadie vio nada.

—Había una puerta que iba desde los sótanos de mi casa al campo donde jugábamos. Debieron de capturarme en ese trayecto y probablemente fui drogado —dijo Dante.

Colomba asintió.

—Estuvo retenido como rehén durante once años, la mayor parte del tiempo en un silo de cemento en una alquería de la provincia de Cremona.

—La mayor parte del tiempo no. Siempre. El pueblo se llama Acquanegra Cremonese, un bonito nombre arcaico.

—Tiene razón. En 1989 consiguió escapar de su carcelero. Que se suicidó. Se

llamaba Antonio Bodini, un agricultor.

—Bodini era el propietario de la hacienda y es cierto que se suicidó, pero no fue él quien me secuestró. Por lo menos no era él quien me mantenía prisionero.

Colomba entrecerró los ojos, sorprendida.

—No creí que fuera a equivocarme en esto.

—No es usted la que se equivoca. Fue quien llevó la investigación del caso. Yo le vi la cara, a mi raptor, y no se parecía a Bodini.

—¿Y por qué no le creyeron?

—Porque todas las evidencias señalaban a Bodini, porque se mató, porque yo me encontraba en un estado mental... digamos que difícil.

—Pero usted sigue convencido.

—Sí.

—Investigaron en busca de cómplices —dijo cauta Colomba.

—Y no encontraron ninguno. Lo sé. Pero prosiga con su relato, estaba empezando a gustarme.

—No tengo mucho más que decir. Usted se cambió de apellido y adoptó el de su madre. Viajó un poco y se metió en algunos problemas. Tiene antecedentes por pelea, altercados, agresión, lesiones personales y tenencia ilícita de armas.

—Era un Taser, en muchos países se vende libremente.

—Pero no aquí. En los últimos ocho años se ha calmado. No tiene más denuncias —Colomba lo miró a los ojos—. ¿Le parece suficiente?

Dante se dejó caer sobre el respaldo. Estaba sorprendido de que Colomba no hubiera utilizado apuntes en ningún momento. Buena memoria y preparación.

—Sabe muchas cosas sobre mí, pero no sabía lo de mi mano.

—Tal vez se me pasó.

—No podía pasársele una cosa semejante. No a usted. Los documentos que ha leído sencillamente no lo referían —Dante hizo una sonrisa que parecía una mueca—. Verá, mi mano me hacía demasiado reconocible, sobre todo en una pequeña ciudad como Cremona. El Tribunal de Menores no hizo público ese detalle —Dante la miró fijamente—. Esto me hace pensar que usted no tiene acceso a los documentos del juzgado. Y hay otra cosa rara. ¿Quiere saber cuál?

Colomba no quería, pero asintió.

—Sí.

—Usted está fuera de servicio.

—¿Cómo puede saber eso?

—No va armada. Podría no ver la pistola si la llevara a la espalda. Pero una persona armada y entrenada para disparar tiende a mantener la mano hábil junto a la pistolera si piensa que está en peligro. Usted, en cambio, ha aferrado el asa del bolso. Y un subcomisario siempre va armado, a menos que esté de vacaciones o de permiso. ¿Me equivoco?

Colomba movió la cabeza.

—No.

—Fuera de servicio, informada sumariamente... ¿Está aquí por un motivo personal?

Colomba intentó no modificar su expresión.

—Sí.

—Miente usted fatal, señal de que se avergüenza un poco. Pero olvidemos este detalle, por ahora. ¿Qué es lo que quiere de mí?

—Ha desaparecido un niño, en los Pratoní del Vivaro.

—La mujer asesinada y el marido encarcelado. He oído la noticia —Dante intentó no dejar que se viera, pero estaba sorprendido—. Quien la envía piensa que es inocente, aunque alguien que tiene algo que ver con las investigaciones no está de acuerdo, el juez, probablemente. Y dado que el padre no puede saber dónde está su hijo, y que difícilmente se trata de un secuestro a cambio de un rescate, quieren mi ayuda para encontrarlo.

Colomba se sentía mareada.

—Usted es un experto en personas desaparecidas.

—Eso lo dice usted.

—Se ha ocupado por lo menos de dos secuestros con rescate, cinco casos de violencia doméstica y de no sé cuántas desapariciones voluntarias. Ha resuelto todos los casos. De vez en cuando se ocupa también de maltrato infantil.

Dante hizo su mueca de costumbre sin alegría.

—¿Puede probarlo?

—Obviamente, no. Usted se escuda tras el despacho de abogados, que a su vez se sirve de agencias de detectives privados o se esconde tras el secreto profesional. Las voces, sin embargo, circulan de todas formas, y han llegado hasta quien me envía. Y las voces dicen que usted es bueno.

Dante negó con la cabeza.

—Tan solo he sacado provecho de mi experiencia.

—¿Como secuestrado?

—Verá, doctora, durante once años, los años más sensibles en la formación de un ser humano, viví sin mantener contacto con otras personas que no fueran los ocasionales con mi secuestrador. Nada de libros, nada de televisión, nada de radio. Cuando salí, el mundo para mí era incomprensible. Las interacciones sociales normales me parecían ajenas, como a usted podría parecerle ajena la vida de un hormiguero.

—Lo siento —dijo Colomba sincera.

—Gracias, pero puede ahorrárselo. Mientras estudiaba el mundo de *fuera*, iba descubriendo que entendía algunos de sus mecanismos mejor que quienes allí habían crecido. Para ver algo es necesario mantener la distancia apropiada. Y yo la mantenía, aunque no fuera mi elección. Y soy capaz de recuperar esa distancia incluso hoy en día, cuando tengo que hacerlo. Soy capaz de entender si en las costumbres de un

desaparecido ha cambiado algo, intuyo lo que le gusta y lo que teme mirando la colocación de sus bienes personales. Si alguien o algo ha interrumpido la rutina de su vida.

—Y lee las señales del cuerpo, como ha hecho conmigo.

Dante asintió.

—Mi secuestrador siempre llevaba guantes y la cara tapada. Intentaba comprender a partir de su postura si yo estaba obrando bien o si me quería castigar. Si decía la verdad cuando me tranquilizaba, diciéndome que tendría comida o agua para beber. Me ha servido para encontrar a las personas que dice usted. Alguien sabía siempre más de lo que decía y yo me daba cuenta.

—¿Por qué ha elegido no aparecer?

—¿Ha visto esta casa?

—No puede estar encerrado —dijo Colomba.

Dante asintió.

—Es difícil que un juez me acepte como perito de parte. Eso sin contar con que lo último que deseo es volver a estar bajo los focos.

—Le pido únicamente un asesoramiento privado —dijo Colomba—. No tiene por qué dejarse ver a la fuerza.

—No, doctora. Hay dos cosas que no hago nunca: entrar directamente en un caso y colaborar con la policía. Y usted me está pidiendo las dos —Dante se levantó, tendiéndole la mano buena—. Ha sido un placer charlar con usted. Vuelva a verme cuando quiera, la invitaré a otro café.

Colomba no se movió y Dante hizo una pequeña mueca. Fue como una grieta a través de la cual ella consiguió ver un instante cómo era de verdad. Una víctima que había reconstruido con grandes esfuerzos una existencia pegando los añicos, después de haber vivido lo inimaginable. *Tendría que marcharme*, se dijo Colomba. *Sería hacer lo correcto*. Pero no podía.

—Señor Torre —dijo—. Permítame que le diga lo que pienso.

Dante volvió a sentarse con reticencia.

—Lo primero de todo es repetirle que lo lamento de veras —prosiguió Colomba—. Con todo lo que le sucedió, usted se merecería que lo dejaran en paz el resto de su vida.

—No me compadezca, se lo ruego. No lo soporto, se lo digo de verdad.

—Tan solo quiero ser sincera. Esta situación me gusta lo mismo que a usted. No estoy acostumbrada a involucrar a civiles en las investigaciones, como tampoco me gustan los subterfugios.

—Nadie lo diría.

—Ya que estamos, le diré que he bebido su café que sale del culo de las ardillas solo para ser amable. Sí, he visto el nombre en el saquito y aunque sea de la pasma sé lo que es el Kopi Luwak. Y también sé lo que cuesta, antes de que se apresure a pasármelo por las narices.

—No soy tan palurdo —barbotó él.

—Y yo no soy tan amable: llevo en la policía trece años y he visto y tragado tanta mierda como usted no se imagina. No le he explicado todo lo que sé sobre usted. Sé también lo que les pasó a sus padres. Su padre estuvo entrando y saliendo de la cárcel antes de que usted reapareciera. Y su madre se mató cuando usted tenía... ¿cuántos... diez años?

—Nueve —dijo él con sequedad.

—Y mis compañeros de entonces no fueron capaces de encontrarlo ni de intuir siquiera que seguía con vida. En su lugar, estaría furiosísima con la policía, los jueces y el mundo entero. Lo abandonamos y nos ensañamos con sus padres. Tuvo que salvarse solo —Colomba lo miró—. Pero ¿de verdad quiere que lo que le pasó a usted le pase a otra familia?

—¿Le parece a usted correcto venir a mi casa para hacerme un chantaje moral?

—Perdóneme también por esto. Pero quiero una respuesta, por favor.

Dante la miró fijamente.

—Cada día mueren cerca de treinta mil niños, la mitad de ellos de hambre. No puedo hacerme cargo de todo el mal que existe en el mundo.

Colomba seguía observándolo.

—El hijo de los Maugeri queda más cerca que África.

—Pues entonces encuéntralo.

—Usted podría suponer la diferencia para ese niño. Lo sabe, ¿verdad?

Dante movió la cabeza.

—Hasta ayer usted no sabía ni siquiera de mi existencia. Dígame quién la envía.

Colomba se dio cuenta de que si quería obtener algo tenía que ser sincera.

—El doctor Rovere, es el jefe de la Brigada Móvil.

—Y el juez gilipollas, ¿quién es?

—De Angelis.

Dante volvió a mover la cabeza.

—Tienen un auténtico problema.

—Entonces ¿va a ayudarnos? —dijo Colomba.

Dante la escrutó.

—¿De verdad cree que yo puedo hacer algo? ¿O me está involucrando solo en un juego de poder entre su superior y el juzgado de instrucción?

Colomba decidió seguir siendo sincera.

—Tengo la esperanza de que pueda usted sacar un conejo de la chistera, pero dudo que eso ocurra.

—Ha dejado de creer en los milagros, ¿no?

—Y en Papá Noel —dijo pensando en el Desastre.

Dante asintió lentamente, como si hubiera percibido los pensamientos de Colomba. Y en realidad, en cierto modo, lo había hecho. Comprendía que esa mujer de gesto decidido que tenía frente a él escondía un profundo sufrimiento. Y esto no

porque Rovere, eligiéndola a ella para ese encargo tan irregular e incorrecto, estuviera enviándola claramente al matadero, sino porque Colomba lo había aceptado. Nadie habría arriesgado su futuro profesional en nombre de una vaga posibilidad en la que ni siquiera creía, a menos que estuviera convencido de que no poseía ese futuro. Colomba era un kamikaze que se lanzaba en picado en su última misión y Dante sintió que aquello era irresistible. Le gustaban los gestos teatrales y heroicos, aun cuando fueran decididamente estúpidos. Sobre todo entonces, tal vez.

—Hagamos una cosa, doctora —dijo—. Estoy dispuesto a mirar los papeles que sin duda alguna lleva en ese bolso y a decirle lo que pienso.

—Gracias.

—Espere, no me dé aún las gracias: quiero que antes me haga un favor.

Colomba entrecerró los ojos, desconfiada.

—¿Cuál?

Dante la acompañó hasta el balcón y le señaló al hombre abajo, en la calle.

—Él.

Alberti bostezó junto al coche patrulla aparcado a unos cientos de metros de la casa de Dante, en el perímetro de las antiguas murallas. Colomba le había pedido que no lo dejara en las inmediaciones para no llamar demasiado la atención, y Alberti, en su fuero interno, había estado de acuerdo. A diferencia de sus compañeros, que parecían pasar del tema, era dolorosamente consciente del nerviosismo que un coche patrulla y un uniforme despiertan en los civiles. Bastaba entrar en un café a echar una meada para darse cuenta de ello.

—A la gente no le gustamos nada —le había dicho su compañero veterano—. Siempre tienen miedo de que uno la tome con ellos, sobre todo la gente honrada. Los asustamos —Alberti había contestado que eso era triste, y su compañero veterano le había dicho que, como todos los pingüinos, no comprendía un carajo—. Si no les das miedo, eres hombre muerto, gilipollas —le había dicho—. Hay uno de nosotros por cada diez mil borregos —los «borregos» eran los civiles, que para su compañero veterano casi nunca parecían ser dignos de respeto.

Alberti se había preguntado si acabaría siendo como él, tras unos años de servicio, relacionándose solo con gente uniformada, tal vez casado con una compañera. Esperaba que no fuera así. Él tenía otros proyectos, los que lo mantenían despierto después de su turno, delante del teclado MIDI donde ejecutaba el Music Maker. Las canciones que producía y que hacía circular en el Facebook con el seudónimo de Rookie Blue tenían casi diez mil «Me gusta». Aún no le daban dinero, pero solo era cuestión de tiempo.

Mientras estaba bostezando por enésima vez, el móvil sonó con las notas de la melodía que había titulado *Time*. Era Colomba. Dado que oficialmente estaba en excedencia, no podía utilizar la radio.

—A sus órdenes, doctora —dijo.

—Deja el coche y acércate a la esquina de la Via Tiburtina Antica.

—¿Algún problema, doctora?

—Por ahora no. Pero ten cuidado de que no te vean. No cuelgo.

Alberti fue a donde le había sido ordenado.

—Ya estoy, doctora —dijo. En la calle que tenía delante empezaban a afluir las madres encaminadas al colegio de primaria.

—¿Ves las macetas con plantas delante de ti? —preguntó Colomba.

—Sí, doctora —eran las de un bar de la esquina, con dos mesas en el exterior.

—Hay un hombre que está fumando, con una cazadora roja.

—Lo veo —era un hombre de unos cincuenta años, robusto, y miraba en la dirección opuesta a la que se encontraba Alberti—. ¿Qué tengo que hacer?

—No quitarle el ojo de encima hasta que yo baje. No quiero perderlo mientras bajo las escaleras. ¿Ok?

—Perdóneme, doctora. ¿Qué ha hecho?

—No hagas preguntas inútiles —dijo Colomba y colgó.

Alberti pensó que a él la pregunta no le parecía tan inútil, mientras permanecía a un par de metros de distancia del hombre de la cazadora. ¿Qué podía esperarse? En ese momento el hombre echó un vistazo detrás de sí y vio que lo estaba observando. Ni siquiera trató de disimular su nerviosismo. Empezó a caminar a paso ligero. Dos segundos más y enfilaría una de las calles transversales.

Alberti fue tras él.

—Perdone —gritó—. ¡Eh!

El hombre de la cazadora hizo como que no lo oía.

Alberti aceleró el paso y le puso una mano en el hombro.

—Estoy hablando con usted.

El hombre se dio la vuelta y con el mismo movimiento le lanzó un puñetazo a la cara.

Alberti lo vio todo negro y las piernas le fallaron. Cayó sobre sus nalgas, sujetándose la nariz, de la que brotaba sangre que le llenaba la boca. Cuando volvió a abrir los ojos, las botas de Colomba se habían materializado delante de él.

—¿Estás vivo?

—Sí.

Colomba había salido ya en pos del fugitivo.

—Llamo a la Móvil... —balbució Alberti intentando agarrarse a una maceta para ponerse en pie.

—¡No! —gritó Colomba—. No hagas nada más —y desapareció por la esquina.

El hombre de la cazadora corría como si llevara patines de ruedas y Colomba lo localizó ya al final de la calle, cuando superaba el puesto de un vendedor de fruta, chocando con una anciana que llevaba el carrito de la compra. Colomba aceleró de todas formas, caramboleando entre los peatones y empujando a los que no se apartaban. ¿Cuánto tiempo hacía que no perseguía a alguien por la calle? Años, desde que era comisaria adjunta en la Unidad Antidroga y los agentes no ocultaban su desagrado al recibir órdenes de ella; pingüino y mujer, por si fuera poco. Después de la promoción, habían predominado los asaltos a edificios y vigilancias en el coche. Largas vigilancias. Y cuatro enfrentamientos armados, uno de los cuales le dejó una cicatriz en una pierna. En ninguno de ellos había habido grandes persecuciones. Ahora, en cambio, corría sin saber muy bien por qué.

Esquivó por un pelo a un chico en bicicleta que se quedó gritándole, mientras un grupo de jóvenes magrebíes se dispersó oliéndose el uniforme que no llevaba. Mientras tanto, el fugitivo había ganado otro par de metros de distancia.

La calle por donde el hombre de la cazadora corría terminaba en una T y Colomba se dio cuenta de que solo tenía una posibilidad de detenerlo: ir hacia una de esas dos calles a través de los callejones, con la esperanza de haber escogido la correcta. Evitando un bolardo de granito giró a la derecha, en dirección a la vía de tren que corría elevada hacia la estación de Termini y la parada de metro. Si hubiera sido ella la que huía, habría tomado esa dirección, en vez de la otra, que se adentraba en el barrio.

Un coche tocó la bocina detrás de ella, pero Colomba siguió corriendo por el centro de la calzada, ignorándolo. A pocos metros del cruce se dio cuenta de que su intuición era la correcta porque el hombre de la cazadora venía corriendo hacia ella con paso ligero, con la ilusión de que le había dado esquinazo. Percibió la presencia de Colomba solo cuando esta lo golpeó con un hombro, empujándolo contra un edificio.

—Policía —dijo Colomba presionándole con el antebrazo por debajo de la nuca—. Levanta las manos y apóyalas contra la pared.

El hombre le lanzó un codazo. Colomba evitó el golpe en la cara y le agarró el codo y la muñeca, intentando hacer una llave, pero le pareció estar moviendo la rama de un roble, por lo hinchada que estaba su musculatura. Él trató de darle otro puñetazo, esta vez en el estómago. Ella dio un salto hacia atrás, lo aferró por la nuca y lo golpeó repetidas veces con la rodilla derecha en el plexo solar y los testículos.

Él se la sacó de encima, echándose hacia delante.

—Mala puta —murmuró entre arcadas.

En ese momento Colomba cometió un error. Estaba convencida de que lo había reducido; en cambio, el hombre de la cazadora aún tenía energías y de un salto inesperado la agarró del cuello. Colomba sintió cómo se le cerraba la garganta y se le vaciaban los pulmones. En los laterales de su campo visual aparecieron inmediatamente las sombras zumbantes que preanunciaban un ataque. *No, ahora no*. Si perdía el control, estaría acabada. Se concentró en el dolor que sentía en el cuello, se agarró al sufrimiento como a un hilo de Ariadna que la condujo fuera de la oscuridad. Habían pasado tal vez dos segundos. El hombre seguía apretándole la garganta y gritándole insultos. Colomba lo golpeó en la nuez con la punta de los cuatro dedos extendidos, lo que en karate se llama *Nukite*.

El hombre cayó de rodillas jadeando: ahora era su turno de ahogarse. Colomba lo empujó panza arriba y se le colocó encima.

—¡Abre los brazos! ¡Ábrelos! —dijo con voz ronca.

—¡No he hecho nada! —resolló el tipo.

—¡Ábrelos, coño!

El hombre obedeció. Mientras Colomba lo registraba, inesperadamente él rompió a llorar.

—Yo los quiero. Los quiero —farfulló.

—Cállate de una vez —dijo Colomba sin saber a qué se refería. A su alrededor se

habían congregado una decena de personas salidas de las tiendas de por allí. Colomba mostró en círculo su identificación.

—Soy de la policía, ¿de acuerdo? Estoy efectuando un arresto.

—¿Qué ha hecho? —preguntó un muchacho con kufiya.

—Me ha puesto las manos encima, ¿te parece suficiente? —el muchacho seguía observándola y Colomba se bajó el cuello de la camiseta, donde las manos del hombre de la cazadora le habían dejado la piel despellejada y ardiente—. ¿Lo ves?

El muchacho asintió.

—Pero déjalo que se levante, ¿vale? Que a lo mejor se ahoga. No sería el primero.

—Mira, no llevo las esposas, y me quedaré así hasta que lleguen mis compañeros —Colomba hurgó en el bolsillo en busca del móvil, sin encontrarlo. *Coño*, pensó—. ¿Alguien tiene un teléfono para prestarme? —preguntó.

Colomba regresó al apartamento de Dante tres horas después, cansada por la adrenalina y cabreada por las trolas que había tenido que explicar a sus compañeros de la comisaría de la zona.

Cuando Dante le abrió la puerta, llevaba un par de tejanos negros y una camisa elástica del mismo color que hacían que pareciera aún más un delgado extraterrestre: Colomba podía contarle las costillas.

Alberti estaba echado en el sofá con una compresa de hielo sobre la frente.

—No parece contenta —dijo Dante mezclando los granos para el enésimo café. Los cogía de tres paquetes distintos, contándolos como un farmacéutico.

—No era alguien de Al-Qaeda.

—Me lo imaginaba.

—¿Y se imaginaba también que era un padre separado que quería ver a su hijo?

—Pero no debería estar haciéndolo, ¿verdad?

—Tenía una orden de alejamiento del niño o de la madre.

—Por malos tratos a alguno de los dos, me imagino. Alégrese por haber hecho un poco de justicia —Dante puso en marcha la cafetera y miró cómo el café llenaba la tacita. Detuvo el chorro cuando alcanzó un tercio—. Este, para saborearlo, hay que hacerlo muy corto —explicó. Olió el café, luego dio unos sorbos—. El niño tendrá mayores posibilidades de una vida decente sin un padre violento.

—A menos que su madre no se revele peor que el padre, o no se tope por la calle con alguien que le abra la cabeza.

—No pretendo ser Dios. Solo arreglar los problemas de mi patio.

—Enviándome a mí a darme porrazos por la calle.

Dante hizo su mueca.

—Se las ha apañado mejor que su compañero.

—Eh, que a mí me pilló por sorpresa —dijo Alberti con la voz del Pato Donald.

—Por supuesto —Dante se encendió un cigarrillo utilizando la mano mala. Movía con agilidad los dos únicos dedos que funcionaban, que asían el encendedor como una pinza—. Creo que ahora no voy a poder negarme a sus peticiones.

Colomba cogió una carpetita del bolso y se la lanzó.

—Ni lo intente.

Dante se sentó a la mesa, abrió la carpetita y empezó a hojear los informes.

—Naturalmente —resopló al ver la cantidad de páginas—. ¿Aún utilizan papel? No saben que existen las llaves USB e Internet, ¿verdad?

—Deje ya de gruñir —dijo Colomba sentándose delante de él.

—¿Tiene la intención de estar observándome todo el rato?

Colomba se puso el índice sobre los labios.

—Sssh. Lea.

Dante obedeció con una sonrisa.

Durante una veintena de minutos se oyeron tan solo la respiración rasposa de Alberti y el ruido del girar de las hojas. Dante las separaba en montoncitos, dando solo un rápido vistazo a algunas de ellas.

Tras verificar que leía de verdad, Colomba dejó vagar su mirada a lo largo del salón. Algunos detalles se le quedaron grabados. Los DVD apilados sobre el televisor, por ejemplo. Eran todos de películas de los años setenta, de géneros distintos, pero de mala calidad. Lo sabía porque para pagarse sus estudios había trabajado como dependienta en un Blockbuster y sabía que no valían ni el plástico en que estaban fabricadas. Y Dante tenía que haberlas buscado, porque un paquete abierto mostraba la etiqueta de un distribuidor americano que vendía por correspondencia. Otro paquete llegado por correo, también este semiabierto y abandonado en un rincón, mostraba en cambio un puñado de muñequitos de los que venían como regalo sorpresa en los huevos de chocolate bastantes años atrás. Colomba estableció la hipótesis de que Dante sentía pasión por el *trash* o que lo necesitaba para hacer algún estudio extravagante.

La voz de Dante la sobresaltó.

—Entonces ¿se trata de un crimen pasional? —preguntó.

—Premeditado. La llevó hasta aquel lugar aislado.

—Lo que es un gesto racional. Pero la decapitó, que es una locura. Y no despedazó el cuerpo, que es racional. Como racional es librarse de la ropa sucia y fingir estar preocupado. Como resulta de imbéciles tirar el arma homicida a pocos metros. Contradictorio, el amigo. Lo ha pensado usted también, ¿verdad?

—Las personas no son siempre racionales.

—Pero tampoco son intermitentemente irracionales. El niño. ¿Tienen algo del colegio? ¿Libretas, dibujos?

—No.

—¿Sabe por lo menos quién es su pediatra?

—Sé que se han puesto en contacto con él para tener información sobre el estado de salud del niño.

—¿Y?

—No hay constancia de que tuviera particulares problemas —dijo Colomba.

Dante resopló disgustado.

—¿En serio? Mire aquí.

Cogió el puñado de fotos del hijo de los Maugeri que habían sido reproducidas por los hombres de la UCV y las puso en fila sobre la mesa. El niño aparecía en distintas situaciones aparentando una edad que iba desde un año hasta los seis. Se

diría que la última se había tomado delante del colegio de primaria.

—¿No nota nada? —preguntó Dante.

Colomba estaba a punto de contestar que no. Le sorprendió la expresión seria del niño en la última foto. Seria y sobria. Las recorrió hacia atrás en el tiempo. Era como si el niño hubiera ido perdiendo el deseo de sonreír. Desde la primera, donde corría con los brazos tendidos hacia su madre ebrio de felicidad, hasta la última, seria y sobria, el cambio era evidente.

—Se ha vuelto triste.

—Es más que triste —dijo Dante—. Mire también la postura. En la penúltima foto. Su padre quiere abrazarlo, pero parece que la cosa no fuera con él.

—Tal vez dependa del clima familiar. Tal vez en otras fotos sea diferente.

—No. Es demasiado sistemático. Usted sabe lo que es el autismo, me imagino.

—Sé que se manifiesta en niños mucho más pequeños.

—No en todos los casos. A veces, en el que es conocido como síndrome de Heller, se pueden manifestar los primeros síntomas alrededor de los cuatro, los cinco años.

—¿Y el hijo de los Maugeri podría estar afectado?

—Quizá. Tendría que hablar con el padre.

—No creo que sea posible.

Dante se dejó caer contra el respaldo.

—Ustedes mismos. Esto es lo que podía decirles. ¿A quién le envió la factura?

—Intente por lo menos mirar la primera reconstrucción hecha por mis compañeros. Está la transcripción completa de los interrogatorios.

—Ya los he leído. Tal vez el padre mienta, tal vez no —se encogió de hombros.

Colomba clavó la mirada en la suya. Dante descubrió que cuando los ojos verdes de Colomba se endurecían era difícil seguir mirándolos.

—Inténtelo de nuevo —le dijo.

—¿Qué pasará si no encuentro nada?

—Guardo la esperanza de que mis compañeros tengan más suerte.

—Pero usted no. Usted tirará la toalla. Y tal vez sea eso lo que quiere, ¿no? Alejarse ya de todo.

—No soy yo la que está tirando la toalla ahora.

Dante le devolvió una dura mirada y fue como si el aire a su alrededor se enfriara de golpe. Colomba sintió un escalofrío.

—De las fotos no puedo sacar nada más —dijo él, irritado—. Para percatarme de más cosas tendría que dar una vuelta por la escena del crimen.

—No hay problema —respondió Colomba.

—El problema lo tengo yo —Dante miró a su alrededor—. No dejo este apartamento desde hace dos meses. Confío en que sea usted una persona paciente, porque voy a necesitar algo de tiempo para lograrlo.

—No tengo prisa.

—Ni tampoco está preocupada —observó Dante con una sonrisa.

—¿De qué?

—Verá, si el padre es inocente, alguien ha hecho todo ese montaje para colocarlo en el centro y hacer lo que le dé la gana con el niño fingiendo un crimen pasional. Pero no le ha salido bien, ¿sabe por qué?

—No.

—Porque tiene una mano excesivamente firme. Ha necesitado algunos cortes para separar la cabeza del cuerpo, pero solo le ha dado al cuello. La cara de la mujer no tenía ni un rasguño siquiera. La mano del asesino no ha temblado lo más mínimo — Dante sonrió y Colomba sintió cómo un estremecimiento le subía por la espalda—. Quienquiera que lo haya hecho está acostumbrado a matar.

Dante hizo que Colomba y Alberti fueran por delante de él, luego se preparó espiritualmente para el descenso. Su claustrofobia no era constante. En condiciones favorables, conseguía obligarse a hacer cosas difíciles, como entrar en el supermercado durante un breve lapso de tiempo, a condición de que hubiera poca gente en el interior y de que tuviese muchas cristaleras. Si estaba cansado o emocionalmente exhausto le resultaba casi imposible moverse de casa.

Su primer psiquiatra le había aconsejado que numerara los síntomas del uno al diez. Con uno podía hacer casi de todo, al llegar a diez necesitaba ser sedado porque perdía el control.

Ahora, aunque se esforzaba en no mostrárselo a Colomba y su inútil asistente, Dante estaba en el *nivel siete*, que era el umbral de guardia. Por culpa de la jornada particular que había vivido, pero también porque le importaba quedar bien con esa policía de aire triste. Le resultaba por tanto necesaria toda la fuerza de voluntad que poseía para afrontar los seis pisos de escaleras. Seis pisos sin ventanas, con esquinas pronunciadas y techos bajos, con los vecinos de casa que podían aparecer de repente y llenar el espacio ya de por sí exiguo respirando su oxígeno.

Sabía que no existía un peligro real en las escaleras, como no lo había tampoco en un edificio cerrado o en un armario, pero su parte racional no era capaz de derrotar a la bestia asustada que se agitaba dentro de él. A veces se cubría de un sudor helado tan solo al oír el ruido del motor que arrastraba la cabina del ascensor del otro lado del tabique: se veía a sí mismo en su interior golpeando las paredes.

Había elegido un impermeable y un par de botines apropiados para el terreno fangoso y se había puesto los auriculares del iPhone seleccionando una melodía de olas marinas. Acompasó la respiración a las mismas, luego empezó el descenso tras cerrar la puerta de golpe tras de sí.

Los dos primeros pisos fueron como la seda. Bajó deprisa, sujetándose a la barandilla, con el mar llenándole los oídos y la mente. En el tercero cometió el error de levantar los ojos. Vio la parte de abajo de las escaleras por encima de su cabeza, tan cerca que parecía que iba a aplastarlo. Durante un minuto largo permaneció clavado al escalón, luego movió la cabeza hacia el hueco de la escalera y miró hacia el último piso, donde una claraboya dejaba aparecer un trozo de cielo. Descendió manteniendo la cabeza girada en esa dirección, guiándose con la barandilla. En el quinto chocó con alguien y notó cómo el corazón le saltaba hasta la garganta. Echó un rápido vistazo: era una de sus vecinas, que estaba moviendo la boca diciéndole

algo que era incapaz de oír. El impulso inmediato fue el de volver atrás, regresar a casa para refugiarse en ella. Una vez más, pensar en Colomba fue lo que le impulsó a seguir avanzando. Sonrió con los labios apretados a la vecina y continuó. Solo le faltaba un piso cuando sonó el móvil interrumpiendo la música. Contestó aferrado a la barandilla.

—¿Cómo va, señor Torre? —preguntó Colomba.

—Todo bien, estoy llegando. ¿Cuánto tiempo ha pasado? —se informó procurando mantener un tono normal.

—Cuarenta minutos.

A Dante le habían parecido cinco minutos, como mucho. O cinco años.

—Falta poco —dijo, y colgó.

Todavía un piso más. Un solo piso. Tomó aire como si fuera a sumergirse e hizo los últimos tramos a la carrera. Superó el portón sin siquiera darse cuenta.

Estaba fuera. Saltó de alegría en la acera, respirando a todo pulmón.

Colomba lo miró apoyada en el capó del coche patrulla, con los brazos cruzados.

—¿Ha sido duro?

—Un poco. Pero estar fuera es tan *embriagador*... —dijo Dante mientras seguía saltando, parecía que le hubieran dado cuerda.

—¿Ha pensado alguna vez en seguir una terapia? —preguntó Colomba.

—¿Y usted? —respondió Dante.

Colomba no contestó, pero sus ojos se hicieron aún más oscuros. Le abrió la portezuela del coche patrulla.

—Pase usted —dijo gélida.

—Subo delante. Y me importa un carajo si existe un reglamento que lo impide. No me pongo el cinturón de seguridad y llevo la ventanilla bajada aunque llueva. ¿De acuerdo?

—¿No tiene usted coche? —preguntó Colomba—. A lo mejor se sentiría más cómodo.

—Lo uso solo en verano. No tiene techo.

El viaje fue largo. La velocidad tenía un efecto desastroso sobre los nervios de Dante y a Alberti le tocó detenerse una decena de veces para que su pasajero pudiera bajar. En cada ocasión, Dante hacía un par de flexiones y de saltitos, luego volvía a subir asegurando que iba a ser la última vez, pero con regularidad a los pocos minutos volvía a ponerse pálido y agitado.

Lograron, de todas formas, llegar hasta el centro hípico. Con la base de operaciones desmantelada, habían desaparecido también las filas de vehículos que obstruían la carretera y un par de caballos de trote se entrenaban en la pista. En aquella nueva tranquilidad irreal, Alberti consiguió que le proporcionaran otro Defender que estaba a disposición de los investigadores y prosiguieron hasta la escena del crimen.

Envalentonado por el paseo, Dante quiso recorrer por su cuenta la Via Sacra.

Alberti permaneció de guardia en el vehículo y Colomba siguió a Dante a unas decenas de metros. Dante parecía fascinado por todo lo que iba viendo, cargado de energías. Levantaba hojas y piedras, se desviaba a menudo del sendero para mirar desde abajo. Durante la caminata Colomba llamó por teléfono a Rovere para ponerlo al día.

—Ya te avisé de que no iba a ser fácil —dijo él.

—No me dijo que es un completo desequilibrado. Tendría que ver su casa.

—¿Y lo que te ha dicho también es desequilibrado?

Colomba no respondió. Aún no se había hecho una idea exacta.

—¿Alguna novedad sobre el niño?

—Nada. Hemos hablado con familiares y amigos sin resultado. Pero las primeras pruebas de laboratorio confirman la idea de De Angelis. La sangre del maletero es del niño y el hocino procede sin lugar a dudas de la casa de los Maugeri. Lo compró él un mes atrás para podar un árbol del jardín, pero ha dicho que no lo había utilizado nunca.

—Lo único que falta es la confesión.

—Esa no la tenemos, aunque el arresto ha sido confirmado.

—Faltaría más. Doctor, estamos perdiendo el tiempo. Todo está en contra de Maugeri. Tendrá que buscarse a otro para librarse de... —Colomba se interrumpió antes de decir «Santini». Nunca se sabe quién puede escucharte, legalmente o no—. Usted ya sabe quién.

—¿Qué dice Torre?

—Ya piensa en un complot.

—¿Lo ves?

Dante había llegado hasta el mirador. Miró hacia abajo un instante y se tambaleó; si no se hubiera agarrado a la balaustrada, se habría caído.

Colomba colgó deprisa y corrió hacia él.

—¿Tiene vértigo?

Dante sonrió, mientras permanecía acurrucado bajo la balaustrada.

—¿Es tan evidente?

—Era solo una sospecha.

—Ahora se me pasa —respiró unos segundos antes de ponerse de nuevo en pie—. No pensaba que estuviera tan alto, me ha cogido por sorpresa. ¿Qué dice su jefe?

—Que el arma la compró el marido.

—¿Encontraron sus huellas?

—No.

Dante se agarró a la balaustrada y se levantó.

—Entonces nuestro asesino pudo cogerla en su casa.

—Un poco temerario, ¿no cree?

Dante se encogió de hombros.

—Ya se lo he dicho —miró tímidamente más allá del borde del precipicio—, él

no se asusta con facilidad. ¿Dónde estaban las zapatillas?

Colomba le señaló el lugar. Ahora sobre el matorral había un cartelito numerado. Dante miró sin soltar la balaustrada.

—Muy teatral —luego se soltó de golpe y prosiguió por el sendero—. Venga, vayamos mientras haya luz.

Colomba lo siguió, y tuvo que hacer esfuerzos para ir tras él. Dante brincaba entre las piedras.

—¿Y por qué un asesino despiadado y lúcido iba a ensañarse con los Maugeri? —le gritó.

—Bueno, eso aún no lo sé.

Dante se paró de golpe delante de las vallas que rodeaban el lugar del hallazgo. Dos patrullas vigilaban los accesos y un agente tiró un cigarrillo al salir a su encuentro. Colomba sacó la identificación mientras Dante, impaciente, se adentraba en el claro.

El agente le hizo el saludo y Colomba se acordó de haber coincidido con él unos años antes.

—¿Quién es ese, Voldemort? —le preguntó señalando a Dante: caminaba entre los peñascos en círculo, prestando atención a no pisar las señales que habían dejado los técnicos, mientras hacía revolotear las faldas del impermeable de piel negra.

—Un asesor —respondió ella con vaguedad.

—Menos mal. Tenía miedo de que fuera un compañero.

Colomba alcanzó a Dante cuando se encontraba trepando a un árbol.

—¿Un regreso a la infancia? —le preguntó. Se mordió enseguida la lengua—. Perdóneme.

—No pasa nada. También tuve momentos felices cuando era niño. Cuando consideraba que me lo había ganado, el Padre me daba comida caliente, por ejemplo.

—¿*El Padre*?

—Quería que lo llamara así. Y dado que nunca llegaron a descubrir quién era... —se encaramó a fuerza de brazos, luego se acurrucó en una rama a dos metros del suelo. Parecía un gran cuervo negro a la espera de una presa.

—¿Ve algo interesante desde allí? —preguntó Colomba.

—Un Stonehenge en miniatura. No podría encontrar un sitio mejor para un crimen ritual.

—O para una puesta en escena —dijo Colomba.

—Me ha quitado las palabras de la boca. En su opinión, ¿el asesino colgó las zapatillas antes o después de haber matado a la madre?

—Antes me parece difícil —respondió Colomba—. La madre se habría dado cuenta de que había algo que no cuadraba.

—¿Matas a alguien y luego te pones a decorar el ambiente? Vale que actúa con frialdad, pero esto es excesivo.

—Si ha sido su asesino de mano firme, tal vez forme parte de la puesta en escena.

O bien el niño las perdió por el camino y alguien las colgó para que el propietario las encontrara.

—¿Qué dicen las huellas?

—Demasiada lluvia, demasiado barro y demasiada gente que pasó por ahí antes de darse cuenta. Si había también huellas del asesino o del niño que se alejaban, ya no pueden distinguirse.

—Por tanto, no sabemos hacia qué lado se marchó.

—Si fue Maugeri, regresó hacia el lugar del *pícnico* y empezó a fingir que buscaba a su mujer y su hijo.

—A él ya lo hemos descartado, ¿verdad?

—Usted lo ha descartado. Yo no. Por ahora tan solo tengo perplejidades.

Dante reflexionó unos segundos.

—No creo que el asesino se marchara en la dirección que hemos tomado nosotros al venir. Es un camino demasiado transitado y sin duda alguna él no quería arriesgarse a que lo vieran.

—¿Así que colgó las zapatillas y volvió tras sus pasos?

Dante movió la cabeza.

—Tal vez. Lo que hace que el gesto resulte más significativo, aunque no sé por qué —miró a su alrededor, luego señaló el sendero que continuaba. Saltó al suelo ágilmente—. Vamos —y se encaminó sin esperar respuesta.

Colomba fue tras él, sorprendiéndose otra vez de su energía. En casa le había parecido incapaz de dar dos pasos sin que alguien lo sujetara.

Prosiguieron a lo largo del sendero, cruzándose con un par de buscadores de setas con sus cestas de mimbre. Dante los saludó con un gesto.

—¿Han encontrado algo bueno?

—Poco —respondió uno de los dos.

—Quien sale a por setas lo hace siempre después de llover, y ayer llovió —dijo Dante cuando los buscadores se habían distanciados—. Tal vez alguno se cruzara con el asesino.

—No se ha presentado nadie a declarar.

—Porque no habrá caído en la cuenta. Y dudo que sus compañeros se hayan esmerado mucho en buscar testigos.

—No después del arresto de Maugeri —admitió Colomba—. Pero ahora todo el mundo sabe ya lo del niño desaparecido, su foto está por todas partes. Si un buscador lo hubiera visto paseando con alguien, habríamos recibido algún aviso.

—No creo que pasara —Dante le señaló a un excursionista que iba algo más abajo que ellos. Llevaba en brazos a un niño medio dormido que colgaba de su cuello—. A ese de ahí, ¿le ve usted la cara?

—No —dijo Colomba.

—Con seis años uno ya está bastante grandecito para ir en brazos, pero nadie se fijaría en ello.

—Eso suponiendo que exista ese misterioso secuestrador.

—O a lo mejor es que el niño ha salido volando en un miniponi alado.

Dante aceleró y superó los árboles, obligando a Colomba a hacer una rápida carrera para alcanzarlo. Ella notó un ligero dolor en el tendón cosido, que ya había puesto a prueba persiguiendo a aquel tipo pocas horas antes.

Salieron a una explanada en cuyo centro se encontraba una pequeña capilla azul consagrada a la Virgen, rodeada de enormes peñascos.

—Si su hipótesis es acertada, el secuestrador debió de aparcar no muy lejos de aquí —dijo Colomba—. Y si se hubiera alejado antes de oscurecer, podría no haberse cruzado con nadie. Los excursionistas regresan a la puesta de sol, por regla general.

Se dio cuenta de que Dante no estaba escuchándola. Observaba un objeto metálico que colgaba a media altura en un poste de una señal de tráfico. Colomba se acercó para ver mejor. Era un silbato metálico, cilíndrico y opaco, atado a una cuerdecilla de cáñamo deshilachada. Tendió la mano para cogerlo, pero Dante la agarró de la muñeca. La presión era helada y fuerte, casi dolorosa.

—No lo toque —le dijo.

Colomba se liberó con un movimiento brusco.

—Y usted no me toque a mí, por favor —se dio cuenta de que Dante estaba lívido—. ¿Qué ocurre? —preguntó preocupada.

Dante respondió tras algunos intentos inútiles, la voz convertida en un murmullo.

—Cuando me cogió... Cuando el Padre me cogió, llevaba conmigo un objeto que había encontrado en el césped donde jugaba. Era un silbato de *boy-scout* —giró los ojos hacia ella. Pero no la veía. Estaba mirando a un terror antiguo, inmenso—. Ese —dijo señalándose.

Dante estaba sentado al borde de la calzada aferrándose las piernas. No había dicho nada más, no había hecho ningún movimiento.

Colomba no se veía capaz de alejarse y abandonarlo de ese modo, pero tenía que llamar a Rovere y no quería que él la escuchara.

—¿Cómo se siente, señor Torre? —le preguntó.

Dante permaneció inmóvil y mudo, con la mirada en la lejanía.

—Señor Torre, tengo que dejarlo solo unos minutos. Pero no puedo hacerlo si no me dice que está bien —seguía sin obtener ninguna reacción—. Dante...

Al oír que lo llamaban por su nombre se removió.

—No voy a morirme —respondió átono—. Haga lo que tenga que hacer.

Colomba se distanció unos pasos y llamó a Rovere.

—Dante está mal —dijo—. Aunque tampoco es que antes estuviera perfectamente.

—¿Qué ha pasado?

—Ha visto un silbato colgado de un poste y ha empezado a decir que lo ha dejado ahí el secuestrador del hijo de los Maugeri que, además, sería el mismo tipo que lo secuestró a él. Porque Torre está convencido de que su *auténtico* secuestrador sigue aún en libertad.

—¿Y para qué iba a dejar ahí el silbato?

Por el tono, parecía que Rovere meditaba sobre la cuestión, y Colomba se sorprendió.

—No tengo ni idea, y en mi opinión tampoco Torre. Oiga, lo llevo a su casa.

—¿Y pretendes ignorar lo que te ha dicho?

—A ver si lo entiendo. En su opinión, ¿qué tendría que hacer yo?

—Comunicar el hallazgo al encargado de la investigación.

Colomba pensó que había entendido mal.

—Comisario Rovere... ¡Torre está delirando! Lo hemos puesto en contacto con algo que se parece a lo que a él le ocurrió y ha perdido la cabeza.

—El silbato puede ser una prueba en un caso de rapto y homicidio —dijo Rovere, testarudo.

—Ahora está delirando usted también —¿sería posible que el deseo de joder a Santini fuera tan intenso como para hacer que Rovere perdiera la cabeza?—. Si voy y le digo algo semejante a De Angelis, se reirá en mi cara.

—La responsabilidad será suya, no nuestra.

—Mire, yo lo dejo, doctor —dijo Colomba, gélida.

—A partir de esta noche. Ahora espera a que llegue alguien. Aviso yo a De Angelis —dijo Rovere y colgó sin despedirse.

Vete a tomar por culo, pensó Colomba. Pero le quedó un sabor amargo en la boca.

Fue Santini el primero en llegar una hora después. Mientras tanto, Dante había dicho apenas cuatro palabras y se había negado a regresar a casa. El coche del subcomisario del SIC iba seguido de una ranchera con el logotipo de la UCV en las portezuelas. A los dos técnicos de a bordo Colomba los había visto ya el día anterior.

—Y aquí estamos otra vez —dijo el mayor de los dos, al bajar—. Empiezo ya a odiar este sitio.

Santini se encaminó directamente hacia ellos.

—¿A quién se le ha ocurrido esta chorrada? —preguntó.

Colomba disimuló su malestar manteniendo un rostro impassible.

—Descúbrelo tú, genio.

—Me las pagarás.

Ella señaló a su espalda.

—El poste es ese de ahí. ¿Por qué no te lo metes por el culo?

Santini hizo una señal a los técnicos.

—Venga, espabilemos.

Los dos técnicos, que no llevaban los monos blancos de las grandes ocasiones, fotografiaron el silbato, luego lo colocaron en una bolsita estéril. Santini permaneció todo el rato pegado a Colomba.

—¿Tienes miedo de que cuelgue otro? —le preguntó ella.

—Ya sabes que puedes estar contenta si te envían a poner sellos en los pasaportes cuando te incorpores, ¿verdad?

—Tendría que aprender de ti a lamer los pies de la gente importante. ¿Qué tal te va con De Angelis? ¿Le llevas el café a la cama?

Santini la miró con odio.

—Ten cuidado con lo que dices.

—Ya lo hago. Imagínate si no lo hiciera.

Colomba fue a sentarse al lado de Dante mientras los técnicos recubrían el poste con polvos para las huellas, obteniendo un barullo de marcas de dedos.

—Ha vuelto —dijo Dante en voz baja—. Después de todos estos años.

—Veremos lo que dice el laboratorio —respondió ella, diplomática.

—Siempre he sabido que estaba ahí fuera, en algún lado.

La sombra de Santini se cernió sobre ellos.

—Los técnicos han terminado, Caselli. Dile a tu amigo que tiene que venir con nosotros para charlar un ratito con el juez.

—No —dijo Dante sin mirarlo—. Y puede hablar conmigo, no soy ni sordo ni

subnormal.

—Sé quién es usted, Torre —dijo Santini—. Tengo compañeros que han tenido relación con sus «asesoramientos». Y ninguno de ellos lo ha agradecido.

—Tal vez porque no sabían hacer su trabajo.

Santini se agachó hacia él.

—¿Quiere repetirme eso?

Colomba se levantó y se plantó delante de él.

—Ya está bien de hacerte el chulo.

—Aparta.

—¿No ves que está mal?

—Ese no es mi problema.

—¿En serio? —Colomba dio un paso adelante y Santini se vio obligado a retroceder—. Fue víctima de un secuestro que le dejó un grave trauma, sufre de claustrofobia y está en tratamiento médico. Si te lo llevas de aquí en contra de su voluntad, serás citado por brutalidad y abuso de autoridad.

—¿Has sido tú quien lo ha metido en medio, Caselli! —dijo Santini exasperado.

Colomba sintió una punzada de culpa.

—Es verdad. Pero de aquí en adelante la responsabilidad es tuya.

Santini hizo un esfuerzo por parecer razonable.

—El juez quiere hablar con él. ¿Qué tengo que decirle, que ha de hacer una visita a domicilio?

—¿Y por qué no?

—¡Porque no es así como *funciona*!

Uno de los dos técnicos le puso una mano en el hombro al subcomisario del SIC.

—A un kilómetro de aquí hay una estación de servicio con un restaurante completamente acristalado. ¿Qué le parece, le iría bien a usted, señor Torre?

Colomba se agachó hacia Dante.

—Si dice que no, le llevo a casa de inmediato.

—Tengo que hacerlo.

—No, no tiene por qué.

—Déjeme decidir a mí, doctora, por favor.

—¿Entonces? —dijo Santini—. ¿Le parece bien la mierda esa de la estación de servicio?

—Me parece bien —respondió Dante.

Mientras Santini se ponía de acuerdo por teléfono con De Angelis, el técnico veterano le sonrió.

—Actúa así pero no es mala persona —dijo—. Solo es un mierda.

—¿Os conocéis? —preguntó Colomba.

Dante negó con la cabeza y pareció desinteresarse de la conversación.

—No nos vimos en persona, pero sé quién es —explicó el técnico a Colomba—. ¿Te acuerdas del caso de la guardería de Putignano?

—Obviamente —había ocurrido poco después del Desastre y la historia había conseguido traspasar la colcha que la envolvía. A pesar de que estaba mal, *decididamente* mal, le había parecido increíble que alguien pudiera creérselo. Todo el equipo educativo de un jardín de infancia había sido acusado de abusar de los alumnos de formas fantasiosas. Sin otras pruebas que no fueran las declaraciones de los padres. En cambio, lo había creído mucha gente—. ¿Él tiene algo que ver?

—Según la leyenda, sí.

—¿Leyenda?

—En síntesis: ninguno de nosotros lo vio nunca, pero se decía que hacía de asesor para los abogados de los imputados. Corrían un montón de rumores sobre él... Me da en la nariz que todos eran ciertos —sonrió—. Se pasó por el arco de triunfo a la acusación particular.

—No sirvió para nada —dijo Dante con voz sepulcral.

—El caso se sobreyó —objetó Colomba.

—Tuvieron que cambiar de ciudad. Todos —prosiguió Dante—. Los padres siguen convencidos de que tenían razón. Y los niños a estas alturas ya no saben distinguir entre la realidad y las fantasías enfermizas de los demás. Van a crecer torcidos, llenos de problemas.

El técnico asintió.

—Es cierto.

Santini acabó la llamada telefónica.

—El juez De Angelis se reunirá con nosotros en la estación de servicio dentro de una hora —luego añadió—: De todas formas es una pérdida de tiempo colosal.

Una patrulla se había detenido, entretanto, en la explanada. Cuando los dos agentes se bajaron, Santini les señaló el poste.

—Vigilad que nadie lo toque o se acerque a él, ¿ok? Y si os preguntan por qué, decid que es una disposición de la Policía de Carreteras.

—¿La Policía de Carreteras? —preguntó uno de los dos, perplejo.

—¿Qué pasa? ¿Estás sordo? —gruñó Santini.

El agente se sobresaltó.

—No, señor.

—A tu amigo lo llevas tú, ¿verdad? —dijo Santini a Colomba al subir al coche—. Así no podrán acusarnos de haberlo maltratado durante el viaje.

—Conduce con prudencia —le recomendó ella.

La entrada de la estación de servicio tenía ya agentes de guardia cuando Colomba y Dante llegaron junto con Alberti, que cada vez se quejaba más de su nariz hinchada. Los clientes podían entrar y salir, pero en la zona del restaurante, una amplia glorieta acristalada de una importante cadena, el acceso estaba prohibido. Durante el viaje, el sentimiento de culpabilidad de Colomba había ido creciendo desmesuradamente. Dante se sentiría ridículo frente a hienas como De Angelis y sus secuaces. Y todo porque ella no había sido capaz de decir que no a su futuro jefe. Cuando oyó que Dante llamaba por teléfono a su abogado, se alivió un poquito: podía ser la vía de escape que andaba buscando.

Dante miró la entrada de la estación de servicio como un condenado el cadalso. Su termómetro interior estaba peligrosamente cerca del diez y las dos pastillas de Xanax que había tomado en el coche tan solo lo habían mareado y dado náuseas. Las imágenes del pasado relampagueaban en su cabeza. El Padre, su prisión, la luz que se filtraba por las grietas del cemento. El hielo que se formaba en la ventanilla de arriba. El hedor de sus excrementos. Le resonaba en la mente una de las frases que el Padre repetía más a menudo: *En ningún lugar vas a estar más protegido que aquí.*

Entonces Dante se lo había creído. A veces aún lo creía.

—Casi hemos terminado, por hoy —dijo Colomba—. Pero si sirve de algo, sepa que lamento haberle metido a usted en esto. De verdad.

—No ha sido usted quien me ha metido en esto. Ha sido él.

—El Padre.

—Sí.

Vamos bien, pensó Colomba.

Un hombre alto y delgado con una gabardina de *tweed* los alcanzó a la entrada de la estación de servicio caminando con largas zancadas. Se parecía vagamente al Jeremy Irons de unos años atrás, con el pelo más corto y la piel bronceada. Colomba enseguida comprendió que se trataba de Minutillo.

El abogado puso las manos sobre los hombros de su cliente.

—¿Cómo estás?

Dante ignoró la pregunta.

—Es el Padre, Roberto —dijo.

El abogado movió la cabeza, preocupado.

—¿Estás seguro?

—Sí —respondió Dante.

—Entonces tendrás que hacerlo —estrechó la mano de Colomba—. Roberto Minutillo. Si mi cliente tiene problemas con esta historia, la haré responsable de ello.

—¿Puedo hablarle en privado dos segundos?

Minutillo miró a Dante.

—Tranquilo, ve —dijo este.

Se alejaron un par de pasos.

—Lléveselo inmediatamente de aquí —le dijo enseguida Colomba.

—No puedo obligarlo.

—Pero ¿ha oído lo que ha dicho? Piensa que su secuestrador ha vuelto.

—He aprendido a respetar sus convicciones, incluso cuando parecen extravagantes.

—Esta es más que extravagante. Es una locura.

Minutillo frunció una ceja.

—¿De verdad?

—Torre fue secuestrado hace treinta y cinco años. ¡Es imposible que identifique las señales de su secuestrador solo por un viejo juguete del que no puede conservar un recuerdo exacto!

Minutillo la estudió unos instantes y las arrugas alrededor de sus ojos se relajaron levemente.

—Gracias por su interés. Desde luego, es de agradecer. Pero ahora tenemos que entrar.

Y, sin esperar respuesta, el abogado regresó junto a su cliente, a quien cogió con familiaridad por el brazo. Colomba resopló. *Pues vale*. De una forma u otra la cosa acabaría pronto.

La zona del restaurante estaba custodiada y Colomba tuvo que mostrar su identificación para acceder con los demás. Dante mantuvo todo el rato la vista dirigida al exterior, hasta que llegaron donde estaban De Angelis y Santini, sentados a una mesa junto a la cristalera. Con ellos se hallaba un tercer individuo al que Colomba no conocía, con un portátil delante.

Colomba hizo las presentaciones, Santini ni siquiera la miró y De Angelis le dirigió también una mirada recelosa, pero todos le estrecharon la mano al abogado. En el lado opuesto de la sala, de pie junto a las barras, estaban dos inspectores del SIC a los que Colomba había visto en el escenario del crimen. Charlaban entre ellos riéndose a carcajadas. Cesaron cuando se dieron cuenta de que ella los estaba observando.

De Angelis se dirigió a Minutillo.

—La presencia del letrado no era necesaria.

—Hemos preferido que fuera así. No obstante, si usted es contrario, doctor De Angelis, no queremos hacerle perder el tiempo. Podemos organizar una reunión más apropiada en otro momento.

De Angelis movió la cabeza.

—Faltaría más, abogado. Tome asiento, por favor. Mejor dicho, siéntense todos ustedes —presentó al individuo del ordenador como el inspector encargado de elaborar el informe. Este copió los datos de los documentos de todos, luego puso en marcha una grabadora digital. De Angelis dijo fecha, hora y asistentes, luego acercó una hoja impresa en color a Dante. Era una imagen del silbato con el sello de la UCV. Colomba pensó que habían actuado con celeridad—. Estoy enseñando al señor Torre una imagen del silbato hallado en un aparcamiento situado a unos quinientos metros del lugar del homicidio de la señora Balestri —dijo para que quedara grabado—. ¿Confirma usted que se trata del mismo objeto encontrado por usted en el día de hoy y recabado como prueba pericial por mi departamento?

—Parece el mismo.

—Usted ha declarado a la doctora Caselli, aquí presente, que este silbato está relacionado con el homicidio de la señora Balestri y el secuestro del pequeño Luca Maugeri. ¿Es exacto?

—No ha dicho exactamente eso —intervino Colomba.

De Angelis levantó una mano.

—Doctora, límitese a responder solo en caso de que se le formulen preguntas. Hágame el favor.

A la mierda con ese favor, pensó Colomba, pero dijo:

—Discúlpeme.

Dante le hizo una mueca de simpatía.

—Las palabras no fueron esas, tiene razón la doctora Caselli. Y creo que no fui muy coherente durante un buen rato. Lo que yo quería manifestar es que ese silbato es idéntico al que tenía yo cuando fui raptado. Silbato que luego me fue arrebatado por mi secuestrador. Encontrarlo de nuevo a pocos pasos de donde ha desaparecido un niño de la misma edad que tenía yo cuando fui secuestrado me lleva a pensar que no es una coincidencia.

—¿Podría explicarse mejor?

—Creo que lo ha dejado allí mi secuestrador. Por tanto, imagino que se trata de mi silbato, que quedó en su posesión.

De Angelis y Santini intercambiaron una mirada.

—El hombre que lo raptó a usted está muerto, señor Torre —dijo De Angelis escandiendo las palabras, como se hace frente a un idiota—. Se llamaba Bodini y se disparó en su alquería antes de que llegaran las fuerzas del orden.

—No era él. Bodini era solo un tonto útil que se convirtió en chivo expiatorio.

De Angelis se dio golpecitos con el bolígrafo en la punta de la nariz.

—Sí. Sé que esa siempre ha sido su versión... ¿El silbato estaba en la lista de las cosas que le pertenecían elaborada por sus padres?

—No.

—¿Y usted habló de ello a las autoridades tras su liberación?

—No. Pero no me lo he inventado ahora, si es lo que está insinuando.

De Angelis lo reconvino con la mirada.

—Señor Torre, mi trabajo no consiste en insinuar. Yo hago preguntas y usted es un testigo que tiene la obligación de contestarme, aunque sea en esta oficina... informal.

—¿Existe ya un informe de la Científica? —preguntó Minutillo.

—Dados los plazos, solo es un informe preliminar —respondió Santini— que me han anticipado por teléfono. No hay huellas ni restos orgánicos. Es difícil decir por el grado de oxidación cuánto tiempo ha permanecido expuesto, ya que no se conocen las condiciones precedentes. No mucho, de todas formas. Está bastante bien conservado.

—¿El año de fabricación es compatible con el relato de mi cliente? —preguntó de nuevo Minutillo.

—Tan solo en términos generales. Ese modelo fue fabricado en Italia entre 1960 y 1977; puede ser de cualquiera de esos años.

De Angelis sonrió a Dante, pero no había la más mínima simpatía humana en esa sonrisa.

—Señor Torre, digamos que ese silbato es idéntico al suyo —levantó una mano como para prevenir una posible objeción—. Pero considere el cálculo de probabilidades. ¿Cuántas hay de que ese silbato sea verdaderamente el suyo, colocado ahí por una fantasmagórica mano, y no alguno perdido por un excursionista, o a lo mejor por un niño a quien se lo había regalado su padre? ¿Y que luego alguien lo haya colgado, con un gesto amable, para que pueda ser reencontrado, igual que se hace con los guantes o con las llaves?

—No necesito calcular las probabilidades. Lo sé seguro —dijo Dante.

—Claro, pero nosotros no. No hay ningún elemento, por desgracia, que corrobore su versión.

—Se equivoca —objetó Dante.

La sonrisa de De Angelis se volvió gélida.

—Dígame, ¿en qué me equivoco?

—No hay huellas. El chiquillo que lo perdió, en su opinión, ¿no lo tocó en ningún momento?

—Tal vez quien lo recogió le limpió el barro.

—¿Borrando todas las huellas? ¿Y también borrando cualquier resto humano, por ejemplo de saliva? ¿O cree que nadie lo ha soplado nunca? ¿Sabe?, es eso lo que se hace con los silbatos.

Colomba sintió un impulso de admiración hacia Dante. No estaba haciendo el mal papel que ella se había temido.

—La lluvia lo ha lavado, señor Torre —dijo De Angelis.

Santini se echó hacia delante apoyando un codo sobre la mesa.

—A menos que quien lo ha puesto ahí no quisiera que se descubriera quién es —dijo—. Porque sabía que lo primero que haríamos sería analizar el ADN.

—¿Está acusando a mi cliente? —preguntó Minutillo. Si la sonrisa de De Angelis era gélida, su mirada era candente.

—Solo estamos hablando —dijo De Angelis.

—Perdone, señor juez —Santini miró a Colomba—. ¿Puedes asegurarnos que no lo has perdido de vista ni un segundo cuando bajasteis?

—A ti no tengo por qué decirte una mierda, Santini.

—Tiene usted razón, doctor De Angelis —volvió a intervenir Minutillo—. Y si la declaración de mi cliente va a seguir en este clima, nos marchamos de aquí inmediatamente.

—Está bien, está bien, calmémonos todos —dijo De Angelis—. Pero me veo obligado a hacer la misma pregunta a la doctora aquí presente.

—¿Aquí quién está prestando declaración? ¿Mi cliente o la doctora? —preguntó Minutillo.

—Su cliente. Pero quisiera ahorrar tiempo, si a usted le parece bien.

—No.

—Perdóneme, abogado, abreviemos. Sí, lo aseguro —intervino Colomba.

—¿Está contento ahora? —preguntó Dante—. ¿O cree que la doctora también está mintiendo?

—Señor Torre, ¿no comprende que cualquiera que pensara mal encontraría que es una sospechosa coincidencia?

—No hay ninguna coincidencia —dijo Dante—. Él lo puso a propósito.

—Su secuestrador.

—Sí.

—¿Y por qué motivo lo habría hecho? ¿Para lanzar un mensaje? ¿Un desafío? ¿Una firma?

Dante titubeó y Colomba tuvo la clara impresión de que no estaba contando todo.

—No sé qué tiene en la cabeza. No lo sabía hace treinta años y no lo sé hoy.

—¿Y su silbato no podía haber pasado desapercibido? ¿Seguir ahí hasta que se oxidara? ¿Acabar en la basura?

—No soy la persona más adecuada para juzgar sus intenciones. Estoy... influenciado, diría yo, por el hecho de que me enseñara a considerarlo Dios, mientras me mantuvo prisionero. Y es difícil entender la mente de Dios.

Otra mirada entre De Angelis y Santini.

—Está bien, señor Torre... Se lo agradezco. Yo he terminado —dijo De Angelis.

Hasta ese momento Dante había hablado en voz baja, sin moverse, o casi. De golpe se echó hacia delante y De Angelis retrocedió, apoyándose contra el respaldo de la silla.

—¿Saben lo que le espera ahora a ese niño? —dijo Dante—. Años de cautiverio, si no toda la vida. Maltratos psicológicos, maltratos físicos. Y el peligro de ser asesinado si no aprende o desobedece.

De Angelis lo escrutó.

—Como le sucedió a usted, ¿verdad? —dijo.

—Sí, como me sucedió a mí.

—Entiende entonces hasta qué punto eso lo convierte a usted en un testigo fácilmente influenciado por los acontecimientos, ¿no es así?

—¿Una forma de decir poco fiable?

—Lo siento.

Dante asintió lentamente.

—Tenía que intentarlo. ¿Puedo marcharme?

—Sí, hemos terminado —anunció De Angelis—. Se le pedirá que firme el acta cuando se transcriba su declaración.

—Comuníquenoslo y nos presentaremos —dijo Minutillo levantándose con Dante.

También se levantó Colomba.

—¿Le importaría esperar un minuto, doctora? —dijo De Angelis.

—Como quiera.

Minutillo y Dante salieron. De Angelis se acarició la barbilla, luego incluyó en una mirada a Santini y al inspector.

—Necesito intercambiar unas palabras en privado con la doctora.

El inspector cerró el ordenador y se levantó. Santini le tendió la mano a De Angelis.

—Entonces paso un momento por comisaría y luego me retiro, si no quiere nada más.

—Nada, ve tranquilo. Mañana te llamo.

Santini se encaminó a la salida, el inspector fue hacia una ventana abierta y encendió un cigarrillo.

—Sabe lo que quiero preguntarle, ¿verdad? —dijo De Angelis cuando se quedaron a solas.

—No. Ayúdeme usted.

—Si quiere poner las cosas difíciles... ¿Qué hacía usted en el escenario de una investigación con la que no está relacionada?

—Quería que el señor Torre viera el lugar —respondió impasible.

—¿Por qué motivo?

—Es un asesor experto en personas desaparecidas.

—Es un inestable mental pagado por despachos de abogados para revolver las aguas y pescar la pasta que pueda.

—Esa es su opinión. No la mía.

—¿Maugeri es cliente de Torre? ¿Lo era su esposa?

—No.

De Angelis unió las puntas de los dedos.

—Si lo fuera, usted podría no saberlo. Y esta historia del silbato podría ser la primera piedra de la teoría de la defensa.

—Fui yo quien lo buscó. Torre no trabaja para nadie en este momento.

—¿Y a título de qué, puesto que no está usted de servicio?

—Como una ciudadana privada. Entré en contacto con la investigación de forma casual, he intentado hacer una aportación...

De Angelis se dejó caer contra el respaldo mirándola fijamente a los ojos. Colomba le sostuvo la mirada.

—Usted no está bajo juramento, pero busco la verdad, por el papel que desempeña. Y usted está mintiendo. Ha sido Rovere el que la ha enviado. No le ha parecido nada bien que lo excluyeran, y así demuestra una vez más que he hecho bien en no implicarlo.

Habría sido justo poner a Rovere de por medio, después de lo que la había obligado a hacer, pero Colomba no era de los que cambian de chaqueta.

—Absolutamente no —respondió—. No sabe nada de esta iniciativa mía.

—No la creo, doctora. Son íntimos amigos, ustedes dos, ¿verdad?

—¿Qué entiende usted por «íntimos»?

De Angelis extendió los brazos.

—¡Nada malo! Quiero decir que ha sido su superior varios años. Y que estuvo muy cerca de usted durante su convalecencia. Y que arriesgó mucho por usted, no renegó de usted cuando muchos lo habrían hecho, después de lo que sucedió.

Colomba se clavó las uñas en las palmas de las manos.

—¿Es necesario hablar del tema?

—Solo para explicarle por qué no la creo. Usted no actuaría nunca a espaldas de Rovere. De las mías y de las de Santini, eso sin duda alguna. Y tampoco traicionaría su confianza revelándomelo a mí.

—Si ya lo sabe, ¿qué sentido tiene este interrogatorio?

—Quería darle una oportunidad. Lamento que no la haya aprovechado.

—¿Puedo marcharme?

De Angelis bajó la mirada hacia los papeles que tenía delante.

—Buenas noches, doctora.

Fuera, mientras tanto, con la excusa de un cigarrillo, Dante estaba esperando a Colomba para despedirse de ella, tras haber enviado estratégicamente a Minutillo a hacer una llamada telefónica al aparcamiento. A partir de esa noche no volvería a ver a la policía de ojos verdes y eso le sabía mal. Un poco porque se trataba de una mujer hermosa y no convencional —y él no solía estar con mujeres hermosas desde hacía mucho tiempo—, otro poco porque estaría aún más solo frente a sus fantasmas. En eso estaba cuando salió Santini de los lavabos secándose las manos en los pantalones. Vio a Dante que estaba solo y en un segundo su expresión se volvió rapaz. Hizo a la carrera los metros que los separaban y le agarró por un brazo.

—¿Qué coño está haciendo? —dijo Dante dejando caer el paquete de cigarrillos.

Santini le tapó la boca con la mano y fue empujándolo hasta uno de los lavabos. Era pequeño y sin ventanas. Apestaba a mierda.

Santini cerró la puerta tras de sí. Se hizo la oscuridad. Dante tan solo veía la negra silueta del otro recortada contra el gris de fondo y los ojos que parecían brillar. La oscuridad le presionó la conciencia, empezó a aplastarlo. Santini le quitó la mano de la boca, pero Dante no gritó. No le salía la voz. Le parecía que las paredes lo envolvían y le fallaron las piernas. Habría caído si Santini no lo hubiera sujetado por el cuello de la chaqueta.

—Tienes miedo a estar encerrado, ¿verdad? A lo mejor también tienes miedo a la oscuridad. ¿Tienes una lucecita en la mesita de noche? ¿En forma de patito?

Dante no respondió y se concentró en permanecer consciente. El pasado brillaba ahora como un relámpago y retumbaba. La voz de Santini le llegaba amortiguada como desde detrás de una pared de cemento.

La pared del silo.

«Déjame», intentó decir de nuevo, pero la voz no le salió.

—Es de *mí* de quien tienes que tener miedo. Si vienes otra vez a tocarnos los cojones con la historia esa del silbato o cualquier cosa relacionada con la investigación, te voy a encerrar en un agujero. En un agujero en el suelo. Con un tubo para respirar. ¿Lo has entendido?

Dante no lo entendía. La voz del Padre se superponía por encima de todo. Caía desde lo alto y le dictaba la Ley. Le decía que había vuelto a equivocarse al repetir todo lo que le había enseñado y que por eso tenía que castigarse. Y que tenía que coger el bastón y golpearse la mano mala. Al ritmo de su cuenta.

Dante agarró un bastón hecho de aire e intentó levantarlo, pero Santini le inmovilizó el brazo.

—Deja ya de removerte. Tan solo dime que me has entendido. ¡Dímelo!

En la oscuridad del silo Dante encontró una ventana para el presente y se colgó de ella, transportándose de nuevo hasta ese váter maloliente y delante del policía. Regresó en una pequeña parte, lo suficiente como para mover los labios y decir que lo había entendido. Aunque no supiese qué era. O se le hubiera olvidado. Se sentía ligero. Más suelto.

Santini lo soltó y abrió la puerta de par en par al salir. El borbotón de luz golpeó a Dante igual que una descarga eléctrica. Cayó de rodillas en las baldosas mojadas, luego se puso a cuatro patas y se arrastró sobre la mugre hacia la puerta de salida.

Ya en la calle Colomba vio a Santini subir a bordo de su coche y salir haciendo saltar la gravilla. Se preguntó qué habría sucedido antes de ver a Dante arrastrándose fuera de los lavabos.

Colomba se arrodilló para levantarle la cabeza, en el mismo momento en que Minutillo interrumpía su llamada telefónica y corría hacia ellos, maldiciéndose por su imprudencia.

—¿Cómo está? ¿Qué ha pasado? —preguntó Colomba.

—Nada. Déjeme —murmuró Dante.

—Ya le ha oído, déjelo —dijo Minutillo, detrás de ella, mientras la apartaba sin demasiada amabilidad. Se agachó sobre Dante—. ¿Te ves capaz de levantarte?

—Dame una mano.

Minutillo lo alzó casi a peso. Dante tenía los pantalones y la chaqueta mojados y sucios. Minutillo se quitó la gabardina y se la colocó por encima.

—Ahora te llevo a casa.

—Señor Torre —dijo Colomba—. Espere un momento.

Dante giró los ojos.

—He visto a Santini salir corriendo. ¿Le ha hecho algo?

Dante negó con la cabeza.

—No tiene importancia.

—Para mí la tiene.

—Solo palabras y sin testigos —Dante señaló el restaurante del que salía De Angelis en ese momento fingiendo que no los había visto—. Teniendo en cuenta cómo han reaccionado hoy, ¿piensa que alguien iba a creerme?

—Yo le creo.

—Pero no en las cuestiones importantes, por lo que parece.

Dante se dejó arrastrar por su abogado. Colomba le dio una patada a una piedra, pero no sirvió para expulsar los malos pensamientos, que, al contrario, iban aumentando hasta que decidió darles un desahogo y saltó al coche. Alberti se puso en marcha de nuevo.

—¿Adónde la llevo, doctora?

—A la comisaría central. Y pon esa puta sirena.

Alberti condujo rápido y cada vez que se atrevía a frenar en algún cruce Colomba lo increpaba.

Llegaron a la Via San Vitale cuando el coche de Santini superaba la barrera de la comisaría.

Colomba bajó de un salto y flameó la identificación en la cara del agente de guardia. Cuando Santini abrió la portezuela para salir, se la encontró delante.

—¿Caselli? ¿Qué coño quieres?

Ella le lanzó una patada a la cara. Le dio en la barbilla con la punta de la bota y Santini cayó al interior del habitáculo viendo literalmente las estrellas.

—Como vuelvas a acercarte a Torre, te haré daño —dijo Colomba.

—Pero ¿te has vuelto loca? —masculló mientras intentaba incorporarse agarrándose al chasis. Pero era como un boxeador sonado, las manos no le respondían.

—Ya me has oído.

Llegaron a la carrera dos agentes uniformados, aunque todo había sido tan rápido que nadie se había percatado muy bien de lo que había pasado. Colomba, de todas formas, iba ya caminando hacia el portón. Desde atrás Santini empezó a gritar, pero

ella no se detuvo a escuchar lo que tenía que decirle.

Minutillo acompañó a Dante de regreso a casa y subió con él, porque sabía que su presencia le haría más fácil afrontar las escaleras. Durante toda la larga ascensión hablaron de temas livianos, manteniendo la cabeza lo más alejada del bosque y de los silos. Dante no quiso explicar qué había sucedido en los lavabos y Minutillo sabía que era inútil insistir.

A medida que iban subiendo, el humor de Dante iba mejorando y al llegar al apartamento parecía haber recuperado su vigor habitual. Minutillo se sorprendió al ver el caos. Un caos funcional, con senderos claramente excavados entre los objetos apilados en el suelo y bastante limpio, pero que seguía siendo la señal de que Dante llevaba recluido desde hacía demasiado tiempo. El abogado anotó mentalmente que tenía que verificar más a menudo las condiciones de su amigo, prescindiendo de lo brillante o distendido que se mostrara al teléfono.

—¿No crees que va siendo hora de poner esto en orden?

—Aún no he superado el nivel de alarma. ¿Ves? Las cosas no llegan hasta los fogones.

Se encerró en el lavabo, se arrancó la ropa que llevaba y se dio una ducha. Hablaron a través de la puerta.

—Hazte un café, si te apetece —dijo Dante.

—Nunca después de las cinco. ¿Qué le ha pasado a la mujer de la limpieza?

—Se marchó. Tenía una mentalidad demasiado estrecha.

—Podías habérmelo dicho. Te hubiera buscado otra.

—Me disgusta hacerte quedar mal con las agencias —Dante se frotó. Seguía notando el olor a meados encima, aunque tal vez solo fuera una broma de su mente. Cerró el agua—. No es la primera vez.

—Siempre les aviso de que eres un excéntrico.

—Entonces encuéntrame a una que no sepa italiano. Así no tendré que esconder los documentos.

—¿Y esa chica con la que salías? Cómo se llama... —preguntó el abogado intuyendo ya la respuesta.

—También ella se marchó. Y no puedes encontrarme otra en una agencia.

—Lo siento. ¿Qué pasó?

—Tenía una mentalidad demasiado estrecha.

—Esa excusa ya la has utilizado.

—¿En serio? —Dante abrió la puerta, llevaba puesto un albornoz de color

antracita y tiró la ropa sucia a la cesta de la colada, completamente llena—. Tal vez tendría que quemarla —se apoltronó en el sofá, con los pies en el reposabrazos. Al acordarse de que era la postura que había adoptado Alberti pocas horas antes, se sentó con normalidad. Alberti parecía ser demasiado gafe como para imitarlo.

Minutillo permaneció de pie.

—Estoy preocupado por ti —dijo—. No sales y no ves a nadie. Y ahora, además, todo esto...

—¿A qué te refieres con esto?

—No te hagas el tonto.

—Roberto... Ya estaba convencido de que el Padre seguía con vida y ahora tengo la prueba. Eso no cambia mucho las cosas.

—Al contrario, las cambia bastante.

—He sobrevivido hasta ahora, seguiré haciéndolo. De vez en cuando, es verdad, pensaré en ese niño que está pasando por lo que yo pasé, aunque a lo mejor él tiene más suerte.

—¿Por qué no te vas de viaje? El tren lo soportas bien. O si quieres, te busco un chófer.

Dante soltó una risita.

—¿Y por qué no dos guardias armados aquí afuera?

Minutillo no parpadeó.

—Puedo organizarlo.

—Ya no soy un niño, yo no soy su tipo de presa.

—No sabemos cuál es su tipo de presa.

—Todo el mundo cree que solo me secuestró a mí y que ha muerto.

—Tú no. Y, por tanto, yo tampoco.

Dante movió una mano.

—Ahora vete, que quiero mezclar psicofármacos y alcohol. Y no puedo hacerlo si me estás mirando.

—¿Y en cuanto al policía que te ha agredido?

—Se las apañará, como sucede siempre cuando un esbirro se pasa de la raya.

—Sobre todo si no se presenta ninguna denuncia.

—Tarde o temprano se la devolveré, aunque aún no sé cómo. Tengo muy buena memoria, ya lo sabes.

Minutillo recogió la gabardina que Dante había dejado en el suelo y la dobló.

—He visto paquetes esparcidos. ¿Cosas nuevas para tu colección?

—No es una colección, es un homenaje a los tiempos pasados.

—Ten cuidado no vayas a quedar sepultado debajo de ellos.

Dante esperó a oír el horrible sonido del ascensor al bajar, luego perdió su aspecto tranquilo. Se puso en pie de un salto y apagó la luz. La cristalera se hizo brillante, dibujando arabescos en el suelo. Sobre la claridad de las farolas de la calle se recortaba la silueta del edificio de enfrente. Esperó a que sus ojos se acostumbraran a

la oscuridad, luego echó las cortinas, dejando solo una abertura por donde meter la cabeza. Ahora veía una porción de barrio más allá del reflejo de su cara.

El Padre estaba ahí afuera, en algún lugar.

La jaula era ahora tan grande como el mundo, pero Dante seguía siendo su prisionero.

Mientras Dante apagaba la luz y esperaba a que un monstruo le devolviera la mirada, Colomba había pedido que la dejaran delante de casa de su madre. La había llamado por teléfono en el camino de regreso, y su tono era tan teatralmente herido por no haber recibido ni siquiera un timbrado en los dos días anteriores, que había decidido anticipar la cena semanal.

Alberti la miró como un perro apaleado al abrirle la portezuela.

—Mañana voy al médico, doctora. Me siento literalmente destrozado.

—Avisa a tu superior.

—Es usted mi superior.

—No desde que he puesto el pie fuera del coche patrulla —y eso sin contar el pie que he puesto en la cara de un compañero, pensó—. Saluda al doctor Rovere de mi parte.

—Entonces ya nos veremos por ahí, doctora —dijo Alberti.

Colomba sonrió y Alberti descubrió lo hermoso que era su rostro.

—Pórtate bien —le dijo—. Si no, vas a ser como yo.

La madre de Colomba vivía en un edificio del siglo XVIII, detrás de la plaza del Orologio, en pleno centro histórico. El apartamento era una herencia dejada por su marido muerto veinte años atrás, que a su vez lo había heredado de su padre, uno de los pocos restos de una familia con títulos nobiliarios que habían sido dilapidados junto con casi todo el dinero que poseían.

Su madre tenía sesenta años, sus mismos ojos y un maquillaje recargado con tonos azulados. Cuando le abrió, llevaba un par de tejanos y un polo blanco y en los lóbulos los pendientes que Colomba le había regalado por Navidad. Se los señaló después de haberla besado para saludarla.

—¿Has visto como me los pongo?

—Lo he visto, gracias.

—Pero qué sucia vas. ¿Has estado en el campo?

Colomba se desanudó las botas enlodadas y se las quitó, junto con los calcetines mojados. Ignorando las zapatillas que su madre le ofrecía, caminó con los pies descalzos sobre el mármol. Algo que le gustaba hacer desde que era niña.

—Sí.

El rostro de su madre se iluminó.

—¿Has empezado a trabajar de nuevo?

—No, mamá. Aún estoy en excedencia.

La madre hizo una mueca de desilusión y dejó caer adrede la mirada sobre la fotografía de su juramento colgada de la entrada.

—¿Has visto lo bien que estabas ahí?

—Joven y tonta.

—No digas eso —dijo escandalizada su madre. La hizo ponerse cómoda en la cocina. La mesa estaba preparada solo para una persona—. Yo ya he comido.

Colomba se sentó.

—Perdona, pero si me invitas a cenar, al menos come conmigo, ¿no?

—He estado picoteando todo el día, no tengo hambre —le colocó delante el vaso y le sirvió vino de la misma botella que había descorchado para ella la semana anterior—. Te he comprado algo en el *delicatessen* que han abierto aquí abajo. Es buenísimo. Tan caro como el oro, pero bueno.

—Gracias.

La madre le sirvió *vitello tonnato* de una bandeja de aluminio. Una alcaparra solitaria navegaba en una salsa demasiado líquida. Colomba comió en silencio, con su madre de pie, mirándola.

—Estaba pensando, de todas maneras, que te veo bien. Me pareces en forma, ¿no? Ya no cojeas.

—De vez en cuando la rodilla aún me duele —dijo Colomba.

—Pero se *ve* que estás bien.

Colomba dejó el tenedor, no exactamente dando un golpe, pero casi.

—¿Y bien?

—Cuando ves a un compañero tuyo, ¿qué papel te toca hacer?

—El de una con suerte. No es como en las películas, mamá. Si pueden darme esquinazo, mis compañeros me lo dan.

—¿Todos?

—No, todos no. Pero es un trabajo, no una vocación —Colomba volvió a comer. Y, añadió mentalmente, *si la tenía, la he perdido*—. Y es un coñazo la mayor parte del tiempo.

—Lo que tú haces no es aburrido.

—Si acabar en el hospital es el precio que hay que pagar por tener un trabajo divertido, entonces viva el aburrimiento.

—De todas maneras, puedes volver al servicio cuando quieras, ¿no es así? —la madre decía «al servicio» como una expresión de novela negra—. Basta con que digas que te encuentras bien.

—Es un poco más complicado que eso.

—Pero, *podrías*, ¿verdad?

Colomba suspiró.

—Sí, podría. Pero no voy a hacerlo.

—¿Y cuándo piensas *reincorporarte al servicio*?

—Nunca. Dimito.

Colomba había pensado en decírselo de una forma más suave, pero le había salido así. La madre se giró hacia el fogón apagado donde había dejado la bolsa pringosa de la tienda.

—Vaya.

Colomba sabía que era mejor hacer como si nada, pero preguntó:

—Joder, ¿vaya, qué, mamá?

Su madre volvió a mirarla. Tenía la cara de decepción de las grandes ocasiones. Como cuando, con catorce años, Colomba dijo que quería dejar las competiciones de natación; a los dieciséis, el piano, y a los veintidós, que quería presentarse a las oposiciones para comisario en vez de seguir con el doctorado.

—Es una elección tuya —dijo—. Si quieres desperdiciar todo lo que has construido, no puedo impedirte. De todas formas, tu padre y yo hicimos sacrificios para que pudieras estudiar.

—Mira, me licencié. Y ni siquiera querías que me presentara a las oposiciones. Dijiste: «¡Qué asco, vas a poner multas!».

—Luego me di cuenta de que es el trabajo que te gusta. ¡Te vi contenta!

—Me viste en los periódicos. Y se te subieron los humos.

—¿Y qué hay de malo?

—Que mi trabajo por poco me mata, mamá. ¿De verdad no te preocupa?

La madre empezó a llorar.

—¿Cómo eres capaz de decirme algo así?

Colomba perdió la calma, metió los platos en el lavavajillas, los pies en las botas, sin calcetines, y salió dando un portazo. Caminó hasta su casa sintiendo el estómago cerrado y el deseo de que algún cerdo la molestara para tener la oportunidad de desfogarse. Escogió adrede las callejuelas menos iluminadas y aminoró el paso esperanzada cada vez que se cruzó con seres humanos de sexo masculino, pero la nube negra que la rodeaba era suficiente para mantenerlos alejados. Cuando llegó a su casa estaba aún más frustrada y casi le entraron ganas de llamar a la puerta de ese vecino que en cierta ocasión le devolvió el tanga que había caído del cordel del tendedero (al día siguiente, se compró una secadora) y que se había presentado con una mirada de rayos X. «Seguro que le queda muy bien», le había dicho. Ella se limitó a arrancárselo de la mano y echarlo, pero ahora le habría gustado encontrárselo, a él y a su sonrisa cómplice.

En cambio, se encontró con Rovere, sentado en el último escalón.

Colomba pensó consecutivamente en ignorarlo y pasar por su lado, en cogerlo por un tobillo y arrastrarlo por las escaleras, en gritarle en toda la cara. Eligió la cuarta opción y se sentó a su lado.

—Santini tiene la barbilla amoratada y un cabreo monumental —dijo Rovere.

—Que me denuncie.

—No haría un buen papel, pisoteado por una mujer. Le conviene más minimizar —encendió un cigarrillo—. ¿Ha sido él quien te ha hecho esas marcas en el cuello?

Colomba se lo frotó, se había olvidado de eso.

—No. Fue un tipo que pasaba bajo la ventana de Torre.

—Por lo que veo te lo has tomado en serio.

Colomba no respondió.

—Luego llévase la colilla. No quiero que la portera me eche a mí la culpa —fue lo que dijo, en cambio.

—¿Podemos hablar en casa? —preguntó Rovere.

—No.

—Como quieras.

Abrió el maletín que había dejado en el escalón de abajo. Sacó del mismo una pistolera de cinturón y una Beretta que parecía la réplica a escala de la reglamentaria. Una Px4 *compact*. Diez balas en el cargador ordinario, una en la recámara. Fácil de ocultar.

—Está de guasa —dijo Colomba.

Rovere colocó la pistola entre ambos y dos cajas de munición de nueve milímetros y un cargador. Encima de todo eso apoyó una licencia de armas recién impresa. La foto era de Colomba, de cinco años atrás. La misma que había utilizado para renovar su carné.

—Licencia de armas para uso personal —explicó Rovere—. El arma está registrada a tu nombre. La reglamentaria, como te imaginarás, no puedo devolvértela mientras permanezcas en excedencia.

—Es decir, hasta mañana. Voy a buscar la carta de dimisión.

—No puedes dejarlo ahora.

Colomba lanzó un manotazo a la barandilla, que retumbó como un gong en el hueco de las escaleras.

—Si teníamos alguna oportunidad para intervenir en la investigación, la hemos malgastado. ¡A Torre se le ha ido la cabeza!

—¿Y si tuviera razón?

Colomba se levantó.

—¡Con tal de joder a Santini está dispuesto a agarrarse a lo que sea! Yo no, lo siento. Quédese aquí que le traigo esa puta carta.

Rovere la sujetó de un brazo.

—Torre ha dicho la verdad sobre ese silbato.

—¿Y usted cómo lo sabe?

Rovere abrió de nuevo el maletín y sacó unos papeles metidos dentro de una bolsa de plástico transparente.

—Hoy se le ha echado en cara a Torre que nunca hubiera hablado del silbato, y él lo ha admitido. En realidad, no habló nunca con los instructores, pero se lo dijo a una periodista, lea. Su primera y única entrevista.

Le pasó la bolsa de plástico: contenía la fotocopia en color de un artículo del semanario *Oggi*. En la fecha se leía agosto del 91. Dos años después de la liberación de Dante. Tres fotos suyas acompañaban el artículo. Estaba sentado en un banco en el parque, con muchos años menos y unos kilos de más. La perilla rala y la postura buscadamente reflexiva, con la mano buena bajo la barbilla y la mano destrozada en el bolsillo, hacían que pareciese un chiquillo que posara como un adulto. Vestía unos pantalones de pana de esos que ya no se llevaban.

La entrevista pasaba de puntillas sobre el tema de su cautiverio y se concentraba en la vida reencontrada por Dante. La relación con su padre, el regreso a casa después de tanto tiempo... La periodista explicaba que Dante había querido citarse con ella en los jardines públicos de la plaza de Roma de Cremona, porque intentaba pasar el mayor tiempo posible al aire libre. «He estado encerrado demasiado tiempo», decía, y quién sabe si sufría ya de claustrofobia y fingía, o bien los síntomas se habían manifestado posteriormente. Todo era edulcorado y falso. Dante confesaba que quería matricularse en la universidad después de haberse examinado como alumno libre, ir en bicicleta por las orillas del Po para sentirse libre. «Me gustaría licenciarme y presentarme a las oposiciones para policía. Para impedir que les suceda a otros lo que a mí me sucedió», terminaba la entrevista. Que, de hecho, se titulaba: *El niño que estuvo encerrado once años en un silo quiere ser policía*. También estaba la fotografía del silo. Colomba no lo había visto nunca. Era de cemento, de seis metros de altura por cuatro de diámetro, ennegrecido por el humo del incendio que Bodini había provocado en su alquería antes de suicidarse, y por un instante Colomba se imaginó encerrada allí dentro.

Una de las afirmaciones de Dante había sido resaltada en amarillo por Rovere, la única en la que encontró algo del brío que conocía. «Muchas de mis cosas del colegio las encontró la policía. Por desgracia, he perdido un silbato de metal que creía que era mi talismán. Aunque, evidentemente, no lo era».

Rovere lo señaló con el dedo.

—Es improbable que el señor Torre hiciera esta afirmación para utilizarla más de

veinte años después.

—Tan solo demuestra que no ha mentido sobre su pasado, no que tenga razón sobre el presente. Y su secuestrador está muerto y enterrado.

—¿Y si los compañeros se hubieran equivocado entonces? ¿Y si el señor Torre gritase desde hace años la verdad sin que nadie le haya creído nunca?

—Algún motivo habrá, ¿no cree? —dijo Colomba, fingiéndose más segura de lo que estaba.

—¿Puedes jurar que el silbato no lo puso él ahí?

—Sí.

Rovere gesticuló con la colilla apagada.

—Mira la foto impresa del artículo.

Colomba la sacó del clip. Era la fotografía de la plazoleta que estaba junto a la tangencial.

—Los hombres de la UCV son como son —dijo Rovere—, pero estuvieron comprobando todas las vías de escape de la escena del crimen. Como resulta que se divierten haciendo fotos, esta mañana han fotografiado también el poste donde habéis encontrado el silbato.

—Esto definitivamente pone los puntos sobre las íes. No fue el asesino durante su huida —observó Colomba.

—Ha aparecido después, tienes razón. Pero no ha sido la lluvia lo que eliminó las huellas orgánicas, porque hoy no ha llovido.

Colomba lo miró recelosa.

—Usted sabe muchas cosas sobre lo que hoy ha dicho De Angelis y dudo que hayan sido él o Santini quienes se las han referido. ¿El inspector que elaboraba el informe?

—Un viejo amigo —dijo Rovere, ligeramente incómodo—. En cualquier caso, el asesino regresó tras el paso de la UCV y lo colgó.

—Arriesgándose a que lo vieran.

—Tal vez tenía una buena razón.

—¿Dejar su firma?

—Sí, y poco tiempo antes de que la única persona capaz de *leerla* pasara por allí.

—Pero eso es una locura —murmuró Colomba notando cómo el hielo se abría camino dentro de ella—. Una auténtica locura de campeonato.

—Cierto. Puede ser una coincidencia. Torre puede haber perdido la razón definitivamente. O bien...

—O bien el secuestrador todavía estaba por la zona —murmuró Colomba—. Y lo ha reconocido.

—Tú decides con qué versión te quedas.

Colomba cogió la pistola y se fue corriendo.

Dante había elegido su punto de observación ideal. Estaba sentado en el suelo, con la espalda contra la puerta de entrada. Desde allí podía ver a través de la ranura que había dejado entre las cortinas de la ventana central del salón. Moviendo la cabeza tenía una visión de casi ciento ochenta grados de los edificios circundantes mientras que nadie podía verlo a él desde fuera, protegido por la oscuridad y el contorno de la mesa. Aún llevaba el albornoz y tenía los glúteos helados en el suelo, pero estaba demasiado agotado como para volver a vestirse. El mero pensamiento de levantarse para hacer cualquier cosa lograba que su termómetro interior se disparara a niveles estelares.

Por dos veces, Dante había perdido la conciencia de dónde se encontraba. La primera vez pensó que estaba aún en el silo; la segunda, en la clínica donde conoció a Lodovica. Había sido la primera novia que tuvo, dos años y seis meses después de su liberación. Ella estaba en la clínica para recuperarse de su dependencia de las anfetaminas; él, por consejo del letrado de su padre, después de haber perdido el control en un lugar lleno de gente. Dante encontraba aburrida la clínica y Suiza, en su totalidad, horrible. No podía saber que iba a permanecer allí durante los cuatro años siguientes, incapaz de regresar a casa e incapaz de elegir un sitio mejor.

Según el registro civil, Lodovica era un par de años más joven que él, pero el conocimiento que tenía del mundo era inconmensurablemente más amplio y profundo que el suyo. Dante se había pasado los días siguientes a su liberación documentándose sobre el presente, pero las que para él eran informaciones abstractas ella las llevaba grabadas en la carne. Hija de un diplomático, Lodovica había cambiado de ciudad y de país por lo menos diez veces antes de acabar la enseñanza media, empezando en cada ocasión a hacer amistades y ambientarse desde el principio. A los catorce años comenzó a tomar ocasionalmente coca con sus amigos mayores y a emborracharse casi todas las noches, descubriendo así que las *bad girls* tenían más facilidad para ser invitadas a las fiestas. A los quince perdió la virginidad con el hijo de un embajador de su misma edad, el mismo que le enseñó a hacer la «base» poniendo la coca en la acetona de las uñas y dejándola en el congelador. A los dieciséis fue ingresada por sobredosis de metadona y a partir de entonces había estado entrando y saliendo de las clínicas. Aquella era la cuarta.

Hicieron el amor por primera vez en la sala de actividades recreativas, cuya llave había conseguido ella. Después, Lodovica estuvo acariciándole la mano mala y le preguntó si el Padre alguna vez había abusado sexualmente de él. Dante se quedó tan

escandalizado que perdió el habla. Entre el Padre y él nunca había ocurrido nada de eso. Pero explicarle cuál era su relación, expresar el amor que sentía por él a pesar de lo que le había hecho, le resultó imposible y se echó a llorar. Ella lo consoló aguantando su cabeza sobre las piernas hasta el amanecer.

Fueron inseparables durante tres meses. Incluso después de recibir el alta, Lodovica lo visitaba todos los días y algunas veces se quedaba a dormir en su cama, metiendo la cabeza debajo de las sábanas y riéndose como una loca cuando pasaba un enfermero. Luego el padre de ella cambió de destino —lo trasladaron a un país africano— y Lodovica se marchó con él. El día de su partida Dante tuvo un ataque tan fuerte que no pudo dejar su habitación y no fue a despedirla. El psiquiatra habló de una exhibición psicótica de abandono.

Ahora Dante se preguntaba si Lodovica habría seguido haciéndose daño a sí misma hasta matarse o si se habría casado con algún hijo de diplomático. Confiaba en que fuera lo segundo, aunque se habría sentido levemente decepcionado.

Llamaron a la puerta y Dante se quedó bloqueado en medio de un pensamiento que fue incapaz de atrapar de nuevo. El timbre volvió a sonar y en esta ocasión llegó acompañado por la voz de Colomba.

—Señor Torre. ¡Soy Caselli! Ábrame, por favor.

No se movió. Colomba llamó otra vez.

—Señor Torre, si está bien y puede oírme, diga algo.

Dante estiró la mano e hizo saltar la cerradura, moviéndose a un lado como a través de melaza. La corriente de aire entreabrió la puerta.

Colomba la empujó lentamente.

—¿Señor Torre? —no veía nada tras el umbral.

Mecánicamente, sin apartar la vista, Colomba desenfundó la pistola nueva del cinturón y la sujetó con las dos manos por delante, sintiéndola ajena y demasiado ligera. Con el índice derecho hizo saltar el seguro, luego lo extendió a lo largo del cañón para evitar disparos accidentales. Empujó el batiente con el pie. La puerta se bloqueó a medio camino, al chocar con algo.

Fue la última gota para Colomba, que ya estaba extremadamente tensa. De golpe, la oscuridad rebulló de sombras y los oídos se le llenaron de gritos y silbidos que solo ella podía oír. Empezó a temblar con violencia, los pulmones atenazados como un puño, mientras en su cabeza se repetía una única palabra: ¡*Huye!* En cambio, entró sobre sus inestables piernas y apuntó la pistola hacia esa forma del suelo que había bloqueado el curso del batiente. Solo entonces se dio cuenta de que se trataba de Dante, acurrucado en su albornoz.

Colomba sentía un deseo abrasador de oxígeno; las piernas, débiles. Golpeó la pared con los nudillos heridos y como siempre la descarga eléctrica deshizo la mordaza. Respiró y tosió, mirando a contraluz su gigantesca silueta con la pistola proyectada en la habitación.

—¿Está bien, señor Torre? —dijo con voz sofocada.

—Sí —respondió él sin moverse.

—¿Está solo?

—Sí, pero apártese de la luz —Dante señaló la ventana—. Está allí.

Colomba volvió a meter la pistola en su funda y tanteando la pared encontró el interruptor de los halógenos. Dante parpadeó, mientras el haz de luz hacía desvanecerse los fantasmas.

Colomba lo ayudó a levantarse. La casa iluminada le parecía a Dante un recuerdo desenfocado. Colomba chasqueó los dedos delante de sus narices.

—¿Está conmigo, señor Torre?

—Sí, sí —Dante se dejó caer sobre el sofá. Su termómetro interior estaba descendiendo hasta una gradación aceptable—. Me he perdido un poco.

—¿Le sucede a menudo?

—Ya no.

Colomba le llevó un vaso de agua, luego arrastró una silla de la zona de la cocina y se sentó a horcajadas delante de él, la barbilla en las manos.

—Usted cree que el Padre está vigilándolo.

—Ha dejado el silbato para mí. Quiere decir que sabe que estoy ocupándome del caso.

—¿Por qué no lo ha dicho, si está convencido de ello?

—¿A quién? ¿A esos tíos tan simpáticos que me han interrogado?

—A mí.

Dante hizo una pálida imitación de su mueca habitual.

—No he caído.

—¿Por lo menos ha hablado del tema con su abogado?

—Ya está lo bastante preocupado —Dante vació el vaso y lo dejó sobre una pila de revistas de viaje—. ¿A qué se debe que le hayan entrado dudas?

—He visto el informe de la UCV. El silbato no estaba allí hasta un par de horas antes de que llegáramos nosotros.

—Y no cree que se trate de una coincidencia.

—No creo en el regreso de su secuestrador, señor Torre. Es más, hasta este momento no tengo ninguna duda razonable sobre la culpabilidad de Maugeri.

—Entonces ¿por qué está aquí?

—Porque *irracionalmente* tengo miedo de haberme equivocado. Y si me he equivocado, usted está en peligro.

Dante le sonrió, y por fin pareció ser su sonrisa habitual.

—Gracias por haber venido a auxiliarme, sé lo mucho que debe de haberle costado.

—Solo la gasolina del coche.

—No me refería a eso.

Colomba lo miró con recelo.

—¿Pues a qué?

—Usted sufre de algo que, teniendo en cuenta su trabajo, es probablemente un trastorno de estrés postraumático. Crisis de pánico, desorientación sensorial... Cuando ha entrado he tenido miedo de que me disparara en la cara. Esto explicaría que se halle fuera de servicio.

—Usted estaba fuera de sí. Y yo estoy perfectamente.

—Se ha rascado la nariz. Está mintiendo.

—Vale ya.

—¿Por qué? Es interesante hablar de narices. ¿Sabe que la medida de su pulgar es igual a la de su nariz?

Colomba se resistió a la tentación de comprobarlo.

—Entonces ¿es usted capaz de decirme algo que transforme mi miedo en una duda concreta? ¿Algo que pueda presentarle al magistrado?

—¿Sabe qué quería decirme el Padre con ese silbato?

—Está muerto, Torre. Hace muchos años.

—Quería decirme: «Mantente alejado de mi territorio». Y yo tengo intención de hacerlo.

—Si, por absurdo que pueda parecer, fuera el Padre..., usted no puede saber de verdad cómo razona. ¿Tengo que repetirle lo que ha dicho acerca de su mente inescrutable?

—¿Qué alternativa me está proponiendo? —preguntó Dante.

Colomba vaciló. Estaba a punto de comprometerse con algo que no quería hacer. Pero ya estaba implicada, y lo sabía.

—Puedo ayudarle a realizar pesquisas. Tendrá acceso a toda la documentación sobre su caso y el de los Maugeri —dijo.

—¿Y qué hago con eso?

—Probar lo que dice. Que el niño no ha sido asesinado por su padre, que hay puntos de contacto con su secuestro. Yo haré llegar ese material a quien corresponda, el niño tendrá alguna posibilidad de salir sano y salvo y usted estará protegido.

—¿Y si no lo consigo?

—Significa que el niño ha sido asesinado por Maugeri y que ahí afuera no hay nadie que sienta animadversión hacia usted. Yo volveré a mi vida, y usted a la suya.

Dante se dejó caer contra el respaldo.

—¿Qué fue lo que le ocurrió?

—¿Perdone?

—¿Qué es lo que la hace preocuparse tanto por mí y por ese niño? No somos nadie para usted, pero quiere ayudarnos, contra toda lógica.

—Tal vez estoy cansada de rascarme el culo.

Dante entrecerró los ojos, que por un instante se hicieron despiadados. Depredadores.

—O tal vez tiene pecados que expiar. Esos que la hacen despertarse de noche y le cortan la respiración.

Colomba esta vez no movió ni un músculo.

—Duermo perfectamente.

—Pide mi colaboración y sigue mintiéndome sobre su estado. ¿Le parece correcto?

Colomba apartó la mirada a su pesar y Dante comprendió que se avergonzaba. Le sucedía también a él, antes.

—Si de verdad quiere ayudarme, necesito fiarme de usted —prosiguió Dante—. Y necesito la verdad. La suya. En caso contrario habría utilizado Internet.

Colomba se levantó de golpe y Dante pensó con una punzada de malestar que iba a marcharse de allí y no volvería a verla. Pero ella únicamente se estaba colocando más cómoda. Se sacó las botas y se masajeó los pies helados. Dante se preguntó dónde habría dejado los calcetines, dado que no se había cambiado desde esa tarde.

—En Internet no encontraría lo que busca. Mi nombre no salió nunca a la luz. Secretos de la pasma —llevó la mirada sobre él—. Hagamos lo siguiente, señor Torre: cuando me sienta a mis anchas con usted, y eso no significa que vaya a pasar, un día que esté particularmente de buen humor o particularmente triste, se lo contaré todo. Por ahora contétese con saber que sé cómo controlar mi estado.

—Sin psicofármacos.

—No me gusta atiborrarme de porquerías. Pero, sea cual sea mi estado, nunca voy a utilizar la pistola si no existe una auténtica necesidad y nunca voy a ponerlo a usted en peligro.

—¿A cuánta gente ha disparado, CC?

—CC es un apodo idiota. Y tampoco tengo intención de decirle eso. Tiene que aceptarme así.

Dante la miró a los ojos, que ahora tenían un matiz almendrado. Y fue eso lo que le hizo decir que sí. El más racional de los hombres, al menos era así como le gustaba definirse, que se dejaba joder por una mirada femenina. Se levantó.

—Le preparo un café antes de que vuelva usted al frío.

Colomba se puso en pie.

—No tengo intención de salir. Pero el café me irá bien porque tengo un trabajo que hacer. He de registrar su casa.

Dante parpadeó.

—Aún estoy aturdido. Me parece que ha dicho *registrar*.

Colomba estaba ya mirando a su alrededor.

—Si hay alguien que está vigilándolo, no lo hace con prismáticos. O no solo. Buscaré micrófonos y microcámaras.

Dante miró con nerviosismo las luces del edificio de enfrente.

—¿De verdad quiere usted hurgar entre mis cosas?

Colomba levantó una ceja.

—Puede hacer desaparecer lo que no quiera que encuentre.

—¿Cómo? No... Me ha malinterpretado. No tengo nada ilegal en casa, aparte de alguna medicina comprada en Internet. Es que no quiero que me líe usted mi archivo

—Dante se cerró el albornoz, fue hacia la habitación de los invitados y abrió la puerta —. Eche un vistazo.

Colomba se quedó en el umbral.

La habitación, de tres metros por cuatro, estaba llena hasta el techo de grandes cajas. Quedaba tan solo un pequeño pasillo central orientado hacia la ventana que daba al patio, en el centro del cual colgaba una bombilla desnuda que a duras penas alumbraba.

—El archivo del tiempo perdido —dijo Dante.

—¿Perdón?

—¿Qué recuerda de 1984?

—Así, a bote pronto, nada.

—Los Alphaville entraron en las listas de éxitos con la canción *Forever Young* — le canturreó el estribillo. Afinaba bastante bien.

—Ah, sí.

—Y estrenaron *Amanecer rojo* de John Milius. Gran película. El *remake* en comparación resulta odioso.

Colomba lo recordaba vagamente.

—¿Y?

—Yo no sé qué es lo que hace de nosotros lo que somos, CC.

—Deje de llamarme CC...

—Pero en parte son los recuerdos, incluso los que nos parecen desdeñables — Dante abrió una caja junto a la entrada y sacó un muñequito azul—. Como este.

Colomba lo reconoció inmediatamente.

—El Papá Pitufo Árbitro.

—Salía en los huevos Kinder. En los del 89, para ser exactos. ¿Sus padres se los compraban?

—Sí. Y cambiaba los repetidos en el colegio.

—Durante el tiempo que el Padre me mantuvo secuestrado nunca me dio chucherías. Solo lo que consideraba comida sana. Nunca me dejó escuchar música, nunca me dejó ver una película. Descubrí la existencia del Papá Pitufo Árbitro en eBay, donde pagué por él cuarenta euros —sonrió—. Según los coleccionistas he hecho un buen negocio.

—Está intentando recuperar lo que se perdió en el silo —dijo Colomba, asombrada. *Pobre tipo*. Ni siquiera en la cárcel más dura se veía a alguien tan aislado del mundo. Que se hubiera recuperado, aunque no fuera del todo, le parecía aún más milagroso.

Dante asintió.

—Empecé cuando me di cuenta de que algunas veces no entendía las referencias de mis coetáneos. Hablaban de una película o se anonadaban con una canción que para ellos significaba un montón de cosas y para mí absolutamente nada.

—¿Y está haciendo acopio de todo?

—No. Solo la cultura pop occidental. La historia oficial uno puede estudiarla en los libros, pero los programas de la tele hay que verlos y los juguetes, tocarlos para enterarse de algo. Y la música, por su parte, si uno no la escucha, no sirve de nada. Pero he dejado de comprar CD desde que existe Spotify.

—De la mitad de las cosas que encuentra ya nadie se acuerda.

—*Cree* que ya no se acuerda. ¿Cuánto hace que no pensaba en los pitufos que cambiaba en el colegio?

—Hace tiempo.

—Pero enseguida le han vuelto a la mente. Cómo actúa, habla, se ríe de un chiste o toma una decisión está influenciado por su experiencia. No habría podido hacer mi trabajo sin mis cajas del tiempo. El año pasado encontré a una chica bipolar que se había escapado de casa porque comprendí lo que quería decir su hermanita cuando hablaba de que «se había ido con Scooby Doo».

—¿Y qué quería decir?

—Una furgoneta Volkswagen T2. Los tipos de Misterios S. A. tienen una repleta de flores, la Máquina del Misterio, porque son *hippies*. ¿Sabe que hay una teoría según la cual Scooby es en realidad una alucinación de sus amigos, que toman LSD?

—Hay una teoría para todo —dijo Colomba poco interesada. Señaló la habitación—. ¿Puedo?

—Cómo no.

Colomba entró y mientras Dante permanecía prudentemente en el umbral abrió una de las grandes cajas al azar. Contenía cintas de vídeo. La primera era una grabación televisiva.

—¿*Non stop*? —leyó.

—Era un programa de variedades que se emitió entre 1977 y 1979. Las películas las pasan por televisión de tanto en tanto, pero los programas hay que conseguirlos pidiéndolos a las emisoras o a los coleccionistas.

—Un montón de basura.

—En este salía un tipo vestido de marinero que se metía en la boca tazas enteras. Algo cosquilleó la mente de Colomba.

—Jack La Cayenne. Yo aún no había nacido, ¿cómo es posible que me acuerde?

—Porque ha entrado en la conciencia colectiva. O muy probablemente ha visto algún fragmento en las reposiciones veraniegas. ¿Ve como tengo razón?

Colomba cerró la caja, poco convencida.

—¿Aquí tiene su colección completa?

—No, aquí tengo tan solo lo que aún no he examinado. La colección completa está en un almacén de alquiler y una vez al mes le pago a un tipo para que le quite el polvo. Se la dejaré a una fundación que llevará mi nombre después de muerto.

Le prenderán fuego, pensó Colomba.

—Empezaré por aquí, entonces, si a usted le parece bien. Diría que es la parte más difícil. Prometo que no voy a desordenarlo.

Dante asintió.

—Pero, dado que vas a hurgar entre mis cosas, ¿te molesta si nos tuteamos? Me cohíbe menos.

Ella asintió.

—Obviamente, no.

Dante le tendió la mano buena.

—Dante.

Ella se la estrechó.

—Colomba.

—CC.

—Que te den.

Él se rio.

—Voy a prepararte un buen café.

Durante el resto de la noche Colomba abrió cajas y cajitas, desplazó muebles, golpeó baldosas, desmontó enchufes y bombillas intentando no hacer demasiado ruido para no despertar a los vecinos, aunque Dante había hecho insonorizar suelos y paredes. El sueño la hizo tambalearse un par de veces, pero no era la primera noche en blanco que pasaba, y hurgar entre las cosas de Dante era más interesante que permanecer apostada dentro de un furgón policial, con los auriculares de las escuchas en las orejas.

El archivo de Dante le deparó numerosas reminiscencias de épocas más felices, e

incluso encontró un frasquito de pachulí, el perfume que se ponía en Bachillerato. Al olfatearlo, se sorprendió de lo mucho que habían cambiado sus gustos.

Dante la siguió durante un par de horas, ensalzando o ponderando un objeto u otro —para todos parecía tener una reserva inagotable de anécdotas—, luego la voz se le volvió pastosa y Colomba se lo encontró tumbado boca abajo en la cama del balcón. Se alegró por ello. En los últimos días Dante había hablado con más gente que en los seis meses anteriores y necesitaba tranquilidad.

A las siete Dante abrió los ojos y vio a Colomba saliendo del baño con el pelo mojado prendido en la nuca con una goma y una taza de las de consomé en las manos. La camiseta se le adhería a su piel mojada. Había terminado y se había dado una ducha.

—No quería despertarte —dijo.

Dante se deslizó hasta el borde de la cama, envolviendo su cuerpo desnudo en la sábana. Se había olvidado de quién era y por un momento pensó que se trataba de su ex.

—¿Qué hay en la taza?

—Café con leche.

Dante sintió un escalofrío.

—¿Qué café has utilizado?

—No sé, uno cualquiera que he encontrado por ahí.

—En mi casa no tengo un café cualquiera —barbotó Dante.

—Date una ducha que tenemos que hablar —gruñó ella.

—A la orden —Dante se arrastró hasta el baño y salió media hora después con algunas gotas sobre el cuerpo y un traje negro, con camisa y corbata del mismo color.

Colomba lo estaba esperando en la mesa de la cocina mientras picoteaba un trozo de pan seco.

—Pero ¿es que siempre te vistes como un verdugo? —dijo sombría.

—En todo caso como Johnny Cash.

—¿Quién?

—Dejémoslo estar. ¿Y bien?

—Nada. Y eso que he desmontado hasta el televisor. Tal vez tu paranoia es tan solo paranoia.

—Quizá me escucha con un láser que capta las vibraciones de los cristales —dijo Dante.

—Lees demasiadas chorradas. De todas maneras, aquí ya no puedes quedarte.

Dante detuvo la taza a medio camino.

—¿Estás bromeando?

—Probablemente ahí afuera no hay ningún cabronazo que esté vigilándote o ande buscándote problemas, pero si de verdad fue el secuestrador el que colgó el silbato, entonces te has convertido en un objetivo. Aquí no hay portero, duermes prácticamente en la calle, desde las ventanas cercanas se te puede ver...

—¿No podrías limitarte a colocar un coche patrulla aquí abajo? —dijo Dante sintiendo que el termómetro subía.

—No tengo autoridad para eso.

—¿No soy un testigo?

—Dante..., para todos los que se ocupan del caso, el culpable es el marido violento. Y, francamente, yo también pienso que se trata de lo más probable.

—Pero no de lo preferible.

—¿De verdad prefieres un secuestrador en serie?

—Si hubiera sido Maugeri, ya habría asesinado a su hijo. El Padre, en cambio, lo mantendrá con vida mientras pueda tenerlo vigilado con seguridad.

Colomba no era capaz de determinar qué perspectiva le parecía peor.

—Esta mañana he llamado a Rovere. Nos proporcionará todo lo que le pidamos, también sobre la investigación que está en marcha.

—¿Qué gana él poniendo en peligro su carrera? ¿Aparte de dejar como un inútil al magistrado?

Colomba titubeó, luego movió la cabeza.

—Tal vez le baste con eso. En fin, ¿dónde nos trasladamos?

—¿Juntos, quieres decir?

—Tú no tienes pistola. Yo sí. Mientras no tenga la certeza de que lo tuyo son todo paranoias permaneceré pegada a tu culo. Créeme, a mí tampoco me entusiasma.

—Conozco un lugar adonde tal vez podamos ir —dijo con una sonrisa—. Déjame que haga un par de llamadas.

—¿Y dónde es?

—Sorpresa.

—Nunca me han gustado las sorpresas.

—No sé por qué, pero lo imaginaba.

Mientras Dante cogía el teléfono y Colomba se echaba para dar una cabezada, en la calle un hombre se detuvo sin ser visto debajo del balcón. Llevaba puesto un impermeable cerrado hasta el cuello y cargaba con una bolsa de plástico, con lo necesario para una semana de dieta variada apropiada para un niño de seis años. Un niño que no quería comer y que llamaba a voz en grito a sus padres. El hombre del impermeable sabía que pronto iba a mostrarse más sumiso. Era así como funcionaba. Si alguien no se hubiera metido de por medio para estropearlo todo. El hombre del impermeable levantó la mirada hacia el sexto piso. Lo que estaba sucediendo tras la ventana de Dante no le gustaba nada.

Tendría que ponerle remedio.

V. Antes

Dentro de la mochila marca Invicta de imitación, depositada en el fondo del guardarropa de teca y papel de arroz, hay una olla a presión que contiene cerca de dos kilos de una mezcla de ciclotrimetilentrinitramina, también llamada RDX, y de poliisobutileno. Es un compuesto muy estable llamado comúnmente C-4. Puede ser moldeado como la plastilina, a la que se parece mucho por consistencia —el color, en cambio, es blanco opaco—, aplastado, mojado e incluso incendiado con relativa seguridad. Pero no incendiado y comprimido de forma simultánea o llevado a temperaturas superiores a los doscientos cincuenta grados centígrados. En este caso, deflagra con notable energía. El C-4 es un explosivo con un alto potencial, muy apreciado por los militares. Durante la guerra de Vietnam los soldados lo encendían para calentarse. O lo ingerían para poder escaquearse en la enfermería. Es relativamente simple de sintetizar, incluso en un laboratorio artesanal, si bien el proceso presenta ciertos riesgos. Por eso es también muy apreciado por los terroristas.

A las 21:30 un temporizador digital, que en origen formaba parte de una caldera de fabricación sueca, envía el impulso eléctrico de cuatro pilas de tamaño AA a una pequeña cápsula de acero. Es el detonador, que contiene veinte gramos de pólvora negra. El detonador se activa provocando la temperatura necesaria para la deflagración. El C-4 estalla, transformándose instantáneamente en gases que viajan a una velocidad superior a la del sonido: para ser exactos, 8550 metros por segundo. La olla a presión estalla, fragmentándose en metralla y removiendo una notable masa de aire, que se hace incandescente por la velocidad.

Metralla, fragmentos del guardarropa, polvo de cemento y aire incandescente impactan contra la pareja de ancianos que está sentada en la mesa de la entrada. El primero en ser alcanzado es el hombre, literalmente levantado por los aires. Por un instante asume la posición de un hombre crucificado, con la pelvis en contacto con la mesa, luego los miembros se dislocan y se separan del cuerpo, mientras las esquirlas, los fragmentos y el polvo lo atraviesan.

La onda expansiva prosigue y alcanza a la mujer. Ella aún tiene la cabeza inclinada hacia la mesa, inmersa en sus sombrías reflexiones, y es lanzada en posición semifetal. Es como si rotara hacia atrás, pero en cada giro su cuerpo pierde consistencia. Se desmiga, por así decirlo. Fragmentos de su cuerpo, del de su marido, de su mesa, de los vasos, de la botella de Chardonnay, cuyo contenido se evapora, van a engrosar la nube de metralla. Caen sobre el joven matrimonio sentado detrás de la pareja de ancianos.

La esposa es alcanzada en primer lugar. La cuchara de postre del anciano le atraviesa la órbita izquierda, mientras que su cuerpo supera la mesa y golpea a su marido, que comienza a echarse hacia atrás sentado aún en la silla, con la carta que está empezando a inflamarse. Pero las llamas todavía no se han encendido cuando la onda expansiva y la macedonia de fragmentos caen sobre el mánager de microcomponentes y su novela. Los huesos del cúbito y del húmero de la anciana le

atraviesan el cráneo y el pecho igual que lanzas. Cae hacia atrás. Roza con lo que le queda de nuca los pies del joven marido, que prosigue con su deslizamiento a través de la sala.

La onda expansiva se extiende hacia la comitiva de japoneses y el maître. La energía cinética es desigual, se dan diferencias de presión y de dirección debidas a los obstáculos y a la resistencia del aire. Por eso los cinco no son simplemente levantados, sino lanzados en numerosas direcciones al mismo tiempo, como si fueran condenados a la pena del descuartizamiento, atados a caballos. Tres japoneses pierden los miembros superiores. La espalda del cuarto se abre desde los omóplatos hasta el cóccix, dejando al desnudo la columna vertebral. Un trozo de cemento del tamaño de una pastilla de jabón alcanza en la nuca al maître, parcialmente protegido por los cuatro japoneses, pero más alto que ellos. Le atraviesa huesos y tejidos blandos y le sale por la boca. El maître cae hacia delante, mientras la onda expansiva, los fragmentos y la metralla llegan hasta las ventanas y las revientan. Parte de la energía de la explosión se pierde hacia el exterior, pero no lo bastante. Metralla, fragmentos y polvo ardiente siguen galopando por la sala.

Ametrallan al camarero que espera a que el DJ suelte su gracia. Le perforan la espalda, haciendo papilla corazón, pulmones, hígado e intestino, lo atraviesan y acribillan el rostro del agente, que aún sigue buscando el nombre de la película que lo tortura, y alcanzan al DJ y a su amiga enamorada, estrellándolos contra una columna de carga. La mano izquierda del DJ y la derecha de la chica, aún entrelazadas, se separan y vuelan hasta las cuatro modelos albanesas y su acompañante, precediendo una lluvia de trozos de hormigón. Un fragmento en llamas del guardarropa, de unos cincuenta centímetros de largo, se le mete en la columna vertebral a una de las chicas, algo por encima del tatuaje que representa dos mariposas besándose, y le sale por el ombligo. Luego la onda expansiva derriba al grupo igual que si fueran bolos, y los cinco se deslizan por el suelo de la sala quemándose por la fricción. El esternón del acompañante se rompe hacia el interior, aplastando el músculo cardíaco.

Mientras la cabeza del DJ se curva hacia atrás rompiendo las vértebras cervicales, el joven marido atraviesa lo que queda de una ventana. Empieza a caer hacia la calle en el mismo instante en que una de las modelos, la que estaba a punto de levantarse para meterse otra raya de coca, impacta contra otra de las columnas de carga, rompiéndose la cadera. El tablero de la mesa donde ella y las demás se sentaban se ha levantado mientras tanto. Vuela como un frisbee de treinta kilos.

La onda expansiva sigue extendiéndose. Mientras una parte está embistiendo la sala, otra penetra en cuña por el hueco de las escaleras. El aire a alta presión silba como un tren en el túnel, haciéndose aún más incandescente. Arranca un trozo de barandilla, descuaja el revoque de las paredes y cae hacia el piso de abajo. Una camarera acaba con las piernas por los aires, mientras el temblor de las paredes, comparable a un terremoto de cuatro grados de magnitud, derriba objetos colgantes

y botellas, hace pedazos los carritos de los postres y lanza sobre la camarera la cafetera, rompiéndole seis costillas y una vértebra. La onda expansiva llega hasta el centro comercial. El falso techo de un lavabo cae arrastrando consigo cables eléctricos de la iluminación y corta la luz del piso inferior. Maniquís y cómodas se vienen abajo. Las cristaleras del bar y las del centro comercial estallan, cubriendo de añicos los coches aparcados. Sobre uno de ellos, un Smart estacionado en zona prohibida con las luces de posición encendidas —la propietaria está tomando un aperitivo a dos pasos de allí—, termina el largo viaje del joven marido, quien hunde el techo del coche con la parte superior de su cuerpo. En el momento del impacto, su rostro carece casi por completo de nariz, labios y párpados.

Termina también su vuelo la mesa convertida en frisbee. Es pesada y al cabo de pocos metros ha perdido mucho de su empuje inicial. Bastaría con que golpeará ligeramente una de las columnas o que se generara un nuevo remolino de aire caliente para desviarla y hacer que fuera inocua. Pero no es un día para los milagros y el frisbee prosigue su trayectoria sin interrupciones. Lo cierto es que la mujer de ojos penetrantes no lo ve llegar, aunque luego estará convencida de que por lo menos lo intuyó, la sombra de un bólido revoloteando que ve de reojo. La mesa le cae encima de lleno, tirándola por el suelo, arrebatándole la luz y la respiración.

Han pasado tres segundos desde la explosión. El estruendo va rebotando por las paredes de las casas, hasta llegar a la plaza, donde asusta a las palomas.

Luego empiezan los gritos.

VI. Visitas a domicilio

El hotel Impero era un popurrí de diseño moderno vagamente japonés y de arquitectura sostenible, con pequeñas cascadas de agua en los pasillos y hierba que crecía sobre el tejado, en el decimoquinto piso. Se había realizado partiendo de un edificio de oficinas de principios del XIX en una pequeña travesía de la Via del Corso, el centro del *shopping* romano, a dos pasos del Ara Pacis. El bar era una galería transparente colocado en un lateral del jardín interior, también este con un toque japonés y un sendero zen de guijarros blancos.

Colomba atravesó los mármoles del vestíbulo sintiéndose completamente fuera de lugar, con su mochila y sus tejanos. Cuando estaba de servicio utilizaba la identificación como un salvoconducto, pero cuando iba paseando padecía cierto malestar en las relaciones sociales. Tendría que haber prestado más atención a su madre cuando le explicaba cómo debía comportarse una señorita educada.

—Debe de haber una habitación a nombre del señor Torre —dijo a uno de los conserjes de recepción, mientras a su lado desfilaba un harén en chador protegido por dos barbudos guardaespaldas.

El conserje tecleó en el ordenador y su sonrisa se ensanchó.

—Naturalmente, señora. El director enseguida se reunirá con usted para acompañarla a la *suite*.

Colomba hizo como si nada, pero pensó: ¿*Suite*? Sacó su documentación de la cartera, que el otro rechazó con un gesto.

—No es necesario. Si quiere ponerse cómoda...

—Estaré en el jardín.

—Perfecto, señora. ¿Quiere que le sirvan una copa?

—No, gracias. Estoy bien así.

Salió aún aturdida y llegó junto a Dante, que estaba en una de las mesitas diseminadas entre las palmiteras y los acebuches, fumando mientras examinaba a una rubia operada en la mesa de al lado. Se había atiborrado de Xanax para superar el estrés de la mudanza y tenía los ojos a media asta.

—Oye, tú, ¿desde cuándo eres rico? —le preguntó.

—Si me sacudes boca abajo, no cae ni un céntimo.

—Trolas. Sin una tarjeta Black aquí no te dejan ni hurgar siquiera en el cubo de la basura.

—¿Te acuerdas de cuando te hablé de la chica que se fugó con la furgoneta de Scooby Doo?

—No sufro demencia senil.

—Era la hija del propietario y acepté un pago en especie. Ahora me basta con una llamada y me dan la *suite* aunque tengan *overbooking*. Gratis.

—¿Y de qué te sirve si no sales de casa?

—Impresiona a las chicas.

—¿Del tipo de la rubia que está detrás de mí? Para esa ni con una tarjeta Blak tienes bastante.

—Déjame soñar.

El director llegó y casi hizo una reverencia delante de ellos, mientras dos mozos cargaban el juego de maletas y la mochila de Colomba en un carrito, y desaparecían hacia los montacargas. A ellos, en cambio, los acompañaron hasta el último piso en el ascensor de cristal que subía desde el centro del vestíbulo. Era completamente transparente y se movía con tal lentitud que Dante aceptó utilizarlo, aunque no era capaz de ocultar una pizca de inquietud.

—Es el único ascensor que he cogido en los últimos diez años —dijo jovial.

Colomba aprovechó la ascensión para analizar la seguridad que quedaba por debajo de ellos. Localizó por lo menos a cuatro agentes en el vestíbulo, con traje oscuro y auricular, y las espaldas anchas de los exmilitares. Dadas las características de los clientes, debían de ser eficaces y estar acostumbrados a percibir las anomalías. No era casualidad que ni uno de ellos le hubiera quitado ojo en cuanto entró. De no haber llevado la pistola en su funda —hacía demasiado calor ese día para ponerse una chaqueta—, sin duda alguna se habrían dado cuenta.

El ascensor se detuvo delante de la puerta de la *suite*, que el director abrió, deteniéndose en el umbral.

—El señor Torre conoce bien nuestro hotel, así que les ahorro la visita guiada. Para cualquier cosa, no duden en ponerse en contacto conmigo.

Colomba intentó mostrarle su documentación, el director fingió no verla y se subió otra vez al ascensor, con una sonrisa.

Colomba se la guardó, sintiéndose incómoda una vez más.

—¿Por qué no la quieren? —le preguntó a Dante.

—Yo ya estoy registrado, y mis invitados tienen derecho a su intimidad. Es un privilegio adicional.

—Va contra la ley.

—¡Qué coñazo, madre mía!

—La próxima vez que lo veas, explícale que no soy una de tus amantes.

La *suite* se hallaba dividida en dos alcobas, ambas con un baño de sibarita, y una gran sala con chimenea, junto a la que, a los cinco minutos, dos empleados vinieron a instalar una cafetera expés de bar y un molinillo eléctrico.

—Déjame adivinar —dijo Colomba—. Otro privilegio adicional.

—Muy bien.

—¿También viene alguien a enjabonarte la espalda?

Dante hizo su mueca.

—Solo si lo solicitas.

Dante asignó a Colomba la habitación más pequeña, que, de todas formas, era tan grande como la mitad de su apartamento, y se quedó para él la más amplia, aunque especificó que lo hacía porque estaba dotada con muchos más cristales y una terraza con *jacuzzi* y sauna.

—Es donde voy a dormir.

—¿Y no utilizas la cama redonda de la habitación? —dijo Colomba, que había visto una de ese tipo solo en las películas.

—No para dormir... —dijo con un guiño—. Ya sabes lo que quiero decir.

Colomba resopló.

—No —comprobó las vistas desde la terraza: daba al jardín interior y no había edificios cercanos. No era segura, claro, no al cien por cien, pero considerando las necesidades de Dante, o eso, o tocaba trasladarse a campo abierto—. Echa las cortinas cuando duermas, ¿ok? —dijo—. Y mantén la luz apagada de la habitación, en caso contrario se puede ver tu silueta.

—¿Estás pensando en un francotirador? —preguntó él, dudando sobre si bromear o no.

—No pienso en nada, pero tú hazlo.

—Sí, mamá.

Colomba se fue a colocar sus cosas. La cama era un rectángulo reglamentario, pero de tres plazas, cubierto con un vaporoso edredón de plumas blanco. En una pared había un televisor LED y en la otra, un armario de metal bruñido y una estantería. Se preguntó, por centésima vez ese día, si cambiar de lugar a un autorrecluso mentalmente inestable en nombre de la vaga posibilidad de un peligro tendría sentido, o si se había dejado contagiar por la paranoia. Confió en descubrirlo pronto, antes de meterse en un lío aún mayor. Dejó la muda de ropa en los cajones y los zapatos en el lavabo, luego regresó al salón.

Dante notó que se había vuelto a poner la pistolera en el cinturón, pero no dijo nada. Estaba sacando las bolsitas de café en grano de las maletas, colocándolas en orden alfabético sobre el mueble bar detrás de la cafetera exprés. Blue Mountain, Mérida, Vintage Colombian... El olor del tueste se expandía por la habitación.

—Hay una bellísima piscina climatizada encima de nosotros y, adivina, con el techo transparente. Podemos darnos un baño y tomar un aperitivo allí —dijo.

—Tengo una idea mejor. Empecemos a trabajar.

Dante suspiró.

—A ti no te gusta disfrutar de la vida, ¿no?

Alberti había sido advertido de antemano y menos de media hora después descargó en el vestíbulo dos grandes cajas de documentos que Colomba bajó a recoger. Alberti

iba de paisano.

—Has utilizado tu coche, ¿verdad?

—Lo cierto es que no tengo coche propio. Le he pedido a un amigo mío que me lo prestara.

—Da igual, así también está bien.

La nariz se le había deshinchado mucho, aunque se podía ver que ya nunca volvería a ser como antes. Pero no le quedaba mal, pensó Colomba. Lo hacía parecer más adulto. Él le echó una mano para llevar las cajas hasta su planta y miró la puerta de la *suite* con curiosidad.

—Pero ¿de verdad vive aquí, doctora?

—Solo por unos días. Y no pago yo —respondió, cerrándole la puerta en las narices con una pizca de malicia.

—¡Ha llegado Papá Noel! —exclamó Dante mirando las cajas—. Pero ¿cómo es que no archiváis nada digitalizado?

—Las cosas de Maugeri están casi todas digitalizadas —dijo Colomba conforme abría—. Pero tu caso está en su mayor parte en papel. Faltan fondos para digitalizar las cosas viejas.

—Yo no soy «una cosa vieja» —dijo él, ofendido.

Colomba le tiró un par de cartapacios.

—Dale las gracias a Rovere de que haya conseguido esto.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Dante hojeando uno. Era el informe de uno de los investigadores que se habían ocupado de las pesquisas de su caso.

—Por ti. Es lo que menos conozco.

—Voy a hacer café.

Colomba y Dante se tomaron bastantes cafés, examinaron los documentos y discutieron durante casi veinticuatro horas seguidas. Comieron en la *suite* y pararon solo para dormir, mientras la habitación de Dante, donde las camareras tenían la prohibición absoluta de entrar, se iba cubriendo de un estrato uniforme de papeles y fotos. Para moverse, Colomba tenía que hacer un eslabon entre las pilas y las tazas vacías, aunque la mayor parte del tiempo se quedó en la *chaise-longue* Le Corbusier haciéndole preguntas a Dante sobre su historia. Y él se la relató con exactitud, por primera vez desde los tiempos de su liberación.

A Dante le habían encerrado en un silo en la era de una alquería que pertenecía a Antonio Bodini, un excabo del ejército jubilado, que había heredado esa propiedad de sus difuntos padres. El silo en cuestión era uno de los dos que el padre de Bodini utilizaba para estibar el trigo, pero antes de morir había cedido la mayor parte de las tierras —cultivadas ahora por la empresa agrícola cercana— y desde entonces habían quedado sin uso, por lo menos oficialmente. Durante los últimos años en que Dante estuvo prisionero, Bodini había seguido con su vida, cultivaba un huerto, alimentaba pollos y gallinas y cobraba la pensión en Correos. En el pueblo todo el mundo lo recordaba como un hombre esquivo y taciturno, demasiado montaraz para formar una

familia, que intercambiaba cuatro palabras sobre el tiempo cuando iba de compras, pero que en el bar bebía solo. En las noches de verano se le podía ver sentado a la mesa delante de su casa, en calzoncillos blancos y camiseta de tirantes. El descubrimiento de quién era de verdad y de lo que había hecho había turbado un poco a todo el mundo y a partir de entonces lo llamaban «el loco». Su tumba había sido profanada dos veces antes de que fuera exhumado, incinerado y depositado en un osario común. Investigadores y peritos compartían la opinión de que el móvil de sus actos era el deseo frustrado de tener una familia, convertido en locura.

—El problema es que él no era el Padre —dijo Dante.

Colomba hojeó los documentos.

—Solo había huellas tuyas, la propiedad era tuya y nunca lo vieron con nadie más.

—¿Qué acento tengo? —preguntó Dante.

—¿Acento? —Colomba se concentró—. Vagamente del norte, excepto cuando utilizas expresiones romanas. Leve, de todos modos.

—También era así cuando salí del silo, excepto por lo romano.

—¿Y bien?

—Bodini solo llegó a quinto de primaria y se expresaba prácticamente siempre en dialecto cremonés. No puede haber sido él quien me educó.

Porque durante su cautiverio, el secuestrador había enseñado a Dante a leer, a escribir y las cuatro reglas matemáticas con viejos libros de texto. La policía había encontrado algunos de ellos y había descubierto que se trataba de ediciones de los primeros años sesenta, compradas probablemente en puestos de segunda mano. La educación del Padre había sido, cuando menos, rara.

—A veces me pedía que memorizara largos fragmentos extraídos de libros que nunca iba a ver —relató Dante—. Me traía las páginas y me las dejaba durante toda la noche. Si al día siguiente me equivocaba, me dejaba sin comida y agua o bien... —levantó la mano mala.

El Padre lo obligaba a golpeársela con un bastón de madera o un cuchillo. Era la parte del cuerpo destinada a los castigos corporales. Dante se había aprendido de memoria fragmentos de los más importantes poetas y escritores italianos hasta el siglo XIX y aún los recordaba perfectamente. De algunos nunca había leído los textos completos. El Padre también tenía una fijación con Cremona. Dante había tenido que aprenderse al dedillo sus calles en un mapa y uno de los juegos mnemotécnicos del Padre consistía en mostrarle fragmentos de imágenes de monumentos y edificios para que él los reconociera. Según los peritos que habían examinado a Dante tras su liberación, las enseñanzas que le impartía no tenían otra función más que la de ejercer un dominio sobre él.

—Tal vez Bodini era un autodidacta que ocultaba su cultura al mundo.

—Eso es lo que dijeron tus compañeros. Pero no resulta creíble.

—Y además, solo se encontraron sus huellas en los libros. Hasta su ADN —dijo

Colomba mientras leía—. Aquí veo que se hicieron pruebas con muestras representativas a finales de los años noventa. ¿Las pediste tú?

—Sí. En la época de mi liberación no se utilizaban. Tuve que pagármelas y no sirvió de nada.

—Pero tú estás seguro de que el Padre y Bodini no eran la misma persona.

—Bodini tan solo le alquilaba el parque de juegos. Estoy seguro de ello. Entre otras cosas porque le vi la cara, y no era Bodini.

Colomba se colocó bien en la *chaise-longue*. Era la noche del segundo día de sus investigaciones: no había encontrado nada que sustentara las tesis de Dante, pero tampoco había sido capaz de hallar agujeros de peso en sus relatos. Era lúcido y exhibía una memoria de hierro sobre los detalles de todo lo que le había pasado. Y no solo eso. Tenía una memoria casi perfecta acerca de todo.

—Cuéntame —dijo.

—Está todo escrito.

—No todo. Lo sabes.

Dante se encogió de hombros, fingiendo indiferencia.

—Como quieras. Había una grieta en el cemento del silo. Pequeña, escondida por el altillo donde dormía. Yo espiaba qué había fuera cuando estaba seguro de que el Padre no podía darse cuenta, e incluso entonces... —movió la cabeza—. Tenía siempre la certeza de que me estaba mirando.

—¿Qué se veía? —preguntó Colomba.

—Un trozo de campo y el otro silo. Era idéntico al mío, pero pensaba que estaba vacío.

—Pero no lo estaba, según tu declaración.

—Que no fue contrastada, por desgracia. Los silos tenían dos puertas, en lados opuestos. Parecían normales, pero el Padre o Bodini las habían insonorizado. Por lo menos, la mía lo estaba, desde fuera no se me podía oír aunque la golpeará. Cosa que dejé de hacer al cabo de la primera semana.

—Por tanto, tú tampoco oías nada de lo que ocurría fuera.

—Poco. Las vibraciones de los camiones cuando pasaban por la provincial, las sirenas de las ambulancias, las tormentas... De tanto en tanto, los pájaros. Mientras que en el interior todos los ruidos resultaban amplificadas. Era como si ascendieran hasta el techo y luego se desplomaran sobre mí —Dante se estremeció—. ¿Sabes lo que me parece increíble?

Colomba negó con la cabeza, sin fiarse de su voz.

—Que sobreviví. Me parece increíble hasta a mí. Uno se adapta a todo, coño.

Dante salió al balcón a fumar un cigarrillo. El suelo estaba lleno de colillas. Volvió a entrar a los diez minutos, en apariencia tranquilo nuevamente.

—Creo que el Padre entraba y salía del otro silo utilizando la portezuela del lado oculto, al menos desde que empecé a mirar por la grieta. Y tal vez lo hacía en la oscuridad, porque nunca tuve ocasión de verlo llegar por ese lado. Pero el último día

lo hizo. Llevaba de la mano a un niño de mi edad.

Colomba lo sabía. Era la parte más controvertida de la declaración de Dante tras su liberación. Al leerla, le había parecido increíble, pero oír a Dante explicarla de viva voz le daba la impresión opuesta.

—Fue entonces cuando le viste la cara.

—Entre los treinta y los cuarenta, pelo corto y ojos azules muy claros. Mejillas hundidas. Incluso intenté hacer un retrato robot, pero quedó demasiado genérico. Estaba a oscuras. Y yo, alterado.

Colomba lo miró: la cara del hombre al que Dante había visto se hallaba apenas esbozada. Aparte de los ojos, duros.

—El rostro de Dios... citándote.

—Hasta ese momento siempre había llevado puesto un pasamontañas de lana, con una gorra militar cosida encima y gafas oscuras —según Dante se las había cambiado cinco veces durante su cautiverio, siempre idénticas—. Mientras que al niño... lo vi menos aún... Era como... mirar un planeta contra la luz de una estrella... Me pareció alto y delgado, más que el Padre, que era de complexión mediana, y de mi edad. Pelo largo, sobre los hombros, como el mío. De algo, sin embargo, estoy seguro. Se estaba riendo, o llorando. O ambas cosas a la vez, porque hacía unos extraños sonidos agudos.

Colomba echó un vistazo a su retrato robot y lo encontró también bastante vago. Podía ser cualquier chico de la edad que tenía Dante en esos días.

—¿No podía tratarse de una pareja de visitantes? ¿Un padre y un hijo que van de *pícnic*?

Dante negó con la cabeza.

—Oh, no.

—¿Y qué ocurrió luego?

—El Padre llevó al niño a través del campo. Pasó al lado de mi silo. Tenía una perspectiva limitada, aunque estuviera aplastando el ojo contra la pared. Era solo una grieta de un centímetro, coño... Y cuando estaban a punto de desaparecer de mi campo visual, vi la otra mano del Padre, la que llevaba a la espalda. Tenía un cuchillo. Ahora que entiendo de eso, creo que era uno de trinchar.

—Dijiste que estabas convencido de que el chico había sido asesinado. ¿Asististe de alguna forma a esa escena? ¿Oíste gritos?

—No. Ya sé que no encontraron el cadáver ni restos de sangre, pero tengo pocas dudas sobre lo que el Padre le hizo.

—Debe de haber sido un *shock* para ti.

—*Shock* no expresa la idea. Por primera vez en diez años veía el rostro del Padre y a otro ser humano. Luego, unos minutos después, vi de nuevo al Padre. Iba solo y venía hacia mi silo.

—¿Y llevaba el cuchillo? —preguntó Colomba.

—Sí. Oí que abría la puerta. No se esperaba mi reacción. Nunca había

reaccionado en los últimos años. En cambio, lo golpeé con el cubo de los excrementos y hui. No sabía muy bien qué hacer.

—¿Qué fue lo que te empujó a reaccionar? ¿Tuviste miedo?

Dante esbozó una sonrisa triste, diferente a su mueca de costumbre.

—No —dijo en voz baja—. Hui porque me había traicionado. Pensé que era el único.

Dante salió fuera para fumarse otro cigarrillo y a Colomba le entraron ganas de imitarlo, aunque no fumara desde su primer año de universidad. Se sentía como si estuviera entrando con botas en la parte más delicada e íntima de Dante, que él había aprendido con los años a ocultar al mundo. Debido a su trabajo había interrogado y escuchado a cientos de víctimas, sospechosos y culpables, pero rara vez se había quedado tan afectada. Tal vez porque la historia de Dante era cualquier cosa menos común, tal vez porque empezaba a resultarle simpático.

Cuando este entró de nuevo, fingiendo que no pasaba nada, prosiguió con su relato.

—No me di la vuelta para ver cómo estaba, hui y punto, y faltó poco para que no me rompiera el cuello bajando por la escalerilla. No sabía cómo actuar, salvo en un plano teórico. Como muchas cosas que no se podían hacer dentro de un silo.

—Como ir en bicicleta —dijo Colomba intentando relajar el ambiente.

—Como ir en bicicleta —él sonrió—. O incluso el mero hecho de correr.

De algún modo, sin embargo, lo consiguió, y con los pies descalzos, porque llegó hasta la provincial, donde un coche lo atropelló. Por suerte, el conductor lo levantó del suelo y lo llevó al hospital sin esperar a la ambulancia. En el hospital Dante consiguió decir quién era y que lo creyeran.

Cuando la policía llegó hasta el silo, Bodini ya se había disparado en la boca con la pistola militar que había conservado y no declarado, después de haber prendido fuego a todo, rociando con queroseno la alquería y los silos. Los silos, de albañilería, resistieron, aunque para la policía científica habría resultado difícil sacar algo en limpio, pero la alquería ardió hasta sus cimientos. Nunca se encontró ninguna huella del otro hombre descrito por Dante y mucho menos del chiquillo. Ni sangre, ni cadáver, ni ropas u objetos personales. La hipótesis más acreditada era que Dante había soñado con él, como si fuera una especie de proyección de sí mismo, y sus protestas no sirvieron para hacer cambiar de idea a los investigadores.

—Si de verdad se encontraba allí, ¿cómo puedes estar seguro de que estaba en el otro silo? —dijo Colomba—. Tal vez lo tenía en la alquería.

—Por dos motivos. El primero es que también le prendió fuego al otro. Si no lo utilizaba como prisión, ¿qué razón tendría?

—Tal vez lo utilizaba para otros fines. Guardaba cosas ahí, no sé. O bien simplemente se le fue la cabeza.

—Quizá, pero no creo que fuera Bodini quien lo hizo. Fue el Padre. Mató a su

cómplice, borró las huellas y desapareció.

—¿Y por qué no dejó allí el cadáver del segundo chico?

—Porque de alguna forma habría llevado hasta él, creo... No recuerdo su rostro, pero recuerdo cómo se movía. Con pequeños pasos, maravillado y asustado por todo lo que le rodeaba. Como si hubiera perdido la costumbre de estar al aire libre. Yo me movía así en los primeros tiempos después del cautiverio.

—Aparte de cuando te escapaste.

—Solo recuerdo los faros del coche que me dio de lleno.

Colomba reflexionó unos instantes.

—Así que el chico estuvo prisionero tanto tiempo como tú, o casi.

—Nunca conseguí identificarlo, a pesar de que me hicieron ver cientos de fotografías. En esa época no existía Internet para informar sobre los desaparecidos, y no había una base de datos coordinada entre las comisarías. Probablemente se perdían a saber cuántas denuncias. Durante algún tiempo seguí interesándome por él, luego renuncié.

—Tú no tienes la culpa de ello, más tenemos nosotros —admitió Colomba mirando el reloj. Las diez. Empezaba a tener hambre.

—Ahora ya sabes todo lo que hay que saber —dijo Dante.

—Te equivocas. Conozco solo tu versión. Las investigaciones y los interrogatorios que hicieron mis compañeros y los jueces los he leído por encima, pero tendría que estudiármelos.

—Ya lo hice yo. ¿Quieres saber lo que se desprende de ellos? —Dante se acercó y llegó hasta la pizarra de plástico que habían colgado en una pared y cubierto con pósits. Despegó uno y escribió CERO con el rotulador lavable—. Todo lo que encontraban iba siempre en la misma dirección. Un único secuestrador, es decir, Bodini, ningún extraño, ningún otro chico.

—¿Es posible que nunca se hiciera control alguno de la alquería por parte de las autoridades durante tu cautiverio? Bomberos, Servicio de Higiene...

—Más de una vez, y siempre estaba Bodini. Nadie pensó nunca en examinar sus silos incluso cuando se pensaba que yo había sido secuestrado. El único testimonio discordante fue el de un tipo que vivía en una alquería que quedaba a un kilómetro de la de Bodini. Dijo que a menudo veía los faros de un coche deteniéndose a poca distancia de la alquería de Bodini, pero pensó siempre que se trataba de parejitas.

—Y a lo mejor lo eran.

—Si crees eso, lo único que hacemos es perder el tiempo.

—Dante, ya te lo he dicho. Busco pruebas, aunque sea una sola, de la existencia de un vínculo entre tú y el hijo de los Maugeri.

—El silbato.

—Aparte de eso. Ya hemos hablado del tema —Colomba abrió uno de los cartapacios con los que se había ido a dormir la noche anterior. Ahí estaba el listado, en algunos casos con indicaciones, de las personas interrogadas tras la fuga de Dante

o sospechosas por algún motivo—. La Fiscalía interrogó a treinta personas, en busca de algún posible cómplice.

—Tus compañeros se sacaron de la chistera a unos cuantos agresores sexuales y delincuentes habituales, pero no encontraron nada acerca de ninguno de ellos.

—¿Y tú qué opinas al respecto?

—Los descarto a todos. El Padre me mantuvo en cautividad durante once años, ininterrumpidos, dejando que yo lo viera por lo menos un día de cada tres. Todos ellos habían cumplido condenas de cárcel o sufrido hospitalizaciones que hacían imposible tal continuidad.

—¿Y tú estás seguro de que el Padre y Bodini no se iban turnando?

—Lo estaba entonces y lo estoy aún más ahora. Los sospechosos que me hicieron ver no tenían el físico apropiado. La voz la camuflaba, hablándome bajo, pero con la complexión no podía hacerlo. Has aprendido a conocerme un poco..., ¿crees que soñé lo de ese hombre y ese chico?

—Quiero ser honesta contigo, Dante. No lo sé.

Dante se dejó caer cuan largo era.

—Si tienes que elegir entre la amabilidad y la honestidad, elige siempre la segunda conmigo. Nada de piedad, sobre todo.

—Bien, porque muchos dicen que no soy capaz de sentirla. Dime los otros puntos de contacto que se te pasen por la cabeza.

—La edad del hijo de los Maugeri.

—Bien.

—Y mi padre fue acusado de ser el culpable, exactamente como Maugeri.

—Pero tu padre no fue acusado de haber asesinado a tu madre. Ella se suicidó.

—Ha matado con un arma blanca, exactamente como hizo con el chico del otro silo.

—La mayor parte de los homicidios en familia se realizan con arma blanca u objetos contundentes. En Italia, no todo el mundo tiene un arma de fuego en casa.

—No hay huellas del niño. Ni una sola —dijo Dante.

—Aparte de la sangre en el maletero de Maugeri.

—La ha puesto ahí el Padre.

—En fin, que el Padre es una máquina de guerra. Distrae la atención de sí mismo, hace recaer la culpa sobre quien quiere, nunca se deja coger...

—Exacto.

—En definitiva, ¿qué esperanzas nos quedan ante alguien que no comete errores?

—Cometió uno. Conseguí escapar —Dante bostezó y se desperezó—. Tengo hambre y estoy cansado. ¿Qué te parece si comemos como es debido por una vez?

—¿Debería ponerme un traje de noche?

—¿Lo tienes?

—¿De verdad quieres que te conteste?

Cenaron en el bar del hotel —el restaurante era demasiado *cerrado* para Dante—, donde habían preparado para ellos una mesa detrás de una mampara. Colomba se sentía incómoda por el servicio de guante blanco. No es que toda su vida hubiera comido únicamente en tabernas, pero al nivel de tener un camarero fijo colocado a su espalda no había llegado nunca. Consiguió que le vertieran el vino dos veces en las manos porque se obstinaba en querer servírselo por sí misma.

—Disfruta de la vida un poco, CC —le dijo Dante. Se había puesto para la ocasión una corbata de color antracita con un traje negro de Giorgio Armani.

—No me siento cómoda aquí.

—Finge que estás de vacaciones.

Ella sonrió.

—No estaría aquí contigo.

—Gracias. De todas formas, es mejor que la cantina de la policía.

—Con el trabajo que hacía casi siempre estaba fuera, así que comía en cualquier parte. Eso si comía —Dante tenía en su plato solo verdura—. ¿Eres vegetariano?

Él sonrió.

—Estuve enjaulado tanto tiempo que siento horror por los animales de crianza.

—El hombre siempre ha comido carne, para mí no es un problema —dijo Colomba, ensartando otro trozo de sus *tournedos* Rossini.

—Si es por eso, también ha machacado siempre al prójimo. Por suerte, el intelecto nos concede las elecciones. Y me protejo del cáncer de colon.

—Pero no del de pulmón, con lo que fumas.

—De algo hay que morir.

—¿A qué se debe que estés tan acostumbrado al lujo?

—Durante un tiempo anduve bien de dinero —respondió Dante—. Mi padre demandó al mundo entero cuando pudo demostrar que no me había asesinado. Ganó todos los juicios, y hasta fue indemnizado por el Estado por el error judicial y por lo que pasó en la cárcel.

—¿Enfermó?

—Fue violado y acuchillado.

Colomba perdió de golpe el interés por la comida.

—Joder.

—Es lo que les pasa a los que molestan a los niños. Estaba en el módulo de aislamiento, pero hubo un *error* mientras se dirigía a una entrevista... Mi padre está convencido de que fue organizado por uno de los agentes, que lo odiaba, aunque nunca consiguió demostrarlo. Aun así, se las apañó.

—¿Cuántos años tiene?

—Cumple los setenta este año. No hablamos muy a menudo. No hemos sido capaces de volver a relacionarnos después de que yo regresara. Éramos dos extraños y hemos seguido siéndolo, aunque procuramos ser amables el uno con el otro. Creo que me responsabiliza de haber arruinado su vida. A su manera, tiene razón —Dante

apartó el plato y un camarero fue a recogerlo solícito. Había comido poquísimo—. Cuando llegué a la mayoría de edad, me dio algo de dinero, sobre todo creo que para sacárseme de encima. Durante un tiempo no tuve que trabajar. Viajé. Cuando no estaba ingresado en alguna clínica quería disfrutar.

—¿En un cinco estrellas como este?

—Incluso mejores, y también aireados camarotes de lujo en los barcos, puesto que me horroriza la idea de subirme a un avión —Dante sonrió—. He tenido siempre un agujero en las manos. Y cuando el dinero se me terminó, tuve que inventarme un trabajo.

—No has elegido uno que fuera fácil.

—No soy licenciado y no puedo estar encerrado. O eso o socorrista.

El camarero preguntó si querían café, Dante respondió que no por los dos, luego salieron al jardín, donde se podía fumar. Los árboles estaban iluminados con luces ocultas y los altavoces difundían música a bajo volumen. Las mesas estaban ocupadas por una clientela que Colomba juzgó como extranjera en su mayoría. Encontraron dos butacas medio escondidas entre los setos y se sentaron. Dante pidió dos Moscow Mule, su cóctel preferido: vodka, *ginger ale*, lima y una rodaja de pepino. Llegaron en vasos de cobre repletos de hielo picado y dos pajitas. Colomba dio un sorbo y le pareció ligeramente ácido, aunque fresco.

—¿Entonces qué, CC? —preguntó Dante—. ¿Tiras la toalla?

—No. Pero dejemos ya el pasado. Centrémonos en el secuestro de Maugeri. Es una pista reciente, a diferencia de la tuya, que es vieja.

—Para buscar otros puntos de contacto.

—Me basta con una fisura, Dante. Algo que me diga que Maugeri no mató a su mujer. En ese momento... ya sea tu viejo secuestrador o alguien que lo imita, sabré que no nos lo estamos inventando todo. Naturalmente, si mientras tanto se encuentra al niño nos volvemos todos para casa.

—Eso no sucederá, CC —Dante vació su vaso, luego ensartó sus pajitas en el de Colomba—. Como veo que no te lo acabas...

—Todo lo que aparezca sobre los Maugeri me llegará en tiempo real vía Rovere. Lo cotejaremos con lo que sabemos.

—¿Y qué gana él poniendo en peligro su carrera? Aparte de dejar como un gilipollas a De Angelis.

—No tengo ni idea.

Dante se encendió el enésimo cigarrillo.

—He leído las actas de las primeras declaraciones. No hay nada que nos sea de utilidad —dijo—. A los familiares y a los amigos se les ha preguntado únicamente si Maugeri se ha sincerado con ellos y si saben dónde puede estar el niño.

—Imagínate ahora que no se trata del Padre o de un émulo suyo. Que sea un secuestro normal.

Dante frunció una ceja.

—¿Normal?

—Uno de esos de los que te has ocupado en el pasado. ¿Cómo te moverías?

—Buscaría la respuesta a la pregunta que me está rondando la mente desde que estuve paseando por los Pratoní.

—¿Cuál?

—¿Por qué la mujer de Maugeri subió al Monte Cavo con el niño? Lo hizo por su propia voluntad, espontáneamente, nadie la llevó allí a la fuerza. El secuestrador se citó allí con ella y ella fue, tras dejar el móvil y esperar a que el marido se durmiera. ¿Por qué? ¿Qué la convenció?

—¿Chantaje? ¿Amenaza física?

—O bien un amante que le propuso huir de su marido maltratador. O un amigo en cuyo hombro lloraba. En cualquier caso, con alguien debe de haberse sincerado. Aunque fuera a medias.

—Has leído la lista de los testigos. ¿Quién es el más probable?

Dante apagó la colilla e hizo un gesto al camarero para que le trajera otro cóctel.

—Las hermanas siempre lo saben todo.

Colomba llamó a Giulia Balestri al día siguiente a la hora del desayuno, tras haber obtenido el visto bueno de Rovere. Intentó que pareciera algo oficial pero sin decir nada concreto, para evitar ofrecerle argumentos a De Angelis.

—Me he ocupado del caso de su hermana y hay un par de cosas que quisiera aclarar con usted —dijo.

—¿Hay novedades?

—Por desgracia, no. ¿Cuándo podemos reunirnos?

—Venga antes del almuerzo, si no le parece mal.

—Se lo agradezco.

Colomba colgó, sintiéndose apurada por la mujer, que por teléfono tenía la voz de quien se espera tan solo malas noticias.

En la puerta encontró un rimero de prensa y leyó la mitad escuchando la radio, antes de que Dante saliera de su habitación con un batín color carbón y con el rostro cadavérico.

—¿Has acabado ya de montar follón? Está amaneciendo —dijo.

—Son las diez. Espabila.

Dante miró con reprobación su taza de café con leche.

—¿No sabes que la leche en el café produce una formación de caseína indigesta?

—Eso es exactamente lo que quería oír... He llamado a Balestri.

—¿A quién?

—La hermana de la muerta.

—Ah.

—Nos espera.

Dante se arrastró hasta la cafetera exprés antes de responder.

—Te espera. Yo no sé hacer el trabajo de la pasma. Sin ofender.

—Eso lo haré yo. Tú te quedarás mirando y me harás sugerencias inteligentes.

Dante preparó dos expresos de forma simultánea.

—CC, eso no es plato de mi gusto. A mí no se me da bien la gente.

—Se te da bien observarla.

—A distancia. Las manifestaciones emotivas me producen inquietud.

—Pobrecito.

—No puedes obligarme.

Colomba sonrió y no dijo nada. Dante fue a vestirse.

Una hora después Giulia Balestri abrió la puerta a Colomba.

—Soy la subcomisaria Caselli. La he llamado antes por teléfono.

Balestri asintió. Tenía treinta y seis años, llevaba extensiones rastas y era algo rolliza. Vestía un chándal de estar por casa y zapatillas.

—Pase usted.

—Si pudiera bajar, también está el señor Torre, que quiere verla.

—¿Por qué no le pide que suba?

—Es una larga historia. Si es tan amable...

—Está bien —Balestri fue a ponerse unos zapatos.

Colomba observó a hurtadillas el apartamento, decorado al tuntún, con juguetes de niño esparcidos por todas partes. Delante del lavabo había un par de chanclas de hombre con un dibujo tropical. *Una familita feliz*, pensó.

—Tenemos que darnos prisa, porque dentro de una hora tengo que ir a buscar al niño al colegio —dijo Balestri como si le hubiera leído el pensamiento. Se había puesto una rebeca de color amarillo limón.

—¿Cuántos años tiene su hijo? —preguntó Colomba, arrepintiéndose de inmediato: no era asunto suyo.

—Siete y medio, uno más que Luca —su rostro se tiñó de preocupación—. ¿Es verdad que no hay novedades?

—No las hay, lo siento.

La otra intentó leer la expresión de Colomba: no lo logró.

—Está muerto, ¿verdad?

—Señora... no lo sabemos, de verdad. Es mejor confiar en que lleguen buenas noticias.

—Pero ¿cómo puede estar vivo todavía? No hay nadie que le dé de comer...

—A lo mejor alguien está cuidando de él, señora.

—¿Algún amigo de ese hijo de puta de mi cuñado?

Colomba no respondió. En la puerta del edificio encontraron a Dante, que las esperaba con aspecto ceñudo, apoyado en la pared, fumando.

Al verlo con el cigarrillo en la boca, a Giulia le entraron unas ganas desesperadas de imitarlo. Lo había dejado al quedarse embarazada, pero ahora soñaba por las noches con ello.

—El señor Torre —dijo Colomba.

—Mi más sentido pésame —balbució él sin mirarla a la cara.

Giulia vio que la mano izquierda de Dante estaba tapada con un espeso guante negro.

—¿Qué quieren preguntarme? Ya he dicho todo lo que sabía.

—Hay detalles, de carácter privado, que necesitamos conocer.

—¿Sobre mi hermana? ¿Como por ejemplo?

—Pues por ejemplo si tenía un amante —volvió a balbucir Dante.

Giulia sintió que se le subía la rabia.

—Pero ¿cómo se atreve?

—¡Coño, Dante! —estalló Colomba.

—Has sido tú la que insistió en que viniera.

Colomba levantó los ojos al cielo.

—Señora, perdone el escaso tacto de mi compañero, pero... necesito que usted conteste.

Giulia se cruzó de brazos.

—Mi hermana no iba con nadie que no fuera su marido, solo Dios sabe por qué. ¿Saben que le ponía las manos encima?

—Sí —dijo Colomba—. Por eso nos imaginamos que podía...

—Han imaginado mal.

—¿Por qué no lo abandonó?

—Porque estaba enamorada de él. De ese perturbado. Me decía siempre que si le ponía la mano encima a su hijo, huiría de inmediato, pero nunca lo ha hecho... Nunca lo hizo —se corrigió.

—¿Se dio cuenta de que el niño estaba mal? —preguntó Dante.

Esta vez Giulia no se enfadó.

—¿Usted cómo lo sabe?

—He mirado las fotos.

—Tiene razón, se había vuelto triste y no hablaba nunca. Cuando estaba conmigo siempre parecía que estuviera en otro planeta.

—Sobre todo de un año a esta parte, ¿verdad? —dijo Dante.

Giulia lo escrutó de nuevo, pensando que era el policía más raro del mundo.

—Sí.

—¿Y su hermana se había dado cuenta? —preguntó Colomba.

—Ella sí —Giulia movió la cabeza, disgustada—. Pero para su marido el niño era normalísimo. Y no quería ni oír hablar del tema.

—¿Fue a ver a algún especialista?

—No. Stefano no quería...

Pero no lo había dicho convencida y Dante se dio cuenta.

—¿Lo hizo a escondidas?

—No, no lo creo. Pero había un médico que quería visitarla.

—¿El pediatra? —preguntó Dante, cuyos ojos se habían vuelto de vidrio. A Colomba le pareció que el aire crepitaba alrededor de su cabeza de tan concentrado como estaba.

—No. Era un médico nuevo, que llamó a mi hermana para concertar una visita.

—¿Cuándo pasó?

—Hará un par de semanas.

—¿Y dónde lo conoció?

—Durante un reconocimiento del Consorcio Sanitario Local. Algo del colegio.

Dante miró a Colomba, que volvió a tomar la palabra.

—¿Sabe si se vieron?

—No. No lo sé —susurró—. Me olvidé de preguntárselo —una lágrima le cayó del ojo derecho. Se lo secó con la manga—. Una siempre piensa que tiene todo el tiempo del mundo. Como en la canción... —los labios le temblaron y otras lágrimas cayeron—. Perdonen —Giulia se dio la vuelta y se alejó unos pasos.

—Está llorando —le dijo en voz baja Dante a Colomba.

—No sé si sabes que le han matado a su hermana... Suele ocurrir.

—Por eso dejo que se encargue mi abogado de estas cosas.

Giulia se sonó vigorosamente la nariz y regresó con los ojos rojos.

—¿Qué estábamos diciendo?

—¿Se acuerda del nombre de ese doctor? ¿O le dejó su hermana escrito su número? —preguntó Colomba.

—Solo sé que la llamó al móvil. Estaba de camino a mi casa antes de abrir la tienda. ¿Por qué creen que es importante?

—No sabemos si lo es —dijo rápidamente Colomba.

—¿Creen que mi cuñado tenía algún cómplice? ¿O que no ha sido él?

—Tenemos que examinar todas las posibilidades. Aparte de este médico, ¿su hermana se vio con alguien más en este último periodo? ¿Nuevas relaciones, nuevos amiguitos de su sobrino? —preguntó.

—Que yo sepa, no. Y como les dije a sus compañeros... no había recibido amenazas y no había visto a nadie rondando por su casa. Y yo tampoco —volvió a mirar a Colomba—. Al único peligroso lo tenía ya dentro de casa.

—Gracias por su colaboración, señora.

Giulia dio un paso adelante para ponerse frente a Colomba con fuego en los ojos.

—No se va a librar, ese hijo de puta. ¿Lo entienden?

—Piense en su sobrino. Él está por delante de todo —dijo Colomba sosteniéndole la mirada.

—Mi sobrino está muerto —dijo Giulia. Luego se dio la vuelta y se metió corriendo en el edificio.

Colomba suspiró y se apoyó junto a Dante.

—¿Siempre es así de duro? —preguntó él.

—Incluso peor. ¿Tú qué crees?

—Que la próxima vez no vengo ni aunque me ates.

—¿Y aparte de eso?

—Se siente culpable por no haber protegido a su hermana de su cuñado, cuando aún era posible. Le gustaría que apareciera otro asesino, porque así su conciencia se liberaría. Pero no lo cree.

Colomba hizo una mueca.

—No se inventaría una historia falsa.

—No. La primera fisura, CC.

- Ni siquiera se le aproxima.
—¿Así que fingimos que no pasa nada?
—No sabes cuánto me gustaría. Venga, sube.

Colomba había alquilado un monovolumen con techo de cristal, confiando en que Dante se sentiría cómodo y no la obligaría a viajar a dos kilómetros por hora. Se había equivocado, pero en compensación el coche disponía de un moderno sistema de manos libres que permitía telefonar sin soltar el volante.

Lo utilizó para llamar al director del colegio del hijo de los Maugeri, que no se sorprendió al oírla, puesto que en esos días había sido convocado numerosas veces, y Colomba no tuvo siquiera que inventarse una justificación: le bastó con decirle su graduación.

El director se acordaba de la visita médica del niño. Formaba parte de un programa de prevención del CSL de la zona.

—Peso, altura, tórax... Nada invasivo —dijo.

—¿Los médicos se pusieron en contacto con las familias? —preguntó Colomba.

—No tengo ni idea.

—¿Se hacía también una valoración psicológica de los niños? —se informó Dante acercándose al micrófono situado en el espejo retrovisor.

—No, en absoluto. Para muchas familias los psicólogos siguen siendo los médicos de los locos.

—¿Puede darme el número del CSL? —preguntó ella.

—Un momento, que lo busco.

Lo encontró, pero no sirvió de nada. El jefe de departamento se negó a contestar a cualquier clase de pregunta, apelando al derecho a la intimidad de los pacientes.

Colomba habría podido forzar las cosas presentándose allí, pero existía el riesgo de que el médico pidiera ver un documento oficial, o protestara ante la Fiscalía, y eso habría supuesto un problema. Decidió por ello pedirle un favor a Tirelli, que conocía a bastantes compañeros en Roma como para lograr su objetivo con unas pocas llamadas.

Tirelli se reunió con ellos a las seis de la tarde en el bar del hotel.

—Qué bien te cuidas —dijo sentándose a la mesita, en la que estaban dispuestos una tetera de plata para Colomba y un Moscow Mule para Dante.

Colomba le señaló a Dante.

—Es él quien paga. Dante Torre.

—Gana más que yo, entonces —comentó Tirelli estrechándole la mano.

—Soy un invitado. Uno de los propietarios y yo somos viejos amigos —dijo Dante.

Colomba mordió una galleta de la bandejita con tres compartimentos.

—Le encontró a su hija loca.

—No estaba loca —dijo Dante irritado—. Es un término poco correcto.

—Bipolaaar —dijo ella, arrastrando la *a* para tomarle el pelo.

—Le felicito —tal vez fuera por lo insólito de la situación, pero Tirelli hacía gala de unos modales aún más afectados de lo habitual y se sentaba tan rígido como un palo—. ¿Puedo preguntarle dónde estaba?

—En casa de un amigo suyo toxicómano, con un principio de sarna y ganas de volver.

—De no haber sido así, ¿la habría dejado allí?

Dante se encogió de hombros: odiaba hablar de su trabajo con extraños.

—Siento un gran respeto por la libertad ajena. Bipolares o no. Puede imaginarse el porqué. ¿A qué se debe su interés?

Tirelli sonrió mostrando sus dientes, que se habían vuelto amarillentos a causa del regaliz.

—Porque he oído hablar de usted, señor Torre. Y me estoy preguntando por qué ha implicado a Caselli en esta idiotez.

—He sido yo la que lo ha implicado a él —admitió Colomba.

—Bien dicho —dijo Dante.

—Por el amor del cielo, ¿y eso por qué? Sobre los Maugeri está investigando media Fiscalía y tú estás fuera de servicio. ¿Crees que se están equivocando en todo? ¿Que el niño está vivo?

—Por el momento, no creo nada. Por eso estoy investigando.

—¿Rovere lo sabe?

—¿Te preocupas por el reglamento?

—Me preocupo por ti. Y por tu carrera. Después de lo que te pasó... —dejó la frase en suspenso.

—Lo que me haya pasado y me vaya a pasar solo a mí me concierne. Perdona si te lo digo.

—Pero me estás metiendo a mí de por medio. Si te ayudo, yo también soy responsable.

—Puedes decirme que no, pero deja ya de echarme el sermón.

Una camarera le preguntó a Tirelli si quería algo, él pidió una copa de vino blanco seco, que llegó con un plato enorme de canapés multicolores. Tirelli bebió un sorbo sin proferir palabra.

—¿Entonces? —preguntó Colomba impaciente—. ¿Vas a ayudarme o no?

—Voy a ayudarte... pero es la última vez, si no me proporcionas motivaciones válidas.

—Si las tuviera, te las daría. ¿Entonces?

—Le he preguntado a un colega mío de la Dirección General de Sanidad. Ningún médico del programa escolar tendría que haberse puesto en contacto con los padres con posterioridad —explicó Tirelli—. De hecho, no tenían acceso a los datos sensibles. Solo en teoría, no obstante, porque bastaba con que se los pidieran durante

la visita. ¿Alguien se puso en contacto con los Maugeri?

—Deja de hacerme preguntas —dijo Colomba—. ¿Has descubierto quién le hizo el reconocimiento?

Tirelli volvió a escrutarla unos instantes, luego le pasó un trozo de papel doblado en cuatro.

—Chiquilla, no hagas que me preocupe, ¿de acuerdo? —le encareció mientras se ponía de pie. Miró a Dante—. Y usted no la empuje a hacer demasiadas locuras.

Por toda respuesta Dante aspiró ruidosamente su cóctel.

Cuando Tirelli se hubo alejado, Dante agarró la notita.

—La fisura se ensancha.

Colomba se levantó.

—Saquémonos esta espina.

El médico de la notita se llamaba Marco de Michele y era internista en las Urgencias del Hospital de Sant' Andrea, en la Via Cassia, por la zona de Grottarossa.

Ya desde lejos, Dante se dio cuenta de que no podía ser el Padre. Demasiado joven, tendría unos cuarenta años. ¿Podía ser un cómplice?

Cuando salió a fumarse un cigarrillo con ellos, Dante observó todos sus movimientos. Prisa, cansancio, aburrimiento. No había signos de culpabilidad en sus hombros ni tampoco temor, salvo lo mínimo, debido al encuentro con una policía. De Michele dijo que no se acordaba de ninguno de los niños a los que había visitado dentro del programa escolar.

—A menos que se trate de ese niño que tenía un serio problema de *pectus excavatum*.

—El «pecho del zapatero» —explicó Dante—. Debido a la posición que mantenían mientras trabajaban, con el zapato presionando el tórax.

Colomba resopló. Algunas veces Dante le parecía una Wikipedia con patas.

—Estoy hablando de Luca Maugeri —le cortó.

—Ese nombre me suena de algo... —De Michele abrió los ojos de par en par—. ¿No es el niño asesinado por su padre?

Dante juzgó creíble su estupor e intercambió una mirada con Colomba, que asintió porque pensaba de la misma manera.

—No, solo es un homónimo —mintió ella—. ¿Había más doctores con cada niño?

—Estábamos tres, pero cada uno veía a un niño distinto simultáneamente. Se les iba llamando por número, igual que en Correos.

—¿Había personal médico o paramédico con ellos mientras esperaban? —preguntó Dante.

—No. Las enfermeras se limitaban a abrir la puerta de vez en cuando —se tocó la cabeza, incómodo—. ¿Le ha pasado algo a ese niño? ¿Le ha molestado alguien o...?

—Su madre ha recibido llamadas obscenas —dijo deprisa Dante.

De Michele sonrió.

—Soy gay. Pero tampoco he llamado al padre del niño, antes de que me lo pregunten.

Ya en el coche, en el tráfico monstruoso del Grande Raccordo Anulare, la

circunvalación, Colomba echaba de menos las luces de emergencia.

—Un callejón sin salida.

—Él no ha llamado, pero alguien lo hizo y sabía lo de la visita.

—Serán unas cien mil personas.

—¿Quieres abandonar?

—No. Miremos el listado de llamadas de Lucia Balestri y veamos si somos capaces de determinar quién fue —Rovere se lo había proporcionado con todo lo demás—. Seguro que no es nadie con antecedentes y no fue particularmente insistente, en caso contrario los compañeros se habrían dado cuenta.

—Eso en el caso de que alguien se haya tomado la molestia de verificarlo.

—Un mínimo de trabajo habrán llevado a cabo, porque de no haberlo hecho, el juez les podría dar por saco en la audiencia preliminar —olvidándose de que no llevaba un coche oficial, Colomba pisó el acelerador para adelantar, vulnerando ampliamente los límites de velocidad.

Dante se agarró al asiento con ambas manos.

—¿No es De Angelis el juez?

—Él es el juez instructor. ¿Cómo es que tú, que lo sabes todo, no conoces una mierda del procedimiento penal?

—Porque es aburrido y porque tengo un abogado para estas cosas. Oye, estás superando el límite.

—¿Vas a ponerme una multa?

—No, pero no quiero vomitar en el coche de alquiler. He dado mi tarjeta de crédito.

Colomba adelantó a un camión rozándolo con el espejo retrovisor. Dante bajó el cristal de la ventanilla y respiró a pleno pulmón.

—¿Te han dicho alguna vez que conduces como una borracha?

—Si quieres, te dejo bajar y coges un taxi.

Dante consideró la hipótesis.

—Estamos yendo en la dirección correcta, CC.

—Solo porque quieres que lo sea.

—No. No me equivoco. No sé decirte por qué, pero sé que me asusta.

Dante no dijo ni una palabra más durante el viaje y en la cena no comió prácticamente nada, solo miraba al vacío. Se negó incluso a subir en el ascensor y Colomba lo siguió durante los quince pisos de escaleras, que él subió a paso lento y con la mirada apagada, para meterse luego en la cama inmediatamente.

Colomba se quitó los zapatos y lo siguió, sentándose cruzada en la *chaise-longue*.

—¿Te acuerdas de si algún médico llamó a tu familia antes de tu secuestro?

—¿Ahora crees que existe algún nexo?

—No, pero te dije que lo verificaría todo, y es lo que quiero hacer.

—Ningún extraño se puso en contacto con mis padres en la época anterior a mi desaparición. Al menos eso es lo que ellos recordaban.

—Pásame el listado de llamadas de Balestri —dijo Colomba.

Dante se extendió sobre la cama y le lanzó el mazo de hojas grapadas. Para fastidio de Colomba, a quien le habría gustado tener el mismo superpoder: él siempre lo encontraba todo a la primera.

Dante volvió a sentarse en posición de faquir en el centro de la cama.

—Algunos testigos hablaron de un extraño coche delante de nuestra casa en los días anteriores a mi desaparición, pero nunca fue localizado y pudo tratarse de una trola.

—¿Y tu médico de cabecera? —dijo ella sin levantar los ojos.

—Muerto. En mi época, de todas formas, era normal que te visitaran en la enfermería del colegio. Se luchaba contra el raquitismo y los piojos.

—¿Te criaste en un barco pirata?

—Solo en pleno campo. ¿Cómo es que tus compañeros no han verificado los números?

—Se han concentrado en el día del homicidio y en eventuales llamadas repetidas en los días precedentes, o a horas extrañas. No se han puesto a comprobar todas las llamadas entrantes. ¿Tienes idea del tiempo que se necesita?

—Sobre todo si piensas que no vale la pena.

Colomba rodeó un número en el listado.

—Hay una llamada de un teléfono fijo de Roma que aparece por primera vez en el periodo que nos dijo la hermana, un viernes.

—¿A qué hora?

—A las dos y media del mediodía. Cuadra con el cierre de la tienda.

—Mira si hay más.

Colomba siguió recorriendo el listado. Leía solo el último número de la columna, para así acabar antes. El número del viernes acababa en nueve, y cada vez que Colomba se topaba con un nueve se paraba para verificarlo. Si hubiera tenido los datos en formato digital, habría podido realizar una búsqueda automática, pero Rovere había logrado hacerse tan solo con la copia en papel.

—Aparece otra vez el lunes siguiente. Fue ella la que llamó.

—¿Y luego nada más?

—No.

—Muy pocas apariciones para que llamaran la atención de tus, por el contrario, tan diligentes compañeros.

—Exacto.

Colomba cogió el portátil y comprobó el número en las páginas blancas.

—No aparece en el listín.

—Es él —dijo Dante.

—No te excites demasiado, la mayor parte de los números en la actualidad permanecen ocultos.

Dante salió a la terraza y se encendió un cigarrillo, Colomba llamó a Rovere para

pedirle que mandara identificar ese número.

La respuesta llegó a los pocos minutos, pero fue más complicada de lo que se pensaba. Hizo una señal a Dante, que entrecerró la puerta ventana y se quedó acurrucado en la silla de mimbre con las rodillas bajo la barbilla.

—¿Quién es?

—Skype —respondió Colomba—. Te haces abonado y te asignan un número local para llamar y recibir llamadas.

—Pero quien te llama no lo sabe —Dante se encendió otro cigarrillo—. El Padre sabe que Lucia Balestri está preocupada por los síntomas de autismo de Luca. Se pone en contacto con ella y se ofrece a ayudarla. Se reúnen en algún sitio y la convence de que no diga nada a nadie y no utilice el teléfono.

—O bien se trata de alguien que quiere ahorrar en el recibo.

—¿Un médico que llama desde su consulta? Muy creíble. Imagínate por un momento que alguien... no digo el Padre... se haya llevado al hijo de los Maugeri. Hacerse pasar por médico puede ser un buen sistema.

Colomba lo admitió de mala gana.

—Estaba con un hombre violento que no quería ni oír hablar de la enfermedad de su hijo —dijo—. Tal vez incluso fue ella la que sugirió verse en algún lugar aislado. Pero ¿cómo pudo alejarse sin que su marido se diera cuenta?

—¿Qué revelaron los análisis toxicológicos del marido?

—Alcohol y psicofármacos. Pero él los tomaba habitualmente debido al estrés.

—A lo mejor ella añadió más en la cerveza.

Colomba era escéptica.

—Y el secuestrador, ¿cómo pudo saber estas cosas del hijo de los Maugeri?

—Una vez localizada la presa, se informó al respecto. Los espío. Tuvo dos meses desde la visita escolar.

—Por ahora tan solo tenemos un número raro. Quizá podríamos llamar.

Dante negó con la cabeza.

—Lo he hecho hace cinco minutos. Inexistente.

—La próxima vez, dímelo. No es la forma ortodoxa de actuar.

—Estaba seguro de que el Padre lo habría desactivado.

—No te obsesiones con él.

—¿Crees que es una coincidencia?

Colomba se encogió de hombros.

—¿Sabes cuál es una de las primeras cosas que te enseñan cuando empiezas a realizar una investigación? A no obsesionarte con ninguna teoría, porque si crees demasiado en ella, comienzas a ver cosas que no existen.

Dante encendió otro cigarrillo con la colilla del anterior.

—También me lo dijeron cuando me escapé del silo.

—Sabes que no me refería a eso. Centrándonos en las hipótesis, ¿según tu opinión, el secuestrador vio al niño en el ambulatorio?

—Como yo no creo que se trate de un secuestrador cualquiera, sino del Padre, diría que no.

—Correría un riesgo mínimo, al mezclarse con la gente. Podría hacerse pasar por un amable abuelito.

—No —dijo secamente Dante—. Ha vivido sin ser molestado durante veinticinco años después de mi huida. No lo habría logrado si no fuera prudente hasta lo obsesivo. Y él, créeme, es muy obsesivo.

Colomba movió la cabeza. Se sentía siempre abatida cuando Dante hablaba del Padre con tanta seguridad.

—De todas formas, yo le echaría un vistacito a las cintas de vigilancia del ambulatorio del CSL.

Dante se dio la vuelta, con el cigarrillo a media asta.

—¿Qué has dicho?

—Debe de haber una instalación de cámaras de seguridad de algún tipo —aclaró Colomba—. Puedo pedirle a Rovere que consiga las cintas.

Dante tiró el cigarrillo sin apagarlo y entró corriendo. Aferró a Colomba por los hombros.

—Hemos de encontrar la forma de entrar en el ambulatorio —le dijo.

Ella se soltó, sorprendida por su vehemencia.

—Mañana por la mañana intentaré de nuevo hablar con el director...

—No. Ahora —la interrumpió Dante—. Mañana por la mañana podría ser demasiado tarde.

—A esta hora está cerrado.

—Consigue que te abran, CC. Es importante.

—Pero ¿puedes decirme qué pasa?

Dante se lo dijo. Colomba cogió el teléfono.

El ambulatorio del CSL donde habían hecho la revisión médica al hijo de los Maugeri se encontraba en un paralelepípedo deforme de cemento gris que daba a la Via Nomentana, en el cruce con la tangencial Este. Parecía un cubo de niño que hubieran metido en el horno, con burbujas y protuberancias diseminadas de forma aparentemente casual en las fachadas. Cuando Dante y Colomba llegaron, alrededor de medianoche, delante de la entrada estaba ya el coche patrulla de Alberti con las luces de emergencia encendidas. Fue a saludarlos acompañado por su compañero veterano, tan gordo que hacía que el uniforme pareciera a punto de estallar, y queapestaba a sudor: Colomba se dio cuenta de la clase de policía que era antes incluso de estrecharle la mano. Él sonrió y le miró las tetas haciendo como si nada.

—¿Y el médico?

Alberti se lo señaló. De Michele estaba junto al vehículo, algo molesto.

Ella lo alcanzó y le estrechó la mano.

—Gracias por haber venido.

—Su compañero ha dicho que era muy importante. Por eso me imagino que el niño sobre el que me preguntaron no es un homónimo. Se trata justamente del que fue asesinado por su padre.

—Aún no lo damos por muerto.

—¿Y qué tengo yo que ver?

—Usted, nada.

El vigilante nocturno llegó en ese momento para abrir el portón y Colomba se fue hasta el coche y repiqueteó en la ventanilla de Dante. Se había quedado a bordo, echado sobre el asiento igual que una bolsa deshinchada.

—Solo faltas tú —le dijo.

—Será mejor que vengamos en otro momento.

—Mañana la mitad de los responsables del CSL llamarán a Rovere para quejarse, y no podremos volver a pisar este sitio durante el próximo milenio.

—*Verdaderamente*, a mí no me necesitas.

—Baja. No me hagas utilizar las manos.

Dante suspiró.

—Hagámoslo deprisa —dijo.

Antes de salir del hotel se había tomado un cóctel de píldoras y gotas que habría tumbado a un buey, pero la adrenalina seguía neutralizando sus efectos. Su termómetro interior estaba en el diez con creces: un poco más y le saldría vapor por

las orejas. Colomba lo agarró del brazo, guiándolo hasta la entrada. El vigilante abrió la puerta y accionó el interruptor de las luces interiores. Los neones del atrio se fueron encendiendo uno tras otro.

De Michele miró la cara pálida de Dante.

—¿Se encuentra bien?

—No, enséñeme el camino —dijo con voz ahogada.

—¿Qué camino?

—El que hicieron los niños con sus familias.

De Michele se quedó perplejo un instante, luego los condujo por el atrio del entresuelo. Al fondo se veían las ventanillas de admisiones y de información al público. Se habían quedado a oscuras y Colomba pensó en *The Walking Dead*, donde los supervivientes a los zombis se refugiaban en los edificios públicos abandonados. Con su trabajo había ido a menudo a lugares extraños, a veces peligrosos, pero aquel tenía un encanto particular.

—Se entra por aquí —dijo De Michele— y se sube al primer piso en ascensor o por las escaleras.

—Escaleras —barbotó Dante. El atrio le parecía una caverna gris y sofocante. Esforzándose por controlar la respiración, subió los peldaños a la carrera, casi precediéndolos a todos—. ¿Y luego? —preguntó entre jadeos. El pasillo era un pasaje con una única ventana. La negrura de la noche presionaba contra los cristales.

—Su compañero tiene la respiración agitada —le dijo De Michele a Colomba.

—Porque está contento. ¿Y ahora? —contestó ella.

De Michele señaló las dos puertas a ambos lados del pasillo, en cuyas paredes había dibujos de niños con insectos y flores.

—Aquí estamos en la sección de medicina escolar, del otro lado están las consultas —abrió una, descubriéndose una sala cuadrada con otra puerta y una hilera de sillas a cada lado—. Aquí los niños y sus familias esperan hasta que se les llama.

—¿Qué consulta utilizó usted? —dijo Dante con un hilo de voz.

—Mmm... esa —era la central.

Dante salió al galope. Superó la primera puerta, cruzó la sala de espera y entró de sopetón en la consulta, abriendo de par en par la puerta blanca. Era una caja oscura. Dante se quedó quieto, sudando frío, hasta que los demás lo alcanzaron y encendieron la luz. En la habitación había una mesa de metal con dos sillas enfrentadas, una camilla y una mampara para desnudarse. Una puerta ocultaba un pequeño lavabo. Dante levantó la ventana de guillotina y respiró a pleno pulmón el aire húmedo. Saltó inmediatamente la alarma.

—Coño —dijo Colomba.

La radio de Alberti chirrió. Era el compañero veterano.

—Listillos, acordaos de que la alarma perimetral está conectada —dijo.

Colomba le arrebató la radio a Alberti.

—Haz que el vigilante la desconecte.

—No puede desde aquí, la controla la central.

—Entonces llama a la central. Espabila.

—A la orden.

La sirena siguió sonando un minuto más. Dante mantuvo durante todo ese tiempo las manos apretadas contra las orejas, imitando *El grito* de Munch. Cuando el sonido cesó, empezó a examinar de nuevo la habitación. Detrás de la mesa buscó una posición que permitiera ver tanto la silla de los pacientes como la camilla. *Desde arriba*, pensó. Levantó la vista y vio la rejilla del aire acondicionado. *Tan banal...* Se la señaló a Colomba.

—Desmontadla.

—¿Estás seguro?

Dante no respondió, salió corriendo y dio un portazo tras de sí.

—¿Siempre actúa de esta forma? —preguntó De Michele.

—Solo en sus mejores días —dijo Colomba. No alcanzaba la rejilla ni siquiera levantando los brazos. Arrastró la mesa y se subió encima. Ahora la rejilla estaba a la altura de su rostro, pero más allá solo se veía la oscuridad. Estaba fijada con cuatro tornillos de estrella.

—¿Quiere que le eche una mano, doctora? —preguntó Alberti.

—¿Llevas un destornillador en el bolsillo?

—No.

—Yo sí —dijo De Michele—. Fui *boy-scout*. *Siempre listos* —le lanzó una navaja multiusos suiza—. Pero ¿exactamente qué espera encontrar?

Colomba seleccionó una hoja con la punta plana.

—Yo espero no encontrarme nada.

Pero algo había allí y Colomba se dio cuenta en cuanto giró el primer tornillo. Se movía con excesiva facilidad, alguien la había abierto hacía poco. Sacó el tercer tornillo e hizo girar la rejilla utilizando el cuarto como perno. Y la vio.

En el hueco del aire acondicionado, fijada a la pared con cinta adhesiva, había una cámara de vídeo.

Dante se había fumado el último cigarrillo del paquete cuando Colomba salió con dos vasitos de café.

—La máquina de la planta baja está encendida —dijo mientras le tendía uno.

—¿Quieres envenenarme?

—Lo bebe un montón de gente y no se muere.

—Hay un montón de gente que bebe el agua del Ganges.

—Menudo rollo —Colomba vertió el contenido del segundo vaso en el primero y se lo bebió de golpe—. Lo importante es que te mantenga despierto.

El inspector Dino Anzelmo, de la Policía Postal y de Comunicaciones, llegó hasta ellos. Era un treintañero con aire de estudiante repetidor que llevaba gafas de montura negra. Rovere lo había enviado hasta el lugar, y él había llevado consigo a un par de subordinados y una orden de registro.

—Hemos encontrado huellas —dijo Anzelmo—. Las había borrado de la cámara, pero no de la cinta, y también hay una parcial en la pared —levantó la PDA que llevaba en la mano, una terminal conectada al AFIS, el sistema de identificación de las huellas—. Y hemos tenido suerte.

—¿Está fichado? —preguntó Colomba.

—Fue detenido por lesiones con agravantes hace quince años —respondió Anzelmo—. Y tuvo una denuncia por juegos de azar. Ningún delito sexual, pero espionando es un profesional: la cámara contaba con un sensor de movimiento. Si no había nadie en la habitación, permanecía en espera.

—¿Cuántos años tiene? —dijo Colomba.

—Cincuenta —respondió Anzelmo leyendo en la pantalla, luego le pasó el terminal. Colomba vio a un hombre con perilla y el pelo corto, medio canoso. Se llamaba Sabino Montanari, nacido y residente en Roma. Divorciado, sin hijos.

—Trabaja aquí, ¿verdad? —preguntó Dante.

—Es enfermero —respondió Anzelmo—. Tendría usted que trabajar de policía.

—Solo me alistaría en caso de guerra.

Anzelmo parpadeó con perplejidad y prefirió dirigirse a Colomba.

—He avisado al magistrado, quien ha dispuesto prisión cautelar. He hablado de una denuncia anónima, ya veré cómo puedo inventarme alguna.

—Gracias —dijo Colomba, que sabía a lo mucho que se arriesgaba Anzelmo cubriéndola. Dante la tironeó del brazo e hizo que se alejara unos pasos.

—No te imaginaba yo tan patriótico —observó ella.

Dante la miró sin entenderla.

—¿Patriótico?

—Has dicho que solo te alistarías en caso de guerra.

—Solo porque en la guerra mueren más civiles que soldados, ¿no lo sabías? Tengo que hablar con él.

—¿Con quién?

—Con Montanari.

—Olvídate del tema. Lo van a detener los compañeros y lo interrogará el juez.

—El Padre se ha servido de él para llegar hasta Luca Maugeri.

—Aunque exista una conexión entre la cámara de vídeo y el secuestro, Montanari puede haber actuado solo.

—Si ha sido él y Luca es lo que quería, ¿por qué no ha sacado la cámara?

—A lo mejor es que no le ha dado tiempo.

—¿Estaba encendida o apagada?

—Encendida.

—La batería no dura cuatro días. Montanari es un intermediario del secuestrador, tanto si quieres creer que es el Padre como si no. Y si dejas que acabe en la maquinaria de la justicia, estamos jodidos. Para hablar con él tendré que esperar a que lo excarcelen.

Colomba levantó los ojos al cielo y regresó hasta donde estaba Anzelmo.

—¿Qué te ha dicho Rovere?

—Solo que te eche una mano aquí.

—Entonces sigue echándome esa mano. Déjame que esté presente en la detención.

Anzelmo negó con la cabeza.

—Estás fuera de servicio —y *también sé por qué*, añadió en su cabeza.

Colomba no se dio por vencida.

—Para Montanari tan solo seré otra policía que le hace preguntas. Ni siquiera se le pasará por la cabeza decir que yo estaba allí, si nadie se lo pregunta. ¿Y quién coño iba a preguntárselo? Venga, compañero, no te hagas de rogar.

Anzelmo señaló a Dante, que se había quedado a unos pasos de distancia.

—¿Y él?

—Se quedará en el coche.

—Y te quedarás tú también allí hasta que le ponga las esposas, ¿vale? Porque si ese tipo tiene una pistola y te dispara, a mí me tocaría hacer desaparecer tu cadáver.

—Okey —dijo Colomba. Mantuvo el rostro impassible, pero incluso desde donde se encontraba, Dante se dio cuenta de que estaba mintiendo.

Montanari vivía en la Via Salaria y no respondió al timbre. Alberti y su compañero veterano hicieron saltar la cerradura con un pequeño ariete y se apartaron para dejar paso a Anzelmo y Colomba, pistola en mano.

Anzelmo se detuvo inmediatamente después de la entrada, apuntando el arma hacia el centro de la habitación y gritando:

—¡Policía! ¡Sal de ahí con las manos en alto!

Cada vez que pronunciaba esa frase le parecía estar en una mala película, pero nunca había encontrado otra distinta que fuera tan eficaz. Por suerte, dada la naturaleza de sus tareas, no era algo que le ocurriera a menudo, y la pistola la había disparado solo en el campo de tiro. Colomba, en cambio, le parecía alguien que disparaba la pistola hasta para abrir las botellas en casa. Anzelmo estaba sorprendido al verla tan activa después de lo que decían que le había pasado. Incluso demasiado activa. Nada más llegar al edificio, se había bajado del coche, dejándolo en medio de la calle, y había empezado a llamar a los telefonillos de los vecinos para conseguir que le abrieran.

Anzelmo había ido corriendo a su lado.

—¿Te has olvidado ya de que tenemos un acuerdo?

Colomba lo había ignorado. Una voz de mujer había surgido del telefonillo, y Colomba había contestado de inmediato.

—Me he quedado fuera. ¿Puede abrirme, por favor?

—Caselli... ¿me estás escuchando? —había dicho Anzelmo, sintiendo que estaba tratándole como a un idiota.

El portón se había abierto y Colomba había entrado de golpe, deteniéndose a examinar los buzones de correos. Los dos compañeros lo habían mirado con perplejidad.

—No debería venir con nosotros —había dicho uno de ellos.

—¿Quieres intentar convencerla tú? —había respondido Anzelmo.

El otro había dado un paso atrás.

—No.

Después de Colomba, en el apartamento de Montanari entraron los dos compañeros de Anzelmo y, cerrando el grupo, Alberti y su socio.

—No está —dijo Colomba, metiendo de nuevo la pistola en la funda del cinturón.

Anzelmo, que había mirado hasta en el baño, hizo lo mismo con su arma reglamentaria.

—Voy a pedir que emitan una orden de busca y captura —dijo.

—¿Tú crees que se ha olido algo? —preguntó un compañero suyo—. Son las dos de la madrugada.

—A lo mejor nos ha visto en el ambulatorio —respondió Anzelmo.

Colomba había empezado a inspeccionar el apartamento, mirando a su alrededor.

—Yo diría que no ha hecho las maletas —echó un vistazo al único armario, cerrado y torcido—. ¿Tenéis un par de guantes?

Anzelmo levantó los ojos al cielo.

—Caselli, para ser alguien que no tendría ni que estar aquí, estás armando una buena.

—Guantes —repitió ella.

Un compañero de Anzelmo le lanzó una cajita de guantes de usar y tirar. Colomba se colocó un par y abrió el armario, observando con atención. Le pareció que entre la ropa no había huecos importantes. Cuando alguien huye deprisa siempre deja un caos notable: el armario, en cambio, como el resto de la casa, estaba bastante ordenado.

—Mira esto —dijo un compañero. Había abierto la despensa poniendo al descubierto un pequeño escritorio extraíble con un portátil. El portátil estaba conectado a un lector de MiniDV, como los que utilizaba la videocámara requisada.

—Si ha huido, no ha pasado por casa —dijo Colomba—. En caso contrario se lo habría llevado —se acercó y levantó la pantalla del *notebook*, que se encendió mostrando el menú inicial de Windows.

—No pierdas el tiempo —dijo Anzelmo—. Me lo llevo todo al laboratorio. Luego ya te contaré qué había, si quieres.

—¿No puedes hacer un primer examen aquí? —preguntó Colomba—. Total, tenemos que esperar, no sea que Montanari regrese.

—Pensaba dejar una patrulla —respondió Anzelmo. Aun así hizo un rápido recorrido por el disco duro—. Tiene un programa de edición de vídeo, pero no hay películas. Las tendrá en la red. O en un dispositivo externo. De todas formas, si el contenido ha pasado por el ordenador, encontraremos su rastro.

—¿No puedes hacerlo aquí? —se informó Colomba.

—No. Antes tenemos que hacer un *back-up* completo y grabar el contenido tal y como está. Y, de todas maneras, yo no soy ningún técnico. Ciertas cosas se las dejo hacer a ellos.

Colomba lo observó.

—¿No eres un *hacker* o algo parecido?

—¿Tendría que serlo?

—Eres de la Postal, os pasáis el tiempo con los ordenadores.

—Y tú eres de Homicidios y pasas un montón de tiempo con cadáveres. ¿Eres patóloga?

—Buen argumento —Colomba cerró el ordenador y lo desenchufó de la pared.

—Si estás pensando en llevártelo de aquí, te juro que esta vez voy a atarte a un

radiador —dijo Anzelmo.

—Solo hasta la calle.

Se montaron en el monovolumen de Colomba. Dante y ella detrás, Anzelmo observándolos por encima del respaldo.

Dante había tomado el control del panel táctil y empezó a abrir y cerrar carpetas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Colomba, que, a partir de cierto momento, había dejado de seguirlo.

—Busco la memoria de ejecución de programas, para entender cómo han sido utilizados en el último periodo.

—Eso podía haberlo hecho yo también —objetó Anzelmo desde lo alto, intentando ver algo.

—Ya le dejaré luego jugar todo el rato que quiera —concedió Dante.

—Quiero que él se haga una idea —dijo Colomba.

—¿Es un *hacker*? —preguntó Anzelmo, imitándola.

—No, pero fue él quien encontró la cámara.

—Pero es que nosotros no la buscábamos —se justificó Anzelmo.

Dante se rio con sorna.

—Eso es... Okey. Montanari se conectó a Internet utilizando Tor.

—¿Y eso qué es? —preguntó Colomba. Ella sabía utilizar el ordenador, pero cuando se entraba en detalles técnicos dejaba ya de entender.

—Un programa para convertir en anónimas las conexiones —respondió Anzelmo.

—Muy bien —dijo Dante—. Y con el que puedes visitar páginas que de otro modo no encontrarías.

—Darknet —comentó ella.

—Por favor... ese es un término de periodistas...

Anzelmo asintió.

—En páginas anónimas, si tienes el acceso, puedes comprar en red cosas que son ilegales en casi todos los países del mundo. Armas, drogas...

—Y pedofilia —concluyó Colomba.

—Exacto, aunque la mayor parte de la gente utiliza Tor para descargarse películas piratas —precisó Dante—. No sabemos a qué servidor se conectaba Montanari ni tampoco dónde tenía sus cosas. Pero... veamos... tiene una cuenta PayPal. Y un recibo de pago de Marcus Welby, un americano, a través de una tarjeta de crédito virtual emitida en las Caimán. Diez mil euros. Caramba. Los otros movimientos no puedo verlos sin su contraseña.

—¿Existirá ese tal Welby? —preguntó Colomba.

—Si vas a tener que usar tu nombre de verdad, tanto da que utilices una tarjeta de crédito normal —respondió Dante—. Es el alias de uno de sus compradores.

—¿Crees que vendía las filmaciones? —indagó Colomba.

—En tu opinión, ¿qué hacía con ellas?

—A lo mejor le gustaba mirarlas —dijo Anzelmo.

—¿Había fotos de niños en casa, aunque fueran inocentes? ¿En las paredes? ¿En la nevera? —quiso saber Dante.

—No —contestó Anzelmo.

—¿Juguetes, prendas, tebeos para niños?

Colomba negó con la cabeza.

—En cambio tiene cuatro aplicaciones distintas para casinos online. Es un jugador compulsivo, necesita dinero.

—¿Algo más? —preguntó Colomba.

—Tiene un único perfil en Skype. Pero no lo ha utilizado en los últimos seis meses. Y ningún abono para llamar a números locales.

—¿Por qué pensaba que iba a tenerlo? —preguntó Anzelmo.

Dante y Colomba intercambiaron una mirada y no contestaron.

—Pero ha utilizado un programa para chatear —dijo Dante.

—¿Puede ver lo que ha escrito?

—No. Eso lo borró. El último con quien ha chateado hoy se hace llamar Zardoz. Y tengo la dirección desde la que se ha conectado.

Le enseñó a Colomba la sarta de números que revelaba la identidad del servidor desde el que se había puesto en contacto con Montanari, luego la tecleó en el navegador de su iPhone para comprobar la procedencia.

—Es un servidor Tor —dijo tras unos instantes. Hablaba haciendo un esfuerzo, como distraído por un pensamiento repentino.

Colomba se dirigió a Anzelmo.

—¿Hay algún modo de llegar hasta la identidad de Zardoz?

—No, porque el servidor Tor borra los *log* de las conexiones —respondió Anzelmo—. Pero a lo mejor Montanari sabe quién es. Esperemos a detenerlo y él nos lo dirá.

—¿Puedo hablarte en privado? —le dijo Dante a Colomba.

Ella miró a Anzelmo.

—Si me marchó, me llevo el ordenador —dejó bien claro él, molesto.

Dante se lo dio sin mirarlo siquiera.

—Por favor.

Anzelmo lo cogió y se bajó.

—¿Qué pasa? —preguntó Colomba cuando se quedaron solos.

—¿Has visto la película *Zardoz*? —preguntó Dante.

—Nunca he oído hablar de ella.

—Es una película de ciencia ficción de los años setenta, con Sean Connery.

—Qué buenorro.

—Tiene más de ochenta años.

—Sigue estando buenísimo. ¿Y?

—La película habla de una sociedad del futuro dominada por un falso dios que se hace llamar Zardoz, cuyo personaje está inspirado en el Mago de Oz. Se presenta como una máscara enorme con voz atronadora, que es una especie de nave espacial.

—¿Y tiene algo que ver con nosotros?

—Sí. Zardoz exige al pueblo sometido un tributo específico. Trigo. Los esclavos llenan la máscara nave espacial de trigo al principio de la película. La máscara no es otra cosa que un silo volante, CC. Zardoz es el Padre. Y Montanari puede llevarnos hasta él.

Sabino Montanari estaba sentado en su Stilo de metano aparcado junto a un guardacantón de la tangencial, frente a la escalinata que llevaba a la estación de Tiburtina. Hasta dos años antes poseía un Mercedes, pero lo había perdido en el juego, una pieza cada vez, del mismo modo que el apartamento que se había comprado cuando las cartas aún le sonreían. Ahora vivía en un monocal alquilado, tan alejado del ambulatorio que tardaba dos horas en llegar. Dos jodidas horas de su vida que se perdían cada mañana y una hora por la noche, cuando regresaba. Siempre pensaba en ello. Cada día. Había soñado con dejar el trabajo estable en cuanto hubiera ahorrado algo de dinero, pero las cosas habían salido al revés.

Por eso había empezado con los vídeos, aunque a él esas cosas solo le daban asco. La cámara de vídeo que había colocado en Ginecología sí que le proporcionaba material divertido de tanto en tanto... pero ¿Pediatria? Pura mierda. El problema era que los vídeos de las mujeres con las piernas abiertas no valían nada. Si intentabas colocarlos en el mercado, como mucho encontrabas a alguien que proponía intercambiarlos con los suyos. Pero los niños...

Los niños eran oro.

Por regla general, los niños se quedaban vestidos y los pediatras les miraban las amígdalas. Solo de vez en cuando se quitaban la camiseta y aún era más raro que se bajaran los pantalones para dejar que les examinaran las partes. Esas piezas las vendía a cien euros el minuto y siempre había alguien que las pedía tras la previsualización gratuita. Luego había hecho su aparición Zardo. Su usuario era un número asignado por el sistema y Montanari no sabía cómo se llamaba de verdad. El sistema únicamente decía que estaba en el servidor desde hacía más de un año y que ya había efectuado compras sin problemas a vendedores que aún estaban activos. Era una información importante, le daba a Montanari la razonable certeza de que no se trataba de un poli de la Postal que intentaba joderlo. Zardo le había comprado un par de minutos, luego le había hecho una oferta demasiado buena para ser cierta: la filmación integral por un *forfait* de diez mil euros. Montanari sabía que existían ricachones que visitaban la página con frecuencia, pero la mayor parte de los clientes no se lo gastaba todo con un vendedor, quería variedad. En cambio, Zardo también quería las partes muertas de la película, donde las madres saludaban a los médicos y cosas así. Montanari había sido escéptico hasta que el dinero fue depositado en su cuenta de PayPal.

Mátate a pajas, le había deseado al subir el documento, pero Zardo dio señales

de vida una vez más. Y otra. Al final, Montanari le sacó treinta mil euros, la mitad de los cuales se los fundió en un mes sobre un tapete verde en la trastienda de una carnicería. Solo por esto, cuando Zardoz le pidió un encuentro cara a cara, Montanari se planteó la posibilidad, lo que era contrario a todas las reglas de supervivencia, como sabía a la perfección cualquiera que hiciese negocios en la red. Cuando vendía, Montanari lo hacía a través de un servidor en cualquier lugar del mundo, al que llegaba mediante una conexión protegida. Era facilísimo, una vez sabías cómo hacerlo. Se lo había explicado uno que lo desplumó en el póquer Texas Hold 'em y que vendía anfetaminas por Internet. Y él no sabía siquiera quiénes eran sus clientes, le dijo. Anotaba el pedido, esperaba el dinero y cuando llegaba expedía la mercancía por correo, poniendo en el remite una empresa inexistente. La conexión protegida se alquilaba por cuatro perras, también online. Pasabas por un servidor que te hacía anónimo. En caso de que la Policía Postal te tuviera bajo control, seguiría tus pasos solo hasta allí. De ahí en adelante, eras invisible.

Reunirse con los clientes en persona, sin embargo, era como jugar a la ruleta. Si te tocaba un número equivocado, te encontrabas a la pasma esperándote. Pero el comprador le salió con una petición típica de la gente como él. Quería la exclusiva de lo que compraba. La exclusiva de lo que Montanari vendía. Por eso le iba a proporcionar una cámara de vídeo sellada, junto con el dinero. Montanari le pidió que la dejara en algún sitio, pero el comprador se negó. Era demasiado caro el aparato, demasiado arriesgado en caso de que alguien la encontrara. Tenían que verse. Montanari pensó en negarse, luego la idea del dinero que Zardoz había prometido esta vez —otros cuarenta mil, de golpe— fue la que ganó. Y si se tratara de la pasma..., él no tenía nada consigo y todas sus cosas estaban online, en un disco virtual anónimo. En caso de que lo detuvieran, no tendrían pruebas en su contra.

Zardoz se había citado con él a la una de la noche. Aún faltaban diez minutos y Montanari empezaba a tener sueño. En mitad de un bostezo percibió por el retrovisor a alguien que caminaba hacia su coche. Desde allí no lograba distinguir su cara, tan solo veía que parecía alto y con un impermeable elegante cerrado hasta el cuello. Cuando golpeó el cristal con una mano enguantada, Montanari comprendió que se trataba de él. Bajó la ventanilla.

—¿Sí? —dijo con vaguedad. También la descripción que había dado de sí mismo había sido decididamente vaga. Tan solo el lugar era el acordado.

—Creo que usted me está esperando —dijo el hombre del impermeable.

—Es posible —respondió Montanari.

—Zardoz. Déjeme subir y hablaremos de dinero.

Montanari dudó. La voz de Zardoz era fría y cortés. Se esperaba a un maníaco jadeante.

Hizo saltar el cierre y cuando Zardoz estuvo a bordo Montanari vio que era un viejo. *Un viejo y rico perverso*, pensó.

El viejo clavó los ojos en los suyos. A la luz de la farola brillaban con un azul

eléctrico.

—Ha sido muy amable al reunirse conmigo avisándole con tan poco tiempo — dijo.

—No lo he hecho por amabilidad, sino por dinero.

—Y me imagino que no llevará consigo nada comprometido.

—¿Me ha tomado por un gilipollas?

—No. Obviamente no.

—¿Dónde está la cámara de vídeo? ¿Es tan pequeña que cabe en el bolsillo?

—Era tan solo una excusa para poder vernos, me temo —dijo el viejo. Luego hizo un gesto demasiado rápido como para que Montanari apenas pudiera percibirlo. Sintió un frío repentino en la garganta. El frío se convirtió en hielo en un instante, luego en dolor abrasador.

Montanari abrió la boca para decir algo pero descubrió que estaba llena de sangre y que ya no lograba respirar. El viejo tenía en la mano algo brillante. Se lo metió de nuevo en el bolsillo del impermeable, que ahora goteaba sangre. Su sangre.

El viejo se agachó sobre él, le bajó la bragueta y le sacó el miembro. Montanari intentó alejarlo, pero las manos ya no le respondían.

El viejo lo miró.

—No se preocupe, no pretendo abusar sexualmente de usted. Es solo para quien lo encuentre, ¿comprende?

Pero Montanari ya no entendía nada, salvo que los pensamientos parecían escapársele junto con la sangre de la garganta cortada. El último fue para la partida en la que no iba a participar al día siguiente. Imaginó la que iba a ser su mano afortunada, con una escalera real de picas. El negro de las cartas le llenó los ojos y la mente.

El viejo sacó del bolsillo una bolsa de plástico de la que extrajo un pañuelo de papel sucio y un sombrero que dejó sobre el asiento. Luego abrió el envoltorio de un preservativo y lo colocó, en la medida de lo posible, en el miembro de Montanari. Inmediatamente lo quitó y lo metió en una bolsa. Después de todo eso, se alejó de allí a paso ligero.

Desde fuera, apoyado en la ventanilla, parecía que Montanari estaba durmiendo.

El registro había terminado y Colomba empezaba a notar el sueño perdido. Se acercó hasta Anzelmo, en el apartamento.

—¿Habéis descubierto algo más? —preguntó.

Anzelmo dijo que no.

—Y a Montanari tampoco. Hemos activado la orden de detención, pero por ahora no hay ningún aviso.

Colomba miró atentamente el apartamento revuelto.

—Por lo que aquí se ve, no tiene bastante dinero como para huir al extranjero.

—A menos que lo haya conservado todo.

—Creo más en la teoría de Dante, que se lo ha jugado.

Anzelmo se frotó una mejilla, con malestar.

—Perdona que te lo pregunte, Caselli. Pero, exactamente, ¿él quién es?

—Es una larga historia que no tengo ganas de explicar.

—Muy amable —dijo Anzelmo—. Recuérdame que siga haciéndote favores.

Colomba le apretó el brazo.

—Perdona. Cuando todo esto termine te invitaré a una copa.

Anzelmo sonrió.

—Cuento con ello.

—Pero no te imagines cosas raras.

En ese momento uno de los hombres de Anzelmo entró corriendo.

—¿Qué pasa?

—Montanari. Lo han encontrado en la Tiburtina. Fiambre.

Colomba dio un puñetazo en la pared.

—Joder, no.

—¿Qué está pasando, Caselli? —preguntó Anzelmo, nervioso.

Colomba le apuntó con un dedo en la cara.

—Dante y yo no estábamos aquí, ¿está claro?

—No es necesario que me lo digas. Ya estoy con la mierda hasta el cuello.

Ella volvió abajo a la carrera y obligó a Dante a subir al coche de nuevo antes de explicarle qué había ocurrido.

—¿Qué hacemos? —preguntó Dante, con el estómago en un puño.

Colomba salió pitando.

—Vamos para allá.

—¿No podemos ahorrarnos ese cadáver?

—Si quieres, te dejo abajo.

—No, no. Está bien.

Colomba se quedó muda durante el resto del viaje y Dante se recluyó en sus pensamientos, tan oscuros que su termómetro interior hervía. Engulló un Xanax, que empezó a hacerle efecto cuando llegaron a su destino.

El tramo de la calzada junto al guardacantón de la tangencial ya había sido cerrado y dos agentes de la Policía de Carreteras derivaban el tráfico. Colomba agitó ante sus narices su identificación, aminorando apenas, y dejó el coche un poco antes de la zona acordonada: bajó de un salto, sin esperar a Dante. Él fue tras ella, con las piernas de gelatina. A pesar de la hora, una pequeña multitud de curiosos se amontonaba alrededor del guardacantón, escrutando por detrás del cordón. En medio de ellos, un par de fotógrafos de agencias disparaban ráfagas de fotos aguardando la autorización para aproximarse. Agentes uniformados hablaban por radio y por los móviles; los empleados de una ambulancia, a la espera del levantamiento del cadáver, bromeaban entre ellos.

Dante pensó que ese había sido el mundo de Colomba hasta lo que ella llamaba el Desastre y se preguntó si lo echaría de menos. A él le parecía un sueño extraño, con los focos de los generadores que aplanaban los colores y lo hacían todo irreal. El cono de luz estaba enfocado hacia el coche de Montanari, que brillaba y desprendía un ligero vapor. A una distancia de diez metros, Dante ya percibió una forma oscura tras la ventana del conductor y se percató de que era la cabeza del muerto. Su primer muerto que no fuera en una fotografía. Volvió a aminorar el paso.

Junto al coche de Montanari había dos de la Científica con el inspector jefe Infanti, de la sección tercera. Infanti había sido el segundo de Colomba durante tres años, y también un amigo, pero como el resto de los compañeros no había vuelto a verla desde que salió del hospital. Se había tenido que contentar con las noticias periódicas de Rovere, el único al que, de tanto en tanto, ella contestaba al teléfono. Por eso, cuando la vio correr en su dirección, pensó que el cansancio le gastaba una broma. La reconoció de verdad solo cuando lo apartó empujándolo para mirar dentro del coche, y se detuvo justo a un milímetro de invadir el área sagrada de reconocimiento.

—¿Qué sabes? —le preguntó.

Infanti se recuperó de la sorpresa.

—Colomba... ¿Es que has vuelto al servicio?

Colomba apartó con esfuerzo los ojos del coche para posarlos sobre él.

—No.

Infanti movió la cabeza, aturdido. Veía a Colomba más delgada, aunque en forma. Parecía la de siempre, no aquel andrajo macilento en la cama del hospital. La habría abrazado, pero ella estaba tensa igual que una sogá, por eso se mantuvo a la debida distancia.

—Vaya susto me has dado.

—Lo siento. Ahora, cuéntame.

—Nos acaba de llegar la autorización para el levantamiento. Le han seccionado la carótida con una hoja afiladísima.

—¿Un bisturí? —preguntó Colomba, cada vez más tensa.

—Puede ser. Tenía la picha fuera y restos de algo que parece espermicida. En el coche había un sombrero de mujer, el envoltorio de un preservativo y un pañuelo sucio de carmín —señaló hacia la calle—. Ha venido hasta aquí con una prostituta, ella ha empezado a hacerle una mamada, luego han discutido sobre el dinero y ella le ha cortado el cuello. O a lo mejor ya tenía en la cabeza matarlo, vete tú a saber.

—Qué casualidad, precisamente esta noche —dijo Dante, que por fin había llegado.

Infanti lo miró con estupor.

—¿Él viene contigo? —le preguntó a Colomba.

—Sí. ¿Has dicho que encontrasteis el envoltorio de un preservativo? —dijo Colomba.

—Sí.

—¿Y el preservativo?

—No lo hemos encontrado. Tal vez la prostituta se lo ha llevado. Por el ADN.

—Vaya, ¿la furcia deja un pañuelo sucio y se lleva el preservativo? —intervino de nuevo Dante—. Un poco raro, ¿no le parece?

—¿Se puede saber quién coño es usted?

Dante señaló a Colomba.

—Un amigo suyo.

Un vehículo camuflado con luz de emergencia estacionó y de él bajó Rovere.

—Ha llegado el jefe —dijo Infanti.

Colomba eligió ese momento para hacer que le entrara un ataque. Lo había contenido durante todo el viaje, combatiéndolo con la fuerza de voluntad, pero a la vista de Rovere, cedió.

El mundo se distorsionó a su alrededor mientras un par de brazos graníticos le cerraron el pecho. Se deshizo de su compañero y salió corriendo en apnea hasta la pequeña travesía oscura. Las sombras brotaron del asfalto y la asaltaron, los oídos le estallaron por los gritos. Colomba golpeó la pared con la cabeza y cayó al suelo. La respiración volvió junto con una oleada de llanto. Se quedó de rodillas en la acera, gañendo como un perro herido, incapaz de recuperar el autocontrol.

—Dios mío —dijo entre sollozos—. Dios mío.

Dante tenía razón. Existía un secuestrador despiadado que se movía entre las sombras. Existía de verdad. Todo lo demás podía descartarlo como una coincidencia, una sugestión inducida por la obsesión de Dante, el efecto del miedo que había sentido por él cuando fue corriendo hasta su casa pistola en mano. Pero la muerte de Montanari, eso no. No podía ser una coincidencia, ni siquiera para el más idiota de los agentes. Y ella no era una idiota, aunque en ese momento le habría gustado serlo.

Se habían acercado hasta el verdadero secuestrador por detrás de la increíble cortina de humo que había creado, y este había reaccionado cortando el único vínculo posible con él. Era un monstruo y ellos, hostigándolo, lo habían obligado a reaccionar, a sembrar sangre y muerte. El aliento volvió a faltarle. Se mordió la lengua y el sabor de la sangre le llenó la boca. Escupió y empezó a respirar. *Zardoz*, pensaba. *Zardoz*.

Una sombra se recortó contra la luz de la farola y Colomba casi volvió a ahogarse antes de darse cuenta de que se trataba de Rovere, que se agachaba preocupado hacia ella.

—¿Colomba? ¿Te encuentras mal?

Le tendió una mano para ayudarla a levantarse, pero ella la ignoró y se sentó contra la pared.

—Es culpa suya, coño —sollozó.

—¿De qué estás hablando?

Colomba giró la cabeza para mirarlo, el rostro embadurnado de lágrimas y polvo.

—¡Ha dejado que fuera yo quien se ocupara de la investigación! ¡Y no oficialmente, sino a escondidas, para poder joder mejor a Santini! ¡Y este es el resultado!

Rovere se agachó aún más hacia ella.

—¿Estás segura de que este homicidio está relacionado con el secuestro de Maugeri?

Colomba se secó los ojos.

—Claro, coño. ¡Pero no tengo forma de probarlo! Si hubiéramos encontrado con vida a Montanari, habríamos podido utilizar lo que nos dijera, llevarlo hasta el magistrado para que lo tomara en consideración. ¡Pero no tenemos nada de nada!

—La cámara...

—¡La cámara ha grabado a cientos de niños! Y solo uno ha sido secuestrado. Si fuera a contarle esto, De Angelis me trataría peor de lo que trató a Dante. ¡Y yo eso no lo soporto! —la última frase la dijo gritando.

—Si has llegado cerca, aún puedes aproximarte más —dijo Rovere con tono paternal—. ¡Lo estás consiguiendo, Colomba! ¿Es que no te das cuenta?

—¿Y si ese tipo se asusta y mata al niño? ¿Lo ha pensado?

—Es un riesgo que hemos de correr...

Colomba rechazó la mano que le tendía.

—Que le den por culo.

—Colomba...

—¿No ha oído lo que le ha dicho? —dijo Dante. Había aparecido en la embocadura de la calle, con la luz detrás de él, proyectando una sombra larguísima. Apretaba los puños para darse ánimos y no volver tras sus pasos.

Rovere se incorporó de golpe y se fue hacia él.

—Señor Torre, no nos conocemos. Soy Rovere.

Dante dio un paso atrás.

—Ya sé quién es usted.

—Colomba no se encuentra bien. Si puede dejarnos unos minutos...

La voz de Rovere era comprensiva y razonable, y Dante sintió de nuevo el impulso de marcharse. Pero no podía.

—Hagamos otra cosa. Márchese usted.

—Señor Torre..., tal vez no ha entendido bien lo que está pasando...

—No, no lo creo —lo rodeó y se acercó a Colomba, quien aceptó su mano para incorporarse—. ¿Qué tal? ¿Ya ha pasado?

Colomba ni siquiera intentó disimular.

—Casi.

Le tendió un pañuelo de papel.

—Te sangra el labio.

Ella se lo comprimió.

—No es nada.

—Respira lentamente y, si lo necesitas, llevo una farmacia encima.

—Yo no tomo tus porquerías.

Dante se giró hacia Rovere.

—¿Por qué eligió a Colomba? ¿Por qué la envió a verme?

—Porque confío en ella.

Dante negó con la cabeza.

—Mentiroso de mierda —murmuró.

—Usted no me conoce, Torre.

—Pero conozco a los que son como usted.

—Vámonos —dijo Colomba, encaminándose hacia el coche a paso lento.

Rovere intentó seguirla, pero Dante repitió su negativa.

—Usted no está incluido.

—Tenemos que hablar de lo que ha pasado —protestó Rovere.

—Ahora no —dijo Dante—. Ya le llamaremos nosotros —cuando llegó al coche, Colomba ya estaba al volante—. ¿Te ves capaz de conducir? —le preguntó.

—¿Quieres hacerlo tú?

—Pensaba en un taxi.

—Olvídalo.

—Okey. Pero ve despacio. Yo tampoco estoy muy bien.

—No quiero regresar de inmediato. Necesito aire —dijo poniendo el coche en marcha.

—Si abres la ventana de la habitación, entra todo el aire que quieras.

—Mejor el Trastevere.

—Confía en mí, necesitas descansar.

—No.

Dante miró por la ventanilla hasta que Colomba aparcó delante del Ministerio de Instrucción Pública. A esas horas, los turistas eran poquísimos, aparte de un grupo de

ingleses borrachos que se reían ruidosamente.

—Te espero aquí —dijo Dante—. Déjame la ventanilla bajada.

—Venga, baja. Demos un paseo. ¿O también tienes fobia a los paseos?

—Qué simpática —comentó él. Pero obedeció.

Caminaron a lo largo de la avenida, donde los bares y las tiendas de *souvenirs* estaban ya cerrados. Resistían únicamente dos pakistaníes que vendían rosas, quienes los siguieron durante unos pasos, y un falso *pub* irlandés. El final del verano se había llevado también al vendedor ambulante de *grattachecca*, granizado hecho con la ralladura de un bloque de hielo que solo se encuentra en la capital.

A Colomba le gustaba estar en ese rincón tan familiar, alejado del hedor a sangre. Iba a menudo, cuando podía, con sus amigos y sus compañeros. Para celebrar algo importante iba siempre a un restaurante frecuentado por actores de teatro, en la Via della Gensola, frente a la Isla Tiberina.

—Yo nací aquí cerca —dijo Colomba—. Y cuando vengo me siento en casa.

—Interesante —gruñó él.

—¿Y tú, dónde te sientes en casa?

—En mi casa. Adonde no puedo ir.

—¿Y aparte de allí?

—En el bar Marani, cerca de donde vivo. Tiene mesitas fuera, protegidas con una celosía.

—Olvídalo —Colomba miró a su alrededor.

—Me ha entrado hambre. ¿Volvemos al hotel? Aquí está todo cerrado.

—Conozco un sitio —dijo Colomba iluminándose. Lo condujo hasta la puerta metálica cerrada de un panadero—. ¿Has estado alguna vez? —le preguntó.

—A mí el pan me lo traen.

—Horno La Renella. Uno de los mejores panaderos de Roma.

—Soy de Cremona. De todas formas, está cerrado.

—Dime qué quieres.

—Una berlinesa de mermelada, si no le ponen manteca. Mejor dicho, dos. Las pastillas me dan hambre.

—Espérame aquí.

Colomba dobló la esquina y llamó a la puerta acristalada entrecerrada, de la que procedía un delicioso aroma a pan recién horneado. Un panadero al que Colomba no había visto nunca antes le abrió y ella pidió las berlinesas de Dante y un trozo de *focaccia* blanca para ella. Se los entregaron humeantes y los comieron mientras iban caminando hacia el coche.

Dante se quemó con el primer mordisco.

—Ah.

—No te atiborres —respondió Colomba con la boca llena.

—Quien no haya sentido la mermelada hirviendo en el esófago no sabe qué es la vida. ¿Venías aquí de niña?

—No, de niña no. Cuando hacía el turno de noche.

—Pasma y putas —dijo Dante.

—Y drogadictos.

Dante tragó el último bocado y atacó la segunda berlina.

—¿Te has convencido ya?

—Alguien ha raptado al hijo de los Maugeri, sí.

—*Alguien*, no.

Colomba estaba llena hasta reventar. Tiró el último pedazo de *focaccia* envuelto en la servilleta, que rezumaba aceite.

—Si quieres que te diga que estoy segura de que el Padre está detrás de la identidad de Zardo... lo siento, no puedo. La historia del trigo de la película es una bonita coincidencia, pero... no me basta, como tampoco me bastaba con el silbato.

—Quédate si quieres con tus dudas. Trabajar con un escéptico ayuda a mantener la mente despierta —tiró la bolsa de las berlina y se lavó las manos en una fuente—. Aunque sea un grano en el culo.

Colomba lo imitó. El agua helada que se pasó por la cara le quitó por unos instantes el velo del sueño.

—Eso si seguimos adelante con el trabajo —dijo.

—¿Qué alternativas existen?

—Una. Dejar que Rovere se las apañe. Tiene a su equipo. Que lo ponga en el juego para dar caza a Zardo, sea quien sea. O que convenza al SIC para que se espabile.

—¿Crees que te harían caso?

—Rovere ya está convencido. De Angelis lo descartaría todo, lo vería como una coincidencia, pediría pruebas suplementarias, análisis... Y mientras tanto Zardo podría decidir que ya no le conviene seguir teniendo al niño. Y lo mataría —Colomba lo cogió del brazo, reemprendiendo el paseo. Dante se sintió agradablemente sorprendido por ese gesto—. Si no lo ha decidido ya.

—Por tanto, quieres seguir adelante.

—Lo más sensato sería retirarnos, pero... —mover la cabeza.

—No eres capaz de hacerlo.

—No. No puedo hacerlo.

—Por el peso con el que cargas.

—Quizá.

Ella le miró.

—¿Estás lo bastante triste como para hablarme del tema?

—Hace cinco minutos, tal vez. Pero después de la *focaccia* estoy mejor.

—He perdido una ocasión.

Caminaron en silencio durante un par de minutos más.

—Sé que no tendría que meterte en esto después del asesinato —dijo Colomba.

—Y lo más sensato para mí sería retirarme —Dante se rio sarcásticamente—.

Pero de vivir sin guiarme por el sentido común he hecho una cuestión de honor.

—¿Cuánto tiempo crees que nos queda?

Dante reflexionó un par de pasos más.

—Cada vez que actúa, el Padre aumenta sus posibilidades de que lo atrapen, sobre todo ahora que sospechamos que aún sigue en activo. Es viejo. Se quedará con el niño hasta el final.

—Mejor para nosotros.

Dante hizo una mueca.

—¿Qué ocurre? —preguntó Colomba—. ¿No estás de acuerdo?

—Sí. Pero si él también piensa que el hijo de los Maugeri será su última víctima... no esperará tranquilo a que vayamos a detenerlo. Y me da miedo lo que pueda hacer.

El hombre que se hacía llamar Zardoz regresó al edificio donde nadie sabía a qué se dedicaba en realidad. En el tirador interior de la puerta de la entrada de su apartamento había colocado una pila de moneditas en un orden concreto. Entreabrió lo justo y metió una mano para agarrarlas antes de que se cayeran. Comprobó que el orden fuera exacto, luego abrió. Ese sistema era tan sencillo como funcional. Nunca detendría a ningún ladrón, por supuesto, pero él no tenía miedo a los ladrones, sino a los intrusos y los espías.

No es que pensara de verdad que alguien sospechaba de él. No tras todos esos meses pasados forjándose una identidad gris e impecable. Dejó el impermeable y se lavó las manos. El bisturí que había utilizado para matar a Montanari había acabado en el Tíber, partido en dos. Tiró los guantes y el preservativo en un contenedor con lejía. Se preparó un té, luego entró en su habitación de trabajo.

Era de tres metros por dos, recubierta con paneles fonoabsorbentes y con los estores bajados. En el centro, una pequeña mesa con un PC y una silla. Ningún otro mueble, aparte de una cómoda. Ningún cuadro o alfombra. Ningún otro objeto. El ordenador tenía micrófono y auriculares y estaba conectado a Internet mediante una conexión ilegal al wi-fi de un vecino cuya contraseña había encontrado. Pulsó con el pulgar en el sensor y reanudó la sesión, luego se conectó al servidor remoto donde tenía alojados sus datos y los programas que utilizaba para el trabajo. El virus que había dejado en la red había hecho su misión, borrando todos los contenidos comprometedores del disco duro virtual de Montanari, y ya estaba haciendo lo mismo con el sitio donde Montanari efectuaba los intercambios. Los había infectado tiempo atrás con un programa *killer* cuyo gatillo podía apretar en cualquier momento, cosa que había hecho antes de salir para matar. El ordenador de Montanari, en cambio, había sido desconectado de la red, presumiblemente por la policía.

Reflexionó unos instantes. ¿Qué podían descubrir? De ninguna manera quién se encontraba tras Zardoz y qué material había contratado. Eso había desaparecido para siempre. En cualquier caso, borró cualquier rastro de Zardoz de la red. La identidad dejó de existir y de tener una historia, mientras su ataque quemaba sitios enteros de la llamada Darknet. Pero el hecho de que el ordenador de Montanari hubiera sido desconectado tan pronto era una señal de que la policía ya le pisaba los talones. El hombre que había sido Zardoz era demasiado prudente como para pasar por alto ese indicio. Había ojos que estaban dirigidos en la dirección correcta y que estaban dejando de ser un problema para convertirse en un peligro.

Mientras el amanecer iba clareando, Zardoz organizó minuciosamente el siguiente asesinato.

Al regresar a la *suite*, Colomba se derrumbó de golpe sobre la cama, tras quitarse tan solo las botas. Dante se hizo una infusión de café verde y esperó mientras miraba desde el balcón las ventanas de Roma que se iban apagando, fumaba un cigarrillo tras otro y tomaba notas. La llamada desde la portería llegó a las seis de la mañana y ya clareaba; cuando bajó, encontró a Santiago echado en uno de los pequeños sofás del vestíbulo, con sus pies calzados con *sneakers* doradas apoyados sobre la mesa de cristal.

Santiago era un chico sudamericano, con tatuajes truculentos que asomaban por el cuello y las muñecas, los mismos que decoraban su cazadora. Eran los símbolos de los Cuchillos,^[1] una de las bandas de *latinos* que se disputaban las calles de Roma sin que estuvieran al tanto los que no eran *latinos*, exceptuando la policía. Tenía su brazo alrededor de la cintura de una chica jovencísima, con los tejanos hasta tal punto ceñidos que parecían tatuados, y el peinado rasta: Dante confiaba en que al menos fuera mayor de edad.

—¡Estoy aquí! —gritó Santiago al verlo. Se levantó para darle un abrazo y besarle en las mejillas.

—¿Qué tal te va? —preguntó Dante, sentándose frente a él en otro de los sofás.

—Siempre en la cresta de la ola. Ya me conoces, ¿no? —Santiago era romano de segunda generación, nacido y crecido en la ciudad, pero fingía el acento colombiano para aparentar. Le hizo una caricia a la chica—. Esta es Luna.

Dante esbozó un beso en la mano, Luna se rio a carcajadas.

—¿Cuál es tu número de habitación? —preguntó Santiago.

—F —respondió Dante tras un leve titubeo.

Santiago frunció una ceja.

—¿F?

—Las *suites* tienen letras, no números. Pero no me parece lo correcto.

Santiago lo ignoró y le hizo otra caricia a Luna.

—¿Lo has oído? F. Ahora vete al bar —le señaló la barra que había al fondo del vestíbulo, donde un camarero somnoliento esperaba el cambio de turno—. Te tomas algo y que lo pongan en la cuenta de mi amigo —Santiago esperó a que Luna se alejara contoneándose sobre sus zapatos de plataforma de corcho, luego se dirigió nuevamente a Dante—. ¿Tenías miedo de que te la enviara a la habitación?

—Admito que esa sospecha se me pasó por la cabeza.

—Ahora no está trabajando: está conmigo porque le gusta.

Dante asintió.

—Naturalmente.

—¿Qué necesitas, *hermano*?

—Una búsqueda sobre un tipo que se hace llamar Zardoz en la red. Compra material de niños.

—¿Solo tienes el nombre?

Dante le pasó la hoja que había rellenado mientras lo esperaba.

—Aquí están las páginas que ha utilizado y el nombre de un tipo con el que ha hecho negocios. Te he escrito también su *e-mail*.

—¿Y ese tipo?

—Está muerto. Te he puesto también una lista de las páginas que tal vez haya destruido. Verifica si es así. Ten cuidado, porque la policía está investigando.

Santiago se metió el papel en el bolsillo de la cazadora.

—Con la forma que tengo yo de moverme, ellos no van ni a ver el polvo que levanto.

—De todas formas, ten cuidado.

—Te costará, lo sabes, ¿verdad?

—¿Cuánto?

—Cuatro mil.

—Dos. Luego ya veremos, según lo que me traigas. ¿Cómo te pago?

Santiago le dictó el número de una tarjeta de prepago peruana. Dante le prometió la transacción ese mismo día.

Santiago asintió.

—Antes quiero saber una cosa, *hermano*.

—¿La regla no era *nada de preguntas*?

—Si te acuestas con una de la pasma, esa regla no vale.

Dante suspiró. Tenía que haberse imaginado que Santiago se informaría.

—No duermo *con* ella. Tan solo compartimos la habitación. Y no está de servicio.

—Sigue siendo de la pasma, de todas formas.

—¿Es un problema?

—No. Puedes hacer lo que quieras. Eres mi amigo, pero no eres uno de los nuestros —Dante asintió—. Aunque tengo que saber por qué no se lo has pedido a ella, en vez de a mí.

—Ya lo has dicho tú: eres más rápido.

—¿Solo por eso?

—Y no me fío de sus canales.

Santiago se rio.

—Tienes razón. Nunca hay que fiarse de la pasma.

—De ella me fío, es bueno que lo sepas.

—¿Así que le vas a hablar de mí?

—Sí. Pero no te preocupes, no habrá consecuencias —*al menos, no para ti*,

añadió mentalmente.

Santiago se levantó y llamó a su chica con un gesto. Ella acudió, dejando rápidamente un cóctel con sombrillita.

—Yo no me preocupo nunca, preocuparse es de débiles —dijo.

—Qué suerte la tuya.

—Te escribiré pronto.

—¿Cuándo es pronto?

—No lo sé, *hermano*. Un par de días.

—Santiago..., necesito algo ya. Por favor.

Santiago observó el rostro tenso de Dante y asintió.

—Veré qué puedo hacer.

Se abrazaron de nuevo, luego Santiago salió agarrado a Luna. Parecían dos enamorados.

Dante se arrastró hasta la habitación, muerto de cansancio, y se durmió vestido. Durmió solo tres horas, porque Santiago se había puesto de verdad a trabajar inmediatamente y le envió los primeros resultados desde el servidor que Dante utilizaba para ese tipo de cosas. Cuando los vio, se le pasó definitivamente el sueño.

Colomba se despertó a las dos de la tarde y se dio una larga ducha repasando los acontecimientos de la noche anterior. La muerte de Montanari, Zardoz y, también, el largo paseo con Dante. Se había sentido a sus anchas en el Trastevere nocturno, como no le ocurría desde hacía meses con ningún otro ser humano. Se preguntó si no estaría cogiéndole cariño. La idea le preocupaba. No estaba preparada para unirse a otra persona, no después del Desastre. Y además, acabada esa historia, probablemente no iban a volver a verse.

Se puso el albornoz immaculado con el logo del hotel y fue hasta el *living*, donde se encontró con seis tacitas sucias junto a la cafetera exprés. Dante debía de llevar despierto un buen rato y la música hindú que llegaba desde su habitación le indicó que ya estaba trabajando en algo. El fondo musical bollywoodiano procedente de Spotify era su preferido cuando estaba ante el ordenador, aunque Colomba era incapaz de diferenciar una canción de otra.

Se preparó un capuchino y llamó a la puerta de Dante con la taza en la mano.

Al abrir la asaltó el hedor a tabaco. Dante estaba sentado en el centro de la cama, con el portátil sobre las piernas cruzadas y la ropa del día anterior. El humo era tan denso que resultaba difícil verse. Él había bloqueado el sensor antiincendios con cinta adhesiva para evitar que saltara. Cuando la vio, apagó la música.

Colomba abrió de par en par la puerta ventana dejando echada la cortina por prudencia.

—¿Quieres morir asfixiado?

—Me dijiste tú que por la noche había que tener cerrado.

—Ahora no es de noche —Colomba analizó la cantidad de colillas en un vaso sobre la mesita, luego el rostro cansado de él y juzgó por ello que habría pasado la noche en blanco, o casi—. Pero ¿es que tú no necesitas dormir?

—Conocí a un tipo que no dormía —dijo Dante.

—¿Y cómo acabó?

—Le pegaron un tiro en la cabeza. Ahora incluso duerme demasiado —sonrió, pero Colomba percibió que estaba tenso.

—¿Qué ocurre? —le preguntó sentándose en el borde de la cama.

Dante hurgó en el paquete, sacó el último cigarrillo y lo encendió, a pesar de la mirada de desaprobación de Colomba.

—Me he procurado información. Útil.

—¿Qué información?

—Sobre Zardo. Le he pasado todo lo que sabía a un conocido mío y le he dicho que rastreara en la red.

A Colomba le entraron ganas de agarrar a Dante, encerrarlo en un arcón y dejar que se retorciera allí.

—¿Quién es ese *conocido* tuyo?

—Se llama Santiago Hurtado.

—No será el de los Cuchillos, ¿verdad?

Dante asintió.

—Pero ¿tú sabes quiénes son esos?

—CC, eso ahora no es importante.

—Cómo cojones no va a ser importante. A Hurtado lo detuvimos hace dos años, junto con otros cuatro amigos suyos, por haber apuñalado a un tipo. Y él se libró de aquello porque tres testigos garantizaron que estaba metiéndose coca en una discoteca.

—Justamente.

—¿Y a *él* le has enviado tú datos reservados de una investigación sobre un asesinato y un secuestro?

—A su manera, es una persona de palabra.

—El honor de los delincuentes —dijo Colomba, sarcástica—. ¿Cómo lo conociste?

—¿No podemos pasar por alto esta parte?

—No. No podemos.

Dante se encogió de hombros: no tenía ganas de pelea y una vez más Colomba se dio cuenta de que tenía la cabeza en otra parte.

—Como quieras. Minutillo era el abogado de Santiago. Le eché una mano para localizar a esos testigos a los que hacías referencia.

Colomba tembló de indignación.

—Así que la culpa es tuya.

—Santiago ya no es un Cuchillo en sentido estricto. Después de lo que pasó, se retiró del trapicheo.

Colomba se cruzó de brazos.

—Eso me consuela muchísimo... No, perdona. No quiero interrumpirte más. Continúa.

—Siempre fue un manitas informático y descubrió que se le daba muy bien meterse con el ordenador donde los demás no querían que entrara. Ahora es lo que vende.

—De camello a *hacker*. Por el mero hecho de utilizar sus servicios podemos acabar en la cárcel, lo sabes, ¿verdad?

—Luca Maugeri está en manos de un monstruo. Tú te acuerdas de eso, ¿verdad?

—La Policía Postal... —dijo poco convencida.

—¿Es una broma?

—¿Qué es lo que ha encontrado sobre Zardo? —le cortó Colomba.

—Que está quemando los puentes. Todos los sitios que Montanari utilizaba han sido craqueados.

—¿Craqueados?

—Los discos duros de los servidores han sido borrados. Santiago no pierde la esperanza de encontrar algo, pero necesitará tiempo.

—¿Eso es todo?

—No. Ha descubierto que Zardo entró hará un par de meses en el servidor del CSL. Pocos días después de la revisión del hijo de los Maugeri.

—¿Tan fácil es?

Dante se encogió de hombros.

—Con lo que ha utilizado para *agujerear* el sitio del Consorcio Sanitario tú también podrías hacerlo.

—¿Por qué? ¿Qué utilizó?

—Un *spyware*, un programita espía que se instala en el servidor, transmite los datos a distancia y permite a quien lo ha instalado descubrir las contraseñas del sistema, etcétera. Según Santiago, es idéntico al que utilizaron los *hackers* chinos para entrar en los servidores de Apple.

—Dudo que Zardo sea chino.

—Programas como ese se descargan fácilmente en la red. Basta con saber dónde. Lo que ocurre es que está muy al día. Es un profesional. O tiene un profesional trabajando para él, como Santiago para mí, que ha utilizado un programa semejante.

Colomba reflexionó unos instantes.

—Así que Zardo no se fio de Montanari para pedirle los datos del niño. Se las apañó por su cuenta.

—Pero la ficha del niño no era suficiente para identificarlo.

—¿Cómo lo sabes?

—He llamado al director del CSL. Después de lo que pasó, se ha mostrado colaborativo. He conseguido que me diera los listados.

—¿Te has hecho pasar por un poli?

—No directamente.

Colomba cerró los ojos.

—Cada vez estamos más hundidos en la mierda.

—Por las fichas que el director me ha enviado, se podía identificar a los niños que han participado en el programa de visitas escolares, pero no hay fotos, descripciones físicas o indicaciones de horarios o fecha. Y los niños eran más de trescientos.

—¿Cómo pudo Zardo encontrar al correcto?

—De la misma manera que he hecho yo. Ha descartado a las niñas y aquellos en los que aparecían las firmas de los padres.

—Porque Luca fue acompañado por su madre. Se veía en el vídeo —dijo Colomba.

—Exacto. Quedaban veinte nombres. He descartado los que pasaron visita con una doctora.

—Porque también se veía al médico en el vídeo...

—Me han quedado catorce. A estos los he llamado esta mañana antes de que te despertaras.

—¿Y?

—Cuatro de ellos recibieron la llamada de Zardoz.

El corazón de Colomba perdió un latido.

—Dios santo —susurró.

Dante apagó el cigarrillo y volvió tras dejar el vaso sobre la cómoda.

—Dos conversaciones fueron brevísimas porque enseguida se vio el error. Una fue algo más larga, porque la madre se preocupó.

—Zardoz buscaba a un niño en particular. No le iba bien cualquiera.

—Sí. El hijo autista de una mujer sola. Que haría lo que fuera por él.

—¿Cómo se presentó?

—Doctor Zedda, del Servicio Sanitario Nacional —Dante negó con la cabeza—. Lo he verificado, no existe. Pero habría podido evitármelo. Zed es uno de los personajes de la película, el hombre de detrás de la máscara.

—Zed, Zedda, Zeta —dijo Colomba.

—Exacto. El doctor Zedda decía que el médico del ambulatorio había hablado con él, describiéndole síntomas preocupantes del niño. Luego empezaba a hacerle preguntas intentando comprobar si el niño estaba distraído, ausente, triste, etcétera. Cuando la madre se mostraba perpleja, se informaba sobre el aspecto del niño y luego pedía disculpas por haber confundido las fichas. La cuarta madre, sin embargo, se preocupó hasta tal punto que le dijo que sí a todo. Zedda se citó con ella en la estación de Termini. Hizo ver que estaba en Roma de paso, para ir a un congreso. Ella lo esperó, pero él no se presentó. Se dio cuenta de que ella no era la persona correcta.

—Coño, por qué poco —dijo Colomba, pero la expresión tensa de Dante revelaba que había algo más—. ¿O no? —susurró.

—Ella dice que mientras se marchaba tuvo la sensación de que alguien la estaba mirando, y... tal vez se equivoca, pero tal vez... —hizo una mueca, y nunca había parecido tan tenso—. Tal vez lo vio.

La madre errónea se llamaba Chiara Pacifici. Estaba tomando un chocolate en Castroni, uno de los locales de la Roma bien, con un perro San Bernardo que se moría de calor. Otro centenar de personas se apretujaban entre las neveras y los estantes de dulces a precio de joyería. Colomba le enseñó la identificación y le pidió que se sentara en una de las mesas exteriores del bar de al lado, para evitar la multitud.

—No creía que fuera algo tan grave —dijo la mujer, nerviosa.

—No lo es, señora, se trata de un control normal —mintió Colomba.

—Pero, si ha venido usted aquí, entonces, dígame la verdad: ¿quién me llamó por teléfono?

Dante intentó capear la situación de forma incorrecta.

—Un acosador, señora —respondió—. Se hace pasar por médico para atraer a las mujeres y molestarlas.

—Dios mío... ¿y si vuelve? Si quiere hacerme daño...

Colomba le apretó el brazo para hacer que se callara.

—Nos ha entendido mal, señora —dijo—. El hombre al que buscamos no es peligroso, no es una persona violenta. Es...

—Un exhibicionista —terminó Dante.

—¿Va por ahí enseñando el *chisme*? —preguntó la mujer.

—Exacto, va por ahí enseñando el *chisme*.

—Qué asco —comentó la mujer, más tranquila—. Por suerte a mí no me lo hizo.

—Pero lo ha hecho con muchas mujeres y estamos buscándolo —explicó Colomba—. Es un enfermo, no un criminal.

—¿Y cómo puedo ayudarles?

—Usted ha dicho que tal vez lo vio.

—No estoy segura de que fuera él. Estaba cerca de donde yo me encontraba y allí me habría puesto también yo si hubiera estado esperando a alguien. No sé si me entienden. Pero... a lo mejor solo era alguien que... me miraba. En fin, tampoco estoy nada mal.

Dante no reaccionó hasta que Colomba le lanzó una patada. Entonces esbozó la sonrisa más falsa que ella había visto nunca.

—Yo diría que no, señora.

—Pero, por si se tratara de él, nos ayudaría muchísimo si nos lo describiera —dijo Colomba.

—No estoy segura de acordarme bien.

—Sin embargo, se le quedó grabado —insistió Dante, en el límite de su paciencia—. De lo contrario, no me habría hablado de él —sacó del bolsillo un cuaderno y un lápiz con el clip de plata que sostuvo con la mano buena—. Si me dice usted cómo es..., yo puedo intentar dibujarlo.

—¿Como un retrato robot?

—Exactamente. Es un poco mi especialidad. Pero para hacerlo tendré que quitarme esto —dijo levantando la mano mala cubierta por el guante negro—. Sufrí un accidente, no es un bonito espectáculo.

—Por favor, no soy nada impresionable —dijo la mujer, pero cuando Dante desnudó su mano su expresión cambió—. Pobrecito. ¿Le duele?

—Solo cuando toco el piano... ¿Lo intentamos? Empecemos por la complexión.

—Gruesa.

—¿Gruesa?

—No muy alto, sino tipo camionero.

—¿Ancho de espaldas? —dijo Colomba.

—Y un poco de barriga.

—¿Edad? —preguntó Dante.

—Sobre los sesenta, diría yo. Tal vez alguno más. Iba con chaqueta y corbata y llevaba un maletín en la mano. Un portafolio.

—¿Los ojos?

—Azules. Muy claros.

La mano buena de Dante tuvo un espasmo violento y dejó caer el lápiz. Se bloqueó, con la mirada en el vacío.

Sin dejar que la mujer lo viera, Colomba le presionó el muslo.

—Hemos sido unos maleducados, Dante. No le hemos ofrecido nada a la señora. ¿Por qué no vamos a buscarle algo?

—Me apetecería una coca —dijo ella.

—Volvemos enseguida —replicó Colomba presionando de nuevo el muslo de Dante, esta vez más fuerte. Él reaccionó y se levantaron juntos, con Colomba sujetándolo de un brazo, mientras intentaba parecer tan solo amable.

—Dentro no —murmuró él en cuanto dieron dos pasos—. Demasiada gente.

Ella lo llevó hasta la esquina. Dante se apoyó en la pared, temblando de forma incontrolada, Colomba le cogió la mano buena.

—Va todo bien, Dante...

La voz de Colomba le llegó desde una distancia infinita, mientras su rostro se desvanecía y una pared gris se interponía entre ellos. La pared del silo. La grieta. El Padre que lo miraba desde el prado, cuchillo en mano.

—Es él, CC —dijo en voz tan baja que ni siquiera logró oírse.

Colomba le sujetó suavemente la cara, obligándolo a mirarla.

—Estás conmigo, Dante.

Él se estremeció de nuevo. La frente estaba empapada de sudor.

—Tú eres capaz de conseguirlo, Dante. Vuelve conmigo —dijo de nuevo Colomba.

Dante cerró por un momento los ojos, luego los abrió y volvió en sí.

—Ya estoy —anunció con la garganta seca.

—Muy bien. ¿Quieres que haga salir a todo el mundo del bar y así entras y te lavas la cara?

Él sonrió débilmente.

—Serías capaz de hacerlo.

—Eso no es nada para mí.

Dante se acurrucó, sujetándose la barriga y respirando lentamente.

—Gracias. Vuelve con ella, tranquila, yo me calmo un poco más y busco un camarero. ¿Okey?

—¿Puedo fiarme?

—Ve tranquila.

Colomba regresó a la mesa, mientras Dante seguía controlando la respiración, sintiéndose cada vez mejor. El Padre ya no era una entidad abstracta, ya no era un fantasma que aleteaba a su alrededor. Era una persona de carne y hueso, que respiraba y que hablaba por teléfono, que llevaba corbata. Era humano.

Era falible.

Se levantó de nuevo y paró a un camarero para que les llevara unas bebidas. Luego regresó a la mesa y dibujó durante la media hora siguiente, al hilo de las sugerencias de la mujer que lo había visto. Colomba se sorprendió por lo preciso de su trazo, como el de los viejos dibujantes a los que la policía recurría antes de los programas de gráficos. Y también por cómo fue capaz de abstraerse: no añadía detalles, no mejoraba y no sugería. Cuando el dibujo estuvo completado, el hombre que la miraba desde el papel tenía la concreción de la realidad: un tipo mayor de sesenta, con el cuello grueso y la piel colgante bajo la barbilla, las mejillas hundidas, la nariz encorvada y una expresión brutal. El pelo gris lo llevaba corto y se volvía ralo sobre la frente, cruzada por tres arrugas profundas como cicatrices. Dante había dibujado también sus manos, que la mujer recordaba bien: fuertes, con las venas en relieve sobre el dorso, el ancho pulgar con la uña cuadrada. Las manos de un campesino, de un obrero, en modo alguno del intelectual refinado que Dante creía que era. Manos capaces de decapitar y de degollar.

En cuanto Dante terminó, Colomba se despidió de la mujer tranquilizándola y prometiéndole que la mantendrían informada. También le pidió que no fuera hablando por ahí de la investigación, e insistió mucho en ello. La madre errónea pareció entenderlo, pero Colomba estaba convencida de que se colgaría del teléfono para explicarlo en cuanto volviera a casa.

Esperó a que se marchara de allí, luego pidió un granizado de café y un vodka solo para Dante, quien no se fiaba de la calidad de los cócteles.

—¿Sabes por qué esa tonta sigue con vida? —dijo Dante—. Porque el Padre no sabe que fue visto. De lo contrario tendríamos ya tres cadáveres, y eso en el caso de que no existan otros de los que no tenemos noticia.

Colomba no conseguía levantar la vista del retrato robot.

—No es tan tonta si lo ha reconocido —dijo—. Aunque a lo mejor es un tipo cualquiera que iba a coger algún tren y nosotros estamos montándonos una película sobre él.

Dante sacó una hoja doblada del bolsillo. Era el retrato robot del hombre al que había visto desde la grieta del silo, el realizado por la policía de Cremona. Lo colocó al lado y el parecido fue tal que Colomba se quedó sin aliento. La misma forma de la cara, las mismas orejas pequeñas y sobre todo los mismos ojos. Aunque el resto estuviera incompleto, las líneas esbozadas en el viejo retrato robot se superponían perfectamente con las del nuevo, a pesar de las señales del tiempo. Era el mismo hombre, veinticinco años más viejo. Dante había tenido razón desde el principio.

Una hora después, Colomba aparcó el coche en el paseo Martin Luther King, frente a una de las entradas de la Villa Pamphilj, y apagó el motor.

—¿Te ves capaz de quedarte solo unos diez minutos? —le preguntó a Dante. Estaba prácticamente echado, con el respaldo del asiento reclinado por completo. Tenía la corbata sobre los ojos para no dejar pasar la luz y el efecto era más cómico que patético.

—Ve —dijo él.

—No te atiborres de porquerías.

Él le enseñó la lengua, donde estaba colocada con cuidado una cápsula bicolor.

—Ya lo he hecho.

Ella batió la puerta y se internó en el parque, respirando a pleno pulmón el olor a hierba recién cortada. De niña iba a la Villa Pamphilj para dar pan duro a las nutrias, que parecían ratones gordos pero no le daban miedo. Ahora había leído que las habían trasladado a otra parte. Le disgustaba un poco. Llegó hasta el Ponte Nanni, que cruzaba uno de los estanques, al mismo tiempo que un grupo de corredores haciendo *footing* con los iPod en las orejas. Vio a Rovere, quieto en mitad del puente, apoyado en la barandilla y fumando con la cabeza gacha. Le pareció aún más viejo y cansado que cuando se había reunido con él en los Pratonì. Advirtió su presencia y le hizo un gesto de saludo, con una sonrisa forzada. Colomba se colocó a su lado, prestando atención a no quedar con el viento en contra delante del cigarrillo.

—Gracias por haberme llamado —dijo Rovere—. Después de lo de ayer tenía miedo de que te hubieras cabreado conmigo.

—Claro que estoy cabreada con usted, por haberme metido en este lío. Pero es obvio que no puedo continuar yo sola. Sobre todo ahora —le pasó el retrato robot y Rovere abrió los ojos de par en par. Por un instante a Colomba le pareció asustado—. ¿Lo conoce? —le preguntó.

—No... Es que me has cogido por sorpresa. ¿Quién es? —dijo sin levantar la vista del papel.

—El hombre que se llevó al hijo de los Maugeri. Y que mantuvo en cautividad a Dante Torre.

Rovere la escrutó febril.

—¿Estás segura?

—Sí. Utilizó a Montanari para localizar a su presa, luego lo mató. En la red se hace llamar Zardoz. Se le da bien desaparecer y va por ahí desde hace treinta y cinco

años haciendo porquerías. Dante lo vio matar a un chico antes de escapar.

—Me acuerdo —murmuró Rovere—. Pero nunca se probó que existiera.

—O los compañeros que investigaron eran unos gilipollas o bien él, Zardo, el Padre o como quiera llamarlo es verdaderamente un genio haciendo desaparecer los cadáveres.

Rovere se había recuperado de su estupor.

—Alguien que secuestra niños no es un genio. Es un enfermo mental.

—Si lo es, es el loco menos loco que he conocido en mi vida. Sabe lo que quiere y lo coge.

—Un asesino en serie organizado —dijo Rovere—. No sería el primero.

—Está a unos niveles que lo sitúan fuera de los casos de manual. Tiene cómplices, se hace pasar por médico, navega en Internet como un profesional, manipula las escenas del crimen... Y todo esto para practicar sus juegos sádicos con niños y matarlos cuando crecen demasiado —Colomba negó con la cabeza—. No se sostiene, pero no tengo ninguna explicación mejor.

—¿Quién lo vio? —preguntó Rovere.

—Una de las madres con las que se puso en contacto mientras buscaba al hijo de los Maugeri.

—¿Y él sabe que fue visto?

—Por suerte, no. ¿Qué hacemos ahora?

Rovere dobló la hoja y la metió en el bolsillo de su chaqueta.

—Introduzco el retrato robot en el sistema y veo qué es lo que sale. Mientras tanto, el señor Torre y tú no hagáis nada.

—¿Cómo dice? —dijo Colomba.

—Hasta hace poco nos movíamos en el terreno de las hipótesis, ahora tenemos la certeza de que hay un asesino en libertad. No quiero ponerte en peligro.

—Relacionarme con asesinos es mi trabajo.

—Lo era.

Colomba no daba crédito a sus oídos.

—¿Está usted seguro de ser la misma persona que ayer quería que continuara mientras me estaba muriendo en la acera? ¿Qué coño le ha pasado?

—Nada. Tan solo estoy preocupado por ti. Déjame que haga yo mis pesquisas.

—Tenemos que preguntar a las otras madres, a Maugeri, a los vecinos, a la gente que va a los Pratoní... —insistió Colomba.

—Yo me ocuparé de eso. Tú, mientras tanto, pórtate bien. ¿De acuerdo?

Colomba, en un arranque de exasperación, dio un manotazo a la barandilla.

—No me lo puedo creer. Me mete dentro de esta historia y cuando empieza a tener cierto sentido quiere dejarme fuera.

—Colomba, el problema no es solo tu seguridad personal. Hoy el comisario jefe me ha preguntado por ti. De Angelis le ha dado el coñazo y él ha querido saber qué nos traíamos tú y yo entre manos. Y también los de la Postal se preguntan qué sabes

tú que no sepan ellos.

—Pero ¡a quién coño le importa la Postal y el comisario jefe! ¡Tenemos la posibilidad de atraparlo!

—No si actuamos impulsivamente. Descansa un par de días. No te lo estoy pidiendo.

Colomba se quedó mirándolo durante unos instantes sin decir nada, luego giró sobre sus talones y se alejó con grandes zancadas, embistiendo a un corredor de maratón que venía en dirección contraria.

Cuando llegó al coche, se encontró a Dante echado sobre el capó delantero.

—Si quieres viajar así, problema tuyo —gruñó.

—Solo quería mirar el cielo —saltó al suelo y parecía haber vuelto el Dante de costumbre—. ¿Qué dice ese genio que tienes como jefe?

—Nada que nos sirva.

—¿Te he dicho ya que no me gusta?

—Me lo has hecho entender. Volvamos al hotel.

—Aún no. Me ha llamado Santiago, parece que ha encontrado algo bueno en la red. No sé qué es porque por teléfono somos precavidos. ¿Estás preparada para dar una vuelta por los bajos fondos?

Colomba pensó de nuevo en la conversación con Rovere y en su invitación para que lo dejara correr.

—Me muero de ganas —dijo.

Todavía tensa, Colomba condujo hasta Tor Bella Monaca, el barrio de la periferia donde vivía Santiago. Era una de las zonas con las tasas más elevadas de criminalidad de Roma, con edificios de quince pisos conectados por dédalos interiores de calles, casas de protección oficial ocupadas por familias necesitadas y mafiosos de paso. Las redadas y las detenciones que había realizado Colomba allí siempre habían terminado con lanzamiento de botellas y piedras desde las ventanas, neumáticos quemados y gritos. Cuando un policía entraba en Torbella —como la llamaban sus habitantes— se adentraba en territorio enemigo. Colomba sabía que muchos de los que estaban por aquella zona eran buena gente que no tenía la posibilidad de trasladarse a otra parte, ancianos y parados a los que tenían en un puño los prepotentes que vivían junto a ellos. Pero eso no la ayudaba a odiar menos ese barrio, sabiendo que de cualquier puerta podía salir el cañón de la pistola que le abriría un agujero en la cabeza.

Dante la encaminó a un grupo de cuatro edificios de protección oficial de diez pisos de altura, dispuestos igual que una C alargada, con las paredes externas de un color gris humo y las molduras cayéndose a pedazos, los buzones de la correspondencia ennegrecidos por las llamas de los petardos o cubiertos por pintura en spray, con los timbres arrancados de la pared. Delante había una zona de césped toda repleta de broza y escombros, donde un grupo de niños aún más sucios jugaban a lanzarse pellas de tierra.

Todos los edificios estaban conectados con el mismo patio interior, y Colomba se acercó con el coche a una de las entradas. Inmediatamente tres chicos en ciclomotor bloquearon la calle. Conducían sin casco y el mayor de ellos, un magrebí, debía de tener menos de catorce años.

Fue él quien se acercó a golpear el cristal del lado de Colomba.

—¿A casa de quién vais? —preguntó.

—Eso no es asunto tuyo, chaval —respondió Colomba.

Dante se asomó casi simultáneamente.

—A ver a Santiago.

—¿Cómo te llamas? —se informó el chico.

—Dante.

El magrebí le hizo una señal a uno de los otros, tan pequeño que tenía que esforzarse para llegar al suelo con la moto parada.

—Ve a llamarlo.

El chico más pequeño dio gas y desapareció en el patio interior. Los otros dos se

apartaron un par de metros del coche, aunque se quedaron bloqueando el paso, y se encendieron un cigarrillo.

—Aquí funciona así —le dijo Dante a Colomba.

—Cogería a los padres de estos chicos y los mandaría a la cárcel sin pasar por la casilla de salida.

—Posiblemente ya están ahí —dijo Dante.

Al cabo de unos minutos desde el sótano apareció Santiago, con dos chicos que apenas llegarían a los dieciocho. Eran sudamericanos y, a diferencia de Santiago —quien, aparte de la cazadora de piel y las zapatillas de deporte de colores, vestía de forma anónima—, llevaban pantalones caídos, gorras del revés y camisetas con inscripciones truculentas. Colomba, con sorpresa, reconoció a uno de ellos. Se llamaba Jorge Pérez y lo había detenido por agresión dos años atrás, cuando aún era menor de edad.

Santiago le dio un cachete amistoso al magrebí y dejó que se marchara con sus otros dos vigías, mientras Jorge lanzaba una blasfemia en español:

—Esa tía es de la pasma —le dijo a Santiago, haciéndole un gesto a Colomba que, en el lenguaje callejero, era una muda amenaza de muerte.

Ella le hizo una peineta, pero con la otra mano, sin ser vista, sacó la pistola de su funda y se la colocó entre las piernas.

—¿Has visto qué me ha hecho? —le dijo Jorge a Santiago.

Santiago lo ignoró.

—¿Por qué la has traído también a ella? —le preguntó a Dante—. Te dije que vinieras solo.

—Porque él no va solo a ninguna parte —respondió Colomba.

—No hablaba contigo —dijo Santiago.

Dante se bajó y Colomba notó cómo se le cerraban los pulmones. Si uno de los tres iba armado, podría tomarse el gesto de Dante como una agresión y dispararle. Pero Santiago permaneció en calma y los otros dos no se movieron.

—Te he dicho que me fío de ella. Y estamos en esto los dos juntos.

Santiago miró a Jorge.

—¿Cómo es que la conoces?

—Me envió a la cárcel —respondió Jorge repitiendo el gesto de amenaza.

Santiago se dirigió de nuevo a Dante.

—No.

—Ya has hecho el trabajo. ¿De verdad quieres renunciar a la pasta?

—Yo la pasta la gano así —dijo Santiago chascando los dedos delante de sus narices.

—¿Quieres renunciar a un amigo como yo? Te he sido útil en el pasado. Aún podría serlo.

Santiago se miró las puntas de las zapatillas, indeciso.

—¿Respondes tú por ella?

—Claro.

—Si entra, tendremos que cachearla —dijo Jorge.

Colomba se metió de nuevo la pistola en el cinturón y bajó.

—Inténtalo, capullo.

—Con la pistola no entra —rebató Santiago—. Sobre esto no puedo negociar contigo, Dante.

—Tu gente va armada.

—Mi gente no es de la pasma.

Dante miró a Colomba.

—Entonces tengo que pedirte a ti que te fíes.

—¿Nada de pistola porque soy policía?

—Exacto.

Moviéndose con lentitud y sujetándola con la punta de los dedos, sacó el arma del cinturón y la metió en el de Dante.

—Él no es de la pasma, ¿vale?

Santiago se rio.

—Él no.

Jorge intentó protestar, pero Santiago lo hizo callar con una patada en el culo.

—*Cállate antes de que yo me enoje, ¿okay?*

Dante miró el pasillo que se abría por debajo del edificio y sintió que le faltaba el aliento.

—¿No podemos hablar aquí? Eso es un poco estrecho.

—No te preocupes. Conozco tus gustos —dijo Santiago—. Vamos arriba.

—¿Arriba?

Santiago le señaló la azotea.

—Es allí donde tengo mi despacho.

Se encaminaron hacia la entrada. Dante dejó que Colomba se le pegara.

—No me siento nada cómodo con esta —dijo indicando la culata de la pistola.

—Cállate. Y quédate cerca de mí. Ahora eres mi pistolera con piernas.

Los ascensores estaban fuera de servicio, con los cables partidos. Subieron por una vieja escalera de seguridad metálica que trepaba a lo largo de la fachada interior del edificio principal.

Para Dante aquello tampoco resultó sencillo, porque se quedaba bloqueado con cada crujido, y hubo muchos. Al final cerró los ojos y Colomba se vio obligada a hacerle de perro lazarillo durante la ascensión. Sin dejar que se dieran cuenta, estudió el lugar. Estaba estructurado como un auténtico fortín, con vigías, casi siempre chiquillos o incluso niños, que controlaban todas las vías de acceso a lomos de ciclomotores o de pie en las ventanas. Había guardianes también en las plataformas donde, en cada piso, acababa la escalera de seguridad. En una de ellas había incluso un drogadicto que se estaba metiendo un chute. Los demás lo ignoraron y Colomba hizo lo mismo, aunque el deseo de hacer que vinieran refuerzos era fortísimo.

—¿Ya estamos? —preguntó Dante con un hilo de voz.

—Sí, puedes abrir los ojos —dijo Colomba—. Y no sabes qué espectáculo más bonito te has perdido.

Habían llegado a la azotea, a la parte destinada en origen a ser un espacio comunitario para tomar el sol o tender la ropa. Santiago lo había transformado en un salón a cielo abierto, arrastrando hasta allí una media docena de sofás reventados, otras tantas mesitas de plástico y una nevera enchufada a la corriente mediante un cable que desaparecía por el hueco interior de las escaleras. Junto a uno de los sofás había también una pipa de agua de más de un metro de alto, de la que salían cuatro boquillas de goma arrugada. El cemento estaba cubierto de colillas, botellas vacías y mierda de pájaros, excepto una esquina perfectamente limpia. Allí, bajo un techo de plástico con una tela para protegerlo de la lluvia, había un pequeño taller electrónico, con dos ordenadores de sobremesa nuevos y flamantes, una pantalla de treinta pulgadas y un remasterizador digital, todos conectados a una antena satélite.

Al notar que Colomba lo estaba mirando, Santiago le dio una palmada al soporte.

—Para la conexión vamos directamente vía satélite. El ping es alto, pero nadie puede detectarnos.

Colomba asintió, sorprendida por el contraste entre la actitud y la evidente capacidad técnica de Santiago.

Dante se había recuperado de la ascensión.

—¿Qué has encontrado que es tan interesante? —le preguntó a Santiago.

Este le señaló a uno de sus dos compinches.

—Tu amigo Zardo ha hecho un buen trabajo, nunca había visto tantas páginas borradas en una noche. Pero también él ha cometido un par de errores. Utilizó otra página para sus negocios. Ha craqueado también esta, pero con menos cuidado.

—La he encontrado yo —dijo Jorge encendiéndose un canuto de hierba—. Estuvo ahí hace cinco meses.

—¿Estáis hablando de otro sitio de Darknet? —preguntó Colomba haciendo estremecerse a todos los presentes.

—Ves demasiada televisión, poli —dijo el segundo compinche, que hasta ese momento había permanecido mudo. En el dorso de las manos llevaba tatuada la palabra *Mirrorshades*.

—De todas formas, era otro sitio de intercambio. Nada de PayPal o chorradas de ese tipo, solo Bitcoin —añadió Santiago.

—Moneda electrónica —dijo Colomba.

Todos volvieron a torcer el gesto.

—Vale, vale. Eso es —concedió Jorge.

—¿Y qué compró con Bitcoin hace cinco meses? —preguntó Colomba, alarmada—. ¿Más vídeos?

—Esto es lo bueno, no compró, sino que vendió —respondió Jorge.

—Y por un *montón de dinero*. Veinte mil euros —dijo Santiago—. Puede que

vendiera algo más, pero no podemos saberlo. Si lo ha hecho... puff... ha desaparecido todo.

—Por el sitio quemado no puede saberse. Pero nos hemos remontado hasta el comprador. Es un *maricón* francés. He encontrado su disco duro virtual. Lleno de mierda. Niños y animales, ¿lo entiendes?

—No puedes dejarlo suelto —dijo Dante, con los ojos vítreos.

—No es mi problema. No es nuestro trabajo.

—Os pago un extra —añadió Dante—. Joded a ese tío.

Santiago miró al compinche de pocas palabras.

—Puede hacerse. Enviamos un correo electrónico anónimo a la policía de su país con un enlace a su disco duro. Total, ya he sacado lo que le había comprado a Zardoz.

—¿Lo tenéis aquí? —preguntó Colomba.

—Por esto os hemos hecho venir —dijo Santiago.

Dante se pasó la lengua por sus labios secos.

—¿Da mucho asco?

—No mucho. Es... *extraño*.

—Puedo verlo yo sola, si no te sientes capaz —le propuso Colomba a Dante.

Dante negó con la cabeza.

—No, está bien. Veámoslo.

Santiago se sentó delante de los teclados, mientras los otros dos se echaban en un sofá. Cuando se movía entre las máquinas también sus modales cambiaban. Se hacían casi delicados.

—*Con mucho gusto*.

Tecléo y en la pantalla apareció la barra de estado del vídeo. Al principio se vio solo negro, que hervía con manchas más oscuras, luego la imagen se tiñó de verde: quien había filmado lo había hecho con una cámara con visión nocturna. El objetivo encuadraba desde arriba a un chico, poco más que un niño, que se estaba lavando con un estropajo. El chico lo hundía en un cubo lleno de agua apoyado en un taburete de madera y lo frotaba contra el cuerpo. Meticulosamente, pasándolo también por los genitales y entre los glúteos, y tal vez era eso lo que había excitado al comprador. Cuando se pasó el trapo por la garganta, Colomba vio que tenía los ojos cerrados. Tenía una cara ovalada con escaso mentón, el pelo negro y revuelto.

—Los detalles de la habitación han sido borrados. Hemos intentado depurarlo, pero resulta imposible —dijo Santiago—. Zardoz hizo un buen trabajo.

Colomba asintió al comprender por qué tan solo se podía ver el área alrededor del chico, como en un círculo difuminado.

—Cada centímetro dos veces. Cada centímetro —murmuró Dante—. Cada centímetro dos veces.

Colomba apartó los ojos de la pantalla y se dio cuenta de que Dante estaba repitiendo los gestos del muchacho, como en trance, frotándose la mano buena sobre el cuello y el rostro.

—Cada centímetro dos veces —volvió a decir. Sus ojos estaban clavados en la pantalla.

—Apaga ese trasto —ordenó Colomba a Santiago, luego arrastró a Dante hasta el sofá y lo hizo sentar a la fuerza—. ¿No tenéis nada para beber aquí?

Dante ahora estaba inmóvil, pero seguía mirando el vacío.

Santiago llevó una botella de *whisky* y la apoyó contra los labios de Dante.

—Venga, adentro.

Él tragó, tosió, luego dio un sorbo más consistente.

—Ten cuidado, que te has tomado un montón de porquerías —dijo Colomba—. ¿Cómo estás?

El termómetro de Dante bajó algunas muescas, permitiéndole hablar.

—Me ha cogido de improviso.

—¿El chico del vídeo? Cosas peores has visto.

—Pero es la primera vez que veo a alguien como yo —se secó los ojos llenos de lágrimas—. Un prisionero.

Santiago hizo una copia del vídeo e imprimió numerosas imágenes en color. A cambio, Dante utilizó el ordenador para transferir lo que a Colomba le pareció una ultrajante suma de dinero a una cuenta extranjera. La cantidad de delitos que estaba cometiendo solo para continuar con aquella historia iba aumentando de forma paulatina, aunque se dio cuenta de que a esas alturas le importaba poquísimos. Nunca había sido una fanática de las reglas, pero a diferencia de muchos compañeros suyos jamás superaba la línea que separaba lo irregular de lo que tenía relevancia penal, por muy delgada que fuera. No por miedo a las consecuencias, sino por respeto a lo que representaba el uniforme que tenía colgado en el armario, una barrera entre cuanto de bueno había en el mundo y el caos que lo amenazaba y corroía desde los márgenes. A medida que iba profundizando en esa historia, no obstante, advertía que cada vez le importaba menos. Tan solo quería echarle el guante al Padre, y el resto pasaba a un segundo plano. En ese momento, después de haber visto el vídeo, se sentía rebosante de una furia incandescente que no veía la hora de poder liberar.

Hicieron el camino de regreso sin escolta: Santiago y los suyos se habían quedado metiéndose coca en la azotea. Antes de subir al coche Dante la obligó a dar un paseo por el césped de broza. Aunque nadie se les acercó ni mucho menos intentó molestarlos, Colomba se sentía observada desde cada ventana iluminada de la fachada que quedaba tras ellos.

Dante fumó un par de cigarrillos sin hablar.

—No puede ser verdad que sea un prisionero —dijo Colomba cuando juzgó que ya sería capaz de responder.

—La manera de lavarse... Es como me la enseñó a mí. Los mismos movimientos. Aún los hago algunas veces bajo la ducha. Solo que en el silo el agua era un bien escaso.

—Si el Padre tiene ya un prisionero, ¿por qué ha secuestrado al hijo de los Maugeri?

—Con uno no tiene suficiente. Nadie me creyó nunca cuando lo decía, pero había otro conmigo. Y ahora hay otro con Luca.

—No lo llames por su nombre.

Dante rechazó la objeción con un arco luminoso de las brasas.

—Déjalo. Para lo que hace, el Padre necesita fondos. Vender vídeos a viejos guarros es la mejor manera. Ellos no hablan, y si lo hacen, nadie es capaz de llegar hasta él o la víctima. El niño del vídeo puede haber sido filmado en cualquier lugar

del mundo. Tan solo nosotros sabemos que es italiano.

—Creemos que lo sabemos. Tal vez el Padre se ha dado una vuelta por el extranjero.

—Ya te lo he dicho: es demasiado viejo para cambiar de costumbres. Lo demuestra el secuestro de Luca. Si hubiera querido irse a Tailandia ya lo habría hecho. Y hasta habría ahorrado.

Colomba reflexionó.

—Vendió el vídeo hace cinco meses, justo antes de ocuparse del hijo de los Maugeri.

—Fondos para la nueva operación —observó Dante con tristeza.

Colomba se sentó en un trozo de cemento grande como un mojón, aplastando un insecto.

—Puede ser cualquiera.

—El vídeo de Santiago tiene cinco meses. ¿Cuántos años crees que tiene el chico?

Colomba miró una de las fotografías a la luz del móvil.

—Unos siete, quizá. Aunque teniendo en cuenta su estado podría ser mayor.

Colomba vio un punto rojo moverse arriba y abajo en la oscuridad: Dante asentía con el cigarrillo en la boca.

—Estoy de acuerdo contigo. Entre siete y ocho. No más. Si fue secuestrado alrededor de los seis años, ha estado en cautividad entre un año o dos antes del vídeo.

—Por tanto, fue secuestrado entre 2011 y 2012, si no estamos metiendo la pata. Podemos comprobar los desaparecidos.

—Es inútil —dijo Dante.

—¿Cómo lo sabes?

Dante resopló.

—Es mi especialidad, ¿te acuerdas? Los menores desaparecidos en esos tres años son cerca de ciento cincuenta, pero los niños son poquísimos y se les recuerda a todos. En la mayor parte de los casos, además, ha sido uno de los padres quien se ha llevado a su hijo al extranjero.

—¿Y no puede ser uno de esos?

—La edad y la cara no se corresponden. Por mucho que hayan podido haber cambiado.

—¿Has visto todas las fotos?

—Naturalmente.

—También están los extranjeros —dijo Colomba—. Es difícil saber cuántos llegan aquí desde los países del Este. Los venden como mendigos, a veces los trasladan de un país a otro, los padres se separan. El Padre podría pescar a manos llenas a chiquillos que piden limosna.

—Y en muchos casos nadie lo denunciaría.

—No se fían de nosotros. Tienen miedo de acabar en la cárcel.

—¿Y eso por qué será? —preguntó Dante sarcástico—. De todos modos al Padre esos no le interesan. Se empleó a fondo para hacerse con Luca, tal vez a los chiquillos de la calle los considera material de segunda clase.

Desde la casa que quedaba a sus espaldas llegó un sonido de cristales rotos y dos voces masculinas que se peleaban en árabe. *Mañana lo leeré en el periódico*, pensó Colomba amargamente.

—Por tanto, ¿se trataría de un niño del que nadie sospecha que haya sido raptado? —preguntó luego—. ¿Y eso cómo es posible?

—Piensa en mi caso.

—Te creían muerto.

—Muy bien.

—Y en tu opinión, ¿ha hecho lo mismo con el chico que hemos visto en el vídeo?

—¿Por qué no? Lo pensarán también de Luca, tarde o temprano, si no encontramos algo. Que su padre lo ha matado y enterrado en el bosque.

Solo pocos días atrás Colomba habría descartado esa hipótesis como increíble. Ahora habría apostado que se trataba de la verdad. ¿Y por qué no, en el fondo? Si uno era tan demente como para secuestrar niños repetidas veces, debía de tener una estrategia de supervivencia también demente.

—Un niño del que todo el mundo piense que esté muerto, pero cuyo cadáver no se haya encontrado... No tengo en la cabeza ningún caso tan reciente.

—No tiene que ser necesariamente un homicidio. También valen los accidentes. Un coche que haya caído en algún río también puede irnos bien.

—Serán una multitud —dijo Colomba.

—Hasta 1994 morían por lo menos cien niños al año en accidentes de tráfico; ahora quizás un poco menos, con el cinturón obligatorio y los asientos infantiles, pero no hay estadísticas seguras.

—Porque si existieran, tú las conocerías, ¿verdad?

—Perdona si hago bien mi trabajo... Luego están los que se ahogan en el mar y los que caen en algún puto barranco en la montaña. Pero en la mayoría de los casos el cuerpo es recuperado.

—Hay que recopilar datos de la Policía de Carreteras, de la Forestal... Menudo lío.

—¿No tenéis una base de datos central?

—La tenemos desde hace poco, incluso para los homicidios.

Dante resopló.

—Siempre me sorprende que de tanto en tanto detengáis a alguien. ¿Puedes pedírselo a Rovere?

—No. Ha decidido que ya no necesita nuestra ayuda.

Dante se quedó parado a medio gesto de encenderse otro cigarrillo.

—¿Cuándo tenías pensado decírmelo?

—¿Por qué? ¿Para ti cambia algo? —ladró Colomba, al sentirse pillada en falta.

—No me fío de él. Y aún me fío menos ahora que se nos ha quitado de encima.

—Dice que está preocupado por mí.

—Trolas. Se interesa por ti, pero no es eso lo que lo mueve. Tiene otros motivos, lo que pasa es que no llego a comprenderlos. Por eso me preocupo.

Estoy empezando a pensar lo mismo que tú, reflexionó Colomba, pero no lo dijo. En cambio, se encogió de hombros, aunque Dante no podía verla.

—De todas formas, tengo más gente a la que preguntar. Volvamos a la ciudad. Creo que esta noche me tomaré tantos cócteles de esos tuyos que voy a olvidarme de cómo me llamo.

La fuente de Colomba era fundamentalmente una, el inspector Carmine Infanti, quien por teléfono se mostró menos feliz de oírla de lo que había estado cuando la vio cerca del coche con el cadáver de Montanari. Habría podido negarse a ayudarla, pero la costumbre de obedecerla y el respeto que sentía por ella lo empujaron en dirección contraria. Al trabajar de nuevo con Colomba, empezó a preguntar y a prometer favores por ahí. Una ayuda inesperada le llegó del Observatorio Nacional para la Seguridad en Carretera, que recientemente había hecho un análisis detallado de las muertes de menores del último quinquenio, y de un viejo amigo carabinero que había llegado a ser un alto oficial.

Empleó todo un día para reunir una cantidad suficiente de datos, periodo durante el cual Colomba bebió poquísimo, en realidad, y Dante fumó sin parar mirando el techo de su habitación, en el que había pegado las fotos sacadas del vídeo del niño. Escuchaba la música con el volumen tan alto que por primera vez la dirección del hotel se quejó.

Hablaron poco, como si cada uno de ellos estuviera reelaborando a su manera lo descubierto, y la única novedad fue para Colomba, una llamada de la Oficina de Personal de la policía, que le pedía que se reuniera con ellos lo más pronto posible. Su interlocutor telefónico era amable, pero Colomba no dudó de que se trataba del primer paso para su cese definitivo. Tal vez había sido la patada en la cara a Santini, o tal vez Anselmo había explicado su presencia en el registro del Consorcio Sanitario, pero era inevitable que tarde o temprano sus actividades extracurriculares empezaran a saberse. Se preguntó si habría sido una iniciativa personal del comisario jefe, como se temía Rovere. Para disipar el nerviosismo, tras haberle impuesto a Dante que no se moviera de la *suite*, regresó a su casa a buscar ropa de recambio y examinar el correo. El libro abandonado sobre el reposabrazos del sillón arrojó encima de ella una melancolía indescriptible. No sabía si echaba de menos la vieja vida o si añoraba el tiempo desperdiciado haciendo de eremita mientras un monstruo iba recolectando niños por ahí. Para sacársela de encima se puso un chándal y zapatillas de deporte y corrió por el terraplén del Tíber, por una vez durante la puesta de sol, sudando malos sueños y estrés. Cuando regresó a casa, encontró la llamada perdida de Infanti en el móvil, le telefoneó y se pusieron de acuerdo para verse al final del segundo turno de oficio.

A las ocho de la tarde pasó a recoger a Dante y se lo llevó consigo, a pesar de las protestas, hasta el bar Momart en la zona de Nomentana, que tenía un bonito patio al

aire libre para fumadores, por lo que Dante no se vería obligado a esperar en el coche.

Infanti ya estaba allí, con una cerveza delante, y se levantó para saludarlos.

—Ya nos conocemos —le dijo a Dante.

—¿Ya han encontrado el preservativo? —preguntó él, cáustico.

—Sabe lo que es el secreto de sumario, ¿verdad?

Dante se rio con sarcasmo.

—No lo han encontrado.

Se sentaron a la mesa y Dante pidió su Moscow Mule de costumbre, y Colomba un agua mineral. Mientras corría se había sentido en baja forma y había decidido llevar una vida más moderada que la que llevaba últimamente. La tarde era tibia; Dante pensó por millonésima vez que el clima de Roma era una de las pocas razones por las que se obstinaba en quedarse.

Colomba e Infanti intercambiaron un par de bromas intrascendentes mientras Dante explicaba de forma obsesiva la composición del cóctel a la camarera. Luego Colomba preguntó sobre Rovere, fingiendo desinterés.

—Le he visto poco en los últimos tiempos —dijo Infanti, cauto—. Pero me parece más bien desanimado.

—¿En qué sentido?

—Sin afeitar, más arrugado. ¿Te acuerdas de los primeros tiempos después de que muriera su mujer?

—No mucho, estuve casi siempre en el hospital. Pero entiendo lo que quieres decir.

—Ayer se quedó en la oficina y ni siquiera contestaba al teléfono. Hoy no se ha presentado a la reunión con el comisario jefe... que se ha puesto hecho un basilisco porque dice que hace una semana que lo evita. Tal vez necesite unas vacaciones.

Colomba rumió la información. Si lo que decía Infanti era verdad, Rovere y el comisario no se habían reunido en los días anteriores. La decisión de dejarla fuera de la investigación era únicamente suya, y una vez más le dio la razón a Dante y sus sospechas.

—¿Rovere es viudo? —preguntó Dante.

Infanti asintió.

—Desde hace un año. Elena, su esposa, tuvo una grave enfermedad.

—¿Y no tiene hijos? —se informó Dante.

—No —Infanti abrió la bolsa y sacó el *notebook* para cambiar de tema. No le apetecía hablar de su jefe delante de un extraño, que incluso parecía morbosamente interesado—. Tengo lo que querías, Colomba.

—¿Lo has encontrado todo?

—Todos los accidentes y los homicidios en los que se hallen implicados menores de edad. Por lo que respecta a los homicidios, estoy seguro de que están todos. Son unos cuarenta.

—Cuarenta y tres —lo corrigió Dante.

Infanti asintió.

—Sí. Eso es. Felicidades —abrió el ordenador, que se reinició con un zumbido—. Sobre los accidentes no creo tenerlo todo *todo*. Pero lo he hecho lo mejor que he podido.

—¿Está el estudio de los cadáveres?

—No siempre, pero una vez más...

—Lo has hecho lo mejor que has podido —concluyó Colomba—. Lo sé, gracias.

Infanti introdujo una llave USB tan estropeada que se mantenía entera con cinta adhesiva.

—Lo he pasado todo a un excel. Son trescientas doce fichas —dijo señalando la pantalla—. Te hago una copia.

Dante echó un vistazo por encima de su hombro.

—No hay fotos —masculló con la pajita del cóctel entre los dientes.

—¿Fotos de los cadáveres? —preguntó Infanti irritado. Ponía todo de su parte para tolerar a Dante, pero no se le daba bien.

—De las víctimas antes de que fueran cadáveres.

—No están en nuestro sistema ni tampoco en los demás cuerpos de policía. Como mucho puedo encontrar las fotos de los accidentes, con los de Carreteras.

—Tendremos que pedírselas a las familias —dijo Dante.

Infanti estaba aturdido.

—Está bromeando, ¿no?

—Sí, es mi retorcido sentido del humor.

Infanti se dio la vuelta hacia Colomba.

—¿Me puedes explicar para qué necesitáis las fotos de los niños muertos?

Ella se encogió de hombros, incómoda.

—Estamos llevando a cabo una búsqueda.

—¿Qué búsqueda?

—Déjalo correr.

—No, no voy a dejarlo correr. Basta con que uno de los que llames se queje para que se descubra que te he ayudado. Dime en qué me estás implicando.

Colomba suspiró.

—No puedo.

Infanti hizo una mueca de desagrado. Había pensado que estaba ayudando a una superior suya, que en los tres años en los que habían trabajado juntos había demostrado una capacidad y una firmeza fuera de lo común. Pero la que tenía delante era solo un borrador. Triste, carente de equilibrio, con algo dentro que la inquietaba. Se dio cuenta de que había cometido un error.

—Lo siento, Colomba, he cambiado de idea.

Dante se estiró de golpe y sacó la llave USB. El ordenador emitió un *pling* descontento.

—Demasiado tarde.

Infanti lo agarró del brazo y tiró de él hacia sí, furioso.

—Pero ¿cómo te atreves, pedazo de mierda?

Dante no dijo nada pero no abrió el puño, mientras seguía apretando su presa. La violencia iba tan poco con él que su reacción habitual frente a la agresividad de los machos alfa o supuestamente tales era la de replegarse sobre sí mismo. Aparte de las dos o tres veces en el pasado en que había perdido el control y había acabado teniendo problemas.

—Suelta —dijo Infanti, apretando.

Dante siguió oponiendo resistencia pasiva, sin mirar al otro a los ojos. Se sentía extremadamente contrariado.

—Déjalo, Carmine —dijo Colomba—. No seas cretino.

—Dile que me dé la llave.

—Déjalo, inspector.

El tono era el de la Colomba de antaño e Infanti soltó a Dante de golpe, bajando la mirada.

—Es por el niño de los Pratonì, ¿verdad? Te has obsesionado con eso.

—No es tu problema.

Dante se desabrochó el puño de la camisa para ver las marcas rojas sobre su piel.

—Me va a salir una equimosis —barbotó, recuperando su humor habitual. Nadie le prestó atención.

Infanti lo señaló.

—¿Ha sido él quien te ha implicado en esta gilipollez? ¿Qué te ha metido en la cabeza?

—Nadie me ha metido nada en la cabeza.

—¿Y entonces por qué estás investigando donde no deberías? ¿Y sin la autorización del magistrado?

—Baja la voz, que te están mirando —dijo Colomba.

Era verdad. En las mesas cercanas había sobre todo estudiantes universitarios y muchos habían posado sus miradas sobre ellos. Pensaban en una pelea familiar o en una cuestión de cuernos. Ella, él y el otro. A juicio de los asistentes, ninguno de los dos hombres era digno de emparejarse con Colomba. Esquelético y estafalario el uno, achaparrado y con nariz respingona el otro. La mujer atlética que estaba frente a ellos podía aspirar a algo mejor y muchos de los varones presentes de buena gana se habrían presentado voluntarios.

—Dime, ¿qué esperas descubrir por tu cuenta con este zombi? —prosiguió Infanti en un tono ligeramente más bajo.

—¡Eh! —protestó Dante.

—Te estás poniendo desagradable, Carmine. Ya pago yo la cuenta.

—No, no, faltaría más —dijo él con rabia, tirando un billete de diez sobre la mesa y levantándose—. Me moría de ganas de que volvieras al servicio. Nunca quise creer lo que se decía de ti.

Colomba entornó los ojos, y una vez más Infanti advirtió que no podía sostener esa mirada verde que ante su reacción rabiosa se había hecho más oscura, volviéndose de color esmeralda.

—¿Por qué, qué se decía?

—Déjalo correr.

—¿Qué se decía, inspector?

Infanti vaciló una fracción de segundo.

—Que en París perdiste la cabeza. Y por desgracia me he dado cuenta ahora de que es verdad.

¿París?, pensó Dante. ¿Es allí donde le pasó lo que le pasó? Empezó a pasar revista a lo que había ocurrido del otro lado de los Alpes en los últimos años.

—Puedes irte —replicó Colomba, gélida.

—Lo siento un montón por ti —dijo Infanti metiendo el ordenador en la bolsa y girando sobre sus talones—. Pero tal vez sea verdad que lo mejor es que te busques otro trabajo.

—Es un gilipollas —comentó Dante cuando se hubo alejado. Pero seguía pensando: *París... París...*

Colomba negó con la cabeza.

—No. Yo en su lugar me habría comportado de la misma forma. Dentro de poco alguien me exigirá explicaciones sobre lo que estoy haciendo. No nos queda mucho tiempo.

—Lo entiendo —dijo él con aire distraído.

Colomba hizo una mueca, al comprender en qué dirección iban los pensamientos de Dante.

—Entonces ¿qué?, ¿ya has llegado?

Dante parpadeó.

—¿A qué?

—Veo cómo le estás dando vueltas y más vueltas.

Dante intentó hacer su mueca burlona, pero no le salió, porque en ese momento una idea se le había hecho presente en la cabeza.

—¿Desde cuándo estás fuera de servicio?

—¿Entre el hospital, la convalecencia y la excedencia? Casi nueve meses hasta el día de hoy —Colomba le hizo un gesto al camarero y cuando se acercó le pidió que le trajera una cerveza.

Dante se quedó helado. Las imágenes de la devastación que habían sido reproducidas de forma obsesiva en todos los noticiarios rodaron por su cabeza.

—No sabía que también hubiera policías italianos —murmuró.

—Uno solo. Yo —ahora sus ojos se habían vuelto aún más oscuros, como un mar profundo—. La investigación me exculpó, pero yo lo sé. Once muertos y diecisiete heridos. Y todo fue por mi culpa.

Aunque Dante había comprendido ya cuál era el peso con el que cargaba Colomba, bullía por oír su versión. No obstante, tuvo que esperar a que regresaran al hotel porque a ella no le apetecía contárselo en medio de la gente.

Salieron a la terraza de la habitación, donde Dante podía fumar, con las cortinas opacas echadas y la luz apagada, por seguridad. En la penumbra solo esclarecida por la luz de las farolas del patio que dejaban pasar los listones, Colomba se sentía suficientemente segura de que Dante no podría leerle en la cara emociones que no quería mostrar.

—Hace un año nos llega una información —empezó— según la cual un asesino reincidente había encontrado refugio en Francia. Se llamaba Emilio Bellomo.

—Lo sé. Se habló de ello.

—Déjame contarle a mi manera, que bastante difícil me está resultando ya.

—Perdona.

—Bellomo había sido hallado culpable de dos homicidios, de algunos atracos y de atentados por encargo.

—Versátil.

—Todo lo hacía por dinero. Llevaba huido tres años, y la última información se remontaba a siete meses atrás, cuando había escapado a pie de un puesto de control de los carabineros, abandonando el coche. Nuestros *primos* habían abierto fuego, pero no se dejó atrapar. Se suponía que había quedado herido, aunque no se presentó en ningún hospital; por tanto, debía de haberse curado por su cuenta o haber localizado a un médico complaciente. Dado que el primer asesinato lo había cometido en Roma, nuestra Fiscalía mantenía aún la prioridad sobre las investigaciones. Descubrimos dónde se encuentra porque uno de sus viejos cómplices, Fabrizio Pinna, canta. Bellomo se había refugiado en su casa para curarse tras el enfrentamiento armado con los carabineros y se fiaba lo bastante de él como para decirle que iba a irse a París, a casa de su amante.

—¿Cómo se llamaba, que en este momento se me ha ido de la memoria?

—Caroline Wong, franco-china. Pinna tan solo dice el nombre, pero la encontramos, aunque tenemos que ir con cautela porque si Bellomo se da cuenta, se nos escapa de nuevo. Es listo, y ya lo ha demostrado.

—¿Cómo fue que Pinna cantó?

—Porque inmediatamente después de la partida de Bellomo había descubierto que estaba enfermo de cáncer, en estadio terminal. Rovere y yo pensábamos que

quería limpiar su conciencia. Aunque más tarde... —Colomba movió la cabeza—. Déjame seguir en orden. Así pues, Rovere me encarga que coordine la operación con los franceses. Yo también tengo la ventaja de conocer a uno de los policías de allí, con quien coincidí en una de las muchas reuniones de coordinación Schengen, y hablo algo de francés. Sometemos a vigilancia la casa de Wong y el lugar en el que trabaja de guardarropa. Que es un restaurante japonés de lujo, encima de unos grandes almacenes.

—*Aquel* restaurante.

—Sí, aquel. La operación está en manos de la policía local, yo solo soy una observadora. Me dejan llevar el arma encima solo por amabilidad y me tendría que limitar a hacerme cargo de Bellomo cuando se me consignara. Pero, tras un par de días de vigilancia en vano, como siempre tiene que haber uno del equipo en el restaurante haciéndose pasar por un cliente, voy yo. Menuda suerte tengo. Estoy allí, fingiendo que como cuando Bellomo entra. Me ve y me reconoce —Colomba movió la cabeza, abatida—. Ya sabes el resto.

—Bellomo hace estallar la bomba.

Colomba había regresado por un instante al humo y las llamas.

—Sí —dijo en voz baja—, y provoca una masacre. La tenía en el guardarropa. Su novia le hacía ese favor. No sé si me da más rabia o pena.

—Pena, supongo, puesto que murió. ¿Cómo pudo reconocerte Bellomo? ¿Ya os habíais visto?

—Nunca. Las posibilidades son dos. O tenía un olfato excepcional para la pasma, y de alguien como él hasta puedo esperármelo, o bien Pinna le había dicho cómo era yo. Sé seguro que me reconoció. Y Pinna lo había puesto sobre aviso, según se supo luego.

—¿Pinna os traicionó?

—Se ahorcó el mismo día de la explosión pidiendo perdón por todo aquel lío. En la nota decía que había cambiado de opinión y que había avisado a Bellomo «por amistad». Imaginamos que a través de Wong.

—¿Por qué no se escapó Bellomo?

—Tal vez estaba cansado de huir. Tal vez quería ser recordado como el pedazo de cabrón que era. Y se había preparado para recibirnos —Colomba cogió aire, los pulmones habían empezado a dolerle—. Yo lo vi accionar el detonador, ¿sabes? Me estaba mirando a la cara y se metió una mano en el bolsillo. Intenté sacar la pistola, pero... no fui lo bastante rápida. El cielo se nos cayó encima.

Tras la explosión, Colomba se despertó con los oídos pitándole y la cabeza palpitando. No recordaba nada del último minuto... ¿Qué había hecho? ¿Qué había pasado?

Las luces habían saltado y los ojos de Colomba tuvieron que acostumbrarse a la oscuridad casi total hasta que fue capaz de distinguir a través del humo los perfiles de los añicos de lo que habían sido ventanas. Las llamas lamían un extremo del local, y

en ese gris fosforescente y surrealista vio boca abajo a una de las modelos que estaban en la mesa central, a un paso de ella, con el vestido hecho harapos. La sangre que le salía de la boca formaba un charco negro. Alrededor, cascotes, polvo, llamas y más humo aún. *Una bomba*, pensó Colomba. *Ha sido una bomba*.

Había perdido el auricular, pero aunque lo hubiera llevado no habría podido utilizarlo porque la explosión le afectó al oído. Arrastrándose por debajo del tablero de la mesa que la había protegido de la explosión, Colomba alcanzó a la modelo y la sacudió ligeramente. Su cabeza se movió como la de una muñeca. En condiciones normales, Colomba habría comprendido de inmediato cuál era la situación, pero no se encontraba precisamente lúcida. Estaba en estado de *shock*, con una grave conmoción cerebral, dos costillas rotas, una rodilla inservible y una luxación de hombro. Pero no sentía dolor en ese momento, tan solo un enorme cansancio, y le costaba un gran esfuerzo ver de cerca. Pensaba confusamente que la chica estaba herida y que necesitaba ayuda de inmediato. Sin los zapatos, se levantó y sus pies protegidos únicamente por los calcetines se hirieron con los cristales y cascotes incandescentes, pero tampoco lo notó. Levantó a la modelo con sus brazos, de la forma más delicada posible, y se movió por entre el humo. Se tambaleaba y no entendía adónde se encaminaba. Iba hacia las ventanas que entreveía, pero seguía tropezando con los escombros y los fragmentos del mobiliario, corriendo el peligro de trastabillar o de dejar caer su carga. En un momento dado pisó algo mullido y notó que se movía. Se agachó y vio una mano que sobresalía de una estantería volcada cargada de botellas.

Aún ahora Colomba no sabía a quién pertenecía esa mano. Le pareció de un hombre, pero con la escasa iluminación no podía estar segura. Fuera quien fuera, tal vez había muerto porque no se detuvo a ayudarlo, pero entre las muchas culpas que se atribuía de esta se había absuelto. En esos instantes pensaba solo en la chica que llevaba en brazos, o más bien no pensaba en nada. Prosiguió su travesía, que parecía prolongarse hasta el infinito mientras giraba en círculos. Poco a poco los oídos empezaron a funcionarle de nuevo y por debajo de un zumbido atroz oyó el ruido del fuego que devoraba las cortinas, los desconchones del enlucido que caían del techo. Y los gritos, débiles, desesperados, de los que habían quedado sepultados o heridos demasiado gravemente como para moverse.

—Enseguida volveré a por vosotros —gritó, o pensó haber gritado, con la garganta quemada por el polvo y por el humo—. Os juro que volveré —pero entonces identificó la silueta de la puerta que llevaba hasta la entrada del local. Hacia allí se encaminó y mientras se acercaba el aire iba haciéndose más límpido en tanto la corriente barría los humos, y en la planta baja, allí donde antes se encontraba un pequeño vestíbulo para la recepción, una luz de emergencia que había quedado intacta le indicaba con su ojo verde el camino de la salvación. Era la escalera, en cuyos primeros peldaños estaba boca abajo el cuerpo de un camarero que había perdido las extremidades inferiores. En su delirio Colomba pensó: *Dios mío, qué suerte hemos tenido, esta chica y yo. Ha faltado poco. Muy poco*. Con su carga no

habría podido superar las escaleras, pero en ese momento una pequeña multitud surgió de la oscuridad. Camareros, dependientes de los grandes almacenes vestidos de negro, transeúntes que en vez de huir intentaban prestar ayuda. Salieron corriendo a su encuentro, todos gritando y llorando, todos queriendo arrebatársela a la chica de las manos, y diciéndole: «Siéntate, tranquila, ven aquí». Ella los rechazaba. Gritaba, o imaginaba estar gritando: «Ocupaos de los demás, los demás».

Se despertó en el hospital de Sainte-Anne de París, y en el aturdimiento de los sedantes, un doctor con cara triste le comunicó que la chica a la que había transportado, la modelo albanesa que iba hasta las cejas de cocaína, había muerto de golpe cuando una mesa —la misma mesa que había salvado a Colomba— le había aplastado el cráneo. Pero Colomba recibió la noticia casi indiferente. Ya no tenía entrañas, ya no tenía nada. Era un agujero que se sostenía gracias a una capa sutil de piel. Y que ese agujero siguiera respirando y teniendo el aspecto de un ser humano le habría parecido increíble de haber tenido la capacidad de sorprenderse de algo. No habló casi nada durante la primera semana. No abrió la boca con sus compañeros ni con su madre, que había ido a darle un abrazo, ni con los representantes de las instituciones que «se solidarizaban, partícipes», ni con esa mierda de hombre que había sido su novio hasta entonces y que iría alejándose con rapidez durante los meses sucesivos, incapaz de sufrirla en su nueva encarnación de enferma y doliente.

Relacionarse con ellos la habría obligado a seguir sintiéndose un ser humano, y Colomba no era capaz de ello, ni tampoco quería. Quería ser un trozo de pared, una sábana, una de las flores del jarrón que había enviado el comisario jefe, «con grandísimo afecto y grandísima solidaridad». Un objeto cualquiera que no sintiera nada, que fuera cosa entre las cosas. No lo lograba, pero había pasado tiempo intentándolo mientras la operaban para recomponer los tendones y el hombro, mientras intentaban obligarla a comer convenciéndola solo un momento antes de empezar la alimentación forzada. Ni siquiera había sido capaz de estremecerla la visita de Rovere, que se sentó a su lado y que la comprendía, y que le dijo que no era culpa suya, y que siguió repitiéndoselo en los días siguientes, mientras empezaban los ataques de pánico, las pesadillas y los interrogatorios de la comisión de investigación. Un Rovere tan mustio como ella, quizá tal vez más por la reciente pérdida de su esposa —al dolor se añadía más dolor—, y pesaroso por el sentimiento de culpa por haberla enviado casi a morir.

—La comisión de investigación al final me absolvió. Pero también habría aceptado yo una condena. Sentía, y siento aún, que me equivoqué —concluyó Colomba.

Entre la espesa oscuridad que lo rodeaba y lo evocado por el relato, Dante no se atrevía casi a respirar.

—CC... Pero ¿por qué iba a ser culpa tuya? ¿Qué podías haber hecho?

—Detenerlo antes de que entrara en el restaurante.

—Pero solo lo viste en el último momento.

—Yo sí. Pero mis compañeros en la calle no. Lo vieron entrar por la puerta de los grandes almacenes. Y yo les dije a ellos que esperaran. Que ya lo teníamos, que seguro que estaba subiendo a ver a su chica. Que no lo perdería de vista y no iba a escapárseme. Las salidas estaban vigiladas, no tenía forma de huir, podíamos actuar con cautela. Técnicamente, la operación no era mi responsabilidad, pero los compañeros franceses siguieron mi consejo. Y pusieron en el informe que lo hicieron «fiándose de mi experiencia y conocimiento del sujeto», palabras textuales. Estamos hablando del fiasco más grande de la policía francesa del último medio siglo, y quizá de toda Europa. Nadie quería cargar con esa responsabilidad. Dimitió el prefecto, el jefe de la policía francesa a punto estuvo de caer, entre las embajadas hubo sus más y sus menos. Y desde entonces las relaciones entre ellos y nosotros ya no son tan buenas.

—Seguro que tenías tus motivos. Sé cómo razones.

—Conocía los antecedentes de Bellomo. Tenía miedo de que fuera armado y que se pusiera a disparar entre la gente. Que alguien resultara herido. Y, en cambio, lo hice peor.

—Habría accionado el detonador de todas formas en cuanto se hubiera dado cuenta de que estabais a punto de detenerlo.

—Eso fue lo que estableció la comisión, que al final logró que mi nombre no acabara en los periódicos y que no me echaran a patadas del cuerpo de policía. Y es eso lo que continúo repitiéndome. Pero sigue estando ahí el hecho de que tomé la decisión equivocada. Por eso ya no puedo seguir con mi trabajo. No por los ataques de pánico. Esos pueden curarse. Sino porque ya no me fío de mí ni de mi juicio.

Dante se deslizó sobre la *chaise-longue* para acercarse a ella. Ahora estaba solo a unos pocos centímetros y él sintió el doloroso y casi irreprimible deseo de estrecharla entre sus brazos. Dios, cuánto echaba de menos abrazar a una mujer, y Colomba, en ese momento de fragilidad, una mera silueta contra la luz, le parecía la quintaesencia de lo que le gustaría sentir contra su propio cuerpo. Al formular este pensamiento, Dante se sorprendió de sí mismo y se quedó bloqueado a mitad del gesto de cogerle la mano. No, no venía a cuento, de ninguna manera. Volvió a apoyarse en el respaldo.

—CC, no es que sea muy bueno consolando a los demás. Me he regodeado en la autocompasión tanto tiempo que mi estrategia cuando los otros están mal es esperar a que se les pase. Pero puedo decirte algo. Estoy convencido de que si hubieras sido tú la que se hubiera ocupado de mi caso cuando estaba encerrado en el silo, me habrías encontrado.

Colomba resopló.

—Qué bien te ha quedado.

—¿En serio? Me ha salido así. ¿Quieres dormir?

—No.

Colomba se levantó y se estiró, haciendo crujir las vértebras del cuello. Sentía un agradable torpor en los músculos de las piernas por la carrera de la tarde y una vez

más pensó que tenía que recuperar el ritmo de los entrenamientos.

—No sé si te habría encontrado, pero a ese niño del vídeo quiero liberarlo antes de que se convierta en alguien como tú. Con un Dante Torre el mundo ya tiene suficiente.

Al amanecer, la lista de los casos proporcionada por Infanti había quedado reducida a una treintena, y a las diez, solo a seis. Los demás habían sido descartados por la identificación segura de los cadáveres o bien por la edad o el sexo de los menores. Las primeras que desecharon fueron las víctimas de homicidio. La mayoría eran recién nacidos o niños en la primera infancia. Los seis que quedaron eran un muestrario de la crueldad del destino. Un niño arrastrado por la corriente durante una inundación, nunca hallado; otro quemado en la casa de los padres; un tercero aplastado por una avalancha; el cuarto y el quinto fallecidos en accidentes de tráfico provocados por la velocidad y la estupidez de los conductores, y cuyos cuerpos habían recibido tales y tantos traumatismos que había sido imposible la identificación de los mismos incluso para los propios familiares. El sexto era un caso más cruento e hiriente. Un monovolumen con seis personas a bordo en peregrinación a un santuario en la provincia de Macerata que se precipitó por un barranco y se incendió tras el impacto. Los ocupantes del vehículo fallecieron, y quedaron irreconocibles por el golpe y por la explosión del depósito de gasolina, un acontecimiento tan frecuente en las películas como raro en la realidad. Ese monovolumen, perteneciente a la parroquia, viejo y carente de los modernos sistemas de seguridad, tal vez ni siquiera tendría que haber estado en circulación.

Frente a los seis nombres apuntados, tras una jarra de café arábico, sin mezcla, de Santo Domingo, Colomba se dispuso a ocuparse de la tarea más penosa, la de ponerse en contacto con las familias. Dante escurrió el bulto. Se divertía mintiendo y fingiendo por teléfono tanto como se sentía incapaz de afrontar el dolor ajeno, sobre todo el punzante de la pérdida de un hijo o de un nieto. En los contactos personales, su capacidad de observación de las expresiones faciales y del lenguaje corporal le permitía estar más distante, pero cuando la interacción con sus interlocutores era solo verbal, no podía evitar reconocer en sus voces los mil matices del sufrimiento y sentirlos al mismo tiempo en su interior. Y además, si en las situaciones de luto una persona tiene un bagaje de frases y gestos de circunstancia para utilizar, Dante en esto era un idiota social y provocaba más problemas que otra cosa.

La tarea iba a ser penosa y lo fue, incluso más de lo previsto. La llamada telefónica de Colomba despertó pesadillas y provocó llantos, blasfemias y, por lo menos en un caso, incluso gritos de dolor. Y pese a esos apuros Colomba tuvo que seguir insistiendo.

—Nos envía una foto, por favor. Por correo electrónico sería lo ideal, pero

también podemos apañarnos por fax —les hablaba de análisis estadísticos de la policía, de recogida de datos que salvarían vidas, mintiendo solo en parte. Y para añadir malestar al momento, se dio la circunstancia de que solo dos de los interpelados disponían de una conexión a Internet o un ordenador, y Colomba tuvo que convencer a los demás de que se fueran a un estanco o a un locutorio para hacerlo cuanto antes. Milagrosamente, ninguno de ellos se negó y al cabo de un par de horas consiguió tenerlo todo.

Mientras tanto, Dante dormía mal, con el antifaz negro de viaje sobre los ojos, adormilándose y despertándose continuamente, con su cerebro dando vueltas sin parar. Era como si, en su estado de inquietud, intentara componer un puzle con piezas que se negaban a encajar. Y entre esas piezas estaba, sí, el Padre, pero también el niño misterioso, y las aún más misteriosas razones de Rovere. No sabía cuál era el nexo con todo lo demás, pero sentía que su dolor y sus motivaciones eran un hilo importante de la trama que estaba intentando desenredar. Eran pensamientos febriles, los suyos, típicos de cuando uno ha perdido el sueño y, a pesar de estar echado con los ojos cerrados, no consigue conciliarlo. Pero Dante recorría los puntos conocidos, como se hace en los pasatiempos donde hay que ir oscureciendo algunas zonas de una figura abstracta para descubrir los trazos escondidos de objetos familiares.

De repente un haz de luz lo devolvió a la conciencia. Colomba le quitó el antifaz de los párpados con cierta rudeza y ahora estaba observándolo con aspecto cansado.

—Ya lo tengo. Y me he hecho una idea.

—¿Las fotos de los niños? —barbotó él con la garganta seca, buscando a tientas el paquete de cigarrillos.

—Sí. Están en el ordenador. ¿Estás preparado o quieres tomarte un poco más de tiempo? —preguntó ella, sarcástica.

—Un minuto, que me lavo la cara.

Se había echado en la cama vestido. Se quitó la camisa y se enjuagó con agua fría en el grifo del lavabo, se tomó un complejo surtido de gotas y pastillas que tenía que servir para liberarle de algo de esa ansiedad que lo atormentaba, luego regresó al *living* con la toalla en los hombros.

Era la primera vez que Colomba lo veía con el torso desnudo y de nuevo pensó en David Bowie en esa vieja película de ciencia ficción, tan delgado que parecía un palillo. Pero, a pesar de los excesos, su delgadez no era enfermiza y parecía casi la de un adolescente que ha crecido demasiado deprisa. Si no fuera por el asomo de barba canosa que le había salido en el mentón en los dos últimos días, durante los que no se había afeitado, no aparentaba los años que tenía.

—¿Ya estás? —dijo ella.

—Aún no. Perdona, pero necesito cafeína.

—Tómalo con calma, anda.

—Un minuto, no seas ácida. ¿Tú quieres un café?

A Colomba le habría gustado, pero no le apetecía darle esa satisfacción y lo

rechazó. Dante se preparó una de sus mezclas con toques de herborista, luego se tomó dos tacitas seguidas, sin darles tiempo a que se enfriaran.

—Listo —dijo después—. ¿Dónde están?

—Aquí —Colomba giró el ordenador hacia él. Mientras lo esperaba, había puesto las seis fotografías en una única pantalla; las que llegaron vía fax del hotel las había escaneado en recepción y se distinguían porque estaban en blanco y negro. Seis fotografías de niños entre los cinco y los seis años, todos sonriendo igual. Al mirarlas de nuevo, a Colomba por primera vez se le hizo evidente que el que buscaban, si estaba entre ellos, era el más afortunado. Secuestrado y mantenido en cautividad por un demente, sí, pero vivo, a diferencia de los demás.

Dante miró la composición durante diez segundos, con los brazos cruzados, luego señaló una foto con decisión.

—Este —dijo.

Colomba soltó la respiración en un siseo.

—A mí también me parece el más probable, pero no estoy segura al cien por cien. Y tú tampoco puedes estarlo. Los niños crecen deprisa y cambian.

—En cambio sí lo estoy. Al cien por cien —insistió él—. ¿Quién es?

—El del monovolumen de Macerata. Ruggero Palladino.

—Coño —y el eco del duermevela volvió a la mente de Dante por un momento, confundiendo una masacre con la otra. Pero no le dijo nada a Colomba, entre otras cosas porque tampoco podría explicarle nada sensato—. Cinco muertos para hacerse con él.

—Dime por qué estás tan seguro.

—¿No notas nada? ¿Algo que lo diferencia de los otros niños?

Colomba pensó en las fotografías del hijo de los Maugeri y en el análisis preciso que Dante había hecho de su estado. Pero aquí tan solo había una única fotografía y, además, se le veía posando. Luego se fijó en los ojos.

—Parece un poco oriental.

—Ojos pequeños y rasgados, exacto. Y en cambio, el mentón, ¿qué te parece?

Colomba suspiró. Cuando Dante empezaba a actuar como un profesor en su cátedra era insoportable. Pero le siguió el juego.

—Poco pronunciado. Como el del chico del vídeo, aunque estaba en otra posición y no puedo jurarlo.

—Mentón retraído, así es como lo llaman. Pero no es así porque se parezca al padre o a la madre. Se trata de una dismorfología facial, por un problema en el desarrollo del hueso mandibular. Uno de los signos típicos del FAS.

—¿Perdona?

—*Fetal Alcohol Syndrome*. Síndrome Alcohólico Fetal —dijo él, como si fuera una obviedad—. La imbécil de su madre se emborrachaba mientras estaba embarazada. El feto no es capaz de eliminar los residuos metabólicos del alcohol que le llegan a través de la placenta.

—Sí, eso ya lo sé. Soy una mujer fértil.

Dante trató la interrupción como si fuera el zumbido de una mosca.

—Y surgen malformaciones.

—¿Cómo está de mal?

—Hay varias tipologías de FAS, dependiendo de la cantidad de alcohol consumida por la madre y por el periodo, si ha sido durante los primeros tres meses o también después. Se habla de ARND cuando solo hay problemas de desarrollo neurológico y de ARBD cuando hay graves problemas físicos. El niño del vídeo se movía bien, por tanto yo diría que era ARND. Solo Dios sabe cómo se las estará apañando en cautiverio —miró a Colomba—. Por eso estoy seguro de que Ruggero es el niño que buscamos. Tiene un retraso en el aprendizaje y en el desarrollo mental, como lo tiene también Luca, aunque de otra naturaleza. Por lo que parece, el Padre está eligiendo a los más desgraciados del mazo.

En condiciones normales de conducción, para ir de Roma a Fano son necesarias tres horas. Viajar con Dante, sin embargo, era cualquier cosa menos normal, por sus ideas fijas sobre los límites y las frecuentes manías con estar al aire libre, y Colomba se resignó a tardar el doble y llegar con la noche ya entrada, prometiéndose de nuevo que la próxima vez le echaría a escondidas en el café el contenido entero de una de sus bolsitas de contrabando. Pero cuando la frustración aumentaba, también debido a la falta de sueño, Colomba barbotaba tres palabras mágicas —«los más desgraciados»— que enmudecían de inmediato a su molesto pasajero.

—Es una decisión que ha tomado recientemente —dijo él cuando se cansó de la alusión. Hacía poco que habían pasado el peaje y estaban entrando en la provincial. Para entonces ya había oscurecido y el tráfico era casi exclusivamente de transporte de mercancías.

—Has sido tú quien ha dicho que no cambia de sistema. Que siempre es el mismo.

—Siempre es el mismo *en sus métodos*, ¿okey? No en la elección de las víctimas.

—Siempre son niños de seis años.

—Aparte de eso, antes *no* buscaba a los más desgraciados.

Ella lo miró de reojo.

—¿Estás seguro de ello?

—En la guardería yo iba muy bien. Y sabía ya leer un poco cuando fui raptado. Y también escribir todas las letras del alfabeto. Ningún retraso cognitivo.

—Eso lo dices tú.

Dante echó la cabeza hacia atrás.

—¿Por qué no llamas por teléfono a mi padre y se lo preguntas? Y también era muy sociable con la gente de mi edad.

—Entonces, has cambiado mucho.

—Vete a la porra —dijo él reclinando el respaldo y haciendo ver que se echaba a dormir.

Ella le dio un golpecito en el hombro.

—No te relajes, que ya hemos llegado.

Coronado por el cartel ZONA MILITAR y por el alambre de espino, frente a ellos se encontraba, en efecto, el cuartel de los carabinieri de la zona, con el que Colomba se había puesto en contacto telefónico durante el viaje, buscando al mariscal cuyo nombre aparecía al pie del atestado del accidente. Si hubieran llegado pronto, los

habría esperado en un bar del pueblo, pero vista la hora que era, había regresado ya al servicio para el turno de noche. Colomba aparcó en el primer lugar que encontró libre y Dante se tendió aún más, si eso era posible.

—Yo no entro ahí.

—No te preocupes. Ya he tenido yo mis problemas para justificar mi interés. Contigo detrás no suscitaría más que preguntas. Y, a propósito... —se sacó la funda del cinturón y la colocó bajo el asiento de Dante—. Guárdame esto.

Él se incorporó para sentarse.

—¿Cuándo vas a parar de dejarla por ahí como si fuera un juguete? Un día de estos me vas a disparar por error.

—No sería por error —dijo ella haciendo una buena imitación de la mueca de Dante y bajándose. En realidad, su humor era cualquier cosa menos sereno. Si el mariscal se olía algún fallo en su relato, se encerraría en la vaguedad con la que los *primos* sabían expresarse cuando se mostraban reservados. Por eso mismo había dejado el arma en el coche. No era la reglamentaria y un carabinero se habría dado cuenta de inmediato.

Colomba llamó al timbre, luego se identificó ante el que estaba de guardia en la entrada, quien la saludó y le desbloqueó la puerta de seguridad. Era un pequeño cuartel, con paredes necesitadas de una mano de pintura y cuatro sillas de plástico para quienes esperaban su turno para las denuncias. A esas horas no había nadie, solo un cabo primero con un vasito de café que la miró un instante con curiosidad, hasta que vio la placa dorada que Colomba se había colgado del cinturón, dándole la vuelta al carné. Fardar de chapa, como se decía en argot, era algo que le salía instintivamente cada vez que se encontraba en comisarías o cuarteles donde no la conocían. Era más rápido que presentarse cada vez y desanimaba a los pícaros. No siempre, aunque sí a menudo, por lo menos.

El mariscal Colantuono, de unos sesenta años, lucía unos bigotes de calendario y acento de Palermo. Se mostró cualquier cosa menos desconfiado con ella y no tuvo problemas en contarle lo que sabía sobre el accidente del monovolumen. Colomba siempre infravaloraba el efecto que causaba en los hombres, con uniforme o no, y tendía a olvidarse de las veces en que un botón desabrochado de su camiseta había obrado más milagros que la ostentación de su carné.

El mariscal creyó por eso que se trataba de una vaga investigación complementaria provocada por una denuncia, y tras haberle ofrecido un café que Dante habría desaprobado, le explicó lo que sabía. Había sido la Policía de Carreteras de Macerata la que había realizado las primeras actuaciones tras el accidente, pero su cuartel, y él en persona, se habían ocupado de avisar a las familias y practicar las identificaciones. El monovolumen estaba matriculado a nombre del párroco de Sant'Ilario y se había salido de la carretera en una curva cerrada en la provincial 362.

—En ese punto existe un talud escarpado de algunas decenas de metros y el vehículo se precipitó por él cuando el conductor perdió el control. Se lo juro, doctora,

en toda mi vida he visto una escabechina semejante.

—¿El conductor iba muy rápido? —preguntó Colomba.

—Según lo que se averiguó en la prueba pericial mecánica, había un problema en el sistema de frenado. Y tengo que añadir que yo al párroco lo conocía, y que iba lento hasta en bicicleta, no dejaría que fueran rápido en esas curvas.

—¿En qué estado quedaron los cuerpos?

—Mire, doctora, yo no quiero impresionarla, pero ¿sabe usted cuando se le olvida una salchicha en la parrilla? Eso parecían. Si uno no sabía que se trataba de cristianos, hasta podía equivocarse.

—Pero ¿los familiares los identificaron?

—Sí, y no era difícil. Antes estaba exagerando un poco —el mariscal abrió la ventana y cogió un cigarrillo—. ¿Le molesta?

—No, tranquilo.

—Maldito vicio. No consigo dejarlo. Cuando lo intento engordo dos kilos y luego recaigo otra vez. Y los kilos ahí se quedan. ¿Qué le estaba diciendo?

—Me estaba explicando cómo los identificaron.

—Sí, le decía que todos conservaban aún partes intactas. Al *u parrinu*,^[2] el párroco, aún se le veía bien la cara, y también a la maestra. Al otro cura lo identificaron por la ropa. Uno de los niños, cuando pienso en eso se me encoge el corazón, se había replegado por completo y se había protegido la parte de delante —indicó una vaga zona entre la cabeza y la barriga con el cigarrillo encendido.

—Lo recuerda bien.

—Ya ve, algo así, ya se lo he dicho, no lo había visto nunca. Y eso que me he tenido que chupar un número conspicuo de accidentes.

—Había dos niños a bordo.

—Sí. El hijo de la maestra fue el que se acurrucó. El otro, el hijo de los Palladino, era en cambio un trozo de carbón. Lo reconocieron por una cadenita. Y por una cartera.

—Era el más quemado.

—Ahora que me hace pensar en ello, yo diría que sí. Ya había nacido desgraciado. Con los problemas de su mamá... Piense que se fue a un hospital para dejar de beber en cuanto supo que estaba embarazada, y luego le nace un niño así. Me lo explicó el marido, el señor Palladino. Es funcionario del ayuntamiento, y hoy día sigue pareciendo un fantasma.

—¿Y se realizaron las pruebas de ADN a los cuerpos?

—No. ¿Para qué? No había posibilidad de equivocarse.

Colomba se levantó y le tendió la mano para estrechársela.

—Gracias. Ha sido usted muy amable.

—¿Ya se marcha? —el mariscal sonrió—. Qué lástima.

—A lo mejor volveré para verle si se me ocurre alguna cosa más que preguntarle.

—Ojalá. Porque, si me lo permite, mujeres guapas como usted se ven pocas por

estos pagos, aunque también por los suyos.

—Gracias.

Mientras la acompañaba hasta la salida, el mariscal Colantuono añadió:

—Un accidente brutal, y también un poco irónico. Acababan de estar rezando en el santuario, y mire qué regalo les hizo el buen Dios. Pero ¿quién sabe cómo piensa Él?

—Ya, quién lo sabe —dijo Colomba, que había dejado de preguntárselo cuando iba a catequesis.

—Aunque podía haber ido peor, ¿eh? Podía haber muerto uno más.

Colomba se detuvo en seco.

—¿Uno más?

Colomba regresó al coche. Dante había salido a fumar y se había comprado un Toblerone en un estanco que quedaba cerca. Le ofreció un trozo.

—No, gracias —rechazó ella—. Ya sé cómo lo hicieron.

—¿Fingir el accidente? —dijo Dante cogiéndolo al vuelo.

—Sí —volvieron a subirse al coche, para hablar lejos de oídos indiscretos—. Un conductor que adelantó el monovolumen antes de que se estrellara dijo que lo vio estacionado en la cuneta mientras un hombre hablaba con el conductor a través de la ventanilla. Se acuerda de eso porque reconoció al párroco al volante.

—¿Vio al hombre que hablaba con él? —preguntó Dante.

—La cara no, y no lo describió. Dijo que pensó que sería alguien que hacía autostop. Estaba oscuro y lo alumbró solo un momento con los faros.

—El Padre. Los mató allí y se llevó al niño.

—O tal vez tan solo los anestesió y luego empujó el monovolumen fuera de la carretera. Pero no me convence, Dante. Para una persona sola es imposible hacerlo todo.

—El conductor solo lo vio a él.

—En tu época tenía un ayudante, Bodini. Tal vez también lo tenga ahora. Alguien que se escondía en la cuneta. O, más probablemente, en algún vehículo allí cerca. Donde tenía el cadáver que sustituyeron.

—¿De dónde lo sacarían?

—Espero que lo robaran en alguna morgue, a lo mejor sobornaron a un médico. Pero tengo miedo de que se trate...

—De otra de sus víctimas. Un prisionero que se rebeló, tal vez... Tan pequeño —Dante parecía estar a punto de estallar—. Tenemos que lograr que exhumen el cuerpo del niño —dijo frenético—. Hay que saber quién es.

—Para eso es necesaria una orden del juez. Y no tenemos nada, salvo nuestra hipótesis. Encontremos al Padre y encajaremos todas las piezas. Para él ya no hay prisa. Y tampoco para sus padres. Si es como pensamos, ya lo dan por muerto.

—Por Dios —barbotó Dante. Luego, como medida más apropiada, se metió en la boca una pastilla, cogiéndola sin mirar y tragándosela a palo seco—. Todos estos años ha seguido secuestrando y matando.

—No podemos estar seguros de ello. A lo mejor ha empezado de nuevo hace poco.

—Yo estoy seguro de ello. Nunca se ha detenido. Y no se detendrá hasta que le pegues un tiro en la cabeza. A propósito, cógete la pistola.

Ella lo hizo.

—No soy el justiciero de la noche, Dante, soy policía. Quiero que vaya a la cárcel.

—Yo no. Yo lo quiero muerto. Tiene que dejar de respirar nuestro aire.

Ella vio que estaba temblando.

—No volverá a tocarte, te lo juro —le dijo.

—Soy incapaz... —empezó él, luego se paró y comenzó con voz más firme—. Soy incapaz aún de controlarme cuando siento su presencia cercana. Pensaba que lo lograría, tarde o temprano.

—Lo estás haciendo perfectamente. Y yo también tendría miedo en tu lugar. Después de lo que te hizo.

—¿A ti no te da miedo?

—Solo me da rabia. Y, no lo sé... *desconcierto* tal vez sea la palabra más apropiada. Me parece imposible que un monstruo de sus características pueda existir de verdad. Es como el ogro de las fábulas, como Freddy Krueger. Pero no voy a seguir fingiendo que no creo en él. Está ahí, está ahí fuera, en alguna parte, y tenemos que encontrar la manera de convencer a los demás de que existe —Colomba se puso en movimiento—. Ahora nos toca la familia Palladino. Ni se te ocurra pensar en quedarte en el coche. Necesito tu opinión.

—¿Aunque trate mal a la madre?

—Si lo intentas, te encierro en el maletero.

—No te atreverías.

—Ponme a prueba.

Pero no hizo falta. Los instintos belicosos de Dante se apagaron frente a la aflicción que encontraron en casa del matrimonio, sorprendidos ante su llegada al término de una cena frugal. Era como si hubieran sido extraídos desde el seno de una enfermedad de esas que van extendiéndose poco a poco, sin acabar nunca con uno. Por lo que sabían Colomba y Dante, el padre tenía cuarenta años y la madre treinta y cinco, pero cuando uno los miraba no podía dejar de pensar que estaban cerca ya de la tercera edad, él con profundas arrugas, pelo escaso y mejillas hundidas, ella con el pelo prematuramente encanecido que le caía en desordenados mechones sobre la frente. Colomba pensó que esa mujer no había dejado de castigarse desde la muerte de su hijo, renunciando a ese mínimo de atención sobre sí misma que supone un peluquero de tanto en tanto y algo de maquillaje cuando es necesario. Su marido,

mientras, tenía unos ojos que parecían succionados por las órbitas. Si Colomba no había conocido nunca a Padres y secuestradores en serie, a parejas así, en cambio, se había acostumbrado después de los delitos de sangre de los que se había ocupado. Familiares de las víctimas, familiares de los asesinos o los propios asesinos. Estos últimos, obligados a enfrentarse con su responsabilidad, empezaban a comprender que habían malogrado dos vidas: la de sus víctimas y la suya propia, que a esas alturas ya solo podía medirse con el metro de la cárcel. También la casa unifamiliar de los Palladino mostraba el efecto de aquella pérdida sufrida, con imágenes del hijo colocadas por todas partes, incluso en una especie de altarcito que ocupaba toda una pared del cuarto de estar, con crucifijos e imágenes de la Virgen.

Invadido por su dolor, Dante se refugió como siempre tras el análisis clínico de sus gestos mientras hablaban. Desde su posición de seguridad, junto a la gran ventana central de la sala que se abría hacia una luna creciente, se dio cuenta de que no tenían la más mínima duda acerca del destino de su hijo y cada día se recriminaban por haberlo dejado ir sin ellos a esa excursión organizada por el párroco, al que consideraban responsable de todo lo ocurrido.

—Era un viejo —dijo el hombre—. Y tenía un furgón que era un trasto. Debería haberlo llevado yo, con mi coche, a mi hijo, si de verdad quería ver ese santuario de los cojones.

—Carlo... —le regañó la mujer a media voz.

El marido la miró con pena y ni un ápice de amor.

—Ella sigue creyendo en Dios —les dijo a Colomba y Dante—. Yo no, ¿ustedes seguirían creyendo después de lo que sucedió? Pero, exactamente, ¿para qué están ustedes aquí?

Colomba les proporcionó una versión ligeramente modificada de lo que le había explicado al mariscal. Que había una investigación en marcha sobre lo ocurrido por omisión de socorro, dejando entender que les informaría si se producían novedades oficiales. A Dante lo había presentado como perito para casos de esa clase.

—Aunque se hubieran parado a ayudarles, ¿de qué habría servido? —dijo el marido—. Mi hijo murió en el acto.

—¿Y los resultados de la autopsia? —preguntó Dante abriendo el pico por primera vez.

—No pedimos que la hicieran —respondió la madre—. Ya estaba bastante destrozado. Se la hicieron a don Paolo, que conducía. Querían ver si había sufrido alguna indisposición.

—¿Y? —preguntó Colomba.

La madre se encogió de hombros.

—Estaba bien.

Colomba pensó que todo parecía conspirar para que los planes del Padre siempre llegaran a buen puerto, mientras que Dante, que no creía en las coincidencias, vio en esto un elemento más de complejidad, que no lograba descifrar. ¿Cómo había

conseguido el Padre cubrirse tan bien las espaldas, borrar todas sus huellas?

Al ver que el hielo se había roto, Colomba pasó luego a preguntas que poco tenían que ver con la dinámica del accidente. Dante le había asegurado que no sospecharían, aunque podrían enojarse por verse obligados a revivir lo sucedido. De todas formas, hasta la misma rabia parecía haberse apagado en ellos. Hasta las blasfemias que profería el marido carecían de fuerza o convicción.

—¿Fue la parroquia la que organizó la excursión?

—No —respondió por vez primera la madre—. Fue una iniciativa privada de don Paolo. Él iba allí a rezar cuando podía. Nos preguntó si nosotros también queríamos participar, o si nos gustaría que Ruggero fuera con él. Le dijimos que sí. Que nos gustaría.

—¿Con cuánta anticipación les informó del viaje? —preguntó Dante.

—¿Qué importancia tiene eso? —respondió el marido.

—Tengo miedo de que mis superiores me hagan preguntas a las que no sé responder. Y no quiero molestarlos otra vez —dijo Dante.

—La semana antes. Me llamó por teléfono y me lo preguntó —explicó la madre.

Esta vez Colomba y Dante pensaron lo mismo, que una semana era poco tiempo para organizar un secuestro, a menos que estuvieran ya preparados, a la espera de la mejor ocasión. El Padre había vigilado su casa. Pero ¿cómo habría escogido a su presa?

—¿Y no había nadie más, aparte de los difuntos, que estuviera metido en la organización? —preguntó Colomba.

—No lo creo —dijo el hombre.

—¿No se puso en contacto nadie con ustedes en los días anteriores? ¿Un médico, quizá, uno nuevo? —se informó Dante.

Esta vez la pregunta era tan extraña que los padres del niño se sorprendieron.

—¿Y por qué un médico?

—Pensaba en alguno de los que lo trataban. Por sus necesidades particulares —añadió Dante mirando fijamente a la madre.

La madre bajó el rostro y enrojeció como si le hubieran dado un bofetón.

—Ah, lo saben —murmuró.

—Sí —dijo Dante mientras seguía observándola, aunque ella hubiera apartado la mirada.

—Lo dejé enseguida, en cuanto supe que estaba embarazada —se justificó la madre.

—A los señores esto no les interesa —dijo el marido, dejando que brotara de nuevo la rabia—. De todas formas, no fue inmediatamente.

—Pero casi. Casi —repitió la madre buscando solidaridad con la mirada.

Dante permaneció impasible, Colomba le sonrió sintiendo una pena infinita.

—Hábleme de los médicos, por favor —dijo en un intento de cambiar de tema.

—Estaba su pediatra. Y luego iba a la Brújula de Plata.

—¿Eso qué es? —preguntó Colomba.

—Era un centro de apoyo para niños con problemas.

—¿Por qué habla en pasado? —preguntó Dante, con las antenas en guardia.

Descubrieron que la fundación poseía sedes en toda Italia, pero que poco después de la muerte del niño había cerrado sus puertas por graves problemas financieros.

Colomba y Dante hicieron aún alguna pregunta más que no llevó a ninguna parte, luego se encaminaron hacia la puerta.

En el patio, Colomba susurró:

—¿Tú crees que eligió al niño a través de la Brújula?

—Quizá no solo a él. Tenemos que conseguir que nos den las listas de los pacientes —respondió Dante.

Pero lo dijo distraídamente, no solo porque estaba disfrutando del aire libre, ya que había sufrido mucho allí dentro, aunque su termómetro se había quedado por debajo de la muesca «peligro», sino también porque tenía la mente ocupada por pensamientos oscuros que no era capaz de apartar de sí. Las líneas que unían los distintos acontecimientos de los que se estaba ocupando a esas alturas ya se hallaban entrelazadas de una forma intrincada, pero al mismo tiempo presentaban lagunas y desmalladuras. A medida que iba avanzando la investigación, en lugar de encontrar respuestas a las preguntas, seguía encontrando preguntas a las que cada vez era más difícil dar una respuesta. Cuando se imaginaba al Padre, acechando en la oscuridad, a la espera para atraparlo, no se sorprendía en modo alguno de que nadie le hubiera puesto el cascabel al gato. En primer lugar, nadie salvo él mismo creía en su existencia, y además, Dante sentía tanto respeto por la inteligencia de su secuestrador como desdén por la de las fuerzas del orden. Pero ahora que había descubierto que el Padre había seguido actuando, matando sin piedad, se preguntaba cómo había sido capaz de ocultar tan perfectamente sus huellas. ¿Cómo era posible que de todo lo que podía salir mal —como un padre desesperado que pide la prueba del ADN, por ejemplo— nada lo hubiera hecho? No solo para hacer que cayera en la trampa, sino también para engendrar una sospecha, una interferencia que le pusiera las cosas más difíciles en su «trabajo». Dante, que siempre había tenido poca, no creía en la suerte y mucho menos creía en que el Padre confiara en ella. El Padre, por tanto, debía de haber elaborado un plan de supervivencia complejo y refinado que Dante aún no era capaz de captar. Y había otra cosa más que lo atormentaba. ¿Cómo era posible que la primera vez que la policía encontraba una brecha en la estrategia del Padre se hubiera dirigido precisamente a él, que había sido su víctima? Era una coincidencia enorme, demasiado como para que pudiera creer que lo era. Pero, incluso en tal caso, una vez identificado el problema no había logrado encontrarle una solución hasta que, al despedirse de la madre del niño, que los había acompañado hasta la salida, su mirada recayó sobre una especie de pequeño monumento que adornaba la entrada de la casa. Se componía de un pedestal de mármol de un metro de alto, aproximadamente, sobre el cual habían colocado un par de zapatillas de niño fundidas en bronce. El *clic* en su

cerebro, mientras algunas piezas del puzle encajaban por fin con otras, fue tan fuerte que le pareció que los demás podrían oírlo. Señaló la estatua con la mano temblorosa y le preguntó a la mujer qué era aquello, a pesar de tener la certeza de la respuesta.

—Después de que Ruggero tuviera el accidente, alguien dejó sus zapatillas delante de casa. Tal vez las encontró por la carretera y nos las trajo. Mi marido hizo con ellas una estatua. Al principio pensábamos colocarla sobre su tumba, pero... aquí se quedó.

Dante parecía presa del delirio. Estaba tan pálido como antes rojo y respiraba con dificultad.

—¿Estás bien, Dante? —le preguntó Colomba preocupada.

Él hizo un gesto que quería decir todo y nada, y volvió a casa junto a la madre del niño, que estaba ya despidiéndose y cerrando la puerta.

Colomba oyó que decía:

—Perdonen. Una última cosa —mientras que con la mano buena sacaba el móvil del bolsillo y le enseñaba a la mujer, después al marido, algo en la pantalla. Colomba no supo ver de qué se trataba ni tampoco oyó la respuesta, pero vio a los dos cónyuges asentir y a Dante agitarse aún más, como un muñeco de muelles.

Cuando salió estaba transfigurado. La primera solución al enigma que lo atormentaba había sido como un orgasmo.

—Dante, ¿qué ocurre? —preguntó Colomba—. Me estoy poniendo nerviosa y eso no es bueno, porque tengo que conducir. Y a ti no te gusta que conduzca nerviosa.

Dante hizo su mueca, que se ensanchó hasta una sonrisa olímpica.

—¿Alguna vez has tenido un *satori*?

—¿Un qué?

—Una iluminación.

—¿Sobre el Padre?

—Secundariamente. He comprendido por qué de verdad tú y yo estamos ocupándonos de esto. No sé dónde nos llevará, pero me ha librado de algunas telarañas de mi cerebro —miró a Colomba y la sonrisa se le apagó—. No te va a gustar lo que acabo de comprender, me temo.

—Nada en esta historia me gusta. ¿Y bien?

—Rovere —dijo Dante—. Sé lo que oculta.

¿Qué estás dispuesto a perder? La letra de la canción había atormentado a Rovere durante todo el día. Se le había colado en la cabeza esa mañana cuando sonó en el radiodespertador. Era un modelo anticuado que él se obstinaba en tener sobre la cómoda. Antes de activarse emitía un zumbido que iba *in crescendo*, como los viejos televisores de lámparas. Normalmente Rovere lo apagaba antes de que empezara a sonar, pero esa vez dejó que siguiera, demasiado agotado como para moverse. La voz del cantante casi lo sorprendió. Parecía joven, tal vez lo fuera. Elena lo habría sabido, se mantenía siempre al día sobre lo que les gustaba a los chicos. Enseñaba en un instituto y pensaba que era necesario conocer el mundo de sus alumnos para entenderlos. Habían venido todos al funeral, tristes como si hubieran perdido a un familiar, aunque él se sorprendió preguntándose cuántos de ellos estaban fingiendo para tener una experiencia que contar o para quedar bien en las fotografías hechas con los teléfonos móviles.

¿Qué estás dispuesto a perder? Rovere no sabía quién era el cantante y se había olvidado del resto de la letra, pero conocía la respuesta a la pregunta.

Todo. Esa era la respuesta. Estaba dispuesto a perderlo todo con tal de poner fin a su obsesión.

El coche de servicio lo dejó debajo de su casa y Rovere se despidió del agente que iba al volante con un gesto distraído antes de encaminarse hacia el portal.

A pesar de que sus padres habían sido fervientes católicos, Rovere había crecido con la duda, la misma duda constante y la misma voluntad de comprender que lo habían ayudado en su carrera en la policía. Aunque ¿cómo se puede aplicar el pensamiento racional a lo incognoscible, a lo trascendente? Demasiado escéptico para creer y demasiado ligado a la tradición para rechazar la idea de Dios, Rovere se había quedado en vilo. No iba a misa, pero no se definía como ateo, ni tampoco como agnóstico. Dios probablemente existía, pero estaba tan lejos del mundo y de los hombres que creer en Él o no creer daba lo mismo. Cuando Elena enfermó, no obstante, empezó a rezar de nuevo como hacía cuando era niño. Si existía aunque solo fuera una posibilidad de que sirviera de algo, no podía dejarla de lado. Se aplicó a la plegaria metódicamente, como hacía con todo, distribuyendo novenas y jaculatorias a lo largo de las horas del día. Y siguió haciéndolo incluso después de la muerte de Elena, obteniendo consuelo en los momentos de aflicción, cuando la soledad era un lastre que lo hundía.

En la última semana, sin embargo, lo dejó y sabía que no volvería a hacerlo. Si

Dios en alguna ocasión había dirigido su mirada hacia él, ahora estaba claro que le había dado la espalda, desdeñándolo por sus errores, por su estupidez. A Rovere le quedaba tan solo la esperanza de ponerle remedio al menos en parte. Pero para ponerle remedio tenía que hundirse aún más en el abismo. *¿Cuál es la pena por la traición?*, se preguntó por centésima vez. *¿Por la mentira, por la maquinación?*

La respuesta una vez más era: todo. Y al final lo pagaría todo. Pero había valido la pena. Aunque los fragmentos de verdad obtenidos habían aumentado solo el peso que llevaba dentro. Se encendió un cigarrillo en el portal. La luz del vestíbulo a través del cristal esmerilado con pequeñas flores dibujaba su silueta en el edificio de enfrente. Rovere se quedó casi estupefacto. Se sentía desmaterializado, carente de sustancia. Se obligaba a comer solo para seguir en pie, intentaba prestar atención a los asuntos corrientes, pero era una lucha que estaba perdiendo. Ahora ya era solo un actor que se representaba a sí mismo, que llenaba el vacío dejado por él mismo.

¿Qué estás dispuesto a perder?

Al principio, la duda había sido desdeñable. Podía mantenerla apartada en su mente, repleta como estaba del dolor por Elena. Se arrastraba por los márgenes de su conciencia, se movía con lentitud por su vientre, pero podía ignorarla, o fingir que lo hacía. Pero cuando la pena por el luto se atenuó, aunque solo fuera un soplo imperceptible, el gusano se hizo más fuerte, empezó a morder, a revolverse. *¿Cuándo se convirtió en su compañero inseparable?* Debió de ser tras visitar a Colomba en el hospital parisino y encontrarla con la muerte dibujada en su rostro. Y por primera vez sintió que su duda tal vez tenía un fundamento, que ya no volvería a tener ni una sombra de paz si no apuraba la verdad. *¿Y qué fue lo que encontró tras los humos y los espejos? ¿Detrás de las mamparas y de los juegos de los abanicos?* El abismo. Que se lo había tragado.

¿Qué estás dispuesto a perder?

¿Qué me queda aún por perder? Me he quedado en los huesos. Dio la última calada y abrió el portón. Fue en ese momento cuando dos manos surgidas de la oscuridad lo agarraron y lo lanzaron contra la pared. Rovere no estaba acostumbrado a la violencia. Su carrera como funcionario le había evitado siempre las peleas en la calle, los arrestos peligrosos a base de puñetazos y patadas. Pero reaccionó de todas formas, intentando lanzar un débil codazo por detrás de sí, dirigido al rostro de su agresor. Mientras tanto, se trataba a sí mismo de idiota. Tenía que haberse esperado que eso sucedería, que la monstruosidad que actuaba tras el nombre del Padre comprendería tarde o temprano lo peligroso que era él. Su agresor le detuvo el codo con una llave dolorosa y lo golpeó con más fuerza aún contra el cemento.

—Estese quieto, coño —dijo una voz femenina.

Al reconocerla, Rovere dejó de luchar inmediatamente.

—¡Colomba! —gritó.

Era ella, furiosa y cansada por el viaje desde Fano pisando a fondo el acelerador, mientras Dante se quejaba, gritaba y vomitaba por la ventanilla antes de desplomarse

sin fuerzas. Un viaje horroroso, con la rabia que iba creciendo kilómetro tras kilómetro, la sed de sangre, literalmente. Nunca se había sentido tan traicionada, tan utilizada.

—¡Si vuelve a levantar la voz, le parto los dientes! Ponga las manos en la pared —rugió.

—Colomba, no entiendo qué está pasando —dijo Rovere en un tono más calmado.

Colomba le dio una patada en el tobillo izquierdo para que abriera las piernas.

—Contra la pared y sin moverse —empezó a registrarlo.

—Sabes que no voy armado.

—Hay muchas cosas que creía saber.

Con el raballo del ojo Rovere vio llegar a Dante. Parecía aún más pálido que de costumbre, aunque tal vez era la luz del rellano. Dante se quedó en la puerta, como si la casa escondiera a saber qué peligros.

—Señor Torre, querría tener usted al menos la bondad de explicarme...

A Colomba se le nubló la vista. Cogió a Rovere por el cuello del impermeable y lo sacudió con violencia, haciendo que golpeará repetidas veces la pared con el esternón.

—¡Basta! Basta ya de mentiras, basta ya de subterfugios. ¡Díganos la verdad, cojones!

—Usted sabía lo del Padre. Desde el principio —dijo Dante.

Rovere suspiró, sintiendo una mezcla de orgullo por la que consideraba discípula suya y de espanto porque tenía miedo a su reacción.

—¡No, no lo sabía!

—¡Coño, le he dicho que ya basta! —gritó Colomba.

—Estoy diciendo la verdad. Tenía tan solo... —se interrumpió—, temores. Sospechas. Creía estar loco solo por pensarlo.

—Y entonces nos utilizó a nosotros para despejar esa duda —dijo Colomba. Hacía un gran esfuerzo por controlarse, pero sabía que estaba a punto de estallar.

—¿Cómo os habéis dado cuenta? —dijo Rovere.

—Buscaba un sentido —dijo Dante—. Un sentido ante el hecho de haber sido implicado en esta investigación. Si no se trataba de una mera coincidencia, significaba que usted, que me había metido en esto utilizando a CC, debía de saber más de lo que nos había dicho —hizo una pausa, pasando revista en su interior a las razones por las que tenía que considerarse a sí mismo un cretino—. Pero no entendía cómo era posible. Usted había llamado a CC inmediatamente después del hallazgo del cadáver en los Pratoní. ¿Cómo podía haberlo descubierto todo tan deprisa? ¿Era cómplice del Padre? Imposible, no habría levantado tanto polvo. ¿Conocía a la víctima? Lo descartaba. El *modus operandi* del Padre no era reconocible en el rapto, a menos que no fuera el único al corriente de un detalle que para los demás no significaba nada. Luego lo entendí: los zapatos. El Padre deja los zapatos de sus

víctimas bien a la vista. Es una señal. ¿Tengo razón?

—Sí.

—¿Sabe lo que quiere decir?

—No.

—Pero ya lo conocía antes de ir a los Pratoní. ¿Fue gracias a la familia Palladino? —preguntó Dante.

—Sí —admitió Rovere, casi hablándose a sí mismo.

Colomba se sintió sin fuerzas y lo soltó dando un paso atrás. Todo. Era. Verdad.

Al sentir que cesaba la presión sobre él, Rovere se dio la vuelta, mientras se colocaba bien la chaqueta.

—Lo siento, Colomba. Te habría hablado del tema en el momento oportuno.

Colomba no dijo nada, incapaz incluso de mirarlo.

—¿Cómo llegó hasta los Palladino? —preguntó de nuevo Dante.

—No puedo decíroslo. No ahora. Solo puedo deciros que juntos habéis logrado un milagro.

—Un milagro —repitió Colomba, abatida.

—Es la investigación más importante de tu vida, Colomba. Y eras la única persona de la que me fiaba —dijo Rovere en un tono que se esforzaba por ser convincente—. Y él... —señaló a Dante— era el único que podía llevarte en la dirección correcta.

—Tiene usted suerte de que la violencia me asquee. Y de que me hayan confiscado los puños americanos —dijo Dante.

—Queremos saberlo todo —lo apremió Colomba, decidida.

—No es el momento. Confía en mí, te lo ruego. Un poco más. Pocos días. Intentaré mantenerte alejada de todo lo que va a pasar —y diciendo esto se encaminó hacia las escaleras.

Colomba, pillada por sorpresa, perdió unos segundos antes de salir tras él.

—¿Adónde coño cree usted que va?

—A casa. Por aquí pasa una patrulla cada media hora. Prefiero que no nos vean juntos.

Intentó subir de nuevo, pero esta vez Colomba lo agarró de golpe por un brazo, venciendo la sensación de extrañeza que quería obligarla a la inmovilidad, como una estatua de sal.

—O me dice lo que sabe, o llamo a De Angelis y ya se aclarará con él —sacó el móvil y se lo enseñó, con el número del juez ya en la pantalla.

—Lo enterrará todo —dijo Rovere—. Aún no sé si solo es un arribista o si es un enemigo, pero no debes fiarte de él.

Colomba puso el dedo sobre la tecla de llamada.

—Última oportunidad.

Rovere se dio cuenta de que Colomba no iba a ceder. Lo que quedaba de la relación de respeto y afecto que los había unido se estaba volatilizandose segundo tras

segundo, una palabra tras otra. Con sufrimiento, Rovere pensó que nunca se acostumbraría, por muchos esfuerzos que hiciera.

—Tienes que prometer que nunca revelarás a nadie nada de lo que te diga, a menos que yo te dé permiso para hacerlo.

—Nada de promesas. Lo decidiré después.

Una vez más, Rovere comprendió que tenía que ceder.

—Está bien —les hizo una señal para que lo siguieran y subieron juntos hasta el entresuelo—. Hablemos en casa.

Colomba se giró hacia Dante, que permanecía sombrío apoyado en el portón acristalado.

—¿Qué haces?

Él miró el vestíbulo mordisqueando el guante de la mano mala. Ahora que el temporizador había desconectado la luz central, le parecía aún menos acogedor. Pero lo que Rovere tenía que decirles le interesaba, y cómo.

—Dadme un minuto para que coja aire. No empecéis sin mí.

—Espabila —respondió Colomba, alcanzando a Rovere cuando este estaba girando la llave.

—Preferiría que el señor Torre no participara —dijo Rovere.

—Lo que usted quiera ya no me concierne. Venga, muévase —ordenó Colomba.

Rovere empujó el batiente. En la oscuridad del apartamento brilló una chispa eléctrica. Era casi blanca, tan luminosa que dejaba un fogonazo en la retina. Fue lo último que Colomba vio antes de la explosión.

La explosión lanzó a Dante a la acera. Cuando se recuperó del momentáneo aturdimiento se descubrió cubierto de cristales rotos, pero sin un arañazo. El edificio estaba completamente a oscuras. Los cristales hasta el tercer piso habían desaparecido y por algunas ventanas salían nubes de un humo grueso y denso. *Una bomba*, pensó, aturdido, intentando ponerse de pie. *Ha sido una bomba*. Las alarmas de los coches aparcados ululaban y piaban. Un hombre gritaba algo incomprensible desde una ventana del edificio de al lado. Dante posó cautamente la mano mala en la acera cubierta de esquirlas, pero se habría caído si un viandante no lo hubiera sujetado.

—¿Está bien? —le preguntó el hombre.

Dante lo ignoró. A su alrededor se había agrupado una docena de personas que llamaban por teléfono o sacaban fotografías con el móvil. Se acercó hasta el umbral del portón, intentando mirar más allá del humo. No se veía nada. *CC está ahí adentro*, pensó, aún bajo los efectos del *shock*.

Una pareja de ancianos en pijama salió del humo tosiendo.

Dante se les puso delante.

—Había una mujer en las escaleras. Pelo negro, alta. ¿La han visto? —preguntó comiéndose las palabras por la conmoción.

El hombre se rascó la garganta.

—¡Está todo oscuro! —dijo—. Y el humo...

Salieron también una mujer en bata y un hombre con americana y corbata que parecía haber regresado a casa desde la oficina. Hablaba tranquilo por el móvil. Ni rastro de Colomba. Dante pensó que ella estaría muriendo entre llamaradas incandescentes mientras él permanecía en la acera como un idiota. Tenía que socorrerla, de inmediato, si aún estaba a tiempo. Su vocecita de las malas noticias le decía que ya era tarde, que a juzgar por las ventanas que habían estallado el epicentro estaba abajo, justo por donde iba ella. La vocecita, más aguda por el estrés y por el miedo, añadió que en el polvo y en el humo que se alzaban había trozos de su cuerpo. Nunca más volvería a verla.

Dante acalló la vocecita y cerró los ojos. Pensó en playas soleadas, cielos límpidos. Pensó en volar como un planeador, en correr por un prado por la noche. Intentó regresar a cuando, echado bajo los cristales de su balcón, veía la noche estrellada y sentía que estaba a punto de dormirse. Pasó un minuto largo, y otros dos ancianos salieron sujetándose mutuamente. Nada de Colomba.

Su termómetro descendió junto con los latidos. *Puedo conseguirlo*, se dijo, intentando acallar la vocecita que decía que no, que no podía, y que era una locura. Se quitó la corbata y con los ojos cerrados se bajó la cremallera de los pantalones y meó encima, sin apartarse siquiera de la multitud, que fluctuó lejos de él, molesta. Alguien protestó en voz alta. *Que se jodan*, pensó. Se envolvió la boca y la nariz con la corbata mojada, encendió la linterna del móvil y entró.

Durante un segundo no vio nada. Luego el humo se disipó y la luz LED iluminó la base de la escalera, que parecía intacta. Se diría que la explosión no había causado daños estructurales en el edificio, pero seguían cayendo trozos del revoque ennegrecido y gotas de plástico de los cables eléctricos fundidos.

—¡Vuelva atrás! —le gritó alguien desde fuera.

Dante estaba a punto de hacerlo, porque la decisión febril que lo había empujado ya había disminuido. Luego vio algo claro moviéndose débilmente en el rellano al final del primer tramo de escalones, justo al lado del abismo del que borbotaban llamas violáceas y nubes tóxicas y que había sido el apartamento de Rovere. Bastó eso para empujarlo hacia delante, blandiendo el rayo del teléfono para evitar obstáculos. La escalera lo llevó al primer piso. Poco antes del rellano faltaba un escalón y Dante se vio obligado a saltarlo, aterrizando de mala manera sobre una montaña de escombros. Cuando recuperó el equilibrio, se dio cuenta de que la cosa blanca que había visto era un plafón de plástico que oscilaba movido por las vaharadas. *Joder*, pensó. *Ya no puedo más. Es demasiado*. Pero, al girarse para descender, percibió una masa oscura acurrucada contra la pared del pasillo. A la luz del móvil pudo distinguir el rostro de Colomba, semienterrado por los cascotes. Estaba cubierta de polvo blanco que brillaba con los resplandores del incendio.

Dante la llamó por su nombre y se agachó sobre ella. Colomba tenía el rostro cubierto de sangre y él pensó en lo peor antes de reparar en que le brotaba de una herida de la frente. Superficial, gracias a Dios.

—¡CC! —gritó Dante. Los párpados de Colomba temblaron—. ¿Me oyes? ¡CC!

Una oleada de humo los cubrió y Dante tosió como para que le reventaran los pulmones, a pesar del vendaje de pis. Cuando la nube se disipó, en el pasillo había aparecido otra luz. Era la de una lámpara de *camping*, llevada por un chico alto y gordo en pantalón corto, que se tapaba la cara con un pañuelo mojado. Se quedó a cierta distancia.

—¿Cómo está? —gritó para superar el crepitar de las llamas.

—Ayúdame a sacarla de aquí —respondió Dante por debajo de la corbata.

—Hay que esperar a la ambulancia antes de moverla. Es lo que siempre se dice —replicó el chico.

—No podemos dejarla aquí —insistió Dante—. No sabemos en qué condiciones está el edificio.

—Entonces a lo mejor tendríamos que irnos, ¿no crees? —quiso hacerle ver el chico.

—No sin ella —dijo Dante.

Un padre, una madre y sus tres hijos bajaron corriendo, todos ellos en pijama. El hombre se iluminaba con una antorcha de periódicos ardiendo. *Una de esas idioteces que se puede hacer*, pensó Dante, *inmediatamente después de una explosión*. A su paso, un buen pedazo de revoque se cayó entre Dante y el chico, quien dio un paso atrás, asustado.

—¡Espera! No te vayas —Dante se agachó otra vez sobre Colomba. Había abierto los ojos—. ¿Me oyes? —le dijo.

—Sí —respondió lastimosamente.

—Mueve las piernas. ¡Muévelas!

—¿Qué?

—¡Las piernas! Tengo que ver si has sufrido daños en la espalda.

Ella agitó débilmente un pie, luego el otro, cerrando las manos en un puño.

—¿Cómo está? —preguntó el chico.

—Puede caminar si me echas una mano —dijo Dante, esperando de todo corazón no estar equivocado. Pero quería sacar a Colomba fuera de allí cuanto antes. Y también salir él.

Una nueva nube de humo procedente del apartamento los envolvió. Esta vez apestaba a papel y leña en ignición: el fuego había alcanzado la librería de la sala de estar.

El chico se acercó por fin y ayudó a Dante a levantar a Colomba.

En cuanto estuvo en pie, vomitó polvo y sangre.

—Rovere —farfulló. Se sostenía por sí misma, pero aún estaba aturdida y débil.

Dante pensó: *Que se queme*. Aunque rápidamente se dio cuenta de que quería lo que él sabía, lo quería más que el aire puro.

—¿Te ves con fuerzas para acompañarla hasta fuera tú solo? —le preguntó al chico, sorprendiéndose al ser capaz de seguir hablando.

—Sí. Eso creo.

—Llévala abajo y espera la ambulancia. No la dejes hasta que llegue o te juro que voy a ir a buscarte.

La mirada de Dante fue lo suficientemente feroz y el chico asintió.

—No te preocupes.

—Cuidado con el primer escalón.

Dante dejó de mala gana a Colomba y al chico y se acercó a la entrada del apartamento en llamas. La explosión había derribado la pared principal proyectando cascotes y hierros del cemento armado por todas las paredes del perímetro. También había hundido el techo, haciendo que se desmoronara la sala de estar del piso de arriba. Era por aquel agujero por donde se canalizaba la mayor parte del humo, aspirado por las ventanas reventadas del segundo piso. Gracias a eso Colomba no había muerto asfixiada y Dante seguía allí jugando a ser explorador. La adrenalina le bombeaba con tal fuerza que el corazón le estallaba en los oídos. Metió la cabeza por

el enorme agujero. Las llamas crepitaban con violencia desde el fondo del pasillo, y el calor hacía imposible adentrarse más. Una mesa de mármol caída desde el piso de arriba se había clavado en el suelo y solo por un soplo no lo había hundido también. El resto del mobiliario estaba hecho pedazos o empezaba a arder.

De Rovere no había ni rastro. Dante hizo girar de nuevo el haz de luz, luego se dio cuenta de que no podía seguir, porque la pesadilla se estaba echando sobre él como la maza de un matarife. Se imaginaba atrapado bajo un trozo de pared, agitándose, con el rostro cubierto de cascotes e imposibilitado para respirar. Más que imaginárselo, lo percibía. Tenía que salir inmediatamente de allí mientras aún coordinaba, antes de que su termómetro interior subiera hasta romper el timbre de alarma. Mientras echaba un último vistazo a su alrededor, le pareció que la puerta del apartamento, arrancada de sus goznes, se movía. Estaba blindada y solo gracias a ella se había salvado Colomba. Casi intacta, había acabado a un lado del pasillo, sobre lo que parecía ser una montaña de escombros, pero que Dante advirtió que era una cabeza humana. La de Rovere, ennegrecida por el humo. La puerta le había caído encima y lo tenía aplastado de espaldas, aprisionándolo de cintura para abajo. Con el brazo libre, Rovere intentaba tocarse la cara.

Dante se arrodilló a su lado, y le limpió los ojos y la boca.

—Soy Torre. Resista.

Rovere abrió la boca sin conseguir decir nada y Dante vio que ya no tenía dientes. En la boca tenía un grumo de sangre, polvo y astillas de hueso. Aguantándose la repulsión, metió un dedo y eliminó el bolo, permitiéndole respirar mejor. La sangre brotó hacia fuera densa y tan oscura que parecía negra, pero Rovere abrió los ojos. Agarró la mano mala de Dante con una fuerza espasmódica.

—Ya falta poco —dijo Dante—. Me parece que estoy oyendo las sirenas. Vendrán a por usted —de repente ya no le importaban nada sus secretos. Solo quería salir de allí.

La presa se hizo aún mayor. Rovere tenía miedo, un miedo más fuerte que el suyo. A ser abandonado en ese infierno de calor y de muerte.

Dante cerró por un instante los ojos. *Cielos azules, mares, campos, el espacio cósmico.*

—De acuerdo, no voy a abandonarlo. Voy a intentar quitarle esto de encima —colocó el teléfono en el suelo para que iluminara sus movimientos—. Suélteme un segundo. Le juro que me quedaré aquí —dijo con la respiración entrecortada, soltándose amablemente de la presa. Con ambas manos aferró un lado de la puerta e intentó levantarla, pero sin moverla ni un milímetro. Tal vez podría haberla deslizado, en caso de encontrar una palanca, pero primero tenía que comprobar el estado de Rovere.

Se agachó para mirar y se le escapó un largo suspiro de horror. Un borde del blindaje de la puerta se había levantado en una burda hoja triangular que había atravesado a Rovere por debajo del esternón, traspasando la columna vertebral y

clavándolo contra el suelo. La sangre había formado un enorme charco y se colaba por una grieta entre las baldosas de mármol, goteando en el piso inferior como una lluvia roja.

Dante volvió a ponerse de rodillas y miró los ojos desesperados de Rovere, buscando una mentira piadosa que contarle. Luego comprendió que no podía hacerlo. Nadie se merecía una mentira como despedida de este mundo.

Le acarició la frente.

—Se terminó —la comprensión se asomó a los ojos febriles de Rovere—. Lo siento. Cualquiera que sea la locura que haya cometido, respecto a mí y respecto a Colomba, considérese perdonado. ¿Okey?

Rovere murmuró algo más, que Dante no pudo comprender. Vivía ya en una dimensión de sueño, y todo le parecía tan irreal que le hacía sentirse tranquilo. Tal vez él también estuviera muerto y no lo sabía.

Se sentó con las piernas cruzadas y cogió la cabeza de Rovere entre sus manos, colocándosela delicadamente en su regazo.

—¿Te duele?

Rovere movió los ojos para decir que no.

—Entonces será más fácil. Estás a punto de hacer el viaje, ¿sabes? El más importante de todos. El único que de verdad importa. Fíate de mí, será bellissimo. Dentro de poco sabrás todo lo que hay que saber sobre todas las cosas. Ya no habrá más misterios, ninguna sombra, ningún miedo.

La respiración de Rovere se hizo más lenta.

—El viaje está empezando ahora. Pero imagínate que te subes a un enorme avión, transparente como el aire —prosiguió Dante—. ¿Lo ves? Ya está en la pista. Oscila al viento, tiene muchas ganas de elevarse y de partir. Hay un montón de gente que ya está sentada a bordo y que te está esperando. Porque allí el tiempo no existe y puedes encontrar a todos. Todos tus amigos, la gente que te quiso, los que pensabas que habías perdido para siempre. Pero mira cuántos son... No sabías que eran tantos, ¿verdad? —Rovere esbozó una pequeña sonrisa y cerró los ojos—. Espera, no te sientes enseguida en el primer asiento libre. Hay un montón de gente que quiere saludarte. Tus padres, ¿los ves? Están muy en forma, con los trajes de las grandes ocasiones —Dante tragó un bolo amargo—. También está tu mujer. ¡Mira qué guapa es, qué feliz es al verte! ¡Hacía tanto tiempo que te esperaba! ¿No notas cómo te abraza?

La respiración de Rovere se hizo irregular.

—Ahora podéis marcharos. Y lo más bonito es que todo lo que tú creías que era importante en realidad vale menos que un minuto de este viaje...

Dante se calló porque Rovere había dejado de respirar. Afuera, mientras tanto, habían llegado los servicios de emergencia.

Antes de que subieran las escaleras, Dante empezó a registrar el cadáver. Al tiempo pensaba en la última frase articulada con gran esfuerzo por los labios

ensangrentados de Rovere: *No está solo.*
No está solo.

VII. Antes

Muerde la mano que lo está sacudiendo. Es una reacción instintiva, todavía está medio dormido. Intenta también aferrarla antes de acordarse de dónde está. Luego se acuerda, blasfema y abre los ojos. Junto a su litera está Sarasa, en calzoncillos, que mueve la mano herida quejándose. Dice que quería hacerle un favor. Dice que quería evitarle un castigo. Fabrizio está contento de que sea él. Si hubiera sido uno de los otros —Terrón o Pies Podridos—, a lo mejor habría reaccionado de otro modo. Fabrizio habría tenido que defenderse, y tal vez no solo con las manos. Fabrizio tiene un cuchillo, que guarda metido en el colchón, así como un calcetín lleno de monedas. El calcetín ya lo utilizó la segunda noche después de llegar. El cuchillo tan solo lo enseñó, para hacer comprender a los demás que tienen que dejarlo en paz. Allí casi todos tienen un cuchillo. Pies Podridos tiene hasta un puño americano. Dice que se lo fabricó él donde estaba antes, porque lo habían colocado en el taller. Fabrizio no se lo cree: Pies Podridos no sabe hacer la o con un canuto. Se lo robaría a algún otro capullo, o quizá se lo comprara.

Sarasa, en cambio, no es un tipo que reaccione. Él intenta hacerse amigo de todo el mundo, o bien se queja y grita. Como cuando se le metieron dos tíos en su litera. Gritó hasta que le pusieron una almohada en la cara. Fabrizio no sabe qué le hicieron, y no quiere saberlo. Pero al día siguiente esos dos tipos tenían una sonrisa de oreja a oreja, mientras que Sarasa fue a la enfermería. Tendrían que mandarlo a casa, Sarasa no es apto. Pero debe de haberle tocado las pelotas a alguien y ahora lo está pagando. Fabrizio gira los ojos hacia sus compañeros. Los demás ya están todos en el centro, de pie, en posición de firmes, imitando en lo posible una posición marcial. Debe de haberse perdido un pase de revista sorpresa.

Da un empujón a Sarasa y se coloca en la fila con los demás. Hace un frío de cojones, y los pies se le hielan enseguida. Pero ¿qué coño de hora es? Las tres, ve en el reloj de la pared. Pues claro que no se había despertado. No es un pase de revista, debe de ser alguna chorrada, alguna maniobra nocturna, una carrera por el barro.

Sin embargo, no es así, y se lo explica el sargento, que es un calabrés de metro y poco con ojos que parecen dos moscas muertas. En su italiano repleto de errores y medio dialectal dice que hay que hacer una entrega, y que solo necesita a seis de ellos. Y que, teniendo en mente que se trata de un trabajo de mierda, va a elegir a los que más le han tocado los huevos en días anteriores. Y elige al tipo que no hace ni una semana que ha llegado, y que habrá abierto la boca dos veces como mucho; a Pies Podridos, a los dos que llaman los Dos Hermanitos, porque siempre están juntos, a Droguero, que siempre anda medio hecho polvo, y obviamente a él.

Cuando se lo dice, el sargento lo mira a los ojos y le hace una sonrisita de gilipollas. Fabrizio siente ganas inmediatamente de saltarle al cuello. Pero no lo hace, porque fue por una chorrada así como acabó en Peschiera. Otro sargento, otra sonrisita de gilipollas. Consideró que tenía las botas sucias. Que no estaban sucias. Solo se había olvidado de sacarles brillo a las costuras con el cepillo de dientes, algo tan idiota que Fabrizio no conseguía metérselo en la cabeza. El otro sargento con la

otra sonrisita de gilipollas le echó una buena bronca. Le dijo que podía ir olvidándose de salir esa tarde y también todo el fin de semana. Y que se lo merecía, porque ya lo tenía calado, que le iba el escaqueo. Y Fabrizio se sacó la bota derecha y le golpeó en la cara hasta que el sargento acabó por los suelos. Y cuando estaba en el suelo le dijo que él también se lo merecía, porque también él lo tenía calado.

Y, obviamente, se lo llevaron de allí. Y, obviamente, se pasó el año y medio siguiente maldiciendo su carácter de mierda, mientras intentaba no dejarse pisotear por los guardianes o matar por los insectos. Porque era verdad lo que decían, que la cárcel militar daba más asco que una cárcel normal, y que el peor cuartel era preferible a la mejor celda.

Por eso Fabrizio no reacciona. Es más, permanece en posición de firmes y dice algo que puede parecer un «a la orden», que viniendo de él parece casi un chiste. Y de hecho el sargento ni siquiera lo escucha.

Los afortunados vuelven a la litera, los seis seleccionados del mazo tienen diez minutos para vestirse y, cuando salen al patio, ya hay un camión de carga esperándolos. Al subir a la parte de atrás, listos para dejar que los lleven a quién sabe dónde en la noche, reciben la bonita sorpresa de encontrarse una caja de cartón llena de dosis individuales de licor. A alguien se le ha olvidado, piensa Fabrizio, aunque Droguero dice que se las han dejado adrede. Se ventilan la mitad, mientras el camión va dando botes por las carreteras de montaña que se alejan de Mezzanone di Zerbio, el lugar donde han situado esa subclase de «polvorín», donde solo están unos cincuenta, con un oficial y dos suboficiales, hecha adrede para gente como ellos, a los que no quieren en ninguna parte.

El viaje dura tal vez una media hora, entre botes y bebidas. Todos están alegres por el alcohol, excepto Pies Podridos, que se queja como siempre de las botas y de las llagas. Dice que cuando acabe la mili ya no podrá caminar y que se buscará un abogado para hacer que le paguen y lo dejen como nuevo, como si hubiera un abogado dispuesto a escuchar a un desgraciado como él. Como si no supiera que cuando estás en el servicio militar tienes que tragarte lo que te echen, si no has sido lo bastante listo o hábil para escaquearte. Sobre todo si la cagas y acabas en un cuartel de castigo, como han hecho todos ellos.

El camión se detiene y el sargento grita que se bajen. Están frente a un hangar de cemento y planchas de metal de unos veinte metros de largo. El hangar está en medio de un recinto y el recinto en medio de una nada con árboles y oscuridad. Fabrizio piensa que se trata de un depósito militar, aunque aparte del cartel no haya otras indicaciones de un cuartel de referencia o una unidad. Hay un camión volquete cerca del pabellón, con matrícula civil, y al lado cuatro soldados con uniforme de camuflaje que no son de los suyos. Fabrizio intenta determinar a qué compañía pertenecen, pero no llevan distintivos de ninguna clase. Aparte de uno, que lleva las tirillas de cabo primero y dirige a los demás con gestos secos. Tiene un físico mediano, pero Fabrizio se da cuenta al vuelo de que debe mantenerse lejos de ese

cabo. Es como si tuviera un aura alrededor, como los santos. Lo único es que la suya es negra como el alquitrán.

El sargento sube a bordo del camión y se marcha sin decir esta boca es mía. Los seis se miran sorprendidos: ¿qué coño está pasando? Se lo explica uno de los soldados de camuflaje, con pocas palabras y sin sonreír. Tienen que entrar y vaciar el pabellón. Habrá camiones yendo y viniendo, ellos solo tienen que cargar y terminar antes de que amanezca.

Los soldados sin distintivos están acabando de cargar en el volquete unos bidones de metal que parecen de esos que se utilizan para el queroseno. Están llenos y pesan, pero lo hacen todo a pelo, sin un mulo. Fabrizio espera que no sea todo tan fatigoso, en caso contrario sale pitando y que le den por culo al cabo primero con cara de asesino. Tiene suerte: en el pabellón tan solo hay unos cientos de bolsas de basura cerradas con cinta de embalar y muebles viejos, que parecen los de una oficina. Se diría que han metido las cosas dentro con prisas, amontonadas al tuntún.

El soldado sin distintivos les explica dónde encontrar la cinta de embalar para cerrar las bolsas rotas y les dice que pueden fumar, si quieren, y también seguir bebiendo, porque se ha fijado en que los Fratellini se están pasando el licor a escondidas. Lo importante es que el trabajo no se detenga. Mientras habla, a ninguno de ellos se le ocurre llevarle la contraria, todos dicen que sí con la cabeza. Y Fabrizio, que desde el principio se ha visto mortificado por un recuerdo vago, comprende dónde lo ha visto antes. El soldado sin distintivos es de su pueblo. No lo ha reconocido de inmediato porque la última vez que se vieron todavía iban a la parroquia a jugar al fútbol y a pasarse revistas guarras. Emilio, se llamaba Emilio. Cuando los demás empiezan a cargar, Fabrizio se le aproxima y se presenta. Se dan unas palmadas en la espalda, pero Emilio no responde a sus preguntas sobre ese lugar y su compañía. Tan solo le dice que se mueva, que con el cabo primero no se bromea. También Emilio parece tenerle miedo al cabo de los ojos malvados, hasta el punto de que en cuanto lo ve entrar en el pabellón deja de hablar inmediatamente.

También Fabrizio hace como si tal cosa y se agacha sobre uno de los primeros paquetes. Es blando y ligero, tal vez contenga trapos.

Luego uno de esos se rompe y Fabrizio ve lo que contiene.

Soñará con ello toda su vida.

VIII. Seguir la Brújula

Acudieron todos. Los bomberos y las ambulancias, los artificieros y los zapadores del ejército. Acudieron patrullas y blindados, grúas, vehículos con escaleras extensibles. Acudieron el alcalde y el prefecto, el comisario y el subcomisario, el presidente del Congreso y un puñado de diputados. Acudieron periodistas y fotógrafos, una avalancha de curiosos, las unidades móviles de las principales cadenas nacionales, la ANSA, una televisión japonesa y el corresponsal de la CNN. Acudieron el inspector jefe Infanti, el inspector Anzelmo, de la Postal, los dirigentes de la Móvil que no estaban de servicio y todos los excompañeros de Colomba.

Ella no vio a nadie, como tampoco vio la llegada de Santini y De Angelis, porque ya había sido trasladada a Urgencias con una conmoción cerebral y una serie de equimosis y abrasiones. Durante muchas horas dejó que la movieran igual que una muñeca, consciente solo a rachas de dónde se encontraba. Muchas veces se confundió y creyó que estaba aún en el día del Desastre. El mismo ruido blanco en los oídos, el mismo sabor a cenizas y a cal en la boca, el mismo hedor a quemado.

Mientras tanto, los hombres del SIC sacaban de allí a Dante y lo trasladaban a la comisaría central. A pesar de sus protestas, lo encerraron en un despacho, lo esposaron a una silla y lo dejaron solo con un agente de guardia que ignoró sus peticiones de ser trasladado a un sitio al aire libre. Dante empezó inmediatamente a sentirse mal, pues estaba aún más sensible debido al esfuerzo mantenido en el edificio en llamas un par de horas antes. Gritó hasta ponerse amoratado, golpeó con los pies. Cuando el agente de guardia le dio una bofetada en la cara, rodó hasta el suelo rompiendo la silla. Se levantó en el acto y mantuvo a distancia al agente, que intentaba agarrarlo haciendo rodar el reposabrazos de la butaca fijado a las esposas que le colgaban de la muñeca. Llegaron otros tres y lo aplastaron contra el suelo. Se quedó sin respiración y se desmayó.

Se despertó esposado a la barandilla de un balcón, con Santini abroncando a los agentes uniformados por haberlo mantenido encerrado. Tenía la boca seca y le costaba un gran esfuerzo enfocar las cosas, y solo un dolor en el estómago lo trajo de nuevo hasta el presente. Por debajo de él, la Via San Vitale estaba cerrada al tráfico por vallas y coches patrulla.

—Me tienen prisionero en contra de mi voluntad y me torturan —gritó para que lo oyeran desde abajo—. ¡Avisen a mi abogado! Se llama Roberto Minutillo, lo encontrarán en Internet.

Santini se fue corriendo hacia él.

—Cierre el pico o haré que lo metan dentro otra vez. Y me aseguraré de que no haya ventanas.

—Y si la palmo, ¿qué, harán desaparecer mi cadáver?

Santini se inclinó sobre él.

—Han asesinado a un funcionario de la policía. ¿Cree usted que me preocupa mucho lo que a usted le pueda pasar?

—Yo estaba ahí, ¿se olvida de ello?

—Por eso está aquí —Santini atrajo hacia sí un taburete con ruedas. Una media docena de agentes uniformados y de paisano se aglomeraban ante la puerta ventana, observando la escena—. Déjeme que le aclare la situación. Ha habido un atentado. Ya hay quien está invocando la ley marcial y quien habla del regreso de las Brigadas Rojas. Y los que son como yo tienen que comprender qué es lo que ha sucedido. Y tienen poquísima paciencia con los que no colaboran.

—Nadie me ha formulado ni una sola pregunta.

—Estoy a punto de hacerlo. Por cuenta del juez encargado del caso.

—Déjeme adivinar, ¿De Angelis?

—No le concierne. Lo verá después cuando le tome declaración.

—Si me porto bien, que de lo contrario me tira por la ventana.

Santini apretó la mandíbula.

—¿Por qué quiere hacerme perder la paciencia?

Dante pensó que realmente Santini estaba dejado de la mano de Dios. ¿Iba a golpearle? Creía que no. Por mucho que lo deseara, los ojos del país estaban puestos en la comisaría en ese momento. Si hubiera tenido cualquier duda de que Dante tenía algo que ver, tal vez habría pasado del tema. Pero en ese momento Santini se encontraba confundido. Se veía claramente en la línea de sus hombros, que soportaban el peso de lo que había ocurrido, y en su constante tocarse el rostro y lamerse imperceptiblemente los labios revelaba confusión y temor. Podía alzar la voz, pero no entendía qué estaba sucediendo. O bien —era la otra hipótesis— sabía perfectamente lo que estaba pasando, pero de todas formas no sabía con qué carta quedarse. Y esto era más preocupante.

Hasta entonces, Dante había considerado a Santini un bruto descerebrado, un poli de chiste que con sus pies planos solo era capaz de pisotear las pruebas y crear confusión. Pero las últimas palabras de Rovere dejaban entrever que el Padre no actuaba solo, y Dante no creía que se refiriera a cualquier gregario a sus órdenes obligado por la necesidad, como había sido Bodini. Rovere tenía miedo de los otros cómplices. ¿Cuáles? ¿Acaso un agente del SIC? ¿El mismo del que Colomba tenía que desconfiar?

Dante sentía la verdad al alcance de su mano, pero aún demasiado distante. Tenía que marcharse de allí, y si Santini estaba de veras implicado, la única forma era la de hacerse pasar por un gilipollas. Todo esto lo pensó en un par de segundos, mientras Santini lo observaba, receloso. *Acuérdate de que es de la pasma, está acostumbrado*

a la gente que miente, se dijo. Y si estaba implicado, era menos tonto de lo que parecía.

—Pregúnteme lo que quiera saber —dijo Dante bajando la mirada en una pasable imitación de la humildad—. Pero antes, por favor, dígame cómo está la doctora Caselli.

—No tengo noticias del hospital, aunque no parecía estar grave —respondió Santini, sin dejar de observarlo—. ¿Son ustedes íntimos amigos?

—No.

—Lo parecen.

—¿Es esto lo que quiere saber, si somos íntimos amigos? —dijo Dante olvidándose del papel que tenía que representar.

—También.

—No, no lo somos. Solo nos hemos visto un poco esta última semana.

—¿Por eso viven juntos en un hotel?

Lo sabían, coño.

—No vivimos juntos. Yo vivo allí —respondió Dante—. Ella ha venido a verme algunas veces. Pregúnteselo al portero si no me cree.

—De momento no me interesa. ¿Qué estaba haciendo usted en el edificio del doctor Rovere durante la explosión?

—Entré allí después.

Santini se le acercó aún más.

—¿Después? ¿Quiere hacerme creer que entró después de la explosión? ¿Usted, que no es ni capaz de estar encerrado, se lanzó dentro como un bombero?

Dante retrajo las piernas fingiéndose más asustado de lo que estaba. Debía dejar que Santini pensara que tenía el control de la situación.

—Estaba en estado de *shock* —murmuró.

—No le he oído —ladró Santini.

—Que estaba en estado de *shock*. No sé bien lo que hice.

Santini sonrió satisfecho, como el dueño de un perro que da volteretas cuando se le ordena.

—¿Y por qué estaba allí?

—Había acompañado a la doctora Caselli a reunirse con el doctor Rovere —dijo Dante en tono más alto, simulando un ligero temblor en su voz.

—¿Y cuál era el motivo de dicha reunión?

Santini tenía experiencia en miles de interrogatorios, Dante no podía mentir abiertamente. Debía limitarse a manipular la verdad, concediendo lo poco que Santini se imaginaba.

—El secuestro de Luca Maugeri.

Santini asintió.

—Así que la doctora seguía aún ocupándose del caso.

—Sí.

—¿Por qué razón?

También aquí era inútil mentir.

—Por petición del doctor Rovere. No se fiaba de cómo estaban llevando ustedes la investigación.

—¿Nosotros, los del SIC?

—Sí. Y tampoco del magistrado. Decía que era un cretino —la última frase era una completa mentira, pero juzgó que podía ser creíble. Alguien como Rovere podría haberla pronunciado aunque solo fuera para tranquilizar a Dante sobre sus motivos. Ocultando los de verdad.

No está solo.

Santini torció el gesto.

—Esto mejor que no lo pongamos en el acta, ¿eh? No dejemos que los muertos queden mal.

—Decida usted.

—¿Fue el doctor Rovere quien reclamó su asistencia? —dijo «asistencia» como si fuera una palabrota.

—Sí.

—¿Y qué iban a decirle a Rovere ayer por la noche?

—Que necesitábamos más tiempo.

—¿Fue Rovere quien les pidió que consultaran los listados de los niños muertos en los últimos años?

Infanti había cantado bien pronto. Colomba tendría que elegir mejor a sus amigos.

—No, fue idea mía. Buscaba puntos en común con lo sucedido en los Pratoní.

Santini entrecerró los ojos. ¿Interés auténtico o temor? Y si se trataba de temor, ¿era por miedo a meter la pata o por otros motivos?

No está solo.

—¿Y los encontró?

Dante tenía que jugársela de la mejor manera posible. Y lo hizo protestando.

—¡Necesito más tiempo, coño! —dijo—. Hay miles de casos que pueden estar relacionados —exageró a conciencia el número.

A Santini se le escapó una sonrisa. ¿Burla o alivio? Dante odiaba la duda.

—¿Miles?

Dante volvió a la carga.

—¡El Padre lleva actuando a la sombra desde hace más de treinta años! ¿Sabe sobre cuántos niños puede haber puesto sus manos? —había dicho casi la verdad, pero de tal forma que cualquiera habría pensado que estaba loco de remate.

—El Padre es su secuestrador, ¿verdad? Que ha vuelto del más allá.

Dante se atrevió con un pequeño contrapunto. Si se mostraba simplemente remiso, Santini habría empezado a sospechar.

—Se está usted burlando de mí.

—No, en absoluto —dijo Santini con una sonrisa más visible ahora—. Y la

prueba está en ese silbato que encontró a un kilómetro de distancia, ¿no es así?

—Si usted quiere plantearlo de esa forma.

—¿No es así?

—Sí —dijo Dante humildemente.

Alguien murmuró incrédulo, de fondo, y para Dante fue como el primer aplauso de su representación.

—¿Y Caselli le cree?

Cuidado.

—Empezaba a convencerse —respondió, dejando creer lo contrario.

—«Empezaba». Entiendo. ¿Y le ha proporcionado usted otras *pruebas* —subrayó la palabra— aparte del silbato?

—Las estaba buscando. ¡Le he dicho que se necesita más tiempo!

Santini lo escrutó. Dante sabía que su instinto lo llevaba a dudar, pero, estuviera o no implicado, lo que le estaba diciendo era exactamente lo que alguien como él querría oír.

—¿Había estado usted alguna vez en casa del doctor Rovere? —preguntó Santini.

—No.

—Tenemos formas de descubrir si nos está mintiendo, Torre.

—¿Por qué iba a mentirles? ¿Piensan que puse yo la bomba?

—En su opinión, entonces, ¿quién la puso?

Dante contuvo la respiración. Habían llegado al fondo de la cuestión.

—El Padre. El hombre que me secuestró.

Esta vez los murmullos fueron más de uno. Santini se volvió para acallarlos, pero Dante se dio cuenta de que estaba haciendo teatro. Le gustaba tener público.

—¿Encontró otro silbato, Torre? —siguió preguntando.

—Solo había uno.

—Lo olvidaba. El suyo. ¿Y por qué el hombre que lo secuestró iba a querer matar al doctor Rovere?

Dante se sintió igual que a los veinte años, cuando apostó su dinero en la ruleta de la terraza de un casino en Bad Gastein. Una jugada concisa: todo al rojo. En ese momento hizo lo mismo:

—Porque me tiene miedo. Porque sabía que tarde o temprano Rovere iba a crearme.

En la época de Austria, Dante huyó de madrugada para no pagar la cuenta del hotel, dejando sus cosas. Esta vez le fue mejor. Los hombros de Santini descendieron un par de milímetros y supo que había ganado.

—Entiendo.

Santini le hizo otras preguntas rutinarias —si había visto a alguien, si había oído algo—, luego se levantó. Dante puso la guinda en el pastel: extendió la mano mala y lo agarró de la chaqueta. El inspector se libró con un gesto asqueado, pero él fingió no haberlo visto.

—Usted me cree, ¿verdad? —dijo patético—. ¿Investigaré lo del Padre?

Santini se dio la vuelta y se dirigió a uno de los agentes uniformados. Cuando metió dentro la cabeza, Dante vio que se trataba de Alberti. Se contuvo para no guiñarle un ojo.

—Tráele agua y algo de comer —dijo Santini—. Que vea que no somos unos animales —luego salió.

Alberti se le acercó solícito.

—¿Qué quiere? ¿Un café, señor Torre?

Dante cambió de expresión.

—Ni se te ocurra. Un té me va bien. Y cigarrillos, coño. Tengo tal abstinencia de nicotina que podría palmarla.

Sorprendido ante el cambio repentino —Dante le había parecido molido y exhausto—, Alberti le llevó un té templado, un paquete de galletas de las maquinillas y un cigarrillo sin filtro.

Una hora después, cuando a Dante ya le habían quitado las esposas, llegó Minutillo.

El abogado exigió hablar con su cliente sin testigos y les cerró la puerta ventana en la cara a los policías.

—¿Cómo estás? —preguntó cuando se quedaron solos.

—Ya te lo puedes imaginar —Dante, que no podía saber si había alguien escuchándolos furtivamente, habló en voz baja—. Santini se ha convencido de que no soy un peligro para él. Por ahora.

—¿Y por qué ibas a ser un peligro para él?

—Quizás sea cómplice.

—¿Del Padre?

—Rovere estaba convencido de que alguien estaba ayudando al Padre. Y dijo explícitamente que no nos fiáramos de De Angelis —encendió el cigarrillo que le había ofrecido Minutillo.

—¿Por qué él o Santini iban a ayudar a un asesino?

—No tengo ni idea —Dante hizo un aro con el humo—. Si me lo hubieras preguntado hace seis horas, te habría dicho que eso era una tontería. Pero después de la bomba...

—Puede que no esté relacionado.

—Y yo me secuestré solito.

—No descartes esa hipótesis, Dante.

Dante negó con la cabeza.

—¿Has hecho desaparecer mis cosas del hotel?

—Obviamente. Por eso he llegado tarde. En cuanto me enteré de que te habían traído, fui corriendo hacia allí. Justo a tiempo, diría yo. Mientras salía, he visto entrar a unos que parecían agentes de paisano.

—Probablemente del SIC. ¿Quién te avisó a ti?

—Tengo amigos aquí dentro. Y tú también. Más que Santini.

Dante hizo su mueca.

—No es muy difícil. Estoy a punto de hacer algo asqueroso, Roberto. Te pido disculpas anticipadas, pero sígueme el juego —luego, en voz alta, añadió—: No me siento muy bien. Yo... —desorbitó los ojos, se inclinó hacia delante y vomitó té y galletas sobre los zapatos de Minutillo. Y lo que le había provocado las punzadas en el estómago hasta ese momento. Un pequeño rectángulo de plástico azul. Una llave USB.

—¡Dios mío! —gritó Minutillo poniéndose en pie de un brinco teatralmente.

—¡Perdona! ¡Espera, que te ayudo! —exclamó Dante, fingiendo torpemente querer limpiarle los zapatos al abogado con una servilleta de papel. Con habilidad envolvió la llave haciendo una bola con ella.

—Espera, déjame a mí —dijo Minutillo cogiéndole la servilleta y utilizándola para cepillarse. Mientras estaba inclinado, le susurró al oído—: ¿Qué hay aquí dentro?

—Estaba en la chaqueta de Rovere. Espero que se trate de algo útil. En caso contrario, la habría dejado en su despacho con el PC.

—Entendido —murmuró Minutillo, cualquier cosa menos contento. Luego, en voz alta, dijo—: Voy al baño a enjuagarme.

Dante lo miró fijamente.

—Bien hecho.

Minutillo se alejó con la servilleta sucia bien visible en la mano. Como Dante había imaginado, a nadie se le ocurrió registrar dentro.

Mientras Dante esperaba a poder marcharse de la comisaría, a ser posible antes de que alguien se diera cuenta de que algo no cuadraba en su declaración, y Minutillo iba hacia su estudio sintiéndose como si llevara una granada en el bolsillo en vez de una llave USB, la jornada de Colomba transcurría en la habitación del segundo piso del Policlínico bajo el efecto de los tranquilizantes y los analgésicos. La mezcla mantenía a raya la crisis, atenuaba los recuerdos y hacía que el tiempo se deslizara con placidez. A las cuatro de la tarde la enfermera le quitó el gotero e inmediatamente después una figura conocida cruzó la puerta con un ramo de flores en la mano. Era De Angelis. Poco antes se había dejado entrevistar y fotografiar con las flores. Había explicado a la prensa que la suya era una visita de cortesía a una policía valerosa. Colomba giró la cara hacia la ventana. Se veían los árboles del parque del hospital. Sin fármacos, la cabeza empezaba a latirle.

De Angelis abandonó las flores sobre la mesa. Arrastró una silla junto a la cama y se sentó.

—¿Cómo se encuentra, doctora? —preguntó.

—No es asunto suyo —respondió en voz baja Colomba. La garganta estaba llagada por el humo ardiente—. Y no creo que le interese.

—Sé que estaba muy unida al doctor Rovere, doctora Caselli —dijo calmado el juez—. E imagino hasta qué punto está afectada ahora. Quiero decirle que yo también lo lamento. Tuve ocasión de valorar sus virtudes. Era un gran policía —Colomba no se movió ni dijo nada. De Angelis prosiguió imperturbable—. Y siento estar aquí para molestarla en este momento. Pero es fundamental que usted y yo aclaremos la situación de inmediato.

Colomba no dijo nada.

—La última vez que nos vimos la cosa no fue nada bien, doctora —prosiguió De Angelis—. Pero eso no quiere decir que las cosas no puedan cambiar. Que no nos pueda echar una mano.

—¿Qué quiere?

—Tan solo encontrar a quien ha matado al doctor Rovere.

Colomba se dio la vuelta de golpe, viendo las estrellas.

—¿Y usted piensa que yo no lo quiero?

—Para eso estoy aquí. Ya sabemos que usted ha trabajado de modo... —sonrió levemente— digamos que «clandestino» sobre el secuestro de Luca Maugeri. En busca de una teoría alternativa a la seguida por mi oficina.

—¿Y si así fuera?

—Es una certeza, no una duda —dijo el juez dejando asomar un ápice de dureza—. Y si al principio era solo un pecado venial, del que podría haber salido bien parada tras un tirón de orejas, ahora las cosas han cambiado, doctora. Tengo que saber si cree que la muerte del doctor Rovere guarda relación con sus pesquisas.

Las palabras de De Angelis eran las de la racionalidad y Colomba sintió cómo presionaban contra su voluntad, en ese momento frágil como nunca. Pero Rovere no se fiaba de De Angelis, y esa desconfianza había sido su testamento.

—No lo sé —respondió—. ¿Cómo iba yo a saberlo?

—No juegue conmigo, doctora. Si usted se hubiera acercado a alguna prueba que apoyara una hipótesis, llamémosla así, *alternativa* sobre el secuestro de Luca Maugeri, esto podría ser una razón suficiente para empujar a un secuestrador y un asesino desequilibrado a detener las investigaciones. Sobre todo si el doctor Rovere le prestaba su apoyo en dichas investigaciones. O incluso si había sido la causa de las mismas.

—¿Está hablando del Padre?

—Estoy hablando de cualquier cosa que pueda ayudarme a dar con los responsables del atentado. Hay seis muertos más, aparte del doctor Rovere, ¿sabe? Y dos heridos graves.

—Dudo que me creyera.

—Póngame a prueba. Y, por lo que respecta a su posición personal, aunque sea algo irregular, declararé que sus pesquisas se hicieron con la autorización de mi oficina.

Está deshaciéndose ya de Santini, pensó Colomba. Maugeri lleva ya una semana en la cárcel y no ha confesado. De Angelis no ha encontrado más pruebas contra él. Está empezando a tener miedo de haber tomado un camino equivocado. Si hubiera estado segura de eso, se lo habría dicho todo, pero una vez más las sospechas de Rovere fueron las suyas.

—No he encontrado nada.

—Entiendo. ¿Y para qué necesitaba los datos que le pidió al inspector Infanti?

Colomba pensó que tendría que buscarse mejores amigos. Y, sin saberlo, sostuvo la versión de Dante.

—El señor Torre quería investigar sobre casos similares, buscando puntos en común. Por desgracia, no los encontró.

—Si no los encontró, ¿por qué se reunieron con Rovere?

—Una visita de cortesía.

De Angelis se quitó las gafas, con una pesada montura negra, limpió los cristales con la corbata y se las colocó de nuevo.

—¿Por tanto usted no tiene ninguna sospecha, aunque sea vaga? Y no solo sobre ese secuestrador llamado el Padre. Algo sobre lo que el doctor Rovere pueda haberle dado indicaciones.

—No esperaba que fueran a matarlo. Eso se lo garantizo —para esconder sus lágrimas, Colomba miró de nuevo hacia la ventana.

De Angelis le cogió la barbilla y le giró la cara hacia él.

—He venido hasta aquí para ofrecerle mi amistad. Se lo ruego, acéptela.

Colomba clavó los ojos en los del juez. Los suyos parecían ajenos, con el verde del iris destacando sobre las córneas enrojecidas. Los de De Angelis, dos espejos opacos detrás de las lentes ahumadas, en los que resultaba imposible captar cualquier indicio de sus pensamientos.

—No vuelva a tocarme nunca más —le dijo—. O no respondo de mí.

El magistrado retiró la mano.

—Y...

—No tengo nada más que decirle.

De Angelis se levantó.

—Ha hecho usted su elección, Caselli.

Al salir fingió tropezar con la mesa. Las flores se desparramaron por el suelo.

Fue como si la visita de De Angelis hubiera levantado la veda. En las dos horas siguientes Colomba no consiguió estar nunca sola. Primero llegó su madre, deseosa de ser consolada, luego la pareja de amigos a los que les había dado plantón la noche en que fue a los Pratonni para ver el cadáver de Lucia Balestri y de los que no sabía nada desde entonces. Cuando le preguntaron si necesitaba algo, les dijo que fueran a su casa a buscarle ropa de recambio, dado que su madre se había declarado demasiado alterada como para hacerlo.

Los dos prometieron regresar a la mañana siguiente y le hicieron jurar que en adelante nunca volverían a perderse de vista. Tras ellos entró un grupito de compañeros de la Móvil, que se quedaron aturridos al verla tan pálida y maltrecha. Al salir, se dijeron que parecía exactamente como *la otra vez*, refiriéndose al Desastre, y que era una extraña coincidencia que Colomba hubiera sobrevivido nada menos que a dos atentados con explosivos. Uno de ellos se atrevió a observar:

—¿Y si no fuera una coincidencia...? —todos enmudecieron. No sabían que aquello era lo mismo que en ese justo momento, aunque con otras palabras, De Angelis le estaba diciendo a Santini, agotado por su largo día de interrogatorios y reconocimientos.

Hasta el hospital también se acercó Alberti, muy poco cómodo en su papel de visitante. Iba de paisano, y con una sudadera de Abercrombie y unos tejanos parecía aún más un estudiante demasiado talludito. Colomba se puso contenta al verlo aunque estaba agotada por el ir y venir de tanta gente.

Alberti le tendió un paquetito. Ella lo abrió y descubrió que contenía un reproductor de MP3. Un modelo no muy reciente, pero que en todo caso funcionaba.

—Estás loco, no puedo aceptarlo —le dijo—. Sé lo que ganas.

Él se sonrojó.

—En realidad, es reciclado, y ya de entrada era un trasto chino de dos euros. El regalo es lo que hay dentro.

Colomba miró el reproductor, sorprendida. Le costaba enfocar la vista, entre las medicinas y el golpe.

—¿Y qué hay?

—Música. Compuesta por mí. Electrónica emocional. No sé si conoce a Nicolas Jaar... Yo me inspiro en él.

Colomba no tenía la más mínima idea de qué le estaba hablando Alberti.

—Creo que yo me quedé en los Red Hot Chili Peppers, pero gracias. No sabía

que fueras compositor.

—De momento es solo un *hobby*. Si no le gustan mis temas, bórrelos y grabe lo que quiera —titubeó—. He visto al señor Torre hoy.

Colomba perdió su sonrisa y agarró a Alberti del brazo.

—¿Cómo está?

Él bajó la voz.

—Dice que ha sido su secuestrador. Que se ha llevado a miles de niños. Si me lo permite, no parecía muy en sus cabales.

—¿Quién lo ha interrogado?

—Santini. Pero no le ha creído. Y, francamente, era difícil.

—¿Cómo ha justificado Dante su afirmación?

—De ninguna manera. Por eso Santini se ha reído de él en toda la cara. Lo he sentido por él.

Colomba cerró por un momento los ojos, pasmada. Le habían apretado las tuercas y Dante había callado, a costa de quedar como un imbécil. Él tampoco se fiaba.

—¿Dónde está ahora?

—Sigue en la comisaría, aunque su abogado está removiendo cielo y tierra. Creo que los magistrados lo enviarán pronto para casa. No tienen motivos para retenerlo, ¿verdad?

La mirada de Alberti era casi suplicante.

—No tiene nada que ocultar —dijo Colomba.

—No lo dudaba, ¿vale, doctora? Me cae simpático, a pesar de ese carácter suyo. Ha tenido montañas de mala suerte en esta vida.

—¿Qué se sabe de la explosión?

—La Científica sigue buscando pruebas.

—¿Vieron entrar a alguien? ¿Encontraron algo?

—Doctora, si han encontrado algo, seguro que a mí no me lo van a decir. Yo solo soy un pingüino de coche patrulla.

Colomba comprendió que tenía razón.

—Si descubres algo, por favor, házmelo saber.

—Lo haré. Ahora me voy, así la dejo descansar.

—Gracias.

Pero Colomba tenía la cabeza demasiado ocupada como para dormir. Cuando lo intentaba, empezaba de inmediato a ver de nuevo la llamita que se encendía en la oscuridad del apartamento de Rovere, oía otra vez el crepitar de las llamas, tan parecidas a las que habían devorado el restaurante de París. Y de golpe retrocedía nueve meses, y las sombras que susurraban revoloteaban en su cabeza. Se despertó y se volvió a dormir por lo menos tres veces, luego renunció y convenció al médico para que no le dieran más tranquilizantes. En el gotero que le pusieron antes de la cena solo había antibióticos y analgésicos que calmaron su dolor de cabeza lo suficiente como para permitirle razonar. El dolor por la muerte de Rovere seguía

aflorando en su conciencia, por mucho que se esforzara en mantenerlo apartado. Aún le parecía imposible haberlo perdido. Lo recordaba en los primeros años, en Palermo, uno de los pocos funcionarios que salían a la calle con sus agentes cuando ocurría algo. Como subcomisaria, ella había pedido poder ir a la sección de Crimen Organizado, pero Rovere la quiso a su lado en Antidroga. Pensaba que una mujer podía funcionar mejor como agente encubierto, y tenía razón. Durante dos años Colomba fue compradora, toxicómana, camello y nadie sospechó nunca que era una policía. Luego su cara estaba ya muy vista y fue trasladada a Delincuencia Común — fue la primera mujer en patrullar con los Falchi—, siempre con Rovere siguiendo sus progresos a distancia y dándole su apoyo contra los funcionarios misóginos que intentaban rebajar sus méritos.

Colomba había perdido a su padre cuando era pequeña a causa de un infarto y siempre se había sentido atraída por las figuras masculinas fuertes, que de algún modo ocuparan su lugar. A menudo la decepcionaron, como los novios que se demostraron incapaces de estar con ella durante los repentinos cambios de su carrera. Rovere, nunca. Siempre había estado ahí. A una distancia discreta —en sus relaciones no se contemplaban las manifestaciones de afecto o la asistencia a actos de sociedad, excepción hecha de alguna cena, cuando Elena aún estaba bien— pero de manera constante. Luego la traicionó de ese modo. ¿O fue ella la que empezó?

Con la lucidez conferida por la fiebre que le iba subiendo, Colomba pensó que tal vez fuera ella la primera en romper, cuando decidió dimitir, y lo hizo escondiéndole la verdad sobre su estado. Sus ataques de pánico, sus miedos. Pero ¿bastaba eso para justificar las acciones de Rovere, el haberla utilizado como peón en su partida de ajedrez contra el Padre?

Se respondió que no. La razón tenía que ser otra, era algo más fuerte que el afecto que, Colomba estaba convencida de ello, él sentía por ella. Más fuerte que la lealtad que Rovere siempre había demostrado hacia sus subordinados, antes incluso que hacia sus superiores. Y no era, seguro, una lucha de poder para ocupar el puesto de Santini en el SIC. Ahora Colomba veía con claridad que aquello fue una mentira, para que ella dejara de preguntarse sobre las auténticas razones que lo movían. Rovere estaba dispuesto a pasar por un «tropa» envidioso y mezquino, con tal de implicarla en aquello. Si no hubiera muerto, Colomba habría abandonado el juego, pero ahora sabía que debía recoger su herencia, por muy pesada que esta fuera.

Y mientras pensaba en cómo seguir, la sombra de un hombre en bata se recortó entre ella y la ventana por la que entraba la luz de la puesta de sol. Era Tirelli, que la miraba con ternura.

—Mario, ¿qué haces con una bata puesta?

Tirelli sonrió, metiéndose el palito de regaliz en el bolsillo.

—¿Te has olvidado de que soy médico? —se le acercó para examinarla—. Déjame ver cómo has quedado. Las pupilas están bien... Levanta la vista hacia el techo... Ahora a la derecha...

Colomba se movió molesta.

—No pretenderás hacerme un reconocimiento...

—¿Qué problema hay?

—Es que tus pacientes, por regla general, están muertos.

—También tengo otras especialidades, chiquilla. Pero admito que con los cuerpos fríos se me da mejor —su expresión se hizo triste—. Me han pedido que le haga la autopsia a Rovere, pero... he preferido dejársela a mis ayudantes.

Las lágrimas que Colomba había mantenido controladas en las últimas horas volvieron a asomarse.

—¿Cómo murió?

—Por una hemorragia debida a la lesión de la arteria mesentérica superior. Un fragmento metálico lo atravesó, literalmente.

Colomba se sonó la nariz con un pañuelo de papel.

—¿Sufrió?

—No mucho. Y no lo digo para consolarte. Tenía una severa lesión en la médula espinal que le dejó insensible del esternón para abajo. Y no murió solo.

—¿Quién estaba ahí?

—Tu amigo. El señor Torre. Se quedó con él. Cuando llegaron los primeros auxilios, él estaba ahí sujetándole la cabeza.

Colomba estaba estupefacta.

—¿Dante entró?

—Sí. ¿No te acuerdas de nada?

—De nada. Pero Dante tiene miedo a los espacios cerrados, imagínate a entrar en un edificio en llamas... ¿Cómo lo consiguió?

Tirelli le hizo una caricia.

—Tal vez tenía una buena razón. Hizo que te sacaran de allí.

—Dios —todo le parecía aún irreal—. Mario, tienes que echarme una mano.

Tirelli se sentó en la silla donde unas horas antes De Angelis le había soltado su discursito.

—¿Para qué?

—Dante tenía razón. El Padre está detrás del secuestro del hijo de los Maugeri. Y creo que ha sido él quien colocó la bomba en casa de Rovere.

—Tienes que descansar, Colomba.

—No, no. No se me ha ido la cabeza —Colomba se incorporó para sentarse e intentó asumir una expresión que no la hiciera parecer una pobre loca en pleno delirio—. Hemos investigado. Y hemos encontrado conexiones. Y Rovere sabía que el Padre todavía estaba activo. Por eso me hizo meter a Dante en todo esto.

Tirelli la escrutó.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Rovere me lo confirmó antes de morir. Sabía algo que no tuvo tiempo de decirnos, por eso lo mataron.

Tirelli cogió el regaliz y lo mordisqueó.

—Lo admito, me estás cogiendo por sorpresa. ¿Has hablado con De Angelis de esto?

—No. Rovere no se fiaba de él. Y yo tampoco me fío. Si tuviera pruebas concretas, se las arrojaría a alguien a la cara. Pero no las tengo. Solo tengo suposiciones. Yo sé que son correctas, pero... tengo que probarlas —Colomba bebió un sorbo de la botella para calmar el dolor de garganta—. ¿Te imaginas lo que sucedería si fuera a explicárselas al comisario? Ya pensaba que el Desastre de París había sido culpa mía. Pero si consigo proporcionarle algo...

—¿Qué quieres que haga, Colomba?

—¿Has oído hablar alguna vez de la Brújula de Oro?

—No.

—Era una asociación que se ocupaba de niños con problemas —le explicó lo de los Palladino y lo que Dante y ella habían llegado a descubrir.

—¿Y crees que el Padre eligió al niño a través de la asociación? —preguntó Tirelli al final.

—Es una posibilidad. Y tal vez no haya sido el único.

—Pero el niño de los Pratonni no iba allí...

—La asociación quebró y el Padre tuvo que buscarse otra forma de seleccionar a sus víctimas.

—Eso siempre y cuando exista de verdad una relación.

—Por eso te estoy hablando del tema. Tú conoces a un montón de gente: médicos, voluntarios... ¿Puedes enterarte de quién la gestionaba? Me basta con que encuentres a alguien a quien yo pueda interrogar.

Tirelli se levantó fatigosamente, con las rodillas crujiéndole.

—¿Te acuerdas de aquel viejo telefilme, *Quincy*? —preguntó. Colomba negó con la cabeza—. Había un anatomopatólogo que cazaba a los asesinos. Siempre lo encontré ridículo. Yo indago dentro de los cuerpos, no en las calles.

—Eres el único a quien puedo pedírselo.

Él asintió.

—Lo sé. Por eso no te digo que no. Haré algunas llamadas telefónicas.

—Gracias —Tirelli se giró para marcharse. Ella lo llamó—. Mario..., habla solo con personas en las que confíes y diles lo menos posible. Ve con cuidado.

Tirelli sonrió.

—Claro que tendré cuidado. Esta vieja carcasa me sigue importando —dijo tocándose el pecho.

Colomba lo siguió con la mirada mientras salía. Pensando en lo que el Padre había sido capaz de hacer, no podía evitar estar preocupada.

El hombre al que Colomba y Dante llamaban el Padre había hecho del bajo perfil su forma de vida. Compraba únicamente en grandes almacenes, cambiándolos rotativamente para no hacerse reconocible por los cajeros. Llevaba solo ropa común, pero siempre correcta y limpia para no llamar la atención. Descartaba los colores vivos, las fantasías chillonas. Le gustaban el gris y el marrón, pero no el negro, demasiado extremo. Su coche era un familiar de segunda mano; su apartamento, un local de dos espacios; su gimnasio, una serie de aparatos que guardaba en el trastero y que sacaba cada mañana. No poseía una cuenta en el banco a su nombre, nunca comía en un restaurante, nunca iba al cine o al teatro. Una vez cada quince días se permitía una prostituta, elegida expresamente en la calle entre las extranjeras que no hablaban italiano. Pagaba lo debido, no volvía a verla nunca más. Sus otras distracciones eran la televisión y los libros de historia militar. No bebía, no fumaba. Se bastaba a sí mismo, y le bastaba su trabajo para llenar su vida. No tenía amigos, y de los pocos seres humanos que lo conocían, poquísimos sabían su auténtico nombre o a qué se dedicaba de verdad.

A uno de ellos lo tenía enfrente en ese momento, en la gasolinera del kilómetro ocho de la circunvalación del GRA, en una esquina de la explanada alejada de las cámaras de seguridad. Había envejecido mal, pensó. La grasa alrededor de la cintura y los pectorales caídos hablaban de poco ejercicio físico; los vasos rotos de la nariz, de excesos. Y además sonreía y charlaba como un gilipollas, intentando que volvieran a su mente episodios que había olvidado prudentemente. Mirándolo, el hombre al que Dante y Colomba llamaban el Padre o Zardoz pensó en renunciar. Hacer como si tal cosa y despedirse de él, para luego seguirlo hasta su casa y matarlo. Alguien como él, incapaz de autodisciplina y de medida, que no sabía mantener la boca cerrada, era solo un peligro. Pero un peligro mayor se cernía ahora sobre su trabajo y comprendió que no era posible. Que tenía que hacerlo desaparecer eso estaba claro, pero más adelante, cuando ya no le fuera útil. Ahora necesitaba un aliado para minimizar los riesgos. Un aliado *temporal*. El hombre al que no veía desde hacía veinte años asintió contento cuando le propuso el trabajo, y el contento se convirtió en entusiasmo en cuanto supo la cifra, que nunca iba a poder disfrutar. Y después de tanta cháchara inútil, después de las bromas y las palmadas en la espalda, le hizo únicamente dos preguntas de importancia. Cuándo y dónde.

—Esta noche —respondió—. En el hospital —y le entregó la jeringuilla.

Minutillo no logró que soltaran a Dante hasta las siete de la tarde y tuvo que sujetarlo mientras bajaba las escaleras de la comisaría. Dante no dormía desde hacía más de veinticuatro horas, había comido solo las galletas de la máquina y estaba en abstinencia de fármacos y cafeína. La escasa lucidez que le había quedado tras el primer interrogatorio la consumió con el magistrado del equipo de De Angelis ante el que prestó declaración. Después de eso, recordaba solo a rachas, hasta que el rostro amigo del abogado se asomó al balcón donde estaba confinado, por suerte ya sin esposas.

Igual que sucediera tras el encuentro con De Angelis en la estación de servicio, Minutillo acompañó a Dante hasta su casa y esperó a que se diera una ducha, tomara una dosis de elefante de psicofármacos variados y una bañera de café. En la mezcla Dante metió a escondidas de su amigo también un par de comprimidos de Ritalin, el medicamento que en los Estados Unidos se prescribía para sedar a los niños hiperactivos, pero que a los adultos les provocaba el efecto contrario. Entre la cafeína y las pastillas, al cabo de poco rato Dante ya fue nuevamente capaz de coordinar, y Minutillo consiguió también hacer que se metiera entre pecho y espalda una hamburguesa de soja y un paquete de crackers. En ese momento Dante se dio cuenta de que había algo que no cuadraba: en casa había más caos del que había dejado él. Las pilas de libros se habían derrumbado, las cajas de comida ya no estaban ordenadas por colores, las bolsas habían sido abiertas. De su ordenador solo había quedado la pantalla, los cajones estaban entrecerrados y mostraban su contenido. Centrando toda su atención, también se dio cuenta de que la ropa estaba desordenada, y que para cambiarse había tenido que hurgar en un confuso montón en el fondo del armario. Si no se hubiera movido como un robot, se habría percatado de inmediato.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó temiendo la respuesta.

—Han registrado la casa —respondió el abogado.

Dante dejó caer los cubiertos.

—Oh, joder.

—No te preocupes, conseguiré que te lo devuelvan todo.

—¿Qué es todo? ¿Qué se han llevado?

Minutillo titubeó, incómodo.

—Dante...

Pero él ya no lo escuchaba, había salido corriendo hacia la habitación de invitados. Las cajas del tiempo que antes la llenaban hasta el techo habían

desaparecido. Por el suelo tan solo quedaban la funda de la cinta de vídeo de la segunda temporada de *El coche fantástico* y un montoncito de tarjetas telefónicas. Dante se agachó para recogerlas: eran de años diferentes. Los policías posiblemente habían abierto las cajas y tirado todo desordenadamente.

—Lo siento —dijo Minutillo a su espalda.

Dante cogió las tarjetas y las aplastó con el puño, haciéndose daño con el plástico rígido.

—¡Joder! ¡Joder! —gritó—. Dos años de trabajo esfumados. ¡De búsquedas, de catalogación!

—Todo va a volver a casa.

—¡Sucio, desordenado! ¡Joder! —Dante lanzó las tarjetas contra la pared, luego aferró el somier de la cama, que en los últimos años había quedado cubierto por su colección, y lo agitó, arrojándolo contra el suelo y levantando una nube de polvo, mientras imprecaba en tres lenguas distintas.

Minutillo dejó que se desahogara, y dado el estado de debilidad física de su amigo y cliente no fue necesario mucho. Dante se dejó caer sobre el somier, sintiéndose violado y miserable, con los ojos brillantes. Tenía ganas de llorar.

—He estado todo el tiempo aquí —dijo Minutillo, intentando consolarlo—. He limitado los daños.

—Ahora entiendo por qué el café daba asco. Han mezclado los granos. Tendré que separarlos uno a uno. O tirarlo todo.

Minutillo intentó desdramatizar.

—Puedes llamarla «mezcla De Angelis».

—Ha sido él quien ha dado la orden, ¿verdad? —Dante levantó una mano—. No, no contestes. Ya me siento bastante imbécil por haberte hecho la pregunta. Es obvio. ¿Estoy incluido en la lista de sospechosos?

—Aún no. Pero el hecho de que te encontraras en el lugar de la explosión para la Fiscalía es una excusa suficiente para darte la vuelta igual que a un calcetín.

—¿Han registrado también la casa de CC?

—Sí. Y también la han suspendido cautelarmente. Lo cual es un contrasentido, puesto que está en excedencia. Me han dicho que han incautado su pistola y su identificación mientras estaba sedada.

—De Angelis nos lo está haciendo pagar por habernos entrometido en sus investigaciones sobre Luca Maugeri —dijo Dante, sombrío.

—Si algo sé sobre cómo funcionan estas cosas, esto es solo el principio. Como tenga el menor pretexto en vuestra contra, lo utilizaré. Y...

Dante extendió los brazos, haciendo un gesto de malestar.

—¿Y qué? Venga, escúpelos. Peor que esto...

—La voz saldrá de la Fiscalía, de una forma u otra. Dirán que eres una «persona informada sobre los hechos» y por tanto obligada a prestar declaración. Acabarás en los periódicos.

—Saldrá a la luz toda la vieja historia.

—Sí.

Dante se cogió la cabeza entre las manos.

—¡Joder!

—Te buscaré un lugar donde quedarte.

—¿Sabes cuánto me costó acondicionar este apartamento? —preguntó Dante, aún incrédulo.

—Claro que lo sé —Minutillo sonrió—. Le puse una querella al arquitecto.

—Porque era un granuja. Y ahora tendré que venderlo. ¿Y quién va a comprárselo tan deteriorado? ¿Un exhibicionista? ¿Una estrella del porno que quiera dejarse ver desnuda desde la calle?

—Cuando las aguas se hayan calmado... —empezó Minutillo.

Dante lo interrumpió.

—No se van a calmar. Aunque el Padre desapareciera mágicamente junto con De Angelis y todos sus amiguitos, por aquí empezaría el desfile de las personas que buscan a familiares desaparecidos. «Por favor, sálvenos» —dijo imitando una voz desesperada—. Ya he pasado por eso.

Minutillo no se lo discutió, sabía que Dante tenía razón. Ya había ocurrido en el pasado, y exactamente como él decía.

—Ahora deja que las cosas se tranquilicen. Lo más importante es no proporcionarle más pretextos a De Angelis. En caso contrario, capaz es de utilizar la artillería pesada.

Dante se miró la punta de los zapatos.

—¿Qué había en la llave USB de Rovere?

—No he logrado abrirla. Me pide la contraseña y he preferido no ir a tientas.

—¿La llevas contigo? Dámela, por favor.

Minutillo se pasó una mano por el pelo, que llevaba cortado casi a cepillo.

—¿Has oído lo que te he dicho antes? ¿Acerca de los riesgos que corres?

—Tal vez De Angelis me deje en paz si entierro la cabeza en la arena, pero ¿y el Padre?

—Hasta ahora no ha ido directamente a por ti.

—Es verdad. Tan solo ha matado a... ¿cuántas personas?... porque estábamos investigando sobre él. ¿Crees que nos va a dejar tranquilos ahora? —Dante negó con la cabeza—. Me estoy acercando, Roberto. Es demasiado tarde para pasar del tema.

Minutillo suspiró.

—¿Qué crees que hay en la llave?

—¿A quién conoces que se tome la molestia de ponerle una contraseña a una llave USB?

—A nadie.

—Entonces, sea lo que sea, debe de ser importante.

Minutillo observó en silencio a su amigo durante unos segundos.

—Estoy preocupado por ti, Dante —dijo—. Como nunca lo he estado.

Dante sonrió y fingió un bostezo.

—No debes hacerlo. Estoy demasiado cansado como para meterme en problemas. Es más, ahora voy a echarme un sueñecito.

Minutillo se marchó y cuando Dante oyó el ruido de su coche alejándose por la calle, colocó la llave en un sobre, que se metió en un bolsillo, y, tras ponerse una parka de color gris oscuro en cuyo interior casi desaparecía, salió. Las escaleras fueron un paseo respecto a lo que había pasado recientemente, o tal vez fuera la atinada mezcla de medicinas. Las bajó en solo diez minutos. Luego en la calle miró con atención a su alrededor. Nunca había sido sometido a vigilancia, pero estaba seguro de que sería capaz de percatarse de si alguien estaba siguiéndolo y, tras innumerables vueltas y revueltas por las calles de San Lorenzo, que empezaban a llenarse de chicos, se convenció de que no era así.

La primera etapa lo llevó al bar Marani, al principio de la Via dei Volsci. Los dueños lo conocían bien, era el único cliente que se sentaba en el pequeño patio enrejado incluso bajo la lluvia invernal y sentían simpatía hacia él. Les dejó a ellos el sobre, advirtiéndoles de que pasaría alguien a recogerlo antes del cierre; luego se encaminó a pie hasta el teléfono público de la Via Boccanegra. Tardó unos veinte minutos y el paseo le sentó bien, le quitó las últimas telarañas del cerebro. Llamó a Santiago, le dijo dónde debía recoger el sobre, le explicó lo que tenía que hacer y le rogó que actuara de prisa. Sí, dinero habría, lo tranquilizó, pero cuando el trabajo concluyera.

Cuando colgó, se dio cuenta de que no se sentía con ganas de regresar a su casa y dormir. El Ritalin, que antes le había eliminado cualquier sombra de sueño, ahora le ardía por dentro igual que gasolina. El cerebro seguía dándole vueltas, elaborando hipótesis y escenarios, en cada uno de los cuales, una vez más, Rovere estaba en el centro. Ahora que había resuelto el misterio ligado a su implicación en las indagaciones sobre Luca Maugeri, comenzaba a plantearse otra cuestión. ¿En qué momento Rovere había empezado a ocuparse del caso? Y, sobre todo, ¿por qué?

Lo poco que había sabido sobre él a través de Colomba, de sus investigaciones precedentes, no lo relacionaba en modo alguno con el Padre. Y, además, la impresión que Rovere le había causado era que se trataba de un policía sólido, prudente, cuidadoso con los pasos que daba, dentro y fuera de sus deberes. No era en modo alguno un desconsiderado que se metía en una investigación ajena por el mero hecho de hacerlo.

Dante tenía la esperanza de que al menos parte de la respuesta le llegara de la llave USB que en breve estaría en las competentes manos de Santiago. Pero tenía hambre de entender ya, y había tan solo una persona con la que pudiera deliberar. Esperó a que un magrebí acabara de telefonar a su novia lejana e hizo otra llamada. Esta vez a una mujer que durante años había estado buscando a su hermana, hasta que Dante hizo que la reencontrara, aunque fuera bajo el suelo de su suegro. Se sentía en

deuda con Dante y trabajaba en el hospital donde estaba Colomba ingresada. Le dijo la habitación, pero se disculpó porque no le tocaba ese turno. Dante pidió que le explicara la topografía de esa sección y comprendió que podría apañárselas de todas formas. Esperar a la mañana siguiente ni siquiera se le pasó por la antecámara del cerebro, que a esas alturas bullía incontenible. Llamó a un taxi y viajó con las ventanillas completamente bajadas. Pidió detenerse a pocos metros del hospital, luego saltó el vallado y se adentró en el jardín. Mientras tanto, miraba las ventanas del segundo piso, contándolas. El mapa del edificio le rondaba por la cabeza: si cerraba los ojos, podía verlo como si fuera un dibujo tridimensional. Se detuvo bajo un ciprés: la habitación quedaba por encima de él, en el segundo piso. Utilizó el árbol como una escalerilla. Era un juego que desde siempre se le había dado bien. Trepaba igual que un simio a pesar de tener una única mano que le funcionara plenamente: su complexión ligera lo ayudaba. Una de las últimas ramas lo bastante sólidas para sostenerlo llegaba a la altura de la ventana. Se subió a horcajadas, dándose cuenta de que el alféizar quedaba demasiado lejos como para alcanzarlo de un salto. Desde allí, no obstante, veía la cama débilmente iluminada por la luz nocturna que Colomba había dejado encendida y su rostro, que sobresalía sobre las almohadas.

Mientras estaba pensando en descender para procurarse unas piedrecitas que lanzarle a la ventana, advirtió que alguien se movía en la habitación. Desde donde se encontraba, Dante distinguía con dificultad al desconocido, que estaba justo en el límite de la franja de luz proyectada por la farola de la calle, pero enseguida estuvo seguro de que había algo en él que no cuadraba. Llevaba una bata, y sin embargo no se movía como hacen los médicos o los enfermeros en un hospital, con gestos esenciales, casi bruscos, típicos de las personas acostumbradas a tratar con el sufrimiento ajeno. Fuera quien fuera se hallaba, por el contrario, muy tenso, como si supiera que estaba donde no debería.

El hombre dio un paso hacia la cama y Dante pudo verle las manos. Las tenía agarradas a los bordes de la bata, a la altura del pecho, un gesto universal de ansiedad y autodefensa. Los movimientos furtivos eran los de alguien que se preparara para llevar a cabo una tarea difícil o peligrosa. Dante no quería esperar a que actuara, tenía que dar la alarma, despertar a Colomba y al hospital entero si fuera necesario. Pero antes de que pudiera intentar hacerlo un susurro se levantó de la oscuridad entre los árboles y lo golpeó igual que un latigazo. Inmediatamente, Dante empezó a temblar de una forma incontrolada. Ese susurro despertaba en su interior pesadillas terribles nunca aplacadas, le devoraba las entrañas y le helaba la sangre.

Se aferró a la rama, como si una fuerza irresistible estuviera tirando de él hacia el suelo. *No mires*, se dijo. *No mires abajo*. Pero ese susurro actuaba dentro de él, anulando su voluntad. Lentamente dirigió la mirada hacia el origen del sonido, una franja de oscuridad entre dos farolas. Un hombre permanecía junto a la pared del hospital, con los brazos caídos sobre los costados, los ojos brillando casi blancos, como vacíos. Ojos que Dante había visto una única vez en su vida, pero de los que no

podía olvidarse.

Ese hombre le decía que bajara. Le decía que era una Bestia estúpida a la que iba a castigar.

Era el Padre.

En la habitación de Colomba, el hombre de la bata dio otro paso hacia la cama, maldiciéndose por lo que estaba a punto de hacer. No es que le remordiese la conciencia, era solo que creía que ya había dejado a sus espaldas los días de la sangre y del peligro. Pero nadie le decía que no al Alemán. Sobre todo cuando te miraba como si estuviera tomándote las medidas para cortarte el cuello. Había cometido un gran error al no colgar el teléfono cuando oyó su inconfundible voz, procedente de un pasado remoto.

Pero ¿quién iba a imaginarse que el Alemán andaría aún enredado en las viejas historias? A decir verdad, el hombre estaba convencido de que llevaba muerto una buena temporada. En cambio, aunque con canas y el cuello rugoso, seguía siendo el hijo de puta de costumbre. El peor de todos.

El Alemán... El hombre de la bata le dio vueltas a la palabra en su cabeza, tomándose un tiempo consigo mismo. Nunca supo su verdadero nombre. *Nada de nombres. Nada de notas. Nada de charlas.* Eran las reglas que el Alemán impuso en los años de oro, aunque para él no valieran. Él siempre lo sabía todo de todos.

Se secó el sudor de la frente con la manga y pensó otra vez en dejarlo todo y largarse de allí. Pero aunque lograra escapar y no dejara que lo encontrasen durante un tiempo, sabía lo que al final acabaría llegando: el hambre. Nunca más el cheque mensual, nunca más el culo a salvo. Y la idea de ponerse a buscar trabajo después de tantos años dedicados únicamente a rascarse no le resultaba nada placentera. Nada de nada. Mejor obedecer las órdenes del Alemán, un golpe y, zas, volver luego a la buena vida.

El hombre de la bata dio un paso más hacia Colomba. La veía bien ahora que sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad: respiraba lentamente, con el silbido crepitante de quien tiene la nariz tapada. *A saber qué habrá hecho esta para cabrear al Alemán*, pensó. No se lo había preguntado. No había preguntado siquiera por qué debía morir.

Se sacó la jeringuilla del bolsillo, tanteando un poco debido a los guantes de goma, que disminuían su sensibilidad. La jeringuilla solo tenía cinco centímetros de largo y terminaba en una aguja gruesa, de veterinario, más resistente y menos fácil de romperse. El Alemán le dijo que introdujera la aguja en la válvula del gotero para no dejar huellas en el cuerpo. Un trabajo fácil, que podía haber hecho solo. Si no fuera porque la mujer conocía el rostro del Alemán y se habría alarmado en caso de que se lo encontrara delante. La tranquilidad era un requisito fundamental para esa tarea,

como el anonimato.

Había entrado haciéndose pasar por un familiar de visita y se había encerrado en el lavabo del bar de la planta baja, esperando a que cayera la noche. Sabía que lo limpiarían a la mañana siguiente, como sabía que en la unidad de su objetivo solo había dos enfermeros, mientras que el médico de guardia se quedaba en Urgencias. Había esperado hasta pasada la medianoche, luego se había puesto la bata y subido las escaleras, siguiendo un recorrido fijado con anterioridad y escondiéndose si pasaba alguien. Había sido fácil, y más fácil aún iba a ser salir. Si luego alguien lo descubría..., bueno, las instrucciones no contemplaban dejarse pillar.

El hombre de la bata estudió el rostro de Colomba, comprobando que aún seguía dormida, luego tendió un brazo por encima de ella para agarrar la cánula del gotero colocado en el otro lado de la cama.

Fue en ese momento cuando oyó un estruendo de cristales rotos a su espalda. Se dio la vuelta de golpe, con el corazón en un puño, para descubrir que alguien había reventado la ventana de la habitación lanzando contra la misma un zapato, que ahora rodaba lentamente por el suelo.

—¿Qué ocurre? —murmuró Colomba, casi afónica.

Se ha despertado, coño, pensó el hombre de la bata.

—Tengo que cambiarle la medicación —dijo sonriendo e intentando parecer profesional—. Vuelva a dormirse.

Colomba torció el gesto. El hombre apestaba a alcohol y no se parecía a ninguno de los enfermeros que le había dado las buenas noches. Luego vio la ventana rota y se irguió sobre un codo, aturdida.

—Espere un momento...

—Estese quieta, por favor —el hombre de la bata le puso una mano sobre el hombro para mantenerla acostada, mientras tendía de nuevo la otra hacia el gotero.

Colomba, ahora ya perfectamente despierta, sintió con todo su cuerpo que había algo que no cuadraba. Lo empujó.

—No me toque.

Por toda respuesta, el hombre la agarró por la garganta con la mano libre, y el gesto fue tan imprevisto y violento que Colomba notó que se le cerraban los pulmones de golpe. De inmediato las sombras en la habitación empezaron a moverse y los oídos a llenarse de silbidos y gritos. El hombre la derribó contra la cama, manteniéndola postrada con la rodilla mientras continuaba apretándole el cuello y con la mano izquierda seguía intentando alcanzar la cánula. A punto de desmayarse, Colomba apuntó a la cara del agresor con los dedos extendidos de la mano derecha. Tuvo suerte, le dio en un ojo y notó la uña del índice hundirse en el párpado. El hombre gruñó y se llevó las manos a la cara, liberando momentáneamente el cuello de Colomba. Ella intentó gritar entonces, pero ni siquiera le salió un hilo de voz.

El hombre le lanzó un puñetazo a la cara, ella rodó sobre un costado y se deslizó al suelo, arrastrando consigo el gotero en su caída. Se dio un buen golpe en la cabeza y el sufrimiento intenso hizo retroceder las sombras. Tragó una gran bocanada de aire e intentó gritar otra vez, pero de nuevo la garganta se le cerró como un cepo. Su agresor, de cuyo ojo derecho brotaba sangre, le dio una patada en el costado, que hizo que se golpeará contra la pared, luego intentó clavarle la jeringuilla en el cuello. Ahora ya no le interesaba hacer bien las cosas, sino acabar de una vez por todas.

Con las últimas fuerzas que le quedaban Colomba levantó una pierna y le golpeó en los testículos con el empuje. El hombre cayó sobre la cama libre de la habitación, jadeando y gimiendo, y ella corrió a cuatro patas hacia la puerta, incapaz de incorporarse. Tendió la mano hacia el tirador, que giró en vano. Solo en ese momento se dio cuenta de que su agresor había bloqueado la puerta con una cuña de madera. El hombre la aferró por detrás y la hizo rodar contra la pared. Colomba por un segundo lo vio todo negro, punteado por estrellas de plata. El dolor en la cabeza era terrible.

El hombre de la bata, medio cegado por la sangre, intentó de nuevo ensartarle la aguja. Colomba bloqueó desesperadamente el golpe con ambas manos a pocos centímetros de su pecho. Agachado sobre ella, el hombre sudaba y jadeaba como un fuelle, la cara roja por el esfuerzo, la boca abierta exhalando un aliento mefítico.

—Mala puta —murmuró—. Te vas a enterar, furcia.

Colomba modificó de golpe la presión, tirando hacia abajo. La jeringuilla trazó un arco y se clavó por encima de la rótula del agresor. Ella empujó el émbolo a fondo de un manotazo. El hombre abrió la boca para gritar, pero no le salió ningún sonido. Las venas del cuello y de la cara se le hincharon y se puso amoratado, luego se derrumbó de costado, el ojo sano vítreo, con espuma en la boca. Fuera lo que fuera que había en la jeringuilla, tuvo un efecto inmediato. Colomba oyó cómo gorgoteaba y lo vio retorcerse unos segundos como un gusano sobre una parrilla, para luego quedarse inmóvil. Le palpó el cuello buscándole el pulso, pero no lo encontró. Estaba muerto.

En ese momento, llamaron a la puerta.

En el pasillo una enfermera gritaba el nombre de Colomba, intentando abrir la puerta. Ella no contestó y se quedó mirando el cadáver, con la respiración entrecortada.

Lo he matado, pensó. La ardiente sensación de haber terminado con otra vida la corroyó por un instante y Colomba tuvo un temblor interior que a punto estuvo de hacerla pedazos. Fuera quien fuera ese hombre, ella se lo había arrebatado todo. Futuro y pasado, sueños y temores. Con un gesto había hecho que un ser vivo se transformara en una cosa. En un relámpago vio los muertos del Desastre, luego al ladrón al que disparó el primer año en Palermo y al que vio agonizando en la acera; luego su primer cadáver, un toxicómano al que había encontrado en su casa tras una semana, echado sobre el colchón sucio, con moscas cubriéndole la cara. Advirtió encima de ella el peso de todas esas muertes, como una capa de cemento, sintió que se ahogaba de nuevo. Se clavó las uñas en las palmas. *Ahora no*, se dijo. *No por este hijo de puta que quería matarte*.

Los golpes en la puerta seguían. A la voz de la enfermera se le unió la de un hombre.

—Creo que la policía se ha caído de la cama —dijo la enfermera.

—No es la cerradura —dijo el hombre—. Hay algo que bloquea la hoja de la puerta.

Colomba se puso en pie lo más silenciosamente que le fue posible. ¿Qué tenía que hacer? Lo lógico habría sido abrir y pedir que llamaran a sus compañeros, pero sabía que nadie iba a creerla cuando dijera que ese hombre había sido enviado por el Padre para matarla. Y mientras tanto se habrían perdido minutos valiosos, horas. Y el Padre habría borrado cualquier huella útil, en caso de que las hubiera dejado.

—Voy a buscar algo para hacer palanca —dijo el hombre afuera.

Colomba se pasó una mano por la cara. Si decidía actuar por su cuenta, el riesgo que corría era enorme. El de ser investigada por homicidio, en primer lugar, porque la víctima de una agresión no huye dejando un cadáver en el suelo. Si lo hace, recaen sobre ella las sospechas. Movi6 la cabeza, irritada consigo misma. No era el momento de pensar en las consecuencias. Le debía algo a Rovere, y también a los niños que el Padre se había llevado consigo.

Miró a su alrededor en busca de una vía de escape. Vio el cristal roto y se acordó del zapato que había entrado volando por la ventana y que la había despertado en el instante justo. Un zapato que ahora reconocía, porque personas que llevaran Clipper de Dr. Martens con una suela de dos centímetros de alto tan solo conocía a una.

Se asomó a mirar por la ventana rota. Se esperaba ver a Dante en el césped y se quedó pasmada al encontrarlo agarrado a una rama del árbol delante de ella. La luz de la farola hacía brillar su rostro de poseso.

—¡Dante! —lo llamó forzando su voz afónica.

Dante se quedó inmóvil, sin mover la mirada. Aferraba la rama con brazos y piernas y parecía ajeno al lugar donde se encontraba.

Entretanto la voz masculina había vuelto.

—Voy a probar con esto —dijo, y enseguida se oyó el ruido de algo de metal que se metía por debajo de la hoja de la puerta—. ¿Ha contestado la señora de dentro?

—No. No estaba grave. No me gustaría que se hubiera golpeado en la cabeza.

—Voy lo más rápido que puedo.

—Mierda —murmuró Colomba. Agarró a su agresor por el cuello de la bata y lo arrastró hasta el baño. Era más bajo que ella y delgado, pero el esfuerzo casi hizo que se desmayara. Cerró la puerta y corrió a la cama para colocar bien el gotero, pegándose la cánula en el brazo con el esparadrapo. Luego echó la cortina sobre la ventana rota y escondió el Clipper bajo la cama de una patada. Quedaban los cristales, pero poco podía hacer con eso. Desplazó la mesa hasta el centro de la habitación y puso la silla delante de la puerta, luego se deshizo de la cuña tironeando de ella.

La puerta se abrió con un temblor metálico. La enfermera y el encargado de mantenimiento encontraron a Colomba sentada frente al umbral, bloqueando la entrada.

—Pero ¿es que había cerrado usted? —dijo el hombre, sorprendido; llevaba en la mano un enorme destornillador.

—No —murmuró Colomba—. Se había desencajado. He intentado decírselo, pero no tengo voz.

—¿Está bien? —preguntó la enfermera.

—Sí.

El hombre de mantenimiento recogió sus cosas y se alejó decididamente perplejo.

La enfermera se quedó observando a Colomba. Estaba indecisa sobre lo que debía hacer. De haber sido una paciente normal, la habría obligado a volver a la cama, pero la policía era un ejemplar único. En el hospital todo el mundo sabía quién era y sobre ella circulaban rumores poco tranquilizadores. Que estaba mal de la cabeza, lo primero de todo. Y que hasta sus compañeros tenían sospechas sobre ella. Bastaba ver con qué caras iban y venían de su habitación. La enfermera se preguntó cómo era posible que no hubieran puesto un agente de guardia allí, como en las películas.

—Tiene que volver a la cama —dijo intentando parecer competente—. Espere, que la ayudo.

—Prefiero seguir sentada —susurró Colomba, mirándola fijamente.

En esos ojos la enfermera leyó una oscura amenaza, aunque en realidad la mirada de Colomba era implorante. *Te lo ruego, márchate.*

—¿Está segura de que se encuentra bien?

—Todo lo bien que puedo estar. Sí —susurró Colomba—. Por favor, déjeme en paz.

La enfermera dio un paso atrás. Nunca había sido agredida por un paciente, pero a alguno de sus compañeros le había ocurrido, y uno de ellos incluso se contagió de hepatitis debido a un mordisco de un alcohólico en pleno *delirium tremens*: no, gracias.

—Voy a pedirle al médico que venga a verla —dijo.

—No es necesario —replicó Colomba.

—Ya veremos —barbotó la enfermera, dándole la espalda y sintiendo un escalofrío mientras lo hacía.

Colomba esperó unos instantes, luego se puso en pie de un salto y por poco no se cayó. Le parecía tener una calabaza en lugar de cabeza. Cerró de nuevo la puerta, metió la cuña otra vez y regresó al lavabo. El cuerpo de su agresor estaba donde lo había dejado. Una larga mancha de orina se había extendido por debajo de él. *Encima esto*, pensó Colomba, agachándose para registrarlo. Encontró una cartera, un manojito de llaves, el mando a distancia de un Opel y una tarjeta magnética. Ningún móvil. Manoseó la tarjeta, sabía que en muchos hospitales el personal utilizaba credenciales como esa para acceder a las unidades, pero tendría que haber llevado impresos el nombre del usuario y la fotografía. En esa no los había.

Una falsificación, clonada para dejar entrar a su agresor para matarla. La cartera contenía algo de dinero, una tarjeta de crédito y un permiso de conducir que parecía auténtico, a nombre de Luciano Ferrari, nacido en 1958 y residente en Roma, en la Via Pompeo Magno, número 1. Colomba lo metió de nuevo en la cartera, que volvió a colocar en el bolsillo, y escondió todo lo demás en la manga del pijama. Fue al pequeño armario metálico de la habitación. Su ropa ya no estaba allí, y se maldijo por habérsela dado a los amigos que habían ido a visitarla.

Cogió su móvil y se puso las botas. Al agacharse para anudárselas, notó cómo la sangre se le subía a la cabeza y la luz se apagaba. A punto estuvo de desmayarse. Una vez más se clavó las uñas en las palmas y resistió. Echó un vistazo por la ventana — Dante seguía agarrado a la rama—, hizo saltar la cuña de una patada y entreabrió la puerta: el pasillo estaba desierto. Se acordó del zapato y regresó para recogerlo, luego salió y se encaminó a la puerta de las escaleras, que alcanzó sin ser vista. Bajar fue cansado y el dolor de cabeza siguió en aumento, dándole náuseas. En la planta baja se encontró frente al pasillo que llevaba a Admisiones, cerrado con dos puertas automáticas de cristal que estaban desactivadas, y a la salida de emergencia. Estaba decidida a tomar esta última cuando comprendió que haría saltar la alarma en todo el hospital.

Bajó por otra rampa hasta llegar a una puerta de metal donde estaba escrito ACCESO PERMITIDO SOLO AL PERSONAL MÉDICO. Se encontraba cerrada, pero sobre el estípite Colomba vio un lector magnético. Probó con la credencial. La puerta se

desbloqueó, y entró en un pasillo de servicio iluminado por débiles luces anaranjadas. Algunas flechas de plástico de colores indicaban las direcciones: vestuario, almacén, lavandería. Colomba lo recorrió, confiando en localizar una puerta que llevara al exterior. Encontró la del garaje interior y, desde allí, un acceso al parque del hospital, sembrado de colillas.

Estremeciéndose por el frío dentro de su pijama de franela, siguió el perímetro exterior del edificio, intentando identificar el emplazamiento de su habitación. Le pareció que tardaba una eternidad, pero al final reconoció su ventana, por la que revoloteaba un trozo de la cortina a través del cristal roto. Levantó los ojos hacia Dante, agarrado aún a la rama. Intentó inútilmente llamar su atención; luego, al ver que no lo lograba, le lanzó el zapato, apuntando a un brazo.

Le dio en la sien y faltó poco para que Dante se cayera de cabeza por el susto y el dolor. El zapato pesaba medio kilo, no había sido un golpe insignificante. Pero sirvió para que se recobrara.

—¿CC? —murmuró, como despertándose de un sueño.

—Venga, bájate ya, muévete —susurró ella.

Durante unos segundos Dante no se movió, luego se deslizó hasta el suelo, con la mirada ausente.

—Estás viva —dijo.

Colomba recogió el zapato y se lo tendió.

—Sí, también gracias a ti. Pero ya hablaremos luego. Dame tu abrigo.

Dante se quitó la parka con movimientos de sonámbulo, quedándose con un jersey de cuello de cisne, y ella se la puso. Le iba un poco ajustada en los hombros, pero le llegaba por debajo de las rodillas. Si no hubiera sido por los pantalones del pijama con cerditos, habría podido servir.

—Le he visto, CC —dijo Dante con voz soñadora.

—¿Al hombre de mi habitación?

—No. Al Padre.

—Siempre lo ves en el momento menos oportuno —dijo ella—. Venga, vámonos. Dante la agarró del brazo, deteniéndola.

—No lo entiendes, CC. El Padre estaba aquí. Me habló.

—¿Y cómo era?

Dante parpadeó.

—No lo recuerdo bien.

—Okey. Entonces me lo cuentas luego. Ahora larguémonos de aquí.

Para huir atravesaron Urgencias. Pasaron por la entrada posterior utilizando la tarjeta magnética, anduvieron entre médicos y paramédicos atareados que a duras penas se fijaron en ellos, se mezclaron con una veintena de personas que esperaban y salieron por el portón. Se dieron prisa, porque cuando Colomba ya había conseguido arrastrar a Dante fuera del parque se encendió la luz en la que había sido su habitación, y en unos diez minutos aquello iba a llenarse de patrullas. Mientras se

alejaban, Dante le contó su visión del Padre.

—¿Por eso tiraste un zapato?

—No conseguía moverme —dijo él—. Ni gritar.

—¿Y tú estás seguro de que el Padre estaba ahí de verdad? —preguntó Colomba mientras lo llevaba hasta la primera bocacalle, lejos de las cámaras de vigilancia de la calle.

—Sí.

—Porque si hubiera sido una alucinación, lo sabrías, ¿verdad? —preguntó ella, aún escéptica.

—Siempre sé cuándo enloquezco —Dante empezaba a coordinar de nuevo y caminaba con más fluidez. El pasado era una mezcla de imágenes inconexas y agujeros.

—¿Y entonces salió antes que nosotros?

—Tal vez aún siga ahí dentro —Dante se detuvo—. Tal vez tendríamos que buscarlo, CC.

—Nos detendrían en la entrada.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado con ese tipo en tu habitación? —preguntó él, receloso.

—Espera —Colomba lo empujó hacia una zona de oscuridad porque había visto las luces de un coche patrulla que se acercaba. El coche pasó sin verlos.

—¿Lo has matado? —insistió Dante.

Colomba suspiró y no respondió.

—Oh, coño. Esperaba una solución menos cruenta. Pero ha sido en defensa propia. Declararé a tu favor.

—Ya ves tú lo que puede valer tu declaración... Tenemos que hacernos con un vehículo. No podemos cruzar la ciudad a pie.

—Usemos su coche. Cogiste sus llaves, ¿no? Déjamelas ver.

—¿Cómo sabes que me las llevé?

—Si estamos huyendo con estas prisas, es porque quieres investigar acerca de él. En caso contrario estarías ahí para permitir que te interrogaran.

—A veces eres irritante —le tiró la llave.

—Un Opel Agila a juzgar por el antirrobo —dijo Dante. Miró a su alrededor—. No ha aparcado cerca de la entrada, pero no puede haberlo dejado muy lejos. También él podía tener la necesidad de huir rápidamente.

En el mapa del móvil observó la calle principal, que trazaba una curva alrededor de la entrada de Urgencias, y estudió las calles que desembocaban allí. Descartó las que quedaban demasiado apartadas, la que estaba junto al semáforo y las de sentido único. Restaban dos. Se las señaló.

—Separémonos y el primero que lo encuentre que dé un silbido.

—Y una mierda voy yo a soltarte. Vamos juntos.

Encontraron el Agila rojo oscuro a los cinco minutos, mientras la sirena de un

coche patrulla se acercaba. Colomba se puso al volante y Dante se echó en el asiento de atrás.

—¿No te preocupa ir por ahí con un coche robado? Porque probablemente lo sea.

—Si lo utilizaba él, quiere decir que es bastante seguro.

Colomba lo puso en marcha y se alejó. La Via Pompeo Magno estaba en la zona de Prati: tardarían unos veinte minutos si todo iba bien. Pero ella quería asegurarse de no estar yendo a la casa equivocada y llamó a Alberti, que se sorprendió al oírla. Tal vez se sintió algo más que sorprendido, dada la hora. Por suerte, había puesto el teléfono en modo vibración, porque estaba componiendo con los auriculares.

—Doctora... ¿Ha oído las composiciones? —preguntó de inmediato.

Colomba no tuvo agallas para decirle que su reproductor de MP-3 de dos perras se había quedado en la habitación con el cadáver.

—Aún no. Perdona, pero necesito un favor. Que me verifiques un nombre.

—No estoy de servicio, doctora.

—Tendrás algún amigo de servicio, ¿no? Llámale y pregunta.

—De acuerdo. Dígame.

—Luciano Ferrari; por lo que yo sé, nacido en 1958, en Roma. Busca antecedentes y residencia actual y vuelve a llamarme. Y si te preguntan por qué te interesas por él, di que te ha dado un golpe por detrás.

—Doctora, en realidad yo no debería...

Pero Colomba ya había colgado, porque tenía una llamada de Infanti en espera. Dante cerró los ojos para no verla conducir con una sola mano y se habría tirado por la ventana de haber sabido en qué estado se encontraba realmente. El dolor de cabeza y las náuseas iban ahora acompañados por destellos luminosos que estallaban en su campo visual como estrellas fugaces, y a Colomba le suponía un esfuerzo enfocar bien la carretera.

La voz de Infanti estalló en su oreja.

—¿Dónde coño te has metido? —gritó.

—¿Ya te han avisado? —preguntó Colomba.

—Claro que me han avisado. ¡Está medio departamento en el hospital y tú has desaparecido!

—No podía quedarme.

—¿Que no podías quedarte? Pero ¿qué coño estás diciendo? ¿Quién es el tipo del váter?

—No lo sé —mintió—. Pero quería matarme.

—¿Y qué pasó?

—Ocurrió un accidente.

—¿De qué accidente me hablas? ¡Ahí hay un muerto! Tienes que volver.

—El hospital no es seguro. Voy directamente a comisaría.

—Enseguida, Colomba, o habrá problemas.

—Casi enseguida.

—¡Colomba!

Ella colgó.

—Tendrías que quitar la batería del teléfono —barbotó Dante—. Para impedir que te localicen.

—No van a empezar de inmediato a darme caza. Tenemos unas horas.

—¿Y luego?

Colomba se saltó un semáforo.

—Me entregaré.

—¿Y qué les vas a contar?

—Que hui presa del pánico.

—No van a creerte.

—Pero no tendrán elementos para detenerme.

—¿Y si lo hacen? No puedes fiarte de De Angelis.

—Entonces tendrás que seguir tú. Hasta que encuentres algo a prueba de bomba sobre tu caso y el de los Maugeri. Hasta entonces yo mantendré la boca cerrada aunque me condenen a cadena perpetua.

—Yo solo no puedo apañármelas, CC —lloriqueó Dante—. No puedes cargarme con esta responsabilidad.

—Has entrado en un edificio en llamas para sacarme de allí. Te las apañas mejor de lo que te crees. A propósito, gracias. Y gracias por el zapato. Te debo dos.

Dante se irguió para sentarse y le habló al oído.

—CC, el Padre sabe que nos estamos acercando a él. De lo contrario no habría salido a la luz para eliminarte. No es propio de él actuar de una forma tan expuesta.

Colomba volvió a ver por un instante el rostro de Ferrari a pocos centímetros del suyo, trastornado por la furia. Sintió que los pulmones se le cerraban.

—¿Y entonces?

—Entonces tenemos poco tiempo antes de que desaparezca y borre todas sus huellas. Y con todas sus huellas me refiero también a las de Luca y los otros niños. Corro el peligro de emplear demasiado tiempo si lo hago solo.

—¿Qué alternativa nos queda?

—No entregarte. Sigue trabajando conmigo sobre este asunto.

—Me buscarían y no duraría mucho —Colomba aparcó junto a la caseta cerrada de un florista, bajo un edificio de color rosa antiguo.

Dante vio el número 1. Habían llegado.

—Podría durar lo bastante. Hay sitios donde podría esconderte. Y conozco a personas que podrían proporcionarte documentos.

Colomba respiró a fondo.

—Dante, no puedo. He hecho un montón de sandeces desde que tú y yo trabajamos juntos, pero sigo siendo una policía. Más allá de cierto límite ni puedo ni quiero ir —abrió la portezuela—. Venga, vamos.

Dante miró la fachada del edificio y negó con la cabeza.

—Perdona. No estoy en condiciones.

—¿Ahora precisamente?

—Tengo mis momentos, CC. Lo sabes. Pero puedo ayudarte desde aquí.

—¿Cómo?

Sacó el *smartphone*.

—Videoconferencia. Vía Skype.

Colomba comprendió que no servía de nada insistir y se bajó con esfuerzo.

—No te quedes en el coche. Si hay algún control, no deben encontrarte dentro.

Pero antes de bajar, borra las huellas.

Dante asintió.

—Okey.

Colomba se encaminó hacia el edificio. Pero se detuvo de golpe. Había una pregunta que no se había atrevido a formularle hasta ese momento y que ahora ya no podía seguir posponiendo.

—¿Sufrió?

Dante comprendió que se estaba refiriendo a Rovere.

—Como un perro. Por lo menos de cintura para arriba, porque debajo...

Colomba levantó una mano, arrepintiéndose de haber preguntado. Dante era incapaz de dorarle la píldora a nadie.

—Ya está bien así, gracias. Enciende esa mierda de teléfono —luego abrió el portón con las llaves del muerto.

El de Ferrari era un edificio señorial, con una portería al viejo estilo que tenía un ventanal de boínder, los buzones para el correo de madera oscura, el suelo de mármol moteado y un leve aroma a ambientador de limón. Un espacio más apropiado para el despacho de un notario que como residencia de un asesino. Porque, con antecedentes o no, Colomba no tenía la más mínima duda de que Ferrari lo era. Demasiado decidido para ser un principiante, demasiado preciso en sus movimientos, al menos hasta que Colomba reaccionó. Y además, si había sido el Padre quien lo envió donde ella estaba, seguro que no habría contratado al primero que pasaba por la calle. Pero ¿qué los unía? ¿Por qué Ferrari colaboraba con un secuestrador en serie perturbado? Volvió a pensar en las palabras de Rovere, sobre el hecho de que el Padre no trabajaba solo. Había tenido la prueba definitiva.

Reinició el móvil, que de inmediato vibró con las llamadas perdidas y los sms. La mitad de la policía estaba buscándola, y fue eso, más que otra cosa, lo que le dio una idea de la situación. Sus compañeros la estaban buscando, algo que nunca habría pensado que pudiera sucederle, incluso en los momentos de más negra desesperación. En cambio, allí estaba para llevar a cabo una infracción después de haber cometido un asesinato, por muy involuntario que fuera (aunque, ¿lo había sido *de verdad*? ¿No había empujado voluntariamente el émbolo de la jeringuilla?), dándole la espalda a su antigua vida de un modo más radical y violento que si hubiera presentado su dimisión.

Colomba sentía con gran fuerza el impulso irracional de llamar a los compañeros que estaban buscándola, su auténtica familia desde hacía más de once años, pidiendo que fueran a detenerla. Pero lo reprimió al pensar de nuevo en Rovere saltando por los aires en las escaleras, después de haberla advertido. Nadie podía ayudarla en ese momento. Vacío el registro de llamadas y puso a cero el sonido de aviso para eliminar las tentaciones, y de inmediato en la pantalla brilló el símbolo azul de Skype. Se puso los auriculares y respondió.

La cara de Dante apareció en la pantalla, coloreada con una siniestra luz azulada.

—¿Has entrado? —preguntó.

—Todavía no —susurró Colomba—. Estoy buscando la puerta —todas estaban indicadas solo con números, y ella tenía que ir examinando las cerraduras, buscando la que se correspondiera con las llaves, iluminándolas con el teléfono. Maldijo a los obsesionados de la privacidad subiendo un tramo tras otro, cada vez con más esfuerzo. Las piernas le cedían, y más de una vez tuvo que apoyarse en la pared.

—Pregúntale al portero —sugirió Dante.

—Buena broma, felicidades.

Encontró la puerta en la tercera planta. En el timbre solo había un 9, pero la cerradura se correspondía.

—Esta —dijo y giró la pantalla para mostrársela.

Dante se quedó mirando el objetivo.

—¿Qué harás si hay alguien en casa?

—Según consta, su estado civil es soltero.

—Tal vez su novia lo esté esperando en la cama.

—Un tipo como este no tiene novia. Aunque, en ese caso, le diría que Ferrari me dio las llaves para recogerle una muda de ropa —puso la llave en la cerradura—. Me preocupa más la alarma antirrobo.

—Entonces no te preocupes. Uno no la pone si tiene algo que ocultar —dijo Dante—. Corres el riesgo de encontrarte a la pasma en casa si suena cuando estás fuera.

—Correcto —dijo Colomba y giró la llave. Entró con rapidez y cerró la puerta blindada detrás de ella.

La casa oscura olía a puros y a un aroma dulzón que le resultaba familiar pero que no era capaz de reconocer. Algo orgánico, animal... La respuesta le llegó con un relámpago.

¡A perro!

En ese momento oyó un repiqueteo de uñas que provenía de la oscuridad por delante de ella y un gruñido grave y gutural. Apenas tuvo tiempo para cambiar de lugar cuando una masa oscura se lanzó contra la puerta blindada arañando. Colomba buscó a tientas el interruptor de la luz, lo pulsó y se encontró frente al cuerpo esbelto de un dóberman que la miraba fijamente gruñendo.

—¿Qué ocurre, CC? —le gritó Dante en la oreja.

Colomba no respondió, ocupada como estaba midiendo las distancias. En la Escuela Superior de Policía de Ostia ella y los demás estudiantes para comisario habían tenido un instructor de la unidad canina. El hombre, que se presentó con un vídeo donde un pastor alemán atacaba a un maniquí, les dio algunas instrucciones básicas —no mirar a los ojos al animal, no huir, no mostrar miedo—; a continuación les explicó cómo debían golpear en caso de necesidad. Pero ninguna de las simulaciones contemplaba encontrarse desarmado en un pasillo, con el problema añadido de no poder hacer ruido.

El perro agachó las orejas y ladró dos veces, luego se abalanzó sobre Colomba directo a la garganta. Ella de manera instintiva levantó el brazo izquierdo y el dóberman lo mordió: sintió los dientes traspasando la tela y agujereando la carne. No trató de liberar su brazo, sino que lo empujó más a fondo, bloqueando las mandíbulas del perro e impidiéndole así apretar con el máximo de su fuerza. Cayó de rodillas y se encontró por un instante a la altura de los ojos de la bestia, que la miraban malvados.

Ojos que parecían decirle *sé lo que has hecho* y que transformaban al perro en la encarnación de la venganza. Colomba se sintió aterrorizada, pero continuó empujando y los dientes se hundieron más aún. Un cepo le trituraba el brazo y su sangre goteaba en el suelo mezclada con saliva. Para evitar que el perro se soltara y mordiera en otro punto descubierto de su cuerpo, le cogió la cabeza con su brazo libre, tirando del animal contra ella. Trató de escaparse, pero las patas rasparon el mármol sin encontrar ningún punto de apoyo. Ella empujó de nuevo. Era como manejar un tubo de goma de alta presión, un resorte de acero cargado, pero notó que el perro estaba perdiendo un poco de empuje, medio ahogado por la carne que intentaba tragar.

Con un esfuerzo que le pareció que le iba a hacer estallar la cabeza, Colomba lo volcó sobre un lado y comenzó a golpearlo en el costado con el codo, donde imaginaba que se encontraba el corazón. El perro trató de liberarse, pero ella presionó con más fuerza y siguió golpeándolo. En el quinto, desesperado golpe, algo se rompió, y Colomba no supo si se trataba del codo o de una costilla del animal. Los ojos del dóberman se habían hecho más grandes y la furia había sido sustituida por el miedo y el sufrimiento. Colomba continuó golpeando hasta que notó que su codo se hundía sin encontrar más resistencia.

—¡Muérete, muérete! —gimió—. ¡Por favor, muérete!

El perro regurgitó y defecó, y Colomba lo mantuvo apretado hasta que las patas cesaron de temblarle; luego, se dejó caer sobre las nalgas, sujetándose el brazo herido. La bestia tenía los ojos vidriosos y una mancha de sangre se iba agrandando bajo su cuerpo, donde las costillas rotas habían perforado las vísceras.

Colomba resbaló dos veces en el pantano de sangre y mierda antes de lograr levantarse. El brazo estaba sangrando y palpitaba, en sincronía con su cabeza, y su costado le ardía desde que Ferrari le había dado una patada. Entró en el baño y utilizó una toalla para taponar la sangre. A pesar de la parka de Dante, los dientes habían llegado hasta el hueso, y Colomba lloró de dolor cuando se echó agua oxigenada sobre la herida. Medio cegada por las lágrimas, la limpió lo mejor que pudo, luego se apretó una toalla limpia en torno para detener la hemorragia. Estaba dejando sangre y huellas por todas partes, pensó tristemente. *Qué follón. Menudo follón estoy montando.*

Cuando la interrogaran, tendría dificultades para justificarse, pero en ese momento carecía de importancia. Era una eventualidad demasiado lejana, cuando solo llegar a la próxima hora le parecía una empresa titánica. Tambaleándose volvió al pasillo y recogió el teléfono en el borde de un charco de sangre, suya o del perro, no sabría decirlo, mirando el cadáver con el temor de que pudiera levantarse de nuevo y hundir el morro dentro de ella. Ahora ya no sería capaz de defenderse, ahora se dejaría devorar.

En la pantalla, por encima de la cara de preocupación de Dante, quien movía silenciosamente la boca, aparecía la lista de los mensajes y de las llamadas perdidas.

Otros diez. Borró también esos y se colocó los auriculares.

—Estaba a punto de subir —dijo Dante, aliviado.

—Había antirrobo —le informó Colomba con un hilo de voz—. De cuatro patas.

—Lo he visto. Pobre bestia.

—Joder: pobre bestia los cojones, perdona. En lugar de ejercer de defensor de los animales, échame una mano, que me cuesta pensar.

—Enciende todas las luces y déjame echar un vistazo.

Colomba hizo lo que le pedía, moviéndose por la casa mientras mantenía el móvil por delante de ella, igual que un exorcista una cruz. El piso de Ferrari medía unos doscientos metros cuadrados, con suelos de mármol y parqué; el mobiliario era clásico, de caoba y cristal. Tres dormitorios, aunque parecía que solo se utilizaba uno; un gran salón con un televisor de pantalla panorámica, con marco plateado; sofás de piel, un pequeño gimnasio convertido en trastero.

Colomba hurgó en los armarios y en los cajones, sintiendo el dolor en la cabeza y en el brazo que iba aumentando minuto a minuto. La vista se le volvió borrosa muchas veces y otras tantas tuvo que pararse para lavarse la cara con agua helada. El rostro en el espejo parecía el de un fantasma.

No encontró nada comprometedor, nada que estuviera mínimamente relacionado con niños o con violencia, excepción hecha de las fotografías de carácter militar colgadas un poco por todas partes, y una colección de viejos fusiles plomados y sables de la época de Garibaldi y de la Primera Guerra Mundial bien expuestos en la sala de estar.

—¿Qué piensas? —dijo Colomba.

—Que la casa la compró o alquiló ya amueblada. Los muebles viejos se dan de hostias con sus gustos en ropa y con el resto del mobiliario. La nevera roja, el televisor estilo *Star Trek*... Dinero, pero poco gusto. Y además... déjame ver la librería...

Colomba le llevó a la única superficie que contenía papel impreso, un anaquel delante de la cocina. Eran libros de historia, muchos sobre el fascismo.

—Ahora la cama, si no te importa.

Acostumbrada a esas alturas a las formas de Dante, Colomba volvió a obedecer. La cama de matrimonio tenía la colcha perfectamente remetida.

—¿Te has fijado? La cama hecha. ¿Cuántos hombres conoces que se la hagan tan bien? —preguntó Dante.

—Y también pocas mujeres, pero tal vez ha venido la asistenta.

—No. En el lavabo está la taza de desayuno. La cama se la ha hecho él. ¿Y sabes qué hombres son los que por la mañana se hacen instintivamente la cama de modo tan perfecto?

—Los obsesivos como tú.

—Y los que han vivido mucho tiempo en instituciones donde te castigan si no la haces correctamente.

—¿Tipo la cárcel?

—No, o internado o ejército. ¿Has visto la foto en la entrada, esa donde Ferrari se lanza en paracaídas?

—Sí. Es un vuelo civil.

—Pero incluso eso me hace decantarme por un exmilitar.

—Si hubiera estado en el ejército, aparecería en los informes. Alberti no me ha dicho nada.

—Tal vez se le olvidó.

Hurgando, Colomba encontró el teléfono móvil de Ferrari, que se metió en el bolsillo, un puñado de recibos y una carta aún cerrada procedente de la Blackmountain Found Italia, de aspecto oficial. Había un extracto de cuenta bancaria, que le enseñó a Dante.

—¿Tú entiendes algo?

—Un poco. Tu amigo era titular de un fondo de seguros de inversión de la Blackmountain, con retribución mensual.

—Que quiere decir...

—Que cada mes le entraban algo así como seis mil euros limpios. Lo que supone una discreta suma invertida en acciones. Mi padre había hecho una cosa parecida, pero yo me comí casi inmediatamente el capital.

—¿Así que Ferrari vivía de las rentas?

—Eso parece. ¿Has encontrado fotos suyas aparte de esa de la entrada?

—Un par en la cocina. Él con el perro.

—¿Nada viejo? ¿Nada que se relacione con su pasado?

Colomba se sentó en la cama de matrimonio estropeando el impecable pliegue. Su suavidad la llamó como el canto de las sirenas y durante unos segundos se durmió con los ojos abiertos.

La voz de Dante la sacudió.

—Colomba, ¿aún sigues ahí?

—Sí, perdona... ¿qué me decías?

—Que si realmente sentía nostalgia por su pasado militar debía de tener algo que se lo recordara.

—Tal vez no estaba en el ejército, sino que era solo un fanático que nunca ha prestado un día de servicio militar. Como esos maníacos de la supervivencia.

—Esos de la supervivencia se mantienen en forma. El gimnasio se encuentra en estado de abandono.

—O bien no tenía aquí sus recuerdos más valiosos.

—¿Puedes volver a mirar en los cajones?

—Dante, dentro de poco vendrán a buscarme. He cogido su móvil, tal vez nos sirva para algo, pero no quiero que me encuentren aquí.

—Una vez más, por favor.

Colomba se levantó con dificultad, mientras una voz dentro de ella le gritaba que

se detuviera y que se echara en esa cama tan acogedora. Una voz a la que no le importaba un carajo que fuera la cama de un muerto. Comenzó otra vez el examen, comprobando el fondo de los cajones y debajo de los armarios, dándole la vuelta a los cuadros.

—Nada. Y ahora tengo que marcharme de aquí, de verdad. Estoy en las últimas, y no me refiero solo al tiempo.

—Okey —dijo Dante decepcionado.

Colomba entró en la habitación para coger facturas y recibos, pero cuando estaba a punto de salir Dante pegó un grito.

—Date la vuelta... qué idiota soy...

—¿Qué has visto? —preguntó Colomba, que estaba perdiendo de nuevo la voz.

—La fotografía de la pared, la que tiene el marco de plata...

—¿Qué?

—Es una vieja foto que parece recortada de una revista militar, no tiene una calidad de impresión como las demás. Pero la tenía colocada delante de la cama, donde podía verla todo el tiempo.

—Tal vez la fotografía tenga un significado para él...

—Tal vez, pero compruébalo.

—Ya lo he hecho.

—Es lo último que te pido.

Colomba volvió tras sus pasos y agarró el marco. Le había dado la vuelta antes, y había visto que estaba sellado. Mirándolo al trasluz había visto que solo contenía una fotografía de un tanque de la Segunda Guerra Mundial. A pesar de su estado de extremo agotamiento, Colomba estuvo de acuerdo con Dante: aquel trozo de revista, y además mal recortado, desentonaba con todo lo demás. La voz que quería enviarla a dormir volvió a gritar, Colomba le dijo: *Pronto*, luego descolgó el cuadro y lo miró de nuevo al trasluz.

—No hay nada más —confirmó, pero mientras lo decía se dio cuenta de que se equivocaba: el centro de la fotografía era opaco porque algo obstruía el paso de la luz. Descubrió que en la parte posterior de la revista había sido pegado un fino cartoncito, y que entre el cartoncito y la fotografía había un delgado cuadrado de unos diez centímetros de lado. *Estás perdiendo facultades, guapita mía*, le dijo la voz que quería enviarla a dormir. *Ya te he dicho que tienes que descansar*.

Colomba envolvió el marco en una esquina de la colcha y lo estrelló contra el borde de la mesita. El cristal se hizo añicos, ella extrajo la impresión y rascó el soporte para sacarlo: una vieja polaroid cayó sobre la alfombra.

Colomba la recogió. Reproducía a cinco hombres vestidos con el traje mimetizado del ejército, tres sentados en la plataforma de un camión sin capota, otros dos, de pie. Uno de los que estaban sentados era sin duda Ferrari, treinta años más joven, y junto a él había un tipo que se parecía mucho al retrato robot del Padre dibujado por Dante. Todos llevaban las botas colgando del cuello por los cordones,

como si se tratara para ellos de una broma secreta, y hacían la señal de victoria.

—Tenías razón, Dante —susurró Colomba—. No te vas a creer lo que estoy...

Se interrumpió y se quedó sin aliento. Había reconocido a uno de los hombres que aparecían de pie. Reconoció su sonrisa, aunque mucho más joven, su mirada. Un torbellino se abrió paso en su mente.

—¿Qué has encontrado? —dijo Dante, quien apoyado en la caseta del florista estaba observando la pantalla de su iPhone, tratando de descifrar las sombras.

Colomba no respondió, y Dante se dio cuenta de que caminaba sosteniendo el móvil enfocado hacia sus pies. Vio franjas del suelo, alternancia de luz y oscuridad mientras ella bajaba las escaleras murmurando plegarias y maldiciones. La vio salir por el portón, tambaleante y con la mirada poseída, y salió corriendo a su encuentro, estremeciéndose ante el brazo maltrecho del que goteaba sangre. Colomba rehuía sus ojos, jadeaba.

—CC... ¿qué ocurre? ¿Qué has visto? —le preguntó preocupado.

Colomba, sin decir ni una palabra, le entregó la foto y se sentó en el bordillo de la acera, como olvidada de dónde se encontraba. Dante la recogió y vio el rostro del hombre al que llamaba Padre. Por unos instantes fue incapaz de despegar los ojos de los suyos, que parecían mirarlo perforando la capa de acetato. Aparte del traje mimetizado, era idéntico al hombre que había visto esa noche de 1989 caminando hacia él con un cuchillo en la mano. Por un momento Dante volvió hacia atrás, y fue de nuevo un niño crecido en un ambiente inapropiado para la vida humana; luego la mano de Colomba cogió débilmente la suya y se recuperó.

—No es él —murmuró—. No es él —y cerró los ojos.

Dante pasó revista a las otras caras. Reconoció a Ferrari, casi un niño, pero los otros eran rostros desconocidos... ¿O no?

Se dio cuenta de que el hombre de pie junto a Ferrari tenía algo familiar y tal vez era a ese a quien Colomba se refería. Lo imaginó envejecido, sin pelo en las sienes, más gordo, y cuando le puso una barba entrecana alrededor del mentón sintió un escalofrío, mientras que algunas piezas que faltaban encajaban por fin en su lugar. El hombre que sonreía al objetivo con aire indolente era Emilio Bellomo, el asesino que había hecho saltar por los aires el restaurante de París.

Una niña de tres o cuatro años que llevaba solo unas braguitas la miraba mientras chupaba un enorme caramelo en espiral.

—¿Estás despierta? —dijo.

—¿Qué has dicho? —preguntó Colomba, aturdida.

La niña no respondió y salió corriendo y gritando:

—¡Mamá! ¡La policía está despierta!

¿La policía?, pensó Colomba, sin ser capaz aún de concentrarse bien. Estaba en una cama desconocida en una habitación desconocida que olía a fritanga; del otro lado de las paredes le llegaban gritos en español e italiano y el sonido altísimo de un videojuego de disparos.

Colomba se sentía descansada, pero débil. El dolor de cabeza se le había pasado, pero el mordisco del brazo izquierdo todavía le dolía, aunque mucho menos que antes. La herida estaba protegida por una gasa limpia, fijada con cinta adhesiva, y le picaba un poco, mientras que en el codo derecho tenía un moratón que se extendía por el antebrazo. Al moverse, sintió una punzada donde Ferrari la había pateado, pero parecía que no había nada roto. Recordó vagamente que se había desplomado en la acera, y aún más vagamente que se había agitado en un sueño febril, despertándose durante breves momentos en la oscuridad y la luz, mientras que alguien le daba de beber y le hacía orinar en un recipiente de plástico. Una mujer de piel oscura, aunque la imagen era borrosa como la de un viejo sueño.

Trató de levantarse, pero en cuanto bajó las piernas de la cama se vio asaltada por vértigos, así que se quedó sentada mirando a su alrededor. La habitación era pequeña y estaba repleta de cajas de ropa, todavía cubiertas por el celofán, mal iluminada por una ventana con la persiana rota y que daba al cielo del ocaso. En la pared que quedaba frente a ella había un enorme crucifijo y un busto en plástico de la Virgen, cubierto con flores falsas. A pesar de que aún estaba aturdida, Colomba tuvo la certeza de que nunca antes había visto ese lugar.

Desde la puerta por la que había salido la niña entró una mujer, que Colomba juzgó que tendría unos cuarenta años, con espesa melena rizada y unos enormes pendientes que tintineaban a cada paso. También ella era hispana y vestía una camiseta que dejaba el ombligo al descubierto y unos tejanos muy ajustados. Se sentó junto a ella y la cogió de la mano.

—¿Dónde vas? —le dijo—. ¡No puedes levantarte!

De cerca Colomba se dio cuenta de que le había echado, por lo menos, quince

años de más: el maquillaje pesado y la cara marcada la habían engañado. Se soltó la mano.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—En mi casa. Me llamo Ayelén.

—¿Has sido tú la que me ha curado? —Colomba señaló el camisón a corazoncitos que llevaba—. ¿Y la que me ha dado esto?

—Mi madre y yo. Y mis hermanas. Has dormido mucho.

—¿Cuánto?

—Tres días.

Colomba cerró los ojos.

—Coño —murmuró. Sus compañeros ya debían de haberla dado por desaparecida—. ¿Dónde están mis cosas?

Intimidada por el tono brusco de Colomba, Ayelén perdió la sonrisa y se echó hacia atrás.

—*No sé* —dijo.

—¿Sabes por lo menos dónde está Dante? Fue él quien me trajo hasta aquí.

—¿*El gringo loco*?

—El mismo.

—Está con mi hermano. *En la azotea*.

—Perdona, no te he entendido.

—En la azotea.

Colomba comprendió.

—¿Tu hermano se llama Santiago, por casualidad? —le dijo huraña.

—Sí, señora.

Empujada por la furia, Colomba se levantó ignorando sus protestas y salió rápidamente de la habitación. Se encontró en un pasillo con un gran póster del Che; a continuación, en una pequeña sala de estar, vio a Jorge Pérez que estaba jugando con una PlayStation 4 conectada a un televisor que a Colomba le pareció haber visto ya en otra parte. Un par de niños en pantalones cortos y camiseta de tirantes lo presenciaban admirados y ejercían como hinchas.

Jorge sonrió mofándose cuando ella entró:

—Mira, ya está aquí, la *puta*.

Los niños se rieron y repitieron:

—*Putá, putá*.

—Te vas a enterar tú de quién es esta *puta* —rugió Colomba aferrando a Pérez por la garganta con su mano sana—. Y deja ya de hablar en español, que naciste en Rebibbia.

—¿Qué coño quieres?

—Santiago. Y mis botas.

Cinco minutos más tarde, Colomba salió a la azotea con las botas puestas y una manta drapada sobre los hombros. Dante, que estaba sentado en el sofá roto

hablando con Santiago, corrió alegre a su encuentro.

—¡CC! ¿Cómo estás? —gritó. Llevaba su parka, con una vistosa laceración en el brazo izquierdo y manchas claras donde la sangre de Colomba había sido lavada.

Ella lo rechazó.

—¡Vete a la mierda! ¿Qué coño hago yo aquí?

Dante parecía incómodo.

—Déjame que te lo explique.

—No hay una mierda que explicar. Solo tenías que llamar a una ambulancia y hacer que vinieran a recogerme. ¡O llamar a Carmine a la comisaría! ¡No esconderme en esta pocilga!

—Te habrían detenido.

—¡Fue en defensa propia!

—¡Díselo, Dante! —gritó Santiago desde atrás—. *Si no, va a estar tocando las bolas todo el día.*

—A patadas, te voy a romper yo las *bolas* —gritó, a su vez, Colomba, contenta de haber recuperado la voz. Santiago le mostró el dedo medio.

—CC..., las cosas han empeorado... —dijo Dante.

—¡Seguro que han empeorado! ¡Me marché de la escena del crimen y desaparecí! Búscame un teléfono o a alguien que me lleve a la comisaría.

—No es por Ferrari —interrumpió Dante—. O no solo.

Colomba sintió un escalofrío y se arrebujó en la manta.

—Y, entonces, ¿por qué es?

Dante suspiró.

—Siéntate, CC.

—¿Qué coño tienes que decirme?

—Por favor. Siéntate. De lo contrario no voy a proseguir.

Colomba pensó en agarrarlo también a él por el cuello, pero la expresión sinceramente preocupada de Dante la disuadió: algo iba mal de verdad. Se colocó en una silla de piel de imitación junto al equipo informático.

—¿Y?

—Te buscan por el asesinato de Rovere.

El corazón de Colomba le dio un vuelco.

—¿Qué? —dijo en un susurro.

—Registrando tu casa han encontrado restos de C-4.

Otro vuelco del corazón, más fuerte. Colomba tuvo que tragar dos veces antes de conseguir hablar.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Roberto.

—¿Minutillo? ¿Tu abogado?

—Sí. Cuando perdiste el conocimiento yo no sabía qué hacer y le llamé. Me explicó lo que se decía en la Fiscalía. Por suerte, tiene amigos allí.

Colomba no conseguía pensar con lucidez.

—No pueden realmente creer en algo semejante... —balbució, y era la primera vez que balbucía en su vida.

—Qué ganas tiene De Angelis de meterte en la cárcel y de tirar la llave, conmigo en la celda de al lado. Eso sin tener en cuenta que puede haber sido él, o Santini, quien ha dejado allí las pruebas.

Colomba se dejó caer contra el respaldo.

—¿Y esta... —indicó la azotea a su alrededor—, esta fue tu solución?

—No tenía nada mejor. Y, ya puestos, hice desaparecer todas tus huellas. El coche de Ferrari acabó en una prensa del desguace y ahora es así de grande —hizo un gesto con las manos—. Y los chicos de Santiago limpiaron el piso con lejía.

—¿Por eso su televisor está aquí?

Dante hizo una mueca incómoda.

—Ya sabía yo que no se te escaparía. Pero podíamos habernos ahorrado el esfuerzo. No se sabe cómo, el piso se incendió dos horas más tarde. Alguien estaba más preocupado que nosotros.

—El Padre.

—Ya. Te lo dije, siente que el tiempo se le está acabando. Y tengo miedo de lo que pueda hacer todavía.

La mente de Colomba continuaba fluyendo. Estaba fuera de su ambiente, fuera de su mundo. No entendía.

—¿Por qué Santiago ha aceptado ayudarte? —preguntó.

—Porque confía en tenerme como deudor y por el dinero —Dante hizo una mueca—. He quemado todas mis reservas. Si salimos vivos de esta historia, voy a tener que encontrar una manera de hacer dinero deprisa.

—¿Te acusan a ti también? —quiso saber Colomba.

Dante sacó una página de periódico de su bolsillo con la mano mala. No llevaba el guante, señal de que se sentía más cómodo que Colomba. Era la primera página de *La Repubblica*, y abajo, en la esquina derecha, había una vieja fotografía de Colomba y otra más reciente de Dante. El titular decía: SIGUE HUIDA LA PAREJA DE LOS MISTERIOS - *De la masacre de París a la sospechosa muerte en un hospital de Roma: ¿qué une a la expolicía con el niño del silo?*

—Lo han sacado todo. París, la masacre... Tu papel. Y mi vida, con un montón de chismes. De mí dicen que estoy loco, de ti que probablemente te lo has vuelto. Y que sentías rencor hacia Rovere por haberte apartado del servicio después de París.

—No me apartó del servicio. Fui yo...

—Lo sé. Pero ellos, no. De manera que si vas y explicas lo que sabes, parecerá otra locura. Roberto dice que me buscan en calidad de «persona informada de los hechos», pero que si me presento, será difícil que me dejen ir, por lo que me mantengo alejado y te hago compañía —Dante atrajo hacia sí un taburete y se sentó.

—Qué dirá mi madre... —murmuró Colomba.

—Ha hecho un llamamiento en el telediario para que te entregues. Parecía, cómo lo diría... un poco melodramática.

Colomba cerró los ojos. Era peor que cualquier cosa que pudiera imaginarse. Sintió que se hundía en la butaca y evitó moverse por miedo a precipitarse, piso tras piso, hasta el centro de la Tierra, en medio de los condenados. Y el condenado que más se reía tenía la cara de Bellomo.

Abrió los ojos por completo.

—¡La foto! ¿Dónde está?

Dante se la sacó del bolsillo de la parka y se la pasó.

Colomba la agitó en el aire.

—¡Bellomo y Ferrari están conectados! Tendrán que investigar sobre esto.

—¿Y qué iban a descubrir, en caso de que descubrieran algo? La vida de Bellomo ya ha sido analizada de arriba abajo sin encontrar nada que lo una al Padre, y con Ferrari no será distinto. Para tus compañeros, el Padre no existe. Y probablemente dirán que el de la foto no es Bellomo, sino alguien que se le parece. Si tú no supieras lo que sabes, ¿te lo creerías?

La boca de Colomba adoptó una amarga curvatura.

—Más fácil es pensar que somos los nuevos Bonnie and Clyde.

—Bonnie and Clyde no ponían bombas, y su fama resulta exagerada en comparación con lo que hicieron —Dante se encendió un cigarrillo usando la mano mala, casi como un truco de prestidigitación—. De todos modos, por lo menos ahora sabemos por qué Rovere nos metió en medio de esta historia. Comenzó a investigar sobre el Padre justo después de la muerte de su esposa y la masacre de París. No lo habría hecho si no hubiera sabido que existía una conexión.

—Su sentido del deber le habría empujado a ocuparse del asunto igualmente si estaba en posesión de información útil.

—¿Él solo? ¿En secreto? —Dante movió de nuevo la cabeza—. El sentido del deber no es suficiente para justificar su comportamiento, pero el sentimiento de culpa, sí.

—Es una buena hipótesis, pero no puedes estar seguro de ello —dijo Colomba.

—Te equivocas —Dante hizo su mueca y Colomba se dio cuenta de lo mucho que lo había echado de menos—, porque nuestro Santiago ha conseguido abrir la llave USB de Rovere.

*Ilustrísimo Honorable ministro del Interior,
distinguido señor superintendente,
distinguido señor prefecto:*

Me disculpo ante todo por la irregularidad en esta misiva mía, escrita en estos días de profunda reflexión y tormento personal, pero he entrado en posesión de informaciones tales como para requerir medidas extraordinarias que salvaguarden el orden público y la protección de los ciudadanos, medidas que solo las más altas autoridades de nuestro país pueden acometer. Les escribo a sabiendas de que mi comportamiento en los últimos meses es susceptible de ser sancionado, pero vino dictado por las circunstancias fuera de lo común en las que me he encontrado. Intentaré en la presente ser lo más sintético y claro posible, aunque los hechos que voy a exponer presenten, a mi pesar, numerosas deficiencias y lagunas.

El asunto para el que les reclamo su interés fue objeto de mi atención a finales del año pasado, durante las pesquisas para capturar al fugitivo EMILIO BELLOMO, tristemente conocido en nuestra oficina primero por el asesinato de su compañera, ROSSELLA CALABRO, luego por una serie de actos criminales de los cuales se adjuntan informes anexos. Durante el curso de las pesquisas mi oficina entró en contacto con un amigo y compañero de fechorías de Bellomo, de nombre FABRIZIO PINNA, condenado ya por apropiación indebida, robo con violencia y hurto, en esa época enfermo en fase terminal de cáncer de pulmón. Pinna, interrogado por el señor magistrado y por mi oficina, negó tener informaciones útiles para la investigación, pero más tarde se puso en contacto conmigo, en privado, desde el centro donde recibía la quimioterapia y donde yo acompañaba a mi esposa para recibir el mismo tratamiento. Tal vez sintiéndose identificado conmigo debido a las circunstancias, Pinna, pidiendo disculpas por la intromisión, me explicó que quería sacarse un peso de encima antes de que la enfermedad terminara su curso desdichado y seguro, siempre y cuando fuera yo quien se hiciera cargo de ese peso y que no dijera ni una palabra a nadie. Afirmó, y no tengo motivos para dudar de ello, que me había elegido para hacer su confesión porque estaba convencido de que se encontraba delante de un «policía honesto» y que podía entender el estado de salud en el que se hallaba.

Las cosas fueron sobre ruedas tras prometerle mi discreción, promesa que, lo subrayo, no tenía intención de cumplir, y después de obtener la autorización del señor magistrado, procedí sin dilación a reunirme con Pinna, que poco a poco se fue

abriendo para hablarme de su relación con Bellomo, que comenzó, según sus palabras, en diciembre del año 1989.

En esa época, Pinna cumplía el servicio militar en una unidad denominada de «castigo» por haber golpeado gravemente a su superior durante el servicio militar obligatorio. Eso le supuso dos años de cárcel militar, tras lo cual fue transferido a un cuartel armería cerca de la central nuclear de Caorso.

En el corazón de una noche de diciembre —de la fecha exacta no estaba seguro—, Pinna y otros cinco de sus compañeros, también destinados al batallón de castigo, fueron despertados y llevados sin previo aviso en un camión de carga que los transportó al campo, en la frontera con la provincia de Cremona. A Pinna y los demás, entre ellos uno apodado por Pinna «Pies Podridos», se les acababa de asignar la tarea de vaciar completamente un almacén militar que surgía «en medio de la nada», según palabras de Pinna, y que contenía, aparte del mobiliario por supuesto militar, cajas de ropa y material médico, así como libros y suministros. Debían quemarlo todo en el terreno adyacente y, en caso de que no fuera combustible, reducirlo a la mínima expresión y enterrarlo. No se les dio ninguna explicación, pero Pinna se dio cuenta de que todas las operaciones eran vigiladas y coordinadas por soldados procedentes de otra unidad, que llevaban uniformes de camuflaje sin distintivos, aparentemente expertos en lo que ocurría. Entre los miembros de esta unidad carente de distintivos estaba Emilio Bellomo, conocido por Pinna durante su infancia en la provincia de Latina. Bellomo y Pinna intercambiaron unas pocas palabras, de las que Pinna dedujo que Bellomo estaba acostumbrado a semejantes cometidos. La conversación fue breve porque Bellomo le informó a Pinna de que temía a su superior, apodado «el Alemán», según su opinión una persona peligrosa y violenta. Este Alemán estaba presente en las operaciones y según Pinna no le gustaban las charlas. Pinna describió al Alemán como un hombre de mediana estatura y complexión vigorosa, con un cuello taurino, pelo rubio y ojos de un particular azul claro.

Según el relato de Pinna, Bellomo y él se perdieron de vista durante el resto del servicio militar y volvieron a verse al año siguiente, terminado el servicio, en su pueblo de origen, donde Bellomo llevaba una vida acomodada, bordeando el lujo. Ante Pinna se mostró más de una vez generoso y amigable, pero reticente a hablar sobre el periodo del servicio militar. Pinna me dijo que tuvo la sensación de que Bellomo estaba preocupado o se sentía incómodo por algo sucedido en esa época.

La única indiscreción que Pinna fue capaz de arrancarle a Bellomo era que el motivo de dicha turbación se refería a «un chiquillo», por lo que de entrada Pinna sospechó que Bellomo tenía un pasado de pederasta, pese a que su conducta sexual en esa época fuera normal y mantuviera una relación sentimental con Calabro, quien acabaría siendo su primera víctima. Declarado en busca y captura tras el asesinato de Calabro y sin medios de subsistencia, Bellomo se asoció a continuación con Pinna, dando lugar en esa ocasión a una organización dedicada al robo y a los

atracos, que se disolvió tras la detención y posterior encarcelación de Pinna en 1999. Durante ese periodo, Pinna dijo que había cortado cualquier contacto con Bellomo. Solo sabía que perduraba su condición de forajido y que, según algunos conocidos comunes, tal vez se encontrara en el extranjero.

Pinna, ya enfermo, fue excarcelado en 2010, había encontrado empleo como peón en una empresa de construcción y, según dijo, había dejado de frecuentar el ambiente criminal. Grande fue su sorpresa cuando, a principios de 2013, recibió una noche la visita de Bellomo en su domicilio. Bellomo, herido durante un tiroteo en las inmediaciones de Latina, en un control de carretera, buscaba refugio sintiéndose, con razón, acorralado. A Pinna, en esa ocasión, le manifestó su propósito de cruzar a pie la frontera francesa para buscar refugio en casa de su amante, una tal Caroline Wong, de origen franco-chino, empleada en un restaurante de moda en París como guardarropa. Por otra parte, Bellomo reveló, según las palabras referidas por Pinna, que había cometido un grave error al aceptar por desesperación un «trabajo» que le había ofrecido su antiguo superior, el ya mencionado Alemán. Durante los días transcurridos hasta la completa curación de su herida, atendido por Pinna, Bellomo fue añadiendo detalles poco a poco. Que el trabajo que seguía sin especificar se llevó a cabo en la ciudad de Fano, en Las Marcas, y que Bellomo lo aceptó a cambio de una suma de dinero suficiente para empezar una nueva vida. Añadió también que lo que había hecho pesaba gravemente sobre su conciencia, porque, una vez más, había un chiquillo, palabras textuales, «de por medio». Después de permanecer en el domicilio de Pinna durante una semana, y una vez curada la herida, Bellomo se marchó hacia Francia, explicándole a Pinna cómo ponerse en contacto con él en caso de que fuera necesario. Al no haber traicionado nunca su confianza, ni siquiera durante su encarcelamiento, Bellomo consideraba a Pinna una persona segura y de fiar.

Tengo la obligación de decirles que la declaración de Pinna, que he referido de un modo sintético y en orden cronológico, en realidad tuvo lugar en varias ocasiones, ora en mi casa, ora en la de Pinna, ora en el hospital, de una forma a menudo confusa e interrumpida por estallidos de llanto o afasia total. Y, durante uno de los momentos de mayor turbación, Pinna me reveló que el motivo de su colaboración y de su elección de hablar solo conmigo venía dictado por el hecho de que no se fiaba del poder judicial ni de mis compañeros. Con el paso de los años, de hecho, se había convencido de que la misión que le fue encargada a él en diciembre de 1989, como apoyo al destacamento al que pertenecía Bellomo, era en realidad una actividad de encubrimiento de un grave accidente nuclear acaecido en la zona de Caorso que las autoridades habían ocultado a la opinión pública.

Pinna suponía que las personas contaminadas habían sido tratadas en secreto en el cobertizo desmantelado por él, y que el chiquillo mencionado por Bellomo en ocasión de su primer encuentro no era una víctima de los perturbados caprichos de Bellomo, como en principio había creído, sino que había muerto a causa de la

radiación. Como prueba de la veracidad de sus palabras me proporcionó un silbato de hojalata abandonado por Bellomo antes de su fuga a París. Pinna pensaba que había pertenecido a ese chiquillo y que luego fue celosamente conservado por Bellomo como una especie de doloroso recordatorio. Pinna añadió que estaba seguro de que su propia enfermedad se debía a dichas radiaciones, como consecuencia del encargo llevado a cabo esa noche de 1989 sin ninguna protección.

Como pueden adivinar fácilmente por mi relato, la historia de Pinna parecía ni más ni menos que el delirio de un demente. A pesar de ello, mientras estaba a la espera de recibir las pistas necesarias para capturar a Bellomo, me sentí obligado a hacer algunas indagaciones. Descubrí, como ya suponía, que ningún incidente relevante había ocurrido en la central nuclear de Caorso y que solo en 1985 se había producido una fuga de partículas ligeramente radiactivas que habían contaminado a algunos trabajadores sin consecuencias para ninguno de ellos. Si hubiera habido otros incidentes en los años siguientes, seguro que se habrían presentado ante la opinión pública, ya que las actividades de control de los sedicentes antinucleares eran muy intensas en aquella época, como evidencia el hecho de que el mencionado incidente había tenido un eco considerable en los periódicos y que fue incluso objeto de una interpelación parlamentaria.

Por lo que concierne al servicio militar de Bellomo, los datos en mi poder tampoco coincidían con la relación de Pinna. Tras pedir aclaraciones al Ministerio de Defensa, recibí una breve nota en la que se decía que Bellomo había sido declarado inútil. Por este motivo, y ante el temor de que el relato de Pinna fuera considerado completamente inverosímil, informé de manera culposa al señor magistrado solo de la última parte de mi conversación, la referente a la nueva ubicación de Bellomo en París, considerándola razonablemente fundada, y puse en marcha, de forma coordinada con las autoridades francesas, la operación que tendría que culminar con su detención. Dada la trascendencia del caso confié esta tarea a mi colaboradora más competente, la subcomisaria doctora Caselli, entre otras cosas, también para proteger mi oficina en caso de que la historia de Pinna sobre Bellomo se descubriera como pura fantasía.

Pero dos graves hechos derrumbaron mis certezas acerca de hasta qué punto había fantasía y realidad en lo que me fuera referido por Pinna. El primero fue el terrible resultado de la operación para capturar a Bellomo, una masacre que no hay necesidad de recordar. El segundo fue la muerte de Pinna, que se quitó la vida ahorcándose en su morada, el mismo día del infausto resultado de nuestra operación.

En aquellos días terribles, todavía más nefastos por la desaparición de mi esposa, mientras me ocupaba con gran tristeza de los deberes de mi comisaría, una duda, no obstante, iba abriéndose camino en mi mente y, por mucho que tratara de expulsarla, volvía a torturarme con mayor insistencia. Me preguntaba si, descartando la hipótesis fantasmagórica de la contaminación nuclear, la unidad sin distintivos de Bellomo había existido en verdad. El relato de Pinna sobre su

encuentro con Bellomo había sido vívido y rico en detalles que, a diferencia de los otros, parecían completamente racionales y trabados. Y, si eso era cierto, significaba que el Ministerio escondía la verdad por razón de Estado, esa razón de Estado que, es triste pero necesario decirlo, todavía encubre parte de las actividades de los aparatos responsables de la lucha contra el terrorismo. Me preguntaba si la responsabilidad de lo que había sucedido era mía, porque había, como suele decirse, destapado la caja de Pandora de un secreto militar bien guardado a lo largo de los años, tal vez sobre operaciones de inteligencia relacionadas con los últimos residuos de las actividades subversivas de los años setenta y que se habían desarrollado en las inmediaciones de la central nuclear.

El trabajo nocturno en el almacén en el que habían participado Pinna y Bellomo podría relacionarse perfectamente con el desmantelamiento de una central de seguimiento y escuchas, mantenida en un oportuno secreto, aunque nada podría justificar la repetida mención a un chiquillo que hubiera sido víctima de tal actividad, excepto por la ocultación de algún accidente ocurrido durante el servicio de la unidad, que se habría mantenido inmediatamente en secreto incluso ante sus propios superiores.

De haber sido así, por harto improbable que fuera, podría significar que la bomba que explotó en el restaurante de París y la muerte de Pinna no eran acontecimientos aislados, fruto de locuras individuales, sino acciones de tapadera efectuadas por lo que quedaba de la unidad sin distintivos para impedir que se descubriera la verdad sobre todo lo sucedido hasta entonces. Lo sé, estas líneas pueden dar la impresión de que yo también fui víctima de la misma demencia de Pinna, pero sentía gravitar sobre mí la responsabilidad de esas muertes y necesitaba, para la tranquilidad de mi conciencia, descubrir cuánto había de verdad en sus palabras.

En las semanas siguientes, por tanto, me consagré a una frenética actividad de búsqueda de verificación de aquellas palabras de Pinna que en un primer momento dejé desatendidas, empezando por los hechos más cercanos, es decir, el «trabajo» que, según Pinna, Bellomo había realizado a principios de 2013, en el que hubo otro chiquillo como víctima.

Me llamó la atención la triste historia de la catástrofe ocurrida durante un viaje al santuario del Beato Rizzerio en la localidad de Coda di Muccia, provincia de Macerata. En enero de 2013, con motivo de la festividad de la Epifanía, un monovolumen que volvía de dicho santuario se precipitó por un barranco, al perder el conductor el control del vehículo debido a una avería causada, se suponía, por el deterioro y la falta de mantenimiento. A bordo del monovolumen iban cuatro adultos, dos de ellos sacerdotes, un conductor y una maestra de escuela primaria, así como dos niños de seis y ocho años, procedentes de la parroquia de Sant'Ilario, en Fano, quienes murieron en el acto. El impacto fue tan terrible, agravado por el extrañísimo incendio del motor, que la recuperación y la reconstrucción de los cuerpos resultaron

arduas. Lo que me chocó fue la sorprendente coincidencia de lugar y de fecha con, según lo declarado por Pinna, el «trabajo» realizado por Bellomo, que había provocado en él la crisis de conciencia que les he referido con anterioridad. ¿Y si se trataba del sabotaje del vehículo para llevar a cabo otra masacre sin sentido? Pero ¿por qué? ¿También esto debía ser considerado desde la perspectiva de una tapadera para las actividades pasadas? ¿Alguien a bordo tenía que ser silenciado para siempre? Era una locura, me doy cuenta de ello y me lo repito, incluso solo pensarlo, pero la idea nunca abandonaba mi mente.

Utilizando mi tiempo libre y días de vacaciones que había acumulado en gran cantidad, me fui hasta el sitio del accidente y me presenté ante las fuerzas de la policía local para informarme sobre las pesquisas realizadas. Descubrí que durante las indagaciones no se había descubierto nada que hiciera pensar en un sabotaje del vehículo —sabotaje que alguien como Bellomo, experto mecánico, podría haber llevado a cabo—, pero que todos los investigadores consideraban casi imposible la coincidencia que había provocado la muerte de todos los pasajeros. El monovolumen, de hecho, había perdido el control justo en el punto más peligroso de la carretera, donde se abría el precipicio más inaccesible y donde la corriente impetuosa de las aguas de un río en avenida había dispersado y deteriorado aún más los pobres restos. No satisfecho con lo descubierto sino, de hecho, aún más atormentado por el pensamiento de que la «coincidencia» podría ser, por el contrario, una estrategia bien definida, me fui a ver a los familiares de los difuntos en busca de alguna conexión entre ellos y la fantasmagórica unidad sin distintivos. Les omito el relato de la inmensa pena que sentí por esas familias privadas de sus seres queridos. Su irreparable sentimiento de pérdida y de culpa reforzó aún más mi deseo de descubrir si había allí una verdad oculta.

El único detalle extraño, si así puede llamársele, obtenido durante esta investigación personal, me fue referido por la familia de uno de los niños, que declaró haber encontrado en el umbral de la casa los zapatos del hijo, un detalle que quedó sin explicación. Pocos meses después, este detalle resultaría fundamental para hacerme comprender que mis sospechas quizá tenían algún fundamento, pero al abandonar la ciudad de Fano solo me quedaron dudas, coincidencias... y una inquietud que no lograba aquietar. Mientras las investigaciones atribuían la responsabilidad de la masacre de París a una locura de Bellomo, seguí buscando algo que refutara o ratificara mi hipótesis. Empecé así a profundizar en el pasado de Bellomo y de Pinna, buscando pruebas sobre esa noche de diciembre del 89, fuera lo que fuera que hubiera sucedido. E indagando sobre lo ocurrido entonces, entré en contacto con la historia bien conocida, aunque alejada en el tiempo, del llamado «niño del silo». Fue entonces cuando

Así terminaba el archivo de Rovere, con un brusco espacio en blanco. Pero lo que

Colomba había leído fue suficiente para hacerle reencontrar al Rovere que conocía, el jefe que siempre la había ayudado y apoyado, el hombre íntegro incapaz de darle la espalda. Había mantenido el secreto para defender las instituciones en las que creía, y alguien, por eso, había puesto fin a su vida.

Dante sonrió cuando Colomba levantó la vista de las hojas, aunque parecía mucho menos alegre que de costumbre. El sol ahora ya se había puesto y la azotea estaba iluminada solo por algunas lámparas de energía solar de Ikea y por las brasas de los cigarrillos de Dante y Santiago, este último delante del ordenador, con Jorge y el tatuado charlando en voz baja y pulsando el teclado.

—Quien muere por la patria ha vivido bastante —dijo Dante, como intuyendo los pensamientos de Colomba.

—Cállate —zanjó.

—Tómame el tiempo que quieras para asimilar la información. Yo he dedicado tres días y no han sido suficientes. Lástima que tu jefe no nos dijera todo de inmediato —añadió luego con sarcasmo—. Tal vez estaríamos ya bastante adelantados.

—Él no quería... —comenzó Colomba, pero se detuvo al instante.

—Sí, lo sé —prosiguió Dante, irritado—. Pensó que se había topado con uno de los diez mil secretos italianos y tuvo miedo al escándalo. Lástima que el niño del que hablaba Bellomo fuera yo. O ese al que vi matar.

—No puedes estar seguro.

—Claro que lo estoy. Mira las fechas. Diciembre de 1989. Cuando me escapé. Y el grupito del Padre borró todas las huellas. Pero Rovere tenía miedo al escándalo. Al fango sobre las instituciones —Dante se puso de pie y se apoyó de espaldas en la barandilla de la azotea, una sombra negra contra la luz blanca de la ciudad que se reflejaba en el cielo—. Pero estaba equivocado. Han pasado veinticinco años. A quién quieres que le importen un par de niños que acabaron metiéndose en alguna maniobra militar. Lo habrían tapado todo.

—A mí me importa. Y también a un montón de gente que cumple con su deber sin hacer ostentaciones —dijo Colomba con aspereza. Lo que había leído se agitaba dentro de ella con rabia—. ¿O piensas que todos somos corruptos o conspiradores?

—No, solo que os veis superados por una organización mejor que la vuestra.

—¿Cuál? —preguntó Colomba.

—No lo sé. Pero alguien en el ejército evidentemente está involucrado. La fotografía, el relato de Pinna... Y luego Bodini, el hombre al que acusaron de ser el Padre y que se suicidó. Él también procedía del ejército.

—¿Realmente crees que tenemos en contra al ejército? —dijo Colomba, abrumada.

—Hoy, no. El Padre se dirigió a un viejo amigo para que te matara. Si hubiera

tenido a su disposición al ejército, o a los servicios secretos, habría elegido a alguien más joven y eficaz: allí siempre hay un montón de carne de cañón dispuesta a sacrificarse. Eso sin contar con que podría haberte sacado del hospital con algún papel con muchos sellos y ahora estarías en Guantánamo —hizo una breve pausa—. Pero en los años ochenta... ¿tú qué crees?

—No sé qué pensar.

—Yo tampoco. Por su cuenta o para alguna organización, ¿por qué me secuestraron? ¿Por qué secuestraron al otro niño, y luego al hijo de los Palladino y a Luca? ¿Y sabes qué es lo que más me afecta? —Dante se dio la vuelta para mirar el patio, con los hombros encorvados—. Me he pasado la vida pensando que había sido víctima de un maníaco, genial pero demente. Ahora descubro que había un batallón, y que tal vez incluso tenían un motivo. Un *motivo*, ¿te das cuenta? Para mantenerme en maceración igual que un trozo de carne en la cámara frigorífica del carnicero.

Colomba se levantó y se acercó hasta él. Entonces, sorprendiéndose un poco de sí misma, le pasó un brazo alrededor de la espalda. El contacto le dio un consuelo que no se esperaba. ¿Cuánto tiempo hacía que no abrazaba a alguien?

—Pinna pensaba en un complot atómico —dijo Colomba, tratando de bromear—. Tal vez te querían usar como conejillo de Indias.

—No soy radiactivo. Y no probaron conmigo armas o bacterias mortales —dijo Dante con una sonrisa forzada—. Aparte de la mano y de la desnutrición, los médicos no encontraron nada anormal en mí. Y además, el Padre no habría perdido el tiempo enseñándome a leer y escribir.

—¿Una venganza?

—¿Contra quién? Mi padre biológico tiene un pésimo carácter, pero su vida fue examinada del derecho y del revés cuando desaparecí. No tenía ninguna relación con el crimen o con el ejército, si se trata de eso. Ni siquiera hizo el servicio militar debido a un soplo en el corazón.

—Cualquiera que sea el motivo que tuviera el Padre, cuando lo encontremos voy a hacer que lo escupa a patadas. Te lo prometo —dijo Colomba tratando de parecer más segura de lo que se sentía.

Dante se encogió de hombros, teniendo cuidado de moverse lo menos posible. No quería que Colomba se alejara.

—¿Qué posibilidades tenemos de atraparlo?

—¿Tú qué opinas?

—No lo sé. Pero todavía nos quedan cartuchos que disparar. Te voy a decir lo que he hecho mientras dormías.

Con pesar de Dante, Colomba se apartó y volvió a sentarse.

—Te escucho.

Dante se apoyó de nuevo en la barandilla, adoptando algo de pose.

—Vamos a ver, descartada la cuestión nuclear, pensé que los cinco de la foto actuaban en la zona de Caorso porque era el lugar más controlado de Italia, debido a

los atentados que nunca se realizaron. Nada de extraños, controles en los accesos, cámaras de vigilancia en las carreteras. Los uniformes, en compensación, podían moverse con facilidad.

—Y el Padre era el líder del grupito de uniforme, siempre que él sea el Alemán —dijo Colomba.

—No tenía acento alemán, de eso doy fe, pero seguramente era él. Y fue él quien hizo que Rovere entendiera que no lo había soñado todo. ¿Te acuerdas de cuando te pidió que dejaras de investigar?

—Le enseñé el retrato robot hecho por la madre equivocada —dijo Colomba, acordándose de lo extraña que le había parecido la actitud de Rovere y lo repentino de su cambio de humor.

—El retrato robot probablemente coincidía con la descripción que le había hecho Pinna de él, incluso con años de distancia. Ya no podía dudar de que todo estuviera relacionado. Le habías llevado la prueba que necesitaba, y podía volver a ponerte en el cubil. Comprendió que Bellomo y el Padre estaban relacionados. Y que por tanto la masacre de París podía tener otra explicación —hizo una pausa—. Y ahora que el Padre ha matado a Rovere con una bomba, sabemos que también él hizo lo de París, no Bellomo. Quería cerrarle la boca, no se fiaba de él.

—¿Estás seguro de eso, Dante?

—Sí. Te has estado atormentando inútilmente en estos meses, CC. No habría cambiado nada si le hubieras disparado a Bellomo en cuanto lo viste. El Padre estaba por allí. Y fue él quien accionó el detonador.

—Pero a Bellomo le encontraron los restos encima... —Colomba tenía el aliento entrecortado.

—No trabaja solo, esto ya lo hemos entendido. Tal vez tenga amigos, incluso en aquella parte.

—Dios —murmuró Colomba, cubriéndose el rostro con las manos. Dante se quedó mirándola sin tener el valor de acercarse, tratándose a sí mismo de cobarde, luego se desabrochó la parka y la puso sobre sus hombros. Ella sonrió—. Vas a tener que regalármela, al final.

—Basta con que dejes de hacer que los perros se la coman.

Colomba se dio cuenta de que del cuello de la camisa de Dante asomaba una vistosa tiritita.

—¿Qué te has hecho?

—Mientras te cargaba en el coche, me resbalé —respondió él, con la expresión de cuando quería evitar un tema.

Colomba tuvo la clara impresión de que mentía. No insistió y se arrebujó en la parka.

—Ferrari, para el Padre, debía de ser aún menos fiable que Bellomo, si lo implicó más tarde.

—Viendo cómo se las apañó en el cuerpo a cuerpo, diría que tenía razón —sonrió

Dante—. Comprobé el móvil que cogiste en su casa. Muchos son números sin importancia, otros tendrían que ser verificados, pero con seguridad uno pertenece al Padre. Un número de Skype, como el que utilizó para llamar a la madre de Luca, aunque no es el mismo.

—Lo cierto es que no necesitábamos más pruebas para saber que trabajaban juntos —observó Colomba.

—No, yo diría que no —sacó la fotografía del bolsillo del pantalón y señaló las caras de los dos que seguían sin nombre—. Volviendo al grupito de uniforme, yo diría que estos dos son aún menos fiables o ya están fuera de juego por completo. Muertos o emigrados con sus buenos ahorros en el bolsillo.

—Como Ferrari con su renta —dijo Colomba.

—O Bellomo, que se la fundió. Pinna dijo que antes de matar a su novia vivía cómodamente. Luego lo perdió todo. En los acuerdos debía de haber una cláusula de buena conducta.

—¿Establecida por quién?

—Tal vez por el mismo Padre —Dante torció el gesto—. No puedo sacarme de encima la idea de que no sea el jefe. Y, de todas formas, también el Padre en algún momento debe de haberse quedado corto de fondos.

—El vídeo —dijo Colomba.

—Exacto. No habría tenido que vender el vídeo del hijo de los Palladino si alguien aún estuviera financiándolo. Por eso ahora se mueve por su cuenta. Tiene tapaderas, connivencias, cómplices; y tal vez alguien que lo ayudó en aquel entonces, o con mando sobre él, aún se encuentra en posiciones de poder y lo ayuda. Sobre todo si ve un par de zapatos colgando de la escena de un crimen. Creo que es una especie de señal: «Hemos sido nosotros, dejadnos en paz». Y los amigos le cubren las espaldas. Se *olvidan* de hacerle la autopsia al hijo de los Palladino, se apresuran a detener al padre de Luca...

—Una señal como la que pensábamos que era el silbato para ti —dijo Colomba.

—A pesar de que ahora sabemos que lo puso Rovere para meterme a mí en esto. Como hizo contigo. Qué casualidad, llevaba *precisamente* el recorte del periódico justo para dejártelo ver y así convencerte. Lo cierto es que era un inteligente hijo de puta, si me lo permites. Debía de ser interesante trabajar con él.

—Como jugar en Primera División. Siempre —respondió Colomba luchando con los recuerdos que le iban pasando por la mente—. ¿Le has pedido a tu amigo Santiago que hurgara en la Blackmountain? ¿Para ver si podemos encontrar el nombre de algún otro beneficiario?

—Sí, pero es imposible. Se trata de una financiera internacional con sede en Portland, y sus servidores están muy protegidos. Y además, tiene millones de accionistas en todo el mundo, está en el consejo de administración de no sé cuántos bancos y compañías. Nómbrame una empresa y ahí están, desde armamento hasta tabaco, pasando por las industrias farmacéuticas y aeroespaciales. Y también un

montón de ONG que hacen obras de caridad, incluyendo Save the People —Dante buscó un cigarrillo en el paquete y descubrió que estaba vacío. Hizo un gesto de contrariedad y fue corriendo hacia Santiago, para volver con un cigarrillo encendido en la boca y otro apagado detrás de la oreja—. Y no sabemos si los otros miembros del grupito del Padre recibían el dinero de la misma financiera. En caso afirmativo, es algo así como utilizar un banco. Solo hay una cosa que tal vez tenga significado, o tal vez no.

—¿Cuál?

—Save the People fue uno de los donantes internacionales de la Brújula de Plata, el centro de apoyo adonde iba el hijo de los Palladino. Hace dos años cerró el grifo.

—Puede ser una casualidad... —comenzó Colomba—. Ni siquiera sabemos si la Brújula de Plata estaba realmente relacionada.

—Pero, si lo estaba, ¿significa que el Padre recibía financiación internacional?

—¿Para secuestrar a niños?

—Esto es algo gordo, CC —dijo Dante en un susurro—. Tan gordo que hay que hacer un esfuerzo para ver los límites. Por eso debemos volver a los orígenes. A los años ochenta. A lo que contaba Pinna.

Colomba hizo una mueca de disgusto.

—Si todavía estuviera de servicio, pediría información al Ministerio de Defensa.

—Afortunadamente, ya lo hizo Rovere. El Ministerio no le proporcionó nada sobre Bellomo, pero sí sobre dónde estaba Pinna. Cuartel General de Annoni, en realidad un polvorín reformado. Se mantuvo abierto mientras la central de Caorso estuvo en funcionamiento, del 81 hasta el 90. Enviaron ahí sobre todo a los que tenían antecedentes penales o problemas de disciplina. En esos nueve años, pasaron por allí cerca de mil reclutas, unos ochenta en el mismo periodo que Pinna.

—¿Tenemos todos los nombres?

—De los ochenta que había, unos setenta siguen con vida, dispersos por toda la península. Pero antes de que les visitemos uno a uno me gustaría verificar una hipótesis.

—¿Cuál?

—Pinna dijo que cuando desmanteló el almacén también estaba ahí Pies Podridos, ¿verdad? Si se acordó de él, y no de otros, supongo que eran bastante amigos.

—Puede ser.

—En la documentación de Pinna que Rovere puso en la llave USB también había una denuncia por una pelea mientras aún prestaba el servicio militar. Se pegó en una taberna no muy distante de donde yo vivía de pequeño. Según las actas, con él estaba Augusto Pedini, de veinte años. Pedini, *piececitos, pies...*

—Estás jugando a las adivinanzas —observó Colomba.

—Tal vez, pero dado que tenemos que empezar por alguien, él podría ser la persona ideal. Vamos a verlo. Vive en Cremona —dijo Dante con un fognazo

sombrío en sus ojos—. Será la oportunidad para un regreso a la patria.

Colomba negó con la cabeza.

—Nos buscan, Dante. No podemos ir por ahí como si no pasara nada.

—Santiago nos pondrá en contacto con alguien que puede proporcionarnos un coche.

—Y a lo mejor unos documentos falsos —dijo ella, sintiendo aumentar su irritación.

—Para eso no se necesita mucho tiempo. Pero mi padre biológico nos buscará un lugar donde quedarnos.

—Lo tendrán bajo vigilancia si te están buscando.

—Pero yo sé cómo pasa sus días y dónde encontrarlo. Y es la única persona de quien me fío, aparte de ti y de Minutillo.

—No sé, Dante...

—¿Qué alternativa tenemos? ¿Quedarnos aquí y esperar a que nos detengan, o entregarnos y confiar en que nos crean?

Colomba pensó durante un largo minuto, mientras la cabeza se le llenaba de escenarios desastrosos y el pecho de sufrimiento. Había empezado violando las reglas, luego se había convertido en una fugitiva y ahora iba a tocar fondo, añadiendo subterfugio a subterfugio.

Colomba suspiró.

—Tengo que teñirme el pelo. Buscarme ropa...

—Las hermanas de Santiago tienen todo lo necesario. Si quieres, hasta te ponen uñas postizas. Ya pensaré en algo.

—¿Cuándo quieres que nos marchemos?

—Mañana por la mañana. Esta noche nos preparamos y luego nos movemos al amanecer.

—Mejor en hora punta. Seremos menos visibles.

—Claro —Dante apagó el último cigarrillo—. Si vas abajo, ¿me puedes traer un paquete de cigarrillos cuando vuelvas? Hay cartones por ahí.

—¿Tú no vienes?

Él negó con la cabeza.

—Demasiada gente en casa. Aquí tengo un saco de dormir y un sofá. Y hay un cuarto de baño en el ático, que uso para lo demás.

—Vives a lo grande.

—Echo mucho de menos mi balcón —dijo Dante melancólico—. Pero mucho mucho.

Colomba regresó al caos del piso de Santiago, al que ahora se habían unido otras tres chicas de entre trece y dieciséis años y su madre, una rolliza oxigenada que la miraba con recelo.

Ayelén entendió las necesidades de Colomba, le proporcionó una botella de agua oxigenada y le pidió que eligiera entre un frasco de tinte rojo caoba y otro azul.

Colomba ocultó su disgusto y eligió el rojo caoba, negándose, sin embargo, a que la ayudaran. Cuando era más joven se había teñido algunas veces y creía recordar cómo se hacía. Ayelén se alejó prometiéndole que le facilitaría ropa y le prepararía algo de comer. Colomba se dio cuenta de que tenía un hambre de lobo. Se encerró en el baño, todo lo que le permitía la puerta rota, y se quitó el camisón. Estaba repleta de moretones y tenía unas ojeras de toxicómana: sintió pena por sí misma. Sacó de la bañera una enorme cesta de ropa sucia y dejó correr el agua, preparándose para lavarse el pelo. Fuera, mientras tanto, el caos se había vuelto más intenso, puntuado por carcajadas, gritos y timbres de teléfono. Uno de ellos la sorprendió porque era idéntico al que ella había elegido cuidadosamente de entre los menos utilizados, y de manera instintiva giró la cabeza hacia la puerta: por la franja entre la jamba y la hoja pudo ver a una de las crías de trece años que contestaba al teléfono. Al cruzarse con su mirada, adquirió un aire de culpabilidad y se escabulló. Colomba pensó que también el móvil que estaba usando la chica era idéntico al suyo.

No es posible, se dijo, fulminada por un pensamiento alarmante. Estaba convencida de que Dante había hecho desaparecer su móvil junto con el coche de Ferrari. Pero no se lo había preguntado.

Se puso de nuevo el camisón y salió a buscar a la chica, a la que encontró sentada en la cama de la habitación de matrimonio. Hablaba en voz baja por el teléfono, que visto de cerca seguía pareciendo el suyo. Cuando se dio cuenta de que Colomba estaba observándola, escondió el aparato detrás de la espalda.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Dónde has cogido eso? —dijo Colomba.

—Es mío.

Colomba tendió la mano.

—Déjame verlo.

La chica se retrajo.

—Se me terminó la tarjeta... Solo lo he utilizado un par de veces, te lo juro.

—¡Dámelo! —rugió.

La muchacha dejó el teléfono sobre la cama y huyó fuera. Colomba lo agarró y le quitó inmediatamente la batería. Pero sabía que ya era demasiado tarde.

Salió de la habitación corriendo y casi se dio de bruces con Santiago, que llegaba del tejado.

—Dante y yo tenemos que marcharnos de aquí. ¡Rápido! —le dijo.

Santiago hizo una mueca de rabia.

—Demasiado tarde —y fue en ese momento cuando Colomba, por encima del estruendo que la rodeaba, pudo distinguir el sonido de las sirenas.

Dante se había quedado solo en la azotea, tumbado en el sofá bajo la parka que Colomba le había devuelto antes de bajar. Sentía la abstinencia de cafeína, porque se negaba a tomar el asqueroso café que hacía la madre de Santiago, y le dolía la cabeza. Se encendió un cigarrillo, tratando de calmar su inquietud.

Cremona.

Cre-mo-na.

Le fue dando vueltas a la palabra en la cabeza: su ciudad natal era un amasijo de nostalgia y añoranza, pero la idea de regresar convocaba sus peores recuerdos. Resultaba extraño para un lugar que era considerado uno de los más tranquilos de Italia, setenta mil habitantes en el vientre de la llanura del Po, aferrado a las tradiciones y a su historia, al turrón y a los violines de Stradivarius. *Por no hablar del Torrazzo*, se dijo Dante imitando en su cabeza el tono de los noticieros cinematográficos del tiempo de guerra, *el campanario de mampostería más alto de Italia*. No había subido nunca y dudó que fuera a hacerlo esta vez. O nunca.

Cremona.

Dante había creído durante años que el Padre podía seguir ahí, escondido en una de las viejas y polvorientas calles, pero ahora sabía que ese lugar había sido tan solo una de las etapas de su actividad como secuestrador y asesino. Pero aunque Cremona ya no fuera más peligrosa para él que cualquier otra ciudad del mundo, Dante temblaba igualmente ante la idea de regresar. Suspirando, cogió una pastilla de sus esas alturas escasas provisiones y se la tragó con un sorbo de vodka de la botellita que tenía bajo el sofá, con la esperanza de que su efecto combinado descendiera su termómetro interior, que se hallaba peligrosamente cerca del timbre de alarma. Y casi le pareció que lo oía resonar antes de darse cuenta de que el sonido procedía de abajo.

Sirenas de la policía.

Abrió los ojos y vio que Colomba salía por la escalera de emergencia, seguida de cerca por Santiago y Jorge. Ella vestía solo el camisón y las botas, pero llevaba consigo lo que parecía una bolsita con ropa.

—Nos han encontrado —dijo. No añadió quién, no era necesario.

Dante se puso en pie de un salto.

—¿Cómo lo han hecho?

—La hermana de Santiago ha utilizado mi móvil. La inteligencia debe de ser un gen de familia.

—Cuidado con lo que dices, *puta* —gritó Santiago.

Colomba apretó los dientes.

—¿Qué vas a hacerme, si no?

Dante tomó por un brazo a Santiago y por el otro a Colomba para separarlos, como se hace con los niños que se pelean.

—¿Cómo podemos salir de aquí?

—No podéis —respondió Santiago mientras seguía mirando a Colomba—. Mis chicos de abajo dicen que la pasma ha rodeado el edificio.

—Y habrán establecido ya puestos de control en todas las calles de acceso a la zona —dijo Colomba—. Por lo menos, eso habría hecho yo. Mejor dicho, no. Yo habría puesto el edificio bajo vigilancia y habría esperado a que el sospechoso saliera. O por lo menos la luz del día. Pero deben de tener mucha prisa por atraparme —añadió con amargura.

Santiago le dio un cachete a Dante.

—Lo siento, *compadre*. Confío en que mantengas nuestro pacto y les digas que yo no tengo nada que ver con esta mierda.

—Sí, claro —respondió Dante mecánicamente.

Jorge había comenzado a desmontar el equipo informático y Santiago fue a echarle una mano.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de que lleguen? —preguntó Dante.

—¿Hasta aquí? Pues una media hora, si alguien no los ayuda. Me han localizado con el móvil, pero no saben nada de Santiago, de lo contrario habrían optado por una redada selectiva, en vez de llegar en masa. Harán que les abran todos los apartamentos.

—Entonces calcula algunos minutos más: no va a ser tan sencillo —dijo Dante.

Y era verdad, porque en ese momento, seis pisos más abajo, un grupo de agentes de la Móvil con uniforme antidisturbios se enfrentaba a una masa compacta de inquilinos vociferantes y enfurecidos que llenaban el vestíbulo y la escalera. Entre los dos lados del despliegue, el inspector jefe Infanti se desgañitaba intentando hacerse oír.

—¡Por favor! No dificulten nuestro trabajo. ¡Estamos buscando a una persona que no vive aquí! Ustedes no tienen nada que ver con esto —gritó.

Y mientras tanto, pensaba que la búsqueda había sido hasta hacía unos meses su superior directa, y que todavía no lograba creer que fuera la responsable de todo lo que la acusaban. Que estaba mal de la cabeza, eso seguro, pero ¿capaz de poner una bomba en la casa de Rovere? No era posible. En cuanto a las pruebas, alguien de la Científica debía de haber hecho un estropicio. No sería la primera vez. Pero nadie le había pedido su parecer sobre la cuestión, y la mayor parte de sus compañeros estaba menos dispuesta que él a creer en su inocencia.

Una mujer rechoncha dio un paso adelante golpeando con una cuchara en una olla

para silenciar a los demás. Llevaba una peluca de pelo cardado y un vestido de rayas verticales que la hacía parecer un tonel.

—¿A quién están buscando? —preguntó con un fuerte acento del sur.

—Señora, ese no es su problema. Solo tienen que dejarnos hacer nuestro trabajo.

—En nuestra casa lo buscan, por tanto es problema nuestro. ¿Creen que vamos a dejarlos entrar así como así?

—Solo vamos a comprobar si está aquí. Nadie de ustedes va a meterse en líos.

Una anciana se asomó a la escalera.

—¡Mentiroso! —gritó—. ¡Siempre dicen lo mismo! Incluso cuando se llevaron a mi hijo dijeron que era solo un control.

—Señora... le juro que es verdad —dijo Infanti, cada vez más preocupado por el giro que iba tomando la situación, y se preguntó por qué esa noche no se había declarado enfermo. Sobre todo sabiendo que el juez que había dictado la orden de prisión preventiva era De Angelis. Ese burro de campeonato.

En ese momento, el burro de campeonato estaba apoyado en un coche camuflado aparcado delante de la puerta, al otro lado de la calle, mirando con temor a los chiquillos iluminados por los faros que lo observaban tras la fila de los blindados. Debían de tener como mucho doce años y parecían ya dispuestos a empuñar un arma, pensó con un leve pesar. Santini, a un par de metros de él, hablaba por radio en voz baja.

—¿Qué coño está pasando? —le preguntó. Por lo que veía, los agentes que ya deberían haber procedido con el registro estaban plantados una mitad dentro y la otra mitad fuera de la entrada del edificio, desde donde llegaban gritos y blasfemias a intervalos.

Santini se quitó la radio de la oreja.

—Hay un problema con los inquilinos —dijo—. Este no es un barrio fácil.

—Tampoco nosotros somos fáciles. Diles que espabilen de una vez.

—Caselli no puede ir a ninguna parte. Esperemos a que las aguas se calmen.

—Y una mierda vamos a esperar.

—¿Está seguro, juez?

—Deja ya de hacer preguntas y ve —dijo De Angelis irritado.

—A la orden.

Abriéndose paso entre los agentes, Santini llegó al lado de Infanti, que seguía intentando mediar.

—¿Por qué estamos parados? —le preguntó.

—Ya lo ve usted mismo, subcomisario —dijo Infanti, con la cara sudorosa—. Tienen miedo de que queramos llevarnos a uno de ellos.

—¿Solo a uno? Esta gente no ha entendido nada. Ahora voy a explicárselo yo —Santini pidió a un miembro del dispositivo que le pasara un pequeño megáfono y dio

unos pasos. Encendió el aparato, que emitió un silbido penetrante—. Veamos —gritó en el micrófono, y su voz, transformada en la de un robot, fue rebotando hasta los pisos superiores—. O se apartan AHORA MISMO, o nos los llevamos a todos por resistencia a la autoridad y por obstrucción a las fuerzas del orden. ¿Lo entienden? Tienen que DISOLVER INMEDIATAMENTE ESTA REUNIÓN —Santini bajó el megáfono y por un segundo hubo un silencio de muerte. A continuación, una bombilla de mesita de noche voló por el hueco de la escalera y fue a romperse a un milímetro de sus pies—. ¿Quién ha sido? —gritó con la cara roja, olvidándose del megáfono—. ¿Quién coño ha sido?

—Tu madre —alguien gritó de rebote dos plantas por arriba. Hubo un estallido de carcajadas.

Santini intentó averiguar quién había sido el que había hablado, pero no lo logró. Volvió al lado de Infanti.

—Carguen —ordenó.

—Vamos a acabar en los periódicos, doctor —respondió.

—Mejor. Así la próxima vez se lo piensan dos veces.

Infanti cogió el casco de su cinturón y se lo puso en la cabeza. No lo hacía desde la reunión del G-8 de Génova y en esa ocasión la cosa no terminó bien para nadie. Dio la orden.

Hasta la azotea del edificio llegó el eco de gritos lejanos. Colomba se había quedado al lado de Dante en el sofá.

—Escóndete, no saben que estás conmigo. Y, si tienes suerte, en cuanto me atrapen no van a perder más tiempo por aquí.

—¿Y luego?

—Luego sigues tú.

Dante negó con la cabeza.

—No va a funcionar, CC.

—Ya hemos hablado de eso, me parece.

—Pero yo no estaba de acuerdo entonces y mucho menos lo estoy ahora —Dante se separó de Colomba y se fue hacia Santiago y Jorge, a quienes ahora se había unido el tatuado. Habían desmontado casi todo el equipo y lo estaban colocando en dos grandes mochilas. Se acercó a Santiago y le habló al oído—. Tienes que sacarla de aquí.

Santiago lanzó al suelo con rabia el destornillador de estrella que había utilizado para desmontar la antena satélite.

—Pero ¿cómo te atreves a pedirme una cosa así? *¿No es suficiente el caos que ha causado?* —señaló el ordenador desmontado—. *¡Mira!* Mi estudio está destruido. ¡Con esto yo ganaba dinero! ¡Y tengo a la *policía en mi casa!*

—Sabías que podía suceder, Santiago. Pero intenta comprender que si no la

atrapan, es mejor para todos. También para ti.

Santiago volvió a centrar su atención en el equipo.

—No hay manera.

—Si no es posible, ¿por qué estás metiendo los ordenadores en las mochilas? ¿Dónde quieres llevarlos?

—Eso no te concierne.

Dante obligó a Santiago a darse la vuelta.

—No puedes dejar que la atrapen.

—Dante, ¡si le enseño cómo salir de aquí, se lo diré a todos sus amigos de la pasma! Y yo voy a tener que buscarme otro lugar. ¿Entiendes?

—Te prometo que no le diré nada a nadie —dijo Dante, sabiendo que era mentira. Colomba era intransigente respecto a ciertas cosas.

Santiago estaba a punto de objetar de nuevo cuando Colomba gritó:

—¡El helicóptero! ¡A cubierto!

Dante levantó la vista por encima de los tejados. Un haz luminoso descendía del cielo hacia la calle acercándose al edificio, acompañado por un creciente sonido de rotores. En el calor de la discusión no se había dado cuenta.

Colomba se precipitó entre ellos.

—¿Va a aterrizar aquí? —le preguntó Santiago, preocupado.

—No, seguirá dando vueltas ahí arriba, sobre todo para evitar que alguien se aleje en la oscuridad. Pero si nos ven, enseguida enviarán agentes aquí.

El tatuado señaló el tejado más bajo, del otro lado respecto a ellos.

—¡Vamos allí!

El tejado, de unos tres metros de largo, tapaba una docena de macetas rectangulares llenas de tierra de las que no sobresalía ni un brote siquiera. Había sido un experimento de cultivo casero de marihuana, que Jorge había empezado unos meses antes sin grandes resultados, tal vez porque la techumbre era de chapa ondulada, en vez de transparente, como las otras. El tatuado y Santiago agarraron las mochilas y corrieron por debajo de ella, seguidos de cerca por los demás. Se agacharon sobre las macetas, mientras que el haz luminoso escrutaba el tejado y el sonido de las palas se volvía ensordecedor.

A Dante le parecía imposible que aquello estuviera sucediendo de verdad y, a juzgar por la expresión de Colomba, también ella estaba pensando lo mismo.

—¡Santiago! —gritó Dante para hacerse oír por encima del estruendo—. ¡Tienes que decidirte! ¡Dinos cómo podemos escapar de aquí!

—¿Hay alguna forma? —dijo Colomba—. ¿Cómo?

Santiago no habló, y Dante, arriesgándose a ser visto desde el helicóptero, se agachó delante de él.

—Santiago. Tú has entendido lo que estamos haciendo CC y yo.

—No me importa.

—Si no te importase, no nos habrías ayudado. No te he pagado lo suficiente para

los riesgos que has asumido. Sabes a quién estamos dando caza, sabes lo que les hace a los niños. Y yo te conozco. En muchas cosas no estamos de acuerdo, pero en una sí: los niños no se tocan.

—*Los niños son bendecidos por Dios* —dijo Santiago de mala gana.

—Si atrapan a CC, nadie va a liberar a los niños que están prisioneros. Como yo lo estuve. Tú sabes mi historia. Niños que tienen la edad de tu hermana más pequeña. Y que van a crecer como animales enjaulados.

—¿Y la esbirra va a encontrarlos? —replicó Santiago, desconfiado.

—Sí. Sé que lo hará. Y yo voy a ayudarla.

—También al *chico* del vídeo.

—Sí, a él también. Y si lo conseguimos, será también mérito tuyo.

—No los escuches —dijo Jorge—. Se inventarían lo que fuera para sacar el culo de aquí.

Santiago lo miró mal.

—Conozco a este hombre —dijo señalando a Dante—. No miente.

—Pero ¿y la esbirra? —preguntó el tatuado.

—La esbirra ya no es una esbirra. Es alguien que huye. *Y no me gusta enviar a la gente a la cárcel.*

—Entonces ¿cómo se sale de aquí? —preguntó Dante.

—Por los sótanos —dijo Santiago—. Están todos conectados. Nuestro edificio, el siguiente y luego el otro.

—La policía ha rodeado el barrio —objetó Dante.

—Pero no el parque —le hizo notar Santiago, señalando en dirección a los jardines de los Tre Laghi, una zona verde pública en un estado de semiabandono que quedaba cerca—. Desde el tercer edificio hay una manera de llegar allí.

—¿En el parque estaremos lo bastante lejos de tus compañeros? —preguntó Dante a Colomba.

—Si nos damos prisa, tal vez sí —respondió ella—. Pero vamos a necesitar un coche.

—¿Puedes ocuparte de eso, Santiago? —preguntó Dante.

—¿*No crees que estás exagerando?* —intervino Jorge—. ¿Ahora también tenemos que proporcionarle un coche a tu amiga?

—Yo no te he pedido nada —dijo Colomba.

—Yo sí —dijo Dante—. De nada nos sirve llegar al parque si luego nos atrapan. Y enseguida se darían cuenta de cómo hemos llegado hasta allí.

Santiago resopló y luego miró al tatuado.

—Llama a Enrico y dile que deje un coche limpio en la curva, las llaves en el salpicadero.

—Le estás ofreciendo el servicio completo a esta puta —dijo Jorge enfurecido—. No te entiendo.

—Por eso soy el jefe —le replicó Santiago—. *¿Tiene usted algún problema*

conmigo? —preguntó feroz.

—No —se apresuró a decir Jorge.

—Pero no podemos bajar a la bodega —dijo Dante—. Hay policías en las escaleras.

—Entraremos por el edificio de enfrente. Sé cómo hacerlo —Santiago hizo una señal a Jorge y al tatuado—. Voy abriéndoles camino a Dante y a la esbirra. Vosotros dos coged *las mochilas* y nos seguís.

Mientras el tatuado llamaba a Enrico, Colomba estudió los movimientos del helicóptero. Estaba dibujando un gran ocho sobre los tres edificios interconectados y las calles cercanas. Si se iban cuando estaba más alejado, podían bajar de la azotea sin ser vistos, pero probablemente los localizarían al entrar en el segundo. En ese momento solo quedaba correr.

—Danos tú la salida —dijo Santiago, al darse cuenta de que Colomba estaba calculando los tiempos.

El estruendo del helicóptero disminuyó y la azotea se sumió en la penumbra.

—Un par de segundos más —Colomba contó mentalmente—. ¡Ahora!

Los cinco salieron corriendo tras Santiago. La primera parte fue relativamente fácil. Una escalera metálica de servicio bajaba desde la azotea hasta el recubrimiento del túnel que unía los dos edificios adyacentes. La bajaron con relativa seguridad, porque era una de esas que tienen los peldaños de sección circular, por lo que resultaba difícil perder agarre. Colomba se mantuvo siempre por detrás de Dante, para no perderlo de vista, y lo vio deslizarse fácilmente a lo largo de los peldaños, mientras que ella solo podía usar una mano debido a la bolsa de ropa. Mayor esfuerzo realizaron Jorge y el tatuado, que tuvieron que quitarse las mochilas para no quedar atrapados y sostenerlas sobre la cabeza.

Al llegar al techo del túnel, se aplastaron contra la pared y dejaron que el helicóptero pasara; luego corrieron hasta la otra punta, donde se abría una puerta de hierro oxidado de poco más de un metro de altura, cubierta de inscripciones obscenas. Desde abajo llegaban los pitidos de la radio de la policía y sus voces. Los gritos distantes, en cambio, habían cesado, señal de que los agentes habían logrado despejar la entrada del edificio.

La puerta estaba cerrada con un voluminoso candado. Santiago lo abrió con la llave y luego franqueó la puerta.

—Ya está.

Colomba asomó la cabeza. La oscuridad era total. Pidió a Dante que le pasara el encendedor e iluminó el hueco: las guías del ascensor corrían por los lados, y cinco o seis metros más abajo estaba el techo de la cabina. Para alcanzarla era necesario utilizar una escalera mucho más estrecha que la anterior y sin cubierta de seguridad.

—¿El ascensor funciona? —preguntó en voz baja para que no la oyeran desde abajo—. No quiero acabar hecha puré.

—Nunca ha funcionado —respondió el tatuado—. Bajamos hasta el techo de la

cabina y ya estamos en las bodegas.

—Voy yo delante —dijo Santiago.

Entró colocándose de espaldas, y su cabeza desapareció de inmediato.

—Te toca a ti, Dante —dijo Colomba.

Dante parecía como hipnotizado por la portezuela. Observaba la oscuridad de detrás, con los ojos completamente abiertos y la respiración jadeante: era una gran boca famélica, un oscuro abismo que quería succionarlo. Sentía que tiraba de él y tenía que tensar los músculos para no caer dentro y perderse. Ni siquiera era capaz de apartar la mirada. Definir como miedo lo que sentía no expresaba bien la idea. Era como para un condenado observar la hoja de la guillotina que ha de decapitarlo. Era la certeza de la muerte hecha algo tangible, a pocos metros de él.

—No puedo hacerlo —murmuró—. En los sótanos podía resistirlo, pero esto... Esto no.

—Dante, es la única manera.

Él negó con la cabeza; luego, con un esfuerzo, dirigió sus ojos hacia ella.

—CC... No puedo, de verdad. Lo siento. Ve tú.

—Te necesito.

Dante estaba sudando copiosamente.

—Tú has dicho que si nos separan...

—Que si nos separan, *tú* podrías apañártelas solo. Pero yo no. Sin ti, no voy a poder encontrar al Padre.

—Yo solo soy un testigo para tus compañeros, CC. Me dejarán salir... y me reuniré contigo dondequiera que estés —se comía las palabras, hasta ese punto se hallaba trastornado—. Inventaremos un código para comunicarnos entre nosotros... no es difícil. No sabrán que estamos en contacto.

—Dante..., no es posible.

—Por favor... Colomba...

Colomba miró a Jorge.

—Dadme vuestras mochilas.

—¿Por qué?

—Porque las llevo yo. Venga.

Sería por el tono o por la situación, pero los dos hombres obedecieron. Colomba lanzó por el agujero la bolsa de ropa, tras avisar a Santiago para que la cogiera al vuelo, y se colocó una mochila en cada hombro. Pesaban cerca de quince kilos cada una, y se sintió terriblemente desequilibrada hacia atrás. Iba a ser un problema con los peldaños.

—¿Y ahora? —preguntó el tatuado.

—No lo perdáis de vista —dijo, señalando a Dante—. Yo llevo abajo las mochilas y luego vuelvo atrás y juntos lo hacemos bajar.

—CC... no puedes hacerme algo así —balbució Dante.

—Lo siento —dijo Colomba sin mirarlo a los ojos—. Venga, ¿o queréis que nos

encuentren aquí arriba? ¡Está volviendo el helicóptero!

Dante intentó salir de allí, pero el tatuado se puso de inmediato a su espalda y le tapó la boca con la mano para ahogar el grito. Jorge, después de lanzar una mirada de fuego a Colomba, se apresuró a agarrarlo por los brazos. Dante se agitaba sin control, y Colomba sintió que el corazón se le encogía. *Es la única manera*, se repitió, luego bajó lo más rápido que pudo, corriendo a cada peldaño el riesgo de estrellarse. A medio camino perdió su agarre y si no se cayó fue porque consiguió aferrar una de las guías sucias de grasa.

De la parte de arriba del ascensor provenía una luz amarillenta. Era Santiago, con una linterna de pilas.

—¿Dónde están los otros? —preguntó cuando aterrizó a su lado.

—Están sujetando a Dante, ahora voy a recogerlo.

—Este no es lugar para él.

—No es necesario que me lo digas.

Aligerada sin las mochilas, Colomba subió de nuevo sin dificultad. Al llegar a la puerta golpeó suavemente para llamar la atención. La cabeza de Dante fue empujada dentro del hueco, luego la parte superior del torso. Abrió la boca como para gritar, pero Colomba se apresuró a tapársela.

—Por favor. No grites, yo te ayudo —le dijo al oído.

Dante resopló y movió la cabeza.

Colomba siguió manteniendo una mano sobre la boca.

—Tú me has traído aquí, y yo te saco de aquí —dijo.

O por lo menos lo intento, añadió mentalmente. Les dijo a los dos Cuchillos que empujaran y se encontró encima el peso de Dante, que se aferró a ella frenéticamente. Colomba se vio obligada a usar ambas manos, una para sostenerse y otra para sostenerlo a él, pero Dante no gritó. Se limitó a respirar jadeante sin mirarla. Ella pensó que podrían lograrlo, si no se caían los cuatro. En ese momento el reflejo del haz luminoso del helicóptero los sorprendió.

Los habían visto.

El aviso del extraño movimiento sobre el techo de la galería llegó rápidamente al centro de operaciones, que lo derivó a la radio de Siena Uno, es decir, Santini, donde la S de la sigla remitía al SIC. O a «soplapollas», como decían los de la Móvil, a quienes no les había agradado nada su injerencia. En ese momento la revuelta acababa de ser sofocada, y una buena parte de los habitantes del arrabal eran vigilados en el patio, o estaban bien esposados en los blindados, con cortes y contusiones en la cabeza y algunas fracturas. La búsqueda había llegado a los apartamentos del tercer piso, pero Santini, tras recibir el mensaje, envió a los agentes al edificio de al lado, dejando solo unos cuantos de guardia, al darse cuenta de que Colomba estaba huyendo por encima de sus cabezas.

En realidad, los fugitivos ya habían llegado al nivel del suelo. La bajada por el hueco del ascensor había sido precipitada, como la carrera hasta el sótano. Colomba llevaba un brazo alrededor de los hombros de Dante para sostenerlo y tranquilizarlo, sin dejar ni un momento de hablarle al oído, igual que a un niño. Dante no reaccionaba y seguía a los demás mecánicamente. Su conciencia estaba del revés, encerrándose en un lugar luminoso y confortable escondido en un pliegue de su cerebro. Veía flores y mariposas, fuegos artificiales y estrellas. En la superficie solo permanecía un fragmento de él, suficiente como para hacerle mover las extremidades.

Santiago llevó al grupo a lo largo de un enorme sótano abarrotado de escombros, luego a través de un pasillo subterráneo que unía los dos edificios; a continuación, de nuevo a otro sótano. Corrían en silencio, prestando atención a todos los ruidos. De tanto en tanto penetraba en la oscuridad el pitido de las radios procedente de la calle de encima, y estuvieron a punto de toparse con un grupo de agentes que corrían en la dirección opuesta, pero no se cruzaron. Con los años, de hecho, los sótanos se habían convertido en un batiburrillo informe donde regía la ley del más fuerte. Algunos estaban atiborrados de basura y escombros, otros habían sido ampliados derribando las paredes medianeras y devorando las habitaciones de los lados, hasta convertirlos en cantinas, habitaciones de huéspedes, habitaciones blindadas donde se escondían a saber qué mercancías, despensas.

Colomba vio incluso una zona para barbacoas conquistada en el cruce entre dos pasillos, con una familia de peruanos que asaba un pollo sobre una parrilla del aparcamiento, despreocupados del caos de arriba y de la humedad. En algunos puntos, el pasillo estaba bloqueado por puertas blindadas y barreras improvisadas, pero Santiago tenía las llaves de todas las cerraduras, o sabía por qué lado pasar.

Su carrera terminó ante la puerta de una bodega, cerrada por un candado idéntico al de la puerta del hueco del ascensor por la que habían entrado. Santiago abrió también ese: la bodega contenía una docena de sanitarios desportillados.

—¿Desde aquí se llega al parque? —preguntó Colomba perpleja.

—*Exactamente* —dijo Santiago—. Aunque todavía nos queda camino por recorrer. Lo más difícil —señaló con la linterna un estante repleto de latas de pintura—. Movedlo —ordenó.

Jorge y el tatuado obedecieron, dejando al descubierto un agujero en la pared de un metro de diámetro, y luego volvieron a montar guardia.

Colomba estudió la reacción de Dante: ninguna; parecía no entender qué estaba sucediendo. *Mejor así*, pensó. Por sí sola no sería capaz de llevarlo.

—¿Lo hicisteis vosotros, ese agujero? —preguntó.

—Dos meses de trabajo —dijo Santiago, orgulloso.

Explicó que a pocos metros corría un canal de drenaje para aguas pluviales que venía desde el parque para verterse en el colector general de debajo del edificio. Los Cuchillos habían excavado una derivación improvisada que utilizaban como salida de emergencia en caso de redadas. Cuando llovía, a veces el avance se hacía imposible, porque se llenaba casi completamente de agua, pero en esos días el tiempo era bueno: no tendrían problemas.

—Por aquí te escapaste cuando yo estaba buscándote hace dos años, ¿no? —dijo Colomba.

Él se rio.

—Era inocente, igual que tú.

El tatuado regresó corriendo.

—La pasma está llegando. He oído sus pasos y las radios.

—Es hora de marcharse —Santiago le pasó la linterna y le dio un cachete a Dante, que una vez más no reaccionó y se mantuvo calmado también cuando Colomba lo empujó por delante de ella para luego ir tras él por el angosto túnel que apeataba a cloaca.

Colomba se volvió para mirar a Santiago.

—Gracias —dijo de mala gana.

—Oh, la esbirra tiene educación —rio mientras cerraba el agujero.

Los tres Cuchillos salieron corriendo y cerraron la puerta, separándose después por los sótanos para ocultar las mochilas. A medio camino hacia la salida, Santiago se encontró frente a Santini y un grupo de agentes, y comprendió que estaba jodido. Lo lanzaron contra la pared y lo esposaron sin muchas contemplaciones, como habían hecho con todos los que encontraron en el subterráneo.

—¿Dónde está? —preguntó Santini, plantándole delante de las narices la fotografía de Colomba.

—No la he visto —respondió Santiago con una sonrisa burlona.

Santini dio la orden de poner patas arriba todas las bodegas y derribar todas las

paredes si era necesario, mientras Santiago se abandonaba en manos de los agentes que se lo llevaban de allí. Antes de que lo subieran al blindado repleto que lo esperaba, tuvo un pensamiento para ese *gringo loco* que quería salvar a los niños y para la esbirra cuyos ojos horadaban la piel.

—*Mucha suerte y adelante, compañeros* —susurró. Por primera vez era fan de alguien que no fuera él mismo.

Colomba y Dante, mientras tanto, se escabullían por el túnel. Para ser más exactos, Colomba se escabullía y empujaba a Dante, que se movía a saltos con los ojos cerrados, a menudo cayendo de cara en el barro. Unos diez minutos más tarde, las paredes de tierra fueron sustituidas por el cemento, y Colomba se dio cuenta de que habían entrado en el colector. Desde allí pudieron avanzar a cuatro patas, mientras que el aire iba haciéndose poco a poco más limpio y frío. Después de una curva, no obstante, se encontraron frente a un escalón de cemento que cerraba casi por completo el túnel. En el espacio que quedaba libre entre el escalón y la bóveda había una plancha metálica que parecía sólida.

Colomba tuvo pánico a que Santiago la hubiera engañado a propósito. Bloqueados por delante y por detrás, les iba a llegar su sanmartín. El ataque de ansiedad le cerró los pulmones, y vio las sombras temblando a la luz de la linterna.

—Ahora no, joder —murmuró y empujó la plancha con todas sus fuerzas, apoyándose contra la pared de tierra.

La plancha cayó del otro lado con estruendo y el túnel se vio tenuemente iluminado por una luz pálida que llovía desde arriba. Colomba hizo pasar a Dante por la abertura que se había creado, luego empujó la bolsa de ropa y por último pasó ella. Cayó en el canal de desagüe, un amplio tubo seco de cemento en forma de V, con la parte superior abierta al cielo, medio oculta por raíces y ramas.

Apagó la linterna para que no la descubrieran y, cuando los ojos se acostumbraron a la oscuridad, vio más allá de las copas de los árboles el perfil de los edificios de los que se habían escapado: el helicóptero daba vueltas por encima como un moscardón enojado.

Se agachó sobre Dante, que, tumbado boca abajo sobre un montículo de hojas, respiraba con dificultad por la boca. Estaba cubierto de polvo y de tierra, y la grasa del ascensor le había dejado unas largas rayas negras en la cara y en los brazos. Lo sacudió y notó que sus ojos recobraban algo de vida.

—Estamos fuera —le dijo—. Lo hemos conseguido.

Por un momento, Dante no reaccionó, luego el aire libre y la luz diferente surtieron su efecto sobre él.

—¿Fuera de dónde? —preguntó débilmente.

—Luego te lo explico. ¿Te ves capaz de levantarte?

Dante no se movió, y ella lo agarró por los hombros y lo puso de pie a pulso;

después fue empujándolo a lo largo del canal, que continuaba a través de los árboles, a veces bloqueado por ramas y piedras, o agrietado, con charcos hondos que había que bordear. El parque a esa hora estaba desierto, y Colomba vio lo que parecía un lago artificial acordonado por trabajos de mantenimiento.

Llegaron a la vista del vallado que separaba el jardín de la carretera. No había coches patrulla esperándolos y Colomba soltó un suspiro de alivio, sorprendiéndose un tanto de la rapidez con que se había acostumbrado a considerar como enemigos a los que antes habían sido sus compañeros.

—Quédate aquí —le dijo a Dante, luego se escondió detrás de una planta y se cambió, quitándose el camisón convertido en harapo y poniéndose la ropa que le había dado la hermana de Santiago: unos tejanos, una camiseta con el logo de Giorgio Armani palmariamente falso y un jersey tipo golf. Se sintió mejor, aunque habría dado un litro de sangre por una ducha: iba embarrada hasta las puntas del pelo.

Regresó junto a Dante, quien continuaba en la posición en que lo había dejado y seguía con la mirada el helicóptero, que ahora había ampliado sus giros.

Alguien se ha dado cuenta de que nos hemos marchado, pensó Colomba, y en breve iban a aumentar los controles de carretera, si había patrullas disponibles.

—¿Te ves capaz de saltar la valla? —le preguntó a Dante.

Él asintió, pero no fue necesario, ya que la red metálica estaba seccionada en varios puntos y la cruzaron con facilidad.

Pocos metros más allá, en la curva junto a la cancela de entrada del parque, encontraron un Opel Corsa gris con las llaves puestas en el salpicadero. No había un lazo de regalo con una notita, pero Colomba supo de todas formas que se trataba del obsequio de Santiago. *El último por una buena temporada*, se dijo. Vistos sus antecedentes, le esperaba la cárcel, al menos hasta que ella no demostrara su propia inocencia.

Ayudó a Dante a echarse en el asiento de atrás y se sentó al volante, mientras el peso de la situación caía encima de ella como una avalancha de plomo que le rompía los huesos. Se estaba engañando, pensó, su inocencia nunca sería probada. Los niños quedarían en manos del Padre, quien seguiría encarnizándose con ellos hasta que la edad se lo impidiera. Le entraron ganas de llorar y apretó el volante con las manos hasta que recuperó el control de sí misma. No podía permitirse el lujo de ser débil, nadie iría a recogerla en caso de que cayera.

Como si la hubiera oído, Dante murmuró desde el asiento de atrás:

—¿Cuándo nos vamos?

Ella se secó rápidamente las lágrimas con la manga, disimulando el gesto para no ser descubierta.

—Ahora mismo —contestó con una voz rota, mientras ponía en marcha el motor.

Cuando Santini e Infanti encontraron la entrada del túnel detrás de la estantería, Dante y Colomba ya estaban lejos.

El viaje de Dante y Colomba fue largo y dificultoso. No pudieron tomar ni la autopista ni las tangenciales porque estaban vigiladas por cámaras y patrullas, y Colomba condujo a lo largo de la nacional hasta meterse en la Via Aurelia, que unía Roma con el Norte, desviándose de la misma a menudo y sin pestañear hacia las provinciales si percibía el tufo de los puestos de control. A las dos de la noche, cuando el tráfico se hizo demasiado escaso para proporcionarles un mínimo de cobertura, aparcaron en una pista sin asfaltar detrás de una hilera de árboles y esperaron al amanecer, cabeceando a ratos, demasiado tensos para dormirse de verdad. Cuando hablaban, el tema era el Padre, o los niños que se había llevado en esos años, lo que podían haber hecho con ellos y por qué, siempre dándole vueltas a las mismas hipótesis.

Dante se había recuperado, pero seguía sombrío y encerrado en sus pensamientos, tenso por su condición de fugitivo, perseguido en un coche que apestaba a sudor y alcantarilla. Necesitaba un baño y un café caliente, una cama y un lugar tranquilo. Y, pese a ello, no podía quedarse enganchado a la realidad. A veces se le escapaba, igual que arena entre los dedos, y se encontraba con un pedazo de su pasado, el más angustioso. En lo que podría ser tanto una pesadilla como una alucinación, el asiento del coche se convirtió en la butaca de un cine en cuya pantalla se proyectaba una síntesis de su vida, que él veía como un conjunto de momentos trágicos y patéticos. Si casi se había sentido un héroe después de salvar a Colomba del incendio, los últimos acontecimientos le habían llevado de nuevo a su condición original, la de un ser carente de las habilidades de supervivencia más elementales, que se encontraba cómodo solo en el interior de su propia cabeza.

Partieron de nuevo al amanecer, agotados por el cansancio y por el frío, tomando el camino menos vigilado y con más tráfico, donde sería más difícil identificarlos. Pero sabían que de todas formas se trataba de una lotería: bastaba con un guardia urbano que fuera buen fisonomista para detener la huida de un fugitivo, e incluso con un transeúnte metomentodo.

Repostaron combustible en una gasolinera demasiado vieja para tener cámaras, y en el lavabo Colomba se tiñó el pelo y salió con la cabeza envuelta en una bolsa de plástico. Se lo aclaró en una gasolinera parecida cien kilómetros más adelante, cuando la piel le picaba hasta tal punto que se habría decapitado. Pero el color ya había cogido y ahora su pelo era de un tono rojo caoba: con las gafas de sol de rayas blancas y negras compradas en un estanco y la ropa de colores chillones se parecía

muy poco a la fotografía que había difundido el SIC. Dante, por su parte, se rapó al cero con una máquina de rasurar eléctrica y se hizo con ropa muy grande en un puesto de un pueblecito por el que cruzaron. Con esa ropa parecía un forajido, más delgado y demacrado todavía, pero si mantenía la mano mala en el bolsillo —durante la huida había perdido su guante especial—, nadie podría relacionarlo con el exniño del silo que aparecía en los periódicos. Se llevaron comida de un bar de la periferia, escogido a propósito porque era gestionado por chinos, una etnia que Colomba juzgaba reacia a meterse en los asuntos ajenos, contaron el dinero y calcularon cuánto tiempo podrían seguir sin tener que buscar más.

Antes de abandonar Roma habían sacado con la tarjeta de Dante todo el dinero disponible, pero ahora ya no podrían utilizarla si no querían orientar las pesquisas. Si en Cremona no hallaban la ayuda que albergaban la esperanza de encontrar, tendrían serios problemas incluso para alimentarse. Por lo menos Colomba, porque el apetito de Dante últimamente había disminuido. Desde el comienzo del viaje había consumido solo un par de manzanas y un tallo de apio, y Colomba observaba con temor los signos del decaimiento que habían aparecido en su rostro.

A las once de la mañana, por fin, pasaron los límites con Emilia-Romagna. Al acercarse a la meta, Dante se volvió más nervioso e inseguro todavía, hablando a rachas de temas fútiles y mordisqueándose las uñas, algo que Colomba nunca le había visto hacer. Para intentar tranquilizarlo, le preguntó por sus recuerdos positivos de su ciudad natal, pero descubrió que Dante no tenía ninguno. De la vida anterior al secuestro recordaba poco o nada, y cuando había intentado reconstruirla había descubierto que su infancia se había esfumado.

—Cuando mi madre se suicidó —dijo Dante, echado, con el respaldo completamente bajado y con el viento de la ventanilla abierta golpeándole en la cara— mi padre se emborrachó y quemó la casa, aunque no está claro si lo hizo a propósito o si fue un accidente. La casa se salvó, a él lo mandaron a la cárcel por primera vez, pero de las cosas de la familia no quedó casi nada. Nada de lo mío, sobre todo. Las únicas fotos que se salvaron son las que estaban en el legajo de la Fiscalía que tú también has visto.

Dante tampoco podía decir mucho sobre Cremona después del silo, para bien o para mal. Se quedó allí solo dos años más, haciendo los exámenes para sacarse la enseñanza media, mientras él cada vez se encontraba peor. Al final, su padre lo envió a una clínica psiquiátrica.

—A Suiza, no es muy original —Dante enderezó el asiento y se encendió un cigarrillo—. No pienses que se trataba de un campo de concentración, era demasiado cara para serlo y mi padre se fundió una buena parte de la indemnización para enviarme allí. Se trataba fundamentalmente de un ambiente controlado, con medicamentos a tope y sesiones de psicoterapia obligatoria de todas las maneras posibles no sé cuántas veces al día. Ahora lo llamarían un centro de rehabilitación.

—¿Cuánto estuviste?

—Cuatro años.

—Coño.

—Después del primer añito me permitieron viajar. Primero con un acompañante, luego solo, en viajes organizados. Si me hacía el loco o me encontraba mal, el permiso era revocado. Siempre estaba tutelado, ¿comprendes?, así que entraba y salía constantemente. Pero después de cuatro años conseguí que el tribunal me reconociera con capacidad de discernimiento y me despedí de ellos.

—¿E hiciste esos viajes de lujo de los que me hablaste una vez?

—Exacto. Aunque menos de los que hubiera querido. El avión para mí es un tabú, y hay algunos lugares a los que uno no puede llegar por tierra o por mar. Desde que volví a Italia, no obstante, nunca he puesto un pie en Cremona.

—¿Ni una vez siquiera?

—Solo con pensarlo entraba en crisis. Como ahora, aunque después de lo que he pasado en los últimos días dudo que pueda estar peor.

—¿Cuánto tiempo hace que no ves a tu padre?

—Almorzamos juntos el año pasado. En territorio neutral, en Florencia. Él se estuvo quejando todo el rato y tuvo un cólico. Una velada inolvidable.

—Quizás deberíamos pensar en una alternativa.

—No las hay. En Cremona es difícil esconderse si alguien no te ayuda. Y él es el único que conozco en esa zona que esté dispuesto a ayudarme.

Llegaron a las cuatro de la tarde, pasando por el puente de hierro que cruzaba el Po, y que une la Emilia con Lombardía. Por debajo, las aguas del río casi desbordado y las canoas de dos remeros. En la primera rotonda, donde se encontraba la reproducción abstracta de un violín de metal, Dante le pidió a Colomba que tomara una calle que bajaba hacia el río, luego la guio a lo largo del dique. A su derecha fluía el Po, a la izquierda se abrían las puertas de los balnearios. El día era límpido, aunque frío y húmedo: los peatones y los ciclistas eran escasos, casi todos ellos ancianos.

Se detuvieron a unos metros de una pequeña casa roja de una planta, con palmeras en un gran patio abierto con un *chiringuito* pintado de color azul. En el rótulo decía: LOS AMIGOS DEL RÍO. El patio estaba desierto, pero detrás de los cristales se intuían algunas señales de vida.

—Hemos llegado —dijo Dante—. Este es el local donde mi padre biológico juega a las damas todas las tardes.

Colomba apagó el motor, Dante se caló en la cabeza la gorra de béisbol de Mickey Mouse que había comprado y se metió la mano mala en el bolsillo.

—¿Estás seguro de que eres capaz de entrar? —preguntó Colomba.

Dante se detuvo con la mano buena en la portezuela.

—Llevo dos horas preparándome espiritualmente. Y está lleno de ventanas, ¿lo ves? —pero el tono no era tranquilo.

—Si tienes problemas, sal de ahí y ya volveremos a intentarlo.

Dante asintió con gesto triste.

—De acuerdo —dijo, luego bajó y se acercó con lentitud al edificio, respirando con calma y fingiendo que se trataba tan solo de una falsa fachada que se abría luego a un espacio abierto, como las de Hollywood. *Venga, se dijo, has atravesado una bodega. Y el hueco de un ascensor. Después de eso, tendrías que lograrlo con ligereza.* Pero no lo conseguía, se sentía pesado y frágil. Al llegar a los peldaños, se detuvo y encendió un cigarrillo.

Colomba siguió los movimientos de Dante con el corazón en un puño. Verlo caminar tan lentamente en medio de la calle le hacía temer por su integridad. Se esperaba casi que el Padre pudiera surgir de detrás de una pared y llevárselo de nuevo para siempre. Pero no pasó nada. Dante acabó su cigarrillo y luego entró a la carrera.

Colomba esperó pacientemente un par de minutos más; luego, con menos paciencia, otros dos. Desde el lugar en que se encontraba, no podía ver el interior del local. Si Dante tuviera problemas, o si alguien llamara a los servicios de emergencia, se daría cuenta solo cuando viera aparecer las luces. Bajar y controlar, sin embargo, la exponía al peligro de ser reconocida. Las dos opciones lucharon en su cabeza hasta que impulsivamente abrió la portezuela y caminó con la cabeza agachada hasta las cristalerías del local.

Hizo pantalla con las manos y miró en el interior. Era un establecimiento informal, decorado con un estilo náutico, con peces falsos y redes colgadas de las paredes, entre las inevitables fotografías de los VIP de segunda categoría. Una docena de personas estaban repartidas por las mesas jugando a las cartas o al ajedrez, todas en la sesentena. Inclinando la cabeza, Colomba dio al fin con Dante, sentado en una mesita, conversando con un viejo enjuto que llevaba una gorra de lana en la cabeza y gafas que ocultaban torpemente el audífono. Colomba imaginó que era su padre biológico y se preguntó por qué Dante permanecía dentro con él, en vez de hacerlo salir de inmediato y presentárselo.

A espaldas de Dante, un jugador de cartas levantó la vista y le hizo un gesto de saludo al verla tras el cristal. Colomba se apartó de inmediato, apoyándose en un poste de soporte del patio. A lo largo del dique fluían las aguas del Po. Parecían peligrosas, llenas de remolinos y corrientes, capaces de tirar de uno y no soltarlo jamás. *Igual que esta historia en que nos hemos visto metidos,* pensó amargamente. Una ranchera se detuvo justo delante de ella ocultándole la vista del río. Se apeó de ella un viejo enorme que Colomba juzgó que pesaría unos doscientos kilos. Se movía con la ayuda de dos bastones de paseo, a paso muy lento. Colomba bajó la cabeza para evitar que le viera la cara, pero le pareció ver un destello de interés en los ojos porcinos del otro, quien en vez de subir los peldaños arrastró los pies penosamente hacia ella.

El hombre se le plantó delante, apoyándose con todo su peso en los bastones, que parecían a punto de partirse. De cerca daba la impresión de ser aún más grande, con la nariz desfigurada por un nevus de color violáceo.

—¿No la he visto ya en alguna parte? —preguntó, con voz catarrosa y de

barítono.

Colomba se esforzó por sonreír.

—No. No lo creo. No soy de aquí.

—No he dicho que sea de aquí, solo que ya la he visto antes.

Colomba esta vez lo miró a los ojos con dureza.

—¿Puede dejarme en paz, por favor?

El hombre no pareció impresionado. En cambio, sonrió feroz y le plantó delante de la cara un índice tan grande como un salami.

—¡Usted es la policía! —exclamó—. La de las bombas. Han mostrado su fotografía en televisión.

—Se equivoca.

—Yo nunca me equivoco. ¿Qué ha venido a hacer aquí?

Colomba pensó en darle un puñetazo y salir por piernas. Pero Dante todavía estaba dentro, y no podía dejarlo ahí. Decidió hacer lo único posible: se libró del gordo y entró corriendo en el local.

Dante la vio y de inmediato se puso en pie de un salto.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Un tipo me ha reconocido. Tenemos que salir de aquí inmediatamente —luego se agachó sobre el anciano, que la miró asombrado—. Lo siento. Dante se pondrá en contacto con usted más adelante. Por favor, no diga que hemos estado aquí.

El anciano se sobresaltó.

—No entiendo —tartamudeó.

Colomba arrastró a Dante hacia la puerta.

—Tenías que haber salido con él de inmediato.

—¿Y por qué? Él no es mi padre.

—¿Y quién es?

Habían llegado a la puerta, pero evidentemente el gordo sabía moverse con rapidez cuando quería, porque se toparon con él en el umbral, apabullante y monumental. Señaló con uno de los palos a la cara de Colomba.

—¡Es usted una maleducada! —rugió—. ¡Le estaba hablando!

Colomba se preparó para tirarlo al suelo dándole un golpe con el hombro, pero Dante, intuyendo sus intenciones, la detuvo con la mano mala.

—Es él —dijo señalándole al hombre que bloqueaba la puerta—. Pero veo que ya os habéis conocido.

El padre de Dante se llamaba Annibale Valle, tenía setenta años, un enfisema y el corazón en mal estado. Se subió a su ranchera y Dante y Colomba fueron tras él con el coche de Santiago, prestando atención a que nadie los siguiera. Aparentemente no era así: había escaso tráfico y se habrían dado cuenta.

Colomba, durante el viaje, intentó recuperarse de la impresión. No se esperaba que Valle se pareciera a su hijo, pero tampoco a un ogro tres veces más grande que él. Lo único que compartían era el color de los ojos y el creer que eran más listos que los demás.

Valle los condujo a través de Cremona hasta una casita unifamiliar en el barrio de Boschetto, en una calle donde había otras veinte casitas que se diferenciaban solo por el color de la puerta del garaje. El pequeño jardín cerrado lucía magníficos arbustos de ciclamen y numerosas figuras de enanitos. Colomba aparcó el coche en el garaje de la casa y lo cubrió con una lona. Valle aparcó detrás de ellos.

El anciano pidió unos minutos para hablar con la dueña de la casa, luego fueron recibidos por una mujer de unos sesenta años con el pelo teñido, cubierta de pulseras y cadenas, quien los hizo pasar a un salón decorado como un chalet suizo de anuncio. Encima de la chimenea de gas había una pintura al óleo que la representaba con unos años menos, junto a un hombre vestido de cazador. Wanda de inmediato abrazó a Dante, que se había quedado junto a la ventana prudentemente, ocultando su incomodidad por encontrarse en ese lugar ajeno. Lo percibía como amigable, y eso le permitió entrar, pero su termómetro estaba alto.

—Aquí está, el hijo de Annibale —dijo la mujer con un acento dialectal tan marcado que Colomba apenas la entendió—. Deja que te vea.

—Buenos días, señora —respondió Dante, incómodo y rígido.

—Tutéame. No sabes las ganas que tenía de conocerte —luego le hizo una caricia, que Dante recibió inclinando la cabeza como un gato. A Colomba eso le hizo pensar que había recibido muy pocas en su vida.

—Señora... —comenzó Colomba.

La mujer se volvió hacia ella. Llevaba la sombra de ojos del mismo azul difuminado que los pendientes.

—Wanda.

—Wanda, ¿el señor Valle le ha explicado la situación?

—Sí. Que no tengo que decirle a nadie que están aquí.

—Intentaremos quedarnos lo menos posible —continuó Colomba—. Pero debe

saber que, si nos descubren, usted va a tener problemas por habernos ayudado.

—Pero, no han hecho nada, ¿verdad? —preguntó Wanda.

—No. No hicimos nada malo. Pero esto no cambia la realidad de las cosas. Usted será cómplice de una fugitiva acusada de asesinato.

Wanda hizo una sonrisa forzada.

—¿Quiere asustarme?

—No. Solo quiero que sea consciente del peligro.

Wanda se volvió hacia Valle, que se había hundido en la butaca con un vaso de *whisky* en la mano.

—Annibale responde por ustedes.

—¡Solo por mi hijo! —gruñó él—. A la policía no la conozco. Pero por el momento me parece difícil separarlos.

Wanda suspiró.

—Pues entonces me quedo con los dos.

—Gracias, Wanda —dijo Colomba, sinceramente agradecida. En su pasado reciente la habría considerado una criminal solo porque daba refugio a los huidos de la justicia.

—Les voy a enseñar dónde está el baño, así podrán refrescarse si quieren.

Colomba fue la primera en utilizarlo, y permaneció bajo el agua hasta que las puntas de los dedos se le arrugaron, con un gorrito para proteger su pelo recién teñido. Wanda le había dado ropa interior de recambio y una camiseta que le quedaba bien, y cuando salió del baño se sentía casi recuperada.

Encontró a Dante en la sala de estar junto a su padre, con el rostro descontento. No hacía falta ser un genio de la deducción para darse cuenta de que los dos habían discutido y quizás por eso Wanda había desaparecido en la cocina.

—¿Me has dejado un poco de agua caliente? —preguntó Dante.

—Sí, ve tú ahora.

Él salió de allí, moviéndose como si todos los rincones de la casa pudieran ocultar una sorpresa desagradable, y Colomba y Valle se quedaron mirándose en silencio durante unos segundos.

—¿Fue usted la que le metió en la cabeza esas cosas? —dijo de pronto Valle desde la butaca en la que estaba hundido.

—¿Qué cosas?

—Que debe perseguir a quien lo secuestró. Que debe hacer de justiciero.

Colomba cogió una silla, la colocó delante de la butaca de Valle y se sentó a horcajadas.

—No tiene que hacer de justiciero, solo ayudarme a impedir que se le haga daño a unos niños. En cuanto a quién ha convencido a quién, ya no lo sé. Ha sido un juego de equipo.

—Si Dante la denunciara, ya no tendría problemas —dijo Valle.

—¿Ha intentado convencerlo para que lo haga?

—¿Usted qué cree?

—Creo que Dante no tendría más problemas con la policía si lo escuchara. Pero solo con la policía.

—¿Y con quién iba a tenerlos?

Colomba entrecerró los ojos, que ahora brillaban con un verde cobalto.

—Ya sabe con quién.

Valle tomó un sorbo de *whisky*.

—¿Os acostáis?

Colomba sintió que se ruborizaba y se irritó aún más.

—No sería asunto suyo si así fuera.

—Eso es un sí.

—Eso es un *métase usted en sus asuntos*.

—Es mi hijo. *Son* mis asuntos.

—Sabe cuidar de sí mismo.

—¿En serio? —Valle resopló—. Creo que es usted la única persona en el mundo que lo piensa. Y lo que le está obligando a hacer solo va a empeorar su estado. Eso en caso de que no acabe en la cárcel con usted.

Colomba observó al hombre, pero la expresión de su cara gorda era ilegible. Parecía como un gato sarnoso, o un Buda harapiento.

—¿De verdad no le importa que quien torturó a su hijo siga todavía por ahí, libre?

—Si eso fuera cierto...

—Lo es —dijo Colomba en tono seco.

—No creo que lo mejor para mi hijo sea ir en su busca. Tal vez simplemente tendría que olvidarse del tema y marcharse lejos. Y usted podría acompañarlo.

—Por su manera de decirlo, parece más una propuesta que una hipótesis.

Valle vació su vaso y se sirvió otra copa de una botella que cogió de la mesita de cristal.

—Yo soy rico, señora Caselli. El dinero que me dio el Estado y que no regalé a mi hijo lo invertí bien, cuando aún era posible, y tuve suerte. Todo lo que tengo, a excepción de una pequeña cantidad que necesitaré para seguir los pocos años que me quedan, lo pongo sobre la mesa. Cómprase un billete para donde quieran, compren una maldita isla. Usted es policía, seguro que sabe cómo abandonar el país.

—¿Es eso lo que quiere para su hijo? ¿Que huya durante el resto de su vida?

Valle vació también la segunda copa. Se sirvió una tercera.

—Lloré su muerte durante mucho tiempo. No quiero que vuelva a suceder.

—En este momento hay otros padres que lloran por hijos a los que creen muertos.

—No son mis hijos. No me interesa.

—Imagino que esta propuesta se la ha hecho también a él. ¿Qué le ha contestado?

—Que me parta un rayo. ¿Y sabe qué le he dicho? Que no me importaría que me partiese un rayo si sirviera para garantizarle una vida feliz —añadió.

—Y yo le digo lo mismo. Aunque no creo que haya un rayo capaz de partirlo.

Inesperadamente, Valle soltó una carcajada que se convirtió en un ataque de tos.

—Piénseselo —dijo en cuanto se recuperó, secándose la cara con un pañuelo—. Cuando la detengan, será demasiado tarde para aceptar.

Wanda salió de la cocina.

—Annibale me ha dicho que Dante no come carne. Pero para usted está bien, ¿verdad, Colomba?

Colomba se levantó.

—Lo siento, no tenemos tiempo para quedarnos. Hemos de ver a una persona, y cuanto antes lo hagamos, mejor. ¿Tiene acceso a Internet o un mapa de la ciudad? Necesito orientarme.

—Un mapa, sí —dijo Wanda—. Voy a buscárselo.

Dante salió en ese momento del lavabo. Iba descalzo y llevaba una camiseta limpia con el logotipo de una asociación de caza que le caía igual que una cortina.

—Acaba de vestirte, que tenemos que irnos —dijo Colomba.

—Me lo imaginaba —miró a su padre, inmóvil con la barbilla en el pecho—. Necesitamos tu ranchera —le dijo.

—¿Y si no te la quisiera dar? ¿Me quitarías las llaves por la fuerza?

—Papá...

Valle le lanzó el manajo, luego se dirigió a Wanda.

—Dales tu móvil.

—No puedo... —replicó Dante.

—Claro que puedes. Wanda no lo usa nunca y yo te aseguro que nunca la he llamado al mismo. Si lo mantienen controlado significa que la pasma de repente se ha vuelto genial. Y no lo creo.

Colomba asintió, y Dante se guardó el móvil en el bolsillo.

—Esta historia va a acabar mal, Dante —remachó Valle.

—Habrá que ver mal para quién —dijo Colomba.

De Angelis había tomado declaración a Santiago como medida cautelar en la noche de su arresto y lo volvió a interrogar la noche siguiente. El imputado se negó a contestar a las preguntas y el magistrado había tenido que hacer un esfuerzo para mantener el control. Ahora, de regreso a su oficina en la Fiscalía, se relajó unos cinco minutos largos, hasta que Santini llamó a la puerta y entró con un hombre al que no conocía.

—Aquí está el genio —dijo en plan sarcástico De Angelis—. ¿Tienes novedades?

—Ninguna, doctor —respondió Santini.

—Si hubierais realizado la operación como era debido, ahora no estaríamos aquí jugando al escondite —luego pareció acordarse de repente del hombre que había entrado con Santini y que esperaba pacientemente. Tenía unos sesenta años, con un espeso bigote rojizo entrecano y el pelo del mismo color. Le tendió la mano—. De Angelis.

—Maurizio Curcio —respondió el otro.

—Perdonen, pensaba que ya se habían visto —intervino Santini—. El doctor Curcio es el nuevo jefe de la Móvil. Estaba al mando de la unidad de Busca y Captura de Reggio Calabria.

—Felicidades por el ascenso —dijo De Angelis—. Aunque haya ocurrido en circunstancias terribles.

Curcio se sentó. Era un hombre tranquilo y que dosificaba las palabras.

—Por eso me he permitido molestarle para ponerme al día sobre la investigación en curso.

De Angelis miró a Santini, quien se aclaró la voz.

—Torre sacó dinero en un cajero automático dos horas después de la fuga de Caselli del edificio de la Via del Redentore, en Tor Bella Monaca, donde creemos que tanto a ella como a Torre los había cobijado un delincuente habitual, Santiago Hurtado —dijo Santini—. Creemos que ese reintegro ha servido para financiar su huida.

—Hurtado es miembro de una especie de banda sudamericana, ¿o me equivoco? —dijo Curcio.

—Así es —dijo Santini—. Pertenece a los Cuchillos, aunque ahora va por libre.

—¿Y cómo es que ese individuo ayudó a Caselli? Resulta difícil pensar que tienen intereses en común.

—No lo sabemos —zanjó De Angelis—. Pero nos lo dirá Caselli cuando la

encontremos.

—Tampoco se explica la relación con Torre. Al menos según lo que he leído. Santini y De Angelis intercambiaron una mirada.

—Por lo que sabemos, Caselli ha involucrado a Torre en una especie de investigación no autorizada sobre el secuestro de Luca Maugeri.

—¿El padre del niño todavía sigue detenido? —preguntó Curcio.

—Sí —respondió De Angelis—. Porque creemos que es el responsable.

—Pero Caselli no está de acuerdo.

—Francamente, lo que piensa Caselli es difícil de entender.

Curcio se atusó el bigote. Un gesto que por alguna razón puso de los nervios a De Angelis.

—Si no hay nada más... —dijo el juez—. He tenido un día agotador y es hora de cenar.

—Me preguntaba por qué están tan seguros de la culpabilidad de la doctora Caselli.

—¿Olvida los restos de explosivo en su casa? —dijo De Angelis.

—No los olvido, y no tengo una explicación, pero sigo sin entenderlo. Era una buena policía, hasta la masacre de París. ¿Se convirtió de repente en una terrorista?

De Angelis se dejó caer contra el respaldo y lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Ha leído usted el informe psiquiátrico de su ingreso en el hospital?

Curcio asintió.

—Sí. Un síndrome postraumático, bastante normal después de lo que le sucedió.

—¿Sabe que no siguió con la psicoterapia tras el alta hospitalaria?

—Suele ocurrir.

—Una persona en su estado, que no tiene un seguimiento... A saber qué le pasa por la cabeza —De Angelis se tocó repetidas veces la sien.

—Yo la vi en dos ocasiones después de que le dieran el alta —dijo Santini—. La primera me atacó verbalmente por razones triviales. La segunda me golpeó, sin que mediara provocación por mi parte. Hice un informe al respecto.

—En mi opinión —continuó De Angelis—, tendría que haber estado de baja, no en excedencia. Lamento decirlo, pero Rovere es en parte responsable de lo que le sucedió. Era su protegida.

—Indudablemente —dijo Curcio, pero De Angelis se dio cuenta de que quería decir justo lo contrario—. Y el hombre que intentó matar a Caselli, ¿qué pinta en esta historia? Ferrari.

De Angelis enarcó una ceja.

—Que el tipo intentó matarla es lo que ella le contó por teléfono a un compañero. No sabemos cómo ocurrieron las cosas en realidad.

—Es difícil pensar que fue Caselli quien atrajo a Ferrari hasta el hospital para matarlo con veneno.

—Según la Científica no era veneno, sino una mezcla de pancuronio y cloruro de

potasio. Sustancias que causan parálisis y paro cardíaco inmediato —explicó Santini—. Y muy fáciles de conseguir en un hospital.

—¿Y cómo planeaba Caselli deshacerse luego del cadáver? —dijo Curcio en un tono excesivamente amable—. ¿O ya tenía, en su opinión, el propósito de salir corriendo?

De Angelis disimuló su irritación colocándose bien los gemelos de la camisa.

—Aún no tenemos todas las respuestas —dijo—. Pero puede haberse visto obligada a actuar para evitar que Ferrari la denunciara.

—Creemos que Ferrari era su cómplice en el atentado —intervino Santini—. Ferrari no tenía antecedentes, pero nadie sabe cómo se ganaba la vida. Sabemos que no tenía un trabajo estable y que sus padres eran pobres de solemnidad. Estamos investigando sus conexiones en el ámbito criminal.

—¿Sabían que Ferrari estaba relacionado con Bellomo? —preguntó Curcio.

De Angelis y Santini se quedaron mirándolo.

—Hay un informe de los carabineros con fecha de octubre de 1998 —continuó Curcio—. Por lo que parece, Bellomo utilizó un coche que estaba a nombre de Ferrari para escapar. Ferrari fue interrogado, pero afirmó que el coche le había sido robado y a continuación lo soltaron.

—¿Tú sabías algo de eso? —preguntó De Angelis a Santini, con una mirada de fuego.

—Es la primera vez que lo oigo —respondió Santini.

—Me acaba de llegar el informe de los *primos* —dijo Curcio con una sonrisa de disculpa—. No he tenido tiempo todavía de pasarlo al Servicio de Investigación Central. Claro, podría tratarse de una coincidencia, pero también podría ser que Bellomo y Ferrari estuvieran en contacto.

—¿Con qué fin? —preguntó De Angelis.

—No lo sé —admitió cándidamente Curcio—. Es como si en esta historia hubiera demasiadas piezas que no encajan. Hay algo que no me cuadra.

De Angelis lo miró con dureza.

—Lamento recordárselo, pero no es a *usted* a quien le tiene que cuadrar. Espero haberme explicado.

—Naturalmente, señor magistrado —replicó Curcio, levantándose y estrechando la mano a De Angelis—. Gracias por el tiempo que me ha dedicado.

Curcio también le estrechó la mano a Santini y salió.

—Este va a tocarnos las pelotas, ya lo estoy viendo —le dijo De Angelis a Santini—. Vaya que si nos va a tocar las pelotas.

—Solo quiere demostrar que es el primero de la clase. ¿Tiene más disposiciones para mí?

De Angelis asintió.

—Investiguemos también a los familiares y los amigos de Torre. Si Colomba está con él, tal vez le esté echando una mano para esconderse. Entre locos pueden

entenderse.

Santini asintió.

—¿Y Hurtado? ¿Ha soltado algo durante el interrogatorio?

De Angelis negó con la cabeza.

—Ha sido una tumba. Gracias también al gilipollas de su abogado, quien le ha aconsejado muy bien. Que es también el abogado de Torre, qué casualidad.

—Minutillo —dijo Santini—. ¿Y los otros amigos de Hurtado?

—Por desgracia el GIP no ha aprobado las detenciones por falta de indicios evidentes de delito —respondió De Angelis.

—¿Aún estamos con los indicios evidentes? ¿Con gente así? —preguntó Santini.

—Pues ya ves —dijo De Angelis—. He tenido que dejarlos en libertad.

Uno de ellos era Jorge, quien en ese momento estaba caminando por las calles de Roma con el corazón ligero y alas en los pies. No habría apostado ni medio céntimo a que iba a salir tan fácilmente después del follón que se había montado en Torbella, aunque él no hubiera opuesto resistencia cuando lo acorralaron en los sótanos. Por el contrario, había estado solo una noche en el trullo, el tiempo para saludar a Santiago, que en cambio se había resignado ya a permanecer allí durante una buena temporada. Anita, cuando la llamó con la última migaja de saldo, se echó a llorar. Estaba preparándole ya un paquete con ropa interior para enviárselo.

—Ya te dije que yo siempre me las apaño —le señaló él, vanagloriándose de su suerte.

—Vienes a casa, ¿verdad? Quiero verte —dijo ella.

Y él se lo juró. La quería y, además, dónde iba a encontrar a otra como ella, que nunca le tocaba las narices aunque estuviera fuera toda la noche y se trajera a casa a amigos como los de la *tropa*, que se marchaban dejando un montón de mierda por ahí. Y ni siquiera era celosa, bastaba con que no tonteara con las otras delante de ella.

Jorge y su esposa vivían en San Basilio, en uno de los casi trescientos apartamentos de una casa de protección oficial que parecía una gigantesca y horrible U de color rosa sucio. El complejo daba asco: siempre había hedor en las escaleras y niños llorando por la mañana temprano —se oía todo, porque las paredes eran de papel de seda—, aunque el alquiler era cero. Al principio vivía allí la abuela de Jorge, pero cuando murió se trasladó él. A pesar de que de tanto en tanto la Administración enviaba una carta conminando al desalojo, Jorge sabía que nunca pasaría nada. Como él, sin derechos, había no se sabía cuántos en ese edificio, y más aún en los edificios de al lado. ¿Y qué iba a hacer el ayuntamiento, enviar a todo el mundo a dormir a la calle?

Cuando abrió la puerta del apartamento con sus llaves, esperaba que Anita le saltara encima para abrazarlo, pero no fue lo que ocurrió.

—Weendy, ¡ya he vuelto! —dijo imitando la voz cavernosa de Jack Nicholson en

El resplandor, como solía hacer cuando tenía ganas de bromear. Pero una vez más no ocurrió nada—. ¿Anita? —llamó. ¿Habría salido a comprarle comida? O tal vez estuviera en la ducha. Mientras abría la puerta del baño para comprobarlo, percibió una mancha roja en el suelo del pasillo, casi perfectamente circular. La rozó con un dedo que se quedó pegajoso.

Sangre. Una gota de sangre que se había aplastado, aún no coagulada. Jorge vio otra un poco más alejada, y luego otra, y otra más. Anita debió de haberse cortado un dedo, o algo así, pero aunque resultara extraño no había ido corriendo al baño para curarse, porque la fila de gotas apuntaba directamente hacia el dormitorio. Había una en el centro del pasillo donde estaba él, como si Anita se hubiera cortado delante de la puerta.

Con un poco de aprensión Jorge volvió a llamarla, luego entró en la habitación.

Anita yacía echada en el suelo como un fardo de trapos y por debajo de ella se extendía un charco de sangre tan grande que Jorge de inmediato comprendió que no le había quedado ni una gota siquiera. En la cama, limpiando la hoja del cuchillo con un trozo de papel, había un hombre mayor, con los ojos azules tan claros que parecían transparentes.

—Tú y yo tenemos que charlar un rato —dijo el hombre al que Dante llamaba el Padre.

Jorge intentó gritar, pero no pudo.

Augusto Pedini, el viejo conmitón de Pinna, vivía a poca distancia de la catedral. Colomba aparcó la ranchera de Valle en las inmediaciones de la zona peatonal cercana al baptisterio, frente a los leones de piedra que custodiaban el portón del mismo. Dante los miró, tratando de situarlos en su infancia, pero no lo logró. De momento no le llegaba ningún recuerdo, salvo breves destellos del periodo posterior a la liberación. ¿De niño no se había subido nunca a esos leones? ¿Había ido alguna vez a misa a la catedral? No tenía ni idea. Cremona era inconsistente para él, aunque lo poco que había visto le gustara, sobre todo en la zona del centro, que conservaba la antigua estructura de la ciudad romana.

Colomba lo sacó de sus pensamientos.

—¿Quién lo llama?

—Hay más posibilidades de que un hombre escuche a una mujer —dijo Dante—. Especialmente si tiene una bonita voz.

—¿Yo tengo una bonita voz?

—Cuando no usas el tono de mando.

—Pero a ti se te da mejor mentir. Hazlo tú.

—¿Alguna sugerencia?

—No hagas que salga huyendo. No lo asustes. Encuentra una excusa para reunirte con él.

—Okey.

Dante cogió el móvil de Wanda y marcó el número de Pedini, poniéndolo en manos libres.

—¿Pies Podridos? —dijo cuando el otro respondió.

Colomba se sorprendió: no se esperaba una aproximación tan brutal.

Pedini dudó un instante.

—Sí. ¿Quién es? —preguntó con cautela.

—Me llamo Dante Pinna. Soy el hijo de Fabrizio Pinna.

Otra sorpresa; Colomba hizo un movimiento para arrebatárle el teléfono a Dante, quien le dio la espalda para impedirselo.

—Ah. Sentí mucho lo de su padre. Reciba mi pésame. ¿En qué puedo...?

—Me gustaría reunirme con usted —lo interrumpió Dante—. Tengo que hablar urgentemente con usted. ¿Puedo pasar por su casa dentro de diez minutos? Estoy con una amiga.

—Perdone, pero ahora estoy cenando con mi familia. No puedo...

—Lo mejor es que se libere usted.

—¿Y eso por qué?

—De lo contrario voy a llamar a la policía y explicarles por qué no les dije que mi padre se había puesto en contacto con usted antes de suicidarse.

Colomba cerró los ojos y Dante esperó mientras Pedini jadeaba por teléfono durante unos diez segundos.

—¿Y usted solo quiere *verme*? —preguntó Pedini.

Dante hizo la señal de la victoria.

—Y hablar con usted. Digamos una hora de su tiempo. Entonces ¿paso por ahí?

—No, ya voy yo. Dígame dónde.

—En la entrada del baptisterio, a veinte metros de su casa. Estoy en una ranchera.

—De acuerdo. Hasta luego.

Dante colgó el teléfono con una mueca triunfante y se encendió un cigarrillo para celebrarlo.

Colomba bajó la ventanilla: ahora que ya estaba limpia, el humo había empezado a molestarla.

—¿Cómo sabías que Pinna se había puesto en contacto con él?

—Si uno no habla con una persona durante veinticinco años, cuando oye su nombre no es tan rápido reaccionando. En cambio, a Pinna lo tenía en la cabeza, y por el tono también le preocupaba. De modo que lo había hablado con él antes de que el Padre lo colgara y temía que tarde o temprano alguien le preguntara por el tema.

—Podría haber leído sobre él en el periódico.

—Ha reaccionado demasiado rápido también con el apodo. Eso fue al azar, pero si no lo hubiera reconocido podríamos habernos evitado perder el tiempo con él. Ah, aquí viene —dijo señalando a un hombre de unos cuarenta y cinco años con una chaqueta de *tweed* acolchada que cruzaba la calle. En Cremona hacía decididamente más frío que en Roma, en especial por la noche, cuando el aire se tornaba húmedo y pesado.

—¿Sabes qué cara tiene? —preguntó Colomba.

—No, pero mira sus zapatos. Son de esos con ventilación, perfectos para quienes sufren hiperhidrosis. Y si lo llamaban Pies Podridos, alguna razón habría para ello.

El hombre se encaminó hacia la ranchera y Colomba se dio cuenta de que había dado en el clavo. Se bajó y le tendió la mano.

—¿Señor Pedini? Encantada de conocerle. Tome asiento —dijo abriendo la puerta de atrás.

—¿No podemos ir a ese bar de ahí? —preguntó señalando la heladería de la esquina—. Está prácticamente vacío.

—Aquí estaremos más cómodos. Por favor.

Pedini se encogió de hombros y se sentó. Colomba se instaló a su lado. Dante se quedó delante, pero se giró en su asiento para poder participar.

—Y usted debe de ser Pinna —dijo Pedini.

—Qué intuición. Pero mejor hable usted con mi amiga —replicó Dante.

—Juro que no entiendo qué está pasando.

Dante sonrió.

—Se llama conversar.

—¿Por qué Pinna se puso en contacto con usted, señor Pedini? —preguntó Colomba.

Pedini se volvió hacia ella.

—Si puedo ser sincero, porque no estaba bien de la cabeza.

—Prosiga —le incitó Colomba.

—Fabrizio estaba obsesionado con la historia de las radiaciones. Decía que el cáncer le había salido por culpa del servicio militar. Me pidió que me pusiera en contacto con los demás de los Annoni para averiguar quién estaba mal, pero yo los había perdido de vista a todos. Como también a él, por lo demás. Cuando me llamó, fue una sorpresa —hizo una pausa—. Y aún más cuando leí en los periódicos que había estado en la cárcel y que era amigo de ese que puso la bomba en París.

—Bellomo.

Pedini asintió.

—Sí. Fabrizio era un camorrista en aquella época, como yo. Todos éramos un poco iracundos, si no, no nos habrían enviado a los Annoni. Luego, de todas formas, cambié. Formé una familia, me calmé. Él, no.

—Decididamente, no —dijo Colomba mirando a Dante, quien asintió de forma imperceptible con la cabeza: Pedini era sincero—. ¿Qué más le dijo? —insistió.

—Me preguntó si me acordaba de un trabajo de esclavos que hicimos una noche. Estaba convencido de que había sido allí donde se contaminó.

—Y usted se acordaba —dijo Dante. No era una pregunta.

Pedini asintió de nuevo.

—Sí. Fue una de esas cosas raras que haces como militar y que se te quedan grabadas. Pero la historia de las radiaciones es una chorrada. Yo trabajo para el ayuntamiento y me ocupo de las zonas verdes. Nunca hubo ninguna contaminación en Caorso. Los residuos seguirán siendo peligrosos durante unos millones de años, pero todos están ya en Francia. Luego está el núcleo, que de hecho...

—Hábleme de ese trabajo de esclavos —lo interrumpió Colomba.

—Perdone, pero ¿es usted policía? —dijo Pedini—. Porque, la verdad, me parece que estoy siendo interrogado.

—¿Yo también le parezco un policía? —preguntó Dante.

—No, yo diría que no.

—Menos mal.

Pedini sonrió.

—Veamos. El día exacto no lo recuerdo, pero era diciembre, antes de las fiestas. El sargento nos tira de la litera; a continuación, elige a seis de nosotros para un trabajo extra. Nos cargan en un camión y nos llevan a unos kilómetros de distancia.

En pleno campo, un frío de perros. Hay un almacén militar y nos piden que tiremos todo lo que contiene.

—¿Y qué fue lo que tiraron?

—Mobiliario, material médico, libros, pero sobre todo bolsas de ropa.

Dante se puso rígido.

—¿Ropa?

—Sí. Usada. Ropa civil, no militar. Me daba asco tocarla porque apestaba y estaba sucia. Pero casi toda estaba guardada en bolsas cerradas. Lo quemamos todo. Recuerdo que Pinna se quedó impresionado al verlo.

—¿Por qué? —volvió a preguntar Dante horadándolo con los ojos.

Pedini vaciló.

—Han pasado muchos años.

—Da igual, inténtelo —dijo Dante, sin apartar la mirada. Parecía una serpiente delante de un ratón.

—Dijo que era demasiado pequeña para ser de adulto. Ropa de niños. O de chicos.

Colomba y Dante permanecieron en silencio.

Incómodo, Pedini continuó.

—Pero probablemente se equivocaba. La mayoría de las bolsas las quemamos cerradas. Y, además, ¿qué podían tener que ver los niños con la mili? —Dante y Colomba continuaron en silencio, y Pedini tuvo miedo de haber dicho algo inapropiado—. Fabrizio me dijo por teléfono que él pensaba que pertenecía a niños víctimas de las radiaciones. Que eso era una especie de hospital clandestino, para mantener la contaminación en secreto. Pero, como ya les he dicho, desvariaba...

Colomba se agitó y sacó del bolsillo la polaroid.

—Pinna dijo que había un grupo de militares que venía de otro cuartel. Con ropa de camuflaje y sin distintivos. ¿Son ellos?

Pedini miró la foto.

—No soy muy buen fisonomista... Recuerdo que los del otro cuartel me daban miedo, pero ahora estos me parecen solo unos chiquillos del montón. Aparte de él —dijo señalando al Alemán—. Él me da miedo incluso ahora. Puede ser el que mandaba, aunque no estoy seguro. Lo siento —le devolvió la foto.

—¿De qué más se acuerda?

—De lo que le dije a Fabrizio. Vi a los de la otra compañía cargar en un camión bidones de queroseno. Fabrizio me preguntó si estaba seguro de que dentro había queroseno, y le dije que no —miró a Colomba, luego a Dante—. Siempre con la historia nuclear esa.

—¿Él creía que podría haber residuos dentro? —preguntó Colomba.

—Exacto, pero yo le dije que entonces estaríamos contaminados todos, cosa que no me consta.

—¿Por qué? —preguntó Dante.

—Porque sé dónde fueron descargados.

—¿Cómo lo sabe usted, señor Pedini? —preguntó Colomba.

Pedini se apoyó en la portezuela. Le dolía el cuello a fuerza de tenerlo torcido para mirar de cara a la mujer. Aunque aquello valiera la pena, a pesar del absurdo color de su pelo.

—Ya les he dicho que trabajo para el ayuntamiento. Tuve que censar las canteras de grava de la zona. Es una de las actividades de extracción que se realizan en la provincia de Cremona. Grava y arenisca. Aunque la mayor parte de las canteras llevan cerradas muchos años. Algunas se han convertido en vertederos para el tratamiento del amianto o simplemente han sido abandonadas.

—Gracias por la explicación —dijo Colomba, impaciente—. Volvamos a los bidones.

—Oí a uno de la otra compañía que hablaba con el conductor del camión. Mencionó la cantera de Comello, entre Piacenza y Cremona, a orillas del Adda. Ya por entonces estaba cerrada.

—¿Es una de las que usted censó? —preguntó Dante.

—Sí. Me acordé de eso después de la llamada de Fabrizio. Ya sabe lo que pasa, no piensas en algo durante toda la vida y luego te topas con ello de golpe... Busqué la documentación. En el 89 se desestimó que fuera convertida en un vertedero para el tratamiento de residuos industriales. Con la antigua ley se podía hacer.

—Pero no sucedió —dijo Dante.

—No. Se convirtió en una zona de repoblación de la fauna —el móvil de Pedini vibró. Miró la pantalla, pero no respondió—. Es mi mujer, empieza a preocuparse. Realmente ya tendría que volver.

—Denos la dirección, por favor.

Pedini lo hizo y se bajó deprisa.

Colomba volvió al volante, ajustó el navegador y se puso en marcha.

—Después de veinticinco años, encontrar unos bidones en un vertedero no es precisamente fácil —le dijo a Dante, que tenía la expresión de cuando su cerebro iba a mil revoluciones.

—¿No oíste lo que dijo Pies Podridos? No lo convirtieron en un vertedero.

—Pero los bidones no pueden estar a la vista. De lo contrario, alguien los habría sacado. Tal vez los que los habían colocado allí.

—Hay una manera de encontrarlos, estoy seguro. ¿La policía no tiene esos georradars?

—Los tenemos para encontrar cadáveres enterrados. Pero nosotros no somos la policía —*ya no*, añadió mentalmente Colomba.

—Nos compraremos uno. O un detector de metales, de los que llevan los buscadores de tesoros. Mi padre tiene dinero, podemos hasta contratar a un centenar de personas que nos echen una mano.

—Mientras nosotros vamos a ir a parar a la cárcel.

—Para entonces ya no tendrá importancia.

—¿Tú crees que todas las respuestas están en los bidones?

—No todas. Pero una, sin duda.

—¿A qué pregunta?

Dante no respondió y señaló un letrero en la carretera provincial, justo después de un pequeño grupo de casas. Decía EXCANTERA DE COMELLO - OASIS VERDE. La flecha señalaba una pista de tierra, que era apenas visible en la oscuridad. Colomba la enfiló a paso de viandante por los baches. Cuando la pista se interrumpió, prosiguieron a pie, iluminándose con la linterna que habían encontrado en la ranchera. Localizaron fácilmente la cantera: era imposible no verla. Y entendieron qué quería decir Pedini con zona de repoblación de fauna.

Las canteras de grava se excavan cerca de la capa freática, y cuando se deja de extraer, especialmente si se ha ido demasiado lejos y el sitio no se recubre, la capa comienza a subir.

Los secretos que el Padre y sus hombres habían encerrado en los bidones estaban sepultados ahora bajo millones de litros de agua. La cantera se había convertido en un lago.

La oficina del quinto piso de la Via San Vitale apestaba a humo rancio y al cuero del viejo sofá rojo, apoyado contra la pared. Escuchando el sonido de la calle que entraba a través del cristal de la ventana, Curcio pensó que cada ciudad tenía una voz diferente. A veces, por la mañana, con los ojos cerrados y medio dormido, le costaba recordar dónde se encontraba e intentaba inferirlo a través de los ruidos. También la luz cambiaba, los amaneceres y las puestas de sol nunca eran los mismos.

A las diez de la noche, despierto desde hacía ya veinte horas, Curcio luchaba contra el sueño. No le servía de consuelo saber que al salir de la comisaría lo esperaba una miserable residencia, en la que se alojaría hasta que estuviera listo el apartamento que le asignaba el Ministerio. Luego vendría su esposa con sus cosas, y necesitarían meses para abrir todas las cajas, y aún más para descubrir qué se había perdido durante el viaje. Algunas cajas habían permanecido cerradas desde el último traslado, desde Palermo a Reggio Calabria. Seguro que tendría que volver a comprar la novela de Coelho que se quedó a medias en la mesita y que tenía el poder de hacerle conciliar el sueño, a pesar de que solo Dios sabía cuánto tenía retrasado.

Arrugó el paquete vacío de caramelos y buscó la papelera debajo del escritorio, acordándose un instante después de que no había. Su oficina se había instalado a toda prisa en una sala de reuniones de Prevención del Delito, a la espera de que vaciasen la de Rovere de sus efectos personales, después del funeral de Estado previsto para ese domingo. Para Curcio no había problema: no tenía prisa por sentarse en la silla de un compañero muerto, aunque esta no fuese la primera vez.

Llamaron a la puerta. Era un agente joven, de piel clara con algunas pecas, y un gran hematoma en la nariz que iba perdiendo el color.

—Agente Massimo Alberti, doctor —dijo en posición de firmes.

—Siéntate —Curcio le señaló la silla—. Tengo que hacerte algunas preguntas.

Alberti tuvo un momento de vacilación, luego obedeció, aunque permaneció rígido.

—Doctor... ¿He hecho algo mal? —preguntó preocupado.

—Eso es lo que quiero llegar a dilucidar —dijo Curcio—, la doctora Caselli te llamó por teléfono la noche que huyó del hospital. Lo hemos visto en los registros.

Alberti se sonrojó violentamente.

—Comisario... yo no sabía lo que había hecho.

—Si alguien pensara eso, ahora estarías bajo arresto —dijo Curcio con severidad—. ¿Qué quería de ti?

Alberti se metió un dedo por el cuello de la camisa, como si estuviera asfixiándolo.

—Que buscara un nombre en el sistema —su voz bajó—. El de Luciano Ferrari. Pero no me explicó por qué. Yo no sabía que estaba... —se interrumpió.

—Muerto. Me lo imagino. Solo pensabas que le hacías un favor a un superior, aunque estuviera fuera de servicio.

—Sí, doctor.

—¿Sabes que podrías acabar siendo procesado por algo semejante? Y por no haberlo comunicado, sobre todo. Acabas de empezar y ya puedes malograr tu carrera.

Alberti bajó la mirada.

—Lo sé, doctor —murmuró.

—¿Y luego qué dijo o hizo la doctora?

—No tuve más noticias de ella. Me dijeron que Ferrari intentó matarla.

Curcio negó con la cabeza.

—No se habla de las investigaciones en curso si uno no está involucrado. ¿Por qué la doctora te lo pidió a ti? Tenía un buen número de compañeros a los que recurrir.

—No me lo dijo, doctor...

—¿Tú qué crees?

Alberti volvió a sonrojarse.

—Creo que... no tenía mucha relación con los otros compañeros. Y que me veía... como inocuo.

Curcio lo sopesó con la mirada: el chico no era completamente idiota. Su expresión se suavizó y también puso media sonrisa.

—¿Cuándo la conociste? —preguntó en un tono menos severo.

—Se me ordenó que la llevara a los Pratonni del Vivaro, el día en que fue secuestrado el niño. Luca Maugeri.

—¿Quién te lo ordenó?

Alberti nombró un superior directo y explicó que se había ofrecido voluntario para la búsqueda de Luca y su madre, cuando aún se creía que se habían perdido. Imaginaba que la orden partió de Rovere, porque había llevado a Colomba directamente hasta él.

Curcio se atusó el bigote.

—¿Luego la llevaste hasta su casa?

—No de inmediato —Alberti se había relajado un poco al darse cuenta de que Curcio no estaba interesado en él. Se quitó la gorra y la puso sobre sus rodillas—. Primero los acompañé, al doctor Rovere y a ella, hasta un restaurante de la zona, donde conversaron.

—¿De qué?

—No estuve presente, doctor. Pero la doctora se mostró turbada más tarde. Al día siguiente me fue ordenado, esta vez directamente por el doctor Rovere, que la

acompañara hasta la casa del señor Dante Torre. Luego los llevé a ambos de nuevo a los Pratoní, y finalmente a una reunión con el juez De Angelis.

—¿En la Fiscalía?

—No, en una estación de servicio. El señor Torre sufre de claustrofobia. Tendría usted que ver su casa...

—¿El motivo de dicha reunión? —ahora Curcio ya no ocultaba su interés.

—No me fue comunicado. Pero creo que tenía que ver con el secuestro. A continuación, acompañé de nuevo a la doctora hasta aquí... —se detuvo, incómodo.

—A estas alturas lo mejor es que me lo cuentes todo.

—La doctora tuvo un altercado con el subcomisario Santini. Creo que... llegaron a las manos.

—¿Después de la reunión en la estación de servicio?

—El señor Torre se encontraba mal. Creo que... la doctora acusaba al subcomisario de su estado.

Curcio se dejó caer sobre el respaldo.

—Luego la acompañaste a su casa.

—Sí. La última vez que la vi fue cuando fui a visitarla al hospital —Alberti vaciló de nuevo—. Doctor...

—Te escucho.

—Ella no mató al doctor Rovere —dijo con la mirada agachada—. No sé por qué huyó. No sé por qué Ferrari intentó matarla, pero... es inocente.

Curcio suspiró.

—Puedes marcharte.

Alberti se puso en pie de un salto, se colocó la gorra y saludó. Al abrir la puerta para salir casi chocó con Infanti, en mangas de camisa y corbata, que estaba a punto de llamar con un par de papeles en la mano.

—Doctor Curcio, ¿puedo molestarle un momento?

Curcio se esforzó por recordar su nombre.

—Entre, Infanti.

—Con su permiso... —Infanti colocó sobre la mesa la copia impresa de una declaración—. Los carabinieri de Módena han recibido la denuncia de un vendedor ambulante que afirma haber reconocido a la doctora Caselli y a Dante Torre en las inmediaciones de su puesto, mientras compraban víveres. La doctora llevaba el pelo rojo, pero el resto de la descripción se corresponde.

A Curcio no se le escapó el tratamiento de «doctora» que le daba a Colomba. *Otro que no se lo cree*, pensó.

—¿Ya se lo ha hecho llegar a los compañeros del SIC?

—Todavía no. Primero quería informarle a usted.

—Déjemelo a mí, me encargo de ello.

—De acuerdo.

Curcio se quedó mirando una de las hojas un minuto largo, con la barbilla en las

manos. Luego pensó que la residencia tendría que esperar todavía un poco más.

De acuerdo con el protocolo de las relaciones jerárquicas, era siempre el funcionario de grado inferior el que se desplazaba hasta la oficina del superior, pero Curcio decidió hacer una excepción a la regla.

Se encaminó por el pasillo de la comisaría y bajó las escaleras. Había por allí pocos agentes, dada la hora, y casi ninguno lo saludó: muchos aún no lo conocían.

En la planta baja siguió las indicaciones para el SIC y llamó a la tercera puerta, la única con el cristal esmerilado aún iluminada, luego entró sin esperar la invitación. Santini levantó la cabeza del ordenador y cuando lo reconoció puso una expresión de sorpresa.

—¡Doctor Curcio! —se puso de pie para estrecharle la mano—. Su primer día parece que no se acaba nunca.

—Y a saber cómo será mañana.

—¿Algún problema, doctor? —preguntó Santini.

—Solo quería entregarle este informe elaborado por los carabinieri de Módena —le dijo tendiéndole el papel—. Han visto allí a Caselli y Torre.

Santini lo cogió.

—Gracias. No tendría que haberse tomado la molestia —la expresión de sorpresa había sido sustituida por una de cautela. Sabía que el motivo de la visita no podía ser ese.

—Se me han entumecido las piernas —dijo Curcio.

Santini revisó el papel.

—Esto confirma la idea que nos habíamos hecho. Que Torre está encubriendo a Caselli. Módena está camino de Cremona, donde vive la familia de Torre.

Curcio se sentó, aparentemente desinteresado de lo que decía Santini. Se puso a jugar con una pluma.

—¿Puedo hacer algo por usted? —dijo Santini.

Curcio sonrió.

—¿Qué tal era Nápoles? —dijo en tono distraído.

Sorprendido, Santini volvió detrás del escritorio y se sentó a su vez.

—¿Perdone?

—Que qué tal era Nápoles cuando estaba usted allí.

—Era la época de la guerra de los clanes de Scampia. Menudo follón.

—Trabajé con uno de los jueces del equipo encargado hace dos años —lo nombró y Santini asintió—. Sentía una gran consideración hacia usted. Dijo que había hecho un buen trabajo.

—Gracias... —Santini hizo una mueca—. Doctor... ¿qué quiere usted decirme?

Curcio sonrió.

—Que usted y yo tenemos dos cosas en común. Ambos llevamos bigote, aunque el mío es más bonito, y los dos somos buenos polis.

—Trato de serlo.

—¿De verdad?

Santini abrió los brazos, exasperado.

—¿Puedo preguntarle a qué se está refiriendo?

—Creo que ya lo sabe.

—Yo no dirijo la investigación sobre Caselli —dijo Santini—. Yo solo sigo las órdenes del juez.

—Usted está tirando del carro hacia donde quiere su amo —dijo Curcio, por primera vez en un tono duro—. Y es al lugar equivocado. Y la doctora Caselli es la persona equivocada.

—¿Y usted ha llegado a esa conclusión en un día, doctor?

—La doctora estaba trabajando para el doctor Rovere. No interfirió por una locura suya en la investigación de los Pratoní. Y si Rovere le encargó una misión como esa y ella la aceptó, significa que confiaban el uno en el otro.

—Puede ser. Como también puede ser que la tarea encargada provocara un cortocircuito en su cerebro.

—O bien que a alguien no le haya gustado su intrusión. Y que Rovere haya muerto por eso.

—Dígaselo a De Angelis —articuló Santini.

—Se lo digo a usted. Porque es un compañero. Y porque sé que me cree. Más allá del respeto que pueda sentir por De Angelis, o de su antipatía personal hacia la doctora.

Santini se esforzó por no perder el control.

—Gracias por la sugerencia, doctor —dijo con los dientes apretados—. La tendré en cuenta. ¿Puedo hacer algo más por usted?

Curcio se levantó.

—No, nada más. Gracias por la conversación. Piénselo. No me gustaría ver cómo se hunde por esta historia. Hay pocos compañeros buenos de verdad. Y que lleven bigote.

Abandonó la sala. Santini se quedó mirando la puerta durante unos segundos, luego rompió la pluma con que Curcio había jugueteado y la tiró a la papelera. «Vete a tomar por culo», dijo en voz baja, pero por primera vez desde que empezara esa historia tuvo una mala sensación. Le trepaba a lo largo de la columna vertebral como un ciempiés de hielo. Se la sacudió de encima y comenzó a organizar su viaje a Cremona.

Colomba se había despertado al amanecer. Ya no estaba acostumbrada a dormir junto a otra persona, y aunque Dante estaba acurrucado en el pequeño sofá junto a la ventana, había advertido su presencia durante toda la noche, entrando y saliendo del sueño. Había soñado con el Padre y con la explosión de París, con sus compañeros que la detenían, de nuevo con el Padre, y con el silo. A las ocho, cansada de dar vueltas, se levantó. Dante seguía dormido, roncando ligeramente, con la boca abierta por completo y el rostro vuelto hacia la ventana, con las persianas levantadas para dejar pasar la luz, púdicamente metido en un chándal que había pertenecido al difunto marido de Wanda y que le quedaba ancho y corto.

Colomba se vistió en el baño y cuando salió se encontró en la mesa de la cocina una nota de Wanda, avisándola de que volvería a la hora del almuerzo. Iba a acompañar a Valle para buscar lo que Dante le había pedido la noche anterior, al regresar del viaje a la cantera. Cómo lo había convencido para que siguiera ayudándolo, eso Colomba no lo sabía, pero lo había conseguido.

Desayunó sola, comió rebanadas de pan duro con miel y bebió una jarra de café, luego empezó a vagar por la casa nerviosa como un león enjaulado. Wanda tenía lo que parecía la colección completa de los libros de la Selección de la *Reader's Digest* y una cantidad infinita de baratijas y bibelots de madera tallada, sobre todo en forma de animales salvajes. Colomba se preguntó si eran herencia de su marido cazador o regalos de Valle, porque sus huellas se notaban en casa: gafas de hombre, un par de zapatillas, una bata que parecía lo suficientemente grande como para que cupiera en ella y algunos ejemplares del periódico *Il Sole 24 Ore* apilados cogiendo polvo, que poco entonaban con los libros de la Selección.

Dante apareció con su ridículo chándal y la cara pálida. Parecía haber sido exhumado, más que haberse despertado de un profundo sueño reparador.

—No puedo seguir así —dijo—. ¿Hay café en casa?

—Sí. No del que a ti te gusta —dijo Colomba con una sonrisa forzada.

—No importa. He decidido hacer un sacrificio. En la cárcel aún será peor, y tengo un síndrome de abstinencia que ni un drogadicto...

—Yo te lo preparo. Tú ve al baño —dijo Colomba poniéndose en pie de un salto.

Dante la miró perplejo.

—¿Va todo bien?

—Solo estoy cansada de no hacer nada.

—Y nerviosa.

—Claro que estoy nerviosa. ¿Tú no?

—No, Wanda tiene una buena reserva de Xanax. Tenía, a decir verdad.

Mientras Dante se tomaba su tardío desayuno, oyeron el motor de un camión en el patio. Colomba espío escondida tras las cortinas, haciéndole señas a Dante para que callara. Había una furgoneta descubierta, equipada con un cabestrante eléctrico más grande que los de los camiones de remolque, fijado al suelo. El cable era más delgado y terminaba con dos ganchos conectados a sendas cadenas de aspecto robusto.

—¿Todo bien? —preguntó Dante, que se había quedado con un trozo de bizcocho a medio camino de su boca.

—Parece que ha llegado el servicio a domicilio —dijo Colomba—. Pero no he visto quién va a bordo.

Se abrió la puerta del lado del pasajero y apareció Wanda, quien dudó en bajar, preocupada por la altura de la cabina. El conductor llegó corriendo y la ayudó. Era un magrebí de unos cincuenta años, en traje gris y corbata roja.

—Ven a ver —le dijo Colomba a Dante—. Wanda ha llegado con un tipo.

Dante dejó el bizcocho y observó desde la cortina, moviéndose de un modo excesivamente cauteloso, como un mimo que interpretara el papel de un ladrón. Sonrió cuando vio al hombre.

—Es Andrea, el factótum de mi padre. Una especie de compinche y, probablemente, el único amigo que tiene.

—¿Te fías de él?

—Sí, pero no sé lo que sabe. Es mejor que *tú* no te dejes ver.

—Okey —dijo Colomba y fue a esconderse a la habitación de Wanda. Desde la puerta entreabierta podía observar la entrada con facilidad. La habitación olía a Coloniali, y Colomba no pudo dejar de percibir otras prendas masculinas y la botella de oxígeno con mascarilla que ayudaba a Valle a dormir sin ahogarse apoyada a un lado de la cama.

Mientras tanto, Wanda y Andrea habían entrado. Dante abrazó al hombre, sinceramente contento de verlo.

—Has cogido peso —dijo Andrea—. Dentro de poco te parecerás a tu padre.

—Ya te gustaría. Así tendrías dos a los que tiranizar.

Andrea se rio brevemente y luego se puso serio.

—El camión es lo mejor que he podido conseguir en las obras. El cable tiene veinticinco metros de largo y me han asegurado que puede izar un par de toneladas. Pero no lo he comprobado.

—Tendría que ir bien.

Wanda dijo algo que Colomba no distinguió con claridad. Tal vez le había ofrecido a Andrea algo de beber o comer. Él declinó con amabilidad.

—Tengo que volver a la oficina. Pero primero he de descargar el resto de las cosas —titubeó y volvió a girarse hacia Dante—. Tu padre me ha rogado que te recuerde que la oferta sigue estando en pie —dijo con un ápice de incomodidad.

—¿Qué le hace pensar que he cambiado de opinión en tan pocas horas?

—Sabe que eres una persona voluble.

—Últimamente parece que no... —dijo Dante, un tanto melancólico—. Te echaría una mano para descargar, pero es mejor que no me deje ver por la calle.

—Entiendo —Andrea levantó los brazos en señal de resignación—. Voy.

Abrió la puerta de la entrada y Colomba cambió de posición para no ser vista a través de la rendija. Con su rodilla golpeó una pila de revistas de decoración junto a la pared, que cayeron por el suelo. Cuando se agachó para recogerlas, se dio cuenta de que entre ellas había un álbum de fotografías, de los que se usaban antaño, con hojas de papel de seda para separar las páginas. Sintióse un poco cotilla, pero también un tanto divertida, lo abrió: la primera foto, como se esperaba, era la de una pareja que se estaba casando en la iglesia con ropa de los años setenta. La mujer no se parecía en nada a Wanda, mientras que el novio... Colomba se dio cuenta de que el hombre que miraba con seriedad al sacerdote, peripuesto, con una chaqueta de hombros estrechos, era un Valle con cuarenta años y unos cien kilos menos. La mujer morena con vestido blanco era, por tanto, la madre de Dante.

Mientras afuera Andrea descargaba y seguía bromeando con Dante, Colomba se sentó en el borde de la cama y hojeó el álbum. Un par de fotos en blanco y negro representaban una ciudad marítima, que podía ser Rimini o Riccione, con mujeres en traje de baño y Valle jugando a las palas. Tres fotografías después la madre de Dante, con barriga, fumando en el balcón de la casa. Luego comparecía Dante, tendido desnudo sobre una alfombra, con unos seis meses. Colomba se moría de ganas de enseñársela, aunque temía un poco su reacción. Tal vez ver las fotografías de amigos y familiares que el silo había borrado, como los que aplaudían su primer gateo, fuera un pequeño *shock*. Creía que todos sus recuerdos habían quedado destruidos en el incendio; en cambio, algo se había salvado, algo que su padre se había olvidado de enseñarle. *No fue un descuido*, pensó de inmediato Colomba. *No quiso*. Eso explicaba por qué el álbum estaba metido entre las revistas en la única habitación en la que Colomba, como invitada que era, no debería haber entrado. Imaginó que Valle lo había hecho desaparecer rápidamente cuando entró en casa para anunciar su llegada.

Volvió atrás, a las primeras fotos, comenzó a hojear el álbum con más atención y por fin vio algo que en un principio la desconcertó, y luego la dejó helada. Giró rápidamente las páginas, mientras el hielo iba haciéndose más intenso, pero se detuvo cuando oyó que se acercaban los tacones de Wanda. Se apresuró a poner de nuevo el álbum en su lugar. *No es el momento*, pensó. *Ahora no*.

Wanda abrió la puerta y encontró a Colomba de pie junto a la ventana, la pila de revistas bien colocadas de nuevo.

—Puede venir ahora, Colomba.

—Gracias.

—Andrea me espera fuera para llevarme a casa de Annibale. Cree que es mejor que no me quede aquí.

—Yo también lo creo —convino Colomba.

Wanda vaciló.

—Hoy la policía ha ido a su casa a preguntar sobre Dante. No ha sido como las otras veces. Han sido más agresivos. ¿Cree que sospechan que les está ayudando?

Colomba se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, pero estoy segura de que lo descubrirán, de una manera u otra, si nos quedamos aquí. Hoy es el último día, se lo prometo.

—Estoy un poco asustada —murmuró Wanda—. Al principio me parecía como un juego, pero ahora...

—Lo sé. Dante y yo negaremos que sean nuestros cómplices. Es lo mínimo. Y en cuanto nos hayan detenido no van a perder demasiado tiempo con ustedes.

—Habla usted como si estuviera segura de que van a detenerla.

—Porque lo estoy —estrechó la mano de Wanda—. Gracias por todo.

Colomba esperó a que Wanda saliera, luego volvió a la sala de estar donde Dante, sentado en el sofá, observaba tres cajas con la marca de una empresa de artículos deportivos colocadas en la alfombra, en medio de la sala.

—Ha llegado Papá Noel —dijo.

—No, eso no. Por hoy ya estoy de padres hasta el moño —dijo Colomba intentando asumir un tono ligero. Y volvió a pensar: *Ahora no*.

Le pidió a Dante que la ayudara y juntos abrieron las cajas y depositaron cuidadosamente el contenido en el suelo: había un traje completo de buceo de diez milímetros, con capucha de invierno, una linterna frontal, una botella de quince litros y un magnetómetro portátil para detectar metales.

—¿Estás segura de que sabes cómo utilizarlo? —preguntó Dante.

—Han pasado tres años desde la última vez, pero creo que aún me acuerdo de todo —dijo—. ¿O quieres intentarlo tú?

—Yo estaría muerto antes de tocar el agua.

—Entonces tendrás que maniobrar el cabestrante —Colomba estudió el ordenador de pulsera, mucho más sofisticado que el profundímetro al que estaba acostumbrada. Este calculaba incluso la duración del aire según la profundidad y los tiempos de ascensión. Decidió leer las instrucciones de arriba abajo, porque esa noche iba a tener que confiarle su vida.

Porque esa noche iba a sumergirse en la cantera.

A las ocho, Los Amigos del Río empezaba a poblarse con la clientela nocturna, más variada y joven que la de la tarde. Varias parejas asistían con frecuencia incluso durante los días laborables, mientras que los parroquianos más viejos volvían para sus casas, a lo mejor para dejarse ver de nuevo después de la cena y tomarse un licor, por lo menos quienes estaban lo suficientemente en forma como para moverse en bicicleta.

Se colocaron en su sitio los tableros de ajedrez y se prepararon las mesas con manteles a cuadros blancos y rojos, elegidos a propósito por el encargado para que recordaran las fondas de antaño; por el aire comenzó a extenderse el olor a sofrito de cebolla, en el que al poco rato iban a guisarse las ranas, la especialidad del local. El cocinero, que estaba escribiendo el menú de la cena en la pizarra de baquelita, fue el primero en fijarse en la luz azul que destellaba sobre el Alfa Romeo estacionado frente a la entrada y en los dos hombres de paisano que se bajaron. Uno tenía un bigote entrecano, la cara angulosa y complexión atlética; el otro era pequeño y calvo: entraron y se dirigieron directamente hacia la barra. El cocinero pensaba que traían problemas y alguno de los jugadores de damas más viejos hizo una mueca olfateando olor a pasma. Los Amigos del Río existía desde principios del siglo xx, aunque desde entonces había cambiado mucho, y hasta el inicio de los sesenta había sido el punto de encuentro de la llamada *ligera*, la delincuencia lombarda que no utilizaba armas, extinguida hacía ya tiempo. Cuántos de los antiguos miembros estaban todavía en circulación era algo que no se sabía, pero los supervivientes no habían perdido la costumbre de pasar por allí.

El policía del bigote entrecano mostró la identificación al hostelero, quien leyó el nombre: subcomisario Marco Santini.

—Buenas noches —dijo—. Estamos buscando a dos personas.

El calvo sacó del bolsillo dos fotografías: una mujer hermosa y un hombre que parecía desnutrido, con la mirada intensa de un cantante de rock.

El hostelero negó con la cabeza.

—Lo siento, no los he visto. ¿Están seguros de que han pasado por aquí?

Santini llevó el dedo índice a la imagen del hombre.

—Este es el hijo de Annibale Valle. Ya sabe de quién estoy hablando, ¿verdad?

El hostelero se sobresaltó, preocupado.

—A Annibale lo conozco bien, pero nunca ha venido por aquí con su hijo. ¿No es ese que...?

—Es ese —zanjó Santini.

—En los periódicos parecía diferente. ¿Le han preguntado a Annibale?

Santini miró al hostelero como si hubiera dicho una animalada. En ese momento, un anciano de poco más de un metro y medio de alto se acercó a la barra con el vaso vacío, haciendo entender por señas que quería que se lo rellenaran. Llevaba un par de enormes gafas y unos auriculares igual de enormes que desaparecían entre los mechones de pelo de sus pabellones auditivos.

—Espera un segundo, que ya voy —dijo el hostelero. Luego se dirigió a los policías—. ¿Puedo hacer algo más por ustedes?

Santini negó con la cabeza y comenzó a recoger las fotos, pero se topó con la mano del anciano. El hombre farfulló algo en dialecto que no entendió.

Santini miró al calvo.

—¿Tú has entendido?

El compañero asintió. Había nacido en Brescia y el dialecto en aquella zona era parecido al suyo.

—Ha dicho que lo ha visto.

—¿A Torre? ¿Cuándo? —preguntó Santini.

El anciano farfulló otra vez, y el policía se enteró de que había sido el día anterior. Torre se había sentado a charlar con el viejo hasta que una mujer con el pelo rojo fue a recogerlo. Se fueron con un tipo gordo al que a menudo se veía por allí, uno que tenía dinero.

Santini miró al hostelero, ahora decididamente incómodo.

—Les juro que no me di cuenta. Ni siquiera vi entrar a Annibale.

—Porque el gordo es Annibale Valle, ¿verdad? —preguntó Santini.

—Flaco no es —respondió el hostelero, al darse cuenta de que había dicho algo de sobra.

Santini levantó la mano para acallar las protestas, luego le pidió a su compañero que transcribiera los datos del viejo. Estaban en el lugar correcto, con solo veinticuatro horas de retraso. Dentro de poco esa historia habría terminado y él dejaría de ocuparse de locos fugados y de niños. Dios, los niños... Había empezado a soñar con ellos por la noche.

Los dos policías salieron y el viejo volvió, con el vaso lleno, a la partida de damas que había dejado. Descubrió que su adversario, tan viejo como él y con las manos tatuadas con tinta azul, se había cruzado de brazos y ahora lo miraba con desprecio negándose, a pesar de la insistencia del otro, a reanudar la partida.

De pie sobre el eje del camión, Colomba terminó de fijar la botella al chaleco hidrostático con la ayuda poco más que simbólica de Dante. Se ató el lastre en la cintura y metió en el cinturón un pequeño martillo con la punta plana, como los que utilizan los cazadores furtivos de mejillones, y una pequeña linterna sumergible. El traje se adaptaba bien a su cuerpo, mientras que los escaarpines de neopreno de las aletas le iban medio número demasiado pequeños, pero podía soportarlo. Se anudó en la frente la lámpara y la probó, rompiendo la oscuridad unos cincuenta metros a su alrededor.

—Pareces preparada para luchar contra Alien —dijo Dante.

—Espero que no sea necesario —respondió ella. Aspiró de la boquilla para verificar el flujo de aire. Costaba un poco, así que aflojó la válvula.

—Acuérdate de abrir la botella.

—Un consejo de experto. Ayúdame a bajar.

Saltó al suelo desde el eje y él la cogió de la cintura. Se encontraron casi abrazados por unos momentos, y de manera impulsiva Dante la abrazó en serio.

—Ten cuidado ahí abajo —le susurró, poniendo la barbilla sobre su hombro.

Colomba devolvió el abrazo por unos instantes, luego se soltó con suavidad.

—No es tan peligroso como crees.

—¿Y si tienes un ataque? —preguntó.

Colomba suspiró. Prefería no pensar en ello.

—Será mejor que no lo tenga, controlar la respiración es lo más importante cuando uno está conectado a una botella.

—Si quieres tengo un Xanax o dos...

—Sería peor: tengo que estar lúcida.

A la luz de la linterna de Dante se acercaron al borde del lago de la cantera, que de noche parecía negro como la pez. Alrededor solo había oscuridad. Al llegar habían visto un par de coches de parejas que iban a hacer el amor entre los árboles, pero nadie los había molestado. Colomba miró el agua del lago. El traje la protegería un poco del frío, pero en el fondo el agua estaría alrededor de los doce grados, tal vez menos. Hubiera preferido tener un traje estanco. Con su licencia avanzada era capaz de utilizarlo, pero tendría que haberlo comprado personalmente. Por no hablar de que era más difícil de encontrar.

—Según el viejo mapa —dijo Dante iluminando el suelo con la linterna—, de aquí partía el camino para la cantera. Así que supongo que el grupo del Padre llegaría

en esta dirección con el camión volquete.

—Y que los bidones están aquí debajo —añadió Colomba—. Pero depende de la forma en que fueran bajados y de cómo los haya movido la corriente todos estos años.

El espejo de agua era grande, de unos cuatrocientos cincuenta metros de largo y doscientos de ancho en el punto máximo, con numerosas gargantas y cuevas excavadas. Colomba no sería capaz de explorarlo todo, no sola y de noche. Solo tenía que confiar en que sus intentos fueran acompañados por ese poquito de suerte que hasta entonces no había tenido.

—Esperemos que esto funcione como dice el folleto —dijo Dante pasándole el magnetómetro. Parecía un torpedo de treinta centímetros de largo, con un asa a lo largo de la parte superior y un anillo de LED en la punta. Cuando Colomba lo encendió, la LED destelló pasando del rojo al verde, mientras el aparato zumbaba y vibraba ligeramente. Lo habían probado en casa de Wanda y habían localizado sin esfuerzo las tuberías en las paredes, pero cómo se comportaba en el agua era difícil decirlo. Dante lo había ajustado a una sensibilidad media, para que no reaccionara con cada moneda.

Colomba se lo fue pasando de una mano a la otra, luego hinchó el chaleco de modo que la sostuviera los primeros metros a nado, mientras se alejaba de la orilla. Las paredes de la cantera eran verticales, pero irregulares y probablemente cortantes.

El móvil de Wanda sonó con suavidad en el bolsillo de Dante.

—¿Lo has dejado encendido? —preguntó Colomba.

—Por los imprevistos —dijo Dante. Contestó, y Colomba se dio cuenta de que algo andaba mal, porque a la luz de la pantalla pareció ponerse aún más pálido—. Lo entiendo. Está bien. Gracias. Mucha mierda —terminó la conversación, luego sacó la batería y se metió el teléfono en el bolsillo.

—¿Qué pasa? —dijo Colomba.

—Era Wanda. Me estaba llamando desde el lavabo con el teléfono inalámbrico. La policía fue a casa de mi padre. Dijo que saben que nos vimos.

—No fue una buena idea llamarte por teléfono —dijo Colomba—. Rastrearán la llamada.

—¿Cuánto tardarán en encontrarnos? —se informó Dante.

—La autonomía de la botella a veinte metros de profundidad, que es el punto más profundo de la cantera, es de alrededor de una hora —respondió Colomba—. Yo diría que habremos terminado antes de que lleguen. Y también tendremos tiempo para marcharnos. A menos que en Cremona sean más eficientes que en el resto del mundo.

—Entonces será mejor moverse.

Colomba se deslizó en el agua, que comenzó a filtrarse lentamente en el traje y a calentarse con el calor del cuerpo. Dio un par de brazadas, a continuación se puso en posición vertical y deshinchó el chaleco abriendo la válvula. De inmediato empezó a hundirse.

Bajó con lentitud, deteniéndose cada tres metros para compensar, tapándose la nariz y soplando. El agua en la cantera, iluminada por la lámpara, brillaba con tonos verdes y morados y era más transparente de lo que le había parecido al ver la superficie cubierta por vegetación flotante y ramas podridas. Vio también un par de lucios iridiscentes cruzando a toda velocidad y una enorme carpa, de casi un metro de largo. En posición neutra, a diez metros de profundidad según el ordenador de pulsera, por un momento olvidó por qué estaba haciendo la inmersión y se deleitó con ese fantástico paisaje. Luego deshinchó de nuevo el chaleco y volvió a bajar, esta vez sin disminuir la velocidad, hasta poco más de un metro del fondo. Reajustó su equilibrio, para no tocar con la punta de las aletas, levantando el limo y enturbiando el agua, que se había vuelto decididamente fría, aunque soportable. Rodó sobre sí misma para iluminar la pared que quedaba a su lado, cubierta de nudibranquios y pequeños mejillones, luego el centro del lago, que desaparecía en la oscuridad.

Se sintió por un segundo minúscula en ese espacio y pensó que nunca lograría encontrar a tiempo lo que estaba buscando, eso en caso de que realmente estuviera ahí. De todos modos encendió el magnetómetro y lo mantuvo apuntado hacia abajo, mientras se empujaba hacia dentro usando las aletas.

Casi de inmediato el detector parpadeó en color rojo, y Colomba sintió que el corazón le latía en la garganta. Tendió una mano para tocar el fondo, pero solo descubrió una cadena que parecía la de un ancla, recubierta de mejillones y de algas. *No puede salirte bien a la primera*, pensó. Volvió a nadar, moviéndose en espiral, y el detector se activó numerosas veces, haciéndole encontrar chatarra que tenía poco que ver con lo que estaba buscando. Localizó un pedazo de un ciclomotor, un tanque de gasolina, cajas que habían contenido cebo o comida, otras cadenas y cables de metal, la punta de una piqueta, e incluso un televisor. Se preguntó quién se habría molestado en llevarlo hasta allí para tirarlo, pero sabía que los idiotas siempre tienen tiempo que perder.

Tras unos veinte minutos de búsqueda infructuosa, echó un vistazo al ordenador de pulsera. Le quedaba aire para treinta y seis minutos. Calculando que emplearía por lo menos cinco para subir, si quería evitar el riesgo de sufrir una embolia, aunque a esa profundidad fuera poco probable, tenía que encontrar un sistema mejor, y rápido.

Se esforzó por recordar el mapa de la cantera que había estudiado en la pantalla del móvil de Wanda, con el que por suerte se podía acceder a Internet, aunque con una lentitud embarazosa. Dante no se equivocaba sobre el camino de acceso, pero era posible que el Padre y sus secuaces hubieran desplazado el volquete a un lugar distinto a la entrada de la cantera. Es más, considerando los resultados de las exploraciones de Colomba, ahora era casi seguro. Pero ¿por qué no se habían deshecho inmediatamente de los bidones? ¿Por qué perder el tiempo, con el peligro de empantanarse? Lo comprendió de inmediato al iluminar la pared frente a ella, la opuesta a por donde había entrado, que parecía presentar un saliente. Nadando en esa dirección, se encontró con que durante diez metros la pared no caía de manera

vertical, sino que se inclinaba más suavemente hacia el centro de la cantera.

Colomba deseó que los secuaces del Padre se hubieran comportado como todos los soldados en el mundo, con insignias o no, y que para evitar un esfuerzo inútil en vez de transportar los bidones los hubieran hecho rodar por la pendiente hasta el fondo, que ya en esa época debía de ser fangoso, o contener unos metros de agua.

Partió desde el final del declive, nadando lentamente en pequeños círculos. El detector de metales destelló una sola vez, a unos cinco metros de la pared. Colomba tocó el fondo, y encontró debajo del limo un estrato más duro y compacto. Se sacó el martillo del cinturón y lo utilizó para raspar la capa de arcilla. El agua se volvió turbia y a la luz le costaba abrirse camino a través de los detritos, pero siguió excavando hasta que la punta de la herramienta chocó con algo elástico.

Se metió de nuevo el martillo en el cinturón y prosiguió con las manos. Notó un perfil redondeado, luego distinguió en el barro el extremo superior de un bidón de doscientos litros. Descubrió que estaba hecho de un material que parecía un plástico grueso, con duelas externas de acero. No era el clásico bidón de gasolina, por tanto, pero cuando al lado del primero vio un segundo y un tercero supo que había encontrado lo que buscaba. Para marcar el lugar encendió la pequeña linterna que llevaba en su cinturón y la colocó en el agua con la luz dirigida hacia arriba, luego nadó deprisa al otro extremo del lago, hinchó ligeramente el chaleco, temblando de impaciencia en cada una de las dos etapas de descompresión que se concedió. Mientras salía a la superficie sintió un agudo dolor en el arco dental superior e intuyó que tenía microfracturas en las que se habían introducido burbujas de aire, que al expandirse ejercían presión sobre las raíces. El legado de una de las dos explosiones a las que había sobrevivido, sin ninguna duda.

Salió a pocos metros de donde se había sumergido, y Dante corrió a su luz arriesgándose a caer en el agua.

—¡CC! ¡Has vuelto!

Ella se quitó el regulador y jadeó al aire libre, casi incapaz de hablar por el dolor en los dientes, que por suerte disminuyó rápidamente.

—Sí. Tienes que mover el camión al otro lado.

Dante entendió.

—¿Los has encontrado? —susurró, casi con incredulidad.

—Sí. Son extraños, pero será más fácil engancharlos. ¿Puedes hacer tú la maniobra?

—Claro, aunque tuviera que empujarlo a mano.

—Te espero en la otra orilla.

Colomba nadó hasta la orilla opuesta del lago y se detuvo donde imaginaba que empezaba la pared. Miró el ordenador de pulsera: le quedaban unos quince minutos de aire a veinte metros. Era mejor que no se hiciera un lío con los cables.

Los faros salieron de la oscuridad y ella agitó los brazos para indicarle a Dante dónde debía detenerse y girar el camión. Junto a la orilla había árboles caídos,

dejados allí para que se pudrieran y preservar el ecosistema, y la maniobra fue difícil, pero al final Dante logró colocarse en la posición adecuada, con las ruedas tocando la orilla. Echó el freno de mano, salió de un salto, bajó el portón trasero y se subió a la plataforma.

Colomba lo vio hurgando durante unos minutos a la luz de la linterna, después oyó accionarse el motor eléctrico del cabestrante y el cable empezó a desenrollarse. Dante lo soltó unos metros, luego bajó de un salto, cogió los dos ganchos por los extremos y corrió en el barro para dárselos a Colomba.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Tú sigue soltando cable hasta el final. Debería sobrar un poco, pero no importa. Yo lo guiaré en el agua procurando que no se quede atascado.

—¿Y cuando lo hayas enganchado?

—Empezaré a tironear y confío en que lo notes —dijo Colomba—. Ten en cuenta que para engancharlo voy a necesitar unos minutos. Si notas unos tirones antes de que se haya terminado de desenrollar el cable, eso significa que lo estoy desencallando. Si no lo consigo, vuelvo a subir, pero espero no tener que hacerlo porque me queda poco aire.

—De acuerdo.

Colomba se puso de nuevo la boquilla, se dio la vuelta y se dirigió hacia el centro del lago, arrastrando con cierta dificultad el extremo del cable. Con este se iría al fondo mucho más rápido y tendría que compensar frenéticamente si no quería que le estallaran los oídos.

Dante se subió otra vez a la plataforma y volvió a accionar el cabestrante. Vio la luz de Colomba desapareciendo bajo el agua y habría dado lo que fuera para estar con ella y asegurarse de que todo iba bien en la fase más delicada del trabajo. Un trabajo que, pensándolo bien, había comenzado veinticinco años atrás, cuando había huido del silo y había contado su historia, con la esperanza de que alguien le creyera.

El cable continuó corriendo hasta que el motor se paró automáticamente al llegar al último metro. Habían pasado cuatro minutos, y Dante esperó contando para sí los segundos. Dos minutos más tarde, le pareció notar una especie de vibración, y puso la oreja encima del cable para estar seguro. La vibración se repitió, rítmica. Dante se dio cuenta de que era la señal que estaba esperando: Colomba había enganchado el bidón. Regresó a los controles, pero antes de accionarlos oyó un crujido al lado de la camioneta y el ruido de unas botas hundiéndose en el barro. Se dio la vuelta y se quedó sin aliento. De pie junto al agua, iluminado solo por el reflejo de la luna, el Padre lo observaba con sus terribles ojos.

Colomba golpeó con el martillo el cable enganchado al bidón, luego volvió a dar un tirón, pese a que se daba cuenta de que lo movía poquísimo. El cable continuó igual de inerte y Colomba se maldijo por no haber hecho comprar al compinche de Valle un par de radiotransmisores de buceo. Por desgracia, nunca antes había realizado una recuperación subacuática y lo había pensado solo después de haber hecho la inmersión. Comprobó el ordenador y vio que le quedaban seis minutos de aire. Tenía que volver a subir.

Se colocó el martillo en el cinturón e hinchó el chaleco. Cuando llevaba la mitad de la subida, de nuevo empezó a notar dolor en los dientes, que persistió durante toda la fase de descompresión. Cuando llegó a la superficie, se quitó de inmediato la boquilla, pero se detuvo antes de gritar: «¡Muévete, cabezón!».

Dante estaba de rodillas en el barro, las manos en la cara, gimiendo. De pie, detrás de él, un hombre corpulento estaba apuntándole en la nuca con una pistola de un cañón exageradamente largo. Llevaba silenciador, comprendió Colomba. Cuando el hombre desvió la mirada hacia ella, Colomba vio sus ojos brillar como hielo a la luz de la lámpara y lo reconoció.

—Apaga —la conminó el hombre al que Dante llamaba el Padre y Pinna llamaba el Alemán. Su voz parecía un susurro sosegado, pero era capaz de atravesar los metros que los separaban—. Apágala de inmediato o le pego un tiro en la cabeza.

—Ahora lo apago —jadeó Colomba—. No le hagas daño —alcanzó el interruptor con la mano derecha y lo pulsó. La orilla se sumió en la oscuridad y ella se dio cuenta de que estaba a la vista, con el reflejo del lago detrás de ella, y que probablemente el Alemán estaba apuntándole para disparar. Los pulmones se le cerraron de inmediato, mientras la oscuridad pareció latir con siluetas aún más sombrías. Colomba ya no distinguía las formas reales de las creadas por su mente. Retrocedió de manera instintiva y perdió el equilibrio, cayendo hacia atrás arrastrada por el peso de la botella. El golpe retumbó en su cabeza, con una punzada cegadora. Los pulmones se reabrieron y tragó aire y agua, tosiendo desesperadamente.

—Ponte de pie —siguió diciendo el Alemán—. Ponte de pie o disparo.

—Lo estoy... haciendo —balbució Colomba—. Me he caído.

—No me importa. Tienes dos segundos para levantarte. Muévete.

Colomba resbaló dos veces en el fondo cenagoso, luego consiguió ponerse a cuatro patas, mientras seguía tosiendo.

—Me quito... me quito la botella, de lo contrario no voy a poder —imploró.

—Date prisa.

Ella prosiguió, sacándose el chaleco con todo el arnés. Más ligera, se las arregló para ponerse en pie de nuevo. Sus ojos se habían adaptado un poco a la oscuridad y ahora veía la pistola del Alemán, que seguía apuntando a la cabeza de Dante. Este permanecía inmóvil, con las manos sobre la cara, llorando con un gemido prolongado y agónico.

—No le hagas daño —repitió Colomba—. Ya le has hecho demasiado.

—Pero está vivo, ¿no?

—No será gracias a ti.

El Alemán se rio en voz baja, y fue casi peor que oírlo susurrar.

—¿De verdad crees que es por casualidad? Venga. Camina hacia mí.

—¿Y cuando llegue allí?

—Andando. Ya hemos hablado lo suficiente.

Colomba sabía que en cuanto ella saliera del agua iba a dispararle. El Alemán no podía arriesgarse a que su cuerpo cayera al lago y se deslizara hacia dentro o se hundiera. Quería hacerlo desaparecer. Con el camión y Dante.

Colomba dio un paso, luego otro. El agua ahora le llegaba hasta las rodillas.

—Dime qué quieres —dijo.

—Solo que te acerques —en la oscuridad, Colomba vio al Alemán mover la mano que sostenía el arma, levantándola en su dirección—. Venga, adelante. Un paso más —dijo.

El cañón de la pistola estaba en línea recta con su cara. Colomba pensó en meterse en el agua y huir, pero sabía que no iba a llegar a tiempo. Y esa podía ser una muerte piadosa y rápida. Bastaría un único disparo. No sentiría nada. Y sobre todo no viviría el horror de ver a Dante morir delante de ella. No era una heroína, y solo Dios sabía cuánto miedo había sentido en su vida. Pero en ese momento, ante el llanto desesperado de Dante, habría hecho lo que fuera para consolarlo, o salvarle la vida. Aunque fuera por un segundo, el tiempo que emplearía el Alemán en matarla.

Alzó la pierna para dar el paso que la llevaría definitivamente a lo seco. La aleta salió del agua levantando cieno y cañas secas. Colomba lo percibía todo en ese momento, cada pequeño detalle, como si estuviera tallado en cristal. El susurro de los árboles, el chapoteo del agua y el llanto lastimero de Dante, que cesó de repente. Vio su cabeza levantándose y girándose hacia el hombre al que había llamado el Padre.

—¡Tú no eres él, hijo de puta! ¡No eres él! —gritó. Y saltó sobre el hombre, agarrándole la mano armada.

El Alemán apretó el gatillo. Colomba oyó el resoplido del silenciador y la bala rebotando sobre el agua a poca distancia de ella. Pero ya se había movido. Corrió todo lo posible con las aletas en los pies y se tiró sobre el Alemán, que había golpeado a Dante con el puño, enviándolo al suelo cuan largo era, y estaba levantando el arma en su dirección.

Colomba no cometió el error de apuntar al brazo armado. Se arrojó en cambio contra el pecho del Alemán y lo golpeó en la cara con la frente. Le pareció chocar contra el tronco de un árbol. El Alemán ni siquiera se tambaleó, sino que le clavó una rodilla en el estómago y la golpeó en la sien con la culata de la pistola. Si Colomba no hubiera llevado la capucha, habría quedado neutralizada por la violencia del golpe, pero la culata resbaló sobre la goma. Rodó por la hierba, sintiendo cómo el suelo resoplaba otras dos veces cerca de su cabeza mientras el Alemán apretaba el gatillo. Entretanto Dante se había recuperado y había hundido sus dientes en la pantorrilla del hombre, mordiéndolo a rabiar. Esta vez el Alemán bufó de dolor; apuntó el arma hacia Dante, pero no apretó el gatillo. Mientras se arrastraba hasta él, Colomba sacó del cinturón el martillo para mejillones. Permaneció de rodillas y lo descargó con toda la fuerza que tenía, atravesando la punta del pie izquierdo del Alemán, cortándole la bota y rompiendo el hueso, luego lo utilizó para golpear la muñeca de la mano armada. El Alemán dejó caer la pistola. Colomba no intentó recuperarla, sino que continuó golpeando al Alemán en el cuerpo, en la cara, en las rodillas, mientras Dante lo agarraba por detrás intentando echarlo al suelo. Juntos lograron derribarlo. Dante le sujetó las piernas, Colomba le aplastó el rostro contra la orilla, haciéndole respirar tierra. Temblando de adrenalina y de rabia, levantó el martillo para golpearlo en la nuca y se detuvo en el último momento para desviar el golpe a la mejilla, que hirió haciendo saltar un puñado de dientes en un chorro de sangre. El Alemán gritó, con la boca llena de barro, retorciéndose como un oso herido, pero Colomba le mantuvo apretada la cabeza con las manos hasta que dejó de moverse.

Luego le dio la vuelta y le limpió la cara para que pudiera respirar. Encendió la linterna frontal y le iluminó el rostro desfigurado. Se sorprendió al verlo de cerca: era un viejo de pelo blanco, con la nariz arrugada.

Dante se apartó arrastrándose y se cubrió de nuevo el rostro. Colomba se agachó hacia él sin apartar los ojos del Alemán.

—¿Cómo estás?

—Me siento morir.

Colomba le pasó un brazo sobre los hombros.

—No, no vas a morir. Has estado fantástico.

—No puedo hacerlo, CC. Es demasiado. Es demasiado.

Colomba lo estrechó.

—Dante. Todavía te necesito. Por favor, no me dejes sola.

Dante respiró pesadamente durante unos segundos.

—¿Qué tengo que hacer?

—Ayúdame a atarlo. Antes de que recupere el conocimiento. De lo contrario tendré que golpearlo de nuevo, y esta vez moriría.

Dante la miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Y eso sería algo malo?

—Sí. Lo sería.

Dante se secó los ojos y Colomba le dio una mano para que se levantara.

—¿Te ves capaz? —le preguntó.

—Nunca me he sentido tan mal.

—Eres un hombre afortunado. Ve a ver si hay algo en el camión para atarlo.

Dante se alejó, caminando con esfuerzo, y Colomba se palpó para comprobar si tenía algo roto. Parecía que no, aunque sentía dolor por todas partes, pero era tal la alegría de tener delante al hombre de las pesadillas de Dante, por fin inerte, que casi no se dio cuenta de ello. Sin perder de vista ni un solo momento al Alemán, se agachó para buscar la pistola que se le había caído. La encontró clavada en el barro por el cañón. Era una Glock 19, con culata de plástico. Colomba sacó el silenciador, porque no sabía apuntar con eso, y encañonó al prisionero, que estaba parpadeando.

—¿Quién eres? —le preguntó.

El hombre no respondió. Se quedó respirando roncamente, con la cara goteando sangre vuelta hacia el cielo.

Dante regresó con dos rollos de cinta de embalar.

—Eso puede ir bien —dijo, con la voz un poco más firme.

—Átale primero los pies, luego las manos —dijo Colomba.

—Okey.

—Pero en ningún momento te interpongas entre mi blanco y yo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Dante se acercó al Alemán y comenzó a pasar la cinta adhesiva alrededor de los tobillos. De cerca se dio cuenta de que el pie que Colomba había golpeado con el martillo había sido atravesado de parte a parte, y que fragmentos de hueso brillaban en la sangre. Desvió la mirada para no vomitar, preguntándose cómo era posible que no se quejara.

—¿Por qué has dicho que él no es el Padre? —preguntó Colomba.

—Porque no lo es. No se mueve como él, no camina como él. Cuando lo vi en el hospital no me di cuenta. Aquí, sí.

Colomba se sintió mareada.

—¿Quieres decir que hemos perseguido a la persona equivocada? ¿Él no estaba en el silo?

—Sí, él estaba.

—No te entiendo.

Al acabar con los tobillos, Dante agarró las manos del Alemán y las cruzó sobre el pecho. No ofreció resistencia y continuó mirando al cielo. Dante comenzó a atarlas también, temeroso de que fuera a moverse de golpe.

Al darse cuenta de sus dificultades, Colomba se acercó y presionó la pistola en la frente del prisionero.

—Pórtate bien, ¿vale? —dijo.

Una vez más, no reaccionó.

—He dicho que no es el Padre. Es el hombre al que vi aquella noche, pero no el que entraba con la capucha en la cabeza y gafas oscuras para darme clases. Creo que es algo más bajo y sin duda alguna más robusto. Cuando lo vi a través de la grieta en el silo, lo relacioné con el Padre, pero era el único ser humano al que veía con la cara descubierta en once años de cautiverio. Me equivocaba —terminó de atarle las muñecas y se puso de pie para admirar su trabajo—. Él no se ocupaba de los prisioneros como yo. Ahora tengo claro que su trabajo era otro.

Colomba observó ese rostro inexpresivo.

—El asesino. ¿Entonces tu llanto era toda una farsa?

—Digamos que a partir de cierto punto en adelante. Mientras me creyera completamente indefenso, no perdería demasiado tiempo conmigo —se volvió hacia Colomba—. ¿Qué hacemos con él ahora?

—Con él, nada. Tenemos que terminar de subir el bidón.

Dante asintió.

—¿Podemos hacerlo aunque no acompañes el gancho?

—No tenemos elección. No me queda más aire en la botella, y en cualquier caso estoy demasiado maltrecha para bucear. Solo tenemos que confiar en que no se quede encallado.

—De acuerdo entonces. Voy a accionar el cabestrante.

Dante se movió para subir de nuevo a la camioneta, pero la noche se vio repentinamente interrumpida por la luz de las linternas. Alguien gritó, sonó de forma ensordecedora la sirena de un coche patrulla.

El Alemán les había hecho perder demasiado tiempo: la policía ya había llegado.

Colomba y Dante, temblando de frío y cubiertos de barro y sangre, fueron registrados y esposados con las manos a la espalda, mientras los policías procedentes de las comisarías de Cremona y Milán salían en tropel por el camino entre los árboles y las patrullas se colocaban en círculo para iluminar con sus faros.

Cuando el área estuvo asegurada, Santini ordenó que le proporcionaran los primeros auxilios al hombre atado que yacía sobre la hierba y que llamaran a una ambulancia.

Colomba pensó en lo poco que les había faltado para recuperar el bidón. Diez minutos, quizá menos. Después de todo lo que habían hecho, habían sido derrotados en el último instante. Fue el peso de esa derrota, más que la vergüenza de ser detenida, lo que le hizo bajar la mirada. Dante, encerrado en sí mismo, solo lograba pensar que iban a meterlo en algún lugar oscuro y que nunca más volvería a ver el cielo.

Santini se acercó a ellos con las manos en los bolsillos, sin haber sacado en ningún momento su arma reglamentaria. Parecía casi tan cansado como Colomba y Dante.

—¿Quién es ese tipo medio muerto, Caselli?

Colomba levantó la cara y fingió estar tranquila.

—Lo llaman el Alemán. Trabaja para el Padre.

—Y dale con ese Padre... Caselli, ya basta. Nadie creerá que estás tan loca como tu amigo.

—Entonces ¿qué crees que está haciendo aquí?

—No lo sé. Pero he descubierto que no me importa. He terminado mi trabajo aquí.

Colomba apretó los dientes, que castañeteaban de frío.

—Qué fácil, ¿no?

—Tú también tendrías que haberlo hecho. Hace un montón de tiempo —un agente le pasó a Santini la Glock envuelta en una bolsa transparente—. ¿Es tuya? —le preguntó de nuevo a Colomba.

—No, es suya —respondió Colomba—. Y nos ha disparado con ella. Pídeles que hagan un *Stub* y te darás cuenta.

Santini se volvió hacia el Alemán, que tenía las heridas cubiertas por las vendas de los primeros auxilios prestados por un par de agentes. Del pie seguía brotando sangre a pesar de que estaba completamente vendado.

—¿Ha oído lo que dicen? ¿Es cierto que intentaba matarlos?

—No sé quiénes son —susurró el Alemán—. Ellos me han agredido.

Santini pidió la documentación del hombre. Sabino Montanari, leyó.

—¿Y qué estaba haciendo aquí, señor Montanari?

—Daba un paseo.

—¿De noche?

—Por favor... me encuentro mal. ¿Puede liberarme, por favor? —seguía teniendo las manos y los pies atados con cinta adhesiva.

—Tal vez más tarde —dijo Santini—. ¿Dónde diablos está esa ambulancia? —gritó.

—Está llegando, diez minutos —contestó el inspector del SIC que lo acompañaba, el que hablaba el dialecto del norte—. Ha habido un accidente grave en la provincial y todas las unidades móviles de urgencias están ocupadas.

—¡Qué puta ciudad! —murmuró Santini—. Haz que se lleven de aquí a Caselli y su amigo. Directos a Roma, ¿okey?

—Está bien. ¿Y él? —dijo señalando al Alemán.

—Pásaselo a los compañeros de Cremona. Que sean ellos los que decidan.

El inspector dio instrucciones. Colomba temblaba de frío y de rabia.

—Santini... ¡En el lago está la prueba de lo que decimos! —gritó—. ¡Basta con que hagas subir el cabestrante! ¡Hay un bidón atado!

—¿Y en el bidón está el Padre? —Santini se echó a reír.

—Solo necesitas cinco putos minutos...

—Cinco minutos de más. Hasta luego, Caselli.

Les dio la espalda a los detenidos y se encaminó hacia la orilla del lago, encendiéndose un cigarrillo. Le dolía el estómago y solo quería echarse un sueñecito. Pero, antes, darse un baño, y antes aún, algo fuerte en el vaso. Quizás más de un vaso.

—Pero ¿de verdad van a dejarlo todo así? —dijo Dante perdido, mientras los agentes los empujaban hacia las patrullas en el linde de los árboles.

—Pondrán vigilancia en la zona y esperarán a la llegada del magistrado de Cremona —explicó Colomba—. En ese momento será él quien haga que suban el bidón. Tal vez.

—¿Y qué van a hacer?

—Será transportado a un laboratorio de la Científica y lo abrirán.

—Desaparecerá durante el viaje —observó Dante—. O en el laboratorio. Y pasará demasiado tiempo. Tenemos que sacarlo ahora, CC. Antes de que el Padre se dé cuenta de que tiene que hacer desaparecer las pruebas. Hacer desaparecer a los niños...

—Dante... lo hemos intentado...

Dante miró a su alrededor febrilmente y su atención se posó sobre Santini. ¿Cómo no se había dado cuenta aún?

—Todavía nos queda una oportunidad —dijo señalándolo con la barbilla.

—Vosotros dos, ya basta de hablar —los conminó uno de los policías que los escoltaban.

—Que te den por culo, pingüino —respondió Colomba y en su tono vibraba una autoridad tan profunda que el policía se calló—. Santini está de acuerdo con De Angelis —le dijo luego a Dante.

—Pero no con el Padre —dijo Dante, frenético.

—¿Por qué lo piensas?

—Míralo. Mira sus hombros encorvados, las manos en los bolsillos. Si estuviera contento con lo que está pasando, se golpearía el pecho igual que un gorila. En cambio, está en crisis. Sabe que hay algo que no cuadra —entonces, en voz alta, añadió—: ¿Verdad que se ha dado cuenta, Santini? Hay algo que no cuadra. Y se está preguntando si alguien no le habrá tomado el pelo.

Santini no se volvió, pero Colomba vio que su espalda se ponía rígida. Los policías que sujetaban a Dante lo sacudieron para que siguiera su camino hacia la línea de los árboles. Opuso resistencia y un tercer agente llegó para ayudar a sus compañeros a levantarlo a pulso.

—Tal vez es que tampoco le gustan los niños —siguió gritando Dante—. ¡Pero el día que descubra que Luca Maugeri y Ruggero Palladino murieron en una jaula, no podrá volver a dormir de noche! Porque habrá sido culpa suya. Porque no tuvo el valor de actuar según su conciencia.

Santini se volvió, con la cara crispada.

—¿Quién es Ruggero Palladino?

Los policías se detuvieron para dejar que su superior hablara con los detenidos.

—Otro muchacho que raptó el Padre —respondió Dante—. Como yo. Con la ayuda de ese hombre que está atado en el suelo. Y creo que hay otros esperando a ser liberados, aunque de esto no puedo estar seguro.

—Su secuestrador lleva muerto veinticinco años, Torre. Usted está delirando —dijo Santini. Pero, una vez más, Colomba se dio cuenta de que no tenía la brutal certeza de otras ocasiones. Dante tenía razón, Santini estaba en crisis.

—¿Entonces por qué el Alemán ha intentado matarnos?

—No sé lo que ha sucedido aquí.

Dante sonrió.

—Pero por lo menos sabe que el Alemán es peligroso, ya que ni siquiera le ha desatado las manos. Y si estamos en lo cierto acerca de él, tal vez tengamos razón también sobre los niños. Es eso lo que está pensando.

—No, solo pienso en terminar esta historia —dijo Santini, en un tono que no parecía el suyo.

—Y puede hacer que termine. De la mejor manera. Haga que recuperen y abran ese bidón.

Colomba había permanecido en silencio para no interrumpir la comunicación entre los dos hombres. Pero en ese momento no supo resistirse.

—Yo sé lo que es llevar por dentro el sentimiento de culpa, Santini. Ojalá no te pase a ti, y no por algo así.

Santini estaba a punto de responder, pero se quedó en silencio, porque de pronto se había visto reflejado en los ojos de sus hombres: un policía de mediana edad con una gabardina demasiado ligera para la temperatura de esa noche, a quien los compañeros más jóvenes miraban con temor por sus arrebatos de ira, y los compañeros más veteranos evitaban porque no confiaban en él. Y pensó que tenían razón, porque había muchos tipos de polis, pero la peor clase era aquella a la que ya nada le importaba. No le importaba si se detenía a la persona correcta o a la equivocada, no le importaba si alguien se hacía daño o moría, si tras las rejas había un inocente o un culpable. Porque lo importante era cerrar el caso y que nadie le tocara las pelotas, «seguir el curso de la corriente», como decía su madre. De pequeño soñaba con ser el protagonista de una de esas escenas que se ven en las películas, con el policía que es aplaudido por sus compañeros tras haber realizado una acción heroica, iluminado por una luz angelical, pero ese personaje lentamente se había desvanecido, convirtiéndose en un funcionario gris que sabe desde siempre en qué lado de la mesa hay que sentarse, a quién dar la razón y a quién llevar la contraria. Pero incluso eso, se dio cuenta Santini, incluso su carrera no le importaba ya en ese momento. Se sentía desgastado y viejo, sin esperanzas.

—Sabes lo que me estás pidiendo, ¿verdad? —dijo.

—Sí. Hacer lo correcto. ¿Desde cuándo no te sucede algo así? —replicó Colomba.

Santini cerró los ojos por un instante y luego se volvió hacia los agentes que estaban registrando el camión.

—¿Alguno de vosotros sabe cómo se utiliza ese maldito cabestrante?

El inspector del Norte tomó de la manga a Santini.

—¿Puedo hablar con usted un segundo, doctor?

Santini se liberó.

—No, no puedes. ¿Entonces? ¿Alguien me responde o tengo que hacerlo todo yo? En el camión un agente levantó la mano.

—Yo. Aprendí con mi padre en la obra.

—Precisamente quería yo saber tu vida... Ponlo en marcha y súbelo con lo que tiene amarrado.

—A la orden —dijo el agente.

—¿Y ellos, doctor? —preguntó el policía que sujetaba a Colomba.

—Se esperan.

El policía que había levantado la mano se subió en la caja y puso en marcha el cabestrante. El cable se tensó y se levantó, el motor subió de revoluciones y pareció ir forzado, hasta el punto de que a Colomba le preocupó que se gripara. Luego el cable comenzó a enrollarse despacio, arrastrando su carga. El policía que estaba con los mandos sabía realmente cómo hacerlo, ya que desaceleraba cada vez que oía el motor

demasiado forzado. Los agentes se habían colocado en semicírculo para observar, y hablaban en voz baja entre ellos, intrigados por la espera. El cable se rebobinó durante unos diez metros, luego se detuvo.

—Debe de haberse atascado —gritó el agente del cabestrante.

Santini negó con la cabeza, resignado.

—¡Poneos los guantes! —gritó.

—¿Cómo? —preguntó el inspector del Norte.

—Poneos los guantes y tirad de ese maldito cable, moveos. Vosotros, no —añadió, dirigiéndose a los hombres que vigilaban a los detenidos.

—No vamos a huir, Santini —dijo Colomba.

—No quiero correr el riesgo. Haya lo que haya en el bidón, luego te voy a llevar a Roma, aunque sea a pie.

Los agentes se colocaron a lo largo del cable y lo sujetaron, tirando y levantándolo hasta que el bidón se desencalló con una sacudida. Los policías dejaron el cable y alguno se golpeó las palmas satisfecho.

Finalmente conseguí mi aplauso, pensó Santini casi divertido.

Uno de los agentes más cercanos al lago silbó con los dedos cuando el agua se onduló.

—¡Se ve salir algo! —gritó excitado.

El hombre de los mandos frenó, y el bidón, con incrustaciones de algas y de barro, se deslizó muy lentamente desde el borde del agua hacia la hierba, hasta detenerse a pocos metros de la orilla. El cabestrante fue apagado y dos policías lo liberaron de los ganchos, embarrándose el uniforme.

—¿Tenéis algo para abrirlo? —preguntó Santini.

—Un separador hidráulico —dijo Colomba—. Está en el camión.

Santini dio la orden de buscarlo, y el agente que había manejado el cabestrante lo dejó en el césped, arrastrándolo hasta el bidón. Era una especie de gran pinza conectada a una bomba portátil de aire comprimido. Herramientas de ese tipo eran utilizadas por los equipos de rescate para cortar la carrocería del coche y liberar a los pasajeros atrapados.

Mientras tanto, una ambulancia apareció por fin en la entrada de la pista de tierra y dos paramédicos con chaqueta reflectante sacaron de la cabina la camilla plegable. El inspector del Norte se reunió con ellos y los llevó hasta el Alemán, que fue rápidamente examinado y vendado. Dante no conseguía apartar los ojos de él. Incluso ahora, que sabía quién era, o por lo menos quién *no* era, ejercía sobre él una fascinación morbosa, como una pesadilla hecha carne, más fuerte que la del bidón de plástico finalmente emergido del agua. Los paramédicos le quitaron la cinta adhesiva con un bisturí, luego el inspector esposó al Alemán a la camilla por una muñeca y un tobillo, solo para asegurarse. A pesar de la edad y de las heridas, algo en él lo inquietaba, y era la misma sensación que sentían los camilleros, que no protestaron como habrían hecho en otras ocasiones. Para esposar el tobillo del Alemán el

inspector le levantó el borde de los pantalones, dejando al descubierto un pequeño tatuaje en la pantorrilla. Representaba un pájaro azul vagamente parecido al del logotipo de Twitter, cuyo color se había desvanecido con los años.

Para Dante verlo fue como la picadura de un insecto que aumentaba a toda velocidad y se convertía en una dolorosa buba: todo dentro de su cabeza.

—No es posible —murmuró. Sin embargo, cuadraba, lo colocaba todo junto. *Dios mío... puede ser la explicación*, pensó.

Mientras tanto el policía se había acercado al bidón con el separador. Encendió la bomba y probó la pinza, que se abrió y se cerró resoplando como la mano de un robot de las viejas películas.

Santini se acercó y miró el bidón a la luz de su Maglite. Pensaba que aún estaba a tiempo para echarse atrás. Podía darle una patada y tirarlo de nuevo al agua.

—¿Empiezo? —preguntó tímidamente el agente.

Santini asintió.

—Sí. Y ten cuidado con lo que hay dentro.

—Lo conseguimos, Dante —anunció Colomba.

Pero él no la escuchaba: estaba de rodillas y temblaba.

—¿Dante? —dijo Colomba intentando acercarse, retenida por el policía—. ¡Suéltame! ¿No ves que se encuentra mal?

Dante, sin embargo, no se encontraba mal. Y, cuando levantó la cara, Colomba se dio cuenta de que se estaba riendo hasta ahogarse. Una risa histérica que no conseguía contener.

—Por Dios, Colomba. El pájaro azul, 1989, ¿comprendes? Cuadra todo.

—¿Qué es lo que cuadra? ¡Suéltame ya! —le dijo al agente.

—Una leyenda urbana. He sido prisionero de una leyenda. Mejor dicho. No era un prisionero. Era una alcachofa.

—Estás delirando, Dante.

—No... —y se rio de nuevo.

Colomba quiso hacerle más preguntas, pero su voz fue superada por el sonido del separador que desgarraba el plástico del barril, produciendo una ancha hendidura en la parte superior. Un terrible hedor a huevos podridos se extendió por el aire. El policía dio un paso atrás, asqueado, pero no soltó la pinza y ejecutó una última torsión que derramó sobre el césped el fétido contenido de bidón. Era un líquido denso, marrón claro, que burbujeó en contacto con el suelo.

—¿Qué mierda es esta? —preguntó Santini protegiéndose la nariz con el pañuelo. Luego se calló, porque en el centro del charco maloliente había vislumbrado algo inconfundible: la blancura del hueso de una mandíbula humana.

Los bidones del lago eran diecinueve y fueron repescados a lo largo de un día por la unidad de buzos de la policía y examinados por la Científica de Cremona, con el apoyo de los compañeros del Labanof de Milán. Todos ellos contenían una mezcla de ácido sulfúrico y restos de seres humanos, aunque para saber el número exacto de los muertos sería necesario esperar al resultado del examen de ADN; el ácido, de hecho, había dejado pocos restos de los cuerpos que habían sido sumergidos: sobre todo dientes, pero también fragmentos de huesos más grandes, cálculos renales, implantes protésicos y restos de grasa. La edad de las víctimas oscilaba entre los diecisiete y los sesenta años; habían sido asesinados por lo menos veinticinco años antes y los cadáveres, desmembrados.

Mientras tanto, Santini había tenido que renunciar al plan de regresar a Roma con sus detenidos, porque después del macabro hallazgo habían pasado a depender de la jefa de la Fiscalía de Cremona, Angela Spinelli, una mujer de sesenta años enérgica y de carácter irascible, a la que había puesto sobre aviso una llamada de Curcio, quien la había conocido cuando ninguno de los dos tenía canas. De Angelis movió cielo y tierra, pero sin resultados: Colomba y Dante debían permanecer a disposición de los investigadores de la Lombardía. O más bien Colomba, porque Dante, en cuanto cruzó la puerta de la comisaría, tuvo una crisis que Colomba juzgó simulada, al menos en parte, pero bastante convincente, con cabezazos en la pared y vidrios rotos. Fue sedado y sometido a vigilancia en el ala de Neurología del Hospital Maggiore, donde se le declaró incapacitado para ser interrogado y abandonar la institución.

El honor de proporcionar respuestas recayó, por tanto, sobre Colomba, que se las apañó como pudo para convencer a Spinelli y a sus asistentes sobre la procedencia de los cadáveres; de entrada, sin mucho éxito. Su relato de antiguos secuestradores militares, relacionados con el atentado en París y luego con la muerte de Rovere, suscitó no pocas perplejidades, eso sin contar que sobre su cabeza pendía la acusación de ser una peligrosa terrorista psicópata. En los breves momentos de descanso entre un interrogatorio y otro, Colomba, en la celda de seguridad, seguía preguntándose qué quería decir Dante con «alcachofa» y «pájaro azul», en caso de que aquello significara algo. Y se preguntó si saberlo iba a ayudarla a hacer que la creyeran. Tal vez no, teniendo en cuenta cómo razonaba Dante. Mientras su situación se mantenía estable, sin embargo, la del Alemán empeoraba rápidamente.

Los investigadores descubrieron casi de inmediato que sus documentos eran falsos, que tenía rastros de pólvora en las manos y que una huella dactilar parcial

estaba también en uno de los proyectiles de la Glock, señal de que él la había cargado y que no se la había encontrado por casualidad entre sus manos, en caso de que alguien pudiera creer tal cosa. El Alemán se había negado a facilitar sus auténticos datos personales o a proporcionar explicaciones, y permaneció en silencio primero en el hospital, luego en la enfermería de la cárcel. Sus huellas no estaban fichadas, su foto no aparecía en el archivo, no había familiares que se hubieran presentado a reclamarlo: un don nadie, aunque con un vago parecido con el retrato robot realizado por Dante en el momento de su liberación, que aún figuraba en el archivo del tribunal.

Respecto a sus actividades, aparte de estropearle la inmersión a Colomba, se empezaron a saber más cosas cuando en su ropa se encontró el ADN de un chico y una chica romanos a los que habían encontrado degollados en su apartamento: Jorge y su novia. Por esta razón, el Alemán fue inscrito en el registro de sospechosos de asesinato, y su detención se transformó en prisión provisional, mientras que el nuevo archivo de investigación se unía al anterior. También Colomba fue trasladada a los calabozos locales, a pesar de las protestas del abogado Minutillo, que llegó en avión desde Roma, y que había solicitado su excarcelación. Fue encerrada en el ala protegida, entre pedófilos y policías corruptos, donde se quedó dormida en cuanto llegó, haciendo caso omiso de su desagradable compañía. Mientras dormía, la Móvil de Roma subió al anónimo apartamento del Alemán y encontró allí seis pasaportes falsificados con seis identidades diferentes, no todas de origen italiano. Una de estas identidades llevó a la policía hasta un garaje en la zona de Tiburtina, donde estaban almacenadas cajas de medicamentos sin etiquetas y envases no comerciales. ¿Cómo los había conseguido el Alemán y para qué servían? Interrogado al respecto, se limitó a mirar al techo.

Cuatro días después de la apertura de los bidones, mientras los periódicos empezaban a preguntarse si la protagonista de esa historia era una mitómana asesina o una heroína sin suerte, Colomba fue despertada de madrugada y trasladada por unos funcionarios de prisiones rápidamente a la sala de interrogatorios, donde encontró a Spinelli.

A pesar de la hora y del cansancio, Colomba mostró su habitual respeto hacia los órganos de investigación.

—A su disposición, doctora —dijo.

La fiscal se pasó el dorso de la mano por la frente. También ella parecía cansada y preocupada.

—He venido a pedir su colaboración, dejando claro de entrada que, en caso de que acepte, no va a obtener ningún acuerdo. Tengo las manos atadas en ese sentido.

Colomba no entendía, pero asintió.

—Dígame qué necesita.

—Hace seis horas se recibió un aviso en la Móvil de Roma. Un hombre que afirmaba haberse ocupado de un contrato de compraventa de una propiedad

inmobiliaria a nombre del sospechoso que permanece detenido y al que conocemos como el Alemán. Antes de que usted me lo pregunte, también en este caso el nombre que proporcionó era falso.

—¿De qué propiedad se trata? —preguntó Colomba.

—De una hacienda agrícola en la carretera de circunvalación del oeste de Roma. Los hombres de la Móvil han encontrado en la finca diez contenedores industriales. Los contenedores han sido modificados con la adición de pequeñas puertas de acceso... —titubeó—. Las puertas han sido minadas.

Colomba sintió un escalofrío de terror.

—¿Minadas?

—Con C-4 y detonadores artesanales, pero extremadamente bien hechos. En caso de que las puertas sean forzadas o abiertas de forma incorrecta, los diez contenedores estallarán.

Colomba se puso en pie de un salto y agarró la mano de la jueza.

—Están dentro, ¿verdad?

La jueza no se apartó y le indicó al agente que observaba la entrevista que no se moviera.

—Nosotros... no lo sabemos con certeza.

Colomba retrocedió para sentarse.

—Los niños...

—Tal vez —dijo Spinelli—. Lo que le pedimos es que vaya usted allí y proporcione la información que obre en su poder para agilizar el trabajo del equipo de recuperación. Serán necesarias unas seis horas aún para que los artificieros terminen su trabajo. Para entonces, usted estará allí, naturalmente bajo vigilancia, si da su consentimiento.

Colomba fue invadida por la esperanza. Trató de alejarla para no atraer la mala suerte, pero no lo consiguió. Seguía pensando en los niños, que aún estaban vivos.

—Iré, señora, naturalmente... Cualquier cosa. Pero... es a Dante a quien necesitan, no a mí.

Spinelli esbozó media sonrisa.

—Fue él quien pidió su presencia, doctora. Ha sido una de las condiciones que ha impuesto para estar allí. Entre otras cosas.

Las otras cosas eran una cafetera napolitana, un hornillo de *camping* y monoarábico recién molido del tostadero Vittoria de Cremona, que le habían dicho que era el mejor de la zona. Cuando fue escoltada hasta su habitación en el hospital, Colomba lo encontró tendido en la cama, bebiendo la décima taza con aspecto extático. Ella llevaba las esposas, él tenía a un enfermero que controlaba sus movimientos. No se abrazaron, pero se sonrieron, y Colomba vio que estaba como unas pascuas.

—¿Has oído, CC? Los han encontrado.

—No están seguros —dijo Colomba.

Dante soltó un bufido.

—Yo sí. Confía en mí.

—Solo cuando me expliques lo del pájaro azul.

Él hizo su mueca.

—Pronto. No quiero hablar de ello antes de tener las ideas ordenadas. Y tengo que leer un aburrido documento en inglés que Roberto me ha traído esta mañana.

—¿En inglés?

—Una lengua demasiado extendida, estoy de acuerdo. Ya habría terminado si me dejaran acceder a Internet.

—Olvídate de eso —dijo el enfermero.

—¿Lo ves? ¿Cómo nos van a llevar a Roma? ¿En un blindado?

—Helicóptero.

Dante perdió su sonrisa.

—Ni hablar.

—Un helicóptero ambulancia. Dormirás durante todo el viaje. Te sedarán aquí. Y te despertarás al aire libre. Conmigo cerca de ti.

Dante se agitó en la cama.

—Ya me empieza a faltar el aire.

—Vas a tener en abundancia mientras vuelas —dijo Colomba, seca—. Y piensa por qué lo haces.

Dante continuó agitándose durante un minuto, sudando copiosamente.

—Okey. Pero quiero que me seden *ahora*, de lo contrario cambiaré de opinión.

—No hay problema —dijo el enfermero—. Cállate un minuto por lo menos. Voy a llamar al médico.

Dante fue sedado y cargado primero en una camilla; a continuación, en el helicóptero. Con él subieron Colomba, Spinelli y tres agentes de la Móvil de Cremona. A Colomba le pareció que el viaje duraba toda una vida, pero no habían pasado ni dos horas cuando vio agrandándose bajo sus pies la tangencial romana, luego un edificio en ruinas rodeado de los rectángulos color tierra de los contenedores medio escondidos entre los árboles. Aterrizaron a las diez de la mañana en punto, a Dante lo despertaron con una inyección reactiva y saltó como un muelle, corriendo en bata y zapatillas hacia la línea de policías que rodeaban el edificio. Lo detuvieron los hombres de escolta, que lo esposaron y llevaron junto a Colomba hasta el responsable de las operaciones, que era Curcio, con el aspecto ajado de siempre.

—Señor Torre, por fin nos conocemos. Señora jueza... —se estrecharon la mano, y luego Curcio miró a los ojos a Colomba—. Doctora Caselli, me alegro de verla, aunque quizás usted preferiría estar en otra parte.

—No quisiera estar en ningún otro lugar del mundo —respondió—. Me he enterado de que se ha tomado muy en serio mi caso, doctor. Quería darle las gracias.

Él negó con la cabeza.

—Antes, espere a ver cómo termina. Todavía está usted detenida. Señora jueza,

¿las esposas son necesarias?

—Me temo que sí.

Curcio se encogió de hombros y se dirigió a Dante.

—¿Qué puede decirnos?

Dante miró los contenedores. Eran vieja chatarra, cubiertos de grafitis y de óxido, colocados en un conjunto irregular, a unos seis metros de distancia el uno del otro. Pensó que aún eran más pequeños que su silo. Más estrechos. Sintió que le faltaba el aliento, pero el sedante que aún circulaba por sus venas lo calmó.

—¿Los han abierto ya? —preguntó.

—Todavía no, estamos esperando a que los artificieros lleven a cabo las últimas comprobaciones.

—Los niños les darán pocos problemas —dijo Dante—. A los chicos más grandes, sin embargo, tendrán que sedarlos inmediatamente.

—¿Por qué?

—Porque han crecido allí dentro. Y han aprendido las reglas. No se sale por ningún motivo, ni siquiera es posible pensar en ello. Y denles un poco de chocolate. Es el *premio*.

—¿El premio? —preguntó Curcio.

—Para cuando nos portamos bien —le explicó Dante.

—Lo entiendo —dijo Curcio, reprimiendo un escalofrío.

—Y hagan venir aquí a los padres de Ruggero Palladino. Y al padre de Luca Maugeri. También ellos están ahí dentro.

—No se puede estar seguro —intervino Spinelli—. Y Stefano Maugeri está detenido. Se necesita el permiso del juez de guardia.

—Entonces a la cuñada, Giulia Balestri —dictó de memoria la dirección y el número de teléfono.

Curcio tomó nota.

—Si se equivoca, será cruel para ellos —dijo.

—Nunca me equivoco. Pregúnteselo a su compañera.

La compañera era Colomba. Quien sonrió.

—Se equivoca a menudo, pero no esta vez.

Curcio asintió y le pasó la hoja con los nombres al inspector Infanti, quien al ver a Colomba se puso lívido. Ella lo ignoró y él huyó inmediatamente.

Media hora más tarde se introdujo una cámara de fibra óptica en el primer contenedor. En el monitor vieron que había sido convertido en una minúscula prisión, con un inodoro químico. Un adolescente con el pelo largo, sucio, que estaba temblando de manera incontrolada, se hallaba de pie, con la cara contra la pared y las manos entrelazadas detrás de la espalda. *Como un colegial castigado*, pensó Colomba.

Dante aconsejó que entrara un hombre solo, sin uniforme ni armas. Fue elegido un paramédico de aspecto tranquilizador y licenciado en Psicología, que entró

después de que uno de los artificieros hubiera forzado la puerta. El prisionero seguía mirando a la pared, fingiendo no darse cuenta de nada. Por sugerencia de Dante, el paramédico lo llamó «hijo» y le puso una mano sobre el hombro. El prisionero gritó y empezó a correr en círculos en el contenedor hasta que fue capturado y sedado. Por su estado, el equipo de rescate determinó que no recibía alimentos ni agua desde hacía algunos días.

Como Dante había previsto, los niños reaccionaron mejor, dentro de los límites de su estado. Dante reconoció los síntomas del autismo, en forma más o menos grave, en tres de ellos y en dos adolescentes.

El cuarto adolescente recibió a su salvador blandiendo un trozo de madera, pero lo bajó de inmediato cuando Dante le gritó desde fuera: «¡Detente, Bestia!», y se arrodilló con la cabeza entre las manos.

Dante le pidió perdón mentalmente, sintiéndose sucio. Luego se conmovió, como les ocurrió a casi todos los presentes y como les ocurriría esa noche a muchos telespectadores al ver las imágenes robadas por un videoaficionado que se encontraba en el campo.

El noveno niño al que sacaron fue Ruggero Palladino, y sus padres descendieron del helicóptero de la policía a tiempo de abrazarlo antes de que el sedante surtiera efecto. El último era gordito, con gafas atadas con cinta adhesiva, y estaba extrañamente tranquilo. Luca Maugeri. Cuando lo vio, su tía Giulia se desmayó y tuvo que ser reanimada.

—Se acabó —le dijo Colomba a Dante, abrazándolo a pesar de las esposas.

Se equivocaba gravemente, pero aún no podía saberlo.

A Colomba la llevaron de vuelta a los calabozos de Cremona y a Dante al hospital, pero su situación ya no era la de antes. Colomba se dio cuenta por el número de agentes que habían vuelto a llamarla doctora y a tratarla de usted; Dante, por el número de curiosos y de fans que se amontonaban bajo las ventanas de su habitación, a medida que las noticias de su participación en el rescate de los prisioneros de los contenedores se iban difundiendo. Si alguien lo hubiera propuesto para el Nobel o la beatificación, probablemente habría obtenido seguidores. Cambió también la condición de Stefano Maugeri, puesto en libertad justo después de que encontrasen a su hijo con vida y, en consecuencia, la de De Angelis, a quien el Consejo Supremo de la Magistratura definitivamente apartó de la investigación de los Pratonis con carácter de urgencia. De Angelis dio dos conferencias de prensa en veinticuatro horas: la primera para oponerse a la decisión, la segunda para anunciar su abandono de la carrera judicial con el fin de dedicarse a las actividades privadas; en ambas, la participación fue muy escasa.

Las investigaciones sobre Colomba y Dante fueron transferidas a la Fiscalía de Cremona, que de inmediato dejó libre a Dante y se preparaba para hacer lo mismo con Colomba cuando, siete días después de la apertura de los bidones, en las inmediaciones de la hacienda romana en la que se encontraban los contenedores, fue hallado el arsenal del Alemán. Además de pistolas y rifles de diferente origen y fabricación, también se encontraron diez kilos de C-4 con la misma composición química que el que se usó para el atentado contra Rovere, así como los planos de su apartamento.

Si De Angelis hubiera seguido al mando de la investigación, probablemente habría sostenido que el Alemán y Colomba eran cómplices, tal vez amantes, pero por suerte la situación había cambiado. Colomba fue excarcelada la mañana del octavo día, pero no tuvo tiempo de disfrutar del aire libre, porque la llevaron a una reunión informativa en la Fiscalía en la que Dante era el ponente principal. Iba a celebrarse en una terraza bañada por el sol. Cuando Colomba lo vio llegar, con un impecable traje negro y actitud arrogante, se dio cuenta de que los presentes iban a asistir a un buen espectáculo.

Dante se detuvo a un par de metros de la mesa esperando a que todo el mundo lo mirara. Sonrió, encendió un cigarrillo, luego estrechó la mano a los demás repitiendo su nombre en cada ocasión. Ahí estaban Curcio, Spinelli y su secretario, una arqueóloga forense del Labanof que había realizado el examen de los huesos y un

hombre de unos sesenta años con barba y el pelo cortado a cepillo, sin un cabello fuera de lugar, que Colomba juzgó rápidamente como un carabinero. Se llamaba Di Marco y era un coronel de los servicios secretos de la AISI, la Agencia de Información y de Seguridad Interior.

Dante le estrechó la mano con una sonrisa golosa.

—Veo que han conseguido convencerle —dijo.

—Solo espero que no sea una pérdida de tiempo —respondió el coronel, sombrío.

—En realidad, usted tiene esa esperanza —matizó Dante y se sentó en un extremo de la mesa, deslizando hasta el centro la pila de carpetas que llevaba con él—. Este es un breve informe que he realizado en estos días, como un memorándum. Al final encontrarán una pequeña bibliografía sobre los temas principales.

Todos tomaron su copia: eran cerca de veinte hojas mecanografiadas y grapadas. Colomba conocía ya el contenido, porque antes de su excarcelación Minutillo le había dejado leer como primicia el documento, para que estuviera preparada. Si no hubiera vivido lo que había vivido las últimas semanas, lo habría considerado un montón de chorradas. En cambio, ahora todo tenía sentido perfectamente.

El hombre de la AISI miró el título en la primera página del informe y palideció. Ponía: PROYECTO BLUEBIRD.

—Les recuerdo a todos que la reunión de hoy tiene carácter informal y que ha sido convocada para que el señor Torre pueda exponernos su punto de vista sobre la materia que es objeto de la investigación de esta Fiscalía —comenzó Spinelli—. ¿Puede resumirnos de qué se trata, señor Torre?

Dante sonrió.

—¿En tres palabras? Razón de Estado.

—Entonces tal vez sean necesarias más de tres palabras —dijo Spinelli, perpleja.

—Empecemos por los hechos comprobados. Veamos, pueden encontrar la sinopsis en la página dos del documento —comenzó Dante en un tono exageradamente afectado: le faltaban tan solo los quevedos para parecerse a un profesor de antaño. Hubo un roce de pasar las hojas—. En 1975 —continuó— el Comité Church del Senado de los Estados Unidos certificó que, a partir de 1950 hasta por lo menos 1973, la CIA, con la cooperación del FBI, había llevado a cabo una serie de experimentos sobre el control de la conducta y la alteración de la personalidad mediante drogas como el LSD y los barbitúricos, la violencia física, la coerción y la privación sensorial. El propósito declarado era crear agentes capaces de obedecer órdenes, incluso contra su propia voluntad, y de resistir los interrogatorios. Estaban asustados por el hecho de que la Unión Soviética lo hiciera antes que ellos, hay que entenderlos —agregó con ironía—. Tenían la esperanza de utilizarlos contra Castro, junto con los puros explosivos.

—The Manchurian Candidate, es decir, el mensajero del miedo —dijo Roberta, la

científica del Labanof.

Curcio la miró asombrado.

—¿Ha oído usted hablar del tema?

—Hasta hicieron una película —dijo ella, sonriendo.

—Más de una —dijo Dante—. Pero quien ha estudiado seriamente la cuestión cree que el propósito declarado era una tapadera. Es imposible obligar a alguien a matar sin que quiera hacerlo, respondiendo a una orden posthipnótica como un robot. Y pagar a un asesino sale más barato. Alterar la personalidad de un opositor, romperla o borrar los recuerdos incómodos, sin embargo, es mucho más útil para un gobierno y sus secuaces.

—¿Quiénes fueron los sujetos de los experimentos? —dijo Curcio, intrigado.

—En primer lugar, miles de soldados de las tropas estadounidenses, que según las reglas de reclutamiento eran considerados en su totalidad como «voluntarios». Se utilizó a presos de las cárceles, pacientes de los hospitales y de los manicomios, así como desinformados ciudadanos elegidos al azar. Sobre todo entre aquellos a los que se les dio LSD sin su conocimiento hubo numerosos suicidios, actos de automutilación, explosiones de violencia y psicosis prolongadas. Se sabe que en un caso fueron drogados y brutalmente interrogados todos los huéspedes de un burdel, sabiendo que a duras penas iban a presentar denuncia. En otro caso, una sustancia que debía provocar crisis psicóticas fue diseminada en forma de aerosol en el metro.

—Eso nunca se ha probado —dijo Di Marco.

Dante hizo su mueca.

—Es verdad, entre otras cosas porque en 1973 el director de la CIA, Richard Helms, hizo destruir la mayoría de los documentos sobre dichos experimentos. Otros fueron colocados de forma deliberada en el lugar erróneo y encontrarlos fue extremadamente difícil para los investigadores. A pesar de todo esto, hay por lo menos veinte mil páginas en posesión del Congreso estadounidense, ahora desclasificadas y de libre acceso gracias a la Information Act.

—¿Puedo preguntarle qué tiene todo esto que ver con el tema que nos ocupa? —preguntó Spinelli.

—Tengo que llegar paso a paso, lo siento —respondió Dante—. De cualquier manera, el proyecto de los científicos de la CIA inicialmente se llamaba Bluebird, «pájaro azul», como el *sialia*, que es símbolo de Nueva York, pero en 1951 adoptó el nombre de Artichoke, es decir, «alcachofa», porque tenía la intención de «pelar» capa tras capa la mente de los individuos, exactamente como se hace con las hojas de una alcachofa.

—Bonita imagen —murmuró Curcio.

—Luego se convirtió en MKULTRA, un término más neutro. Creo que usted sabe lo que significa «ultra», coronel.

Di Marco asintió imperceptiblemente.

—Se remonta a la Segunda Guerra Mundial. El grado máximo de secreto.

—Según lo que dirimió el Comité Church, había más de ciento cincuenta subproyectos que dependían del MKULTRA, todos financiados de forma especial.

—En honor a la verdad, ¿sirvió de algo ese despliegue de recursos? —preguntó Spinelli.

—Según lo que declaró la CIA, no. Según algunos estudiosos, en cambio, entre ellos Naomi Klein, los resultados del MKULTRA se encuentran en la base de las modernas técnicas de tortura utilizadas por las fuerzas especiales de todo el mundo.

—Señor Torre —replicó Spinelli—, lo que usted nos está explicando es sin duda alguna fascinante y está muy bien documentado. Pero hablamos de años lejanos, y de otro país.

—Y el proyecto se cerró en 1974 —apuntó el coronel.

—En los Estados Unidos, tal vez —dijo Dante—. En el resto del mundo... no hay datos fiables. Y los que había han sido destruidos.

—¿En el resto del mundo? —preguntó Curcio.

Dante asintió.

—Después del Comité Church, el Congreso de los Estados Unidos ordenó cesar los experimentos con ciudadanos estadounidenses. Pero no se mencionó a los ciudadanos extranjeros. Y a pesar de ello, había una sección completa del proyecto que se ocupaba de los experimentos en el extranjero, y sabemos a ciencia cierta que se efectuaron por toda Europa, aunque solo quedaran huellas de dos realizados en Francia y en Canadá. La sección que operaba en el extranjero se llamaba MKDELTA —sonrió—. Perdonen, los militares tienen poca fantasía.

—Especialmente cuando tienen que escuchar cuentos de hadas —dijo Di Marco—. ¿Se da cuenta de lo que está usted diciendo?

—Todo lo que he expuesto se halla documentado.

—Pero el hecho de que relacione el MKULTRA con todo lo que le ha pasado a usted es una mera hipótesis —Di Marco miró al resto de los presentes: Colomba le devolvió la mirada con la máxima malevolencia posible—. Pero ¿realmente alguien puede creer que la CIA es responsable de lo que le sucedió al señor Torre?

Nadie respondió.

Dante entrecerró los ojos.

—¿Se acuerda de ese periodo, coronel? Los servicios de inteligencia occidentales tenían miedo de que en Italia se produjera una revolución comunista y estaban dispuestos a hacer lo que fuera para impedirlo.

—Fue un periodo terrible —admitió Di Marco.

—Que necesitaba de soluciones terribles, evidentemente.

—Nada de lo que usted dice, no obstante, ha sido objeto de ninguna investigación —dijo Curcio—. Lo sabríamos. Como supimos de otros crímenes perpetrados por los servicios desviados.

—¿Usted realmente cree que lo sabemos todo? —preguntó Dante—. Y ahora estamos hablando aquí de un pequeño experimento controlado, cuya seguridad recaía

en unos pocos hombres elegidos cuidadosamente entre las filas del ejército italiano, como Ferrari y Bellomo, a las órdenes del Alemán. Y con solo veinte cobayas, entre adultos y niños, aislados, torturados y atiborrados de sustancias psicotrópicas por un científico que se hacía llamar el Padre y que, junto con el Alemán, era el responsable del proyecto. Uno se ocupaba de la seguridad, y tal vez procedía de los servicios secretos; el otro, de la parte científica, por así decirlo, y era un civil.

—No hay constancia de que Bellomo y los demás hayan estado en el ejército —dijo Spinelli.

—Es normal si la cúspide del ejército, o más probablemente *alguien* de la cúspide del ejército, no quería que así constara. Si realmente el equipo del Alemán no tenía relaciones con el ejército, ¿cómo se explica el relato que Pinna le hizo a Rovere antes de morir?

—Como un delirio —dijo Di Marco.

Dante sonrió.

—Empiezo a entender por qué lo han enviado aquí.

—Crea usted lo que quiera.

—¿Cómo explica lo de los bidones, entonces? ¿Quién los puso en la cantera?

Di Marco no respondió y Dante aprovechó la oportunidad de estudiar a la audiencia. Las miradas seguían perplejas, aunque mostraran interés. El dibujo que iba trazando era tan horrible que todo el mundo tenía la esperanza de que no fuera verdad. Era mucho más fácil convivir con la idea de un asesino en serie que con la de una parte podrida de su propio país, capaz de matar y de encarcelar a inocentes. Nadie alrededor de esa mesa era un ingenuo. Todos en su trabajo habían visto lo suficiente como para perder la confianza en el género humano. Pero lo que Dante les estaba planteando iba más allá, les hacía sentirse inseguros respecto a quienes tenían a su lado, a quienes tenían por encima.

—Señor Torre —dijo Spinelli unos momentos después—, está claro que la hipótesis que plantea es sugerente, pero es solo una hipótesis.

—¿No es esta la tarea de los investigadores? ¿Formular hipótesis e intentar probarlas?

—¿Por qué no nos saca ahora a colación a los extraterrestres? —dijo Di Marco.

—Es extraño que usted mencione a los extraterrestres —dijo Dante—. Porque, verá, tras la revelación de la existencia del MKULTRA, en América hubo una epidemia de personas que juraron haber sido secuestradas de niños por los militares y haberlo recordado únicamente más tarde. Existen numerosas páginas en Internet al respecto, solo tiene que buscar «MKULTRA Children» o «MKULTRA Abduction». Y entre ellas hay quien afirma que las famosas abducciones alienígenas eran solo una tapadera para los experimentos del MKULTRA. Personalmente, siempre pensé que se trataba de una leyenda urbana. Ahora encuentro inquietantes similitudes con lo que me pasó a mí —miró a la doctora del Labanof—. ¿Ha hallado algo que corrobore mi tesis entre los restos de esos pobrecillos?

Tomada por sorpresa, Roberta se sobresaltó.

—¿Cómo lo sabe usted?

—He visto su expresión cuando hablaba de sustancias psicotrópicas.

La doctora miró a Spinelli, quien asintió.

—Estamos muy lejos de haber terminado, pero en el fragmento de un fémur había todavía médula discretamente conservada. Y, como saben ustedes, en la médula se pueden encontrar residuos de lo que estaba presente en el flujo sanguíneo en el momento de la muerte.

—Prosiga —dijo Spinelli.

—Creemos que la víctima había recibido numerosas dosis de una sustancia parecida al propranolol. Se trata de un ansiolítico desarrollado en los años cincuenta, pero que recientemente ha sido objeto de estudio porque es capaz de causar amnesias selectivas.

—No solo —añadió Dante, con los ojos brillantes—. Se puede utilizar para el condicionamiento posthipnótico y para la supresión de las inhibiciones. Era una de las sustancias que los científicos de la CIA estaban estudiando para crear su propio suero de la verdad.

—Pero esto podría ser una coincidencia —dijo Curcio.

—Empiezan a ser demasiadas, ¿no cree? Claro que, si el Alemán confesara, o uno de los otros hombres de la fotografía contara lo que sabe, todo sería más fácil.

—¿Alguno de ellos ha sido identificado? —preguntó Colomba.

—Solo uno, el hombre de pie junto a Bellomo —dijo Curcio—. Hemos rebuscado entre los conocidos de Bellomo y de Ferrari y parece ser que se trata de un profesor de paracaidismo que murió en un accidente hace seis años.

—Todavía quedan dos —dijo Colomba—. Incluyendo al que sacó la foto.

—Y los estamos buscando, doctora —replicó Curcio—. Como estamos buscando también otras conexiones con el Alemán.

—¿Todavía no se sabe quién es? —preguntó Roberta.

—Por desgracia, no —dijo Spinelli—. Pero lo que sabemos de él es suficiente para relacionarlo como mínimo con los secuestros y el asesinato de la madre de Luca Maugeri. Señor Torre, si lo que dice usted fuera verdad, ¿por qué en un momento dado el Alemán y su equipo iban a matar a todos los prisioneros?

—Debido a que los tiempos habían cambiado y el programa italiano del MKULTRA había sido cerrado —dijo Dante.

—Caso de que existiera —dijo Di Marco.

—Usted es una garantía —Dante sonrió—. En 1989, después de la caída del Muro de Berlín, la idea de una invasión soviética era mucho menos creíble y se hizo difícil justificar la asignación de fondos para mantener en marcha la operación. Al Alemán se le ordenó hacer limpieza. Y él se ocupó del asunto un par de semanas más tarde —se encendió el quinto cigarrillo desde que había empezado a hablar—. Diecinueve cobayas acabaron en los bidones en el fondo del lago. Otro está aquí

hablando con ustedes. Los miembros de la brigada encargada de la vigilancia y del secuestro de cobayas pasaron a descansar con un retiro de lujo. El equipo y los medicamentos fueron destruidos y quemados. No habríamos oído hablar de ellos si el Padre no hubiera decidido volver a la actividad hace unos cuatro años, teniendo en cuenta cuándo sucedió el primer secuestro de la segunda tanda. Siempre que no haya prisioneros en otros contenedores de los que no sabemos nada.

—Ha dicho antes que la idea de la invasión comunista ha quedado obsoleta —dijo Curcio—. ¿Por qué el programa del MKULTRA se puso en marcha de nuevo?

—No creo que se haya puesto en marcha otra vez —dijo Dante—. Creo, en cambio, que el Padre ahora ha cambiado de dueño. Está trabajando para una empresa privada.

Dante se encendió el sexto cigarrillo, con la colilla del anterior.

—Creo que el Padre siguió estudiando en estos años los resultados de sus denominadas «investigaciones» y que se convenció, con razón o sin ella, de que una de sus cobayas antes de ser asesinada se había beneficiado del combinado de fármacos que le habían sido inyectados. ¿Me equivoco, doctora, o el propranolol se estudia hoy en día como posible cura para una enfermedad aparentemente incurable?

—Sí, el autismo —dijo la científica del Labanof, removiéndose—. Aunque el autismo no es una enfermedad. Es más correcto considerarlo como un conjunto de trastornos de la personalidad.

—Es verdad, tiene razón —admitió Dante con una sonrisa de disculpa—. Y no sé si alguna de las cobayas era realmente autista y si verdaderamente mejoró antes de morir y ser disuelta en ácido, o si el Padre no es más que un demente. Lo que sé es que retomó la experimentación con prisioneros, eligiendo a cobayas muy precisas.

—¿Estaban todos enfermos, señora jueza, incluso antes del secuestro? —preguntó Curcio.

—Por el momento solo cinco de los diez presos de los contenedores han sido identificados. Todos ellos sufrían alguna forma de autismo o discapacidad mental —respondió Spinelli.

—La elección no puede ser casual —dijo Dante.

—¿Y el Padre lo haría solo para encontrar un tratamiento? —quiso saber Curcio.

—¿Solo? Aparte de que tal vez la considere la misión de su vida, ¿sabe lo que valdría en el mercado un tratamiento eficaz para el autismo? —preguntó Dante.

—Miles de millones —dijo Roberta—. Los autistas son por lo menos cinco millones solo en Europa: un mercado enorme. Pero, como decía antes, es un síndrome, no una enfermedad. Los pacientes autistas necesitan terapias del lenguaje y del aprendizaje, no una inyección. Los psicofármacos se utilizan en algunos casos solo para paliar las crisis.

—¿Y esa teoría de que el autismo podría estar causado por las vacunas? —dijo Curcio.

—Tonterías —dijo Roberta, tensa.

—Creo que el trabajo del Padre ha sido financiado por alguien que tenía interés en que prosiguiera con sus experimentos. Alguien que le había proporcionado acceso a un lugar privilegiado como la Brújula de Plata para elegir a sus cobayas, alguien que, no obstante, hace dos años se cansó de tirar el dinero y cerró el grifo. Por esta

razón, la Brújula fue cerrada y el Padre empezó a vender imágenes de pornografía infantil para recaudar dinero.

—¿Y quiénes lo financiaban? —preguntó Curcio.

—Encuentren a quien le suministraba los medicamentos y obtendrán la respuesta.

—Si realmente está convencido de que puede hallar un tratamiento —dijo Spinelli—, ¿por qué no hizo uso de un protocolo para una experimentación regular?

—Porque nadie iba a aprobar un tratamiento basado en sus métodos, desde el momento en que no podía explicar cómo había empezado. Y porque quería aislar a sus cobayas, como lo hizo entonces, y esto tampoco es posible hacerlo con normalidad —Dante negó con la cabeza—. La doctora Caselli y yo siempre nos hemos preguntado por qué el Padre no se llevaba a niños de la calle o abandonados. ¿Por qué arriesgarse tanto, por qué matar y hacer montajes de accidentes? Desde una perspectiva de experimentación médica está claro: necesitaba saberlo todo sobre sus cobayas, incluyendo cualquier tara hereditaria. Tenía que saber quiénes eran los padres, cómo habían vivido, qué tratamientos habían recibido...

—Condiciones de laboratorio —dijo Roberta.

—Exacto —Dante miró a Spinelli—. Disculpe si me permito ocupar por un momento su lugar y hacer preguntas... pero ¿puede decirme si las medicinas que han hallado en el sótano del Alemán han sido analizadas?

Spinelli asintió.

—Por ahora no se han encontrado todavía correspondencias con medicamentos comercializados.

—Tal vez *aún* no estén en el mercado.

—Señor Torre, ¿usted excluye la posibilidad de que el Alemán lo haya hecho todo por su cuenta? —preguntó Curcio—. La presencia de ese Padre nunca se ha materializado en la investigación. El Alemán podría perfectamente saber de medicina.

Dante negó con la cabeza.

—Sé que prefieren creer que nunca existió, pero el Padre todavía está ahí afuera —respondió—. No tiene hombres, ya no tiene al Alemán para matar por él, ya no tiene quien le financie. Pero fue él quien puso en pie todo esto, y es el más peligroso. Y es él quien tiene que ser detenido antes de que empiece de nuevo en otro lugar, con nuevas cobayas.

Durante unos instantes se hizo el silencio.

—¿Ha terminado? —preguntó bruscamente Di Marco—. Porque tengo que volver a ocuparme de asuntos serios.

—He terminado —dijo Dante—. Gracias por su valiosa contribución.

Spinelli estrechó la mano del coronel de la AISI.

—Gracias por haber participado.

—El deber es el deber, señora —Di Marco se levantó y se marchó sin despedirse. Los otros se miraron dudosos y ligeramente incómodos. Por dentro, Dante suspiró.

Había albergado la esperanza de ser llevado en volandas, triunfante, pero el resultado, por desgracia, era tan tibio como en el fondo se temía. Había plantado una semilla: tal vez algo brotaría de ella. Todos ellos, jueces y policías, cuando se encontraran ante una nueva coincidencia, una pequeña comprobación, no iban a archivarla encogiéndose de hombros. Por lo menos se lo pensarían.

Se encendió otro cigarrillo y sintió la aguda necesidad de un buen café, y luego de un Moscow Mule tan grande como para poder nadar dentro. Mientras se despedía de todo el mundo, agradeciéndoles sus palabras de elogio —especialmente de la científica del Labanof, que le dejó su número de teléfono—, Dante no pudo dejar de fijarse en que Colomba estaba apartada, encerrada en sí misma, con el aire sombrío de los peores momentos. Y, sin embargo, estaba de buen humor cuando llegó allí. Y lo había estado durante la mayor parte de la reunión. ¿Qué había ocurrido? Estaba a punto de acercarse a ella, pero Curcio se le adelantó.

El policía tomó del brazo a Colomba y la llevó hacia el parapeto. Ella le esbozó a Dante media sonrisa, él se separó de inmediato.

—Ha sido muy interesante lo que nos han explicado aquí, aunque no sé hasta qué punto puede servirnos. ¿Usted qué opina?

—Que me lo creo —dijo Colomba, sombría.

Curcio se atusó el bigote.

—Aunque sea sin pruebas.

—Las pruebas las repescamos en el lago. Gracias por todo, de todas formas.

Él sonrió.

—Ya me ha dado las gracias una vez, cuando nos vimos en la hacienda, pero si quiere saldar las deudas... ¿por qué no se pasa por la oficina uno de estos días? Para hablar de su futuro.

—¿En la policía? —preguntó Colomba, sorprendida.

—Será necesario algo de tiempo para que su situación judicial se aclare definitivamente, pero estoy convencido de que todo va a terminar bien. Así que, ¿por qué no adelantarnos a los acontecimientos?

Colomba negó con la cabeza.

—Deme unos días más.

—Está bien. Un coche me llevará de regreso a Roma dentro de pocos minutos. ¿Quiere acompañarme? Con el señor Torre, si lo desea.

—Todavía me queda un asunto que resolver aquí. Tengo que... ver a una persona —por encima del hombro de Curcio, Colomba vio que Dante se estaba acercando y sintió una punzada de pánico—. Tengo que marcharme, lo siento —giró sobre sus talones y salió rápidamente, dejando a Dante con la boca abierta y ofendido. Colomba se sintió culpable por haberlo abandonado, pero él conseguía leer en su interior con inquietante facilidad. Habría tenido que mentirle y no lo habría conseguido. Mejor era huir y disculparse más tarde.

Fuera el día era frío y la decoración de los escaparates hacía pensar ya en la

Navidad. Colomba se adentró por el paseo y llegó hasta el centro histórico de Cremona, parándose en tres farmacias hasta que encontró lo que necesitaba. Luego giró por una pequeña calle peatonal donde se abría el patio de un edificio del siglo XVIII, con adoquines perfectamente colocados en forma de cola de pavo real detrás del portón de bronce. Tocó el timbre y una asistenta la hizo subir a la primera planta, a través de un salón con chimenea y un largo pasillo forrado de libros.

Annibale Valle la esperaba hundido en una butaca enorme, envuelto en una bata que habría bastado para hacer con ella la vela de un bergantín. Estaba bebiendo una copa de coñac que en su mano casi desaparecía.

—¿Qué quiere? —suspiró. La única bombilla encendida era la de una pequeña lámpara de mesa junto a él, que trazaba largas sombras en su rostro.

No se le parece, pensó Colomba. *No se le parece en absoluto. ¿Cómo es posible que no se haya dado cuenta?*

—¿No está contento de que Dante y yo hayamos sido absueltos?

Tomó un sorbo.

—Le llamé esta mañana para felicitarlo. También le invité a almorzar, pero... Yo creo que mi casa no le gusta. Tampoco me gusta a mí, solo fue una buena inversión. La heredaré.

Colomba se sentó a horcajadas en una silla delante de él.

—Mañana regresamos a Roma.

—Muy bien —dijo Valle.

—Pero primero necesito que haga algo por mí —Colomba sacó de su bolsillo el kit para tomar muestras de ADN que había comprado en la farmacia. Rompió la bolsa sellada y sacó de ella la probeta, de la que extrajo el largo bastoncillo estéril—. Póngase esto en la boca.

Valle entrecerró los ojos.

—No.

—No es doloroso. Me llevaré tan solo un poco de su saliva.

—No. Y no puede obligarme a hacerlo.

—Podría llevármelo por la fuerza.

—¿Estaría usted dispuesta a pegarle a un viejo medio inválido?

—Estaría dispuesta a pegarle a usted.

Valle suspiró.

—¿Cómo se ha dado cuenta?

Entonces es verdad, pensó Colomba, perdiendo la última brizna de esperanza de haberse equivocado.

—Encontré el álbum de familia que había escondido en casa de Wanda. El que había dicho que se había quemado.

Él esbozó una sonrisa triste que frunció su rostro.

—Nunca fui capaz de destruirlo. Eran los últimos recuerdos que tenía de él.

—De Dante.

—Sí —bebió otro sorbo—. Me había resignado a perderlo. En la cárcel... ya ni siquiera me importaba el hecho de que nadie me creyera. Luego vino mi abogado para decirme que lo habían encontrado. Que se había escapado de su secuestrador, que lo tenía en un silo. Que se moría de ganas de verme. Y creí en el milagro.

Yo también, pensó Colomba. Todos lo creímos.

—Me dieron un buen traje y se apresuraron a hacer todas las diligencias para sacarme de prisa —continuó Valle—. En la prisión ya se había corrido la voz. Por primera vez los otros presos ya no me miraban con desprecio. Ya no era... el pedófilo, el asesino de niños. Alguno me ofrecía cigarrillos, chocolate... Me sentía... —negó con la cabeza—. Ni siquiera soy capaz de decirle cómo estaba. Me llevaron al hospital en un coche civil, sin esposas. Sabía que lo vería cambiado, crecido. Habían pasado once años. Lo había perdido de niño y lo reencontré adulto. Pero no me importaba —tosió—. Seguí creyendo en el milagro hasta que lo vi. Él gritó «papá» y me abrazó. Pero yo lo sabía.

—Sabía que no era él —dijo Colomba, en un suspiro.

—No. No era Dante. No era mi hijo.

Valle se sirvió otra copa. Le hizo un gesto a Colomba con la botella, pero ella lo rechazó con un ademán áspero.

—Prosiga.

—Si es eso lo que desea... —Valle se lamió los labios—. El chico seguía hablando de las cosas que Dante había hecho de pequeño. No se equivocaba en nada. Salvo que no era él.

—Pero usted no dijo nada.

—¿Qué habría hecho usted en mi lugar?

—Habría dicho la verdad.

—¿Para volver a la cárcel a pesar de que era inocente? ¡Yo lo protegí! ¡Le di un hogar! Y le quería... —se vio obligado a interrumpirse por un ataque de tos, luego añadió con tono quedo—: Intenté quererle...

—Lo envié lejos de aquí.

Valle se encogió de hombros.

—Estaba empezando a darse cuenta de que había diferencias entre lo que recordaba y la realidad. Eso le hacía sentirse mal. Tarde o temprano habría entendido que algo había que no andaba.

—Y le habría arruinado la vida —dijo Colomba con desprecio.

—Habría arruinado *su* vida. De pronto se habría encontrado siendo... nada.

Colomba miró con deseo la botella de coñac, arrepintiéndose de haber rechazado una copa. Pero habría preferido beber veneno antes que tocar algo de esa casa.

—Él es mucho más que *nada* —murmuró.

—Tal vez ahora. También gracias a mí —dijo Valle.

—¿Nadie tuvo la menor duda de que Dante era su hijo?

—No. Todos cayeron, jueces y pasma. Bodini había puesto el nombre de Dante en su carta de despedida antes de ahorcarse. Y todavía no se estilaba hacer la prueba del ADN. Parece que haya pasado un siglo... —Valle miró a Colomba—. Podría haberos denunciado a la policía antes de que llegais al lago. Podría haberos detenido.

—¿Y por qué no lo hizo?

—Porque estaba cansado de esperar a que alguien lo descubriera. Usted no tiene ni idea de cómo se siente uno cargando con un secreto semejante.

—No siento ninguna indulgencia hacia usted —dijo Colomba, con dureza.

—No, por supuesto que no —Valle dio vueltas a la copa en sus manos—. Usted

es el ángel vengador, venido a reparar los errores. ¿Qué había en el álbum que la puso sobre aviso?

—Las fotos de la playa —dijo Colomba—. Se ve a su hijo con el torso desnudo. Tenía un antojo en el pecho igual al que tiene usted en la cara. El Dante que yo conozco no lo tiene.

Valle asintió.

—Bravo. ¿Y también ha descubierto por qué le hicieron algo así? ¿Por qué le hicieron creer que era mi hijo? Yo eso nunca lo he entendido, por mucho que me haya esforzado en hacerlo. No hay razón en este mundo para eso.

Hay una. Demostrar que era posible hacerlo, pensó Colomba. Con drogas y tortura. Un experimento exitoso. Sin embargo, solo dijo:

—No me importa que usted comprenda. A su manera, fue cómplice —sacó de nuevo el bastoncillo para la recogida de muestras—. Ahora métase en la boca este chisme y acabemos de una vez.

Valle lo cogió.

—¿Y luego?

—Su ADN se comparará con los restos humanos sacados del lago. Para ver si algún cadáver es el de su verdadero hijo —Colomba se acercó a él y le habló a pocos centímetros de su cara. Sus ojos eran del color de la tormenta—. Y confíe en que se produzca una confirmación. De lo contrario, usted volverá a ser el único culpable.

Valle vaciló de nuevo, luego se metió rápidamente el bastoncillo en la boca.

—Ya está bien —dijo Colomba, recuperándolo y metiéndolo en el recipiente.

—¿Se lo dirá a Dante? —dijo Valle.

—No, se lo dirá usted.

Valle se aferró a los reposabrazos.

—Está loca. Yo no puedo hacerlo.

—Dante le quiere, solo Dios sabe por qué. Si se entera a través de usted, le hará menos daño. Y, de todos modos, no le estoy dando a elegir —Colomba se levantó—. Mueva el culo.

Valle no era capaz de hacer el viaje a pie y se negó a conducir. Colomba tuvo que llamar a un taxi para los pocos cientos de metros que los separaban de Degli Artisti, el hotel de diseño en el centro en el que Dante había reservado dos habitaciones. Colomba ya había pasado por allí la mañana antes de la reunión, para darse una ducha y ponerse ropa que Minutillo había recogido en su casa. En la cárcel, había tenido que conformarse con lo que llevaba puesto en el momento del arresto y con la ropa interior comprada en el economato.

Cuando Dante abrió la puerta de la habitación estaba preparado para reprocharle a Colomba el haber desaparecido después de la reunión, pero al ver a Valle se olvidó de ello.

—Papá, ¿ha pasado algo?

—Vosotros dos tenéis que hablar —dijo Colomba.

—¿De qué? —preguntó Dante.

Colomba no respondió.

—Lámame cuando hayáis terminado, si quieres, ¿okey?

Se marchó de allí intentando parecer tranquila, pero cuando entró en su habitación agarró una almohada y gritó contra ella su frustración. Le habría gustado romper algo o ponerse a correr. Se contentó con tres tandas de flexiones y de abdominales en el suelo; luego, empapada de sudor, se echó en la cama con una botella de cerveza, que se bebió haciendo *zapping* por los canales de televisión. No tenía hambre. Contó al menos cuatro magazines para las amas de casa donde se hablaba de los prisioneros de los contenedores y se hacían llamamientos para identificar a los que aún seguían sin nombre. Colomba se preguntó si los padres de algunos de ellos no fingirían no reconocerlos, para no llevarlos de vuelta a casa con su carga de problemas e incertidumbres. Se preguntó también si no había juzgado con demasiada dureza a Valle, aunque en ese momento solo le importaba Dante. ¿Cómo se lo tomaría? Es decir, ¿*hasta qué punto* se lo tomaría mal? Porque no existía una forma buena de descubrir que tu pasado es una mentira construida por espías y doctores locos. Quizás tendría que haberse quedado con ellos, en lugar de dejar que se las apañaran entre sí. Sin embargo, Dante no era un niño, a pesar de que algunas veces se comportara como tal. Tenía derecho a hablar de tú a tú con quien creía que era su padre sin que ella lo llevara cogido de la mano. No quería humillarlo. Después se lo llevaría de copas y le ofrecería un hombro donde llorar. Ahora le tocaba a él.

Tras media hora de programas inútiles vistos con un solo ojo y ni un gramo de cerebro siquiera, oyó la puerta del otro lado del pasillo cerrarse con un portazo. Pensando que era la señal de que la conversación había terminado, se puso los zapatos y corrió a la habitación de Dante. Llamó.

—¿Va todo bien? —preguntó—. Venga, déjame entrar y hablamos del tema.

La puerta se abrió y Colomba se sorprendió al encontrarse de frente a Valle, que jadeaba tratando de levantarse del suelo, pegajoso de café y cenizas. Dante le había dado un empujón y se había marchado de allí.

Dante caminaba a toda velocidad, alejándose del centro.

La puerta del sótano, pensaba. Esa maldita puerta.

Había tomado una dirección al azar y se encontró en la avenida arbolada que llevaba al puente de hierro sobre el Po, en los confines de la ciudad. Era un camino que le resultaba familiar. Se acordaba de haberlo recorrido docenas de veces con su verdadero padre para llegar al primer quiosco medio escondido entre los plátanos, donde su padre compraba el periódico y él recibía como regalo un paquete de cromos de futbolistas.

Solo que, obviamente, no era verdad.

La puerta del sótano, por el amor de Dios, pensó otra vez.

De niño siempre se paraba frente a una de las casas del paseo, que tenía una forma extraña, a medio camino entre un castillo y un minarete, y con una enorme araña de hierro en la fachada. Pensaba que ahí podía vivir un mago o un monstruo. Le daba miedo y le fascinaba.

Pero no, por el contrario, nunca lo había hecho.

A veces recorría ese trecho de calle en bicicleta, antes de que construyeran el carril bici. Se acordaba de cuando fue capaz de ir sin las ruedecillas, con su madre detrás dando palmadas.

Pero también esto era una ilusión. Como todo lo demás que creía haber hecho o visto antes del silo.

Y, no obstante, la sensación de libertad de su primer pedaleo le parecía real, la sentía en el cuerpo. Tal vez le había sucedido en realidad, pero en otro lugar, en otro mundo, donde también existía la mujer que le sujetaba el sillín y le decía «bravo». Su verdadera madre —borrada pedazo a pedazo por el Padre—, de quien no recordaba siquiera sus rasgos faciales.

Tal vez todo era falso. No solo su infancia, sino también sus recuerdos del silo. Nunca se había escapado, seguía estando allí dentro y estaba imaginándolo todo.

Tal vez estoy muerto.

Ante ese pensamiento le pareció que el mundo entero se deshilachaba y se desvanecía a su alrededor, que su propio cuerpo se hacía inmaterial. Incapaz de seguir caminando, se detuvo y se apoyó en una verja. Presionó la espalda contra los barrotes: eran reales. Los sentía a través de la tela de la gabardina. Se aferró a esa sensación haciendo que fluyera por su interior, hasta que fue capaz de volver a mover sus manos y se las metió en el bolsillo, buscando cigarrillos; se encendió uno.

Debería haberme dado cuenta, pensó. Por la puerta del sótano. Ahora, solo ahora, comprendía que había sido la primera señal de que algo andaba mal en sus recuerdos, el primer pliegue en un pasado que había sido construido. El equivalente mental de bajar un escalón que no existe.

Cuando regresó a la casa donde él pensaba que había crecido, con quien creía que era su padre biológico recién salido de la cárcel, estaba convencido de que en la cocina existía una puerta que llevaba a la despensa en el sótano, bajando por una estrecha y empinada escalera de piedra. Se acordaba incluso del color: rojo. Un rojo desteñido que dejaba entrever la textura de la madera. En invierno, por esa puerta llegaban terribles corrientes de aire, bloqueadas por una mopa de tela que servía para el polvo, pero en verano qué bien sentaba echarse en el suelo delante de ella y sentir el aire fresco acariciando su rostro.

Solo que esa puerta no existía. No podía existir ya que el apartamento de su presunto padre estaba en el tercer piso de un edificio. Si hubiera existido la puerta roja, se habría abierto en el baño de los vecinos. Pero Dante, de todas formas, continuó percibiendo su presencia cuando estaba en la cocina. La sentía a su espalda, como si se tratara solo de una brizna que quedara fuera de su campo de visión y alguien la desplazara en cuanto se volvía para buscarla.

Ahora que lo pensaba, la puerta había sido solo la primera de muchas señales. El patio, que le parecía tan estrecho; su habitación, que tenía el color equivocado. Donde recordaba una tapicería azul a rayas, que parecía una enorme cortina, se había encontrado con una pared blanca que, según su supuesto padre, siempre había sido blanca. Todas señales que había ignorado. Cómo no había advertido que su fuga había sido demasiado fácil. Mientras luchaba con el Alemán, en la orilla del lago Comello, se había dado cuenta de que tenía una fuerza monstruosa, a pesar de su edad. Colomba y él habían logrado con dificultad hacer que mordiera el polvo. Veinticinco años antes, el chico desnutrido que era nunca habría sido capaz de cogerlo por sorpresa y huir. Él lo había dejado marchar, era la única explicación. Ni siquiera lo que Dante había considerado siempre el momento más heroico de su vida había existido nunca.

El Padre y su equipo lo habían planeado todo. La falsa fuga, el falso suicidio de Bodini, el incendio: Dante era la prueba viviente de que su sistema funcionaba. Lo querían fuera, para ponerlo a prueba en la realidad. Había comenzado a caminar otra vez, pero se detuvo de nuevo, aplastado por una intuición demasiado horrible para no ser verdadera. *El otro chico*, pensó. El que había visto antes de que el Alemán lo matara. ¿Quién podría ser sino aquel cuyo lugar había ocupado? El verdadero Dante Valle, que nunca se convertiría en Dante Torre, que nunca jugaría al black jack en Dubái, nunca conocería el sabor del Bellini en el Harry's Bar, nunca bebería café Kopi Luwak considerándolo una prueba de la existencia de Dios. Cuando había descrito al muchacho del otro silo se había descrito a sí mismo. Nunca nadie lo había encontrado, porque nadie pensó nunca que hubiera desaparecido.

Vio un taxi ir con la luz verde encendida y lo detuvo agitando la mano, impulsivamente. Cuando le dijo al conductor dónde quería ir, este se quejó de la distancia, pero de todas formas aceptó la carrera.

Dante se echó en el asiento de atrás, mirando pasar el paisaje a su alrededor, sin tratar de aferrar los detalles, con la cara apoyada contra la ventana. Dejaron enseguida el paseo para adentrarse en la provincial que cruzaba las pedanías entre Cremona y Mantua. Las paredes ininterrumpidas de los edificios pronto se convirtieron en pequeños grupos de casas bajas, con bares Mokarabia y Segafredo, iglesias con sus pequeñas superficies parroquiales. Luego casas aisladas, campo. Cuando empezó a anochecer, aparecieron las primeras alquerías, los primeros silos blancos, de metal, las primeras haciendas con balas de heno. Al llegar al desvío de la provincial hacia Acquanegra, Dante le dio instrucciones al taxista paso a paso. Conocía muy bien el camino, recorrido un centenar de veces en peregrinación al principio, y luego nunca más durante veinte años largos. Aquellos eran recuerdos suyos de después de la fuga, o mejor dicho, de su liberación.

Cerca del ocaso le pidió al taxista que estacionara junto a una pista de tierra que llevaba hasta las ruinas de una alquería con patio delantero, cuyas ventanas estaban tapiadas con tablones y en la que el musgo iba cubriendo las tejas.

—¿Está seguro de que quiere que le deje aquí? —preguntó el taxista.

—Sí. Este es el lugar —respondió Dante pagando la carrera.

—Si tiene que regresar, aquí taxis no hay.

—Pero hay tren —dijo Dante—. Lo había en mi época, por lo menos.

—No sé si todavía pasa. De todas formas, el pueblo queda hacia ese lado —le señaló el camino—. Una buena caminata.

—Me gusta caminar.

Dante bajó y se acercó a la alquería con el estómago en un puño: por detrás de la misma estaba desapareciendo un enorme e hinchado sol. Las paredes estaban cubiertas de grafitis y *tags* de las tribus urbanas locales, inscripciones obscenas e himnos a Pantani. Flotaba un olor a fosa y a hojas podridas. El olor no había cambiado.

He vuelto a casa, pensó. La única casa que he tenido.

Aunque tal vez no fuera una casa. Era la matriz de la cual había nacido, tras una gestación de once años. Antes de aquello, solo la nada.

Se aproximó a la entrada del patio y acercó el ojo a una grieta en el portón de madera cerrado con una cadena. Más allá vio chatarra y basura, más pintadas y enredaderas. En el lado izquierdo se abría la puerta de lo que había sido la casa de Bodini, donde aún eran visibles las huellas del incendio, pinceladas de negro sobre las piedras. A la derecha quedaba lo que había sido la vivienda de su madre, que había permanecido deshabitada desde la muerte de ella. Bodini se había ahorcado allí, en la planta baja, con la soga utilizada para atar a los animales que pastaban. Desde donde se encontraba, Dante no podía ver el establo. Recordaba los mugidos que

llegaban más allá de la pared del silo, los lamentos de los terneros.

Caminó alrededor del muro perimetral de la alquería hasta encontrarse sobre una plataforma de cemento agrietada por la humedad y por los años, tan ancha como un campo de fútbol. Los silos surgían allí, antaño, el suyo y el que había acogido a su matriz, su gemelo. Ambos habían sido derruidos quince años atrás por un nuevo alcalde, cansado de asistir a las peregrinaciones de los chicos de la zona, que contaban historias horribles acerca de ese lugar. Sobre el fantasma del niño del silo, que aparecía en las noches de luna llena si uno decía su nombre, una especie de Candyman del valle del Po. Cuando supo de su destrucción, Dante, que no había vuelto allí desde que dejó Cremona, se quedó todo un día tratando de descifrar sus propios sentimientos. Se sentía violado, de alguna manera, aunque no sabía bien por qué.

La plataforma todavía tenía las marcas de las bases circulares de los silos, manchas casi negras sobre el cemento gris. Dante llegó al suyo, sintiendo aún el peso de las paredes a su alrededor. Volvió a ver su cama, el cubo para las necesidades. Recordaba exactamente dónde estaba todo. Se acurrucó en el lugar donde se sentaba para leer los textos que le traía el Padre, para estudiar sus lecciones. Oyó el sonido de un motor y se percató de que una furgoneta blanca había estacionado en la plataforma. Dante pensó que se trataría de un agricultor de la zona, o bien de la persona contratada por el ayuntamiento para echar a los turistas de lo macabro que todavía se detenían allí por la noche, en busca de emociones fuertes y baratas.

Levantó la mano buena para saludarlo.

—No se preocupe, me voy enseguida —dijo.

El hombre que iba al volante se quedó quieto. A esas alturas ya casi era de noche y Dante no podía distinguirlo del otro lado del cristal.

Precisamente por su inmovilidad, empezó a encontrarlo inquietante. Volvió a levantar la mano otra vez.

—¡Ya me voy! No he roto nada.

Bajó de la plataforma por el lado opuesto al de la furgoneta, con la idea de tomar el camino más largo entre la hierba crecida para alcanzar la pista hacia la carretera. Si se manchaba de barro, no supondría un problema para él.

La furgoneta tocó brevemente el claxon y le pareció que el hombre al volante le hacía un gesto.

Dante no reaccionó hasta que el claxon volvió a sonar y el gesto se repitió, inequívoco. El hombre al volante quería que se acercara. Dante lo hizo, con cautela, arrastrando los pies, mientras el cristal de la ventanilla del lado del conductor comenzaba a bajar.

Cuando vio quién era el hombre al volante, Dante trató de escapar, pero ya no tuvo tiempo.

Al principio Colomba no se preocupó; no mucho, por lo menos. Al no poder ponerse en contacto con Dante, porque tanto él como ella se habían liberado de los móviles al empezar su condición de huidos de la justicia —una situación que Colomba en ese momento encontraba enormemente frustrante—, esperó a que regresara yendo a comprobar su habitación cada diez minutos. Por la noche llamó a Minutillo, con la vana esperanza de que Dante se hubiera puesto en contacto por lo menos con él; luego le dejó una nota en la puerta de su habitación, avisándole de que iría a cenar a la Osteria La Bissola con Roberta, del Labanof, y explicándole cómo podía reunirse con ellas.

Llegó allí a las ocho. La fonda estaba junto a una iglesia románica y ofrecía una buena paella, no muy en línea con la tradición local, que Colomba solo picoteó, tensa como estaba por Dante y por la razón que la había llevado hasta allí, que era entregar a la antropóloga forense la muestra de ADN de Valle, explicándole lo que había descubierto. Habría querido advertir a Dante antes de hacerlo, pero no le había sido posible, y esto la hacía sentir culpable, aparte de la posibilidad de que la tomaran por loca. Roberta, sin embargo, reaccionó bien. Después de un momento de confusión la creyó y le aseguró que les pasaría la muestra a los biólogos del equipo, garantizando la máxima discreción. Por lo menos hasta que tuviera los resultados: en ese instante tendría que comunicárselos a la Fiscalía.

—¿Hay alguna posibilidad de que te estés equivocando acerca del señor Valle? —le preguntó después. Se tuteaban desde que Colomba la había llamado para reunirse y Roberta la había invitado a cenar.

—Ni una —respondió Colomba—. Lo ha admitido. Y en mi opinión, tenía ganas de contarlo desde hacía un montón de tiempo.

Roberta pinchó un trozo de pollo y masticó despacio.

—Me he ocupado de muchos casos horribles en mi trabajo, como creo que tú también en el tuyo, pero esto va mucho más allá. ¿Cómo está el señor Torre?

—No está bien.

—Lo contrario me sorprendería. Si lo ves, dile que lo siento mucho por él. Colomba sonrió.

—Prefiere que no lo compadezcan.

—Pero es que no lo compadezco, al contrario. Tiene una forma de razonar extremadamente eficaz y me parece fascinante, aunque esté delgado como un palillo —admitió Roberta con candidez—. Cambiando de tema, creo que es justo que sepas

que la Fiscalía está pidiendo la autorización para dejarnos volver a examinar los cadáveres de la masacre de París.

Ante la mención del Desastre, Colomba tuvo como siempre un espasmo en sus pulmones.

—¿Reabren el caso?

—Spinelli lo está intentando, aunque no será fácil. Por lo que he podido entender, más allá de tu declaración y la del señor Torre, no hay indicios objetivos sobre el grupo que habría ayudado al Alemán, ni en los años ochenta ni hoy. Todas las conexiones son... digamos que teóricas. ¿Crees que los servicios secretos americanos colaborarán?

—No —respondió Colomba, sombría—. Ni tampoco los italianos. Ya viste cómo reaccionó ese payaso durante la reunión.

—No me sorprendió —dijo Roberta—. Ellos siempre actúan así.

—¿Ya has tenido que vértelas con ellos?

—En el pasado me pidieron un análisis de los cuerpos de sospechosos de terrorismo —dijo Roberta—. Y nunca logré arrancarles información. La comunicación siempre va en una única dirección. Por otra parte, se trata de los servicios *secretos*, ¿verdad?

—Ya. Oídos sordos —dijo Colomba—. Hay diecinueve muertos y diez secuestrados, sin contar a las víctimas de París y los asesinatos que el Padre y el Alemán han cometido en Roma en los últimos días, pero todo el mundo mantiene la boca cerrada.

Roberta bebió un sorbo de sangría.

—Hoy vi al policía que te arrestó.

—¿Santini? —Colomba estaba asombrada—. ¿Está en Cremona?

—Sí, lo vi bajar del hotel donde estoy, un Ibis. Yo suelo ir y venir de Milán, pero mañana por la mañana tengo una reunión muy pronto con la Científica y he decidido concederme una noche de sueño.

—¿Y qué está haciendo aquí?

—A mí no me lo ha dicho —Roberta esbozó una sonrisa de complicidad—. Creo que Spinelli le está apretando las tuercas. No ha conseguido ir a por De Angelis, pero él no está tan bien protegido.

—Para ser alguien que está siempre en el laboratorio sabes bastantes cosas —comentó Colomba.

—Es que aquí en el laboratorio estoy poco —Roberta sonrió—. Me paso los días en el tribunal reuniéndome con los fiscales y los peritos locales. Y, tengo que decírtelo, me canso muchísimo más.

El hostelero se acercó para preguntar si querían algo más y ellas pidieron el café y la cuenta.

—¿Cómo va la identificación de los cuerpos? —preguntó luego Colomba.

Roberta echó un vistazo a la mesa de al lado, para comprobar que nadie la oyera

hablar de cadáveres: era un tema que podía estropearle a uno la cena.

—Hemos identificado los nombres de las personas desaparecidas que podrían tener la misma edad que los sujetos cuyos restos recuperamos —dijo luego—. Ahora intentaremos ponernos en contacto con los familiares y obtener de ellos muestras de ADN para la comparación, aunque no sé cuántos de los restos de los bidones nos proporcionarán información útil para una identificación. Por cierto, también voy a necesitar una muestra del señor Torre, para cruzar los datos.

Colomba asintió.

—Estaría bien poder descubrir quién es en realidad.

—No te hagas demasiadas ilusiones. Ha pasado un montón de tiempo. Como para esos pobrecitos que acabaron en el fondo del lago. Si identificamos a dos o tres, podemos llamarnos afortunados.

—¿No eres un poco negativa?

—En el Labanof tenemos casi cien muertos sin nombre en las cámaras frigoríficas, y de muchos de ellos tenemos algo más que un diente sumergido en ácido sulfúrico —sonrió—. Algún colega mío diría que soy una incurable optimista.

Cuando Colomba regresó al hotel, a las diez, se encontró en el vestíbulo a un grupito de periodistas y fotógrafos que estaban esperándola: la noticia de dónde residían los dos protagonistas del descubrimiento del lago de Comello se había difundido. Los *flashes* la aturdieron, pero aún más la sensación de ser el centro de atención, algo a lo que no estaba acostumbrada y que no le gustaba en absoluto. Se negó a contestar a las preguntas y subió corriendo las escaleras, para descubrir que el pòsit había desaparecido de la puerta de Dante. Soltó un suspiro de alivio y llamó, pero sin obtener respuesta.

Bajó de nuevo y algún fotógrafo rezagado hizo nuevas fotografías mientras corría al mostrador de recepción.

El conserje de turno la saludó con una sonrisa de disculpa.

—Intentamos sacarlos de aquí, señora, pero siguen entrando.

—No estoy aquí por eso —lo cortó ella—. Mi amigo, Dante Torre. ¿Puede decirme si está en la habitación o si ha salido de nuevo?

El conserje consultó en la pantalla del ordenador.

—Me temo que ha dejado el hotel.

Colomba al principio no entendió.

—¿Perdone?

—Ha pagado la cuenta y se ha marchado.

—¿Y no ha dejado un mensaje para mí?

—No.

Colomba negó con la cabeza.

—No me lo creo. No es propio de él —por muy molesto que estuviera, no la habría dejado plantada de esa manera—. ¿Con quién ha hablado?

—Con la directora. ¿Quiere que la llame?

—Sí, gracias.

El conserje desapareció por la parte trasera y un fotógrafo se aprovechó de ello para acercarse al mostrador y tomar una ráfaga de fotos de Colomba con una vieja réflex.

Ella se le echó encima con su peor cara.

—Ahora sí que me estás jodiendo de verdad.

—Yo hago mi trabajo, señora —dijo el fotógrafo, retrocediendo mientras seguía haciendo fotos—. Y el vestíbulo de un hotel es un espacio público.

—Mi cara no es pública, coño.

—Es una pena. Es usted una hermosa mujer.

Colomba tuvo el impulso de agarrarlo por el cuello y darle un cabezazo, pero por suerte la llamó la directora. Era una mujer de unos cuarenta años y de aspecto severo.

—Señora Caselli... ¿algún problema?

—Sí. ¿Usted vio al señor Torre cuando se marchó? ¿Parecía... —vaciló, buscando una palabra que no existía—, normal? —concluyó, sabiendo que para Dante esa era una definición poco adecuada.

—No lo sé. Y de todos modos, existe el derecho a la intimidad... Intente comprenderlo.

—Usted sabe quién soy yo y quién es él, ¿verdad? Y por qué estamos aquí en Cremona —dijo Colomba.

La directora suspiró.

—Sí, señora.

—Pues entonces no me hable usted de derecho a la intimidad. ¿Lo ha visto o no lo ha visto?

—No. Pagó la cuenta por teléfono dando su número de tarjeta de crédito. Eran las once, aproximadamente.

—¿Y sus cosas en la habitación?

—Ha dado instrucciones para que sean enviadas a su dirección de Roma. También ha pagado un extra por esto.

—No es posible —dijo Colomba. Tenía el corazón en la garganta y notaba que el pecho se le oprimía por la ansiedad. Se obligó a respirar con normalidad.

La directora la observó preocupada.

—Señora... le aseguro que así ha ocurrido todo.

—¿Y usted está segura de que era él quien hablaba por teléfono?

La directora titubeó.

—Eso creo. Nunca antes habíamos conversado.

Colomba subió corriendo a la habitación y sacó del bolsillo la hojita doblada que le servía como agenda de emergencia. Buscó el número de Spinelli, pero se detuvo antes de marcarlo. Tendría que explicarle que antes de marcharse Dante se había peleado con Valle y difícilmente la Fiscalía compartiría su preocupación: Dante no era un menor de edad y no era considerado un testigo protegido, porque lo que sabía

ya lo había contado y no había llevado a la identificación de ningún responsable. Y aunque Spinelli aceptara hacer que lo buscaran los carabineros, Colomba tendría que quedarse sentada en el hotel, esperando noticias, sin saber si se estaban moviendo o no, ni cómo. Y el Padre estaría al tanto de las investigaciones, Colomba estaba segura de ello.

Colgó el auricular del aparato de la mesita de noche. Tenía que encontrar otro camino, y en ese momento se le iba dibujando en la cabeza una única posibilidad. *Estoy loca solo por tomarlo en consideración*, pensó. Pero era algo que tenía que intentar.

Pidió en recepción la dirección del hotel Ibis y descubrió que se encontraba a veinte minutos a pie de donde ella estaba. Tardó quince en llegar hasta allí y se las apañó para conseguir que le dieran el número de habitación que buscaba, fingiendo que la estaban esperando.

Santini abrió en camiseta de tirantes. Estaba sin afeitarse y apestaba a sudor. Cuando Colomba le dijo lo que quería, soltó su primera carcajada sincera en mucho tiempo. Luego, de todas formas, dejó que entrara.

Mientras tanto, Dante estaba recuperando lentamente el conocimiento. Lo último que recordaba era la ventanilla de la furgoneta que iba bajando; luego, la oscuridad. La oscuridad que ahora le oprimía, una oscuridad que tenía el sabor de la tela y el olor de su aliento. Entonces alguien le quitó la capucha del rostro y Dante vio dónde estaba.

Comenzó a gritar.

Santini escuchó el relato de Colomba sentado en la cama individual mientras acababa la botella de cerveza de tres cuartos que había comprado en el bar del hotel. La habitación apestaba a cigarrillos, aunque el policía del SIC había dejado entreabierta la ventana.

—A lo mejor tu amiguito realmente ha regresado a casa —dijo al final.

Colomba negó con la cabeza, irritada.

—No lo creo.

—¿Porque no se ha despedido?

—Si hubiera estado tan aturdido como para huir y olvidarse de los buenos modales, también se habría olvidado de pagar la habitación —dijo Colomba, esforzándose por permanecer en calma—. Tiene una manera de comportarse a la antigua, y creo que habría pagado también mi habitación, dado que las había reservado por los dos.

—No puedes estar segura de eso. La gente no siempre es predecible, especialmente cuando está estresada.

—Ya lo he visto aturdido, sé qué puedo esperarme de él. No, ha sido otra persona la que ha llamado, haciéndose pasar por Dante.

—El Alemán está en la cárcel. Él era el peligroso.

Colomba negó con la cabeza.

—No, el peligroso es el Padre. Y aún anda por ahí.

—Dame una prueba de que existe.

—Solo sé que Dante lo cree y que ha tenido razón desde el principio, desde los Pratoni, desde la desaparición de Luca Maugeri. Y si lo hubieras escuchado —agregó, dejando traslucir su rabia—, no habrías hecho ese fenomenal papelón de mierda que has hecho.

Santini se dejó caer sobre la almohada.

—Tienes una bonita forma de pedir un favor, Caselli.

Colomba acercó la única silla de la habitación y se sentó a horcajadas.

—No te estoy pidiendo un favor.

—¿Ah, no?

—Te estoy pidiendo que hagas lo correcto.

Santini resopló.

—No seas ridícula.

—Pero es lo correcto. Y aunque no lo creas, siempre es mejor que quedarse aquí

bebiendo y sintiendo lástima de uno mismo.

Santini cerró los ojos. *De entre todas las cosas que podría hacer, ¿cómo es que últimamente escojo siempre la más estúpida?*

—Voy a hacer un par de llamadas de teléfono, y a ver qué pasa —dijo. Aún le entraban ganas de reír.

Las llamadas telefónicas fueron más de dos, pero encontrar las huellas de Dante en una ciudad pequeña como Cremona resultó más fácil de lo esperado, entre otras cosas gracias a la colaboración de un par de subordinados a los que Santini trataba como a ineptos. Descartados trenes, autobuses y coches de alquiler, junto con hospitales, tanatorios y otros hoteles, localizaron al taxista que había recogido a Dante en el paseo, quien les habló por teléfono de la vieja alquería donde lo había dejado.

Alrededor de medianoche, Colomba y Santini llegaron allí en el coche de servicio de él y la examinaron a la luz de una linterna, antes de rodearla y alcanzar la plataforma de cemento.

—¿Es aquí donde lo tuvieron? —preguntó Santini.

—Sí —respondió Colomba—. Aunque ya no están los silos. Pero ¿qué habrá venido a hacer aquí?

—Un paseo nostálgico —Santini miró a su alrededor: en la noche no podía verse ninguna luz que no fuera la de ellos—. Aquí no está. Y sin un móvil no puede haber llamado a otro taxi. Debe de haberse marchado a pie.

Colomba le pidió a Santini que iluminara la zona de los alrededores.

—O alguien lo ha recogido. Ha pasado un coche recientemente —dijo mirando las señales de los neumáticos sobre el terreno blando.

—Una furgoneta —precisó Santini, que entendía del tema—. Pero puede ser un campesino que vive por la zona.

—Ilumíname aquí —dijo Colomba, señalando el cemento de la plataforma.

Santini lo hizo, consiguiendo que despuntaran algunas rayas oscuras.

—Barro seco. Alguien se ha limpiado aquí los pies.

—*Alguien*, no: Dante. Y no se ha limpiado los pies. Ven por aquí.

Cuando Santini se acercó, vio que las rayas eran en realidad letras y números dibujados con la suela de los zapatos.

—EH29 —leyó.

—Un número de matrícula parcial —dijo Colomba—. ¿Sigues creyendo que es todo una casualidad?

Santini suspiró y cogió el móvil.

Mientras Santini se ponía en contacto con su oficina, Dante se despertó de nuevo en su cárcel, y esta vez no perdió de inmediato el conocimiento. *Me han dado algo,*

advirtió, notando que sus pensamientos se movían lentos como caracoles. *Un sedante en dosis de caballo*. Tal vez inyectado directamente en el cuello, porque le dolía.

Cualquiera que fuera la medicina, surtía efecto. Además de reducir su velocidad le hacía casi soportable estar encerrado en un espacio estrecho, rectangular, de seis metros por tres, con todas las aberturas tapadas. Estaba iluminado por una luz verde como las infantiles, que asomaba en una esquina; las paredes estaban cubiertas con material aislante y tablas de madera. Había un lavabo con encimera de formica, despensa, una mesa con una silla y una litera. Dante estaba echado en la cama de abajo, atado por el cuello con un collar de perro de talla grande, cerrado con un candado y unido a un cable de metal soldado al cabecero de la cama. Intentó tirar de él con sus manos entumecidas por el calmante, pero la anilla no se movió y descubrió que la cama estaba fijada al suelo.

Intentando averiguar qué margen tenía el cable, Dante se movió demasiado bruscamente y el collar le tiró de la garganta. El golpe fue mínimo, pero de todas formas sintió que se asfixiaba y la adrenalina borró los efectos del fármaco. Las paredes que lo rodeaban parecieron hacerse aún más estrechas, a punto de aplastarlo. Abrió la boca para gritar y pedir ayuda, pero no lo consiguió. Mientras perdía de nuevo la conciencia, tuvo un pensamiento lúcido. Para Colomba.

Ella lo sabía, estaba seguro. Ella estaba viniendo a por él. Solo se preguntó si llegaría a tiempo.

—No es una matrícula —dijo Santini a Colomba.

Todavía estaban en la alquería, luchando contra el frío y la humedad. No había ninguna furgoneta que tuviera una que comenzara o terminara con las cifras trazadas en el barro, dijo. Solo los coches, pero eran infinitos.

—O Torre se equivocó —dijo Santini—, o bien estamos equivocándonos nosotros. Por lo que sabemos, también puede que esta noche haya pasado por aquí otra persona que a lo mejor se ha puesto a jugar a hundir la flota en el barro.

Colomba negó con la cabeza.

—No. Ha sido él. Su manera de hacer las cosas.

Santini se encendió un cigarrillo.

—¿No estás demasiado segura?

—Te lo he dicho, yo sé cómo razona —pero ¿realmente lo sabía? Tal vez solo tenía esa esperanza, porque ese era el último hilo que la unía a Dante—. ¿Puedes ver qué dice la Policía de Carreteras?

—Aquí no hay cámaras.

—Pero tal vez la furgoneta haya entrado en la autopista. Sabemos el arco temporal y conocemos parte de la matrícula. Es más que suficiente. Solo hay que comprobarlo en el sistema.

Colomba se refería al Safety Tutor, que grababa las matrículas de los vehículos en

tránsito por los peajes y las enviaba a la central informática de Settebagni, donde eran procesadas para detectar posibles infracciones de los límites de velocidad. Las fuerzas de la policía podían acceder a él, pero las búsquedas de fugitivos y de coches robados eran tales y tan numerosas que para tener una respuesta rápida era necesaria una solicitud formal urgente, o bien tener un buen contacto. Santini lo tenía.

A las dos de la madrugada, mientras esperaban en un bar con estanco situado en la carretera provincial y que tenía servicio nocturno para los camioneros, Santini recibió la respuesta. Y cuando colgó, Colomba se dio cuenta de que había perdido la expresión cansada y distante de las últimas horas.

—Okey.

—Okey, ¿qué?

—Okey, tenías razón.

Colomba dejó inmediatamente a un lado el *brioche* reseco que estaba tratando de tragar.

—¿Han encontrado la matrícula?

—Sí. Es de una Ducato blanca. Pero según el EUCARIS lleva la matrícula de un Cinquecento desguazado.

—Robada, entonces. ¿Dónde la han localizado?

—En la zona de Bolonia, luego en Florencia y luego en Roma. Ha dejado la autopista hace dos horas por la salida de la Salaria. A partir de ahí la hemos perdido.

—Han llevado a Dante de vuelta a Roma. El Padre está allí —murmuró Colomba.

—Caselli, tenemos que activar la alarma.

—No —dijo Colomba, decidida—. El Padre se enteraría.

—¿Cómo?

Colomba negó con la cabeza.

—Mató a Rovere porque comprendió que iba detrás de él y envió al Alemán a cargarse a Jorge en cuanto lo sacaron de la cárcel. Tiene información de primera mano.

—¿Crees que es uno de los nuestros?

—O tiene a alguien como tú en nómina. De hecho, hasta hace poco tiempo pensaba que eras tú, o De Angelis —Colomba se mordió los labios—. O los dos.

—Yo no soy, y con De Angelis puedes estar tranquila, ahora que se ha retirado.

—¿Estás seguro?

—Escucha, he trabajado con él, y no pocos días. Habría hecho cualquier cosa por su carrera y ha hecho favores a todos los que podían hacérselos a él. Pero no es un asesino. Ni tampoco cómplice de un asesino —se encogió de hombros—. Y aunque quisiera pasarle información al Padre, porque tal vez no sepa quién es realmente, ya no lo lograría. Sus compañeros ahora lo esquivan. Así que puedes estar tranquila.

Colomba negó con la cabeza sin decir nada y Santini se dio cuenta de que estaba en crisis. Era el momento de renunciar a todo, pero no lo hizo.

—Escúchame, Caselli —dijo en un tono razonable—. Podemos mantener la

alarma al mínimo. Denunciamos la furgoneta como robada y nada más. Por mucho que el Padre esté metido dentro, no puede saberlo todo. Y las informaciones llegarán directamente a la gente de mi oficina.

—Y te fías de todos ellos, ¿verdad? —dijo con rabia.

—De acuerdo con tu lógica, no puedo fiarme de nadie. Y tal vez tengas razón. Pero solos no vamos a ninguna parte.

Colomba se mordisqueó el labio otra vez unos instantes.

—¿Cuánto has tardado en subir hasta Cremona?

—Cuatro horas. Usando la sirena.

—A ver si tardamos menos de bajada —se levantó—. Venga, que se pongan a buscar esa furgoneta, mientras nosotros volvemos a Roma.

El tercer despertar de Dante fue terrible; o tal vez fuera el cuarto, no lo recordaba muy bien. Si primero le habían dado una dosis de caballo de tranquilizantes, ahora había sufrido el equivalente a una lobotomía química. Temblaba de forma incontrolable y en la cabeza tenía un torbellino de imágenes que se superponían y se fundían unas sobre otras. Varias provenían de su pasado; otras, de sus pesadillas, pero todas parecían igualmente reales. Se hundía en el infierno, todavía se encontraba en el silo, huía de un enemigo invisible, estaba en la cama de contención de la clínica, en la terraza cerrada de su casa, que estaba ardiendo.

Estaba muerto.

No, pensó. Todavía estoy vivo. Él quiere que yo siga con vida.

Trató de mantenerse sentado y una vez más el collar lo oprimió, pero no se desencadenó un nuevo ataque. Lo ayudó, en cambio, a volver al presente, le recordó dónde se encontraba. Prisionero en un agujero, enterrado vivo. El fármaco que le hacía difícil pensar esta vez funcionó: no se desmayó ni gritó.

Intentando controlar los espasmos, bajó las piernas de la cama. Le habían quitado los zapatos, y el frío del suelo atravesó la tela de los calcetines. Parecía de plástico y sonaba a hueco. Cualquiera que fuese el lugar donde lo tenían no se trataba de un apartamento; tal vez era otro contenedor. Con su mano buena agarró el candado que cerraba el collar. No podía verlo, pero lo reconoció con el tacto: un Master Lock con anilla de cuarenta números. Sesenta y cuatro mil combinaciones. Si hubiera logrado componer una cada veinte segundos, habría tardado más de trescientas horas en probarlas todas. Y algo le decía que no disponía de trescientas horas. Tal vez ni siquiera treinta. Antaño conocía un truco para hacerlo antes, pensó desesperado. Solo debía recuperarlo en la cloaca que tenía ahora en vez de cerebro.

Poco a poco le había ido subiendo una náusea violenta y se dio cuenta de que ya no podía contener el vómito. Buscó algo a su alrededor para vaciarse y vio...

Un cubo de metal.

Como el del silo. Había vuelto atrás.

Lo agarró y vomitó bilis. Durante un largo minuto se perdió. Se reencontró acurrucado en la cama, con el ácido en la boca, tratando de convencerse de que el silo ya no existía, de que había sido un hombre libre durante veinticinco años, pero sabía que se estaba mintiendo a sí mismo. Su cautiverio no había cesado nunca. Solo se había extendido al mundo entero, y ahora lo habían llevado de nuevo a una celda. En ese momento una sección de la pared frente a él se abrió, y Dante descubrió que

estaba mirando una puerta encubierta con esmero. Finalmente entendió dónde estaba: en una autocaravana o en una gran *roulotte*. La luz amarillenta de una farola de la carretera se alargó sobre él.

No mires afuera, le dijo su voz de niño. *Va contra las reglas. Serás castigado.*

Resistió el impulso de cerrar los ojos. Vislumbró una especie de patio de tierra batida y en la distancia lo que parecían techos de aluminio. Al lado de la puerta había un hombre de unos sesenta años al que Dante ya había visto: era el conductor de la furgoneta, el que lo había apresado en la alquería y le había puesto la primera inyección. Lo reconoció inmediatamente, aunque en la fotografía que Colomba encontró en casa de Ferrari era mucho más joven. Era uno de los hombres del Alemán, sentado en el camión con las botas atadas alrededor del cuello, el que levantaba el pulgar.

El tipo retrocedió al instante y otra figura ocupó el vano de la puerta. Un hombre alto y delgado, que vestía un mono de obrero, con pesados guantes y un pasamontañas integral. Los ojos estaban cubiertos por unas gafas de sol de espejo.

Habían pasado muchos años, y el cuerpo ya no era el que recordaba. Más delgado, más vacilante en sus movimientos. Pero cuando entró y el otro hombre cerró la puerta detrás de él, ladeó la cabeza, como para observarlo desde otra perspectiva. Ese gesto, más que cualquier otra cosa, hizo que Dante lo reconociera.

Esta vez sí que era el Padre.

Las malas noticias llegaron poco después de Florencia. Santini se había quedado dormido colgado del cinturón de seguridad y Colomba conducía con la ventana entrecerrada, un soplo de aire golpeándole en la cara. El móvil de Santini sonó y él lo agarró con los ojos todavía cerrados.

—Sí —murmuró—. ¿Lo han comprobado...? —añadió, algo más despierto—. No, déjalo correr —colgó.

—¿La furgoneta? —dijo Colomba, con las entrañas y la espalda doloridas por la tensión.

—Sí —Santini se frotó los ojos—. La han encontrado cerca del Foro Itálico. Vacía. Han cambiado de vehículo, pero no sabemos cuál se llevaron porque no hay cámaras en ese punto. No creo que sea por azar.

Colomba golpeó sobre el volante.

—¡Joder!

—Podemos enviar a la Científica para ver si encuentra algo —dijo Santini.

—Esta vez el Padre se enteraría, y además, eso tardaría mucho tiempo.

—Caselli, no tenemos nada más.

Colomba soltó un gran suspiro.

—Escucha. El Padre ha hecho ese montaje en el hotel para tener un poco más de margen, y debe de seguir pensando que vamos muy por detrás, de lo contrario Dante

estaría muerto.

—¿Tiempo de más para qué? —preguntó el subcomisario Santini.

—Nada bueno para Dante —respondió Colomba con un temblor en la voz—. Pero si activamos la alarma, sabrá que tiene a todo el mundo en contra. Es el gran monstruo, el hombre del saco que secuestra a los niños. Llegarán miles de avisos, y uno podría ser el correcto. Por eso va a desaparecer, pero antes de hacerlo se librará de Dante. Tenemos que mantener un perfil bajo mientras no estemos desesperados.

—Caselli, yo ya estoy desesperado —dijo Santini, y verdaderamente lo parecía, debido también a la fatiga—. No es la primera vez que me ocupo de un secuestro, y hay una cosa que he aprendido. Encontrar a un rehén es un trabajo largo y se necesita un equipo.

—El equipo somos nosotros.

Santini negó con la cabeza.

—No somos suficientes.

—Tenemos cerebro. Y lo sabemos todo sobre el Padre. Solo tenemos que averiguar cómo se está moviendo ahora —Colomba aferró una botellita de agua y bebió el último sorbo, antes de tirarla al asiento de atrás—. Empecemos por el secuestro. ¿Cómo sabía dónde apresar a Dante?

Santini se encendió un cigarrillo. Colomba lo soportaba, habían discutido sobre el tema en el primer kilómetro.

—Lo siguió desde que salió del hotel —respondió Santini—. Mejor dicho, desde que salió del hospital.

—Dante está convencido de que el Padre ya lo vigilaba antes.

—¿Desde cuándo?

—Desde que se escapó del silo.

—No sé si es verdad, pero seguro que no se escapó —dijo Santini—. Lo dejaron marcharse.

Colomba lo miró de reojo por un momento, sorprendida, y luego volvió a prestar atención a la conducción.

—¿Por qué?

Santini bajó la ventanilla para tirar la ceniza. Se formó un pequeño remolino.

—Alguien que hace todo este trabajo para crear una especie de clon de otra persona ¿luego no quiere ver cómo se comporta? Ellos lo pusieron a prueba.

—Según Dante, estaban cerrando el proyecto —dijo Colomba poco convencida.

—Y, qué casualidad, él es el único que se salva.

Colomba se dio cuenta de que Santini tenía razón. No lo había pensado porque de manera instintiva tendía a creer la versión de Dante.

—Si realmente el Padre lo estaba estudiando, ¿cómo se las apañó, según tu opinión?

—De la forma más habitual. Micrófonos por la casa... vigilancia ambiental —respondió Santini—. Y luego, dado que se trataba de un experimento médico, yo

habría verificado sus expedientes, sus análisis, para ver cómo estaba.

Colomba se sintió fulminada por una idea y dio un ligero bandazo a ciento ochenta por hora.

—¡La clínica!

—¿Qué clínica?

—En mi chaqueta hay un trozo de papel con números de teléfono —dijo Colomba sin responderle—. Márcame el de Valle y conecta el manos libres.

—Vale, pero la próxima vez conduzco yo. Me estoy cansando de ser tu secretario —dijo Santini, aunque obedeció.

La voz catarrosa de Valle llenó el habitáculo.

—¿Quién es?, ¿qué pasa? —jadeó.

—Soy Caselli.

—¿Qué ha pasado? ¿Es por Dante? ¿Tiene problemas?

¿*Realmente se preocupa por él o está haciendo teatro?*, se preguntó Colomba.

—No, ningún problema. Pero tengo que hacerle una pregunta. ¿Se acuerda de la clínica suiza donde envió a Dante?

Valle tosió.

—Sí, claro que me acuerdo.

—¿Cuál era su nombre?

—Pero ¿no puede preguntárselo a él?

—¿Cómo coño se llamaba? —gritó Colomba. Santini se sobresaltó.

—Eiche. Se llamaba Eiche... —Valle deletreó el nombre—. Estaba en Erlenbach, cerca de Zúrich. En el lago.

Colomba hizo señas a Santini para que lo escribiera. Él se sacó la pluma del bolsillo de la chaqueta y utilizó un recibo que cogió del salpicadero.

—¿Por qué allí?

—¿Cómo?

—¿Por qué envió a Dante allí? ¿Cómo la encontró? —gritó Colomba de nuevo.

—Me la recomendaron.

—¿Quién?

—No me acuerdo.

—¿No se acuerda de algo tan importante? —si lo hubiera tenido entre sus manos, lo habría estrangulado.

La respiración de Valle se hizo aún más jadeante.

—Alguien del hospital. Pero ¡por Dios, han pasado veinticinco años!

—¿Quién es ese alguien?

—¡No me acuerdo! ¿Podría decirme por qué...?

Colomba apagó el manos libres con un manotazo sobre el volante.

—¿Por qué te estás centrando en la clínica? —preguntó Santini.

—Por dos razones —respondió Colomba verificando en el navegador cuánto faltaba para llegar a Roma. Al menos media hora. Adelantó un camión que se hizo a

un lado al ver las luces de emergencia: no había sido necesario encender la sirena, porque no había tráfico—. Primero: el Padre es un médico, o un científico que tiene relaciones con el entorno médico. Trafica con medicamentos y era el responsable de los tratamientos del MKULTRA italiano.

—Esa historia no es que me convenza mucho, Caselli.

—Pues tendrás que ir aceptándola, porque es la única que tenemos en este momento. Segundo: durante cinco años después de su liberación, Dante permaneció encerrado en esa clínica Eiche. Si el Padre quería saber cómo estaba, tenía que pasar por allí. Y quién sabe si no habrá sido él quien lo envió allí mediante algún cómplice.

—¿Crees que fue uno de los médicos?

—Eso es lo que espero. Tal vez no se ocupó directamente, porque Dante habría podido reconocerlo, pero no me sorprendería que estuviera en la habitación de al lado. O se paseara por ahí de vez en cuando aprovechando la disponibilidad de sus colegas.

—Estás dando palos de ciego, lo sabes, ¿verdad?

—¿Tienes algo mejor que proponer?

Santini reflexionó unos instantes.

—No. Sin embargo, aunque eso fuera cierto, la Eiche es una clínica suiza. Para obtener el listado del personal de hace veinte años sería necesario tramitar una rogatoria internacional. Y aunque la tuviéramos, no creo que junto al título de uno de los médicos apareciera escrito «secuestrador».

—El Padre es italiano. Dante dijo que no tenía inflexiones particulares. Y el acento alemán no pasa desapercibido. En once años, se le habría escapado una palabra en su lengua materna. Y, fíate de mí, Dante se acordaría de eso.

Santini se encogió de hombros.

—Serían pocos y más fáciles de verificar, pero de todas formas no tenemos esos listados.

—Mira en la página web de la clínica.

Mientras Santini la buscaba en el *smartphone*, Colomba hurgó desesperadamente en su memoria. Sentía que había algo que no era capaz de recordar. Algo que Dante le había dicho... Estaba exhausta, coño, no podía estrujarse el cerebro.

—No sale —dijo Santini—. Tal vez entendimos mal el nombre. No, espera... Hay una página en alemán... —él la miró—. No te lo vas a creer, pero lo hablo.

—No te lo vas a creer, pero no me importa un carajo. ¿Qué dice?

—Que la clínica cerró hace diez años. Podemos ahorrarnos el fiscal para la rogatoria.

Al oír la palabra «fiscal», Colomba tuvo un *satori*.

—Dante tuvo que hacer que un tribunal le reconociera capacidad de discernimiento y de volición —dijo triunfal—. Alguna prueba pericial debió de traerse de la clínica.

—Estará anexada a los autos —dijo Santini—. Si hay algún nombre, podemos

ponerlo en el sistema e intentar localizarlo. Pero si se trata de un suizo, tendremos que pasar a través de la policía de allí o de la Europol.

—Mientras tanto, vamos a pedir que nos den la sentencia.

Santini miró su reloj.

—Son las cinco, un poco pronto para el tribunal.

—En las ciudades pequeñas todo es mucho más sencillo. En la hoja está el número del móvil de Spinelli. Llámala.

Santini protestó. Spinelli lo había tratado como a un besugo y no creía que lo escuchara. Al final hizo lo que le pedía y escuchó con incredulidad cómo Colomba la halagaba y le rogaba que la ayudara violando todas las reglas existentes. Excepto una, la que exige hacer todo lo posible para salvar una vida humana.

Veinte minutos más tarde, una llamada telefónica sacaba de la cama a un estupefacto registrador del tribunal de Cremona. Por suerte, tenía una copia de las llaves del archivo.

El Padre se quedó mirando a Dante unos instantes sin decir nada, luego se acercó a la mesa y se sentó en la única silla. Dante se vio asaltado de nuevo por temblores y se agarró las piernas con su brazo izquierdo. Con la mano buena seguía sacudiendo el candado, convulsivamente.

—Hola, Hijo —dijo el Padre—. Qué bonito es verte de nuevo.

Su voz había cambiado. Era sutil, tenue. Incluso la pronunciación se había vuelto más sucia, como les ocurre a los ancianos que tienen problemas con su dentadura. Dante no la habría reconocido como la del hombre que lo había mantenido prisionero. Pero de alguna manera le sonaba igualmente familiar.

—Basta... con estas... chorradas... —balbució. Estaba temblando—. Tú no eres mi padre.

—Yo te crie. Te hice lo que eres. ¿No es eso lo que hacen los padres?

Dante negó con la cabeza, mientras seguía temblando. Su termómetro interior había saltado, pero los fármacos en la sangre luchaban para mantener su alma unida al cuerpo.

—Solo eres... un monstruo enfermo. E hiciste un monstruo... también de mí. Tendrías que haberla diñado hace mucho tiempo.

El Padre siguió mirándolo.

—Te has vuelto más fuerte, aunque siempre lo fuiste. He visto a hombres adultos romperse y transformarse en nulidades tras unos pocos meses. Dejaban de reaccionar y de luchar esperando la muerte. Tú no. Tú llegaste al final del tratamiento.

—Los... mataste —dijo Dante, mientras seguía intentando descifrar esa sensación de familiaridad. El hombre que estaba delante de él era el Padre, pero parecía que su figura se hubiera superpuesto a la de otra persona—. Y los enterraste... en el lago.

—Eso no me proporcionó ningún placer, créeme —le explicó el Padre—. Pero era necesario. La historia del mundo está hecha de sacrificios, grandes y pequeños.

—Y también los niños... los que metiste en los contenedores... ¿fueron sacrificios?

El Padre negó con la cabeza.

—Dante, Dante... ¿Cómo es que no te das cuenta? Yo era su única esperanza de curación. El daño que habéis hecho Colomba y tú ha sido incalculable. Voy a tener que empezar de nuevo, en otro país. Y ruego a Dios que me deje vivir lo suficiente para ver los resultados.

¿Colomba? ¿Por qué la llama por su nombre? Dante hurgó de nuevo en su

memoria. Pero estaba fragmentada y vacua.

—Yo ruego a Dios que te mueras.

—Seré recordado, Dante. Como un pionero. Todo me será perdonado. Y que sepas que nunca he hecho nada para mí. Nunca he buscado la gloria. Lo que hago es un regalo para el mundo.

Dante estaba demasiado agotado para continuar con esa discusión.

—¿Por qué...? —se detuvo, los temblores eran tan violentos que le impedían articular las palabras—. ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué quieres?

—Te he echado de menos, Dante. Quería hablar contigo. Y quería hacerte un regalo.

—Yo no... No quiero nada de ti.

El Padre se inclinó hacia él.

—¿Ni siquiera quieres saber quién eras antes de que te hiciera renacer de nuevo? —preguntó.

Dante tuvo la impresión de que sonreía por debajo del pasamontañas.

Cuando el dueño del bar-estanco Gold del paseo de Francia en Roma levantó la persiana a las seis en punto, se encontró delante a una pareja de aspecto trastornado y peligroso. Sobre todo ella, con una luz salvaje en sus ojos de color botella. Imaginó que eran dos delincuentes y pensó en no abrir la puerta. Entonces el hombre del bigote pegó su identificación en el cristal.

—Mueve el culo —dijo desde el otro lado.

El del bar abrió con una sonrisa.

—Perdonen, es que ya me han robado dos veces.

—Me lo voy a tomar como un cumplido —comentó Santini.

Colomba señaló el letrero del cristal que decía FAX Y FOTOCOPIAS.

—¿Funciona?

—Sí, claro —dijo el dueño.

—Dame el número.

El dueño obedeció, y luego preparó para ellos dos cafés dobles y una tostada, mientras Colomba le daba explicaciones a Spinelli y le proporcionaba el número que debía pasarle al registrador para que enviara la documentación.

—Voy a abrir una investigación sobre la desaparición del señor Torre —dijo Spinelli.

—Por favor, dame algo de tiempo...

—Faltaría a mi deber. Pero nadie podría reprocharme que espere al horario de oficina. Nueve y media.

Colomba comprendió que ese era el periodo máximo.

—Gracias. Voy a intentar que resulte suficiente.

—No me des las gracias —dijo Spinelli antes de colgar—. Probablemente ambas

acabaremos teniendo problemas por esto.

Colomba le devolvió el móvil a Santini, pensando que no le importaba lo que pudiera ocurrirle después de encontrar a Dante. Y menos aún si no lo conseguía. Con la tostada en la boca, Santini tecleó rápidamente un sms.

—¿Tengo que preocuparme? —dijo Colomba con los ojos entrecerrados.

Santini tragó.

—¿De qué? ¿De esto? —giró la pantalla hacia ella, mostrándole el texto del mensaje.

No podré ir a recogerte, Stellina. Trabajo.

Pídele perdón de mi parte también a mamá. Besos, papá.

—¿Tienes una hija? —preguntó Colomba asombrada.

—A tiempo parcial —dijo—. ¿Qué pasa? ¿Crees que los que son como yo no tienen que reproducirse?

Ella se encogió de hombros.

—Yo solo te imaginaba estando en casa, lamiendo culos y yendo a la oficina.

Él casi rompió el teléfono en el puño.

—Qué ganas tengo de que esta historia se termine para no verte nunca más.

El del bar se asomó por detrás de la barra.

—Disculpen... Está llegando un fax y creo que es para ustedes.

Colomba y Santini se fueron rápidamente hacia el aparato, que estaba en una repisa en la cabina destinada al estanco. Compitieron para ver quién tomaba la primera hoja que salía. Ganó Colomba, por abandono. Solo se veía el logotipo del tribunal, lo arrugó y lo tiró a la basura.

—Si me necesitan, llámenme —dijo el dueño, atemorizado.

—Vale, vale —respondió Santini con brusquedad.

Colomba tiró a la papelería también la segunda hoja.

—Espero que no nos envíen todas las disposiciones de la sentencia...

—Cuando tengamos los nombres los mandaré a mi oficina. ¿Te parece bien? —preguntó Santini.

Colomba asintió.

—Estoy pensando que podríamos compararlos también con los nombres de la Brújula de Plata. Era el centro de apoyo para niños con problemas al que fueron Ruggero Palladino y la mitad de los otros que estaban cautivos en los contenedores.

Santini miró otra hoja, y esta vez la colocó sobre la repisa. Allí estaban los nombres del juez y del procurador que habían redactado el auto. Podían ser de utilidad.

—Sé que Spinelli lo ha sometido a investigación, pero por ahora no han descubierto nada. La mayoría de los que trabajaban allí eran voluntarios de buena fe. Va para largo.

Santini tiró a la papelera otra hoja después de leerla rápidamente: no había más que cháchara legal. «El aquí presente», etcétera, etcétera.

Hubo una pausa en la transmisión, luego llegó una hoja que no tenía los caracteres a máquina del tribunal. Arriba a la derecha había un logotipo que representaba un roble estilizado y debajo la inscripción EICHE KLINIK.

—Lo tenemos —dijo Colomba.

Era el informe pericial del médico encargado de Dante, que garantizaba su recuperación. Afortunadamente, había sido traducido al italiano. El informe tenía cinco páginas de extensión, y la firma en la última hoja era de la doctora Maja Hutter.

—Una mujer —observó decepcionada Colomba. Tenía la esperanza de dar en el clavo a la primera, a pesar de que sabía que el Padre no habría sido tan imprudente como para dejarse ver.

—Tal vez tiene una voz masculina.

—Dante no se habría dejado engañar —replicó Colomba, quien también había pensado en eso durante unos segundos.

—De todos modos, haré que la localicen —dijo Santini sujetando el móvil.

El fax, sin embargo, no había terminado. Llegó otra hoja. La cabecera era WISSENSCHAFTLICHE AUSSCHUSS, y también llevaba el logotipo de la clínica. Colomba se la mostró a Santini.

—¿Qué quiere decir?

Él respondió con el móvil en la oreja.

—Mmm. Espera, Wissenschaft... Wissenschaft... «Ciencia»... ¡«Comité científico»! —entonces comenzó a hablar con su subordinado, quien le respondía con la voz rota.

El fax emitió otro pitido a volumen bajo y se apagó. Colomba cogió la última hoja que había terminado de salir. Era la lista de los miembros del comité científico. Cuando llegó a la mitad de la lista, sintió la sangre fluyendo hacia los pies. Se tambaleó y tuvo que sostenerse en el cristal de la cabina.

Santini cubrió el micrófono con la mano.

—¿Te encuentras mal, Caselli?

Ella negó con la cabeza y le señaló el nombre, incapaz de hablar. Cuando lo vio, Santini le colgó en las narices a su interlocutor.

El Padre regresó a la autocaravana y esta vez llevaba entre los brazos algo voluminoso envuelto en un paño. Lo depositó sobre la mesa y se quedó de pie sin decir nada. Se apartó de inmediato tras decirle a Dante que ese iba a ser su regalo, para que pudiera degustarlo previamente.

Dante se irguió en la cama, apoyando la cabeza en la pared. Temblaba menos, ahora, a pesar de que estaba debilísimo y tenía que hacer esfuerzos para respirar. El corazón le latía pasado de vueltas.

—¿Me has traído otro regalo? —articuló con dificultad.

—No, en realidad no. Podríamos decir que es un regalo para mí —respondió el Padre.

Abrió el paquete y sacó una carpeta de cartón, un torniquete, una botella de agua oxigenada y una jeringuilla. Luego desenrolló la tela en el suelo y Dante vio que el objeto voluminoso que tanto le había costado traer era una vieja guillotina de mano profesional, una especie de cimitarra con mango de madera acoplada a una base de metal. Se utilizaba en las imprentas para igualar las resmas de papel o recortar los libros.

Al ver la hoja afilada Dante se estremeció.

—¿Un regalo para ti?

—La demostración de que eres el hombre que yo creo —empujó la mesa hacia la cama de Dante, hasta casi tocarla con las patas. Luego movió la silla y se sentó. Ahora los dos estaban a poco más de un metro, la distancia de la cadena. El Padre había calculado que Dante no pudiera llegar hasta él, sino solo a la mesa. A la guillotina.

—¿Y qué es lo que debería demostrarte?

—Tu fuerza de voluntad —dijo el Padre—. Y tu determinación —levantó la carpeta de cartón—. Aquí está todo lo que sabía de ti cuando fuiste elegido. De lo que me enteré a través de tus padres: dónde vivías, a qué guardería ibas... Todo lo que puede saberse sobre un niño de cuatro años.

—Tenía seis años cuando me raptaste —objetó Dante, sintiendo dentro de sí la urgencia de gritar y delirar. Se controló estudiando el perfil del hombre bajo el pasamontañas, la forma de su cabeza, de su cuello. No se equivocaba. Sabía quién era. Y esto lo hacía más fuerte de lo que nunca había sido en relación al Padre o a la idea de él. Ya no era un fantasma anónimo, una sombra del pasado.

—Me temo que no. Tenías cuatro y medio, para ser exactos —dijo el Padre—. Has olvidado casi todo sobre tus primeros tiempos en el silo. Era necesario para que tu historia cuadrara, ¿sabes? Estuvimos casi trece años juntos, no once, como creías. Como te hice creer —añadió con una pizca de satisfacción.

—Trece años —murmuró Dante.

—Aunque, tal vez, después de que sepas quién eres realmente, te acordarás también de eso. ¿Quién sabe? Tengo mucha curiosidad por descubrirlo. Pero, primero... —le indicó la guillotina—. Primero tienes que superar esta prueba. La última. La más difícil. Sacrificar una parte de ti.

Dante sintió un nudo en el estómago.

—Habla claro.

—Quiero tu mano mala.

Dante se quedó de piedra por el *shock*.

—Estás loco —susurró tras unos instantes.

—La verdad tiene un precio, Dante —dijo el Padre—. Siempre lo has sabido. Y

es un precio pequeño el que te pido. Sin esa mano, pero con tu nombre, estarás mucho más completo de lo que lo estás ahora.

—No.

—No tengas miedo. Te ayudaré a hacerlo bien.

—No tengo miedo, pero no quiero darte esa satisfacción.

El Padre asintió con gravedad.

—La elección es tuya. Pero te dejo un minuto más para decidirlo. Luego saldré de aquí y no voy a volver nunca más. Vas a perder la última oportunidad de encontrar lo que te ha sido negado durante toda tu vida: tu identidad —se inclinó hacia él, pero sin superar en ningún momento la distancia de seguridad—. ¿Estás verdaderamente dispuesto a renunciar a ella? —añadió. Y a pesar de que intentara hablar con una voz neutra, Dante captó en ella satisfacción y placer.

—Te estás divirtiendo, ¿no es así? —le dijo.

—Solo hago lo que es necesario.

Dante negó con la cabeza.

—Finges ser un científico, y tal vez lo hayas sido en un determinado periodo de tu vida. Pero ahora no eres más que un sádico enfermo de poder. El sufrimiento de tus víctimas te excita. Te hace disfrutar. Y quieres utilizarme por última vez.

—Te quedan veinte segundos aún —el Padre se tocó la frente con el índice enguantado—. Tengo un cronómetro aquí.

—¿De verdad no te das cuenta de lo que eres? ¿O te estás mintiendo también a ti mismo?

—Diez —el Padre intentó limpiarse los labios, olvidándose de que llevaba el pasamontañas—. No sentirás nada, te lo garantizo. No mucho, por lo menos. Te ayudaré a acertar con la articulación —señaló la jeringuilla—. Vas a utilizar anestesia. Y luego te coseré. Como hacía cuando te cortabas en el silo. ¿Te acuerdas?

—A lo mejor hasta te crees que tienes razón.

El Padre se puso en pie de un salto.

—Se acabó el tiempo. Esperaba algo más de ti —dijo. Se encaminó hacia la puerta, pero Dante lo llamó.

—Okey —dijo.

El Padre se detuvo.

—¿De acuerdo? ¿Estás seguro?

Dante se había puesto más pálido aún.

—Vamos a hacerlo. La mano mala me recuerda a ti. Por lo menos, me libraré de ella.

El Padre intentó de nuevo secarse los labios. La mano le temblaba ligeramente.

—Bien... Muy bien.

Se sentó otra vez a la mesa. Cogió el torniquete y se lo lanzó a Dante.

—Átate por debajo del codo.

Dante se quitó la chaqueta.

—¿Has estado observándome todos estos años?

—Me he mantenido al día acerca de ti —dijo el Padre. Cogió la botella de agua oxigenada y roció un poco en la hoja, para luego secarla con un paño.

—Siempre lo he sabido —dijo Dante.

—Lo sé.

—Como siempre he sabido que volverías a por mí. Era solo cuestión de tiempo —Dante empezó a desabrocharse la camisa.

—Muévete —le conminó el Padre, acariciando la hoja con los dedos enguantados.

Dante se quitó la camisa.

—Pensé en implantarme un chip de localización, pero no existe ninguno que pueda permanecer bajo la piel, como se cuenta. Si tienen que conectarse a un satélite son tan grandes como un paquete de cigarrillos, y hay que cambiar a menudo la batería.

—Eso también lo sé —dijo el Padre, impaciente.

—Sabía que tendría que apañármelas por mí mismo si eso ocurría. Tendría que ser capaz de abrir cualquier cerradura si me encontraba encarcelado. Pasé años estudiándolas —miró al Padre—. Y estudiando los candados —añadió.

Dante agarró el collar y lo tiró al suelo. Luego se lanzó hacia delante volcando la mesa. La guillotina se abatió sobre las piernas del Padre, haciéndole gritar de dolor.

Dante cayó a su vez sobre él y lo aferró por el cuello, a pesar de que sus manos estaban casi insensibles.

—Si utilizas los puntos de bloqueo de un candado, las combinaciones posibles bajan a ochenta, ¿lo sabías? Ochenta. Se tarda una media hora. Sé hacerlo hasta con los ojos vendados, si es necesario —apretó con las pocas fuerzas que le quedaban.

El Padre se debatió intentando agarrarlo, pero sus manos enguantadas resbalaban sobre el cuerpo de Dante.

—No, eso no lo sabías, ¿verdad? No lo sabes todo. Eres solo un hombrecillo detrás de una gran máscara. Como ese Mago de Oz que tanto te gusta.

La puerta se abrió y el hombre que había secuestrado a Dante entró corriendo, blandiendo una porra blanda. Dante soltó al Padre y aferró la carpeta. La abrió. Solo hojas en blanco. La dejó caer antes de que la porra lo alcanzara en la sien. Cayó al suelo. Fue golpeado de nuevo en las costillas. Algo crujió, y luchó para no perder el conocimiento.

La voz del Padre le llegó desde una distancia infinita.

—No lo mates —gritó—. ¡Y que no pierda el conocimiento!

El hombre de la porra lanzó a Dante sobre la cama. Manteniéndolo inmóvil con una rodilla, sacó del bolsillo un puñado de abrazaderas de plástico, de las utilizadas por la policía antidisturbios, que no se podían reabrir sin cortarlas. Las usó para atarle las muñecas a Dante a la espalda, y luego le ató los tobillos juntos. Le quedaban tan apretadas que la sangre dejó de circular.

Al final, le colocó de nuevo el collar. Con las manos inmóviles, Dante no tenía forma de llegar al candado.

El Padre se puso en pie con dificultad, las piernas le dolían.

—No sé si estar contento o enfadado contigo. Tal vez ambas cosas.

—Mentiroso —murmuró Dante—. Embustero. Cerdo. Infame.

—No. Te he dicho la verdad. Nunca supe quién eres.

Dante sonrió.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Me has obsesionado durante toda mi vida. Y creo que incluso te he querido un poco, a pesar de lo que me hiciste. Pero ahora que he visto lo que eres, has roto el hechizo, me has liberado. Aunque me mantengas encerrado aquí dentro voy a ser más libre de lo que nunca he sido.

El Padre sintió un estremecimiento de rabia. Se volvió hacia el hombre de la porra.

—Ve a por la excavadora —le ordenó.

—¿Lo dejo aquí solo? —preguntó el otro. Era la primera vez que Dante le oía hablar.

—Ahora ya no puede hacerme nada.

El hombre salió. Dante solo podía pensar: *¿Excavadora? ¿Qué quieren hacerme?*

—Entiendes por qué no puedo dejarte con vida, ¿verdad? —dijo el Padre—. Pero no voy a abandonarte. Estaré contigo hasta el final —señaló el techo—. Ahí hay una cámara web. Te miraré. Esto también tendrá su valor.

—¿Qué valor?

—Voy a averiguar cómo reacciona un claustrofóbico cuando es enterrado vivo. Algo que se puede imaginar, pero que ningún científico ha visto nunca en directo.

Dante trató de decir algo, pero su garganta estaba completamente cerrada. Se agitó intentando liberarse de las ataduras, con el único resultado de cortarse la carne. Las muñecas empezaron a sangrarle.

—Adiós, Hijo —dijo el Padre abriendo la puerta.

—¡Sé quién eres! —gritó Dante—. ¡Sé quién eres! ¡Te he reconocido! Viniste a mi hotel.

El Padre se detuvo.

—Tenía tantas ganas de verte de cerca —admitió. Se quitó el pasamontañas—. Ver mi obra.

Apareció el rostro afilado del patólogo Mario Tirelli.

Colomba se enjuagó la cara con agua gélida en el lavabo del bar. Había tenido un pequeño ataque antes. Por un momento había dejado de respirar y había lanzado un puñetazo sobre el mostrador del estanco, hiriéndose en un nudillo. Habría seguido golpeando, por el mero placer de sentir dolor, si Santini no la hubiera detenido. Santini. Que hacía lo correcto, mientras que ella ya no razonaba.

Tirelli.

No conseguía creérselo, pero sabía que era verdad. Pensó en cuando Tirelli parecía no haberse dado cuenta en los Pratoní de que los golpes del asesino eran demasiado precisos y secos como para ser los de un marido en pleno arrebató. Un tipo que por regla general se fijaba hasta en las comas.

Porque sabía que había sido el Alemán.

Y en el hospital, cuando ella le pidió que verificara lo de la Brújula de Plata. En secreto, porque confiaba en él.

Y decidió que me mataran. Lo decidió en ese mismo momento.

También conocía la investigación del ambulatorio y ordenó matar a Montanari. Colomba le había pedido precisamente a él el nombre del médico. Quién sabe cuánto se habría reído de ella.

Y luego los nombres que utilizaba. A Tirelli le gustaban las viejas películas y las series de televisión. Zardoz... Colomba recordó que Marcus Welby, a cuyo nombre iba la tarjeta de crédito virtual, era el médico de una vieja serie que su madre veía cuando ella era pequeña. Se había burlado de todo el mundo, pero especialmente de ella.

Ella fue su topo, su confidente número uno.

Idiota. Si algo le sucede a Dante, será culpa tuya.

Cerró el grifo con tal fuerza que dobló el tubo de plástico, luego se secó la cara y salió del baño.

Santini la esperaba delante de la puerta y salió con ella a la acera. Había otras personas ahora en el bar: trabajadores que madrugaban, peones y albañiles, en su mayoría.

—¿Has encontrado el número? —preguntó Colomba.

—Aquí lo tienes —respondió Santini pasándole el móvil con el número ya marcado.

La voz adormilada de Anselmo, de la Postal, contestó al quinto tono. Y cuando se dio cuenta de que era Colomba se quedó sin palabras por unos instantes. ¿Qué tenía

que decirle? ¿Felicitarla porque había sido exonerada? ¿O enviarla a tomar viento por la investigación interna a la que estaba siendo sometido por su culpa?

Colomba se anticipó.

—Necesito un favor.

—Estás bromeando, ¿verdad? ¿Sabes en qué problemas me has metido...?

—El Padre ha capturado a Dante —lo interrumpió Colomba—. Contigo, ahora somos tres los que lo sabemos. Si el rumor circula, es hombre muerto.

—¿Por qué?

—Porque el Padre es Tirelli.

—¿El patólogo? Pero ¿te has vuelto loca?

Colomba le hizo señas a Santini, quien se hizo con el móvil.

—Soy el subcomisario Santini, nos conocemos.

—Sí... doctor, pero ¿qué está pasando?

—Lo que le ha dicho Caselli. Ahora, o nos echa una mano o bien cuelga y se olvida de que hemos hablado.

Colomba cogió de nuevo el aparato.

—Te necesito. Alguien más podría estar implicado o ser demasiado amigo de Tirelli. Tú no tienes nada que ver, me di cuenta de ello en el ambulatorio. A menos que seas un genio actuando, pero estoy dispuesta a correr el riesgo.

—Caselli, tienes que denunciarlo —dijo Anzelmo, aturdido.

Colomba apretó los dientes.

—¡Despierta! ¿Realmente no entiendes por qué no puedo hacerlo? Tirelli conoce a medio mundo, cientos de compañeros han trabajado con él en toda Italia. Es una institución. En cuanto llegue a sus oídos que lo hemos descubierto, hará desaparecer a Dante para siempre.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Localizar sus móviles. Y encontrar los listados de esas llamadas.

Anzelmo pensó que realmente estaba hundido en la mierda. Si se negaba, podía ser responsable de la muerte de un hombre; si aceptaba, se arriesgaba a una nueva investigación interna y una suspensión. Pero, si se negaba y luego guardaba silencio, se quedaría con lo peor de las dos opciones, y no se imaginaba haciendo de espía.

—Dime los números —suspiró.

Santini se fumó un cigarrillo mientras esperaban, Colomba miraba al vacío.

—¿Te lo habrías llegado a imaginar? —preguntó Santini.

—No. Aún no me parece real.

—¿Hay alguna posibilidad de que nos equivoquemos?

—Cero. Joder, ni una.

El móvil sonó diez minutos más tarde. Era Anzelmo, con malas noticias.

—Tirelli tiene apagados los móviles desde ayer. Están en su casa. He intentado

llamarlo al fijo.

—Pero ¿eres idiota?

—Me habría inventado una excusa. Trabajo con él. Trabajaba... Pero no responde. Para mí que no está en casa.

—Ha abandonado los móviles —dijo Colomba con rabia—. Todavía está con Dante.

—Te he enviado los listados —dijo Anzelmo—, tal vez haya algo bueno allí. Espero en casa, ¿de acuerdo?

El del bar se asomó en ese momento con un paquete de hojas.

—Son para ustedes.

Colomba se las arrebató de la mano y las miró rápidamente, dividiéndoselas con Santini. Eran impresiones de una hoja de cálculo excel, que contenían, además de las llamadas realizadas o recibidas, los nombres relacionados y la posición del poste desde el que se conectaba cualquier móvil. Empezaron por el final; luego, desde el principio, y en pocos minutos se dieron cuenta de que estaban perdidos. Tirelli solo había realizado llamadas de trabajo, a compañeros y amigos a los que conocían, a restaurantes, a su hermana, que estaba en Milán, al número del taxi y poco más. Nada que fuera ni remotamente sospechoso. O quizá todo podría serlo, solo que no tenían oportunidad de verificarlo en tan poco plazo. Y en las últimas veinticuatro horas, nada. Ninguna llamada. Colomba lanzó las hojas al suelo en un ataque de furia.

—¡Mierda! ¡Solo estamos perdiendo el tiempo!

—Todavía podemos encontrarlo —dijo Santini—. Pero tenemos que dejar de trabajar solos. En diez minutos podemos tener a la mitad de los compañeros de Roma echándonos una mano.

—¡Y uno de ellos llamará a Tirelli! Lo sé yo y lo sabes tú.

Santini la agarró del brazo.

—Es la única oportunidad que tenemos. Voy a hacerlo, aunque no estés de acuerdo llegados a este punto.

Ella se soltó el brazo. Pero sin la vehemencia que habría utilizado hasta poco tiempo antes.

No soy mejor que él, pensó. También es culpa mía que la vida de Dante corra peligro.

—No es posible que no haya cometido ni siquiera un error —murmuró.

—El error es que está loco de remate. Pero aparte de eso, si ha estado activo durante tantos años, habrá alguna razón. Probablemente nunca ha hecho una llamada telefónica comprometedoras en toda su vida.

—Las hizo —dijo Colomba—. Era Tirelli quien llamaba por teléfono a las madres de los niños, presentándose a sí mismo como el doctor Zedda. El Alemán hacía el trabajo sucio, pero tiene una voz demasiado particular, tal vez tiene dañadas las cuerdas vocales... Susurra y nada más.

—¿Tirelli podría tener otro teléfono?

—No, estaba usando Skype.

Santini y Colomba se miraron, pensando lo mismo.

—Mierda —dijeron al unísono.

Dante oyó cómo el ruido del motor de la excavadora se hacía ensordecedor fuera de la autocaravana; luego, la primera sacudida lo lanzó al suelo, haciendo que casi se estrangulase con el collar. Se puso de rodillas, la cabeza contra el colchón de espuma, queapestaba a su sudor acre. Hubo otra sacudida, esta vez menos violenta pero más prolongada.

Me van a aplastar, pensó, loco de terror. Había intentado desgastar las ataduras frotándolas contra el cabecero de la cama, pero era demasiado liso y el plástico demasiado resistente: el único resultado que obtuvo fue el de hacer que le sangraran más las muñecas. Siguió intentándolo, gritando e insultando al hombre que estaba espiándolo desde la webcam. Una parte de él quería guardar silencio para no darle satisfacción, pero era la parte racional, aplastada por el animal que gritaba por ser liberado.

Otra sacudida, pero una vez más la autocaravana siguió intacta. Aunque se movió sobre las ruedas, crujiendo. La excavadora estaba empujándola poco a poco.

¿Dónde? ¿Dónde?, gritó la Bestia en su mente.

Lo entendió cuando notó la autocaravana inclinarse del lado de la pared donde estaba enganchado. Dante rodó sobre el colchón y se golpeó la cabeza contra la cama por encima de él, mientras que la autocaravana tomaba una pendiente de cuarenta y cinco grados crujiendo y gimiendo. La mesa se deslizó por el suelo y las puertas del pequeño armario de la pared opuesta se abrieron dejando caer una bolsa de basura que se rompió al chocar contra el suelo. Una rata salió de los residuos y comenzó a correr en círculos, chillando. La autocaravana se inclinó de nuevo y Dante se golpeó la frente contra el cabecero de la cama, produciéndose un corte del que brotó sangre. El armario se cayó y se hizo pedazos, la rejilla que cubría una de las ventanas se descolgó. Por un momento Dante vio la luz de la mañana a través del velo de sangre y tuvo un instante de ilógica esperanza. *Puedo salir de aquí si consigo llegar hasta allí*, pensó. *Puedo salvarme*.

Entonces la excavadora dio un último empujón y la autocaravana se deslizó hacia abajo, aterrizando después de un vuelo que duró una fracción de segundo. La luz de la ventanilla se oscureció por una sombra que subió desde el fondo, como una trampilla, mientras que el suelo volvía a una posición casi horizontal. Habían lanzado la autocaravana a un agujero, en la oscuridad. Con el último rayo de lucidez Dante tuvo la esperanza de morir rápidamente.

La idea que Colomba y Santini habían tenido era simple. Para conectarse a Skype el

Padre tuvo que utilizar por fuerza un PC, y esto les había recordado que Tirelli tenía un ordenador portátil que llevaba siempre en la bolsa cuando visitaba los escenarios del crimen. Tanto Colomba como Santini lo habían visto docenas de veces. El portátil tenía un módem USB para conectarse a Internet. Anzelmo lo identificó e intentó localizarlo: por desgracia, también este había sido desactivado. Eso no significaba que el PC no estuviera conectado a la red, pero si lo hacía, era con otro sistema: un cable Ethernet, por ejemplo, o la wi-fi. Algunos ordenadores tenían un sistema de localización por GPS en caso de robo y se podían encontrar si uno conocía el código de acceso. Anzelmo, sin embargo, no lo sabía y dudaba mucho que Tirelli lo hubiera activado.

La nube, pensó. Se conectó al servidor del Instituto de Medicina Forense. Tirelli, en ese servidor, tenía una carpeta compartida donde descargaba los informes, y que se actualizaba automáticamente cada vez que el ordenador se conectaba a Internet. La carpeta se había actualizado veinte minutos antes. Anzelmo, en calzoncillos delante de su ordenador, se chocó la mano a sí mismo, luego intentó descubrir desde dónde se había conectado Tirelli sin ser consciente de ello.

Colomba y Santini se habían sentado de nuevo en el coche, preparados para salir si obtenían una respuesta.

—Aunque descubramos dónde está el PC —dijo Santini—, no es seguro que Tirelli esté por ahí. Y si lo está, eso tampoco quiere decir que ese sea el lugar donde está Torre.

—Lo sé. Solo nos queda un cartucho. Si nos equivocamos, actuaremos a tu manera —dijo Colomba.

—Si te equivocas, es posible que no lleguemos a tiempo. ¿Estás segura de que quieres asumir esta responsabilidad?

Colomba negó con la cabeza.

—No.

—Pero de todos modos la asumes.

—Sí.

—Me alegro de no estar en tu lugar —dijo Santini.

Dos minutos después se produjo la llamada de Anzelmo. El PC de Tirelli estaba conectado al wi-fi de un depósito para autocaravanas y *roulottes*.

La Via Pontina era la carretera regional que llevaba del barrio EUR de Roma hasta la pequeña ciudad de Terracina. El depósito estaba situado en la Pontina, poco después de la circunvalación del GRA. No era uno de los más grandes, solo cinco hectáreas, casi todas cubiertas por techos metálicos, donde los vehículos solían aparcar en largas filas ordenadas. Un cartel en la puerta principal, que se abría electrónicamente tecleando el código en el panel, decía que debido a los trabajos de renovación en curso, el depósito y la retirada de los vehículos debía efectuarse entre las diez de la mañana y las seis de la tarde, en lugar de entre las siete de la mañana y las doce de la noche, como era habitual. «Disculpen las molestias». Tal vez por eso casi todas las plazas estaban vacías, o bien podía ser por el estado general de abandono. Al fondo, en una zona delimitada, invisible desde la carretera, una excavadora estaba moviendo montones de arena empujándolos a un agujero en el terreno. Junto a ella daba vueltas una hormigonera encajada entre una pila de sacos de cemento.

A las siete de la mañana, en el tramo de carretera que daba al depósito, el tráfico de vehículos ya era intenso, mientras que los peatones eran casi del todo inexistentes. El guarda, un rumano de unos cincuenta años que hablaba mal el italiano, y poco en general, estaba sentado en la cabina que había junto a la verja, mirando la pantalla conectada a las dos cámaras que enfocaban la carretera, que alternaba con la de la televisión, donde estaban echando una vieja película. El guarda se llamaba Petru, pero tenía el apodo de «Dumbo» debido a las orejas en forma de coliflor, legado de un pasado poco brillante como boxeador; había recibido la orden de mantener a la gente alejada y de no meter las narices en lo que el dueño estaba haciendo en el fondo del patio. Trabajos ilegales, tal vez. O quizás enterraban residuos tóxicos. Algo malo, pero que no importaba a Petru. No le pagaban para que le importase.

El timbre de la entrada sonó. En la pantalla Petru vio a un hombre y una mujer, él con bigote, ella con el pelo largo. Llamaron de nuevo. Petru empujó la silla hacia la ventana, la abrió y se asomó.

—¡Cerrado! —gritó.

La pareja parecía no oír. El hombre volvió a tocar el timbre. Petru suspiró, se levantó y salió de la cabina, estremeciéndose por el aire frío de la mañana. En la cabina tenía una pequeña estufa eléctrica que mantenía al máximo.

—Hasta las diez estamos cerrados. ¡Hay un cartel! —dijo acercándose a la verja.

La mujer extendió las manos y tiró de él a través de los barrotes contra la verja, haciendo que se golpeará la nariz, que se había roto en su último combate como

profesional, cuando un tipo diez años más joven que él se la había aplastado y levantado hasta la frente. El hombre sacó una pistola y le apuntó en la cara. En la otra mano llevaba un carné de la pasma.

—Abre —ordenó la mujer.

El Padre estaba dentro de una de las *roulottes* abandonadas a diez metros de la excavación. Cuando un cliente dejaba un vehículo —por lo general, de poco valor— y desaparecía, en el depósito se le hacían unos apaños y se intentaba venderlo. Si era demasiado viejo e inservible, simplemente se empujaba hasta los límites del aparcamiento, a una zona conocida como «el cementerio de elefantes». La que usaba el Padre era una de estas y conservaba aún huellas de la familia a la que había pertenecido: en las paredes había calcomanías de niños y en una esquina se pudría una cuna de madera. El ordenador del Padre estaba encajonado en el fregadero de la cocina, y en la pantalla aparecían las imágenes de la agonía de Dante, que llegaban a través de la red wi-fi.

El Padre las observaba de pie, en silencio, sin mover ni un músculo a pesar del dolor en las piernas. Observar era el aspecto fundamental de su obra, el arte que había perfeccionado durante décadas de experiencia ininterrumpida. Cuando se imaginaba a sí mismo, se veía como un ojo insomne, capaz de leer todos los secretos, de los vivos y de los muertos. En su otro trabajo, que había construido como un juego de espejos, utilizaba solo una porción de esta capacidad suya, y ya le era suficiente como para elevarse por encima de la media de sus colegas, tan descuidados e imprecisos, incapaces de fijarse en los detalles. Su trabajo *falso* le proporcionaba paz. El material que trataba ya estaba inerte, carente de parpadeos y rebeliones. No había ninguna batalla de voluntades cuando hundía un termómetro en el recto de un cadáver o extraía un corazón de la cavidad torácica. La lucha ya había tenido lugar en otro sitio, y tendidos en la mesa de autopsias yacían los restos del derrotado. Estudiando las causas de la muerte, el Padre buscaba en realidad las huellas de la vida que había sido abandonada. Los signos de los hábitos, los gustos alimenticios, los vicios y los pecados ocultos. Olfateaba sus olores, los acariciaba con las manos desnudas. A escondidas los besaba para sentir sus sabores. Pero nada era suficiente para disipar todas las sombras, para saberlo realmente todo. Cada vez que se veía obligado a cerrar un cadáver y entregarlo a los de la funeraria, el Padre se sentía como si tuviera que abandonar un libro fascinante que acabara de empezar.

Pero cuando regresaba a su verdadera vida, los sentidos se aguzaban y él rejuvenecía. Porque los secretos de una mente viva y reactiva eran infinitamente superiores a los de un pedazo de carne que comenzaba a descomponerse. Era un enfrentamiento constante con la incertidumbre y lo imprevisto, no existían caminos ya trazados. Sus sujetos podían rebelarse o amarlo, dejarse morir o intentar matarlo. Al principio, por lo menos, hasta que plasmaba en ellos la que sería su forma

definitiva, la que él había establecido.

Dante había dicho que obtenía placer en el dominio, pero el Padre rechazaba esa acusación. Solo era un artista enamorado de su propio trabajo, porque en los niveles más elevados el arte y la ciencia aspiran de igual forma a la belleza. Al absoluto.

Dio un poco más de brillo a la pantalla. La lámpara a pilas de dentro de la autocaravana seguía funcionando, como también la cámara web, pero era menos potente de lo que el Padre hubiera deseado. Parte de la cara de Dante quedaba ahora en sombras, no podía leer con exactitud su expresión. Podía ver tan solo su boca completamente abierta en un intento de captar el aire que estaba empezando a escasear.

Cuando la autocaravana recibió la primera descarga de arena, Dante comenzó a golpearse la nuca contra la pared, tal vez para tratar de perder el conocimiento. Pero las fuerzas pronto lo habían abandonado. Ya casi no se movía, aparte de los espasmos en las piernas, pero todavía estaba consciente, con los ojos abiertos. El Padre se entristeció por no poder mirar dentro.

Apartó la mirada de la pantalla hacia la ventana de la *roulotte*. A unos diez metros en línea recta veía la excavadora, quieta al borde de la fosa. El operario lo miraba a la espera de instrucciones. Se llamaba Manolo, había estado con el Padre desde el principio. Lo eligió él en persona, no esa escoria del Alemán. A pesar de que había ahorrado bastante dinero para vivir bien, había conservado ese depósito que había heredado de sus padres.

Suspirando, el Padre pensó que era el momento de decir adiós al último vestigio de la época más fecunda y sorprendente de su vida. Llamó la atención de Manolo y le hizo un gesto para que tapara el agujero.

Santini esposó a Petru a la mesa de la oficina. Colomba se inclinó hacia él.

—¿Dónde está Tirelli?

—¿Quién? —preguntó Petru.

—Anciano. Delgado. Pelo largo.

—No lo sé —respondió Petru.

En ese momento llegó desde lejos el ruido del motor de la excavadora pasado de vueltas. Instintivamente, Petru dirigió la mirada hacia esa dirección.

—Es ahí —dijo Colomba encaminándose hacia la puerta.

Santini hizo ademán de ir tras ella, pero Petru lo sorprendió. Hasta entonces no había opuesto resistencia, pero ahora se irguió en su metro noventa y desencajó el escritorio. Unido a la manilla le quedó un pedazo puntiagudo de madera de medio metro de largo; lo descargó contra Santini cuando este todavía se estaba dando la vuelta. Santini logró evitar que le golpeará en la cara, pero la madera se le clavó en el muslo hasta casi traspasárselo. Cayó al suelo sujetándose la pierna y gritando de dolor, incapaz de aferrar el arma.

Petru había actuado sin pensar. Solo quería soltarse y marcharse de ahí. Ahora que había herido al policía, más aún. Si lo apresaban, no sería como la última vez. Ya no saldría en libertad. Moriría en la cárcel, como su hermano. Cargó con la cabeza hacia abajo contra Colomba, delante de la puerta, agitando los enormes puños. Ella se apartó a un lado y le lanzó contra la cara la butaca de ruedas en la que Petru se había sentado toda la noche. Una de las patas lo golpeó justo en la nuez y el rumano cayó de rodillas agarrándose la garganta, que se puso inmediatamente roja por el esfuerzo para respirar.

Colomba le golpeó en la cara con una patada. Petru levantó las manos. Colomba le golpeó de nuevo, hiriéndole en un ojo, luego corrió hacia Santini y sacó de su bolsillo las llaves de las esposas. Santini se había quitado el cinturón y lo había atado sobre la herida, aplicándole presión para detener la sangre que salía en abundancia. Mientras tanto, blasfemaba en voz baja.

Colomba reabrió la manilla libre de Petru y esta vez la fijó en un tubo de metal; tirando de él arrastró al prisionero hasta la distancia adecuada.

—Si te mueves de aquí, te juro que te mato.

Petru agachó su rostro magullado y se quedó sentado en el suelo.

Colomba regresó junto a Santini.

—¿Qué, te vas a morir? —le preguntó.

—No, no lo creo.

—Te dejo con él. Llama a los demás, ¿okey? —sacó la pistola de Santini y salió corriendo.

Santini respiró lentamente, intentando no desmayarse.

Colomba se dirigió directamente hacia el sonido de la excavadora que reverberaba entre los techos de metal. Superó la última fila de vehículos estacionados y se encontró en un área que parecía más un desguace que un depósito. Había chasis de autocaravanas y *roulottes* oxidadas, mesas de *camping* rotas, esqueletos de sombrillas, madejas de cables, madera medio carbonizada y asientos hundidos. Al borde de esa zona había un área con césped ralo donde la hierba amarillenta crecía entre la maleza y, cerca de la valla que separaba el depósito de un campo sin cultivar, había una excavadora, que estaba vertiendo una palada de arena en lo que parecía una amplia fosa.

Que parecía una tumba.

Colomba apuntó la pistola en dirección al conductor.

—Detente —gritó. Estaba a menos de cinco metros de él.

El conductor se refugió en la parte inferior del habitáculo. Colomba vio que la puerta se entreabría y dejaba asomar el cañón de un arma. Se lanzó buscando refugio tras una *roulotte* decorada con florecitas pocos segundos antes de que llegara la primera ráfaga de ametralladora. Era un Kaláshnikov, un arma que Colomba había

visto hasta ese momento solo en las mesas de las incautaciones, y nunca en manos de alguien que intentara matarla.

Los disparos desintegraron la esquina de la *roulotte* como si estuviera hecha de papel, y Colomba se agazapó. En condiciones normales habría esperado la llegada de refuerzos, pero no podía, no sin tener noticias sobre el estado de Dante. Probó con el tirador de la *roulotte*. La puerta se abrió sin dificultad.

Se zambulló en el interior con la esperanza de encontrar una posición mejor desde la que apuntar al hombre de la excavadora y pillarlo por sorpresa. Se dio cuenta de que había cometido un error cuando captó de reojo un movimiento detrás de ella. Solo tuvo tiempo para darse la vuelta cuando Tirelli la golpeó en la cara con el ordenador portátil, rotándolo con ambas manos igual que un bate de béisbol.

Colomba perdió la pistola y notó que algo se le rompía en la boca. No vio ni oyó nada más, dejó de respirar: los pulmones, dos bolsas deshinchadas.

—Te juro que yo no quería, Colomba —le dijo Tirelli y levantó de nuevo el ordenador—. Siempre me has caído simpática.

Colomba movió la cabeza justo a tiempo para que el ordenador se estrellara contra el suelo. El dolor de ese movimiento le devolvió el control de la respiración. Estiró una mano para agarrar la muñeca de Tirelli, que se había desequilibrado hacia delante. Era delgado y frágil. Tiró de él y Tirelli cayó encima de ella como en un abrazo. Intentó luchar, pero su fuerza no era nada en comparación con la de Colomba, que lo aferró con una llave, mirándolo con los ojos velados por la sangre.

—¿Dónde está Dante? —susurró. Apenas podía mover la boca, algo crujía en su mandíbula igual que cristales rotos.

—Es demasiado tarde para él, Colomba.

Ella lo lanzó contra el suelo, era tan ligero como madera de balsa. Se le subió encima y dejó caer sobre él sangre y saliva de sus labios partidos.

—¿Dónde?

—En el hoyo.

Colomba se puso en pie y recogió la pistola. Veía doble.

—Levántate —murmuró.

Obedeció. Ella se colocó detrás de él y le apretó el brazo izquierdo alrededor de la garganta.

—Camina —dijo.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Tirelli.

Ella apretó, él se calló. Lo obligó a salir y caminar al aire libre. El hombre de la excavadora los vio y, tal y como Colomba esperaba que ocurriera, no disparó.

—Dile que deje el arma —ordenó Colomba. Lo habría hecho ella misma, pero no podía: el dolor cada vez que pronunciaba una palabra era terrible.

—No lo va a hacer. La supervivencia es lo primero, Colomba.

—Díselo.

Obedeció.

El hombre de la excavadora se irguió de pie mientras seguía empuñando el arma, pero sin apuntarla hacia ellos.

—Me largo de aquí —gritó.

—No —murmuró Colomba.

—Dice que no, Manolo —gritó Tirelli.

—¡Tengo que largarme de aquí! No quiero tener nada más que ver con esta mierda.

—No —resopló de nuevo Colomba.

—Sé razonable, Colomba —dijo Tirelli.

—No —repitió ella.

El hombre de la excavadora pareció entender. Levantó el arma de golpe. Colomba hizo lo mismo sobre el hombro de Tirelli. Dispararon casi a la vez. La mitad de los disparos de Colomba dieron en el blanco. Manolo cayó hacia atrás en la excavadora, desplomándose sobre las orugas.

Dos disparos de Manolo atravesaron el pecho de Tirelli y a Colomba la alcanzaron en el costado izquierdo.

Tenía la sensación de haber sido atravesada por agujas de hielo. Dejó caer a Tirelli pero consiguió no caer a su vez. Lo miró por un instante en el suelo, con el pecho desgarrado a la altura del esternón. La sangre le salía a borbotones y formaba un gran charco debajo de él, que alternaba rápidos jadeos y apneas.

El Padre se estaba muriendo, y lo sabía. Alguien iba a levantarlo del suelo y lo abriría sobre una mesa de metal, lo estudiaría como había hecho él con cientos de hombres y mujeres, algunos de cuyo final había sido responsable.

Pero ellos no lo entenderían, pensó el Padre con el último destello de vida. No iban a comprender quién había sido. Nadie comprendería su sueño.

Lo último que vio el Padre antes de expirar fueron dos terribles ojos verdes.

Colomba se alejó del cadáver del Padre tambaleándose. En algún punto a lo largo del recorrido que parecía infinito dejó caer la pistola, y casi se dejó caer también a sí misma.

Cuando llegó al borde del agujero, se dio cuenta de que allí habían enterrado una autocaravana entera, de la que solo podía verse parte del techo hundido, a través del cual se entreveía un montón de arena. Si Dante se encontraba allí dentro, estaría muerto. Tenía que estarlo a la fuerza.

Colomba saltó encima de la autocaravana. Había un desnivel de menos de un metro, pero el esfuerzo casi fue suficiente para dejarla inconsciente.

Las balas hacían las veces de tapón hemostático, pero de todas formas estaba perdiendo sangre, y el dolor en su rostro se había vuelto monstruoso. Se metió en el agujero y aterrizó sobre el montón de arena, deslizándose por el mismo hasta el fondo de la autocaravana, en el único espacio que estaba aún libre de escombros. Los granos de arena se le metieron en la garganta y los ojos. Tosió y el dolor fue tal que lloró. Lloró con grandes sollozos, olvidándose de dónde estaba hasta que fue capaz de levantar la cara y vio una figura humana iluminada por una débil lámpara verduzca y de la que asomaba solo una parte del torso y la cabeza por entre la arena.

Dante estaba atado con un collar de perro y se estiraba desesperadamente hacia ella intentando vadear la arena, pero incapaz de moverse.

—CC —dijo con una voz que parecía surgir de ultratumba—. Sabía que vendrías.

Colomba se arrastró hacia él y lo abrazó con fuerza, sin hablar. Cuando llegaron los refuerzos, fue así como los encontraron.

Epílogo

Fueron necesarios dos meses para que Colomba y Dante se recuperaran de las heridas y del cautiverio. En esos dos meses, la investigación sobre el Padre, conocido como Mario Tirelli, continuó, aunque sin aclarar todas las dudas que la historia había suscitado. Cualesquiera que fueran sus contactos y quienes lo financiaban no habían dejado constancia alguna en ningún lado, ni tampoco quienes habían gozado de su confianza. Sus relaciones con la CIA o con el ejército italiano fueron negadas rotundamente, y la única cosa digna de señalarse a este respecto fue que un general retirado se voló la tapa de los sesos con una pistola de coleccionista de la Segunda Guerra Mundial. De su currículum se desprendió que había sido el comandante del cuartel donde estuvo Bodini de servicio antes de licenciarse y convertirse durante muchos años en el único culpable del secuestro de Dante.

Hubo otros suicidios. También se mató con gas el administrador de la fundación que había gestionado la Brújula de Plata, después de matar a su esposa a cuchilladas. Asesinato-suicidio, decidieron los investigadores, aunque algunos periódicos especularon con el asesinato y nada más.

Unas semanas después, un hombre se entregó de forma espontánea en un cuartel de los carabineros, afirmando ser quien había realizado la foto al grupo del Alemán y que tenía miedo de ser asesinado. Como prueba de sus palabras no pudo aportar nada. Dijo que fue enrolado en el grupo por el mismo Alemán, cuya verdadera identidad no conocía, y que tenía como función solo proporcionar la alimentación a los prisioneros. La única contribución que aportó a la investigación fue explicar la historia de los zapatos colgando del cuello.

—Era nuestro apodo: «Dos Zapatos» —le dijo a Spinelli durante un interrogatorio—. Se debía a que manteníamos el pie en dos zapatos, Italia y América, ¿comprenden? Y la regla era que si habíamos hecho algo que pudiera atraer la atención de las autoridades, teníamos que atar dos zapatos en el lugar, así quien tenía que enterarse nos cubriría.

Si lo que decía era cierto, o si eran solo las fantasías de uno de los muchos fascinados con aquella historia, aún no se había establecido. Hurgando en su pasado, los investigadores descubrieron que había sido licenciado del servicio militar antes de tiempo por su adicción a las drogas. El hombre dijo que se trataba de una tapadera.

El Alemán seguía sin abrir la boca, en la cárcel, y no se pudo avanzar ni un paso

para descubrir quién era. Nadie se presentó para identificarlo, aparte de algunos que, de todas formas, lo conocían por alguna de sus muchas identidades falsas. Dado que ni siquiera se sabía de qué nacionalidad era, dejaron a su disposición libros y periódicos en varios idiomas europeos, y parecía leerlos y entenderlos todos de la misma manera.

Mientras tanto, una compañía farmacéutica estadounidense fue acusada de haber suministrado medicamentos experimentales a Tirelli, y el consejero delegado se defendió diciendo que los fármacos habían sido sustraídos durante un robo, convenientemente denunciado ante las autoridades. Sospechaba que se trataba de un caso de espionaje industrial y se quedó consternado al descubrir para qué turbio propósito habían sido utilizados. El hecho de que el fundador de la compañía fuese uno de los químicos que en los años cincuenta habían participado en el proyecto Bluebird debía ser considerado solo como una desafortunada coincidencia.

Colomba y Dante permanecieron constantemente en contacto. Él recuperó su tranquilidad antes de que ella recuperase el uso de la mandíbula y la convenció para pasar con él las vísperas de Navidad en uno de sus lugares favoritos: el Bagni Vecchi de Bormio, un hotel balneario en la provincia de Sondrio donde a Dante le gustaba ir a recibir masajes.

La habitación estaba por completo acristalada y daba a la piscina al aire libre de agua caliente, donde Colomba y Dante se bañaron voluptuosamente el 23 de diciembre, contemplando el paisaje nevado y disfrutando del contraste entre el viento gélido y el calor del agua.

Las cicatrices de Colomba ya casi no se veían y, a pesar de eso, los otros huéspedes que nadaban junto a ellos tenían otras cosas que mirar que no fueran las marcas dejadas por las balas, que se habían detenido a un milímetro del riñón.

Dante se hizo el muerto; aún tenía en la boca el sabor del café verde con el que había llenado su maleta para elaborar la que él consideraba la reina de las tisanas desintoxicantes.

—¿Noticias de Santini?

Colomba levantó la cabeza del chorro de agua hirviendo que caía desde el borde de la piscina.

—Se ha reincorporado al servicio. Dice que todavía cojea y que confía en no encontrarse ni conmigo ni contigo durante el próximo milenio.

—Si hablas con él, dile que es recíproco —escupió el agua por la boca igual que un crío—. Y tú, por tu parte, ¿qué has decidido? ¿Vas a ponerte de nuevo el uniforme?

—Aún no lo sé. Curcio me parece un buen tipo, pero... —negó con la cabeza—. Me lo voy a pensar, de todos modos. Todavía me quedan unos pocos días de convalecencia.

—Pues yo he decidido quedarme con mi nombre.

Colomba sonrió.

—Menos mal —entre los restos humanos de los bidones habían sido hallados algunos con un ADN que se correspondía con el de Annibale Valle. Esto había dado lugar a una pesadilla jurídica en la que Minutillo estaba tratando de abrirse paso, porque Dante, el Dante *vivo*, podía apoyarse en una sentencia del tribunal que lo autorizaba a utilizar el apellido de la madre, que ahora ya no era la suya. Al final, Valle se había ofrecido a adoptarlo y Dante había aceptado. Las gestiones ya estaban en marcha.

—Si tuviera que cambiar de nombre, elegiría el de Leone. ¿Qué te parece? O Leonida.

—¿Y por qué no Rambo?

Dante sonrió.

—O bien hacer como Prince, ya sabes, y quedarme sin él. Llamarme con un símbolo.

—Un grano de café.

—Algo así. Pero me he dado cuenta de que me he acostumbrado a Dante —se acercó a la bañera de hidromasaje y se dejó caer el agua por la espalda—. Y también porque mi verdadero nombre... ¿cuántas posibilidades hay de que aparezca?

—Más de las que tenías de salir con vida de ese agujero —observó Colomba.

Dante la salpicó.

—Te odio cuando eres tan optimista.

Ella se agarró al borde y se irguió. Dante intentó no mirarla como lo hacía la mitad de los hombres presentes.

—Voy a darme una ducha —dijo Colomba—. Nos vemos para la cena.

—Okey.

Dante se dejó caer hacia atrás de nuevo y flotó hasta que oyó el sonido de su nuevo móvil, procedente del albornoz dejado al borde de la piscina. Nadó hasta alcanzarlo y lo cogió sin salir del agua. En la pantalla se leía: «Número desconocido».

Vaciló. Desde que se recuperó había recibido cientos de llamadas de personas que querían encontrar a un familiar, felicitarlo o insultarlo por razones desconocidas. Así que se cambió de número y se lo dio tan solo a los amigos cercanos, y todos ellos sabían que no contestaba a los desconocidos. Pero estaba de vacaciones y ya se sentía mejor. Aceptó la llamada y preguntó quién era.

Respondió una voz masculina sin inflexiones particulares.

—¿Tú eres el que se hace llamar Dante Torre?

—¿Quién habla? —preguntó otra vez Dante.

El hombre en el otro lado de la línea pareció vacilar. Luego dijo:

—No debería llamarte, ni siquiera deberías saber que existo. Pero no pude resistirme. No después de lo que he sabido sobre ti. De lo que te pasó. Solo quería decirte que me alegro de que estés bien. Fue un *shock* para mí saber que todavía estabas vivo.

Al principio Dante había pensado que era uno de esos tarados que lo habían atormentado y quién sabe cómo se las había ingeniado para conseguir su número. Pero el tono del hombre dejaba traslucir tal sinceridad que no se vio capaz de colgarle.

—¿Y por qué te importa? —le preguntó.

Después de otra vacilación, hablando en voz baja, como si tuviera miedo de que lo oyeran, el hombre dijo:

—Porque soy tu hermano.

Luego la llamada se cortó.

Agradecimientos

He cambiado algunas siglas de las Fuerzas del Orden y de las Fuerzas Armadas italianas para ser más libre en la descripción de su funcionamiento, y me he tomado algunas libertades sobre sedes, cuarteles, direcciones y demás.

Aún más libertades me he tomado con la geografía y la topografía de Roma y Cremona. El edificio en el que vive Santiago no existe, como tampoco existe Comello, aunque el lago descrito se parece a un espejo de agua que visité y estudié, y que no queda muy lejos. Incluso los Pratoní del Vivaro han sido adaptados según las necesidades. En otros casos, sin embargo, me he limitado a cambiar los nombres, pero los lugares son reales y reconocibles.

Para saber más sobre el MKULTRA existen numerosos textos, entre ellos *The Search for the «Manchurian Candidate»*: *The CIA and Mind Control: The Secret History of the Behavioral Sciences*, de John D. Marks, y *Mass Control: Engineering Human Consciousness*, de Jim Keith, así como una gran cantidad de información en la red. Es obvio que hay quienes dicen que es una chorrada: juzgado vosotros mismos. La rama «italiana» de los experimentos, en todo caso, es pura especulación mía. Es difícil decir si resulta creíble, puesto que el setenta por ciento de los documentos oficiales del MKULTRA fueron deliberadamente destruidos durante el Watergate y que nuestro país tiene una larga tradición de secretos ocultos.

Quiero dar las gracias a mi editor, Carlo Carabba, y a mi agente, Laura Grandi, por haber estado a mi lado en las etapas finales de la escritura de esta novela: sin ellos no lo habría conseguido. Gracias también a Giulia Ichino por haber sido la primera en leerlo; a Emanuela Cocco por la comprobación de los hechos; a Licia Troisi por haberme explicado cómo se practica la inmersión con un traje de buceo; a Dino Abbrescia por sus consejos sobre las autocaravanas; a la editora jefe de Ficción de Mondadori, Fabiola Riboni, y a la editora Paola Gerevini por haberse ocupado del texto; a Piero Frabetti por sus valiosas aportaciones; al director artístico Giacomo Callo y a su equipo por la maravillosa portada y, por último, a Sabrina Annoni por haberme animado tercamente.

Y, por supuesto, a vosotros, lectores, por este viaje que hemos hecho juntos.



SANDRONE DAZIERI (Cremona, Italia 1960). Tras abandonar la carrera de cocinero, empezó a escribir para convertirse más tarde en uno de los más apreciados escritores y guionistas del panorama literario italiano. En 1999 publica su primera novela, *Attenti al gorilla*, a la que siguió *La cura del gorilla*, que inspiró la película homónima, y *La bellezza è un malinteso*. Como guionista es autor de las exitosas series de la televisión italiana *Squadra antimafia*, *Intelligence* y *R.I.S. Roma*. Con motivo de la publicación de *No está solo*, su última novela y la primera traducida al castellano, que ha cosechado un gran éxito y está siendo traducida en varios países, ha declarado la muerte de la novela negra y el renacimiento del *thriller* como género. Ya está en marcha la película y la serie de televisión, con guión del propio Dazieri, quien también está escribiendo la secuela.

Notas

[1] En español en el original, como ocurre con los términos en cursiva que aparecerán en adelante en boca de los personajes de origen hispano. (*N. del T.*). <<

[2] Forma siciliana de referirse a los sacerdotes. (*N. del T.*). <<